

CONN IGGULDEN

LA  
GUERRA  
DE LAS DOS  
ROSAS  
TORMENTA



Lectulandia

Un reino. Dos familias. Treinta años de guerra. Pobre del reino cuyo soberano es un hombre débil. Inglaterra, 1437. Nubes amenazantes opacan los cielos ingleses. La rebelión está a punto de estallar en los territorios franceses y, en palacio, las intrigas ponen de manifiesto la inminencia de la guerra. No es tiempo de paz cuando la ambición por el trono enfrenta a los más poderosos en una lucha cuyo botín no es otro que el destino de Inglaterra.

**Lectulandia**

Conn Iggulden

# **Tormenta**

**La guerra de las dos rosas 1**

ePub r1.1

Titivillus 28.03.16

Título original: *War of the Roses. Stombird*  
Conn Iggulden, 2013  
Traducción: Mar Vidal

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Mark Griffith,  
un descendiente de Juan de Gante.

# INGLATERRA EN LA ÉPOCA DE LA GUERRA DE LAS DOS ROSAS



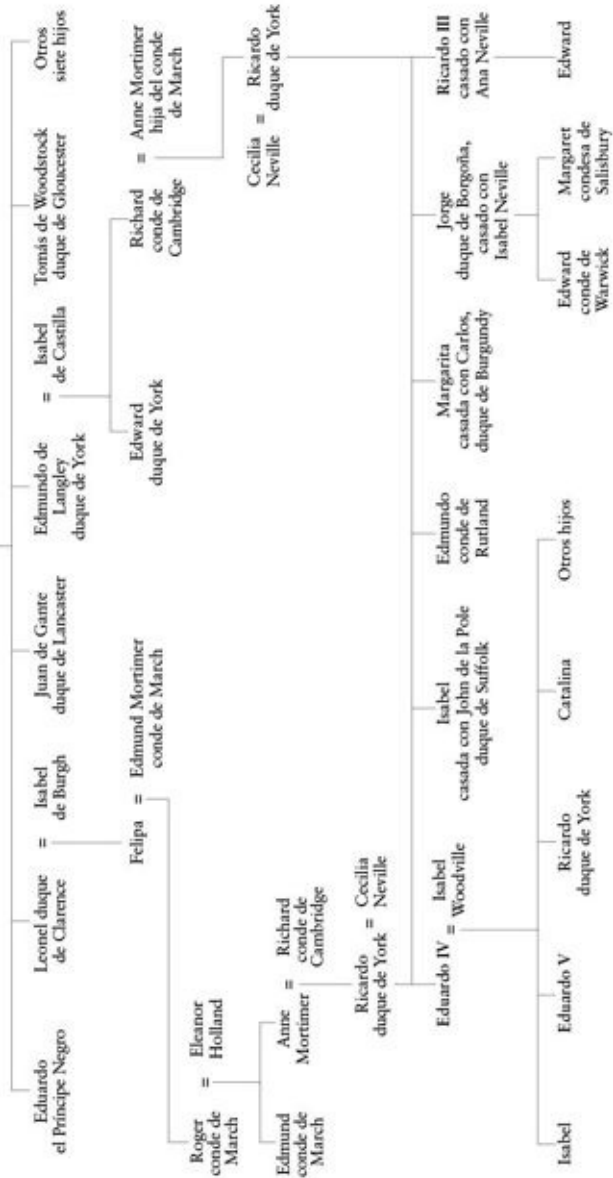




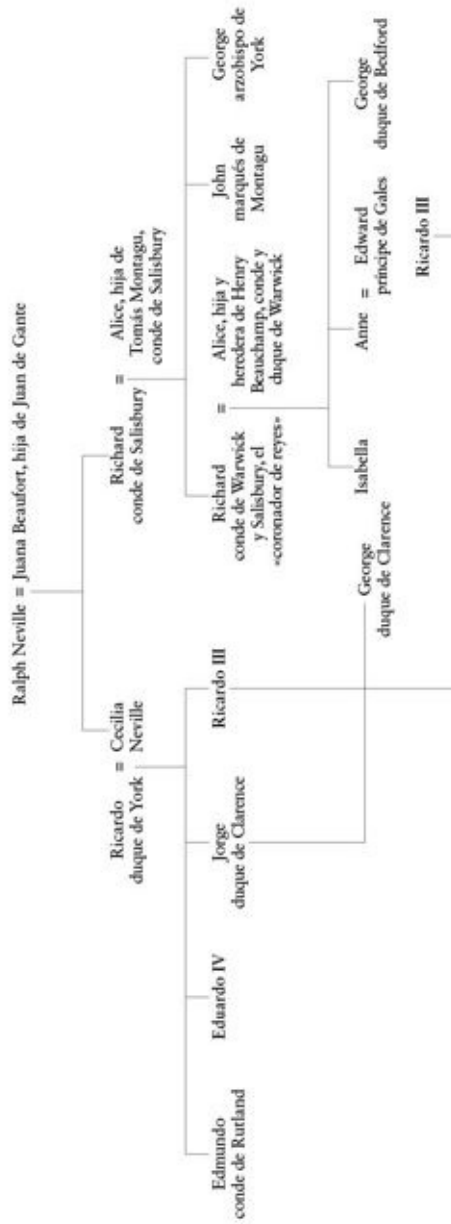


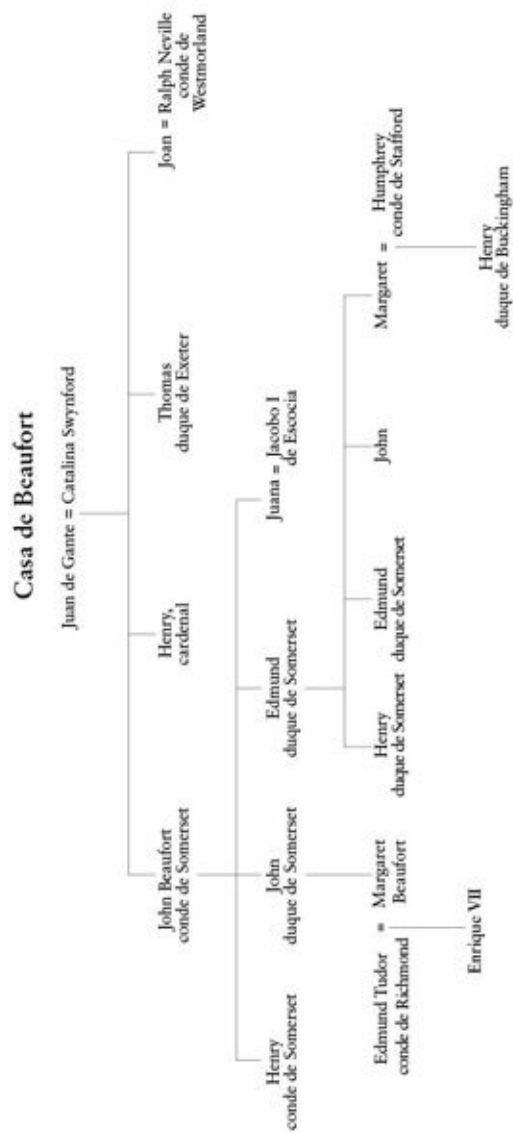
## Casa de York

Rey Eduardo III = Felipa



### Casa de Neville





## LISTA DE PERSONAJES

Albert	Sirviente de la familia Roche, en Francia
Maese Allworthy	Médico real de Enrique VI
Barón David Alton	Oficial en Francia, con William, duque de Suffolk
Margarita de Anjou/reina Margarita	Hija de René de Anjou, esposa de Enrique VI
Yolanda de Anjou	Hermana de Margarita
Juan, Luis y Nicolás de Anjou	Hermanos de Margarita
María de Anjou	Reina de Francia, tía de Margarita
René, duque de Anjou	Padre de Margarita
Henry Beaufort	Cardenal, hijo de Juan de Gante, tío abuelo de Enrique VI
Edwin Bennett	Soldado del barón Strange, Francia
Bernard	Viejo amigo de Thomas Woodchurch
Saul Bertleman (Bertle)	Mentor de Derihew Brewer
Derihew (Derry) Brewer	Jefe de espías de Enrique VI
Capitán Brown	Oficial defensor de la Torre de Londres contra Jack Cade
Felipe, duque de Borgoña	Ofrece refugio a William, duque de Suffolk
John Burroughs	Informante de Derry Brewer
Jack Cade	Rebelde de Kent
Carlos VII	Rey de Francia, tío de Enrique VI
Leonel, duque de Clarence	Hijo de Eduardo III
Ben Cornish	Presente en el ahorcamiento del hijo de Jack Cade
John Sutton, barón Dudley	Presente en el juicio de William, duque de Suffolk
Dunbar	Herrero de Kent
Robert Ecclestone	Amigo de Jack Cade
Eduardo III	Rey de Inglaterra, tatarabuelo de Enrique VI
Flora	Tabernera de Kent
Conde Frederick	Prometido/esposo de Yolanda de Anjou
Tomás, duque de Gloucester	Hijo de Eduardo III
Hallerton	Sirviente de Derry Brewer
Enrique VI	Rey de Inglaterra, hijo de Enrique V
Sir Hew	Caballero en Agincourt

Barón Highbury	Lord vengativo, en Maine, Francia
Hobbs	Sargento del ejército, Windsor
Alexander Iden	Sheriff de Kent
James	Torturador más joven en la Jewel House
Jonas	Portador del estandarte cuando Cade cruza el Puente de Londres
Alwyn Judgment	Magistrado de Kent
Edmund Grey, conde de Kent	Presente en el juicio de William, duque de Suffolk
Juan de Gante, duque de Lancaster	Hijo de Eduardo III
Barón le Farges	Miembro del ejército francés, Maine, Francia
Sieur André de Maintagnes	Caballero del ejército francés, Maine, Francia
Jean Marisse	Oficial de la corte, Nantes
Paddy/Patrick Moran	Amigo de Jack Cade
Reuben Moselle	Financiero en Anjou
Sir William Oldhall	Presidente de la Cámara de los Comunes
John de Vere, conde de Oxford	Presente en el juicio de William, duque de Suffolk
Jasper Tudor, conde de Pembroke	Medio hermano de Enrique VI
Alice Perrers	Amante de Eduardo III
Ronald Pincher	Posadero de Kent
Capitán Recine	Soldado del castillo de Saumur que arresta a Reuben Moselle
Edmund Tudor, conde de Richmond	Medio hermano de Enrique VI
Richard Woodville, barón Rivers	Presente en Londres durante el asalto de Cade
Barón Jean de Roche	Miembro del ejército francés, Maine, Francia
Richard Neville, conde de Salisbury	Jefe de la casa de los Neville, nieto de Juan de Gante
James Fiennes, barón Say	Presente en Londres para el asalto de Cade
Thomas de Scales, barón Scales	Presente en Londres para el asalto de Cade
Simone	Doncella francesa en el castillo de Saumur
Edmund Beaufort, duque	Amigo de William, duque de Suffolk, seguidor de Enrique

de Somerset	VI
Barón Strange	Vecino de Thomas Woodchurch en Maine, Francia
William de la Pole, duque de Suffolk	Soldado y cortesano que arregla el matrimonio entre Enrique VI y Margarita de Anjou
Alice de la Pole, duquesa de Suffolk	Esposa de William, duque de Suffolk, nieta de Geoffrey Chaucer
James Tanter	Seguidor escocés de Jack Cade
Ted	Torturador viejo en la Jewel House
Sir William Tresham	Presidente de la Cámara de los Comunes
Richard Neville, conde de Warwick	Hijo del conde de Salisbury, más tarde conocido como <i>the Kingmaker</i> (el «coronador de reyes»)
Ralph Neville, conde de Westmorland	Presente en la cacería de Windsor
Joan Woodchurch	Esposa de Thomas, madre de Rowan y dos hijas
Rowan Woodchurch	Hijo de Thomas y Joan
Edmundo de Langley, duque de York	Hijo de Eduardo III
Ricardo Plantagenet, duque de York	Jefe de la casa de York, biznieto de Eduardo III
Cecilia Neville, duquesa de York	Esposa de Ricardo, duque de York, y nieta de Juan de Gante

# PRÓLOGO

Anno Domini 1377

Cuencos de oscura sangre real habían quedado debajo de la cama, olvidados por el médico. Alice Perrers descansaba en una silla, jadeando tras el esfuerzo de embutir al rey de Inglaterra en su armadura. El aire de la estancia olía a rancio de sudor y muerte, y Eduardo yacía como su propia efigie, pálido y con barba blanca.

Alice tenía los ojos llenos de lágrimas mientras lo miraba. El golpe que había derrotado a Eduardo llegó un día claro de primavera, inadvertido y terrible, con un viento cálido. Con gesto delicado, se inclinó sobre él y le limpió la baba de la comisura de los labios entreabiertos. Había sido un hombre fuerte, un hombre entre hombres, capaz de luchar desde el alba hasta el anochecer. Su armadura brillaba, pero estaba arañada y estropeada como la carne que protegía. Por debajo, el músculo y el hueso se habían consumido.

Esperó a que abriera los ojos, sin saber hasta qué punto era capaz de comprender. La conciencia iba y venía, instantes de vida cada vez más débiles y breves a medida que avanzaban los días. Al anochecer, se había despertado y había susurrado que le pusieran la armadura. El médico se sobresaltó en su butaca y cogió otro de sus asquerosos brebajes para que el rey bebiera. Frágil como un niño, Eduardo rechazó con un gesto de la mano la apestosa mezcla, y se empezó a atragantar cuando el hombre insistió en ponerle el bol en la boca. Al verlo, Alice sintió una firme determinación. Ante las furiosas protestas del médico, lo echó de las estancias del rey, persiguiéndolo con el delantal en la mano e ignorando sus amenazas hasta que consiguió cerrar la puerta tras él.

Eduardo la había observado sacar su cota de malla de la armadura. Había sonreído un momento, y luego sus ojos azules se habían cerrado y se había vuelto a dejar caer sobre las almohadas. Durante la hora siguiente, ella se fue sonrojando por el esfuerzo, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano mientras se peleaba con las correas de cuero y el metal, tirando del anciano hacia delante y hacia atrás sin ayuda alguna. Sin embargo, su hermano era caballero y no era la primera vez que vestía a un hombre para la guerra.

Cuando finalmente deslizó los guanteletes de metal por sus manos y se reclinó, él apenas era ya consciente y gemía levemente mientras se abandonaba. Sus dedos se aferraron a las mantas arrugadas hasta que jadeó y se incorporó, consciente de lo que quería. Alice alcanzó la gran espada apoyada en la pared de la habitación, y necesitó la fuerza de los dos brazos para colocarla donde la mano de él pudiera agarrar la empuñadura. Hubo un tiempo en el que Eduardo había manejado aquella arma como

si careciera de peso. Ella se secó las cálidas lágrimas mientras la mano de él se aferraba a la empuñadura con un espasmo, con el crujido del guantelete rompiendo el silencio.

Una vez más, volvía a tener aspecto de rey. Lo había conseguido. Ella asintió para sus adentros, satisfecha de que cuando llegara la hora, se le vería de la misma manera en que había vivido. Buscó un peine en su bolsillo y se puso a alisarle la barba y el pelo blancos por donde se le habían apelmazado y enredado. No tardaría. El rostro le cayó hacia un lado como si estuviera hecho de cera tibia fundida, y el aliento le salía en jadeos crepitantes.

A sus veintiocho años, ella era casi cuarenta años más joven que el rey pero, hasta su enfermedad, Eduardo había sido fuerte y vigoroso, como si fuera a vivir para siempre. Había reinado durante toda la vida de ella, y ninguno de sus conocidos era capaz de recordar a su padre, ni al gran Martillo de los Escoceses, que había reinado antes que él. La familia Plantagenet había dejado huella en Inglaterra y dividido Francia en batallas que nadie pensó que podían ganar.

El peine se enganchó en la barba. Unos ojos azules se abrieron a su tacto y, desde aquel cuerpo devastado, su rey alzó la mirada hacia ella. Alice se estremeció bajo la mirada feroz que durante tanto tiempo se había vuelto dulce cuando se posaba sobre ella.

—Estoy aquí, Eduardo —dijo, casi en un susurro—. Estoy aquí. No estáis solo.

Parte de su rostro se tensó en una mueca y levantó el brazo bueno, el izquierdo, para tomar su mano y bajarla, con el peine bien agarrado. Cada respiración era un silbido lleno de dificultad, y su tez se enrojecía por el esfuerzo de intentar hablar. Alice se inclinó hacia él para escuchar el embrollo de palabras.

—¿Dónde están mis hijos? —dijo, levantando la cabeza hasta separarse de la almohada, para luego dejarse caer. La mano derecha le temblaba alrededor de la empuñadura de la espada, ayudándose de ella.

—Vienen de camino, Eduardo. He mandado mensajeros a buscar a Juan, para hacerle regresar de la cacería. Edmundo y Tomás están en el ala más lejana. Todos vienen hacia aquí.

Mientras hablaba pudo oír el ruido de unos pasos y el rumor de voces masculinas. Conocía bien a los hijos de él y se preparó, consciente de que sus momentos de intimidad llegaban a su fin.

—Me harán salir, amor, pero no me iré lejos.

Se agachó y le besó los labios, sintiendo el calor poco natural de su aliento amargo.

Mientras se acomodaba pudo oír el bramido de la voz de Edmundo, contándoles a los otros dos alguna apuesta que había hecho. Sólo deseó que el hermano mayor pudiera haber estado entre ellos, pero el Príncipe Negro había muerto justo un año antes, sin poder heredar nunca el reino de su padre. Pensó que la pérdida del heredero al trono había sido el primer golpe que condujo a todo lo demás. Los hijos no



deberían morir nunca antes que sus padres, pensó. Era una crueldad difícil de soportar, para un hombre o para un rey.

La puerta se abrió con un golpe que hizo sobresaltar a Alice. Los tres hombres que entraron se parecían a su padre aunque de un modo distinto. Con la sangre del viejo Piernas Largas en las venas, estaban entre los hombres más altos que había visto en su vida, y con su presencia llenaron la estancia y se acercaron a ella incluso antes de hablar.

Edmundo de York era delgado y tenía el pelo negro, y al ver a la mujer sentada junto a su padre la fulminó con la mirada. Nunca había aprobado a las amantes de su padre y, cuando Alice se levantó y se quedó de pie con postura sumisa, bajó la mirada con expresión amarga. A su lado, Juan de Gante llevaba la misma barba que su padre, aunque la suya era todavía poblada y negra y cortada en una punta alargada que le ocultaba el cuello. Los hermanos se inclinaron hacia su padre, contemplándolo mientras los ojos se le volvían a cerrar.

Alice tembló. El rey había sido su protector mientras ella amasaba una fortuna. Se había hecho rica con su relación, pero era muy consciente de que cualquiera de los hombres de la estancia podía ordenar su detención por capricho, y requisar sus pertenencias y tierras con una sola palabra. El título de duque era todavía tan nuevo para los hermanos que ninguno había puesto a prueba su autoridad. Estaban por encima de condes y barones, casi como reyes por derecho propio, y tan sólo encontraban a sus pares e iguales en aquella estancia, aquel día.

Dos jefes de las cinco grandes casas estaban ausentes. Leonel, duque de Clarence, había muerto ocho años antes, dejando como única heredera a una niña. El hijo del Príncipe Negro era un muchacho de diez años. Ricardo había heredado el ducado de Cornualles de su padre, igual que heredaría el propio reino. Alice había conocido a ambos chicos y sólo esperaba que Ricardo sobreviviera a sus poderosos tíos lo suficiente como para convertirse en rey, aunque a decir verdad no daba ni un centavo por sus opciones.

El más joven de los tres era Tomás, duque de Gloucester. Tal vez porque era el que se le acercaba más en edad, siempre había tratado a Alice con amabilidad. Fue el único en reconocerla cuando se levantó temblorosa.

—Sé que habéis sido un consuelo para mi padre, lady Perrers —dijo Tomás—. Pero éste es un momento íntimo para la familia.

Alice parpadeó entre lágrimas, agradecida por su amabilidad. Edmundo de York habló antes de que pudiera responder.

—Quiere decir que debe salir de aquí, muchacha —dijo. Lo hizo sin mirarla, con los ojos fijos en la figura de su padre yaciendo en su armadura sobre las pálidas sábanas—. Vamos, fuera.

Alice salió rápidamente al oírlo, frotándose los ojos. La puerta estaba abierta y se volvió a mirar a los tres hijos, de pie junto al rey que se moría. Cerró la puerta delicadamente y sollozó mientras se alejaba hacia el palacio de Sheen.

A solas, los hermanos permanecieron un buen rato en silencio. Su padre había sido la columna vertebral de sus vidas, la única constante en un mundo turbulento. Había reinado cincuenta años y el país se había hecho fuerte y rico bajo su mando. Ninguno de ellos se podía imaginar el futuro sin él.

—¿No debería haber un capellán? —sugirió Edmundo de pronto—. Ya es bastante desdicha que nuestro padre haya sido atendido por una puta en sus últimos momentos.

No vio como su hermano Juan fruncía el ceño ante el estrépito de su voz. Edmundo ladraba al mundo con cada palabra que pronunciaba, era incapaz de hablar en voz baja, o al menos se negaba a hacerlo.

—Se le puede llamar para los últimos ritos —respondió Juan, suavizando el tono deliberadamente—. Lo hemos hecho pasar para que rezara en la pequeña estancia de fuera. Esperará un poco más, por nosotros.

Volvieron a quedarse en silencio, pero Edmundo se movía y suspiraba. Bajó la vista hacia la figura inmóvil, viendo cómo el pecho subía y bajaba, la respiración audible con un fuerte crujido en los pulmones.

—No veo... —empezó a decir.

—Paz, hermano —dijo Juan calladamente, interrumpiéndolo—. Sólo... paz. Ha pedido su armadura y su espada. No tardará.

Juan cerró los ojos irritado por un momento, mientras su hermano menor miraba a su alrededor y encontraba una butaca adecuada, que arrastró cerca de la cama con un ruido chirriante.

—No hay ninguna necesidad de estar de pie, ¿no? —dijo Edmundo con suficiencia—. Al menos puedo ponerme cómodo. —Apoyó las manos en las rodillas, dirigiendo la mirada a su padre antes de volver la cabeza. Cuando volvió a hablar, su voz había perdido la estridencia habitual—. Casi no puedo creerlo. Siempre ha sido tan fuerte.

Juan de Gante apoyó la mano en el hombro de Edmundo.

—Lo sé, hermano. Yo también lo amo.

Tomás frunció el ceño, mirándolos.

—¿Haréis que muera con vuestro parloteo vacío sonando en sus oídos? —dijo con severidad—. Dadle silencio o plegaria, una de dos.

Juan aferró el hombro de Edmundo con más fuerza al sentir que su hermano iba a responder. Para su alivio, Edmundo se calmó con poca convicción. Juan dejó caer la mano y Edmundo levantó la mirada, irritado por su tacto incluso cuando aquél ya la había retirado. Miró furioso a su hermano mayor.

—¿Habéis pensado, Juan, que ahora hay tan solo un chico entre vos y la Corona? Si no fuera por el querido pequeño Ricardo, mañana seríais rey.

Los otros dos hablaron inmediatamente airados, pidiéndole a Edmundo que cerrara la boca. Él se encogió de hombros.

—Dios sabe que las casas de York y Gloucester no verán la Corona acercarse a

ellas, ¿pero vos, Juan? Estáis tan sólo a un suspiro de convertirnos en realeza por la gracia de Dios. Si fuera yo, estaría pensando en ello.

—Debería haber sido Eduardo —espetó Tomás—. O Leonel, si hubiera vivido. El hijo de Eduardo, Ricardo, es el único descendiente varón y esto es lo que hay, Edmundo. Dios, no sé cómo tenéis las agallas de decir algo así con vuestro padre yaciendo en su lecho de muerte. Y tampoco sé cómo podéis llamar al auténtico linaje real «un suspiro». Ahorraos los comentarios, hermano. Estoy harto de escucharos. Hay un único linaje. Hay un solo rey.

El anciano yacente en el lecho abrió los ojos y volvió la cabeza. Todos percibieron el movimiento, y la agria respuesta de Edmundo quedó enmudecida. Al unísono, se inclinaron a escuchar mientras su padre sonreía débilmente, con la expresión torciéndole la mitad buena de la cara en un rictus que revelaba el amarillo oscuro de los dientes.

—¿Habéis venido a verme morir? —preguntó el rey Eduardo.

Sonrieron ante el destello de vida y Juan sintió que los ojos se le inundaban de unas indeseadas lágrimas, de modo que la visión se le emborronó.

—Estaba soñando, chicos. Soñaba en un campo verde y que cabalgaba por él. — La voz del rey era frágil y quebradiza, tan aguda y débil que apenas la oían. Sin embargo, en sus ojos vieron al hombre que habían conocido antes. Todavía estaba allí, vigilándolos.

—¿Dónde está Eduardo? —preguntó el rey—. ¿Por qué no ha venido?

Juan se enjugó con fuerza las lágrimas.

—Nos dejó, padre. El año pasado. Su hijo Ricardo será rey.

—Ah. Le echo de menos. Lo vi luchar en Francia, ¿lo sabíais?

—Lo sé, padre —respondió Juan—. Lo sé.

—Los caballeros franceses invadieron su campo, gritando y derribándolo todo. Eduardo estaba solo, con tan solo unos pocos de sus hombres. Mis barones me preguntaron si quería enviar a algunos de mis caballeros para ayudarlo, para ayudar a mi hijo mayor. Tenía dieciséis años, entonces. ¿Sabéis lo que les dije?

—Dijisteis que no, padre —susurró Juan.

El anciano se rió, con la respiración entrecortada, y el rostro se le oscureció.

—Dije que no. Dije que tenía que ganarse las espuelas. —Sus ojos se dirigieron al techo, perdido en el recuerdo—. ¡Y lo hizo! Luchó hasta abrirse paso y regresó a mi lado. Entonces supe que sería rey. Lo supe. ¿Va a venir?

—No vendrá, padre. Ya no está, y su hijo será rey.

—Sí, lo siento. Lo sabía. Lo amaba, a ese muchacho, ese valiente muchacho. Lo amaba.

El rey exhaló, y exhaló, y exhaló, hasta que se quedó sin aliento. Los hermanos esperaron en un terrible silencio y Juan lloró, tapándose los ojos con el brazo. El rey Eduardo III había muerto y la quietud era como un peso enorme encima de todos ellos.

—Id a buscar al capellán para los últimos rituales —dijo Juan. Se inclinó para cerrar los ojos de su padre, que ya carecían del destello de la voluntad.

Uno a uno, los tres hermanos se inclinaron a besar la frente de su padre, a tocar su piel por última vez. Lo dejaron allí mientras el sacerdote entraba y salieron al sol de junio y al resto de sus vidas.

# PRIMERA PARTE



*Anno Domini 1443*  
Sesenta y seis años después de la muerte  
de Eduardo III

Ay de ti, oh tierra, cuando tu rey es un niño.

ECLESIASTÉS 10:16

**A**quel mes en Inglaterra hacía frío. La escarcha blanquecina hacía brillar los caminos en la oscuridad, y se pegaba a los árboles en forma de telarañas de hielo colgantes. Los guardas se encorvaban y temblaban mientras vigilaban las almenas. En las estancias superiores, el viento sollozaba y ululaba al doblar alrededor de las piedras. La hoguera de la habitación podía haber sido una pintura, por la escasa calidez que aportaba.

—¡Recuerdo al príncipe Hal, William! ¡Un auténtico león! Sólo diez años más y habría tenido al resto de Francia a sus pies. Enrique de Monmouth era mi rey, nadie más. Dios sabe que seguiría a su hijo, pero este chico no está hecho de la misma pasta que su padre. Vos lo sabéis. En vez del león de Inglaterra, tenemos a un corderito blanco para dirigir nuestras plegarias. Dios mío, me dan ganas de echarme a llorar.

—¡Derry, por favor! No levanteis tanto la voz. No pienso tolerar blasfemias. No se las permito a mis hombres y espero de vos un comportamiento más apropiado.

El más joven dejó de andar y levantó la vista, con un destello duro en la mirada. Avanzó dos pasos y se le acercó mucho, con los brazos ligeramente doblados, caídos a ambos lados. Era media cabeza más bajo que lord Suffolk, pero tenía una complexión fuerte y estaba muy en forma. La rabia y la fuerza bullían en su interior, siempre a punto de estallar.

—Juro que nunca había estado tan cerca de golpearos, William —exclamó—. Esos que me escuchan son mis hombres. ¿Creéis que estoy tratando de atraparos? ¿Es eso? Dejad que me oigan. Saben lo que haré si repiten una sola palabra.

Con un puño bien apretado, golpeó a Suffolk ligeramente en el hombro, desviando la expresión ceñuda del hombre con una carcajada.

—¿Blasfemia? Habéis sido soldado toda vuestra vida, William, pero habláis como un cura bonachón. Todavía podría lanzaros al suelo. Es la diferencia entre vos y yo. Vos sois un buen luchador cuando se os pide, pero yo lucho porque me gusta. Por eso esto me corresponde a mí, William. Por eso seré yo quien encuentre el sitio adecuado para el cuchillo y allí lo meteré. No necesitamos a caballeros piadosos, William, para eso no. Necesitamos a un hombre como yo, un hombre capaz de detectar la debilidad y que no tema arrancarle los ojos.

Lord Suffolk lo fulminó con la mirada, con un largo suspiro. Cuando el cabecilla de los espías del rey estaba lanzado, era capaz de mezclar insultos y cumplidos en una cascada de vitriolo amargo. Si alguien se ofendía, se dijo Suffolk, nunca conseguiría hacer nada. Sospechaba que Derihew Brewer conocía muy bien los límites de su temperamento.

—Puede que no necesitemos a un «caballero», Derry, pero sí necesitamos a un lord para que trate con los franceses. Me escribisteis, ¿os acordáis? Crucé el mar y dejé mis responsabilidades en Orleans para escucharos. De modo que os agradecería que me contarais vuestros planes o regresaré a la costa.

—Ah, es eso, ¿no? ¿Yo debo pensar las respuestas y dárselas a mi noble amigo para que él pueda llevarse toda la gloria? Para que puedan decir «que William Pole, ese conde de Suffolk, es un hombre muy agudo», mientras se olvidan de Derry Brewer.

—William de la Pole, Derry, como sabéis muy bien.

Derry respondió entre dientes, con una voz semejante a un gruñido.

—Ah, ¿sí? Creéis que es el momento de tener un bonito nombre que suene francés, ¿no? Creía que erais más listo, de veras lo creía. El caso es, William, que lo haré de todos modos, porque me importa lo que le ocurra a ese corderito que nos gobierna. Y porque no quiero ver mi país desgarrado por una horda de tontos y bastardos fanfarrones. Tengo una idea, aunque no os guste. Lo único que necesito saber es si comprendéis lo que está en juego.

—Lo comprendo —dijo Suffolk, con una mirada acerada de sus ojos grises.

Derry le sonrió con una mueca totalmente desprovista de humor, que dejó al descubierto los dientes más blancos que Suffolk recordaba haber visto jamás en un adulto.

—No, no lo comprendéis —dijo con expresión desdeñosa—. El país entero está esperando que Enrique sea la mitad de hombre que fue su padre, que acabe la gloriosa obra que arrebató media Francia a los franceses y que hizo que su precioso delfín saliera corriendo como una niña. Están esperando, William. El rey tiene veintidós años, y su padre era un guerrero hecho y derecho a su misma edad. ¿Lo recordáis? El viejo Enrique les habría arrancado los pulmones a esos franceses para usarlos como manoplas, sólo para calentarse las manos. Pero el corderito, no. Ese chico, no. El cordero no es capaz de liderar, ni tampoco de luchar. ¡Ni tan siquiera le crece la barba, William! Cuando se den cuenta de que nunca estará a la altura de su padre, será nuestro fin ¿lo entendéis? Cuando los franceses dejen de temblar de miedo porque el rey Enrique, el león de la maldita Inglaterra, no va a volver, todo habrá terminado. Tal vez dentro de un año o dos, habrá un ejército francés agrupándose como avispas para ir a pasar el día a Londres. Unas cuantas violaciones y asesinatos ociosos y nos estaremos quitando el sombrero y haciendo reverencias cada vez que oigamos a alguien hablar en francés. ¿Eso es lo que queréis para vuestras hijas, William? ¿Y para vuestros hijos? Esto es lo que está en juego, William *English Pole*.

—Pues entonces decidme cómo podemos conseguir una tregua —dijo Suffolk, lenta pero enérgicamente.

A sus cuarenta y seis años, Suffolk era un hombre grandote, con una mata de pelo negro y gris que le caía por la amplia cabeza casi hasta los hombros. En los últimos años había engordado y al lado de Derry se sentía viejo. El hombro derecho le dolía casi siempre, y hacía unos años se había hecho un corte profundo en una pierna, cuyo músculo nunca cicatrizó adecuadamente. En invierno cojeaba, y mientras permanecía en la fría estancia sentía punzadas de dolor subiéndole por la pierna. Se le estaba

acabando la paciencia.

—Es lo que me ha dicho el chico —respondió Derry—. Traedme una tregua, me ha dicho. Traedme la paz. ¡Paz, cuando podríamos tenerlo todo con una buena temporada de lucha! Se me revolvió el estómago. Y su pobre padre debía de estar revolcándose dentro de su tumba. He pasado más tiempo en los archivos del que a ningún hombre con la sangre roja se le debería pedir nunca. Pero lo encontré, William Pole. Encontré algo que los franceses no rechazarán. Se lo llevaréis y se inquietarán y preocuparán, pero no serán capaces de resistirse. Tendrá su tregua.

—¿Y compartiréis esta revelación? —preguntó Suffolk, apenas aguantándose la rabia. Aquel hombre le resultaba irritante, pero Derry no aceptaba la presión y todavía existía la sospecha de que al cabecilla de los espías le gustaba tener a un conde aguardando su respuesta. Suffolk decidió no darle a Derry la satisfacción de mostrarse impaciente. Cruzó la sala para servirse una copa de agua de una jarra, que se bebió a sorbos rápidos.

—Nuestro Enrique desea una esposa —replicó Derry—. Verán helarse el infierno antes que darle una princesa real como hicieron con su padre. No, el rey francés mantendrá cerca a sus hijas para los franceses, de modo que ni siquiera le daré la satisfacción de rechazarnos. Pero existe otra casa, William: la de Anjou. Su duque tiene derechos documentados sobre Nápoles, Sicilia y Jerusalén. El viejo René se considera a sí mismo rey y ha arruinado a su familia intentando durante diez años reclamar sus derechos. Ha pagado rescates más cuantiosos de los que vos o yo veremos nunca, William. Y tiene dos hijas, una de ellas sin prometer y de trece años.

Suffolk movió la cabeza mientras se rellenaba la copa. Había renunciado al vino y la cerveza, pero en una ocasión como ésta los echaba realmente de menos.

—Conozco al duque René de Anjou —dijo—. Odia a los ingleses. Su madre era una gran amiga de esa muchacha, Juana de Arco... y recordaréis, Derry, que la quemamos en la hoguera.

—Absolutamente cierto —espetó Derry—. Estabais allí, la visteis. Esa bruja estaba aliada con alguien, aunque no fuera el mismísimo diablo. No, no os dais cuenta, William. René goza de la confianza de su rey. Ese francés arrogante le debe a René de Anjou su corona, se lo debe todo. ¿No le dio refugio la madre de René cuando se acobardó y salió corriendo? ¿No les mandó ella misma a la pequeña Juana de Arco para avergonzarlos y que atacaran? Esa familia ha mantenido Francia en manos francesas, o al menos hasta los confines de su territorio. Anjou es la clave de todo, William. ¡Pero si el rey francés se casó con la hermana de René, por el amor de Dios! Es la familia que puede presionar a su pequeño monarca... y son los que tienen una hija soltera. Son ellos la vía de entrada, creedme. Los he considerado a todos, William, a cualquier señor francés con tres cerdos y un par de sirvientes. Margarita de Anjou es una princesa; su padre se arruinó para demostrarlo.

Suffolk suspiró. Era tarde y estaba agotado.

—Derry, no nos vale, aunque tuvierais razón. He visto al duque más de una vez.



Lo recuerdo protestando ante mí porque soldados ingleses se reían de su orden de caballería. Se quedó muy ofendido, recuerdo.

—Entonces, no debió de haberla llamado Orden del Croissant.

—No es más raro que Orden de la Jarretera, ¿no? Sea como sea, Derry, no nos dará a su hija, y desde luego no a cambio de una tregua. Podría aceptar una fortuna a cambio de ella, si las cosas están tan mal como decís, pero ¿una tregua? No son tontos, Derry. No hemos hecho ni una sola campaña en una década y cada año se vuelve un poco más difícil conservar la tierra que dominamos. Tienen un embajador aquí y estoy seguro de que les cuenta todo lo que ve.

—Les cuenta lo que yo le dejo ver; por eso no os preocupéis. Tengo a ese muchacho perfumado bien atado. Pero no os he contado lo que ofreceremos para lograr que el viejo René acabe sudando y tirando de la manga de su rey, suplicando a su monarca que acepte nuestras condiciones. Sin las rentas de sus tierras ancestrales es pobre como un arquero ciego. ¿Y por qué? Porque son nuestras. Tiene un par de viejos castillos ruinosos que dominan las mejores tierras de cultivo de Francia, llenas de buenos ingleses y soldados que las disfrutaban por él. Maine y Anjou enteros, William. Eso lo llevará a la mesa de negociaciones bastante rápido. Nos dará la tregua. ¿Por diez años? Exigiremos veinte y a la maldita princesa. Y René de Anjou cuenta con la atención del rey. Esos devoradores de caracoles caerán de rodillas para aceptar.

Suffolk se frotó los ojos con frustración. Podía sentir el sabor del vino en la boca, a pesar de no haber ingerido ni una gota en más de un año.

—Es una locura. ¿Me pedís que renuncie a un cuarto de nuestras tierras en Francia?

—¿Creéis que me gusta hacerlo, William? —protestó Derry, exasperado—. ¿Os creéis que no llevo meses sudando, buscando un camino mejor? El rey me dijo: «Traedme una tregua, Derry». Y, bueno, ahí está. Ésa es la única manera de obtenerla y, creedme, si hubiera otra, ya la habría encontrado. Si pudiera utilizar la espada de su padre... Por Dios, si pudiera tan siquiera levantarla, ahora no estaríamos teniendo esta conversación. Vos y yo estaríamos otra vez fuera, con las trompas sonando y los franceses huyendo. Pero si no es capaz de hacer eso, y no lo es, William, vos lo habéis visto, éste es el único camino para obtener la paz. También le encontraremos una esposa, para ocultar todo lo demás.

—¿Se lo habéis dicho al rey? —preguntó Suffolk, consciente ya de la respuesta.

—Si lo hubiera hecho, habría accedido, ¿no es cierto? —respondió Derry amargamente—. «Vos sabréis qué hacer, Derry», «Si eso creéis, Derry». Ya sabéis cómo habla. Podría conseguir que accediera a cualquier cosa. El problema es que también lo pueden conseguir los demás. Es así de débil, William. Lo único que podemos hacer es procurarle una esposa, dejar correr el tiempo y esperar que tengan un hijo fuerte. —Vio la expresión sardónica en el rostro de Suffolk y continuó—: En el caso de Eduardo funcionó, ¿no es verdad? El Martillo de los malditos escoceses

tuvo un hijo débil... ¿pero su nieto? Ojalá hubiera conocido a un rey como él. No, ya lo he hecho; serví a Enrique; serví al león del maldito Agincourt, y tal vez eso sea todo lo que un hombre pueda esperar en su vida. Pero mientras esperamos un monarca como Dios manda, debemos obtener una tregua. El imberbe no es capaz de nada más.

—¿Habéis visto ni tan siquiera un retrato de esa princesa? —preguntó Suffolk mirando a lo lejos.

Derry se rió, desdeñoso.

—¿Margarita? Os gustan jóvenes, ¿no? ¡Y sois un hombre casado, William Pole! ¿Qué importa su aspecto? Tiene casi catorce años y es virgen; eso es lo único que importa. Podría estar llena de verrugas y lunares y nuestro Enrique diría: «si creéis que debo, Derry»; ésa es la verdad.

Derry se puso al lado de Suffolk y notó que parecía más encorvado ahora que cuando había entrado.

—Os conocen en Francia, William. Conocieron a vuestro padre y a vuestro hermano... y saben que vuestra familia ha pagado sus diezmos. Os escucharán si les contáis esto. Seguiremos teniendo el norte y toda la costa. Conservaremos Calais y Normandía, Picardía, Bretaña... y todo el territorio hasta París. Si pudiéramos conservar todo esto, y también Maine y Anjou, yo mismo haría ondear las banderas y marcharía con vos. Pero no podemos.

—Necesito oírlo de los labios del rey antes de regresar —dijo Suffolk con los ojos entristecidos.

Derry desvió la mirada, incómodo.

—De acuerdo, William. Lo comprendo. Pero, ya sabéis... No, de acuerdo. Lo encontraréis en la capilla. Tal vez podáis interrumpir sus plegarias, no lo sé. Estará de acuerdo conmigo, William. ¡Maldita sea, siempre lo está!

A través de una explanada de prado helado y crujiente, los dos hombres anduvieron a oscuras hasta la capilla de Windsor, dedicada a la Virgen Bendita, a Eduardo el Confesor y a san Jorge. A la luz de las estrellas, con el vaho de su aliento precediéndolo, Derry hizo un gesto a los guardas de la puerta exterior cuando la cruzaban hacia un interior iluminado por velas, casi tan frío como la noche al raso.

Al principio, la capilla parecía vacía, aunque Suffolk presintió y luego vio que había hombres de pie entre las estatuas. Ataviados con túnicas oscuras, resultaban casi invisibles hasta que se movían. Los pasos sobre la piedra resonaban en el silencio mientras los vigilantes se acercaban a los dos hombres, que tenían la expresión dura de la responsabilidad reflejada en sus rostros. Derry tuvo que esperar dos veces a ser reconocido antes de poder avanzar por la nave hacia la figura solitaria que rezaba.

El asiento del monarca estaba casi cercado en madera tallada y dorada, iluminado por la luz tenue de unas lámparas que colgaban de muy arriba. Enrique estaba

arrodillado con las manos extendidas frente a él, muy tenso y rígido. Tenía los ojos cerrados, y Derry suspiró levemente para sus adentros. Por un momento, él y Suffolk se quedaron quietos, esperando, contemplando el rostro juvenil levantado, bañado en una luz dorada en medio de la oscuridad. El rey tenía un aspecto angelical, pero a ambos les partía el corazón ver lo joven que parecía, y cuán frágil. Se dijo que su nacimiento había sido una dura prueba para su madre, francesa. Tuvo la suerte de sobrevivir y el niño nació azul y atragantándose. Al cabo de nueve meses su padre, Enrique V, murió, por una simple enfermedad que le arrebató la vida después de sobrevivir a cientos de batallas. Había quien decía que era una bendición que el rey guerrero no hubiera visto a su hijo hacerse hombre.

En la penumbra, Derry y Suffolk se miraron en silencio, compartiendo la misma sensación de pérdida. Derry se acercó un poco más.

—Podría estar así unas cuantas horas —susurró al oído de Suffolk—. Debéis interrumpirlo o seguirá igual hasta la mañana.

En respuesta, Suffolk se aclaró la garganta, emitiendo un ruido más fuerte de lo que había previsto en aquel silencio. Los ojos del rey se abrieron aleteando, como si regresaran de muy muy lejos. Poco a poco, Enrique volvió la cabeza y fue consciente de los dos hombres que estaban allí de pie. Parpadeó, les sonrió a ambos, se santiguó y murmuró una plegaria final antes de levantarse sobre sus piernas anquilosadas después de horas de inmovilidad.

Suffolk observó a su rey manoseando el pestillo del asiento del monarca antes de bajar y acercarse a él. Enrique dejó atrás la zona iluminada, de modo que no podían verle el rostro que se les acercaba.

Los dos hombres se arrodillaron y las rodillas de Suffolk protestaron. Enrique soltó una risita por encima de sus cabezas inclinadas.

—Mi corazón se llena de satisfacción al veros, lord Suffolk. Vamos, levantaos. El suelo está demasiado frío para los ancianos. Oigo a mi sirvienta quejarse, aunque no sabe que estoy allí. Es más joven que vos, creo. Arriba, los dos, antes de que os enfriéis.

Cuando Derry se levantó, encendió la lámpara que llevaba, iluminando toda la capilla. El rey iba ataviado con sencillez, un vestido de simple paño de lana oscuro y unos toscos zapatos de cuero, como cualquier ciudadano. No llevaba nada de oro y, con su aspecto de muchacho, podía haber sido un aprendiz de algún oficio que no requiriera demasiada fuerza.

Suffolk buscó en el rostro del chico algún rasgo de su padre, pero sus ojos eran inocentes y el contorno más fino, sin ninguna señal de la enorme fuerza de su linaje. A Suffolk casi se le pasaron por alto los vendajes en las manos de Enrique. Su mirada se centró en ellos y Enrique los levantó a la luz, mientras se ruborizaba.

—Prácticas de esgrima, lord Suffolk. El viejo Marsden dice que se me endurecerán, pero no hacen más que sangrarme. Pensé que por un tiempo... —Se interrumpió y levantó uno de los dedos vendado para darse unos golpecitos en los

labios—. No, pero no habéis venido desde Francia para verme las manos, ¿no es así?

—No, su graciosa Majestad —respondió Suffolk delicadamente—. ¿Podéis dedicarme un momento? He estado hablando con maese Brewer sobre el futuro.

—¡No hay cerveza de Derry! —exclamó Enrique—. ¡Es el único maestro cervecero<sup>[1]</sup> sin cerveza!

Era una vieja broma sobre su apellido, pero los dos hombres mayores se rieron cumplidamente. Enrique les sonrió.

—En realidad, no puedo moverme de este lugar. Se me permite hacer una pausa cada hora, para beber agua o para aliviarme, pero luego debo regresar a mis plegarias. El cardenal Beaufort me ha dicho que el secreto y la carga son demasiado grandes.

—¿El secreto, Majestad?

—¡Que los franceses no pueden venir mientras el rey reza, lord Suffolk! Con mis manos, aun vendadas como están, los mantengo alejados. ¿No es algo maravilloso?

Suffolk respiró lentamente, inhalando, exhalando, maldiciendo en silencio al tío abuelo del muchacho por su estupidez. No había motivo para tener a Enrique desaprovechando las noches de aquella manera, aunque Suffolk imaginó que facilitaba las cosas a aquellos que lo rodeaban. El cardenal Beaufort debía de estar durmiendo en algún rincón cercano. Suffolk decidió despertarlo y hacer que se uniera a las plegarias del chico. Al fin y al cabo, las plegarias de un rey sólo podían ser apoyadas por las de un cardenal.

Derry había estado escuchando atento, esperando a intervenir.

—Haré salir a los hombres, mi lord Suffolk. Su alteza, ¿con vuestro permiso? Se trata de un asunto privado, mejor que no nos oiga nadie.

Enrique le hizo un gesto para que procediera mientras Suffolk sonreía ante aquel tono formal. A pesar de la amargura y el desdén que sentía Derry, en presencia del rey se mostraba cauto. No habría blasfemias en aquella capilla, no de su parte.

El rey pareció no darse cuenta de la media docena de hombres a los que Derry condujo fuera de la capilla, a la noche gélida. Suffolk era lo bastante cínico como para sospechar que todavía podían quedar un par en los rincones más oscuros, pero Derry conocía a sus hombres y la paciencia de Enrique empezaba a agotarse, como lo mostraba su mirada, que se alejaba hacia su lugar de plegaria.

Suffolk sintió una punzada de afecto hacia el joven rey. Había observado crecer a Enrique con las esperanzas de todo un país sobre sus hombros. Suffolk había visto cómo esas esperanzas flaqueaban y luego se convertían en decepción. Sólo podía imaginar lo duro que había sido para el propio muchacho. Enrique no era tonto, a pesar de su extravío. A lo largo de los años sin duda había oído todos los comentarios punzantes que se habían hecho sobre él.

—Majestad, maese Brewer ha concebido un plan para negociar una tregua y una esposa al mismo tiempo, a cambio de dos grandes provincias de Francia. Cree que los franceses concederán una tregua a cambio de Maine y Anjou.

—¿Una esposa? —dijo Enrique parpadeando.

—Sí, Majestad, puesto que la familia en cuestión tiene una hija adecuada. Quería... —Suffolk vaciló. No podía preguntar si el rey comprendía lo que le estaba diciendo—. Majestad, hay súbditos ingleses que viven tanto en Maine como en Anjou. Serían desahuciados si renunciamos a ellas. Quería preguntaros si no es un precio demasiado alto a cambio de una tregua.

—Necesitamos una tregua, lord Suffolk. Debemos conseguirla. Mi tío el cardenal también lo dice. Maese Brewer está de acuerdo con él... ¡aunque no tenga cerveza! Pero, habládme de la esposa. ¿Hay algún retrato de ella?

Suffolk cerró los ojos un instante antes de abrirlos.

—Encargaré uno, Majestad. Pero, lo de la tregua... Maine y Anjou son el cuarto meridional de nuestras tierras en Francia. Juntas son tan grandes como Gales, Majestad. Si renunciamos a un trecho de tierra tan grande...

—¿Cómo se llama la muchacha? No la puedo llamar ni «muchacha» ni «esposa» todavía, ¿no, lord Suffolk?

—No, Majestad. Se llama Margarita. Margarita de Anjou.

—Iréis a Francia, lord Suffolk, y la veréis de mi parte. Cuando regreséis, querré saber todos los detalles.

Suffolk ocultó su frustración.

—Majestad, ¿entiendo que estáis dispuesto a perder territorios en Francia a cambio de la paz?

Para su sorpresa, el rey se inclinó hacia él para responder, con sus ojos azul claro brillando:

—Como vos decís, lord Suffolk, necesitamos una tregua. Dependo de vos para cumplir mis deseos. Traedme un retrato de ella.

Derry había regresado mientras la conversación tenía lugar, manteniendo una expresión cuidadosamente neutra.

—Estoy seguro de que Su Alteza Real quiere volver ahora a sus plegarias, lord Suffolk.

—Me gustaría, sí —respondió Enrique, levantando una mano vendada como gesto de despedida. Suffolk pudo ver una mancha rojo oscuro en el centro de la palma.

Le hicieron una honda reverencia al joven rey de Inglaterra mientras él volvía a su lugar y se arrodillaba, cerraba lentamente los ojos y entrelazaba los dedos con la fuerza de un candado.

**M**argarita soltó un gemido cuando una figura apresurada se tropezó con ella y ambas cayeron por el suelo. Tuvo la vaga visión de un pelo castaño recogido y percibió un olor a sudor sano, y luego cayó con un aullido. Una olla de cobre se estrelló contra los adoquines del patio con un estrépito tan grande que le hirió los oídos. Al caer Margarita, la doncella intentó atrapar la olla, pero sólo consiguió que se alejara rodando.

La doncella levantó la vista, enfadada, y profirió una maldición. Al ver el bonito vestido de Margarita y sus mangas blancas hinchándose, se quedó pálida, y el rubor de las cocinas la abandonó. Por un instante, su mirada se dirigió parpadeante al sendero, y se planteó si podría salir corriendo. Con tantas caras extrañas en el castillo, al menos había la posibilidad de que la chica no fuera capaz de reconocerla luego.

Con un suspiro, la doncella se limpió las manos en el delantal. La cocinera la había advertido sobre los hermanos y el padre, pero le había dicho que la muchacha más joven era un amor. Se agachó a ayudar a Margarita a levantarse.

—Lo siento mucho, querida. No debería haber corrido, pero hoy todo son prisas. ¿Os he hecho daño?

—No, no creo —respondió Margarita con recelo. Le dolía el costado y creía que se había arañado el codo, pero la muchacha ya se balanceaba de un pie al otro, con ganas de marcharse. Una vez incorporada, Margarita le sonrió y percibió el brillo del sudor en el rostro de la joven.

—Mi nombre es Margarita —dijo recordando sus lecciones—. ¿Puedo saber tu nombre?

—Simone, mi señora. Pero debo volver a las cocinas. Todavía quedan mil cosas por hacer, con la llegada del rey.

Margarita vio el asa de la olla que sobresalía del seto recortado junto a su pie y la recogió. Para su satisfacción, la mujer le hizo una reverencia mientras la recuperaba. Intercambiaron una sonrisa antes de que la doncella desapareciera a una velocidad tan sólo un poco inferior a cuando habían tropezado. Margarita se quedó sola, observando cómo se marchaba. Hacía años que el castillo de Saumur no bullía de actividad como ahora, y oyó la voz profunda de su padre procedente de algún lugar cercano. Si la veía, la pondría a trabajar, estaba convencida, de modo que se marchó en la dirección contraria.

El regreso repentino de su padre a Saumur había arrancado más de una vez a Margarita unas lágrimas amargas y enfurecidas. Le molestaba como le hubiera molestado cualquier extraño que llegara con esos aires, asumiendo todos sus derechos como amo y señor de su casa. Durante la década que duró su ausencia, su madre le había hablado a menudo de su gran valentía y honor, pero Margarita había visto los espacios blancos que iban quedando en medio del yeso amarillento a medida que los cuadros y las estatuas iban siendo retirados y vendidos silenciosamente. La colección

de joyas había sido lo último en salir del castillo, y ella había sido testigo del dolor de su madre cuando los hombres de París venían a tasar las mejores piezas, examinándolas con sus pequeños tubos y contando las monedas. Cada año disponían de menos lujos y comodidades, hasta que Saumur quedó desnudo de cualquier cosa hermosa, descubriendo sus muros de fría piedra. Aunque apenas lo conocía, el odio que sentía Margarita por su padre había ido creciendo. Hasta los sirvientes habían sido despedidos uno a uno, y alas enteras del castillo permanecían cerradas y abandonadas a la tristeza de la humedad y el moho.

Ante ese pensamiento, levantó la cabeza y se preguntó si podría escabullirse al ala este sin que la vieran y la obligaran a hacer alguna tarea. En una de las salas de la torre había ratones que campaban a sus anchas, que construían sus pequeñas madrigueras en viejos sofás y butacas. Llevaba el bolsillo lleno de migas para tentarlos a salir y, así, podía pasarse toda la tarde. Se había convertido en su refugio, un escondite que nadie más conocía, ni siquiera su hermana Yolanda.

Cuando Margarita vio a los hombres de París contando los libros en la bonita biblioteca de su padre, se coló de noche y reunió todos los que fue capaz de transportar, llevándoselos a la sala de la torre antes de que desaparecieran. Eso no la hacía sentirse culpable, ni siquiera cuando su padre regresaba y sus órdenes estridentes sonaban por toda la casa. Margarita no comprendía realmente lo que era un rescate, o por qué tenían que pagarlo para tenerlo de vuelta, pero amaba los libros que había salvado, hasta los que habían sido descubiertos y mordisqueados por los ratones.

Saumur era un laberinto de escaleras y pasadizos traseros, el legado de cuatro siglos de construcción y ampliación, lo que significaba que había pasillos que finalizaban sin un motivo claro, mientras que a ciertas estancias sólo se podía llegar pasando por media docena de salones. Y sin embargo, había sido su mundo desde que tenía uso de razón. Margarita conocía todos los itinerarios y, después de arañarse el codo, avanzó rápidamente, cruzando un pasillo y repiqueteando por una sala amplia y vacía con paneles de roble. Si su madre la veía correr, se lo recriminaría con duras palabras. Margarita se sorprendió temiendo también los pasos de su gobernanta, antes de recordar que ese terror de su juventud había sido también despedido con todos los demás.

Dos tramos de escaleras de madera la llevaron hasta un descansillo que conducía directamente a la torre este. Allí, los viejos tablones de madera del suelo estaban combados y retorcidos, levantándose de las vigas de debajo. Margarita había perdido tardes enteras caminando por ellos formando figuras complicadas, haciéndolos hablar con sus voces chirriantes. La llamaba la Sala del Cuervo, por los sonidos que desprendía.

Jadeando ligeramente, se detuvo bajo los aleros para mirar hacia la estancia de arriba, como hacía siempre. Poder inclinarse por aquel espacio enorme tenía algo de especial, levantarse hasta el nivel de los candelabros del techo, con sus gruesas velas

amarillentas. Se preguntó quién las encendería para la visita del rey, ahora que los encargados de hacerlo ya no venían nunca, pero suponía que su padre habría pensado en ello. De alguna manera había encontrado el oro para contratar a todos los nuevos sirvientes. El castillo rebosaba de ellos como la torre de ratones, corriendo aquí y allá a cumplir tareas desconocidas, y todos extraños para ella.

Avanzó más adelante por la biblioteca, lo que la hizo temblar, ahora que estaba vacía y fría. Yolanda decía que algunas casas ilustres tenían bibliotecas en la planta baja, pero aun cuando fueron ricos, a su padre le habían interesado poco los libros. Al pasar, encontraba los estantes con una gruesa capa de polvo y dibujó ociosamente una cara con el dedo antes de apresurarse a seguir. Por la ventana de la biblioteca, miró hacia abajo, hacia el patio, y frunció el ceño al ver a sus hermanos haciendo prácticas de esgrima. Juan había hecho caer de rodillas al pequeño Luis y se reía. Nicolás estaba de pie a un lado, dibujando en el suelo con la punta de su espada mientras los animaba a los dos a gritos. Mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie la observaba, Margarita señaló con el dedo a su hermano mayor y lo maldijo, pidiéndole a Dios que le provocara un sarpullido en las partes nobles. No pareció afectar a sus alegres golpes, pero se lo merecía por el pellizco que le había dado aquella mañana.

Para su horror, Juan levantó de pronto la vista y su mirada se clavó en la de ella. Pegó un gran grito que hasta ella pudo oír a través de los rombos de cristal. Margarita se quedó paralizada. A sus hermanos les gustaba perseguirla, y lo hacían imitando los cuernos de caza con las manos en la boca, mientras corrían tras ella por las estancias y pasillos del castillo. ¿No deberían estar demasiado ocupados con la llegada del rey? El corazón se le encogió al ver a Juan detenerse y señalarla, y entonces los tres echaron a correr hacia ella. Margarita descartó la idea de ir a su sala secreta. Todavía no la habían descubierto, pero si venían a la biblioteca, la perseguirían por toda esa parte del castillo. Sería mejor alejarlos de allí.

Se echó a correr, levantándose las faldas y maldiciéndolos a todos, deseándoles sarpullidos y granos. La última vez la habían obligado a meterse en una de las grandes calderas de la cocina y la amenazaron con encender el fuego.

—¡Maman! —gritó—. ¡Mamaaan!

Corría a tal velocidad que parecía no tocar el suelo con los pies, usando los brazos para guiarse mientras bajaba una planta y cortaba por un pasillo hasta las estancias de su madre. Una doncella asustada retrocedió con su cubo y fregona cuando Margarita pasó como un rayo. Podía oír a sus hermanos saludando en algún lugar de la planta inferior, pero no se detuvo, bajó tres peldaños que había frente a ella y luego subió otros tres, un antiguo capricho de la construcción del castillo sin una función clara. Mientras jadeaba para recuperar el aliento, se metió en el vestidor de su madre y buscó desesperadamente un lugar donde protegerse. Vio un enorme y pesado vestuario y, en un abrir y cerrar de ojos, abrió la puerta y se coló al fondo, reconfortada por el olor del perfume de su madre y por las densas pieles.

Se hizo el silencio, aunque todavía podía oír a Juan llamándola a lo lejos.



Margarita se esforzó por no toser a causa del polvo que había levantado. Oyó pasos que entraban en la estancia y se quedó inmóvil como una estatua. No era raro que Juan mandara a Nicolás o al pequeño Luis en otra dirección, mientras él avanzaba chocando y la engañaba para que se sintiera a salvo. Margarita aguantó la respiración y cerró los ojos. Al menos, el guardarropa era cálido y seguramente no osarían buscarla en las estancias de su madre.

Los pasos se acercaron y, sin advertencia previa, la puerta del vestidor se abrió con un chirrido. Margarita parpadeó al ver a su padre a contraluz.

—¿Qué estás haciendo aquí, muchacha? —le exigió que respondiera—. ¿Sabes que el rey está a punto de llegar? Si tienes tiempo para juegos, por Dios, es que tienes demasiado tiempo.

—Sí, señor, lo siento. Juan me estaba persiguiendo y...

—¡Tienes las manos asquerosas! ¡Mira las marcas que has dejado! ¡Míralas, Margarita! ¡Corriendo como un pillo callejero mientras el rey está en camino!

Margarita bajó la cabeza y salió a gatas del armario antes de cerrar la puerta tras ella. Era cierto que tenía las palmas de las manos llenas de mugre, acumulada tras merodear por las estancias de la planta superior. Se sentía cada vez más molesta. Tal vez lord René era su padre, pero no tenía recuerdos de él, ni uno solo. Era simplemente un tipo baboso que acababa de llegar a su casa y le daba órdenes a su madre como si fuera una sirvienta. Tenía la cara extrañamente pálida, tal vez por los años en que se pudrió en prisión. Tenía los ojos grises y fríos, medio escondidos por los párpados inferiores, gruesos y sin arrugas, de modo que parecía como si siempre mirara por encima de ellos. Estaba claro que en prisión no había pasado hambre, pensó ella. Resultaba obvio. Se había quejado a su esposa del coste del sastre que le había alargado los vestidos, y la había hecho llorar.

—¡Si tuviera tiempo te haría fustigar, Margarita! Habrá que hacer limpiar todos estos vestidos.

Gritó y gesticuló, furioso, durante un rato, mientras Margarita aguantaba el chaparrón con la cabeza gacha, tratando de parecer adecuadamente avergonzada. Antaño habían tenido doncellas y sirvientes que se encargaban de frotar cada piedra y de pulir todas las superficies de roble francés. Si ahora se acumulaba el polvo en espesas capas, ¿de quién era la culpa, si no del hombre que había arruinado Saumur por su vanidad? Margarita lo había escuchado quejarse a su madre por el estado del castillo, pero sin un ejército de sirvientes, Saumur era, sencillamente, demasiado grande para poderlo mantener limpio.

Margarita se acordó de asentir con la cabeza mientras su padre lanzaba exabruptos. Se llamó a él mismo rey de Jerusalén, Nápoles y Sicilia, lugares que ella nunca había visto. Supuso que eso la convertía en princesa, pero no estaba segura. Al fin y al cabo, él no había conseguido ganar ninguna de estas plazas, y un documento en papel no tenía ningún valor, si lo único que podía hacer era rabiarse y pavonearse y escribir cartas furiosas. Lo detestaba. Mientras esperaba a que terminara, se sonrojó al

recordar una conversación con su madre. Margarita había exigido saber por qué su padre no podía, simplemente, volver a marcharse. Como respuesta, su madre apretó los labios con fuerza y le habló con la mayor dureza que Margarita podía recordar.

Margarita presintió que la babosa estaba llegando al final de su discurso.

—Sí, señor —dijo humildemente.

—¿Qué? —la desafió él levantando la voz—. ¿Qué quieres decir, con «Sí, señor»? ¿Me has estado escuchando? —En sus pálidas mejillas surgían manchas de rubor a medida que se enfurecía—. ¡Sal de aquí! —le gritó—. No quiero ver tu cara a menos que te llame, ¿lo entiendes? Tengo cosas mejores que hacer que enseñarte maneras, algo de lo que obviamente careces. ¡Corriendo como una salvaje! Cuando el rey se haya marchado, pensaré en algún castigo del que no te olvides fácilmente. ¡Vamos! ¡Sal de aquí!

Margarita se marchó corriendo, ruborizada y temblorosa. Se cruzó con su hermano Luis en el pasillo de fuera y, por una vez, pareció apiadarse de ella.

—Juan te está buscando en el salón de banquetes —murmuró—. Si quieres esquivarle, yo que tú daría la vuelta por la cocina.

Margarita se encogió de hombros. Luis se creía astuto, pero ella lo conocía demasiado bien. Juan estaría en la cocina, o cerca de ella, eso era obvio. No podrían meterla en una caldera, no con tanto personal preparando un banquete real, pero sin duda su hermano habría pensado en algo igual de desagradable. Con dignidad, Margarita se alejó caminando, sin correr, luchando contra unas lágrimas que apenas alcanzaba a comprender. No le importaba que la babosa estuviera enfadada; ¿por qué iba a importarle? Decidió ir a buscar a su madre, perdida en medio del ruido y el trajín que unos días atrás habían sido paz y tranquilidad. ¿De dónde habían salido todos aquellos sirvientes? No había dinero para pagarles, ni quedaba ya nada para vender.

Al caer el sol, sus hermanos habían abandonado la cacería para vestirse para el festín. La población del castillo de Saumur había aumentado todavía más por el hecho que el rey Carlos había mandado a su personal por anticipado. Además de los cocineros contratados de las casas nobles y del pueblo, ahora había jefes de cocina que supervisaban cada paso de la preparación, y media docena de hombres vestidos de negro que examinaban cada estancia por si había espías o asesinos. Por una vez, su padre no dijo nada cuando sus guardas eran interrogados y organizados por los hombres del rey. Los habitantes locales ya sabían, a esas alturas, que habría una visita real. Al caer la noche, con las golondrinas cruzando todavía el cielo, los labriegos habían regresado de sus campos y parcelas con sus familias. Se dirigieron a los márgenes del camino a Saumur, y levantaban la cabeza para intentar ver por primera vez a la realeza. Los hombres se quitaban el sombrero al paso del rey, y lo agitaban al aire y lo ovacionaban.

La llegada del rey Carlos no fue tan impresionante como Margarita se imaginó que sería. Contempló desde la ventana de la torre cómo un pequeño grupo de jinetes se acercaban cabalgando por el camino desde el sur. No eran más de veinte, apiñados alrededor de una figura delgada y de pelo oscuro, ataviada con una capa azul claro. Por lo que le pareció ver, el rey no se detuvo a saludar a los campesinos. Margarita se preguntó si el monarca creería que el mundo estaba lleno de gente ovacionándolo, como si formaran parte del paisaje, como los árboles o los ríos.

Mientras la comitiva real cabalgaba hacia la puerta principal, Margarita se había inclinado por la ventana abierta a mirar. El rey le pareció más bien normal cuando lo vio desmontar en el patio y entregar las riendas de su montura a un sirviente. Sus hombres tenían expresiones graves y severas, y más de uno miraba a su alrededor con actitud de disgusto. A Margarita le molestó de inmediato. Había observado a su padre salir y hacerle una reverencia al rey para, acto seguido, entrar con él. La voz de René llegaba hasta las ventanas, alta y tosca. Se esforzaba demasiado, pensó Margarita. Un hombre como el rey seguramente desconfiaba de la adulación.

El banquete fue una miseria, con Margarita y Yolanda confinadas al final de la larga mesa, ataviadas con vestidos rígidos que olían a alcanfor y a madera de cedro y que eran demasiado valiosos para mancharse. Sus hermanos se sentaban un poco más cerca del centro, y volvían la cabeza hacia el rey como si fueran viajeros mirando al fuego de una chimenea. Como hermano mayor, Juan trató incluso de conversar un poco, pero sus intentos eran tan forzados y formales que a Margarita le daban ganas de reír. El ambiente era insoportablemente estirado y, por supuesto, su hermana Yolanda la pellizcaba por debajo de la mesa para hacerla gritar y avergonzarla. Margarita la ahuyentaba con un tenedor de una cubertería de plata que no había visto nunca.

Sabía que no se le permitía hablar; su madre, Isabel, se lo había dejado muy claro, de modo que se mantenía en silencio mientras el vino corría y el rey obsequiaba a su padre o a Juan con una sonrisa ocasional entre platos.

Margarita pensó que el rey Carlos era demasiado flaco y tenía la nariz demasiado larga para ser guapo. Sus ojos eran pequeñas cuentas negras y las cejas unas finas líneas, casi como si las llevara depiladas. Había esperado ver a un hombre con gracia y carisma, o al menos tocado con algún tipo de corona. En cambio, el rey manoseaba nerviosamente unos alimentos que era obvio que no le gustaban y se limitaba a levantar un poco las comisuras de los labios cuando intentaba sonreír.

Su padre llenaba los silencios con anécdotas y recuerdos de la corte, manteniendo una retahíla de parloteo fatuo que provocaba en Margarita vergüenza ajena. Lo único divertido sucedió cuando las expresivas manos de su padre derribaron una copa de vino, pero los sirvientes actuaron con presteza y la hicieron desaparecer rápidamente. Margarita percibía el aburrimiento del rey, aunque lord René no se diera cuenta. Picoteaba de cada plato, mientras se preguntaba el coste de todo aquello. La sala estaba iluminada con caras candelas nuevas y hasta velas blancas, que normalmente

sólo se usaban por Navidad. Supuso que los gastos representarían meses de penuria en el futuro inmediato, cuando el rey se hubiera marchado. Intentó disfrutar de todo, pero la visión de la cabeza alargada de su padre oscilando por la risa la hacía enfurecer. Margarita se tomó la sidra a sorbos, con la esperanza de que se dieran cuenta de su desaprobación y de que incluso se sintieran avergonzados. Era un pensamiento atractivo, que todos levantaran la vista y observaran su semblante serio, y luego miraran los platos rebosantes de comida que apenas tocarían antes de pasar al plato siguiente. Sabía que el rey Carlos había conocido a Juana de Arco y ansiaba preguntarle por ella.

Al lado del rey, su tía María escuchaba a René con una expresión de desaprobación muy parecida a la de Margarita. Una y otra vez, Margarita vio la mirada de su tía fijarse en el cuello de su madre, sin una sola joya. Era algo que René no había sido capaz de pedir prestado para la cena. Todas las joyas de su madre habían servido para financiar sus fallidas campañas. Como esposa del rey, María llevaba un espléndido juego de rubís que le caían por el escote. Margarita intentaba no mirarlos, pero estaban diseñados para atraer la atención, ¿acaso no era ésa su función? Había pensado que una mujer casada no querría atraer las miradas masculinas hacia su pecho de esa manera, pero, al parecer, ella sí. María y René habían crecido en Saumur, y Margarita vio cómo los ojos escrutadores de su tía pasaban de los lóbulos y el cuello desnudos de su madre a los enormes tapices que colgaban de las paredes. Margarita se preguntó si reconocería alguno de ellos. Al igual que los sirvientes, habían sido prestados o alquilados por unos pocos días. Casi le parecía oír los pensamientos de su tía haciendo los cálculos como un pequeño ábaco. Su madre siempre decía que María tenía el corazón duro, pero con él había conquistado a un rey y todo el lujo de su vida.

No era la primera vez que Margarita se preguntaba por el motivo que había llevado al rey Carlos hasta el castillo de Saumur. Sabía que durante la cena no habría conversación seria, tal vez ni siquiera hasta que el rey hubiera descansado o cazado al día siguiente. Margarita decidió visitar la galería que había encima de la estancia superior cuando le permitieron abandonar la sala para ir a acostarse. Su padre llevó a los ilustres invitados hasta dicha estancia para que disfrutaran de un buen fuego y de una selección de sus mejores vinos. Con aquella idea en mente, Margarita se acercó un poco más a Yolanda, justo cuando la muchacha estaba a punto de retorcerle el brazo por pura travesura.

—Te retorceré la oreja y te haré gritar si lo haces, Yolanda —murmuró.

Su hermana retiró la mano de inmediato de encima de la mesa. Con quince años, Yolanda era tal vez su mejor amiga, aunque últimamente estaba adoptando los aires y la gracia de una jovencita, y le decía a Margarita, pomposamente, que ya no podía jugar a cosas de niñas. Yolanda le regaló incluso una preciosa muñeca pintada, pero estropeó el regalo con un comentario despectivo sobre las cosas de niña pequeña que ya no necesitaba.

—¿Quieres venir conmigo por las escaleras traseras después del banquete, a escuchar a la galería? Junto al Salón del Cuervo.

Yolanda se lo pensó, ladeando levemente la cabeza mientras sopesaba su emocionante nueva condición de adulta contra su deseo de ver al rey hablándole a su padre en privado.

—Tal vez sólo un rato. Ya sabes que te asusta la oscuridad.

—La que se asusta eres tú, Yolanda, y lo sabes. Y tampoco me asustan las arañas, ni siquiera las grandes. ¿Vienes, entonces?

Margarita sintió la mirada censora de su madre sobre ella y se aplicó a tomar un poco de fruta cortada sobre una capa de hielo. Los finos pedazos estaban medio congelados y sabían deliciosos, y apenas recordaba cuándo había sido la última vez que había acabado una comida con algo tan exquisito.

—Iré —le susurró Yolanda.

Margarita alargó el brazo y puso una mano sobre la de su hermana, consciente de que no había que arriesgarse a sufrir la ira de su madre con otra palabra. Su padre estaba contando alguna anécdota tediosa sobre uno de sus granjeros arrendatarios y el rey se reía, lo que provocaba una ola de risas por toda la mesa. La comida había sido, desde luego, un éxito, pero Margarita sabía que el monarca no había venido a Saumur a comer y a beber vino. Con la cabeza inclinada, miró al rey de Francia al otro extremo de la mesa. Tenía un aspecto tan ordinario, pero Juan, Luis y Nicolás estaban aparentemente fascinados por él, e ignoraban su comida al más mínimo comentario de los reales labios. Margarita sonreía para sus adentros, sabiendo que por la mañana se mofaría de ellos. Se lo merecían por haberla perseguido como si fuera un pequeño zorro.

**E**l Salón del Cuervo estaba en silencio mientras Margarita lo cruzaba descalza. Había pasado parte del verano anterior dibujando su plano en el dorso de un viejo mapa, en el que marcaba cada junta o tabla que crujía con una crucecita. La luz de la chimenea en el salón superior se extendía hacia la galería mientras la cruzaba como una bailarina, avanzando con unos pasos exagerados que dibujaban el plano que veía en su memoria. Los cuervos permanecieron en silencio mientras ella llegaba triunfante a la galería y se volvía para darle indicaciones mediante gestos a Yolanda.

Iluminada entre la luz dorada parpadeante y las sombras, su hermana mostró signos de frustración, pero era presa de la misma emoción ilícita y avanzó con cuidado por el suelo de tablones pulidos, haciendo muecas como Margarita cuando crujían bajo su peso. Las dos muchachas se paralizaban a cada sonido, pero su padre y el rey lo ignoraban. El fuego resoplaba y crepitaba, y en una casa antigua, de noche, siempre había movimientos y ruidos. René de Anjou no levantó la vista mientras Yolanda se acomodaba junto a su hermana y echaba una ojeada a través de la barandilla de madera a la escena de abajo.

El salón superior había sobrevivido casi intacto a las pérdidas de Saumur. Tal vez porque seguía siendo el corazón y el centro de la vida familiar, sus tapices y mobiliario de roble habían quedado a salvo de los hombres de París. La chimenea era lo bastante alta como para que un hombre adulto se metiera en ella sin necesidad de agachar la cabeza. Allí ardía alegremente un tronco del tamaño de un sofá pequeño, calentando hurgonos de hierro dispuestos a través hasta que sus puntas brillaban doradas. El rey Carlos estaba sentado en una enorme butaca acolchada cerca de las llamas, mientras su padre permanecía de pie y se entretenía con las copas y las botellas. Margarita observó fascinada cómo René sumergía uno de los hurgonos en un vasito de vino para su rey, lo que provocó un silbido de vapor que endulzó el aire de la estancia. Percibió el aroma de clavo y canela e hizo una mueca con la boca al imaginarse el sabor. El calor no alcanzaba su escondite, por desgracia. Las piedras del castillo absorbían el calor, especialmente de noche. Margarita se estremeció, sentada con las piernas dobladas hacia un lado, preparada para ocultarse de la luz si su padre levantaba la vista.

Los dos hombres se habían cambiado de ropa, advirtió. Su padre llevaba un batín guateado sobre unos pantalones anchos y unos zapatos de fieltro. Bajo la luz parpadeante, pensó que le daba aspecto de brujo, gesticulando con el vapor y el fuego encima de las copas. El rey llevaba un traje pesado de una tela brillante, atada con un cinturón. Le gustó la idea fantástica de estar presenciando algún ritual arcaico entre expertos en magia. Pero el tono empalagoso de su padre hizo añicos su ilusión.

—Vos los habéis conducido hasta este punto, Majestad, nadie más. Si no hubierais asegurado Orleans y reforzado el ejército hasta lo que es hoy, ahora estarían

suplicando una tregua. Eso es señal de nuestra fuerza y de la debilidad de ellos. Se presentan ante nosotros, Majestad, suplicándonos. Es todo a vuestra mayor gloria y a la gloria de Francia.

—Quizá, René, quizá tengáis razón. Pero son listos y maliciosos, casi tanto como los judíos. Si me estuviera muriendo de sed y un inglés me ofreciera un vaso de agua, vacilaría y sopesaría la ventaja que le daba. Mi padre fue más confiado, y le pagaron su bondad con engaños.

—Majestad, estoy de acuerdo con vos. ¡Espero no ser nunca tan confiado como para estrechar la mano de un lord inglés sin después comprobar mis bolsillos! No obstante, tenemos el informe de vuestro embajador. Decía que el rey apenas había hablado con él y que lo hicieron entrar y salir ante la presencia real como si la estancia estuviera en llamas. Ese Enrique no es el hombre que fue su padre, o habría retomado su destrucción sin sentido hace años. Creo que ésta es una oferta hecha a partir de la debilidad... y, con esa debilidad, podemos recuperar tierras perdidas. Para Anjou, Majestad, pero también para Francia. ¿Podemos permitirnos ignorar una oportunidad como ésta?

—Es exactamente por esto por lo que sospecho que nos tienden una trampa —dijo el rey Carlos con amargura, mientras se tomaba a sorbos su vino caliente e inhalaba sus vapores—. Oh, puedo creerme que quieran una princesa francesa para mejorar un poco su contaminado linaje, para bendecirlo con sangre más pura. He visto a dos de mis hermanas entregadas a manos inglesas, René. Mi padre fue... inconstante en sus últimos años. Estoy convencido de que no entendía del todo los peligros de entregar a Isabel a su rey Ricardo, o a mi querida Catalina al carnicero inglés. ¿Es tan sorprendente que ahora reclamen mi propio trono, mi propio legado? ¡Qué indecencia, René! El joven Enrique es un hombre con dos caras: una de ángel, la otra de demonio. ¡Pensar que tengo a un rey inglés por sobrino! Los santos deben de estar riéndose, o llorando..., no lo sé.

El rey se acabó la copa, hundiendo su larga nariz en el recipiente. Hizo una mueca al llegar al poso y se limpió una línea violeta de los labios con la manga. Con ademán perezoso se perdió en sus pensamientos mientras el padre de Margarita le llenaba de nuevo la copa y sacaba otro hierro candente de la rejilla del fuego.

—No quiero reforzar sus aspiraciones con una gota más de sangre francesa, lord Anjou. ¿Queréis que desherede a mis propios hijos por un rey extranjero? ¿Y por qué? ¿La pequeña Anjou? ¿Maine? ¿Una tregua? Antes reuniría a mi ejército y los sacudiría hasta hacerlos caer al mar. Ésta es la respuesta que quiero darles, no una tregua. ¿Dónde está el honor en ello? ¿Dónde la dignidad mientras ellos venden trigo y garbanzos salados en Calais y se limpian las botas en mesas francesas? No tenemos por qué aguantarlo, René.

Desde arriba, Margarita observaba mudar la expresión de su padre, que pasó desapercibida para el apesadumbrado rey. René estaba concentrado, eligiendo las palabras con mucho cuidado. Ella sabía que su madre le había estado dando aceite y

vainas de sena para la diarrea, una secuela de su encarcelamiento que parecía haberse llevado a casa. Su rostro pesado y blanco estaba sonrojado por el vino o por el calor de la hoguera, y parecía congestionado, pensó, un hombre realmente desagradable. Su disgusto no hizo más que aumentar y, de manera irracional, deseó que terminara contrariado, fuera lo que fuere lo que deseaba.

—Majestad, estoy a vuestras órdenes en todo. Si decidís que sea guerra, en primavera tendré a mi ejército desfilando contra los ingleses. Tal vez volvamos a tener la suerte de Orleans.

—O tal vez la suerte de Agincourt —respondió el rey Carlos, con tono amargo. Por un momento levantó el brazo, como si se estuviera planteando lanzar la copa al fuego. Se controló con un esfuerzo visible—. Si pudiera estar seguro de la victoria, mañana mismo izaba las banderas, lo juro. —Reflexionó un momento, mirando cómo las llamas cambiaban de forma y titilaban—. Sin embargo, he visto luchar a los ingleses. Recuerdo a esos animales ruidosos de rostro embotado rugiendo su triunfo. No tienen cultura, pero sus hombres son furiosos. Lo sabéis, René. Los habéis visto, esos cerdos con sus espadas y arcos, esos enormes gordos ineptos que no saben hacer nada más que matar. —Levantó una mano, irritado ante sus oscuros pensamientos, pero el padre de Margarita osó interrumpirlo antes de que el rey pudiera arruinar todos sus planes y esperanzas.

—¡Qué triunfo supondría recuperar un cuarto de sus territorios en Francia sin ni siquiera una batalla, Majestad! Por una simple promesa de tregua y un matrimonio, ganaremos más de lo que nadie ha ganado en una década o más contra ellos. Ellos ya no tienen a un león de Inglaterra y nosotros les habríamos privado del corazón de Francia.

El rey Carlos resopló.

—Se os ven las intenciones, René. Es evidente que queréis que os devuelvan los territorios de vuestra familia. El beneficio sería claro para vuestro linaje. ¡Pero no tanto para el mío!

—Majestad, no puedo discrepar. Veis más claro y más lejos de lo que yo podría ver nunca. No obstante, os podría servir mejor si tengo la riqueza de Anjou y Maine en mis manos. Podría devolver mis deudas a la Corona con estas rentas, Majestad. Nuestra ganancia es su pérdida, y hasta un acre de Francia merece correr el riesgo, estoy seguro. —Se animó con su argumento, al ver que el rey lo aprobaba a regañadientes—. Recuperar un acre de Francia tiene un inmenso valor, Majestad, y todavía más si lo recuperamos de un viejo enemigo. Eso es una victoria, ya sea a través de la negociación francesa o de la sangre francesa. Lo único que verán vuestros señores es que habéis recuperado tierras de los ingleses.

El rey suspiró para sus adentros, mientras posaba su copa en el suelo de piedra para frotarse los ojos.

—Vuestra hija será una reina inglesa, por supuesto, si accedo a ello. Asumo que es una joven de carácter sólido.



—Majestad, es la misma personificación de la nobleza recatada. Tener a un miembro leal de mi familia en la corte inglesa no puede hacer más que reforzar vuestra posición.

—Sí..., así es —dijo Carlos—. Pero es casi incestuoso, René, ¿no creéis? El rey Enrique es mi sobrino. Vuestras hijas son mis sobrinas. Tendría que pedirle al papa una dispensa especial... y eso tiene sus costes, al menos si queremos que nos la conceda dentro de esta década.

René sonrió al percibir señales de avance. Sabía que los ingleses irían a Roma a pedir la dispensa si él lo exigía. También era consciente de que el rey estaba regateando por un diezmo a cambio de su acuerdo. El hecho de que las salas del tesoro de Saumur estuvieran llenas de sacos vacíos y de arañas no le preocupaba en absoluto. Podía tomar más prestado, de los judíos.

—Milord, sería un honor correr con estos gastos, por supuesto. Presiento que estamos muy cerca de la solución.

Lentamente, Carlos bajó la cabeza, mientras su boca se movía como si tuviera un trozo de carne clavado en los molares.

—Muy bien, me guiaréis en esto, René. Volveréis a ser señor de Anjou y Maine otra vez. Confío en que seréis adecuadamente agradecido.

René se arrodilló, tomó la mano del rey y se la acercó a los labios.

—Estoy a vuestros pies, Majestad. Podéis contar conmigo para cualquier cosa, hasta con la sangre que corre por mis venas.

Mucho más arriba, Margarita tenía los ojos abiertos de par en par cuando se volvió hacia su hermana. Yolanda la miraba boquiabierta. Margarita le acercó la mano y le cerró la boca con un dedo.

—Yo ya estoy prometida —susurró Yolanda—. Padre no rompería mi compromiso.

De común acuerdo, y en silencio, se apartaron de la luz, con Margarita alarmada mientras los tabloncillos protestaban bajo su peso. Ya fuera de la galería, las dos hermanas se quedaron a oscuras. Yolanda temblaba de emoción al tomar la mano de su hermana, casi saltando, como si quisiera bailar.

—Te casarás con un rey, Margarita. Tienes que ser tú.

—Un rey inglés —respondió Margarita sin entusiasmo. Siempre había sabido que le elegirían marido, pero había supuesto que sería su madre quien tomara la decisión, o al menos que estaría implicada en la misma. Miró irritada a su hermana, saltando como un mirlo en las sombras.

—Me han vendido como si fuera una vaquilla de excelente calidad, Yolanda. Ya los has oído. Es... insoportable.

Yolanda la llevó todavía más lejos, hacia otra estancia que estaba aún más oscura, sin el brillo que llegaba a la galería. Bajo la pálida luz de la luna, abrazó a su hermana.

—Serás reina, Margarita. Eso es lo que importa. Al menos, su Enrique es joven.

Te podrían haber entregado a algún lord viejo y gordo. ¿No estás encantada? Cuando seamos mayores, tendré que hacerte una reverencia cada vez que nos encontremos. ¡Nuestros hermanos tendrán que hacerte reverencias!

En el rostro de Margarita se dibujó una lenta sonrisa cuando pensó en la obligación de su hermano Juan de reconocer su rango superior. Era una imagen agradable.

—A lo mejor puedo hacer que un guardia inglés lo meta en una caldera —dijo riéndose.

—Podrías, y nadie te lo impediría porque serías una reina.

Parte de la sencilla alegría de Yolanda se le contagió y las dos hermanas se dieron las manos en la oscuridad.

\* \* \*

De noche, la ciudad de Angers era muy bella. Aunque era la capital de Anjou y, por lo tanto, estaba bajo la autoridad inglesa, sus habitantes raramente se cruzaban con los opresores extranjeros, excepto por los tribunales y los recaudadores de impuestos. Reuben Moselle había invitado a muchos de los mercaderes ingleses a su casa junto al río, como hacía cada año. Sólo por el negocio que generaba, la fiesta se sufragaba sola y la consideraba una buena inversión.

En comparación con franceses e ingleses, vestía con mucha sencillez, con colores oscuros. Desde siempre era su costumbre no mostrar su riqueza en su atuendo. No importaba que pudiera comprar o vender a muchos de los hombres en la sala, o que un tercio de ellos le debiera una fortuna en oro, tierras o privilegios en sus negocios. Dentro y fuera de su banco, él era el alma de la modestia.

Advirtió que su esposa estaba hablando con lord York, dándole la bienvenida a su casa. Sara era un tesoro, y tenía mucha más facilidad que Reuben para hablar con los hipócritas dirigentes ingleses. En conjunto, Reuben prefería a los franceses, cuyas mentes sutiles se prestaban mejor a los matices del negocio. Pero York dirigía a los soldados ingleses en Normandía y había sido invitado por cuestión de etiqueta. El hombre controlaba contratos por enormes sumas, tan sólo para alimentar a sus hombres armados. Reuben suspiró mientras ensayaba su inglés y se les acercó por entre la muchedumbre allí reunida.

—Milord York —dijo con una sonrisa—. Veo que habéis conocido a mi esposa. Es un gran honor teneros en mi casa.

El noble se volvió para ver quién le hablaba, y Reuben se obligó a sonreír frente a una mirada llena de desdén. El momento pareció durar una eternidad, hasta que York inclinó la cabeza en reconocimiento, rompiendo el hechizo.

—Ah, el anfitrión —dijo York sin calidez perceptible—. Monsieur Moselle, ¿puedo presentaros a mi esposa, la duquesa Cecilia?

—*Mon plaisir, madame* —dijo Reuben con una reverencia. La mujer no le extendió la mano y él se quedó a medio gesto, pero disimuló su confusión jugueteando con su copa de vino. En su garganta brillaban los diamantes y parecía

adecuada para su esposo inglés, de ojos fríos y labios finos que no sonreían. Todo en ella desprendía un aire severo y carente de humor, pensó Reuben. Llevaba las cejas tan depiladas que apenas se le veían, y una diadema bordada y con gemas incrustadas adornaba su blanca frente.

—Tenéis una bonita casa, monsieur —comentó la duquesa—. Me dice mi esposo que os dedicáis al comercio. —Pronunció la palabra como si pudiera soportar apenas ensuciarse los labios con ella.

—Gracias, madame. Tengo un pequeño banco y una casa de abastecimientos, un negocio local en su mayor parte. Los valientes soldados de vuestro esposo han de alimentarse y dormir en un lugar caliente en invierno. Es mi trabajo ofrecerles algunas de estas comodidades.

—A cambio de una fortuna en oro —añadió York—. He estado considerando otros proveedores, monsieur Moselle, pero no es el lugar de discutir estos asuntos.

Reuben parpadeó frente a ese tono, aunque ya lo había oído antes en hombres de todos los rangos.

—Espero poder disuadirlos, milord. Ha sido una asociación beneficiosa para ambos.

La esposa torció la boca al oír mencionar los beneficios, pero Reuben siguió sonriendo, esforzándose por ser un buen anfitrión.

—Pronto se servirá la cena, madame. Espero que disfrute de los pequeños placeres que podemos ofrecerle. Si tenéis un momento, el invernadero de noche es precioso.

Reuben estaba a punto de excusarse cuando oyó alzarse unas voces roncadas en el jardín. Apretó los labios, ocultando su irritación tras la copa de vino mientras bebía a sorbos. Uno de los granjeros locales hacía tiempo que intentaba llevarlo delante de un magistrado. Se trataba de un asunto trivial y Reuben conocía lo suficiente a los representantes del municipio como para preocuparse por un pobre campesino con una queja. No era imposible que el muy bobo se hubiera presentado en la celebración anual para provocar malestar. Ladeó la cabeza mientras intercambiaba una mirada con su esposa, que le indicó que lo entendía.

—Debo ir a atender a mis otros invitados. Lady York, milord. Lo lamento muchísimo.

El ruido iba en aumento y pudo ver docenas de cabezas que se volvían. Reuben avanzó delicadamente por entre la gente, sonriendo y lanzando excusas a su paso. Su esposa entretendría al lord inglés y a su fría esposa, y los haría sentirse bien acogidos, pensó. Sara era el regalo de Dios a un hombre devoto.

La casa había pertenecido a un barón francés, una familia caída en desgracia y obligada a vender sus pertenencias después de varias derrotas bélicas. Reuben la había comprado de inmediato, para disgusto de algunas familias nobles locales que rechazaban que un judío fuese propietario de una casa cristiana. No obstante, los ingleses se mostraban más relajados ante estas cosas, o, al menos, eran fáciles de

sobornar.

Reuben alcanzó los grandes ventanales de cristal claro que se abrían al jardín. Aquella noche estaban recogidos, para dejar que entrara el aire cálido. Frunció el ceño al ver a unos soldados pisoteando con sus botas el césped tan bien cuidado. Todos sus invitados escuchaban, por supuesto, de modo que mantuvo la voz baja y tranquila.

—Caballeros, como podéis ver, estoy en medio de una cena privada para mis amigos. ¿No puede este asunto esperar a mañana por la mañana?

—¿Sois Reuben Moselle? —preguntó uno de los soldados. Su voz sonaba a burla, pero Reuben se enfrentaba a ella a diario, por lo que ni se inmutó.

—Lo soy. Estáis en mi casa, señor.

—Os ganáis bien la vida —replicó el soldado mirando hacia el salón.

Reuben se aclaró la garganta, sintiendo la primera punzada de nervios. El hombre hablaba con seguridad, mientras que normalmente habría esperado cierta cautela ante su riqueza y poder.

—¿Podría tener el honor de saber vuestro nombre a cambio? —dijo Reuben, adquiriendo un tono de frialdad. El soldado no merecía su cortesía, pero había todavía demasiadas cabezas dirigidas hacia ellos.

—Capitán Recine de Saumur, monsieur Moselle. Traigo órdenes de arrestaros.

—¿Perdón? ¿De qué se me acusa? Se trata de un error, capitán, os lo aseguro. El magistrado está dentro, de hecho. Permitidme llevaros hasta él y os explicará...

—Tengo mis órdenes, monsieur. Se ha interpuesto una acusación, a nivel de departamento. Tenéis que acompañarme. Se lo podrá explicar al juez.

Reuben miró al soldado. El hombre tenía las manos sucias y su uniforme apestaba, pero su actitud seguía mostrando aquella inquietante seguridad. Tres hombres más enseñaban sus dientes amarillentos a su espalda, disfrutando de la incomodidad que estaban provocando. La idea de estar obligado a acompañar a hombres como aquéllos hizo que Reuben empezara a sudar.

—Me pregunto si puedo ayudar en algo, monsieur Moselle —dijo una voz a su espalda.

Se volvió y vio la figura de lord York de pie, con una copa de vino en la mano. Reuben respiró aliviado. El noble inglés parecía un soldado, con su mandíbula prominente y su ancha espalda. Al instante, los soldados franceses se mostraron más respetuosos.

—Este... capitán dice que tienen que arrestarme, lord York —dijo Reuben rápidamente, usando a posta el título—. Todavía no ha mencionado bajo qué cargo, pero estoy seguro de que ha habido algún tipo de error.

—Entiendo. ¿De qué se le acusa? —preguntó York.

Reuben advirtió que el soldado se planteaba una respuesta insolente, pero el hombre se encogió de hombros. No era inteligente hacer irritar a un hombre de la fama y la influencia de York, al menos no para un simple capitán.

—Blasfemia y brujería, milord. Deberá responder ante la corte en Nantes.

Reuben se quedó boquiabierto.

—Blasfemia y... ¡Es una locura, monsieur! ¿Quién me acusa?

—No soy yo quien os lo ha de decir —respondió el soldado. Vigilaba a lord York, totalmente consciente de que el hombre podía decidir interferir. Reuben también se dirigió al inglés.

—Milord, si les pide que regresen mañana por la mañana, estoy seguro de que podré encontrar testigos y garantías que demostrarán la falsedad de estos cargos.

York lo miró con desdén y sus ojos brillaron a la luz de la lámpara.

—No me parece que sea un asunto concerniente a la legislación inglesa, monsieur Moselle. No es asunto mío.

La sonrisa del capitán se ensanchó al oír estas palabras. Avanzó un poco y tomó a Reuben del brazo con gesto firme.

—Le ruego su indulgencia, monsieur. Acompañeme. No quiero tener que arrastraros. —Su mano lo sujetó con más fuerza, lo que desmentía sus palabras. Reuben se intentó soltar, incapaz de creerse lo que estaba ocurriendo.

—¡El magistrado está en mi casa, capitán! ¿Me dejáis al menos llevarlo ante vos? Él os lo explicará todo.

—No se trata de un asunto local, monsieur. ¿Por qué no añadís algo más y me dais el placer de romperos los dientes y hacéroslos tragar?

Reuben movió la cabeza, mudo de miedo. Tenía cincuenta años y ya respiraba con dificultad. Aquella amenaza tan violenta lo dejó atónito.

Ricardo, duque de York, observó cómo se llevaban a su anfitrión con algo parecido a la diversión. Vio a su mujer abriéndose paso entre la gente para colocarse a su lado con expresión encantada, mientras aquel hombre maduro avanzaba a trompicones por su jardín acompañado por sus captores.

—Pensé que esta velada sería terriblemente aburrida —dijo la mujer—. Es la única manera de tratar a los judíos. Se van envalentonando si nadie los pone en su lugar. Espero que le den una buena paliza por su insolencia.

—Estoy seguro de que lo harán, querida —dijo, divertido.

En el salón principal, ambos oyeron un gemido cuando la noticia llegó a oídos de la esposa de Reuben. Cecilia sonrió.

—Creo que me gustaría ver el invernadero —dijo, tendiéndole el brazo a su esposo para que la llevara al interior.

—Las acusaciones son bastante graves, querida —dijo York, pensativo—. Te podría comprar la casa, si lo deseas. Angers es espléndido en verano y aquí no tengo ninguna propiedad.

Ella negó con la cabeza mientras apretaba los labios.

—Sería mejor hacerla quemar y reconstruirla, después del último propietario —respondió, provocando la carcajada de su marido mientras entraban.

**R**euben sintió el sabor de la sangre en la boca mientras se tambaleaba de lado por el camino. Percibía el hedor de la muchedumbre sucia que lo abucheaba y le escupía, llamándolo «asesino de Cristo» y «blasfemo», con los rostros enrojecidos por la indignación. Algunos le lanzaban piedras y suciedad fría y húmeda que le golpeaba en el pecho y se le colaba por la camisa abierta.

Reuben ignoraba a los ciudadanos escandalizados. No podían herirlo más de lo que ya lo habían hecho. Tenía todo el cuerpo arañado y amoratado, y uno de sus ojos era ya sólo una masa ciega y pegajosa que supuraba un hilillo de fluido por su mejilla. Cojeaba mientras le empujaban por la calle de Nantes, gritando con los pies ensangrentados, apenas envueltos en vendas, que dejaban huellas rojas en los adoquines tras él.

En los meses de tortura y cárcel había perdido algo, pero no su fe. No había dudado ni un instante que sus enemigos recibirían los mismos castigos. Dios los perseguiría y les haría agachar la cabeza a sangre y hierro. Sin embargo, su confianza en el sentido de la decencia en los hombres había sido aplastada como sus pies. Nadie había hablado en su favor ni había salido en su defensa ante los tribunales. Conocía al menos a una docena de hombres con la autoridad y los medios para obtener su liberación, pero todos ellos se habían mantenido en silencio al saber la noticia de sus crímenes terribles. Reuben movió la cabeza con cansancio, vencido por el fatalismo. Nada de aquello tenía sentido. ¡Como si un hombre de su rango se pasara las noches bebiendo sangre de niños cristianos! No mientras hubiera buen vino tinto en su bodega.

Los cargos habían sido tan monstruosos que al principio estuvo seguro de que se revelarían como mentiras. Ningún hombre razonable se podía creer nada de aquello. No obstante, los jueces del municipio habían mantenido sus bocazas cerradas mientras miraban la figura deshecha y apaleada que llegaba a rastras de las celdas. Lo miraron con asco en sus rostros, como si hubiera elegido de alguna manera convertirse en aquella masa renqueante y apestosa en que los inquisidores de la corte lo habían convertido. Con sus tocados negros, los jueces pronunciaron una sentencia de muerte por desollamiento, mostrando signos de satisfacción por un trabajo bien hecho.

Reuben había adquirido una especie de coraje en su celda, con la bota que le hacían llevar y que se podía estrechar más y más hasta que los huesos le crujían y se le rompían. En toda su vida, jamás había tenido la fuerza o el arrojo para luchar. Con lo que Dios le había dado se había hecho rico: con su intelecto, mofándose en secreto de aquellos que lucían su fuerza para levantar pesas de hierro y balancearlas. Y sin embargo, cuando el dolor era insoportable, cuando se había dejado la garganta gritando, todavía no había confesado. Era una tozudez que no sabía que tenía, tal vez la única manera que le quedaba de demostrar su desprecio. Quería llegar a su

ejecución con ese atisbo de orgullo todavía intacto, como un último resquicio de oro en una vieja capa.

El juez decano de Nantes había entrado en su celda después de muchos días. Jean Marisse parecía un cadáver, sujetando una almohadilla de pétalos secos en su nariz para vencer el hedor. Cubierto de sangre seca y de sus propias heces, Reuben lo había mirado con su único ojo bueno, esperando avergonzar a Marisse con algo parecido a la dignidad. Entonces ya no podía hablar. Le habían roto todos los dientes y apenas podía ingerir la porquería de puré de avena que le llevaban todos los días para mantenerlo con vida.

—Veo que el diablo del orgullo sigue dentro de él —les dijo Jean Marisse a los guardias.

Reuben lo había mirado con un odio sordo. Conocía a Jean Marisse, como conocía a todos los cargos de la región. Antaño le había parecido una misión benéfica aprender sus hábitos, aunque eso no le había salvado. El hombre tenía fama entre las prostitutas de la ciudad de alguien que prefería azotar antes que besar. Hasta se hablaba de una chica que había muerto después de pasar la noche con él. La esposa de Marisse se habría escandalizado con la noticia, Reuben estaba convencido. Su mente giraba con sus propias acusaciones, pero no había nadie para escucharlo y le habían arrancado la lengua entera después de retorcérsela con unas pinzas especiales para esa función.

—Vuestros interrogadores me dicen que no confesaréis vuestros pecados —le dijo Jean Marisse—. ¿Me podéis oír, monsieur Moselle? Dicen que no firmaréis nada, aunque os han dejado la mano derecha intacta con este fin. ¿No entendéis que todo esto podría terminar? Vuestra suerte está escrita, tan segura como el anochecer. Ya no os espera nada. Confesad y buscad la absolución. Nuestro señor es un Dios piadoso, aunque no espero que uno de vuestros Abrahams lo entienda. Está escrito que debéis arder por vuestra herejía, pero realmente, ¿quién sabe? Si os arrepentís, si confesáis, Él tal vez os salve de las llamas del infierno.

Reuben recordaba haberle mirado. Había tenido la sensación de poder canalizar todo su dolor en su mirada, incluso de poder despojar al hombre de sus mentiras y de su carne y abrirlo hasta los huesos. Marisse ya parecía un cadáver, con su rostro flaco y su tez como pergamino amarillento y arrugado. Sin embargo, Dios no lo derribó. Jean Marisse había levantado la barbilla, como si el silencio mismo fuera un desafío a su autoridad.

—Vuestra propiedad está perdida, ¿lo entendéis? Ningún hombre puede beneficiarse de su asociación con el demonio. Vuestra esposa e hijos tendrán que buscar su propia manera de salir adelante. Ya se lo habéis puesto bastante difícil con vuestros ritos y magia secreta. Tenemos un testigo, monsieur Moselle, un cristiano de buena posición y honor impecable. ¿Lo entendéis? No hay salvación para vos en este mundo. ¿Quién albergará a vuestra familia ahora, cuando ya no estéis? ¿Han de seguir sufriendo por lo que habéis hecho? El cielo protesta, Reuben Moselle. Protesta

a gritos por el dolor de los inocentes. Confesad, hombre... ¡y todo acabará!

En la calle, Reuben tropezó con un campesino que gritaba, cuando el pie roto le traicionó. El fornido aprendiz le devolvió el golpe de inmediato, derribando la cabeza de Reuben de un golpe que le hizo brotar sangre fresca de nuevo por la nariz. Vio las gotas brillantes que resplandecían sobre el heno y la suciedad que cubría el camino hacia la plaza del pueblo. Uno de los guardias se rió del aprendiz, y lo devolvió hacia la muchedumbre con un golpe de la pica que llevaba cruzada en el pecho. Así y todo, Reuben oyó al joven riéndose, encantado de poder contarles a sus amigos que había golpeado la cabeza del judío.

Siguió avanzando a trompicones, con la mente yendo y viniendo de la lucidez. El camino parecía no acabar nunca y a cada paso había grupos de gentes de la ciudad que habían venido a verlo morir. Un mocoso alargó un pie y Reuben cayó con un gruñido, con las rodillas golpeando los adoquines, lo que le provocó una punzada de dolor que le recorrió las piernas. La muchedumbre se rió, encantada de que alguna parte de la tragedia se desarrollara delante de ellos. Los que a esas alturas se apiñaban en el camino eran los que no se habían podido permitir pagar por estar en la plaza principal.

Reuben sintió un brazo fuerte que lo levantaba, acompañado del olor a ajo y cebollas que conocía bien de la prisión. Intentó dar las gracias al guardia por su ayuda, pero sus palabras resultaban ininteligibles.

—De pie —le gruñó el hombre—. Ya queda menos.

Reuben recordó a Jean Marisse inclinado encima de él en su celda, como un cuervo que examina un cuerpo para ver si todavía le queda algo digno de devorar.

—Hay quien se pregunta cómo un judío podía dedicarse a tan asquerosos hechizos y rituales sin que su esposa e hijos lo supieran. ¿Me entiende, monsieur Moselle? Hay quien susurra que la esposa es seguramente tan culpable como el marido, que los hijos deben de ser tan malvados como el padre. Dicen que sería un crimen dejarlos libres. Si vos no confesáis, será mi deber llevarlos aquí a estas celdas, para hacer que los interroguen. ¿Podéis imaginaros lo que eso sería para una mujer, monsieur Moselle? ¿O para un niño? ¿Puede concebir su terror? Pero no podemos permitir que el demonio eche raíces. Las malas hierbas han de ser arrancadas y echadas al fuego antes de que esparzan sus semillas al viento. ¿Lo comprendéis, monsieur? Firmad la confesión y esto acabará aquí. Todo esto acabará.

Justo un año antes, Reuben se habría reído ante una amenaza así. Entonces tenía amigos y riqueza, e incluso influencia. El mundo había sido un lugar ordenado en el que los hombres inocentes no se encontraban sometidos y gritando mientras unos extraños los torturaban, sin nadie que los fuera a ayudar, sin una palabra de consuelo. Había aprendido que el demonio estaba realmente en las celdas bajo el patio de la prisión de Nantes. La esperanza se había esfumado de su ser mientras su carne era quemada y desgarrada.

Había firmado. El recuerdo estaba claro en su mente, mirando la propia mano



temblorosa mientras escribía su nombre bajo mentiras que ni se molestó en leer. Jean Marisse había sonreído, y sus labios descubrieron unos dientes amarillos cuando se le acercó. Reuben todavía recordaba su aliento cálido y la voz del juez casi amable.

—Habéis hecho bien, monsieur —le había dicho Marisse—. No hay nada vergonzoso en decir finalmente la verdad. Que eso os sirva de consuelo.

La plaza del centro estaba llena de curiosos, que dejaban sólo un camino estrecho entre las filas de guardias. Reuben se estremeció al ver unas calderas de agua hirviendo a ambos lados de una plataforma elevada. La manera en que iba a morir le había sido descrita con todo detalle por sus torturadores. Les había divertido asegurarse de que comprendía lo que le esperaba. Le echarían agua hirviendo por encima, para separar la piel de los huesos y facilitar el desprendimiento de largas tiras de carne escaldada de los brazos y pecho. Serían horas de tormento imposible para placer de la muchedumbre. Reuben supo, estremeciéndose, que no podría soportarlo. Se vio convertido en un animal berreando ante todos ellos, despojado de toda dignidad. No osaba ni pensar en su esposa ni en sus hijas. No serían abandonadas, se dijo temblando. Su hermano a buen seguro las acogería.

Hasta los pensamientos sobre sus enemigos tenía que aplastarlos en un pequeño rincón de su mente. Estaba casi seguro de conocer el arquitecto de su caída, por todo el beneficio que le reportaba. El duque René de Anjou había tomado prestadas fortunas durante los meses previos a su detención, con el aval del castillo de Saumur. La primera parte del pago debía efectuarse en una fecha próxima al momento en que los soldados fueron a arrestarlo. La esposa de Reuben le había advertido contra el préstamo, diciéndole que era bien sabido que la familia Anjou no tenía dinero, pero también era cierto que un señor como René de Anjou podía también arruinar a cualquiera para vengarse de la negativa a prestarle.

Cuando Reuben fue atado a unos postes de cara a la muchedumbre, intentó resistir el terror paralizante que gritaba dentro de él. Sería duro, tan duro como fuera capaz. Tan sólo le cabía desear que su corazón, aquel órgano asustado y retumbante que latía en su pecho, no lo resistiera.

Los hombres que estaban en la plataforma eran todos locales, que se embolsaban unas cuantas monedas de plata por el trabajo del día. Reuben no conocía ninguna de aquellas caras, lo cual agradeció. Ya era lo bastante difícil estar rodeado de extraños que le gritaban y manifestaban su cólera. No creía que hubiera sido capaz de aguantar la misma actitud de caras conocidas. Mientras le ataban las extremidades con violentos tirones, la gente se apiñaba a ver sus heridas, señalándolas con fascinación.

Su mirada repasó los rostros vacíos, rugientes, y de pronto se detuvo, cuando se le aclaró la nebulosa del ojo bueno. Encima de la plaza había un balcón, con un pequeño grupo de hombres y mujeres que descansaban en él, observando el proceso y conversando entre ellos. Reuben reconoció a lord York incluso antes de que el hombre lo advirtiera mirándolo y le aguantara la mirada con interés. Reuben vio que el hombre advertía a su esposa, y ella también se apoyó en la barandilla, y se tapó la

boca con un sobrecogimiento morboso cuando le destaparon el huesudo pecho.

Reuben bajó la mirada, presa de la humillación. Los hombres de la plataforma le habían quitado la camisa, dejando a la vista una masa de magulladuras de todos los tonos de amarillo y morado, y casi hasta negro por donde las costillas se habían roto por las patadas recibidas.

—*Baruch dayan emet* —murmuró Reuben, pronunciando las palabras con dificultad. La muchedumbre no le oyó bendecir al único juez verdadero que importaba. Intentó apartarlos, cerrando los ojos mientras los primeros jarrones de barro eran sumergidos en agua hirviendo y los largos cuchillos eran mostrados al público. Sabía que no podría soportarlo, pero tampoco podría morir, hasta que se lo permitieran.

Portsmouth era un lugar bullicioso, lleno de vendedores callejeros y con la animación propia de uno de los mayores puertos del reino. A pesar del anonimato de la atareada calle, Derry Brewer había insistido en vaciar la posada de huéspedes y personal antes de decir una palabra sobre sus negocios privados. Tenía a tres guardias fornidos apostados fuera, que se enfrentaban a los clientes contrariados que no habían podido ni tan siquiera acabarse sus cervezas.

Derry cruzó hasta la barra y olisqueó un jarro antes de servirse cerveza negra en una gran jarra de madera. La levantó fingiendo brindar y se volvió a acomodar antes de dar un largo sorbo. Lord Suffolk se sirvió agua del jarro que había en la mesa, y se tomó un vaso entero, lamiéndose los labios antes de volver a servirse. Mientras lo miraba, Derry se sacó un bolso de la espalda y rebuscó en su interior. Extrajo un rollo de pergamino, sellado con cera y envuelto en cinta dorada.

—Parece que el papa está bien dispuesto, William. Me asombra que un hombre tan espiritual encuentre una función para el cofre de plata que le mandamos, pero tal vez lo repartirá entre los pobres ¿no?

Suffolk decidió no dignificar la pregunta burlona con una respuesta. Tomó otro trago largo para quitarse el sabor a sal de mar de la boca. Se había pasado los últimos seis meses viajando a Francia, ida y vuelta, tan a menudo que los trabajadores de los muelles de Portsmouth lo saludaban por su nombre cuando se quitaban las gorras. Estaba terriblemente agotado, harto de discusiones y enfrentamientos en dos idiomas. Miró el rollo atado en manos de Derry, consciente de que marcaba una realidad a punto de llegar.

—¿Ni una felicitación? —dijo Derry alegremente—. ¿Ni un «buen trabajo, Derry»? Me decepcionáis, William Pole. No muchos hombres habrían sido capaces de resolver este asunto con este plazo, pero yo lo he hecho, ¿no es verdad? Los franceses buscaban zorros y sólo han encontrado gallinas inocentes, exactamente lo que nosotros queríamos. El matrimonio saldrá adelante y ahora lo único que tenemos que hacer es comentar de manera informal a los ingleses que viven en Maine y Anjou

que la Corona ya no aprecia sus servicios. En resumen, que pueden largarse.

Suffolk hizo una mueca de dolor, tanto ante estas palabras como ante la verdad que reflejaban. Los ingleses de Anjou y Maine dirigían negocios y gestionaban fincas enormes. Desde los señores nobles con poder e influencia hasta los aprendices de menor rango, todos se enfurecerían cuando un ejército francés se presentara para echarlos.

—Pero hay una cosa, William. Un pequeño asunto delicado que no sé si plantear a un señor noble de vuestro elevado rango.

—¿Qué ocurre, Derry? —lo apremió Suffolk, cansado de juegucitos. Su vaso de agua volvía a estar vacío, pero el jarro estaba seco. Derry removió un poco su cerveza en la jarra, fijándose en el líquido mientras se movía.

—Que han pedido que el matrimonio se celebre en la catedral de Tours, eso es lo que ocurre. ¡Un territorio que tendrá al ejército francés acampado fuera, preparado a tomar posesión del precio de la tregua, ése es el problema! No dejaré que Enrique entre allí, William, ¡por encima de mi cadáver!

—¿No se lo vais a permitir? —replicó Suffolk con una ceja levantada.

—Ya me entendéis. Sería como balancear un trozo de bistec ante un gato. No lo soltarán nunca de sus garras, ya os lo digo ahora.

—Pues cambiad el lugar. Insistid en Calais, quizá. Si no está seguro allí, tampoco estaría seguro casándose en Inglaterra.

—Estas cartas que habéis llevado durante meses no son sólo de relleno, William Pole. Ellos no aceptarían Calais, donde la realeza estaría rodeada por un ejército inglés. Me pregunto por qué, y he aquí una idea. ¿Podría ser por el mismo motivo por el que nosotros no aceptaríamos Tours? Creed lo que os digo, William. Intenté insistir, pero no cedieron ni una maldita pulgada. Sea como fuere, sin importar donde lo celebremos, tenemos otro problema, ¿no creéis? No podemos permitir que nuestro Enrique hable con el rey francés. Bastaría una breve conversación con el corderito para que empiecen a hacer sonar sus malditas cornetas y a disponerse a cruzar el Canal.

—Ah. Bueno, eso es un problema. En Tours o en Calais. No veo... ¿No hay algún lugar neutro a medio camino entre los dos?

Derry levantó la mirada burlona hacia el hombre mayor que él.

—¡Qué lástima no haber contado con vuestra astucia para echarme una mano cuando estaba estudiando los mapas en busca de este lugar preciso! La respuesta es no, William. Hay territorio inglés y territorio francés. No hay un intermedio. O cedemos nosotros o lo hacen ellos, o lo dejamos todo y nos quedamos sin matrimonio y sin tregua. Ah, y todavía no hemos resuelto el problema del corderito teniendo que guardar silencio durante todo el servicio. ¿Creéis que lo aceptará, William? ¿O es más probable que les diga que aguanta sus barcos con sus malditas manos cada noche? ¿Qué creéis?

William vio que Derry estaba sonriendo incluso mientras anunciaba el fracaso

seguro de meses de trabajo.

—Tenéis una solución, ¿verdad? —dijo.

Derry volvió a levantar su cerveza, tragó con intensidad y la dejó vacía encima de la mesa.

—Bien visto. Sí, tengo una respuesta a vuestras plegarias, William Pole. O una respuesta a las tuyas reales, quizá. Se casará en Tours, desde luego. Pero, simplemente, él no estará.

—¿Cómo? ¿Se trata de una especie de adivinanza, Derry? —Observó que los ojos del hombre se volvían fríos mientras bebía.

—No me gusta que duden de mí, William Pole. Os digo que tengo una respuesta y que no hay más de tres hombres en toda Inglaterra capaces de abrirse camino entre los hilillos de niebla que los franceses han tejido alrededor de este asunto. Ya sabéis cómo son, tan seguros de su propia superioridad que no pueden creerse que los estemos apaleando. Hay que ser un poco arrogante para ignorar que te están cazando por la espalda tantas veces, pero se las arreglan. No me preguntéis cómo.

Se fijó en la expresión confusa en el rostro de lord Suffolk y movió la cabeza.

—Sois demasiado amable al hacer todo esto, William. Es lo que me gusta de vos, principalmente, pero hay que ser un bastardo de lengua viperina para obtener algo de esos cabrones. Accederemos a la iglesia de Tours, pero nuestro corderito se pondrá enfermo en el último momento, cuando sea demasiado tarde para cancelarlo todo. Es el tipo de noticia que les hará remover la cola de ilusión. —Intentó imitar el acento francés mientras proseguía—. *¡Qué suegte! ¡Ha caído enfegmo! Peut-être no vivigá.* Pero vos estaréis allí para intercambiar las alianzas y los votos en su lugar, William. Vos os casaréis con la pequeña Margarita por él.

—No lo haré —dijo Suffolk con firmeza—. ¡Ya estoy casado! ¿Cómo puede ser algo así ni siquiera legal? Tengo cuarenta y siete años, Derry, ¡y estoy casado!

—Sí, lo habéis dicho. Ojalá lo hubiera pensado antes. Honestamente, William, no creo que tengáis el cerebro de un pez. Es sólo de cara a la galería, ¿no? Un servicio en Tours, con vos en el lugar de Enrique, y luego un matrimonio real cuando ella ya esté sin riesgos en Inglaterra. Todo legal. Lo aceptarán porque habrán invertido meses tan sólo para decidir los lugares en la cena matrimonial. Se lo presentaremos de manera que no les quede más remedio que aceptar.

—Dios mío —dijo William vagamente—. Alguien deberá notificárselo a la muchacha.

—No, eso es algo que no haremos. Si se le comunica antes del día de la boda, el rey francés tendrá tiempo de cancelarlo todo. Mirad, William. Hemos llevado ese pavo real dorado hasta la mesa, y ahora no pienso dejarlo escapar. No, es el único camino. Se enteran el mismo día y el servicio se celebra con vos. William, ¿no es éste un buen motivo para tomar una cerveza aunque sea una vez en la vida? Es cerveza malteada de Kent, a un centavo la pinta si la tuviera que pagar. También hacen unas deliciosas costillas y riñones, cuando los vuelva a dejar entrar. Brindemos por vuestra

segunda boda, William Pole. ¿No canta vuestro corazón como una alondra ante esta idea? El mío, desde luego, sí.

**E**l sol veraniego se asomó por el horizonte claro de Windsor, tiñendo las majestuosas murallas de rojo dorado a medida que la ciudad, a su alrededor, se iba poniendo en movimiento. Ricardo de York estaba lleno de polvo y agotado después de una larga cabalgata desde la costa, pero una rabia a punto de estallar le daba la energía para amortiguar el cansancio. Los tres soldados que lo acompañaban eran todos veteranos de los campos de batalla franceses, hombres duros dentro de sus corazas de cuero desgastado y cota de malla, elegidos por su talla y su capacidad de intimidar. No costaba mucho adivinar por qué el duque había reunido a tres de los soldados más brutales bajo su mando para la travesía nocturna y la dura cabalgata. Alguien, en algún lugar, tenía que morir, o al menos ser amenazado de muerte. Sus hombres disfrutaban con la sensación de autoridad que desprendían al seguir la estela de un duque. Intercambiaban miradas de diversión a medida que su jefe se abría paso con bravuconería por entre los dos cercos externos de guardias del castillo. York no podía sufrir a los papanatas y no estaba dispuesto a ver contrariado su deseo de visitar al rey aquella mañana.

Por algún lugar cercano se oían rugir órdenes, y el movimiento y el tintineo de soldados en marcha. Los pasos de York hacia las estancias privadas del rey estaban a punto de ser interceptados por hombres armados. Los tres que lo acompañaban aflojaron sus espadas dentro de sus vainas, mientras hacían crujir los nudillos y el cuello a la expectativa. Ellos no habían pasado los años volviéndose amables en Inglaterra como los guardias del rey, y disfrutaban de la perspectiva de encontrarse con hombres a los que sentían ya casi como enemigos.

El duque avanzó hacia delante, con pasos largos y seguros. Vio a dos fornidos piqueros protegiendo una entrada frente a él y se colocó justo delante de ellos.

—Haceros a un lado. Soy York, y traigo un asunto urgente para el rey.

Los centinelas se pusieron tensos, mirándolo fijamente. Uno de ellos miró a su compañero y el hombre manoseó incómodo la empuñadura de su pica. Acabaría su turno de guardia tan pronto como el sol iluminara los batallones y miró con fastidio el hilo de oro que asomaba por el horizonte. Unos minutos más y habría estado en la caseta, desayunando y preguntándose a qué se debía todo aquel ruido.

—Milord, no tengo órdenes de dejaros entrar —informó el guardia.

Tragó saliva nerviosamente mientras York lo miraba de frente.

—Se trata de un asunto urgente. Apartaos de mi camino o haré que os azoten.

El centinela volvió a tragar y abrió la boca para responder, negando ya con la cabeza. Al ir a repetir su orden, a York se le acabó la paciencia y estalló. Hizo un gesto brusco a uno de sus hombres, y éste agarró al centinela por el cuello con una mano enguantada, apartándolo de un golpe que lo mandó de vuelta contra la puerta. El ruido fue enorme y resonó por las murallas externas. Alguien que se acercaba dio la voz de alarma.

El centinela se repuso con furia y su compañero tiró de su pica. Otro de los hombres de York se puso delante del hombre con la máscara de hierro y le asestó un golpe en la mandíbula que mandó la pica y a su propietario al suelo con un gran estrépito. El primer centinela fue despedido con la misma contundencia, con dos puñetazos rápidos que le aplastaron la nariz.

Una tropa de guardas apareció corriendo por una esquina a quince metros, encabezados por un sargento de tez enrojecida que empuñaba una espada. York miró con frialdad en su dirección mientras abría la puerta y entraba.

Una vez dentro, se detuvo y miró atrás.

—Francis, aguantad la puerta. Vosotros dos, acompañadme —ordenó.

El más corpulento de los tres hombres apoyó su peso contra la puerta, bajó la barra para bloquearla y la aguantó con las dos manos. De inmediato empezó a temblar mientras alguien la empujaba desde el exterior. Sin mediar palabra, el duque echó a correr por los salones que había más allá. La estancia privada del rey estaba más adelante y él conocía Windsor lo bastante bien como para no vacilar. A gran velocidad, cruzó un salón vacío de techo alto y subió un tramo de escaleras, luego se detuvo y sus hombres estuvieron a punto de chocar con él. Los tres se quedaron quietos, recuperando el aliento, mientras York contemplaba a Derihew Brewer apoyado en una ventana baja de piedra que daba al enorme parque de caza de Windsor.

—Buenos días, milord. Temo que el rey está indispuesto y no puede recibir visitas, si eso es lo que os proponéis.

—Levantaos cuando me habléis, Brewer —replicó el duque, adentrándose un poco en la estancia y deteniéndose. Recorrió con mirada desconfiada el espacio que lo rodeaba, en busca de alguna explicación de la seguridad del jefe de espías. Con un suspiro, Derry se apartó del alféizar de la ventana y bostezó. De la planta de abajo llegaban los golpes rítmicos de los guardias de fuera que empezaban a derribar la puerta.

Derry miró por la ventana a las filas de soldados que corrían en todas direcciones.

—Hay algunas trifulcas por ahí, milord. Obra vuestra, ¿no es así?

York miró la puerta que sabía que daba directamente a las habitaciones del rey. Estaba firmemente cerrada, y sólo Derry se encontraba en la sala de espera. Sin embargo, algo en la sonrisa insolente del hombre le pinchó los nervios.

—He venido a ver al rey —dijo el duque—. Entrad y anunciadme o lo haré yo mismo.

—No, no creo que lo haga, Ricardo, hijo. Ni creo que lo hagáis tampoco vos. Si el rey no os llama, no entráis. ¿Os ha llamado? ¿No? Pues entonces ya sabéis lo que debéis hacer.

Mientras Derry hablaba, el rostro de York se iba tiñendo de rabia. Sus hombres se quedaron tan sorprendidos como él al oír que alguien se dirigía a un lord por su nombre de pila. Los dos hombres avanzaron hacia Derry y él se puso rígido ante

ellos, sin perder su extraña sonrisa.

—Ponedme una mano encima, chicos, vamos. Veréis lo que os pasa.

—Esperad —ordenó York. No podía desprenderse de la sensación de que le estaban tendiendo una trampa, de que algo iba mal. Era casi la sensación de que alguien lo vigilaba, alguien a quien él no podía ver. Los dos soldados miraron amenazantes a Derry, aunque era tan ancho de espaldas como cualquiera de ellos.

—Es bueno ver que todavía os queda un poco de cordura —dijo Derry—. Y ahora, chicos, esa puerta de abajo no va a durar más que un latido. Si no estoy yo para evitar que os liquiden, no creo que el título de vuestro amo baste para detenerlos, ¿no creéis? No cuando estamos tan cerca de las estancias del rey, desde luego.

York maldijo para sus adentros, de pronto consciente de que Derry estaba ganando tiempo deliberadamente. Se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta de roble, decidido a ver al rey aquella mañana, pasara lo que pasase.

Al moverse, algo le llamó la atención. Un crujido como de una viga de madera que se rompía lo hizo detenerse de golpe, con la mano todavía alzada a punto de tomar el pomo de la puerta. York miró el pestillo de hierro negro que sobresalía del roble a la altura de la cabeza.

—Es el único aviso, Ricardo —oyó que le decía Derry—. El siguiente será a través de vuestro cuello.

El duque se dio la vuelta a tiempo de ver una cinta de cortina púrpura oscuro que caía revoloteando al suelo. En su caída, reveló una larga abertura que recorría el techo por un lado, casi tan larga como el salón. Había tres hombres tumbados a lo largo, de modo que sólo podía verles las cabezas y los hombros, además de las armas terribles que apuntaban hacia él. Dos de los tres lo vigilaban con frialdad sin perder de vista las ballestas. El tercero se apoyó en los codos para cargar. York miró sorprendido a los hombres, percibiendo el rayo de luz solar reflejado en las puntas pulidas de las vigas. Tragó saliva, mientras Derry se reía.

—Os lo he dicho, Ricardo. O el rey os llama o no entráis.

Debajo de ellos, un fuerte estallido les anunció que la puerta exterior había cedido al fin. Los dos soldados que acompañaban al duque cruzaron una mirada preocupada, al tiempo que su buen humor se desvanecía.

—¡Chicos, chicos! —dijo Derry mientras daba un paso hacia ellos—. ¡Estoy seguro de que vuestra presencia armada cerca del rey no es más que un malentendido! No, no os apartéis de mí. Hay unas cuantas cosas que me gustaría deciros antes de acabar.

El estrépito de soldados corriendo se hizo más fuerte y unas voces dieron el alto mientras los hombres ocupaban la sala.

—Yo en vuestro lugar me echaría al suelo —les dijo Derry a los dos soldados.

Se echaron cuerpo a tierra rápidamente, protegiéndose con las manos para no ser pisoteados por alguno de los hombres de rostro enrojecido que berreaban mientras entraban. York permaneció de pie y se cruzó de brazos, contemplándolo todo con



mirada fría. Sabía que ninguno de los hombres armados se atrevería a tocarlo. Cuando sus soldados estuvieron bien atados en el suelo, todos ellos parecieron buscar a Derry a la espera de nuevas órdenes.

—Así está mejor, Ricardo —dijo Derry—. ¿No es mejor? Creo que sí. No me gustaría ser el responsable de haber despertado al rey esta mañana, si es que no lo hemos hecho ya. ¿Por qué no llevamos este asunto fuera? Callados como ratones ahora, chicos.

El duque se paseó entre los guardias allí reunidos con el rostro un poco enrojecido. Nadie le impidió que se dirigiera escaleras abajo. Al menos a ojos de Derry, la manera en que los guardias recogían a los prisioneros de la manera más silenciosa posible y marchaban otra vez detrás de él resultaba casi cómica.

York no se detuvo ante el cuerpo de su soldado más alto, junto a la puerta exterior derribada. Su hombre, Francis, había sido degollado y yacía en medio de un charco de sangre cada vez más extenso. York pasó por encima de él sin bajar la vista. Los prisioneros atados gemían de miedo al ver a su compañero, y uno de los guardias se agachó y maniató al de más cerca frente a su cara.

El sol brillaba con fuerza en contraste con la penumbra de las estancias interiores. Derry salió a paso tranquilo tras todos ellos e inmediatamente fue interceptado por el sargento de armas, un hombre que llevaba un gran bigote blanco y prácticamente temblaba de rabia. Derry aceptó su saludo.

—No hay ningún daño, Hobbs. Vuestros hombres merecen que los invite a una pinta esta noche.

—Quería daros las gracias, señor, por la advertencia —dijo el sargento mirando atentamente a York mientras se mantenía vigilante. A pesar de la gran distancia que había entre sus rangos, la seguridad de Windsor era la responsabilidad personal del sargento y estaba furioso por el asalto que acababa de sufrir.

—Es sólo mi trabajo, Hobbs —replicó Derry—. Tenéis un cuerpo que recoger, pero eso es todo. Creo que hemos dejado claro nuestro mensaje.

—Como digáis, aunque no me gusta pensar en lo lejos que llegó. Presentaré igualmente una queja oficial, si no os importa, señor. Esto no es admisible y el rey será informado. —Hablaban para beneficio del duque, aunque York escuchaba sin aparentemente inmutarse.

—Llevad a nuestro par de cobardes atados a la caseta de los centinelas, ¿queréis, Hobbs? Me gustaría tener unas palabras con ellos antes de mandarlos de vuelta a su barco. Trataré con su señoría yo mismo.

—Tenéis razón, señor. Gracias, señor.

Con una última mirada furiosa capaz de fundir el hierro, el viejo soldado se alejó marchando con sus hombres, dejando a Derry y a York a solas.

—Me pregunto, Brewer, si seréis capaz de sobrevivir teniéndome como enemigo —dijo York. Había perdido su sonrojo, pero los ojos le brillaban con malicia.

—Oh, osaría decir que sí, pero es que he conocido a hombres mucho más

peligrosos que vos, pomposo abusón.

No los podía oír nadie y a Derry le cayó la máscara de irónica bondad al enfrentarse al duque y mantenerse amenazadoramente cerca de él.

—Deberíais haber permanecido en Francia y acatado las órdenes de vuestro rey —advirtió Derry, mientras le apuntaba con fuerza en el pecho con un dedo rígido.

York apretó los puños de rabia, pero era consciente de que Derry lo dejaría en el suelo a la menor provocación. El jefe de espías del rey era conocido por frecuentar los rings de Londres. Era el tipo de rumor que se había asegurado de que llegara a todos sus enemigos.

—¿Son sus órdenes? —York rechinó—. ¿Un matrimonio y una tregua? ¿Que mis hombres permanezcan en Calais? Yo dirijo al ejército, Brewer. Y sin embargo, no he sabido ni una palabra hasta ahora. ¿Quién protegerá al rey si sus soldados están a trescientas millas al norte? ¿Se os ha ocurrido pensarlo?

—¿Las órdenes eran genuinas? —preguntó Derry con aires de inocencia.

York hizo una mueca de desdén.

—Los sellos eran correctos, Brewer, como estoy seguro que sabéis. No me sorprendería enterarme de que habéis sido vos mismo, quien ha fundido la cera. No soy el único que piensa que tenéis demasiado control sobre el rey Enrique. No ostentáis ningún rango real, ningún título, pero lanzáis órdenes en su nombre. ¿Quién puede asegurar si vienen realmente del rey? Y si me volvéis a señalar con el dedo, haré que os ahorquen.

—Podría tener un título —respondió Derry—. Ya me ha ofrecido uno. Pero creo que soy perfectamente feliz tal como estoy, de momento. Tal vez me retire como duque de York, ¿quién sabe?

—No seríais capaz de meteros en mi piel, Brewer. Ni siquiera seríais capaz de llenarme la bragueta de armar, mal nacido...

El duque fue interrumpido por la carcajada que le soltó Derry.

—¡Vuestra bragueta de armar! Ésta sí que es buena. Vamos, ¿por qué no volvéis a vuestro barco? Os esperan en la boda del rey el mes que viene. No querréis perdéroslo.

—¿Asistiréis vos a la misma? —preguntó York, mirándolo con más atención.

A Derry no se le escapó el significado de la pregunta. Una cosa era ridiculizar la autoridad del hombre en Windsor, mientras estaba rodeado de los guardas del rey. Otra muy distinta, considerar cómo podía actuar el duque de York en Francia.

—No me perdería nunca una ocasión tan feliz —respondió Derry. Observó cómo York sonreía ante la idea.

—Llevaré conmigo a mi guarda personal, Brewer. Estas bellas órdenes no lo impiden. Con tantos bandoleros por los caminos, no me siento cómodo con menos de mil hombres, tal vez más. Hablaré con el rey entonces. Me pregunto si está al tanto de la mitad de los juegos que os lleváis entre manos.

—Por desgracia, no soy más que el agente de la voluntad real —afirmó Derry con

una sonrisita que ocultaba su consternación por la amenaza—. Creo que el rey desea unos cuantos años de paz y una esposa, pero ¿quién puede saber realmente lo que tiene en la cabeza?

—No me engañáis, Brewer. Ni tampoco ese lameculos de Suffolk. Sea lo que sea lo que les habéis ofrecido a los franceses, o lo que hayáis tramado entre vosotros, ¡ambos os equivocáis! Eso es lo peor. Si ofrecemos una tregua, ¿os creéis que los franceses nos dejarán en paz? Eso nos hace parecer débiles. Si esta maniobra sale adelante, antes de acabar el verano volveremos a estar en guerra, pobre lerdo.

—Estoy tentado de jugarme la furia del rey tan sólo para veros derribado sobre este pasto, milord —afirmó Derry manteniéndose muy cerca de su interlocutor—. Dadme un momento para sopesar las ventajas y los inconvenientes, ¿queréis? Me encantaría romperos esa bocaza vuestra, pero es cierto que sois duque y que gozáis de cierto nivel de protección, aunque esta mañana habéis quedado como un capullo. Por supuesto, siempre podría decir que os habéis caído cuando los guardias os perseguían.

—Decid lo que queráis, Brewer. Vuestras amenazas y empujones no me asustan. Nos volveremos a ver en Francia.

—Oh, ¿os vais, entonces? Muy bien. Os mandaré a vuestros hombres en un rato. Espero continuar esta charla en la boda.

York anduvo hasta la entrada principal del castillo. Derry lo observó alejarse, con una expresión reflexiva en el rostro. Se había acercado más de lo que le hubiera gustado. Había tenido conocimiento de la llegada del duque dos noches antes, pero los guardias de las puertas exteriores deberían haber estado avisados. York no debería haber llegado nunca a la guardia interior, ni desde luego a la puerta que daba a las estancias del rey. En realidad, Enrique seguía rezando en la capilla, pero el duque no contaba con esta información vital.

Por un momento, Derry pensó en la conversación. No se arrepentía de nada. Un hombre como York habría intentado matarle por la mera escena en las estancias del rey. No importaba que Derry lo hubiera empeorado todo a base de insultos y amenazas. No podía ser peor. Suspiró para sus adentros. No obstante, no podía permitir que el indignado duque viera al rey. York conseguiría que Enrique accediera a todo y se echarían a perder los delicados planes y todos los meses de negociaciones. Por la mañana, cuando se levantó, Derry supo que aquél sería un mal día. De momento, se habían cumplido sus expectativas en todos los aspectos. Se preguntó por las posibilidades que tenía de sobrevivir a la boda en Tours. Con una expresión triste, se dio cuenta de que debía hacer los preparativos para no regresar.

Recordó al viejo Bertle haciendo lo mismo en más de una ocasión. El anterior jefe de espionaje había sobrevivido a tres intentos de envenenamiento y a un hombre que lo esperaba en sus estancias con una daga. No era más que parte del trabajo, recordó Derry que aquél había dicho. Un hombre útil se creaba enemigos, ésa era la verdad. Si eras útil a los reyes, tus enemigos serían poderosos. Derry sonrió ante el recuerdo

del viejo deleitándose al decir estas palabras.

—¡Mirad sus ropas, muchachos! ¡Mirad su puñal! Calidad, chicos —había dicho, sonriéndoles orgulloso, junto al cuerpo del hombre que encontraron en sus estancias—. ¡Es para mí un cumplido que hayan mandado a un caballero así!

Puede que el viejo Bertle fuera un cabrón malvado, pero a Derry le gustó desde el principio. Compartían el gusto por hacer bailar a los otros hombres, hombres que nunca supieron que las decisiones que tomaban no eran las suyas propias. Bertle lo había considerado como un arte. Para un hombre joven como Derry, recién llegado de la guerra en Francia, sus enseñanzas habían sido como el agua para un alma sedienta.

Derry respiró hondo, sintiendo que la calma lo volvía a invadir. Cuando Bertle convocaba a sus seis mejores hombres y le daba su autoridad a uno de ellos, sabías que la cosa era grave, que podía no regresar de donde fuera que el trabajo lo llevara. Cada vez era un hombre distinto, de modo que no estaban nunca seguros de cuál de ellos era realmente el elegido para ser su sucesor. No obstante, después de una docena de avisos, el viejo había muerto en su cama, marchándose apaciblemente mientras dormía. Derry había pagado a tres médicos para comprobar si había restos de veneno en su cuerpo, sólo para asegurarse de que no debía perseguir a nadie.

Ya sosegado, Derry hizo crujir los nudillos mientras se dirigía hacia la casa de los centinelas. Su situación no empeoraría si les daba a los soldados una paliza como Dios manda. Estaba, desde luego, de humor para hacerlo.

Al salir el sol ya prometía ser un día glorioso de verano, con el aire ya cálido y el cielo despejado. En el castillo de Saumur, Margarita se había levantado antes del amanecer. No estaba segura de haber dormido en absoluto, después de tanto tiempo tumbada en medio del calor y a oscuras, con la mente invadida por visiones de su marido y no poco miedo. Su catorce cumpleaños había tenido lugar unos meses atrás, y había pasado casi inadvertido. Pero Margarita era consciente, sobre todo porque había empezado a sangrar la mañana siguiente. Todavía estaba conmocionada por este hecho mientras se bañaba y se inspeccionaba a la luz de una linterna de noche. Su doncella le había explicado que le sucedería cada mes, unos cuantos días miserables de llevar abultados paños en su ropa interior. A ella le pareció un símbolo de cambio, de que las cosas iban tan deprisa que apenas podía asimilar un nuevo descubrimiento sin que una docena más reclamaran su atención. ¿Tenía los pechos más llenos? Pensó que así era y utilizó un espejo para pellizcárselos y apretarlos para que parecieran algo semejante a un escote.

Aquel día, el castillo no estaba en silencio, ni siquiera a una hora tan temprana. Como ratones en las paredes, Margarita ya podía oír voces lejanas y pasos y portazos. Su padre se había gastado un dineral en oro durante los meses previos para emplear a una numerosa plantilla, e incluso había traído a modistas de París para que hicieran todo lo posible para adornar la flaca figura de su hija. Las modistas habían estado

trabajando cada noche en las estancias del castillo, cosiendo y cortando ropa para su hermana y sus tres primas, que habían llegado desde el sur para acompañarla durante la ceremonia. Durante los días anteriores, a Margarita las muchachas le habían parecido un poco pesadas, mientras se acicalaban y se reían a su alrededor, pero de alguna manera había pasado de saber que faltaba mucho para la boda a la mañana de la misma, sin ningún sentido de cómo se había esfumado el tiempo. Costaba de creer que había llegado el día en que se iba a casar con un rey de Inglaterra. ¿Cómo sería él? La idea era tan aterradora que ni siquiera era capaz de ponerle voz. Todo el mundo decía que su padre había sido un bruto, un salvaje que hablaba francés como un pato tartamudo. ¿Sería igual su hijo? Trató de imaginarse a un caballero inglés abrazándola entre sus fuertes brazos y la imaginación le falló. Le resultaba, simplemente, demasiado raro.

—Buenos días..., esposo mío —murmuró lentamente.

Su inglés era bueno, así se lo había dicho su antigua gobernanta, pero a la mujer le pagaban por enseñarle. Margarita se sonrojó airada ante la idea de quedar como una boba delante del rey Enrique.

De pie frente al espejo, frunció el ceño ante la imagen de su mata de pelo castaño.

—Yo os acepto como esposo —recitó.

Eran los últimos momentos que tenía para estar a solas, lo sabía. Tan pronto como las doncellas la oyeran moverse, bajarían en tropel para acicalarla y ponerle colorete y vestirla. Contuvo la respiración ante esta idea, atenta a los primeros pasos fuera.

Cuando llamaron a su puerta, Margarita se sobresaltó y se envolvió en una sábana. Cruzó rápidamente hasta la puerta.

—¿Sí? —susurró. El sol todavía no se había levantado. Estaba segura de que no debía de ser la hora todavía.

—Soy Yolanda —oyó—. No puedo dormir.

Margarita abrió un poco la puerta para dejarla entrar, y la cerró con delicadeza detrás de ella.

—Creo que he dormido —susurró Margarita—. Recuerdo un sueño extraño, de modo que he debido de dormirme un rato.

—¿Estás ilusionada? —Yolanda la miraba con fascinación y Margarita se ajustó la sábana alrededor de los hombros intentando mostrar cierto pudor.

—Estoy aterrorizada. ¿Y si no le gusto? ¿Y si digo las palabras equivocadas y todos se ríen de mí? Estará el rey, Yolanda.

—¡Dos reyes! —dijo Yolanda—. Y la mitad de los nobles de Francia e Inglaterra. Será maravilloso, Margarita. ¡Mi Federico estará allí! —Suspiró deliberadamente, haciendo ondear los volantes de su camisión por los suelos de madera de roble—. Estará muy guapo, lo sé. Me habría casado con él este año si no llega a ser por esto, pero... Oh, Margarita, ¡no he querido decir esto! Me conformo con esperar. Al menos, padre ha recuperado parte de la fortuna que habíamos perdido. El año pasado habría sido la boda de unos pobres. Sólo espero que le quede lo bastante para casarme

con Federico. Yo seré condesa, Margarita, pero tú serás reina. Sólo de Inglaterra, es cierto, pero una reina igualmente. ¡Hoy! —Yolanda jadeó mientras asimilaba la idea—. ¡Hoy serás reina, Margarita! ¿Puedes concebirlo?

—Creo que podría concebir uno o dos —dijo Margarita, irónica. Yolanda la miró sin comprender su broma y Margarita se rió. Su expresión cambió de inmediato a una de pánico al oír unos pasos que trotaban en el pasillo de fuera.

—Ya vienen, Yolanda. *Bloody hell*, ¡todavía no estoy lista!

—¿*Blodiel*?

—Es una expresión inglesa. John me la enseñó. *Bloody hell*. Es como «mil demonios», me dijo; un juramento.

Yolanda miró a su hermana con ilusión.

—*Bloody hell*, ¡me gusta!

La puerta se abrió y entró lo que parecía una fila interminable de doncellas, equipadas con cubos humeantes de agua y cantidad de extraños instrumentos para trabajar en su pelo y en su rostro. Margarita volvió a ruborizarse, resignada a sufrir horas de incomodidades antes de ser autorizada a mostrarse en público.

—*Bloody hell!* —Yolanda murmuró de nuevo a su lado, contemplando atónita cómo la estancia se llenaba de mujeres atareadas.

Con la puesta de sol, Derry dejó caer la cabeza mientras el carro rodaba por el camino, y juraba de vez en cuando si las ruedas se metían en agujeros y lo hacían rebotar de un lado a otro. Llevaba dieciocho días de camino, montándose en caravanas siempre que podía y con los nervios alterados cada vez que oía cascos de caballos. No había sido capaz de relajarse ni un momento desde su enfrentamiento con el duque de York, y desde luego, no se había tomado la amenaza a la ligera. Su red de informadores y espías alrededor de la fortaleza de Calais le había llevado noticias desagradables. Los hombres del duque no escondían el hecho de que querían tener una conversación con Derry Brewer. Desde el punto de vista profesional, resultaba interesante estar al otro lado de un esfuerzo por localizarlo, en vez de ser él quien movía los hilos. Eso resultaba de poco consuelo mientras Derry se rascaba unas cuantas picadas de pulga en la parte trasera de la chirriante caravana.

El arriero que en este momento miraba a una distancia media no era uno de sus hombres. Como cientos de otros viajeros que transitaban hacia el sur desde Normandía para poder ver a los reyes, Derry había pagado unas cuantas monedas por un lugar en el carro y había renunciado a la idea de cabalgar a paso firme hasta Anjou. Había escapado fácilmente a los hombres de York en el puerto, pero también era cierto que Calais estaba siempre lleno de animadas multitudes. Los caminos y senderos que llevaban en dirección sur hasta Anjou eran un lugar mejor para recoger a un viajante solitario, sin armar revuelo ni tener testigos. Al menos, la boda habría acabado antes de la siguiente puesta de sol. Derry no había osado utilizar ninguna posada mientras se encontraba en camino. Resultaba demasiado fácil imaginar un gesto rápido llevándose lo mientras roncaba ignorante. En vez de ello, durante dos semanas había dormido en zanjas y establos —y su olor lo delataba—. No se había propuesto demorarse tanto, pero sus medios de transporte eran todos lentos, apenas más rápidos que andar. Había contado las mañanas y sabía que la boda se celebraría al día siguiente. Era casi una agonía saber que casi había llegado. Podía sentir las redes de York cerrándose a su alrededor a cada milla que avanzaba.

Derry se frotó la cara con una mano mugrienta, recordándose que tenía más aspecto de campesino que la mayoría de los reales. Un viejo sombrero de paja le caía sobre los ojos, y sus ropas no habían sido lavadas desde el día que habían salido del telar. Era un disfraz que había utilizado antes y confiaba en el hedor y la mugre para protegerle.

A medida que avanzaba hacia el sur, había visto pasar a jinetes con la librea del duque media docena de veces. Derry había tenido cuidado de asomar la cabeza y observarlos, como lo habría hecho cualquier campesino. Los hombres de mirada aguda habían mirado a todos los que pasaban, buscando alguna pista del jefe de espías del rey.

Había decidido que utilizaría su navaja de afeitar con ellos si lo descubrían. Era

una hoja de un dedo del mejor acero, con una empuñadura de carey. Si lo encontraban, había prometido hacer que lo mataran en el camino mismo para no tener que sufrir a los torturadores del duque o, todavía peor, el placer petulante del hombre por tamaño trofeo de caza. Pero los hombres del duque no se habían parado ante la visión de un campesino mugriento más que los miraba desde la parte trasera de un carro de bueyes.

Podía que fuera humillante verse obligado a viajar hacia el sur de esta manera, pero de hecho Derry disfrutaba con el juego. Pensaba que era esta parte de él lo que había atraído la atención del viejo Bertle, cuando Derry era tan sólo un informador más y un exsoldado, al que se le veían las rodillas por los agujeros de los pantalones. Derry había sido el encargado de una pequeña pista de lucha en los bajos fondos de Londres, con ganancias de los bolsillos de todos los hombres implicados. Así había ganado bastante dinero, puesto que establecía las probabilidades amañando las peleas, dando órdenes estrictas a cualquier luchador de que ganara o perdiera.

Sólo había visto a Bertle una vez antes de la noche en que el viejo asistió a una de sus peleas. Vestido con sus pantalones negros, Bertle había pagado una butaca de un penique y lo había visto todo: desde las indicaciones con el dedo que Derry les daba a los luchadores, hasta las pizarras de tiza de probabilidades y cómo cambiaban. Cuando el público se hubo marchado a casa, el viejo se quedó y se le acercó con los ojos brillantes mientras Derry pagaba a cuatro o cinco hombres magullados y maltrechos su parte de las ganancias. Al reconocerlo, Derry había despedido a los muchachos que podían haberlo empujado hacia la noche y simplemente dejó que Bertle se sentara a observar. Era después de la medianoche cuando hubieron limpiado el almacén de todo rastro que indicara para qué había sido utilizado. Fuera quien fuese el propietario, ignoraba que había albergado a luchadores aquella noche. No lo sabría nunca a menos que encontrara sangre bajo el serrín fresco, pero, en cualquier caso, nunca utilizaban dos veces el mismo lugar.

Ya entonces, Derry había notado cómo Bertle se divertía y gozaba al mezclarse con la gente de la lucha bruta. Dejó que se marcharan todos hasta que ya sólo quedó el viejo.

—¿Qué hay de nuevo, viejo capullo? —le había soltado Derry finalmente. Entonces recordó la lenta sonrisa de Bertle, un hombre pequeño y duro que había visto la mayoría de maldades y no se inmutaba ante ninguna.

—Estás hecho un auténtico rey de los ladrones, ¿verdad hijo? —le había dicho Bertle.

—Me va bien así. No molesto a las bandas, o raramente. Me gano la vida.

—Lo haces por dinero, ¿no? Para llevarte el pan a la boca.

—Un hombre tiene que comer —le espetó Derry.

Bertle se había limitado a esperar, levantando las cejas. Derry todavía recordaba la manera en que la cara del viejo se arrugaba de placer cuando le había dado una respuesta sincera. Todavía no sabía por qué lo había hecho.



—Lo hago porque me divierte, viejo diablo, ¿de acuerdo? Porque gane quien gane, siempre gano yo. ¿Satisfecho?

—Tal vez. Ven a verme mañana, Derry Brewer. Puede que tenga un trabajo para ti, algo que merece la pena hacer.

El viejo había desaparecido en la oscuridad de la noche, dejando a Derry mirar su estela. Estuvo convencido de que no iría, desde luego. Pero, al final, fue de todas maneras, sólo para ver.

Derry alejó la confusión de esos recuerdos, consciente de que no podía dormirse mientras los bueyes avanzaban. Había pensado muchas frases que diría cuando se acercara al duque de York en la boda. Siempre y cuando pudiera encontrar un lugar en el que antes pudiera lavarse y cambiarse de ropa, por supuesto. El saco sucio en el que se apoyaba estaba lleno de prendas cuidadosamente dobladas, lo bastante buenas como para transformarle si lograba llegar con el pescuezo intacto. Se preguntó lo que pensaba el granjero del extraño pasajero que tenía aspecto de no poder permitirse ni una comida, pero que en cambio podía pagar dinero a cambio de que lo llevara durante la noche. Derry sonrió para sus adentros ante esta idea, mientras miraba la ancha espalda del hombre. El camino se había despejado al caer el sol, pero habían seguido avanzando, puesto que Derry necesitaba llegar. Hasta se había quedado dormido, mecido por el movimiento del carro, y sólo se despertó cuando el buey soltó un estruendoso pedo que sonó como si el cielo se hubiera hundido. Eso provocó la carcajada de Derry dentro de su saco por la pura tontería de su situación.

Por el este, el cielo empezó a aclararse en tonos de gris mucho antes de que pudiera ver la línea ardiente del sol. Derry había estado en Anjou unas cuantas veces en sus viajes, entregando y recibiendo mensajes de hombres por su trabajo. Sabía que había tenido lugar el juicio y ejecución de un usurero judío más o menos un mes atrás y tenía una idea aproximada de las deudas incurridas por René de Anjou. El hombre se había asegurado su posición con cierta falta de escrúpulos que Derry podía apreciar, pero se preguntó distraídamente si debía investigar las posesiones del hombre un poco más a fondo. Antes de recibir las rentas de Anjou y Maine, habría sido vulnerable. Un par de talleres incendiados, tal vez una cosecha sembrada de sal para que se estropeará en los campos..., las posibilidades eran infinitas. Con sólo un poco de presión, René de Anjou tendría que ir a suplicar un préstamo al nuevo marido de su hija, y entonces tendrían una palanca en la corte francesa. Todo esto suponiendo que Derry pudiera sobrevivir al día de la boda, por supuesto. Los barones Suffolk y Somerset tenían sus instrucciones en caso de que Derry no llegara, pero esto no le servía demasiado de consuelo.

Al caer la noche, el arriero insistió en que tenía que hacer descansar, alimentar y dar de beber al gran buey negro que los había llevado de camino al sur durante dos días. Derry podía ver a lo lejos la torre doble de la catedral de Tours erigirse por encima de los campos. No podía estar más que a unas cuantas millas de distancia. Suspiró, saltó del carro y estiró las piernas y la espalda. Afortunadamente, el camino

estaba vacío en ambas direcciones. Supuso que, para entonces, los que habían viajado para ver la boda ya habrían llegado. Él era el único que estaba todavía de camino, con la única excepción posible de los jinetes del duque que todavía rastreaban los campos en su busca.

Mientras pensaba en ello, advirtió una nube de polvo a lo lejos y corrió a ocultarse al margen, saltando a una pendiente de matorrales casi tan altos como él.

—Tres dinares de plata si no decís nada —gritó en francés, ocultándose todo lo que pudo. A Lord Suffolk le habría sorprendido oír la perfecta fluidez de Derry en ese idioma.

—Once —respondió el arriero mientras ataba un saco con forraje al morro baboso de su buey.

Derry se incorporó a medias, indignado.

—¡Once! ¡Te podrías comprar otro buey con esa cantidad, bastardo!

—El precio es once —dijo el hombre, sin dignarse mirarlo—. Se están acercando, mi querido lord inglés.

—No soy un lord —rechinó Derry de entre los matorrales—. Once, pues. Tenéis mi palabra.

El sol ya había salido y lamentó todos los momentos perdidos. No podría dar un paso más en dirección a la catedral si había jinetes a la vista. Se preguntó si podía arrastrarse gateando con manos y rodillas, pero si veían moverse las hierbas desde la montura, habría llegado la hora de Derry Brewer. Permaneció donde estaba, intentando ignorar las moscas y los saltamontes verde chillón que trepaban y zumbaban a su alrededor.

Bajó la cabeza de inmediato al oír el tintineo y el repiqueteo de unos jinetes que se acercaban al carro. Estaban tan cerca que tuvo la impresión de que era capaz de estirar el brazo y tocarlos. Oyó una ronca voz inglesa hablando un francés execrable mientras lanzaba preguntas al arriero. Derry respiró aliviado cuando el hombre dijo que no había visto a nadie. Los jinetes no perdieron mucho tiempo en lo que creyeron que era otro campesino más con su buey. Siguieron trotando rápidamente, de modo que el silencio regresó al camino y Derry pudo volver a oír pájaros cantando y abejas zumbando. Se levantó y miró alejarse a la patrulla en la dirección en la que él quería ir.

—Once dinares —sostuvo el arriero, mostrándole su manaza en forma de pala.

Derry hurgó en su bolsa y contó las monedas. Luego se las entregó.

—Algunos a esto lo llamamos robo —dijo.

El hombre se limitó a encogerse de hombros, sonriendo disimuladamente ante la suma que acababa de ganarse. Al volverse de nuevo hacia su carro, no advirtió que Derry sacaba una porra de su saco. Un golpe seco a la base del cráneo dejó al arriero tambaleándose. Derry lo volvió a golpear en la coronilla, y lo observó doblarse con satisfacción.

—Se equivocarían —le dijo Derry a la figura inconsciente—. Ha sido

simplemente una negociación de fuerza mayor. Esto es un robo.

Recuperó sus monedas y examinó el camino a Tours y el sol ya elevado. El buey rumiaba satisfecho, mirándolo a través de unas largas pestañas que habrían sido adecuadas para una belleza femenina. El carro era demasiado lento, decidió Derry. No le quedaba más opción que correr las últimas pocas millas.

Dejó al arriero que se despertara cuando quisiera y se marchó corriendo por el camino en dirección a Tours. Después de un tramo breve, maldijo en voz alta y volvió hacia atrás. El arriero gemía mientras empezaba a despertarse.

—Debes de tener mucho hueso en esa cabezota —le dijo Derry. Contó tres monedas de plata, se las puso en la mano y le dobló los dedos—. Eso es sólo porque me recuerdas a mi viejo padre, no porque me esté ablandando —murmuró—. ¿De acuerdo?

El vaquero abrió un ojo y lo miró adormilado.

—De acuerdo, pues —dijo Derry—. Suspiró con fuerza y echó a correr.

Margarita apenas osaba moverse dentro del vestido. La nueva ropa le picaba y le resultaba extraña, rígida como si estuviera vestida con cartones. Sin embargo, no podía negar que aparecía esplendorosa en el largo espejo. Estaba bordada con pequeñas perlas en todas las partes visibles que repicaban al moverse. El velo era tan fino como una telaraña y le maravillaba poder ver a través de él. Ya no podía agacharse a mirar las perfectas zapatillas de satén que llevaba debajo. Sus pies le parecían muy lejos, como si pertenecieran a otra persona, mientras ella había sido reducida a la cabeza, posada encima de acres de tela blanca. Sólo la sirvienta que la abanicaba impedía que el sudor aflorara a medida que iba aumentando el calor del día.

Margarita ya estaba toda sonrojada cuando le permitieron salir a la luz del día. El castillo de Saumur era la mejor parte de cuarenta millas desde la catedral de Tours y una espléndida carroza la esperaba en el patio. Brillaba por el pulido y la nueva capa de pintura negra, tirada por dos caballos capones idénticos de pardo brillante. Sobre las butacas abiertas habían colocado un baldaquín para protegerla del polvo mientras se desplazaban.

Su madre salió de la casa principal y se acercó a ella con una mezcla de orgullo y de tensión escrita claramente en su expresión. Margarita esperaba incómoda mientras le arreglaban y retocaban el vestido hasta la postura perfecta para que pudiera sentarse.

—Mantén la cabeza erguida y no te encorves —le indicó su madre—. Hoy la dignidad de la familia reposa en ti, Margarita. No nos avergüences. ¡Yolanda! Ayuda a tu hermana.

Yolanda se apresuró hacia delante, levantando pliegues de tela para impedir que se arrastraran por las piedras del pavimento mientras Margarita avanzaba con pasos

cuidadosos. Un lacayo al que no conocía la ayudó a subir el peldaño y, con un jadeo, se agachó por la abertura y casi cayó sobre la banqueta interior. Estaba dentro, con Yolanda preocupándose por arreglar la cola del vestido de manera que no se arrugara demasiado. Otro carruaje ya esperaba para entrar en el patio y parecía que todo el personal hubiera salido a despedirla. Margarita se concentraba en respirar de manera superficial, mareada por la opresión. No se podía encorvar ni aunque quisiera: los listones del vestido la mantenían erguida. Levantó una mano hacia las hileras de sirvientas y lacayos y ellos la saludaron debidamente. Su mirada se posó en una a la que conocía por haber chocado con ella durante la visita del rey. Esa joven sonreía y agitaba un pañuelo con lágrimas en los ojos. Margarita se sentía como una muñeca pintada en comparación con la pequeña que había sido entonces.

Yolanda, jadeante y con los ojos brillantes, trepó para sentarse a su lado.

—¡Es increíble! —dijo, mientras miraba a su alrededor—. ¡Todo eso es por ti! ¿Estás contenta?

Margarita miró a su interior y sólo encontró nervios. Como respuesta, le dedicó una expresión triste. A lo mejor se animaría de camino, pero estaba a punto de casarse con un hombre joven al que no había visto en su vida. ¿Estaría ese Enrique inglés igual de nervioso? Lo dudaba. Su futuro esposo era rey y estaba acostumbrado a las grandes ocasiones.

Dos lacayos más de negro, con botas pulidas y la librea impecable, tomaron sus puestos a ambos lados del carruaje. En teoría, rechazarían a cualquier ladrón o bandido en el camino, pero no existía ningún peligro real. El conductor del carruaje era un hombretón rubicundo que hizo una reverencia elaborada a las dos muchachas antes de tomar asiento y colocarse un látigo largo en la mano que acababa con una cuerda que colgaba de la punta.

De alguna manera, los carruajes empezaron a moverse antes de que Margarita estuviera preparada. Vio pasar los muros de Saumur y se inclinó todo lo que pudo para despedir a su madre con la mano. Su padre y sus hermanos ya se habían marchado el día anterior. Esta mañana había sido para las mujeres de la casa, pero había pasado tan rápido que no era capaz de asimilarlo. Todas las horas desde que se había levantado parecían haberse comprimido en momentos, y ahora quería gritarle al conductor que se detuviera, mientras su mente volaba por las mil cosas que tenía que recordar.

Vio a su madre gesticulando hacia el carruaje siguiente, con la mente ya en la manada de primos y en el inmenso trabajo que había que hacer para preparar Saumur para una celebración de boda aquella noche. Margarita se recostó en el asiento, viendo a dos más de los carruajes que esperaban pacientemente para llevar a los invitados a Tours. Mientras ella y su hermana avanzaban por el camino, Margarita oía al conductor chascar la lengua y haciendo sonar el látigo para que los caballos trotaran en un unísono perfecto. Jadeó de placer al sentir el viento en la cara. Tardaría todavía horas en ver la catedral. Por vez primera, sintió un agradable cosquilleo de

expectación.

Cuando el carruaje dejó el dominio de Saumur por la puerta norte, el camino se ensanchó. Las dos muchachas estaban encantadas al ver a la muchedumbre que se agolpaba en los márgenes. Nadie se había molestado en contarle a Margarita la cantidad de gente que se había desplazado solamente para verla. Tanto ingleses como franceses se agrupaban saludando con sus sombreros y ovacionándola, gritando su nombre. Margarita se sonrojó bellamente y ellos estiraban el cuello y se reían al sol.

—*Bloody hell* —murmuró Yolanda, encantada—. Qué maravilla.

Suffolk hizo lo que pudo por ocultar su preocupación mientras aguardaba de pie frente a la catedral. Levantó la vista hacia la doble torre como si la encontrara interesante, haciendo todo lo posible por parecer relajado e impertérrito. Los pantalones y túnica nuevos le picaban, aunque le parecía que su corte le hacía parecer más delgado de lo habitual. Se vio obligado a secarse la cara, puesto que el peso de su traje parecía aumentar a cada hora que pasaba, y el forro de piel le hacía cosquillas en el cuello. El estilo inglés de tela en varias capas estaba fuera de lugar en un verano francés, pero advirtió que los franceses vestían ropa igual de cálida, de modo que les quedaba el rostro tan enrojecido como a los nobles ingleses ebrios de vino generoso.

Suffolk envidió a York su porte delgado al verlo avanzar entre la muchedumbre y detenerse a dar órdenes a uno de sus soldados. El duque se había hecho acompañar por una enorme guardia personal, más que todos los otros lords ingleses en conjunto. Aun así, empequeñecía al lado de la cantidad de soldados franceses que campaban por toda la ciudad.

Suffolk observó como el hombre de York saludaba y corría a cumplir con algún encargo. Suffolk juntó las manos tras la espalda e intentó parecer fascinado por las torres góticas y la piedra tallada. Deseó que su esposa hubiera ido con él, pero Alice se había escandalizado ante la misma idea. Ya le había costado lo bastante explicarle que iba a casarse con una princesa de catorce años aquel día, si todo salía como estaba previsto. Tener además a su propia esposa presente hubiera sido una burla a la Iglesia, o eso había dicho ella, de cierta envergadura.

Una burla mayor sería la carnicería que podría desencadenarse a la más mínima provocación, pensó Suffolk. De momento, los hombres de York ignoraban cuidadosamente a los soldados franceses que rodeaban Tours, mientras sus nobles señores paseaban y charlaban. Suffolk sabía que los franceses iban a tomar el mando de Anjou y Maine en el momento en que acabara la ceremonia. Le hubiera encantado podérselo explicar a York, especialmente después de sufrir las significativas miradas del hombre a los soldados lejanos. York sentía que su prudencia estaba totalmente justificada por la presencia de una fuerza francesa de aquel tamaño. Cuando habían pasado brevemente por el patio de la iglesia, había susurrado una pregunta, exigiendo saber cómo Suffolk pensaba que solamente unos cuantos guardias podrían haber

protegido al rey Enrique. Suffolk sólo había podido murmurar, indefenso, que seguramente no habría ningún peligro en un día de boda. York le había mirado, visiblemente desconfiado, mientras se alejaba apresuradamente.

Era una situación preocupante y los nervios de Suffolk se tensaban más a cada hora que pasaba. York no sabía que el rey no iba a venir y ahora había dos ejércitos cara a cara en el campo. Sólo haría falta que algún idiota soltara un insulto fuera de lugar o hiciera una broma maliciosa para que ninguna fuerza de la Tierra o del Cielo pudiera evitar la batalla. Suffolk volvió a usar un paño suave para limpiarse la vara.

Mientras le murmuraba algo insulso a otro invitado, Suffolk vio a York cambiar de dirección para acercársele a través del patio de la iglesia.

—Vamos, Derry —dijo Suffolk en inglés y en voz baja, provocando que el noble francés que tenía más cerca lo mirara con expresión confusa—. Te necesito aquí. Vamos. —Sonrió al duque mientras se detenía.

—¡York! Qué día maravilloso para encontraros. ¿Tenéis noticias del rey?

York miró al hombre mayor con amargura.

—Iba a preguntaros exactamente lo mismo, William. No tengo noticias de los puertos confirmando que esté en camino. ¿Habéis visto a Derry Brewer?

—Todavía no. Tal vez esté con el rey. Creo que venían juntos.

York frunció el ceño, preocupado, mientras miraba a la muchedumbre de familias nobles francesas e inglesas, todas disfrutando del sol.

—No lo entiendo. A menos que le salgan alas, debería estar ya de camino y a punto de llegar. Sería raro que a mis hombres les hubiera pasado por alto una comitiva pasando por Calais, pero no he oído nada.

—Podrían haber ido más rápidos que los mensajeros, Ricardo. ¿Lo habéis pensado? Estoy seguro de que llegarán a tiempo.

—Eso parece cosa de Brewer —dijo York, enfurruñado—. Rutas secretas y subterfugios, como si ni siquiera se pudiera confiar en los propios lords del rey. Vuestro amigo Brewer parecerá tonto si la comitiva del rey cae en una emboscada y es atrapada mientras nosotros los esperamos aquí, con nuestras mejores galas.

—Estoy seguro de que eso no sucederá. Derry se limita a proteger al rey del peligro, como hacemos todos.

—No estaré contento hasta que se haya casado sin incidentes y esté de camino a casa. ¿Habéis visto a los soldados acampados por todos lados? ¡Gracias a Dios que me he llevado a tantos conmigo! Estamos en una situación peligrosa, William. Tengo demasiados pocos hombres para retenerlos si lanzan un ataque por sorpresa.

—Estoy seguro de que sólo han venido a proteger al rey Carlos y a sus lords —mintió nerviosamente Suffolk. Temía el momento en el que todos los detalles del acuerdo de matrimonio fuesen revelados. Tenía que esperar que el rey francés no hiciera demasiados aspavientos cuando fuera a tomar el control de sus nuevos territorios. Conociendo a los franceses como los conocía, William de la Pole sospechó que eso era una esperanza realmente vana.

—La ciudad es como un campamento armado y el rey francés ni siquiera ha llegado —dijo York—. Me estoy perdiendo algo, William. En vuestro honor, ¿me diréis que me estoy preocupando por nada?

—Eh... No os lo puedo decir, Ricardo. —Vio como el duque apretaba los ojos.

—¿No podéis? Hay algo, entonces..., algo que no me habéis dicho. Necesito saberlo, William, si tengo que proteger al rey de Inglaterra en suelo francés, ¿lo entendéis? No puedo ser sorprendido relajado si hay planes en marcha de los que no sé absolutamente nada. ¡Maldito sea ese Derry! Decidme, lord Suffolk, ¿qué es lo que no me han contado?

Por el camino del oeste se oyó un gran estruendo. Suffolk miró hacia el mismo con alivio mientras sacaba su pañuelo para secarse la frente.

—¿De quién se trata? —dijo—. Desde luego, no debe de ser todavía la novia. ¿Es el rey francés?

—O el rey Enrique —replicó York, observándolo con atención.

—Sí, sí, claro —dijo Suffolk, sudando con profusión—. Podría ser que Enrique estuviera llegando. Será mejor que vaya a verlo, si me disculpáis.

York observó cómo el hombre mayor se alejaba con movimientos rígidos. Moviò la cabeza, asqueado, y llamó a un guardia a su lado con gesto brusco.

—Dad otro vistazo a los alrededores. Quiero que Derry Brewer sea detenido discretamente. Informadme tan pronto lo tengáis.

—Sí, milord.

El guardia saludó con elegancia y se alejó al trote. La expresión de York se hizo más amarga cuando oyó gritar a la muchedumbre y comprendió que el rey francés había llegado a Tours. El sol señalaba el mediodía y todavía no había ni rastro del novio ni de la novia.

Derry hizo todo lo posible por pasear mientras cruzaba el campo de soldados franceses, que descansaban y almorzaban al sol. La última vez que había visto a tantos reunidos en un solo lugar había sido en un campo de batalla, y los recuerdos no eran agradables. Sabía perfectamente por qué estaban allí. Los alegres grupos de hombres que chismorreaban y masticaban pan duro se volverían a convertir en una fuerza militar cuando recibieran órdenes de recuperar los enormes territorios de Maine y Anjou.

Derry había esperado que lo desafiaran, pero por instinto había tomado una sopera pesada en las afueras y se había paseado a trompicones con ella. Esta simple maniobra lo había ayudado a llegar al mismo centro del campamento. Había docenas de otros sirvientes que recogían y llevaban alimentos a las tropas, y siempre que sentía una mirada desconfiada que se dirigía a él, se detenía y dejaba que los hombres se llenaran sus platos, les sonreía y les hacía reverencias como si fuera un mudo ingenuo.

Para el mediodía ya había cruzado el campo y pudo finalmente devolver la sopera vacía a un grupo de mujeres ancianas para seguir andando. Se habían avistado las carrozas del rey francés por el camino y nadie se había fijado en su figura andrajosa alejándose del campamento.

Derry avanzó todo lo que pudo por el camino, hasta que vio a grupos de soldados por la catedral. Estaba sólo a una breve carrera de distancia, pero sabía que no lo conseguiría. Derry miró a su alrededor para ver si alguien lo miraba, y luego se dejó caer de pronto en una zanja que había junto a una antigua puerta de madera, rodeada de una tupida maleza.

Ufano de satisfacción por haber sorteado al ejército francés, Derry observó a los soldados detener y registrar dos carros que avanzaban ante ellos. Los hombres de York parecían estar por todas partes. Derry hizo una mueca al sentir que el agua de la zanja le empapaba la ropa, pero aguantó su bolsa fuera de ella y se mantuvo con la cabeza gacha, usando el poste de la puerta como cubierta y aguardando su momento. Se fijó en que los soldados se mantenían fuera de la propia catedral. El edificio de la iglesia tenía sus propios jardines, con un muro y una puerta. Si tan sólo pudiera cruzar este límite externo, estaría a salvo. Las catedrales de Francia o Inglaterra estaban todas construidas según la misma estructura, se dijo. Si lograba entrar, el recinto le resultaría lo bastante familiar.

Espiando por entre los matorrales secos, Derry podía ver las bellas aves invitadas a la boda bajo el sol que inundaba el patio de la iglesia. ¡Estaban tan cerca! Casi podía ver las caras individuales. Por un momento, estuvo tentado de simplemente levantarse y llamar a alguno de sus aliados, como Suffolk. Era casi seguro que York no lo haría arrestar en público. Derry se miró los pantalones sucios y los dedos ennegrecidos. Iba tan sucio como sólo unos cuantos días de viaje le podían haber dejado. Si un campesino con un aspecto igual de desastroso se acercara al grupo de la boda, los soldados lo agarrarían por el pescuezo y lo echarían antes de que la mitad de los nobles se dieran cuenta siquiera de lo que estaba sucediendo. Fuera como fuese, no era su estilo ser manoseado por un grupo de guardias mientras llamaba a Suffolk a gritos. Derry seguía decidido a acercarse a Ricardo de York con sus mejores galas y a actuar como si todo hubiera resultado fácil. El viejo Bertle siempre había cuidado mucho su estilo. En memoria del antiguo jefe de espías, lo haría con elegancia.

Derry levantó ligeramente la cabeza para observar a un par de guardias que se habían apostado firmemente delante de la puerta de la catedral, en el muro. Compartían una tarta y se mantenían muy juntos, mientras la partían con los dedos y se ponían a masticar.

Tras aquel muro estaba la propia residencia del obispo, con cocinas y alacenas y salones propios de cualquier lord. Derry abrió más los ojos, tratando de mantener vigilados a los otros grupos de soldados en sus rondas. Poco a poco, buscó su fuerte porra en la saca. No podría utilizar el cuchillo, no contra soldados ingleses —y no en



suelo de la Iglesia—. El tipo de mundo resbaladizo en el que se movía normalmente no haría más que colgarlo bajo la luz intensa de un día francés. Sin embargo, la idea de intentar sortear a dos soldados armados con un simple trozo de madera resultaba más que sobrecogedora. Uno sí, siempre podía sorprender a uno con un buen porrazo detrás de la oreja, pero no podía permitir que se diera el grito de alarma o estaría acabado.

El sol avanzó hacia la tarde mientras Derry permanecía allí, cada vez más agitado. En tres ocasiones, media docena de soldados con tabardos ingleses rojo y oro entraron marchando alrededor de los límites de la catedral. Llevaban el tipo de arcos que los habían hecho famosos en Agincourt y Derry sabía que eran capaces de partir a un conejo a cien por hora, por no hablar de un hombre hecho y derecho. Resultaba casi invisible en su ropa andrajosa, pero igualmente contenía la respiración cuando pasaban a tan sólo veinte metros de él, consciente de que los cazadores de entre ellos eran capaces de detectar hasta un parpadeo entre los matorrales.

El tiempo pasaba con una lentitud dolorosa. Algo grande se arrastró por el rostro de Derry y él lo ignoró mientras le mordía en el cuello y se quedaba a chuparle la sangre. Había una sola cosa capaz de distraer a los guardias alrededor de la catedral y esperaba que sucediera antes de poder moverse.

Llegó dos horas después del mediodía, por lo que fue capaz de deducir por el sol. Hombres y mujeres de las aldeas locales empezaron a arremolinarse por el camino y empezó a oír ovaciones a lo lejos. En unos pocos momentos había movimiento por todas partes, con gente contenta que corría en busca del mejor puesto para ver llegar a las carrozas de la novia. Derry se movió cuando un grupo de hombres pasó por su lado, utilizándolos para bloquear la visión del cabeza de espías de Inglaterra, levantándose con el rostro enrojecido de una zanja apestosa. Se dirigió hacia los centinelas de la puerta y bendijo en silencio a la novia, mientras veía a los dos hombres mirando también hacia el oeste. No habían visto nunca a una princesa y ésta, además, sería reina de Inglaterra.

Derry esquivó a un niño que corría y golpeó con su porra de madera el oído de uno de los guardias. El hombre se dobló como si le hubieran cortado las piernas y el otro empezaba justo a volverse, sorprendido, cuando Derry volvió a levantar su palo y lo estrelló en la frente del hombre. El guardia soltó un gruñido al caer y Derry estuvo seguro de haber oído una voz inglesa exclamarse en shock por ahí cerca. Abrió la puerta de una patada y corrió al interior, mientras se quitaba ya el gorro mugriento de la cabeza y lo lanzaba a un arbusto bien recortado.

Los apartamentos del obispo estaban separados de la catedral, ignoró el sendero que conducía a ellos y se dirigió a la sacristía. A esas alturas, Derry estaba ya dispuesto a derribar cualquier puerta, pero ésta se abrió con facilidad al manipular el cerrojo y se metió dentro. Levantó la mirada lentamente y se encontró con el enorme volumen rosado de un obispo francés, que se le apareció en lo que parecía ropa interior blanca. Otro clérigo se mantenía boquiabierto, con una túnica larga blanca en

las manos.

—Mi señor obispo, os pido disculpas por molestaros. Llego tarde a la boda, pero lord Suffolk responderá por mí.

Mientras hablaba, Derry sacaba ropas de calidad de su saco y fue sólo la visión de los cuellos y puños de piel lo que impidió que el obispo pidiera ayuda.

Derry sintió un golpe contra la puerta detrás de él y se volvió rápidamente a echar la barra que hacía de pestillo.

—¿Puedo pedirlos también un poco de agua? La novia ya ha llegado y me temo que estoy demasiado sucio por el viaje para ser visto así.

Los dos clérigos lo miraron atónitos, y luego el obispo le señaló débilmente otra estancia. Derry se apresuró a entrar donde un gran cuenco reposaba sobre un tocador de mármol. Tiñó de negro el agua y el paño al lavarse, y se desvistió todo lo rápido que pudo.

Cuando salió, el obispo estaba solo, supuestamente porque su sirviente había ido a comprobar la *bona fides* del extraño que había irrumpido en sus estancias. El obispo tenía un aspecto todavía más corpulento con su atuendo formal, enorme como una tienda de campaña que observaba con interés cómo Derry se peinaba con una mano húmeda y lanzaba su saco arrugado a un rincón.

—Dios os bendiga, Su Excelencia —dijo Derry—. Por un momento pensé que no iba a lograrlo.

Entró en la iglesia.

—¡Ahí está! —gritó una voz en inglés.

Sin volverse a identificar la fuente del grito, Derry rompió a correr a toda velocidad por la larga nave, hacia la puerta iluminada por el sol al otro extremo.

**L**a carroza de Margarita se detuvo delante de la catedral, después de dibujar un amplio círculo. La muchedumbre la ovacionaba y Margarita se sonrojó mientras la ayudaban a bajar del carruaje. El velo de gasa le cubría el rostro, pero los podía ver a todos claramente a través del mismo. Habían venido por ella. Su nerviosismo aumentó al ver al rey Carlos sonriendo a un lado con su tía María.

Su propia sonrisa se torció bajo el velo al ver a su padre de pie al lado del rey, vestido con una casaca rojo sangre sobre unos pantalones color crema y unas botas negras pulidas. La tela estaba hecha de capas con un estampado de hilo dorado y el hombre parecía enorme bajo el rígido tejido. Sin embargo, René de Anjou parecía orgullosamente feliz con la presencia de tantos nobles en la boda de su hija. Mientras hacía una reverencia ante ambos hombres, Margarita se preguntó si a su padre le importaba algo la ceremonia, o si sólo pensaba en las tierras que había recuperado para la finca de su familia.

Cuando Margarita se levantó, otro hombre se acercó por entre la gente y le hizo una profunda reverencia. Era alto y de espalda ancha, con el pelo de color hierro. Sus ropas eran menos llamativas que las de su padre o las del rey, y de alguna manera Margarita lo identificó como inglés antes de que le besara la mano y le hablara.

—Princesa Margarita, es un gran honor —le dijo—. Soy Suffolk, pero sería un gran honor para mí si me llamáis William. —Para su sorpresa, volvió a hacerle una reverencia y se dio cuenta de que el gran lord inglés estaba casi tan nervioso como ella.

Cuando el hombre estaba a punto de volver a hablar, su hermana Yolanda le extendió la mano, con la palma hacia abajo, y luego se rió cuando Suffolk intentó besársela e inclinarse por tercera vez.

—Vos debéis de ser la princesa Yolanda, querida. Estoy a vuestro servicio, por supuesto —dijo. Su mirada volvió a posarse en Margarita y se mordió el labio inferior.

—Me pregunto si tendríais la bondad de concederme unas palabras en privado, milady. Tengo una noticia que debéis oír antes de la ceremonia.

Margarita levantó la vista y vio a su padre y al rey Carlos intercambiándose una mirada de confusión.

—¿Qué ocurre, Lord Suffolk? —preguntó René, apresurándose hacia delante—. No es apropiado retrasar la ceremonia. ¿Dónde está el novio? ¿Se encuentra por aquí cerca?

A Margarita se le encogió el corazón cuando su padre habló. ¿El rey inglés no estaba? Tuvo la visión de regresar soltera al castillo de Saumur, para ser objeto de burlas y comentarios maledicentes el resto de su vida. De pronto tuvo ganas de llorar, y sintió la mano de Yolanda que tomaba la suya y se la apretaba en un gesto de apoyo.

—Majestad, milord Anjou, tengo noticias preocupantes. ¿Queréis hacerme el favor de acompañar a vuestra hija a protegerse del sol, dentro de la iglesia? No es algo para todos los oídos.

Suffolk se había ido sonrojando mientras hablaba, como si estuviera a punto de estallar por toda la atención pública que se concentraba en él. Fue el primero en levantar la vista cuando se oyó un estrépito y un golpe procedentes de donde estaba la puerta principal de la catedral. Margarita vio que una expresión de profundo alivio se reflejaba en el rostro de Suffolk cuando Derry Brewer salió de la penumbra y se detuvo frente a ellos. Había sirvientes paseándose entre la gente con jarras y preciosas copas de vino blanco. Derry arrebató una al pasar y se acercó hacia los carruajes que formaban un semicírculo.

—¡Maese Brewer! —exclamó Suffolk, secándose el sudor de la frente con un paño.

Margarita pudo ver fugazmente a otro lord alto que se volvía bruscamente y se acercaba a paso rápido por entre la muchedumbre.

—Bonito día para una boda —dijo Derry en inglés, después de vaciar su copa de un largo trago. Saludó con una reverencia a los nobles franceses que lo observaban con desconfianza—. Majestades, Lord Suffolk. Y estas flores de Francia deben de ser las princesas Margarita y Yolanda.

Derry hizo una reverencia todavía más profunda y les besó las manos a las dos con una sonrisa que no abandonó su rostro en ningún momento. Sudaba con profusión y parecía como si estuviera intentando controlar la respiración, advirtió Margarita. ¿Tan contento estaba de verlas? Parecía casi como si hubiera venido corriendo. Los nobles que revoloteaban a su alrededor ya empezaban a susurrarse preguntas entre ellos.

Suffolk se adelantó y tomó a Derry del brazo, sonrojándose todavía más por el esfuerzo y el calor.

—Les estaba justo explicando, maese Brewer, que deberíamos trasladarnos a una estancia privada unos instantes antes de la ceremonia.

—Excelente —respondió Derry. Al pasar un sirviente, cambió su copa vacía por otra y se la bebió también en tres sorbos—. Aquí fuera hace demasiado calor. ¡Ah, lord York! ¡Qué placer veros tan sano y fuerte en un día así!

A los ojos de Margarita, lord York tenía un aspecto que se acercaba mucho más al que ella esperaba de un lord inglés. Era alto y ágil, con un rostro severo y cuadrado y el pelo negro y corto. Sus ojos oscuros brillaban mientras se acercaba, y alrededor de ellos se hizo el silencio, presintiendo una amenaza como el calor que desprendían los dos nobles ingleses. Otra vez, su padre volvió a intercambiar una mirada con el rey Carlos, cuya preocupación crecía por momentos.

—Majestad, lord René, lord Suffolk —empezó York, con una reverencia—. Me alegro mucho de veros aquí, Brewer. Agradecería una oportunidad de proseguir nuestra última conversación más adelante.

—Oh, como queráis, milord. Pero hoy no es día de tratar nuestros turbios asuntos, ¿no os parece? Hoy es día de celebración, con dos grandes culturas unidas en una promesa de juventud.

Con la cara todavía brillante por el sudor, Derry sonreía a todos, claramente encantado por algo. Margarita había seguido la conversación en inglés con dificultad y miraba a uno y otro. Suffolk había hablado con bastante amabilidad y, para su propia sorpresa, le gustó. Lord York no la había ni tan siquiera reconocido.

—Por aquí, señores, damas. Protejámonos del sol en el interior de la catedral.

Derry condujo al pequeño grupo hacia las puertas abiertas, mientras levantaba su copa a un grupo de soldados ingleses jadeantes a su paso. Lo fulminaron con la mirada, siguiendo cada uno de sus pasos con frialdad.

El interior de la iglesia era como una brisa fresca, en contraste con el sol caluroso del exterior. Margarita respiraba profundamente, temiendo desmayarse. Se apoyó en Yolanda mientras aquella extraña y reducida asamblea se volvía y aguardaba a ser iluminada.

Derry se secó la frente con un paño limpio antes de hablar, muy consciente de la atención que se centraba sobre él. Sabía que todos los meses de planificación no servirían de nada si estropeaba este discurso. Levantó la cabeza, mientras guardaba el paño.

—Me temo que ha surgido un pequeño problema, milords. Anoche, el rey Enrique cayó enfermo. No se trata de nada mortal, pero ni siquiera con las purgas podrá recuperarse a tiempo. En contra de su voluntad, ha sido obligado a regresar a Calais, y de allí a Inglaterra. No está en condiciones de asistir a su propia boda y sólo puede mandar sus disculpas más desdichadas a la princesa Margarita y a su padre.

—¿Un *pequeño* problema? —exclamó el rey Carlos con estupefacción. Su inglés era excelente, advirtió Derry, aunque lo bastante espeso para cortarlo—. ¿Tenéis la más remota idea del trabajo que ha costado organizar este día? ¿Ahora me decís que vuestro rey está enfermo? ¡Es una catástrofe!

—Majestad, no todo está perdido —respondió Derry—. Tengo instrucciones concretas del rey Enrique. Está en manos de los hombres resolver este problema.

—¡No tenéis novio! —protestó lord René—. ¿Cómo lo pensáis resolver?

—Éste es precisamente el quid de la cuestión, lord Anjou —puntualizó Derry. Su sonrisa no había flaqueado—. Los reyes no son distintos de los otros hombres, gracias a Dios. Lord Suffolk, aquí presente, tiene el permiso del rey Enrique para intercambiar los votos en su nombre. La boda saldrá adelante de esta forma, con otra ceremonia que se celebrará en Inglaterra en fecha posterior. La tregua y el intercambio de tierras estarán garantizados.

—¿Intercambio de tierras? —exclamó de pronto York.

Derry se volvió hacia él, levantando las cejas, sorprendido.

—Milord York, veo que el rey no os ha contado todas las partes de sus planes, como es su derecho. Tal vez deberíais salir para no oír detalles que no os conciernen.

York rechinó los dientes, con los músculos de su maxilar resaltados por la tensión.

—Me quedaré a escuchar el resto, Brewer. Como comandante de las fuerzas inglesas en Normandía, creo que el asunto me concierne.

Derry dejó que un momento de silencio se prolongara, como si se estuviera planteando ordenar que lo echaran. York se sonrojó todavía más bajo el escrutinio combinado del rey francés y lord Anjou.

—Está bien, lord York. Quedaros, si así lo deseáis, pero os ruego que me permitáis comentar los planes del rey Enrique sin más interrupciones.

Margarita pensó que el flaco lord inglés estaba a punto de explotar de rabia, pero York se contuvo con un esfuerzo manifiesto. Se sintió a la deriva, y las lágrimas le empañaron la visión. ¡Enrique no vendría! Su inglés no era lo bastante bueno para seguir toda la conversación. Cuando empezaba a comprender la calamidad, ellos ya parecían estar sugiriendo algo distinto.

—Disculpadme, señores, Majestad —murmuró mientras Derry hablaba. Nadie pareció oírla—. Perdonad, padre —insistió, pasando al francés mientras sentía que su corazón se partía en dos—. ¿Es que no habrá boda, hoy?

Entonces fue Suffolk quien se volvió hacia Margarita, con la pena y la preocupación reflejadas en el semblante. Habló en francés fluido al dirigirse a ella.

—Mi querida, lo lamento mucho. Es cierto que el rey Enrique no puede estar aquí. Tengo su permiso para intercambiar los votos en su nombre. Estas cosas se pueden hacer y satisfarán a otras partes implicadas en el acuerdo de unión. Estaréis comprometida hoy mismo, al menos, y os casaréis formalmente en Inglaterra. No me gusta ser yo quien os comunique tales noticias, mi querida, pero hemos llegado muy lejos como para perderlo todo ahora. Si me lo permitís, hoy ocuparé el lugar del rey Enrique.

Margarita lo miró, con la boca entreabierta. Sintió que el velo, de pronto, la asfixiaba y se lo apartó de la cara.

—Milord, decidme por vuestro honor si esto es real. ¿Voy a casarme hoy o no?

Suffolk vaciló y Derry respondió por él.

—Se tratará de un intercambio formal de votos, princesa. Sin un novio, no puede decirse propiamente que sea una celebración de matrimonio, pero será suficiente.

—¡Pero veo un anillo en el dedo de lord Suffolk! —dijo Margarita moviendo la cabeza—. ¿Cómo puede estar en una iglesia y hacer los votos solemnes, si ya está casado?

—Los reyes hacen sus propias leyes, princesa. Si Enrique lo quiere así, y si el rey Carlos accede a que así se haga..., en fin, que sea así.

Todas las miradas se volvieron hacia el rey francés, que escuchaba con fascinada confusión.

—Majestad —dijo lord René en voz baja—. Hemos llegado hasta aquí. Esto no es más que un paso.

El rey se rascó la nariz mientras pensaba.

—Tengo ciertos acuerdos sellados con vuestro rey Enrique —afirmó—. Los acuerdos entrarán en vigor tan pronto como la princesa Margarita esté casada. ¿Decís que honraréis este... compromiso como un auténtico matrimonio en estos términos?

—Lo haré —dijeron Suffolk y Derry casi al unísono.

El rey francés se encogió de hombros.

—Pues entonces estoy de acuerdo. —Cambió a un francés rápido para hablar otra vez con Margarita—. Los ingleses son desmañados y torpes, querida, pero si su rey está enfermo, es el designio de Dios, y los hombres simples no podemos más que acatarlos. ¿Aceptaréis estos términos? Esto honraría a vuestro padre.

Margarita hizo una genuflexión.

—Si éste es vuestro deseo, Majestad. —La tensión pareció liberarse del pequeño grupo cuando habló. Lord Suffolk le dio unas palmaditas tímidas en la mano.

—Creo, entonces, que debo ocupar mi lugar en el altar, querida. Veo que el obispo está esperando a que al novio suba al altar. Seguramente creerá que he llevado muy mala vida para parecer tan viejo.

Le sonrió, mirándola, y los ojos de Margarita se llenaron de lágrimas ante su intento de ser amable. Vio como el inglés se entretenía con el aro de oro de su dedo y se lo guardaba cuidadosamente en el bolsillo. Pudo ver una banda blanca en el lugar en el que había estado tantos años.

Antes de que se levantara para tomar su sitio en los bancos de la iglesia, Margarita vio a lord York inclinarse hacia Suffolk. Aunque el flaco caballero sonreía mientras hablaba, fuera lo que fuera lo que le dijo, hizo palidecer a Suffolk en la penumbra.

Yolanda se acercó a limpiar las lágrimas de Margarita antes de que pudieran estropear el kohl en sus pestañas, y luego le volvió a colocar el velo con gesto casi reverencial. Margarita se esforzó por respirar profundamente. Tenía catorce años y se dijo con firmeza que no se marearía ni se desmayaría el día de su boda, o de lo que fuera en que se había convertido el día. Para sus adentros, se prometió mantener unas palabras con su rey inglés cuando por fin lo conociera. Por haberla dejado sola en su propia boda tenía que recompensarla, al menos, con un castillo.

La idea la hizo reír y Yolanda la miró sorprendida. El resto de hombres se habían dispersado por los bancos y la muchedumbre que aguardaba fuera empezó finalmente a entrar, a mirarla nerviosamente y a susurrar preguntas que no podían ser respondidas. Al fondo de la nave, William de la Pole había entrado por la puerta en el coro alto de madera de roble oscura que ocultaba los misterios del altar y del coro a la congregación. A través de esta brecha, Margarita podía ver la ancha espalda del inglés que esperaba a una princesa de Francia. Margarita movió la cabeza, incrédula.

—Qué día tan extraño —le susurró a su hermana—. Descubro que no soy nada más que un adorno, mientras ellos hacen juegos de poder a mi alrededor.

Apretó la mandíbula, evitando mirar a su padre mientras él se colocaba a su lado

y la tomaba del brazo. Yolanda y sus primas ajustaron su paso tras ella y la iglesia se llenó de música cuando tres arpistas empezaron a tocar. Del brazo de su padre, Margarita anduvo lentamente por la nave, con la cabeza bien alta. Pasaron juntos a través del coro alto y la puerta se cerró detrás de ellos. Cuando lord Suffolk miró hacia atrás, sonrió al ver tanto coraje en una mujer tan joven. Ya hubiera sido por suerte o por la bendición de Dios, o tal vez gracias a las puras artimañas de Derry Brewer, Suffolk pensó que el rey Enrique había encontrado a una persona muy especial para convertirse en su esposa.

Las campanas de la catedral de Saint-Gatien sonaron por todo Tours, una melodía alegre que ondeaba más y más en complicados fraseos que no se repetían nunca en el transcurso del repiqueteo.

Derry contempló plácidamente cómo la princesa francesa salía y era escoltada de nuevo hasta su carroza, que la esperaba mientras las campanas y la muchedumbre animada retronaban a su alrededor. Sonreía y sollozaba al mismo tiempo, lo que hizo reír a Derry. Si su propia hija hubiera estado viva, habría tenido más o menos la misma edad. Este pensamiento le provocó una punzada de dolor en el corazón.

El rey francés y sus señores más poderosos salieron a ver partir a la novia hacia el castillo de Saumur, con el monarca ya muy enfrascado en una conversación y rodeado de mensajeros que corrían de un lado para otro hacia el ejército que esperaba a las afueras de la ciudad.

Los pensamientos de Derry quedaron interrumpidos cuando una mano lo golpeó con fuerza en el hombro. En las posadas del este de Londres, la hubiera agarrado y le hubiera partido el meñique, pero en esta ocasión hizo un esfuerzo por resistirse al impulso.

—¿Qué habéis hecho, en nombre del rey, Derry Brewer? —le espetó York con un bufido—. Decidme que no es cierto. Decidme que no acabamos de renunciar a territorios recuperados para los buenos ingleses por Enrique de Monmouth.

—Su hijo, nuestro rey, quería una tregua, lord York, de modo que sí, eso es exactamente lo que hemos hecho —respondió Derry. Retiró la mano de su hombro, apretándole deliberadamente los huesos al hacerlo. York gruñó de dolor, aunque se resistió al impulso de frotarse la mano cuando la recuperó.

—Eso es traición. Os colgarán por ello, junto a ese tonto de Suffolk.

—¿Con el rey a nuestro lado, supongo? Lord York, ¿es posible que no hayáis entendido el acuerdo? Maine y Anjou son el precio por veinte años de tregua. ¿Contradiréis a vuestro propio rey en esto? Es lo que él quería. Nosotros, sus humildes servidores, tan sólo podemos ceder ante la voluntad real.

Para su sorpresa, York retrocedió y le sonrió fríamente.

—Creo que descubriréis que estos juegos tienen consecuencias, Derry Brewer. Sea lo que sea que penséis que habéis conseguido, ahora la noticia ya está en la calle.



A medida que vuestras negociaciones secretas se vayan sabiendo, lo único que el país sabrá es que el rey Enrique ha renunciado a territorios ganados por su padre... y con sangre inglesa, derramada en los campos de batalla. Dirán... Oh, dejaré que os imaginéis lo que dirán. Os deseo suerte, pero quiero que recordéis que os he avisado. —Por un momento, York se rió y movió la cabeza—. ¿Creéis que se irán dócilmente, esos ingleses, sólo porque un lord gordo francés les indica que vuelvan a Normandía? Os habéis pasado de listo, Brewer. Hay hombres que morirán por culpa de ello.

—¿Ahora vendéis lavanda, además de profecías? Lo pregunto porque me gustaría un ramito de lavanda, y aquí no veo ninguna gitana.

Pensó que ahora York perdería la paciencia, pero el hombre se limitó a sonreír una vez más.

—Ahora sé quién sois, Derry Brewer. Mis hombres saben quién sois. Os deseo suerte volviendo a Calais, pero me temo que hoy no os acompaña. Toda vuestra brillante charlatanería no os servirá de nada cuando os atrapemos por el camino.

—¡Qué cosa tan rara de decirme, lord York! Os volveré a ver en Londres o en Calais, estoy seguro. Pero, de momento, el rey francés me ha invitado a acompañarle a una cacería. Me gusta. ¡Habla inglés tan bien!

Derry levantó una mano para llamar la atención del grupo de nobles franceses. Uno de los barones lo vio e hizo ademán de respuesta, llamándolo. Con un último gesto desenfadado de las cejas a beneficio de York, Derry se les acercó a paso tranquilo.

Fuera de la ciudad, el ejército francés empezó a levantar el campamento, preparado para tomar el control de más territorios nuevos obtenidos en una mañana que en los diez años anteriores. El duque René sonreía mientras Derry alcanzaba al grupo. Más de una docena de sus pares se acercaron a su alrededor, dándole palmaditas a la espalda y felicitándole en voz alta. Para sorpresa de Derry, al francés le caían las lágrimas por las pálidas mejillas. Vio la expresión de Derry y se rió.

—Oh, los ingleses, ¡sois demasiado fríos! ¿No entendéis que hoy he recuperado las tierras de mi familia? Son lágrimas de felicidad, monsieur.

—Ah, son las mejores —respondió Derry—. ¿Se estaba hablando de una cacería cuando su Majestad me ha invitado a acompañarle?

La expresión en los ojos del duque René cambió sutilmente con la luz.

—Sospecho que su Majestad el rey Carlos se estaba divirtiendo a vuestra costa, monsieur. No habrá ninguna cacería, ni de jabalís ni de lobos; hoy no. Pero su Majestad acompañará a su ejército en su desplazamiento hacia el norte a través de mis tierras. ¿Quién sabe los ciervos ingleses que encontraremos temblorosos en los campos y viñedos de mi familia?

—Entiendo —exclamó Derry, que sintió que su buen humor se desvanecía—. Sospecho que, finalmente, no os acompañaré, lord Anjou. Si no os importa, me quedaré aquí un tiempo, mientras hago los preparativos para regresar a mi casa.

Observó a Ricardo de York alejándose a grandes zancadas para dar órdenes a los

mil hombres que había llevado al sur. Ellos también podían retirarse a Normandía. El duque no tenía elección. Por un momento, Derry tuvo la desagradable sensación de que York no era el tonto que creía. Había muchos colonos ingleses en Maine y Anjou, eso era cierto. ¿Serían tan bobos como para resistirse? Los acuerdos firmados por el rey Enrique permitían el desplazamiento pacífico de las familias inglesas en las provincias francesas. No obstante, el estado de ánimo de los nobles que lo rodeaban era, desde luego, el de una cacería. Enseñaban los dientes y notaba una excitación febril en el aire que le preocupaba. Derry sentía ácido nervioso en la garganta. Si los ingleses de Maine y Anjou se negaban a irse, podía desencadenarse una guerra. Todo el trabajo que había hecho, todos los meses de intrigas, se echarían a perder. La tregua que había sido tan difícil de obtener no duraría más que la escarcha en verano.

**D**urante tres años, el ejército francés y los soldados de York se siguieron los unos a los otros, avanzando hacia el norte por Anjou. Posteriormente, los hombres del duque Ricardo se adelantaron mucho, en parte porque el rey francés se detenía y mantenía cortes en cada ciudad. La comitiva real hizo un gran viaje por el valle del Loira, acampando cada vez que el rey Carlos veía algo interesante o deseaba ver una ciudad con las reliquias de un santo en particular. Los ríos y viñedos que se extendían a lo largo de muchas millas de territorio le proporcionaban un placer especial.

Cientos de familias de Anjou fueron desahuciadas por los rudos soldados franceses que hacían de avanzadilla del ejército principal. Presas de la conmoción y la desesperación, se echaban a los caminos con carros o a pie, formando una enorme hilera de personas arruinadas que no hacía más que crecer día a día. York retiró a sus tropas hasta la nueva frontera del territorio inglés en Francia, reuniéndolas en las afueras de Normandía a medida que el flujo de evacuados seguía llegando, llenando todos los pueblos y ciudades con su miseria y sus quejas. Algunos de ellos exigían, indignados, justicia al rey Enrique por sus pérdidas, pero la mayoría estaban demasiado atónitos para hacer otra cosa que lloriquear y maldecir.

Los desahucios continuaron y pronto empezaron a circular anécdotas de violaciones y asesinatos que se añadían al caos y la convulsión de las familias que llegaban. A medida que iban transcurriendo las semanas, pequeños terratenientes mandaban cartas furiosas exigiendo que las fuerzas inglesas protegieran a los suyos, pero York las dejaba de lado sin leerlas. Incluso si los desahucios no eran por orden de un decreto de un monarca inglés, quería que se fueran a casa con sus historias de humillación. Eso avivaría las iras en Inglaterra, desatando un incendio que seguramente consumiría a Derry Brewer y a lord Suffolk. No sabía si la agitación llegaría tan lejos que alcanzase al propio rey, pero la habían provocado entre ellos y merecían ser ridiculizados y envilecidos por lo que habían hecho.

Cada anochecer, York iba a la torre de la iglesia de Jublains y miraba hacia el sur por encima de los campos. A medida que el sol se iba poniendo, podía ver a cientos de hombres, mujeres y niños ingleses avanzando a trompicones hacia la frontera segura, cada uno de ellos cargando con su propia historia de crueldad y violencia. Tan sólo deseaba que Derry Brewer o Suffolk, o incluso el propio rey Enrique, pudieran ver lo que habían provocado.

Oyó pasos en las escaleras de piedra mientras admiraba la puesta de sol cuarenta y tres días después de la boda. York se volvió sorprendido al ver aparecer a su esposa.

—¿Qué ocurre? Deberías estar descansando, no trepando por unas frías escaleras. ¿Dónde está Percival? Me va a oír por esto.

—Paz, Ricardo —respondió Cecilia jadeando ligeramente—. Soy consciente de mis fuerzas y he mandado a Percival a buscarme un zumo recién exprimido. Sólo

quería ver la vista que te retiene aquí arriba cada anochecer.

York le señaló la ventana abierta. En otras circunstancias, podría haber percibido el brillo dorado y rosado de un anochecer francés, pero, en las circunstancias presentes, no se daba cuenta de su belleza.

Cecilia se apoyó en el ancho alféizar después de esquivar la gran campana de bronce.

—Ah, ya veo —dijo—. Esta pequeña gente. ¿Son los ingleses que mencionaste?

—Sí, todos desplazándose al norte, a Normandía, con sus penas y sus pequeñas furias, como si yo no tuviera ya problemas suficientes. No vengo a observarlos. Vengo porque estoy esperando ver al ejército francés avanzando hasta aquí antes de que acabe el año.

—¿Se detendrán aquí? —preguntó Cecilia, abriendo más los ojos.

—¡Pues claro que se detendrán! Les gusta más desahuciar a familias que a los arqueros ingleses. Los haremos volver sobre sus pasos y retroceder de nuevo hacia el sur si ponen un solo pie en tierra inglesa.

Su esposa se relajó visiblemente.

—La esposa de lord Derby dijo que es todo un lío terrible. Su esposo cree que debemos romper cualquier acuerdo que hayamos firmado y empezar de nuevo. Dice que el rey no debía de estar en sus cabales...

—Silencio, querida. Sea cual sea la verdad, no tenemos más remedio que defender la nueva frontera. Dentro de un año o dos, tal vez me den la oportunidad de recuperarlo en una batalla. Ya habíamos perdido Maine y Anjou en el pasado, bajo el reinado de Juan. ¿Quién sabe lo que nos depara el futuro?

—Pero ¿hay una tregua? Lord Derby dice que habrá veinte años de paz.

—Lord Derby tiene mucho que contarle a su esposa, por lo que veo. —La torre era uno de los sitios más privados que se podían encontrar en Francia, pero aun así, York se acercó más a su esposa y acarició su vientre donde crecía su futuro hijo.

—Hay un ambiente feo entre los hombres, querida. Tengo noticias de disturbios y eso no ha hecho más que empezar. Preferiría saber que estás segura en casa. El rey Enrique ha perdido la confianza de sus señores. Esto no acabará bien cuando un número importante de ellos sepan que su mano está detrás de esto... y el nombre de Suffolk en el tratado. Juro que haré que juzguen a William de la Pole por traición. ¡Por Dios, pensar que sólo me separa del trono la distancia de un hermano! Si mi abuelo Edmundo hubiera nacido antes que Juan de Gante, ahora estaría llevando la corona que con tan poca fortuna ciñe la cabeza de Enrique. Te aseguro, querida, que si yo fuera el rey, no devolvería ni un palmo de territorio a los franceses, ¡no hasta que dejara de tocar la última trompeta! Ésta es nuestra tierra y tengo que contemplar cómo renunciamos a ella por culpa de una pandilla de tontos e intrigantes. ¡Por el amor de Dios! El rey Enrique es un simplón. Lo sé desde que era un niño. Ha pasado demasiado tiempo entre monjes y cardenales, y no el suficiente empuñando la espada como su padre. Lo han desgraciado. Desgraciaron al hijo de mi rey con sus plegarias

y su poesía.

—Pues déjalos caer —dijo Cecilia, mientras le ponía una mano en el pecho y sentía los fuertes latidos de su corazón—. Déjalos que siembren vientos, mientras tú reúnes fuerzas. Quién sabe, tal vez con el tiempo la corona se encuentre a tu alcance. Si Enrique es tan débil como dices...

Empalideciendo, York tapó la boca de su esposa con fuerza.

—Ni siquiera aquí, querida. Ni en voz alta, ni en voz baja. No hace falta decirlo, ¿lo entiendes?

Ella tenía los ojos brillantes cuando él retiró la mano de su rostro. Los últimos rayos de sol se reflejaban en la torre, mientras el cielo entero se oscurecía en un tono burdeos y violeta.

—Querida, suceda lo que suceda el año que viene, primero debe acabar el verano. Mientras el rey Enrique reza, buenos ríos y valles son recuperados por estos malditos mercenarios franceses... Lo siento, querida. Me muero de rabia sólo de pensarlo.

—Está olvidado, pero no educarás a nuestro hijo en estos términos, espero.

—Nunca. Sois fértil como un viñedo, mi buena novia de Neville —le dijo, acercándose y tocándole el vientre para dar buena suerte—. ¿Cómo está el clan Neville?

Se rió con un ligero tintineo.

—Mi sobrino Richard es quien está mejor, o eso he oído. Se casó con la muchacha de Beauchamp, ¿recuerdas? Una pequeña gruñona, pero parece que lo tiene muy consentido. Su hermano es el conde de Warwick y me dicen que, aunque los médicos no dejan de sangrarle, su deterioro avanza cada vez más rápido.

—¿El que no tiene hijos? Lo conozco. Espero que tu sobrino siga visitándonos, Cecilia. ¿Qué edad tiene ahora, dieciocho, diecinueve? ¡La mitad que yo y ya es conde!

—Oh, él te adora, ya lo sabes. Aunque herede el condado, seguirá acudiendo a ti para que lo asesores. Mi padre siempre decía que Richard era el más listo de toda la familia.

—Estoy seguro de que se refería a mí —dijo su marido sonriendo.

Ella le dio unos golpecitos en el brazo.

—No se refería en absoluto a ti. El hijo de mi hermano es quien tiene más luces.

El duque miró por la ventana. Con treinta y cuatro años estaba fuerte y sano, pero sintió de nuevo la desesperación creciente ante la idea del ejército francés avanzando a lo lejos.

—Tal vez tengas razón, querida. Este Richard apenas es capaz de pensar más allá de mañana, al menos de momento.

—Los vencerás a todos, estoy segura. Si te conozco un poco bien, sé que no pierdes con facilidad... y que no tiras la toalla. Ésta también es una característica de los Neville. Nuestros hijos serán el terror, estoy segura.

Él le puso una mano en la mejilla y la acarició con afecto. Fuera, la noche llegaba

con tonos grises y violeta. Él se le acercó para envolverla mejor con su capa.

—Bajaré contigo —dijo—. No quiero que te caigas por estas escaleras.

—Gracias, Ricardo. Tú siempre me haces sentir segura.

Margarita aguardaba en el patio principal del castillo de Saumur, contemplando cómo el hombre que se había declarado su protector enseñaba a sus hermanos un par de cosas sobre la manipulación de la espada. Su padre estaba ausente, supervisando el retorno de Anjou, ocupado en los mil y un detalles de rentas y fincas que había obtenido mediante el matrimonio de su hija.

Cuando ella regresó a Saumur aquel primer día, al principio le pareció como si en realidad nada hubiera cambiado. No era una reina propiamente dicha después de aquella extraña ceremonia, e Inglaterra parecía tan lejos como lo había estado siempre.

Contempló a Suffolk corrigiendo al pequeño Luis cuando daba un golpe demasiado arqueado.

—¡En guardia, chico! ¿Dónde está tu vigilancia? —exclamó Suffolk, con una voz que retronaba por las paredes.

Margarita sintió un estremecimiento de afecto por ese lord inglés grandote. Su padre había regresado fugazmente a Saumur después de una semana cabalgando junto al rey. Al ver a sus hijas, les dijo bruscamente que fueran a buscar a su madre, repartiendo órdenes con su autoridad de siempre. El momento en el que Suffolk dio un paso al frente y se aclaró la garganta se convirtió en uno de los recuerdos más preciados de su joven existencia.

—Milord Anjou —había dicho Suffolk—. Debo recordaros que la reina Margarita ya no está a vuestras órdenes. Como representante de su esposo y defensor, debo insistir en que sea tratada con la dignidad que merece su rango.

René de Anjou se había quedado embobado ante el caballero inglés que se interponía con tanta solidez entre él y su hija en su propio patio. Había abierto la boca para responder, pero luego había recapacitado, mirando a su alrededor hasta que su mirada se posó en la desafortunada Yolanda.

—Ve a buscar a tu madre, muchacha. Estoy cansado y hambriento y no estoy de humor para estos juegos ingleses.

Yolanda se había apresurado, sujetándose las faldas. El rostro de su padre se había sonrojado, y su labio inferior sobresalía cual mastín ofendido mientras entraba en su casa. El duque René volvió a marcharse tres días más tarde y durante todo ese tiempo no le dirigió ni una palabra más ni a ella ni a su caballero inglés.

Margarita se ruborizó al recordarlo. Ver a la babosa de su padre forzado a retroceder había sido un momento de pura alegría. No tenía duda de la voluntad de Suffolk a la hora de defender su honor. El hombre se tomaba su deber como protector muy en serio, y ella sospechaba que el entrenamiento con la espada de sus hermanos

tenía un objetivo parecido.

Levantó la vista hacia el choque de espadas. Sus tres hermanos eran todos más rápidos que el conde inglés, pero él era un luchador más veterano, un hombre que había sufrido heridas en Harfleur y había sido comandante en el sitio de Orleans. Sabía más de lucha que Juan, Nicolás o Luis, y de hecho se había enfrentado a los tres a la vez para demostrar cómo la armadura es capaz de proteger a un hombre durante una *mêlée*. Sin embargo, ya no era joven y Margarita lo oía jadear mientras bloqueaba y golpeaba el escudo de Luis.

La espada que llevaba era enorme, a ojos de Margarita, más de un metro de acero sólido que él sujetaba con las dos manos. El arma se veía torpe, pero Suffolk le daba vida, moviéndola con piruetas complicadas como si no pesara nada. Con la espada, cualquier rastro del lord amable se desvanecía. Se volvía simplemente aterrador. Margarita observaba fascinada cómo Suffolk obligaba a Luis a defender golpe tras golpe hasta que el arma de su hermano cayó de sus dedos sin nervios.

—¡Ja! Trabaja tu empuñadura, muchacho —exclamó Suffolk.

Llevaban túnicas gruesas acolchadas y mallas bajo trozos ligeros de armadura para practicar. Mientras Luis se masajeaba los dedos entumecidos, Suffolk se quitó el casco y descubrió un rostro enrojecido, empapado de sudor.

—No hay mejor manera de reforzar el brazo de la espada que usar el arma —le dijo Suffolk a su agotado hermano—. Tienes que sentirla ligera, puesto que la velocidad es resultado de la fuerza. En algunas batallas, el golpe ganador llega si puedes romper el agarre a dos manos en un momento crucial. Juan, acércate a mí para enseñárselo a tu hermano.

Su hermano Juan estaba fresco y tenía una actitud segura cuando ocupó su puesto, sosteniendo la hoja hacia arriba mientras esperaba que Suffolk volviera a colocarse el casco de entrenamiento. Era un objeto pesado por sí solo, hecho de hierro con un denso forro de crin. El luchador tenía que respirar por una rejilla perforada, mientras que su campo de visión se reducía a una franja estrecha recortada en cobre pulido. Ya muy acalorado, Suffolk miró con disgusto el forro impregnado de sudor. Lo posó con cuidado en los adoquines que tenía detrás.

—Gira el pie derecho un poco más —le dijo a Juan—. Has de mantenerte equilibrado en cada paso, con los pies bien firmes. Eso es. Pie derecho preparado para embestir. ¿Listo?

—Listo, milord —respondió Juan.

Él y Suffolk habían luchado ya mil veces, con el inglés llevándose los honores. No obstante, Juan estaba mejorando y con diecisiete años ya había adquirido una gran velocidad, aunque le faltara la fuerza que se obtiene con décadas de manejo de la espada.

Juan atacó con rapidez y Suffolk alejó la espada de un golpe, riéndose. Las hojas chocaron un par de veces más y Margarita vio cómo Suffolk estaba siempre en movimiento, nunca con los pies quietos. Juan tenía la tendencia a aferrarse al suelo y

a abrirse camino a golpes, lo que significaba que Suffolk podía incrementar la brecha entre ellos y desequilibrarlo.

—¡Ahí! ¡Aguanta! —gritó de pronto Suffolk.

La espada de Juan se movió trazando un arco a la altura de la cabeza y Suffolk la inmovilizó con la hoja levantada. Por un instante, Juan quedó expuesto a la altura del pecho. Su hermano se quedó paralizado al oír la orden.

—¿Lo ves, Luis? Está abierto. Si tengo la fuerza suficiente para detener su golpe en una mano, puedo cambiar de empuñadura y atacar con la izquierda. Un simple golpe bastará. —Lo demostró tocando el casco de Juan con el puño de malla—. Eso le refrescará la memoria ¿eh? Y todavía mejor es una daga de mano, sujetándolo por el puño con la hoja entre los nudillos. Una daga de mano le romperá el cuello, si empleas la fuerza suficiente. —Para inquietud de Juan, Suffolk le mostró a Luis otro golpe a la garganta descubierta—. O incluso a la abertura de los ojos del casco, aunque es difícil de acertar si se está moviendo. Todo está en la fuerza de tu brazo, y debes prever que él te puede hacer lo mismo. Vamos, Juan, te enseñaré algunos movimientos de defensa contra estos golpes.

Suffolk había retrocedido mientras hablaba y advirtió que los observaba. Dio un paso hacia ella y se apoyó sobre una rodilla con la espada frente a él como si fuera una cruz. Margarita se sintió sonrojar todavía más mientras sus hermanos contemplaban aquel gesto, pero no pudo evitar la sensación de orgullo de que aquel hombre tan corpulento estuviera a sus órdenes.

—Milady, no os había visto —dijo Suffolk—. Espero no haber estado descuidando mis obligaciones. Quería enseñarles a vuestros hermanos algunas de las nuevas técnicas que se han popularizado en Inglaterra.

—Estoy convencida de que han aprendido mucho, lord Suffolk.

—Llamadme William, por favor, milady. Soy vuestro servidor.

Margarita por un momento consideró la satisfacción que sentiría si ordenara a William que metiera a su hermano Juan en una caldera de la cocina del castillo. No dudaba de que lo haría. Pero, lamentándolo mucho, se denegó este placer. Ahora era una mujer casada, o medio casada, o, al menos, comprometida.

—Mi madre me ha pedido que os diga que un amigo vuestro ha llegado de Inglaterra. Un tal Monsieur Brewer.

—Ah, sí. Me preguntaba cuándo aparecería. Gracias, milady. Con vuestro permiso, me retiraré.

Margarita permitió que Suffolk le besara la mano. Él entró en el castillo y la dejó a solas con sus tres hermanos.

—¿No hay caza hoy, Juan? —le preguntó Margarita cariñosamente—. ¿No vas a perseguir a tu hermana? Imagino que lord Suffolk usaría su espada contra ti si se lo pidiera; ¿qué crees?

—Es un lord inglés, Margarita. No confíes demasiado en él —dijo Juan—. Nuestro padre dice que todos son víboras. Dice que la serpiente del Jardín del Edén



seguramente debía de hablar inglés.

—¡Puf! ¿Nuestro padre? Está tan consumido por la avaricia que me sorprende que diga algo.

—¡No le insultes, Margarita! No tienes derecho. Sigues siendo mi hermana y una integrante de esta casa, y por Dios...

—No, no lo soy, Juan. Ahora soy Margarita de Inglaterra. ¿Debo volver a llamar a William para que me defienda?

Juan bajó la mirada con rabia, pero no podía permitir que su hermana volviera a llamar a su protector.

—Tu matrimonio ha permitido recuperar Anjou y Maine para la familia. Eso es lo único que importa... y ésta ha sido tu única función. Más allá de esto, puedes hacer lo que te plazca.

Juan giró sobre sí mismo y se alejó a grandes zancadas de su hermana. Nicolás le siguió y el pequeño Luis se quedó solo un momento más, e intercambió una mueca y una sonrisa con ella por las pomposas maneras de sus hermanos. Margarita se quedó sola. Mientras se volvía a mirar el patio vacío, sintió el placer de la victoria.

A Suffolk le divirtió encontrarse en la gran sala del castillo de Saumur. Desde la boda, los sirvientes andaban un poco despistados respecto de cómo tratarle. Inglaterra era un enemigo declarado, pero ahora las familias habían sido unidas en matrimonio. Asimilar la realidad de la tregua entre naciones llevaría un tiempo, pensó. Por el momento, sólo un pequeño grupo de señores a ambos lados del Canal estaban al tanto de los detalles.

Suffolk reprimió un bufido de diversión cuando el camarero le hizo una reverencia con la más absoluta reticencia en la puerta. Tal vez la categoría de un lord inglés ya había aumentado un poco, al menos en Saumur.

Derry se levantó de una butaca acolchada y tapizada para saludarle.

—Parece que os habéis convertido en parte de la familia, William. Supongo que os habéis casado con una de las hijas, o sea que es simplemente justo.

Suffolk sonrió ante la ocurrencia, levantando la vista instintivamente para ver si los niños estaban escuchando desde el balcón de arriba. No vio a nadie, pero supuso que al menos Margarita era bastante capaz de espiar una conversación que casi seguro le afectaba a ella. ¿Había una sombra moviéndose en la penumbra?

Derry le siguió la mirada.

—Qué extraña construcción. ¿Es una galería para juglares?

—No tengo ni idea. Así pues, Derry, ¿qué os trae a Saumur?

—¿No me dais la bienvenida? ¿No me preguntáis por mi salud? El mío es un trabajo solitario, William Pole, os lo aseguro. Nadie se alegra nunca de verme. Venid, sentaos a mi lado junto a la chimenea. Me pone nervioso veros aquí de pie con las defensas puestas, como si estuvierais a punto de salir hacia una batalla.

Suffolk se encogió de hombros, pero se sentó en el brazo de una enorme butaca desde donde podía sentir el calor del hogar cosquilleándole la piel. Después de pensarlo un momento, levantó de golpe la cabeza hacia la galería.

—Tal vez no estemos totalmente en privado aquí, Derry —murmuró.

—Ah, ya veo. Muy bien, pues usaré mi célebre sutilidad y arte. ¿Estáis listo?

Derry se inclinó hacia delante.

—El sapo mayor, el sapo real, si me entendéis, está preparando un auténtico banquete en Anjou.

—Derry, por el amor de Dios. No habéis venido aquí a jugar.

—Está bien, lord Suffolk, si no os gustan los códigos, hablaré claramente. El rey Carlos se está tomando su tiempo en Anjou. Hay historias muy ruines que vienen de Inglaterra, pero, en su mayor parte, está cumpliendo la ley y nuestros acuerdos respecto a los desahucios. Lo único que lo está haciendo demorarse es la repartición de las riquezas entre sus favoritos. El viejo René tal vez vuelva a ser el amo de la provincia, pero los negocios pueden ser transmitidos a cualquiera a quien el rey Carlos desee favorecer. Parece que se divierte enviando a los mercaderes ingleses de vuelta a casa. Media docena ya ha solicitado al canciller de Enrique la intervención del rey. Una docena más están llamando a los soldados para que defiendan sus propiedades, pero lord York está bien quietecito y tranquilo en Normandía y no está moviendo ni un dedo para ayudarlos.

—Si es como vos esperáis, ¿por qué venir aquí? —dijo Suffolk frunciendo el ceño.

Por vez primera, Derry pareció sentirse incómodo. Desconfiando del balcón, se le acercó un poco más y bajó la voz hasta un murmullo que resultaba casi imperceptible con el crepitar del fuego.

—Uno de mis hombres me ha mandado una advertencia respecto de Maine. Con todos los viajes de su rey de regreso a la corte, las fuerzas francesas están moviéndose con tanta lentitud que tal vez ni siquiera lleguen hasta el año que viene. Sea como sea, se dice que Maine no se resignará a su suerte. Al estar tan cerca de Normandía, hay muchos viejos veteranos de guerra que viven su retiro en Maine. Tienen arrendatarios y campesinos a cientos y no son el tipo de hombres que se doblegan por el mero hecho de que un lord francés les ponga un tratado delante.

—De modo que el rey Enrique ha de ordenar a York que haga el trabajo con un ejército inglés —replicó Suffolk—. Ya hemos recorrido mucho trecho de este camino como para ahora retroceder.

—Ya había pensado en eso, William, puesto que me queda todavía una pizca de sensatez en esta vieja cabeza. York no está atendiendo ni a cartas ni a órdenes. Le he mandado órdenes bajo el sello del rey y es como lanzarlas a un pozo. Está dejando que este asunto siga su curso mientras él mantiene las manos limpias. Es una actitud astuta, eso se lo concedo. Tengo planes para el duque Ricardo, no os preocupéis, pero no resuelven el problema de Maine. Si estalla una batalla, vuestra nueva esposa

francesa será tomada como rehén, y eso es algo que no podemos permitir.

Suffolk reflexionó un buen rato, contemplando las llamas.

—La queréis en Inglaterra.

—La quiero en Inglaterra, sí. La quiero debidamente casada con Enrique antes de que se vaya todo al garete. En su momento, puedo mandar a otro hombre a hacerse cargo del ejército de Normandía, tal vez a lord Somerset, o tal vez incluso a vos, William. Si el rey manda a York a algún otro lugar, algún destino como Irlanda, supongamos, tendrá que ir. Nos ocuparemos de los desahucios en Maine el año que viene sin que ningún lord inglés acabe con la nariz torcida. Organizaré la boda en Inglaterra, no os preocupéis, pero para hacerlo necesito a la novia. No podemos permitir que conserven una pieza tan valiosa como Margarita mientras continúen los desahucios.

—La hermana mayor va a casarse dentro de un mes. Margarita querrá estar aquí para esa ceremonia, estoy seguro. ¿La dejarán marcharse?

—Tendrán que hacerlo —respondió Derry—. Al fin y al cabo, ya está casada. Ahora ya es tan sólo un asunto de etiqueta, y eso a ellos les encanta. Enrique mandará a una guardia de honor y una flota de barcos para llevar a su novia francesa a casa. Lo convertiremos en una celebración. Sólo tiene que ocurrir antes de que hagan el receso de invierno. —Por un momento, Derry se frotó las sienes y Suffolk se dio cuenta de lo agotado que estaba—. Soy yo el único que está pensando en todo, William, eso es todo. Puede ser que el rey Enrique mande a York a Irlanda y que vos seáis el que mande nuestro ejército al Maine para que los desahucios se desarrollen sin disturbios. Puede que no haya absolutamente ningún problema y que todos mis informes estén equivocados. Pero sería un ingenuo si no me preparara para lo peor.

—¿Todos vuestros informes? —dijo William de pronto, recuperando su tono normal de voz—. Creía que habíais dicho uno de vuestros hombres. ¿Cuántos informes habéis recibido sobre Maine?

—De momento, ocho —admitió Derry, sujetándose el puente de la nariz y frotándose el rostro para aliviar la fatiga—. No necesito ver el fuego para saber que en mi casa hay un incendio, William Pole. Podré hacer los equilibrios necesarios, creo, siempre y cuando enviéis a vuestra princesita a Inglaterra.

—¿De cuánto tiempo dispongo? —preguntó Suffolk.

Derry hizo un gesto impreciso con la mano.

—Tanto como cinco meses, tan poco como tres. Id a la boda de la hermana, bebed vino y sonreíd a los franceses..., pero estad preparado para actuar después de eso, en el momento en el que os envíe la orden. En realidad, todo depende de lo rápido que los franceses avancen hacia el norte... y de a cuántos de los nuestros podamos convencer para que abandonen los hogares y las tierras que adquirieron de buena fe en ese tiempo.

—Así lo haré, Derry. No debéis preocuparos por ello.

—Me preocuparé igualmente, si no os importa, William Pole. Siempre lo hago.

**E**l camino se encaramaba por una suave pendiente que culminaba en una arboleda de robles nudosos. Desde su escondite de furtivo, a media altura de una colina cercana entre la maleza, Thomas Woodchurch podía ver el lugar en que los árboles proyectaban su sombra sobre las piedras grises que corrían entre ellos. Era el lugar ideal para una emboscada, el resultado de indicarles a los hoscos soldados ingleses que cortaran pasto y colocaran piedras verticales de un pueblo al otro. Los senderos locales se habían formado de manera natural, con el paso de los siglos. Serpenteaban por entre los obstáculos, rodeando viejas colinas y robles antiguos. No así los ingleses. Como habían hecho los romanos antes que ellos, esos equipos olvidados de trabajadores habían cortado sus rutas en línea recta y habían talado o quemado cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino.

Thomas se agachó un poco más, consciente de que resultaba prácticamente invisible en la ladera con su chaqueta de lana marrón oscuro y sus pantalones de cazador, al tiempo que disponía de una buena vista del valle de varias millas a la redonda. La cima del camino bien podría estar vacía, pero aquella mañana había detectado huellas recientes de pezuñas junto a una puerta y las había seguido durante la mitad del día. Las marcas de herraduras sugerían que los jinetes no eran locales, pocos de los cuales disponían siquiera de un pequeño poni.

Thomas tenía sus sospechas sobre el grupo que estaba cruzando por su territorio. También llevaba un arco largo a su lado, envuelto en cuero engrasado. No tenía ni idea de si los hombres del barón sabían que había sido soldado antes de convertirse en comerciante de lana. En cualquier caso, si se aparecían, alguien iba a morir. Al pensar en ello, dejó caer la mano a lo largo de su arco y le dio unas palmaditas. Desde una edad temprana le habían dicho que en el mundo hay sólo tres tipos de persona. Están los que luchan, los propios condes y sus caballeros y ejércitos. Están los que rezan, un grupo al que Thomas no conocía muy bien, pero que parecía estar compuesto por los hermanos pequeños de casas poderosas. Y, finalmente, estaban los que trabajaban. Al pensarlo, sonrió. Él ya había pertenecido a dos de las tres categorías de hombres. Había luchado y había trabajado. Si descubría a una docena de jinetes viniendo a atacar sus rebaños, tal vez se sorprendiera intentando también una plegaria desesperada, para completar el conjunto de categorías.

Thomas, totalmente inmóvil entre la maleza, estaba atento a cualquier movimiento. Cuando lo detectaba, no volvía la cabeza bruscamente. Ese tipo de brusquedad podía costarle la vida a un hombre. Cuando algo se movió a su derecha, volvió la mirada suavemente hacia aquel punto. El corazón se le encogió y sus ojos volvieron a fijarse, parpadeando, en la cima de la colina y en el pasaje oscuro entre los robles, que a su entender había adquirido un aspecto ominoso.

Su hijo Rowan iba a pie, al trotecillo, volviendo la cabeza a un lado y a otro mientras buscaba a su padre. El hombre en cuestión gemía suavemente para sus

adentros, al ver que su chico estaba siguiendo a ciegas el camino hacia el bosquecillo.

Thomas se levantó bruscamente, levantando el arco enfundado por encima de su cabeza para hacerse ver. Desde más abajo, Rowan lo advirtió y, aun a esta distancia, Thomas pudo verlo sonreír y cambiar de dirección para dirigirse colina arriba.

Thomas vio sombras que se movían por la arboleda. El estómago se le encogió de miedo cuando un jinete salió de pronto de la penumbra. Le siguieron dos más y Thomas dedicó un momento pavoroso a tratar de medir las distancias.

—¡Corre! —le gritó a su hijo, señalando hacia la cima de la colina.

Para su horror, el chico se detuvo y miró a los jinetes que bajaban disparados desde los árboles. Empuñaban sus espadas, advirtió Thomas, que sostenían bajas y rectas por encima de las orejas de sus caballos y apuntando a su hijo. Para su alivio, Rowan echó a correr a toda velocidad, de manera que parecía casi volar por encima del duro terreno. Thomas se encontró respirando con fuerza. El chico, al menos, sabía correr. Rowan había crecido medio salvaje en la finca, y había pasado más tiempo en las colinas incluso que su padre.

—Jesús, protégelo —susurró Thomas.

Mientras hablaba, sacó suavemente el tejo de duramen y albura de su envoltorio de cuero y colocó flechas de cuerno de vaca en cada punta. Estos movimientos eran instintivos, y mientras trabajaba observaba a Rowan subir por la empinada colina y a los jinetes acelerar a galope tendido.

Seis jinetes habían salido de la zona arbolada. Thomas conocía a todos los soldados del barón y probablemente habría podido llamar a cada uno por su nombre. Silenciosamente concentrado, ajustó la cuerda y comprobó la tensión, luego desenrolló el tubo de cuero blando, revelando un interior lleno de varas. Había fabricado cada una de ellas con sus propias manos por las noches, en casa, cortando las plumas antes de pegarlas y atarlas. Las puntas provenían de su propia herrería en la aldea, afiladas como cuchillas y con el espino de hierro que las hacía imposibles de arrancar de la carne sin destripar a un hombre.

Por debajo de él, los jinetes aflojaron el paso para acortar por la maleza. Habían visto al hombre solitario de pie en la ladera, pero confiaban en sus fuerzas y en sus defensas y se concentraban sólo en el muchacho que trepaba. Thomas enseñó los dientes, dibujando una expresión poco agradable. Había disparado flechas durante dos horas o más cada domingo al salir de la iglesia desde que tenía siete años. Su equipo de fútbol local había sido prohibido para que los chicos de la aldea no descuidaran su entrenamiento con el arco y las flechas. Los hombros de Thomas eran una masa de musculatura trabajada, y si los hombres del barón querían pensar en él como en un comerciante de lanas, a él le parecía bien. Primero había sido un arquero inglés. Dejó caer el largo tirante por el hombro, de modo que el arma quedara baja, casi al nivel de su rodilla. Las flechas le quedaron apoyadas a un lado, de modo que podía acceder a ellas con un pequeño movimiento. Dos hilos de colores distintos le indicaban qué tipo sacar. Tenía las de cabeza ancha para cazar ciervos, pero la mitad

de su reserva eran flechas de punzón, con puntas de lateral cuadrado largas como su pulgar. Thomas sabía perfectamente lo que podían hacer impulsadas por la potencia de un arco de madera de tejo. Eligió una flecha de punzón y la colocó en el arco.

—Terreno en bajada —susurró para sus adentros—. Viento racheado del este.

El trayecto era tan natural que no precisó mirar por el asta. En lugar de ello, miró a sus objetivos, los jinetes que avanzaban colina arriba e intentaban atrapar a su hijo.

La primera flecha pasó por encima de la cabeza de Rowan, rauda por el aire. Se hundió limpiamente en el pecho del primero de los jinetes mientras Thomas ya tenía otra flecha en el arco. Cuando era mucho más joven, había formado en filas de arqueros y disparado miles de flechas contra una avanzadilla francesa hasta hacerla caer. Hoy estaba solo, pero su cuerpo tenía memoria. Disparó una flecha tras otra con precisión despiadada, impulsándolas al aire.

Los jinetes que seguían podían haber pensado que el hombre se había simplemente caído al tropezar su montura, Thomas lo ignoraba. Siguieron avanzando. Rowan decidió finalmente con buen tino salir del camino de un bandazo y Thomas dejó que los jinetes se le acercaran. Su siguiente disparo se clavó en el cuello de un caballo, haciéndolo encabritarse y gemir de dolor.

Podía oír los jadeos de Rowan cuando alcanzó a su padre, plantado con las manos en las rodillas, observando llegar a los jinetes. El joven tenía los ojos abiertos de par en par. Había visto antes a Thomas cazando ciervos, pero éstos habían sido flechazos medidos en la quietud de una cacería. No había visto nunca a su padre disparando flecha tras flecha, como si el ataque masivo no fuera nada nuevo para él.

Las puntas se hundían en los hombres produciendo un sonido parecido a los golpes que se dan a una alfombra gruesa. Dos de ellos habían caído. Los jinetes se asfixiaban y gritaban, y Thomas empezó a respirar con fuerza al sentir su vieja quemadura en la espalda. Habían transcurrido unos cuantos años desde la última vez que disparó con rabia, pero todavía conservaba el pulso. Cargó el arma y disparó en unos segundos, implacable y sin piedad. Cuatro jinetes ya habían caído, y dos de los caballos se tambaleaban desenfrenados tras perder a sus jinetes. Los dos hombres que quedaban se dieron cuenta de la locura que representaba seguir y gritaban con pánico a los que morían en el suelo.

De pronto, Thomas echó a correr. Veinte pasos veloces lo llevaron a una zanja desde la que no podía fallar. Sus dedos encontraron tres flechas todavía en la funda. Una ojeada a los sacos le informó que le quedaban todavía dos punzones y una flecha de cabeza alta. Disparó dos y aguantó el punzón final listo contra la cuerda.

Los seis hombres del barón habían sido descabalgados. Cuatro de ellos yacían inmóviles y sin parpadear, con flechas rígidas que sobresalían de sus pechos. Los dos últimos gemían en agonía e intentaban levantarse. Thomas había disparado un total de once flechas de pluma de ganso. Sintió una punzada de orgullo al mirar el revoltillo de hombres y armaduras que había creado, incluso cuando empezaba a pensar en las consecuencias.

—No mires más, Rowan —gritó por encima de su hombro—. Eso se pone feo. Se volvió para asegurarse de que su hijo miraba más allá del valle.

—Mantén los ojos en las colinas, muchacho, ¿de acuerdo?

Rowan asintió, aunque volvió a mirar tan pronto como su padre se acercó a los hombres. Con dieciséis años, Rowan estaba fascinado por la potencia que había visto. Por primera vez, entendió por qué su padre le había hecho practicar hasta tener los dedos morados y los músculos de la espalda como tiras de cuerda recalentada. Rowan se estremeció al ver como su padre sacaba un enorme cuchillo de destripar y se acercaba cansinamente a los dos que seguían todavía con vida. Los dos habían sido víctimas de flechas de cabeza ancha. Uno se había quitado el casco para enseñar una barba cobriza que tenía empapada de sangre que brotaba de su boca.

—Te van a colgar por esto —logró resoplar el hombre.

Thomas lo miró con furia.

—Estás en mis tierras, Edwin Bennett. Y éste al que ibais a cazar como a un ciervo es mi hijo.

El hombre intentó responderle, pero Thomas se agachó y lo agarró por el pelo largo y grasiento. Ignoró la mano enfundada en malla que se aferraba a él y degolló al hombre, para después apartar su cuerpo antes de dirigirse al último que quedaba.

De todos ellos, el último jinete era el menos herido. Tenía una de las flechas de Thomas sobresaliendo orgullosa de su armadura, pero alta, atravesando un punto que le hería el hombro derecho.

—¡Tregua, Woodchurch! Tened piedad, hombre. ¡Tregua!

—No tendrás tregua —dijo Thomas gravemente mientras se le acercaba.

El hombre se levantó tambaleándose y levantó una daga con la mano izquierda, dibujando bucles en el aire mientras trataba de zafarse.

Thomas le fue a la caza, siguiéndolo de cerca mientras el hombre caía y volvía a levantarse, tratando de poner distancia entre los dos. Le salía sangre de la armadura a la altura de la cintura, y tenía la cara pálida y desesperada. El miedo le dotó de velocidad y Thomas desconfió. Juró en voz baja y sacó la última flecha. El hombre se dio cuenta y se volvió para echarse a correr.

La flecha lo hirió en el brazo que se agitaba, con la punta penetrando por entre los segmentos de malla como si, al ser disparada de tan cerca, se tratara de un tejido de suave lana. El hombre cayó al suelo y Thomas lo observó hasta que quedó inmóvil.

Oyó el crujido del sotobosque detrás de él cuando su hijo se acercó a su lado.

—¿Qué haréis ahora? —preguntó Rowan.

Durante toda su vida había visto a su padre como un hombre amable, un comerciante paciente y honesto que vendía y compraba fardos de lana en la ciudad y ganaba una fortuna haciéndolo. Con su casaca marrón, con la muñeca izquierda envuelta en cuero y un arco largo en la mano, su padre resultaba una figura imponente. Mientras Rowan lo miraba, se levantó la brisa y Thomas cerró un momento los ojos, tomando una buena bocanada del mismo. Al volver a abrirlos, la

rabia se le había casi disipado del todo.

—Para empezar, les quitaré mis flechas, si puedo. Y enterraré los cuerpos. Vuelve a casa y ve a buscar a Jamison y Wilbur... y también a Christian. Diles que traigan palas.

Thomas miró preocupado a los caballos. Había herido a uno de ellos y se estremeció al ver al animal levantándose y retorcerse por el pasto con una flecha clavada en el cuello. Se le veía el blanco de los ojos. El caballo sabía que lo habían herido y sus grandes costados le temblaban de dolor, formando ondas junto a la encarnadura parduzca. Thomas movió la cabeza. Podía ocultar los cuerpos de los hombres, pero los caballos eran un asunto muy distinto. Por un momento, tuvo la tentación de avisar a un carnicero y hacerlo venir, pero harían falta media docena de chicos y dos o tres carros para llevarse la carne. Al final, el barón acabaría sabiéndolo. Los caballos tenían mucho valor y Thomas dudaba que hubiera un mercado en Francia capaz de aceptar seis monturas entrenadas sin que la noticia llegara a oídos inconvenientes.

—Dios mío, no sé qué hacer, Rowan. Lo podría esconder en los establos, pero si el barón viene a registrarlos, pareceremos culpables. Me llevará ante el magistrado, y ese hombre es demasiado amigo suyo como para escuchar una sola palabra de lo que yo tenga que decirle.

Thomas se detuvo y reflexionó durante lo que pareció una eternidad, mientras la brisa se levantaba todavía más y empezaban a formarse nubes grises sobre sus cabezas. La lluvia empezó a caer en grandes gotas y el caballo herido tembló y trotó un poco colina abajo.

—Atrapa a éste por mí, ¿quieres, muchacho? No quiero que vuelva vagando a su establo, esperando a que le den de comer. Ve con cuidado y no lo asustarás. Por la noche los meteremos en el viejo granero. Sé de un hombre que podría sacarnos de ésta, si puedo llegar a él. Derry Brewer podría evitar que mi cuello colgara de una sogá.

Vio el alivio reflejado en el rostro de Rowan antes de que el chico echara a correr colina abajo, llamando en voz baja al caballo errante. El animal levantó la cabeza y lo miró con las orejas levantadas, para volver inmediatamente a comer pasto, despreocupado. El chico tenía una manera de tratar a los caballos que hacía enorgullecer a Thomas.

—¿Cómo he llegado a meterme en esto? —murmuró Thomas.

Sospechaba que el barón Strange ni siquiera era un noble de verdad, al menos ése era el rumor. Se decía algo sobre un título caído en desuso y de una línea femenina de la familia, pero Thomas no había podido concretar nunca los detalles de tal afirmación. En cualquier caso, Strange no ignoraría el asesinato voluntario de seis de sus soldados, sin importar la tierra en que se encontraran o la jugarreta que estuvieran cometiendo. Las disputas entre tierras adyacentes llevaban cociéndose meses, desde que los hombres del barón habían vallado un pasto que por ley pertenecía a Thomas.



O eso es lo que él consideraba. Los hombres del barón contaban una historia distinta.

Al principio habían sido cosas insignificantes, con sus sirvientes y los del barón llegando a los puños siempre que se encontraban en el pueblo. Un mes atrás, la cosa había acabado mal cuando uno de los hombres de Thomas perdió un ojo en una pelea. Algunos de sus amigos salieron a buscar venganza e incendiaron uno de los graneros del barón, además de matar unas cuantas ovejas galesas en los campos. Después de esto, Thomas las marcó en los lomos, pero después de aquella noche, el asunto se había convertido en una guerra sin declarar. Advirtió a sus hombres que no viajaran nunca solos, y luego detectó huellas que pasaban por sus tierras e hizo exactamente lo que les había advertido que no hicieran. Se maldijo por haber sido tan bobo.

Rowan volvió acompañado de dos de los caballos y dándoles palmaditas en el cuello.

—Estos chicos son grandes y fuertes —dijo—. ¿No podríamos quedarnos uno?

—Ni lo sueñes. No pueden verme con ellos. Una noche o dos ya es correr bastante riesgo. Esperaré a que vuelvas con los chicos. Podríamos acabar antes de que anochezca, si la lluvia no empeora demasiado.

De pronto se le ocurrió algo y levantó la mirada.

—¿Por qué venías hacia aquí, antes? Sabías que estaría fuera hasta el anochecer.

—¡Oh! Esta noche hay una reunión en el pueblo. Algo sobre los franceses. Madre me mandó a decíroslo, para que no os lo perdáis. Dijo que era importante.

—¡Por Dios! —exclamó Thomas con amargura—. ¿Cómo se supone que debo regresar para esto y al mismo tiempo retirar esta carroña? Dios, hay días que, realmente...

—Podéis trabar a los animales o atar sus riendas juntas. Yo puedo ir a buscar a Jamison, a Wilbur y a Christian. Puedo enterrar los cuerpos también con ellos, mientras vos asistís a la reunión.

Thomas miró a su hijo, considerando hasta qué punto se había convertido en un hombre durante el último año. Sonrió a pesar de su irritación, sintiendo un orgullo que era capaz de desvanecer las nubes oscuras que había sobre sus cabezas.

—Está bien, hazlo. Si ves a alguien más a caballo, huye como de la peste, ¿de acuerdo? Si los hombres del barón vienen buscando a sus compañeros perdidos, no quiero que te detengan, ¿está claro?

—Muy claro. —Rowan estaba todavía un poco pálido después de lo que había presenciado, pero estaba decidido a no flaquear delante de su padre. Observó cómo Thomas recogía la funda de cuero de su arco y corría camino abajo hasta el pueblo.

La lluvia cayó con más fuerza, mientras Rowan permanecía allá en la colina abierta. Las gotas parecían rugir por la tierra expuesta y miró a su alrededor con tristeza, consciente de que estaba a solas con media docena de hombres muertos. Empezó a recoger los caballos, evitando mirar los rostros pálidos y de mirada fija que poco a poco se hundían en el sotobosque bajo su peso.

El local olía a lana húmeda, el aire denso impregnado de ese olor. En épocas más normales, era el lugar de compraventa de docenas de terratenientes. Allí llevaban sus sacos de lanas aceitosas para que las juzgaran y tasaran los expertos de Londres y París, antes de que se fijaran los precios en cada temporada de esquila. Las ovejas que balaban eran el regalo de Dios a los hombres del campo, la lana que producían era tan valiosa como su carne, y hasta había queso de leche de oveja, aunque sólo fuera popular en zonas del Mediodía francés. La última racha de pedidos se había completado un mes atrás, a principios del verano. Quizá porque tenían oro en los bolsillos, los hombres que habían acudido a la reunión estaban de muy buen humor, libres de rabia y pesimismo. Al anochecer, habían arrastrado bancos de madera hasta el lugar que normalmente funcionaba como recinto para las ventas. La discusión ya era airada cuando Thomas entró cautelosamente por detrás, con una camisa limpia que sentía envarada y le producía picor por encima del sudor de la jornada.

Conocía a todos los hombres que había, aunque a unos mejor que a los otros. El que se hacía llamar barón Strange se dirigía a los demás cuando Thomas murmuró un saludo a un vecino y aceptó un asiento cerca de primera fila. Sintió la mirada del barón sobre él mientras se instalaba, pero durante un rato Thomas se limitó a escuchar sentado, evaluando el ambiente de la sala. Sentía el sudor formándose de nuevo sobre su piel por el calor creciente del salón de la lana. Había tanta gente acumulada allí como en un día de mercado y se movió incómodo. Odiaba estar apretujado entre hombres y siempre lo había odiado. Una de las alegrías de su vida era poder andar libre y solo por las colinas de sus propias tierras.

—Si alguien tiene información mejor, dejad que salga a anunciarla —decía el barón.

Thomas levantó la cabeza, sintiendo que el barón ya no le miraba. El barón Strange se había vuelto a engrasar el pelo, advirtió, logrando así que el pelo negro engominado de brillantes rizos enmarcara una cara estropeada por el sol y el viento. El barón encarnaba bien su papel, al menos, ya fuera real o no su pretensión de pertenecer a la nobleza. Thomas veía el montículo de musculatura en el cuello y el hombro derecho del hombre mientras gesticulaba, resultado de décadas acarreado una espada pesada. El barón Strange no era físicamente débil y su arrogancia quedaba bien patente. Aun así, Thomas había tenido siempre la sensación de que era una campana agrietada cuyo tañido sonaba falso. Si lograban superar la crisis, se prometió pagar una investigación en los archivos de Londres. Había oído que se estaba hablando de fundar una academia militar allí, con los archivos familiares de todo el país reunidos en un solo lugar. Resultaría costoso, pero Thomas quería saber si Strange estaba engañando a hombres mejores o si realmente tenía derecho a ostentar su título. Eso le daba a Strange influencia en su reunión de expatriados y explicaba por qué el barón era quien se dirigía al grupo y los otros lo escuchaban.

—En tiempos normales —prosiguió Strange—, empleo a unos cuantos hombres para que me informen a cambio de una pequeña paga. Pero en Anjou se han quedado

todos mudos. Lo último que he sabido es que el propio rey francés cabalgaba por el valle del Loira. ¡Todos hemos visto a las familias desahuciadas cruzando Maine! Ahora esos empleados ingleses de casaca negra están por todos los pueblos de alrededor, diciéndonos que hagamos las maletas y nos marchemos. Os lo digo, nuestros propios señores nos han comprado y vendido.

Una oleada de inquietud invadió la sala y el barón levantó las manos para tranquilizarlos.

—No estoy insinuando que el rey Enrique esté al corriente de esto. Hay hombres con cargos muy altos en la corte que podrían negociar un trato, que podrían pactar la traición sin el conocimiento del rey. —El ruido se convirtió en un clamor y el barón levantó la voz para hacerse oír—. Bueno, ¿se puede utilizar una palabra diferente a traición, cuando los terratenientes ingleses ven cómo les roban las propiedades delante de sus narices? Compré los derechos de mi finca de buena fe, caballeros. Pago mi diezmo cada año a los hombres del rey. La mitad de vosotros fuisteis soldados con la buena intención de utilizar vuestras ganancias para comprar tierras y ganado. ¡Nuestra tierra, caballeros! ¿Entregaréis mansamente vuestras escrituras a un soldado francés picado de viruela? ¿Las tierras y la propiedad por las que habéis derramado sangre y sudor más de cien veces?

Un rugido de indignación fue la respuesta, y Thomas miró pensativamente a su alrededor. Strange sabía qué hilos mover, pero la realidad era un poco más compleja. El auténtico propietario de la tierra era el rey Enrique, desde la más pequeña aldea de Inglaterra y Gales, hasta la mitad de Francia. Sus condes y barones administraban grandes fincas, de las que recolectaban diezmos e impuestos a cambio de proporcionar soldados al rey. La verdad podía sonar como una piedra atada al cuello de todos los hombres allí reunidos, pero una vez superada la bravata, todos ellos eran arrendatarios del rey.

Thomas se frotó el puente de la nariz, cansado. No intervenía nunca en la política de Maine; prefería dedicar su tiempo a su finca y acudir a la ciudad sólo para ir al mercado a abastecerse. Había oído hablar de los empleados que inundaban todos los pueblos con mercado con sus advertencias y amenazas de desahucio. Como todos los demás, Thomas sintió que lo inundaba poco a poco la rabia hacia los lords que aparentemente lo habían traicionado mientras trabajaba para su familia. Hacía semanas que había oído los rumores de Anjou, pero parecía que ahora todo estaba confirmado.

—Podrían estar aquí para Navidad, caballeros —dijo el barón Strange mientras el ruido empezaba a apaciguarse—. Si es cierto que el precio de esta tregua era Anjou y Maine, para finales de año acabaremos en los caminos, en el mismo saco que las familias desahuciadas. —Hizo crujir los nudillos con malicia, como si deseara partir un pescuezo con sus dedos—. O nos alejamos de todo lo que hemos construido aquí, o lo defendemos. Os digo a todos, aquí reunidos, que defenderé mi tierra. Tengo a...

Tuvo que hacer una pausa por los gritos de asentimiento de los granjeros y

terratenientes que lo escuchaban desde los bancos.

—Tengo a sesenta y ocho hombres con familia trabajando en mis tierras: viejos soldados que me secundarán. Puedo añadir otra docena de jinetes y tengo el dinero para mandar a por más a la Normandía inglesa. Si unís vuestros fondos a los míos, podríamos contratar a soldados para que vengan al sur y se alineen con nosotros.

La idea provocó el silencio entre el público, mientras consideraban renunciar al oro que tanto les había costado reunir por una causa que podría ya estar perdida.

Thomas se levantó y el barón Strange lo miró frunciendo el ceño.

—¿Vais a hablar, Woodchurch? Pensaba que os manteníais apartado de nosotros.

—Tengo una propiedad, barón, igual que vos. Tengo derecho a hablar.

Se preguntaba cómo reaccionaría el barón cuando descubriera que tenía seis soldados menos de los que pensaba. Thomas lamentó su acción de ese mismo día y no por primera vez.

Con torpeza, Strange hizo un gesto rígido y Thomas avanzó y se puso delante de los reunidos. A pesar de su gran amor por la soledad, había llegado a conocer a los ingleses, galeses y escoceses de aquella sala, y unos cuantos lo saludaron o le dieron la bienvenida.

—Gracias —dijo Thomas—. Entonces... He oído más rumores en esta última semana que en todo el año pasado, y necesito saber la sólida realidad que hay detrás de ellos. Si los franceses están avanzando hacia el norte, este año, ¿dónde está nuestro ejército para aplastarlos y mandarlos de vuelta a casa? Este rumor de tregua no es más que viento. ¿Por qué no están aquí ni York, ni Somerset ni Suffolk? Tenemos tres nobles de alto rango en Francia que pueden mandar hombres a luchar, y no les veo ni un pelo a ninguno de ellos. ¿Hemos mandado mensajes a Normandía? ¿Alguien lo ha hecho?

—Yo sí —replicó Strange. Torció la boca de indignación ante el recuerdo—. No he tenido respuesta del duque de York, ni una palabra. Nos han abandonado a nuestra suerte.

Habría continuado, pero Thomas volvió a hablar, con su voz profunda y lenta envolviendo al grupo. Él ya había tomado su decisión. Le irritaba dar apoyo al barón, pero no tenía elección. Todo lo que tenía estaba en sus tierras. Si abandonaba su finca, él y su familia se verían abocados a pedir por las calles de Portsmouth o Londres.

—Mandaré a mis chicas de regreso a Inglaterra, mientras tomamos el pulso de los problemas que vendrán. Sugiero que todos vosotros hagáis lo mismo, si es que seguís teniendo familia allí. Y aunque no la tengáis, tenéis los fondos suficientes para alojarlos en posadas, en Normandía o en Inglaterra. No podemos mantener la cabeza clara con mujeres a las que proteger.

—¿Os uniréis a mí, pues? —preguntó el barón Strange—. ¿Dejaréis de lado nuestras diferencias y lucharéis conmigo?

—Por Dios, barón, iba a pedirlos que os unáis a mí —replicó Thomas, con una

sonrisa esbozada en las comisuras de los labios. Los hombres de la sala se rieron y el barón se ruborizó—. Pase lo que pase, no renunciaré a mi finca, eso ya os lo digo. Uniré mi oro al vuestro para contratar soldados, pero necesitaremos también a un par de oficiales veteranos. Y todavía mejor si pudiéramos tener a un lord curtido en la batalla para que dé nombre a nuestra pequeña rebelión.

Sus palabras se llevaron parte del humor que reinaba en la sala. Thomas miró a su alrededor, a todos ellos, y vio a campesinos robustos con las manos ásperas y enrojecidas por el trabajo.

—Eso es lo único que habrá, si el ejército francés viene a golpear nuestras puertas. Oh, he visto a soldados ingleses derrotar a fuerzas francesas más numerosas. He visto las espaldas de unos cuantos franceses huyendo de mí, en mi época. —Hizo una pausa para dejar que acabaran de sonar las carcajadas—. Pero no podemos mantener la tierra con lo que tenemos. Lo único que podemos hacer es pagar un precio por ella.

—¿Cómo? —protestó el barón Strange con aire incrédulo—. ¿Habláis de derrota antes de que ni siquiera haya empezado la lucha?

—Digo lo que veo —respondió Thomas, encogiéndose de hombros—. Para mí es lo mismo. Seguiré aguantando y disparándoles mis flechas cuando vengan. Lucharé aunque tenga que hacerlo solo. Sólo me queda una opción, tal y como lo veo. Pero ya sabéis que fui arquero antes que agricultor, y fui arquero inglés, por cierto. No correremos por el mero hecho de que las probabilidades nos vayan en contra. —Hizo una pausa para reflexionar—. Puede ser que si los controlamos, si los hacemos retroceder, los señores ingleses tengan que apoyarnos. Sé de un hombre que me dirá claramente si tenemos alguna oportunidad, si habrá ayuda del norte. Tiene línea directa con el propio rey, y nos dirá lo que necesitamos saber.

—¿Quién es? —preguntó Strange. Estaba acostumbrado a ser él quien tenía los contactos, o, al menos, quien podía presumir de tenerlos. Oír a Thomas Woodchurch hablando de sus amigos en puestos de privilegio le resultaba extrañamente perturbador.

—No lo conoceréis de nombre, barón, y a él no le gustaría que yo lo usara. Hace años luchamos juntos mano a mano. Él me dirá la verdad, por la deuda que tiene conmigo.

—Guardad vuestros secretos, entonces, Woodchurch. ¿Me daréis noticias si sabéis de él?

—Lo haré. Dadme un mes a lo sumo. Si para entonces no he podido ponerme en contacto con él, será porque no quiere ser localizado, y entonces estaremos solos.

El barón Strange se mordía el labio inferior mientras le escuchaba. No le gustaba Thomas Woodchurch ni una pizca. Había algo en la manera en que el hombre sonreía siempre que oía su título que molestaba al barón como si le pincharan con una llave en la espalda. Pero, en cambio, sabía que el hombre era de fiar.

—Yo también mandaré cartas a mis conocidos —respondió el barón—.

Cualquiera de vosotros que tenga amigos en el ejército debería hacer lo mismo. Nos volveremos a ver dentro de un mes aquí mismo, y entonces sabremos dónde estamos.

Thomas sintió una mano que le daba una palmada al hombro y se volvió para toparse con la cara del viejo Bernard, uno de los pocos hombres de allí a los que podría llamar amigo.

—¿Tomáis una jarra con nosotros, muchacho? Estoy totalmente seco después de todos estos discursos, y no soy ni siquiera yo quien los ha hecho.

Thomas sonrió irónicamente. Sentía simpatía por el viejo arquero, aunque era muy probable que unas cuantas pintas de cerveza significaran tener que aguantar toda la historia de Agincourt otra vez. Thomas hubiera preferido recorrer las ocho millas que lo separaban de su casa, pero hizo una pausa antes de declinar. La mayor parte de los hombres se refrescarían la garganta antes de marcharse a casa. Thomas sabía que podía estar pidiéndoles que lucharan por él antes de acabar el año o la primavera siguiente. No le perjudicaría oír lo que tenían que decirle.

—Voy, Bern —dijo. La alegría del viejo al oír su respuesta ayudó un poco a aliviar las tinieblas que inundaban los ánimos de Thomas.

—Eso espero, chico. Ahora tenéis que dejar que os vean. Estos chicos necesitan un líder y ese Strange no es el más adecuado, al menos en mi opinión. Un título no le da derecho, aunque los haya que así lo creen. No, muchacho. Necesitan un arquero que tenga sentido de la tierra. Venid a tomar un par de jarras conmigo y os diré lo que tengo en la cabeza.

Thomas se dejó llevar por el grupo que se dirigía a la posada. Dedicó una plegaria silenciosa para poder encontrar rápidamente a Derry Brewer, y para que éste respondiera a un viejo amigo.

**E**n la ululante oscuridad, Derry Brewer aguardaba inmóvil por la necesidad de saber si se trataba de una trampa. Estaba convencido de que, para entonces, tan sólo lo hubiera podido ver si se movía, y seguía resistiéndose al ansia de secarse la lluvia de los ojos. Aunque se le emborronaba la visión, permanecía totalmente quieto, limitándose a parpadear lentamente mientras el cielo se abría y lo empapaba. Llevaba un abrigo largo de lino encerado, pero había descubierto que dejaba pasar el agua, y los hilillos que se le colaban dentro estaban helados. Llevaba horas en aquel lugar, y la espalda y las rodillas le dolían cada vez más.

Antes de que los nubarrones de lluvia hirvieran furiosamente sobre su cabeza y los primeros goterones empezaran a golpear la hojarasca, había habido un poco de luz de luna. Había visto que la tierra alrededor de la finca había sido despejada y cultivada por una mano cuidadosa. A primera vista, la casa tenía un aspecto bastante normal, pero los arbustos y la pista habían sido colocados de manera que hubiera sólo un acceso posible hasta la puerta —un acceso que un par de arqueros pudieran cubrir contra un ejército—. Derry sonrió para sus adentros, recordando épocas distintas, lugares distintos. Advirtió la pila de madera dejada al aire libre. Estaba en el lugar idóneo para ser utilizada como barricada para luego volver a la casa principal. Thomas Woodchurch era un hombre cuidadoso, igual que lo era Derry. Ser cuidadosos y tomarse el tiempo necesario les había salvado la vida a los dos más de una vez.

La lluvia empezaba a aflojar, pero el viento seguía ululando por entre los árboles, llenando el aire de hojas que giraban y danzaban como monedas mojadas. Siguió esperando, reducido a un solo punto brillante de consciencia en un cuerpo tembloroso. En la casita, advirtió qué estancias mostraban sombras en movimiento e intentó adivinar cuánta gente podía encontrar dentro.

Sin advertencia previa, le afectó una sensación repentina de enfermedad que le hizo contraer el estómago y tensar los testículos. No había oído nada, no había visto nada, pero, en la oscuridad, Derry se dio cuenta de que había ocupado el único lugar que le proporcionaba una buena vista de la puerta de delante y de las habitaciones principales de la casa. El corazón se le empezó a acelerar y se preguntó si era capaz de correr, después de haber permanecido tanto tiempo en cuclillas. Se maldijo en silencio, acelerando su pensamiento como nunca. Acercó la mano al pesado cuchillo de la cintura, con el mango fino entre sus fuertes dedos. Con el viento y la lluvia, sabía que nadie podía oírle respirar larga y lentamente. Su orgullo lo hizo hablar con un tono normal, confiando en sus instintos.

—¿Cuánto tiempo esperaréis ahí fuera conmigo? —dijo Derry en voz alta.

No estaba seguro de haber hecho la suposición correcta, pero casi se murió del susto cuando alguien se rió quedamente detrás de él. Derry se tensó para moverse, ya fuera para salir corriendo o para saltar en aquella dirección.

—Me he estado preguntando lo mismo, Derry —afirmó Thomas—. Hace un frío del demonio y en la casa hay comida y cerveza. Si habéis terminado con vuestros jueguitos, ¿por qué no entráis?

Derry juró para sus adentros.

—Hay unos cuantos hombres en Francia a los que les encantaría saber dónde estoy esta noche —dijo. Se levantó, haciendo protestar a sus rodillas y caderas—. Tenía que asegurarme de que no estabais con ellos.

—Si lo estuviera, ahora os estaríais tragando una flecha —le aseguró Thomas—. Tenía que asegurarme de que estabais solo, por los mismos motivos. Yo también tengo unos cuantos enemigos, Derry.

—Los hombres buenos como nosotros siempre los tenemos —respondió Derry. Aunque para entonces ya sabía dónde se encontraba Thomas, todavía le costaba distinguirlo en la oscuridad.

—No soy un buen hombre, Brewer. Y sé que vos tampoco lo sois. Paz, viejo amigo. Venid a compartir el pan conmigo. Os contaré qué es lo que busco.

Thomas avanzó haciendo crujir la hojarasca y le dio una palmada a Derry en la espalda al pasar a su lado en dirección a la casa.

—¿Cómo habéis sabido que estaba aquí? —le dijo volviendo la vista hacia él.

—He recordado cómo os gustaba cazar —respondió Derry, mientras lo seguía—. ¿Cómo habéis conseguido acercaros tanto sin que os oyera?

Oyó a su viejo amigo riéndose en la oscuridad.

—Como decís, soy cazador, Derry. Ciervos u hombres, son lo mismo.

—No, de veras. ¿Cómo lo habéis hecho?

Los dos hombres anduvieron juntos por el patio abierto, más allá de la pila de madera, acercándose a la casa.

—He utilizado el viento como refugio, pero es algo más complicado que eso. Si disponéis de veinte años, os enseñaré.

Cuando llegaron a la puerta, la luz de las ventanas iluminadas permitió a Derry ver la cara de su amigo por primera vez. Lo observó mientras Thomas lanzaba un silbido suave al patio a oscuras.

—¿Hay alguien más? —preguntó Derry.

—Mi hijo, Rowan —respondió Thomas, sonriendo al ver la irritación en el rostro de Derry—. Ésta es mi casa, Derry... y la de él. No puedes colarte en ella sin que yo me entere.

—Entonces, no debéis de dormir mucho —murmuró Derry.

Mientras lo decía, un joven alto apareció en medio del viento y la lluvia, vestido con un abrigo similar al de Derry. Sin mediar palabra, Rowan tomó el arco y la funda de las flechas de su padre. Las armas iban mejor protegidas que los hombres a los que pertenecían.

—Frótalas bien con aceite y comprueba que las varas no se hayan deformado —le pidió Thomas, mientras su hijo se volvía y se marchaba. Recibió un gruñido por



respuesta, lo que le arrancó una sonrisa.

—Tenéis buen aspecto —dijo Derry con sinceridad—. Hacer de granjero os ha envuelto los huesos con un poco de carne.

—Estoy bastante bien. Y ahora venid a refugiaros de la lluvia. Tengo una propuesta para haceros.

La cocina de la granja era benditamente cálida, con un pequeño fuego ardiendo en la chimenea. Derry se quitó el abrigo encerado antes de que formara un charco en el suelo de piedra, y agachó la cabeza respetuosamente ante la mujer de aspecto severo que se sentaba a la mesa. Ella lo ignoró mientras tomaba un trapo y quitaba un hervidor de hierro negro de donde colgaba encima de las llamas.

—Ésta es mi esposa, Joan —dijo Thomas—. Una dulce chiquilla de barrio que en una ocasión tuvo la valentía de casarse con un arquero. —Sonrió a su mujer, pero la expresión de ella era de preocupación—. Joan, éste es Derry Brewer. Fuimos amigos en el pasado.

—Lo seguimos siendo, o no habría arriesgado el pellejo viniendo hasta aquí. Mandasteis un mensaje a John Gilpin en Calais y aquí estoy, bajo el chaparrón.

—¿Por qué debemos confiar en un hombre que se espera en el sendero y nos vigila durante horas? —dijo Joan. A pesar de los años que llevaba en Francia, su acento era totalmente londinense, como si hubiera salido de los suburbios de la capital el día anterior.

—Está bien, Joan, es sólo un hombre precavido —replicó Thomas, mientras Derry parpadeaba y se movía nerviosamente bajo su escrutinio—. Siempre lo ha sido.

Ella soltó un ronquido profundo y gutural y se puso a añadir agua caliente al sorbo de brandy que había en cada taza. Derry advirtió que su dosis era sólo la mitad que la de su marido, aunque se guardó mucho de mencionarlo.

—Puedes ir a acostarte ahora, Joan, si lo deseas —dijo Thomas—. No hay nadie más ahí fuera; los habría visto.

La esposa miró al marido con el ceño fruncido:

—No me gusta sentirme prisionera en mi propia casa, Thomas Woodchurch. Mañana me llevaré a las chicas. Cuando vuelva, quiero que este tema esté resuelto. No pienso seguir vigilando mi espalda; simplemente, no lo haré. Y tú ocúpate de Rowan. Es sólo un niño, a pesar de su estatura.

—Lo mantendré a salvo, amor mío. No te preocupes por eso.

Thomas besó a su esposa en la mejilla que ella le ofrecía, aunque seguía vigilando a su invitado con mirada fría.

Cuando se hubo retirado, Derry cogió la botella de brandy y se añadió otro trago para sacarse el frío del cuerpo.

—Os casasteis con una dragona, Tom —dijo, instalándose en una butaca. Estaba bien construida, advirtió, pues se adaptó a todo su peso sin un crujido. Toda la cocina

tenía el aspecto de un lugar amado, de un hogar. Derry sintió una punzada de tristeza al pensar que él no tenía ningún lugar como aquél.

—Os agradeceré que os guardéis vuestras opiniones sobre mi esposa, Derry. Tenemos otras cosas de las que hablar y querréis ponerlos de camino antes del alba.

—¿Me echaríais? Tenía la esperanza de poder cenar y dormir en vuestra casa. Llevo una semana por los caminos para llegar hasta aquí.

—De acuerdo —dijo Thomas a regañadientes—. Hay un estofado en esta marmita grande. De carne de caballo. En cuanto a si os quedaréis a dormir bajo mi techo, tal vez dependa de lo que podáis contarme.

Derry tomó un sorbo del brebaje caliente, y sintió como le proporcionaba un poco de calor en las venas.

—Me parece justo. Bueno, ¿y qué hay tan importante que os ha hecho pensar en vuestro viejo amigo? Gilpin estuvo a punto de no encontrarme, ¿sabéis? Estaba en los muelles camino de Inglaterra cuando me encontró. Es bueno que el tipo conociera los pubs que frecuento, o no estaría hoy aquí.

Thomas miró al hombre que llevaba catorce años sin ver. El tiempo y las preocupaciones habían deteriorado a Derry Brewer. Sin embargo, todavía se lo veía fuerte y en forma, hasta con el pelo húmedo pegado a la cabeza y lleno de hojas rojizas.

—He oído que las cosas os van muy bien, Derry, allí en Londres.

—Oh, bastante bien —dijo Derry con voz cansada—. ¿Qué necesitáis?

—Para mí, nada. Sólo quiero saber lo que ocurrirá si los hombres de Maine atacan, Derry. ¿Mandarán soldados el rey Enrique para que nos defiendan, o estamos solos?

A Derry se le atragantó la bebida y tosió hasta que se le puso toda la cara roja.

—Hay un ejército francés acampado en Anjou, Tom. Cuando avancen la próxima primavera, ¿le pediréis a vuestra esposa que los ahuyente con la escoba?

Miró a los ojos grises de su viejo amigo y suspiró.

—Mirad, me gustaría que no fuera así, pero Maine y Anjou han sido el precio de la tregua, ¿lo entendéis? Está hecho, comprado y vendido. Vuestro hijo no tendrá que ir a la guerra antes de que le crezca una barba como Dios manda, como nos ocurrió a nosotros. Éste es el precio.

—Es mi tierra, Derry. Mi tierra, que ha sido entregada sin que me digan ni una sola palabra.

—¿Esto qué es? ¡No es vuestra maldita tierra, Tom! El rey Enrique es el propietario de esta finca, y de sesenta mil como ella. Es el amo de esta casa y de esta taza que tengo entre las manos. Me parece que os olvidáis de ello. Pero vos pagáis vuestro diezmo cada año. ¿Creéis que era voluntario? El rey Enrique y la Iglesia son los únicos que poseen tierras, ¿o es que sois de esos que creen que todo debe ser compartido? ¿Es eso? ¿Sois un alborotador, Tom? ¿Un agitador? Parece como si tener una granja os hubiera transformado.

Thomas miraba con rabia al hombre al que antaño había llamado amigo.

—Tal vez me haya cambiado, entonces. Es mi trabajo traer todos los fardos de lana, Derry. Somos yo y mi hijo los que estamos ahí afuera en todas las épocas del año, manteniendo vivos a los corderos. No trabajo para engordar los bolsillos de un señor, eso sí os lo digo. Trabajo para mi familia y para mi propiedad, porque un hombre tiene que trabajar o no es un hombre. Si lo hubierais hecho alguna vez, no os estaríais riendo de mí. Sabríais que me duele cada moneda que pago de diezmo, cada maldito año: cada moneda que yo he ganado. Mi trabajo convierte a mi casa en mi tierra, Derry. Mis decisiones y mis conocimientos. Por Dios, ¿no se trata de que esto fuera un antiguo terreno de los Kent, con la familia de un lord mandando durante generaciones! ¡Esto es Inglaterra, Derry! Es tierra nueva, con gente nueva habitándola.

Derry sorbió de su taza, moviendo la cabeza ante la furia de su amigo.

—Está en juego algo más que unas cuantas colinas, Tom. No vendrá ninguna ayuda, creedme. Lo mejor que podéis hacer es cargar todo lo que podáis acarrear y marcharos hacia el norte antes de que los caminos se llenen demasiado. Si eso es lo que queríais saber, os estoy haciendo la cortesía de decíroslo claramente.

Thomas se quedó un rato en silencio, mientras se acababa la bebida y volvía a llenar las dos tazas. Era más generoso que su esposa con el brandy, y Derry observó con interés cómo aplastaba un poco de canela en las tazas antes de ofrecerle una.

—Pues entonces, por cortesía, Derry, os diré que vamos a luchar —dijo Thomas. Las palabras no fueron una fanfarronería. Habló con una certidumbre tranquila, motivo por el que Derry se incorporó, tratando de deshacerse del cansancio y de los efectos del brandy.

—Conseguiréis que os maten, pues. Hay dos o tres mil franceses a punto de llegar, Thomas Woodchurch. ¿Qué tenéis en Maine? ¿Unas pocas docenas de granjeros y veteranos? Será una carnicería e igualmente se quedarán con vuestra granja cuando todo haya acabado. Escuchadme ahora. Ya está hecho, ¿de acuerdo? Yo no podría cambiarlo ni que mi vida dependiera de ello. La vuestra depende. ¿Queréis ver a vuestro hijo degollado a manos de un soldado francés? ¿Qué edad tiene? ¿Diecisiete, dieciocho? Dios mío. Hay momentos en los que un hombre ha de cortar amarras y echar a correr. Sé que no os gusta que os presionen, Tom. Pero huimos cuando esa tropa de caballería nos descubrió, ¿no es verdad? ¿Tres de nosotros contra cincuenta? Corrimos como malditas liebres y no tuvo nada de vergonzoso, porque sobrevivimos y volvimos a luchar. Y es lo mismo aquí. Los reyes gobiernan. El resto de nosotros, simplemente avanzamos y esperamos sobrevivir.

—¿Habéis terminado? Bien. Ahora escuchadme, Derry. Habéis dicho que no habrá refuerzos y os he escuchado. Yo os digo que resistiremos. Ésta es mi tierra y no me importa si el mismísimo rey Enrique viene a ordenarme que me largue. También le escupiré en el ojo. Esta vez no pienso salir corriendo.

—Pues entonces estáis muerto —le espetó Derry—, y que Dios os asista, porque

yo no puedo hacerlo.

Los dos hombres se quedaron mirándose con rabia, sin que ninguno de los dos cediera. Al cabo de un rato, Derry se terminó la taza y prosiguió.

—Si lucháis, acabaréis con todos vuestros hombres muertos. O peor, romperéis la maldita tregua por la que he trabajado, antes de que ni siquiera haya propiamente empezado. ¿Lo entendéis, Tom? Si es así como hablan, necesito que vayáis a ver a vuestros amigos y les digáis lo que yo os he dicho. Decidles que lo dejen. Decidles que es mejor seguir vivo y volver a empezar, que echarlo todo por la borda y acabar como un cadáver más en una zanja. Hay mucho más en esto de lo que sabéis. Si lo arruináis por unas cuantas fincas llenas de matorrales, os mataré con mis propias manos.

Thomas se rió, aunque con una risa desprovista de toda alegría.

—No lo haréis. Me debéis la vida, Derry. Me debéis más que a los consejos de vuestra madre.

—¡Os estoy salvando la vida con mis advertencias! —protestó Derry—. Por una vez, ¿por qué no me escucháis, viejo testarudo?

—Se nos habían acabado todas las flechas, ¿os acordáis?

—Tom, por favor...

—Teníais una herida en la pierna y no podíais correr... y ese caballero francés os vio entre la maleza y retrocedió, ¿os acordáis?

—Me acuerdo —dijo Derry con tristeza.

—Y a mí no me vio, de modo que me abalancé sobre él y lo tiré al suelo antes de que pudiera decapitaros con su afilada espada francesa. Saqué mi pequeña daga y se la clavé en el ojo, Derry, mientras vos os levantabais y mirabais. Ahora, este mismo hombre está sentado en mi cocina, en mi tierra, ¿y me dice que no piensa ayudarme? Os tenía en más alta consideración, realmente. En el pasado nos apoyamos y pensé que eso significaba algo.

—El rey es incapaz de luchar, Tom. No es como su padre y no sabe luchar... ni dirigir a hombres para que lo hagan. Es como un niño y me juego el cuello si alguna vez decís que os lo he dicho yo. Cuando mi rey me pidió que le consiguiera una tregua, lo hice. Porque era lo correcto. Porque, de lo contrario, de todos modos perderíamos Francia entera. Lo lamento, porque os conozco y para mí es como una cuchillada sentarme en vuestra cocina y deciros que no hay nada que hacer, pero así es.

Thomas lo miró fijamente por encima del borde de su copa.

—¿Me estáis diciendo que ha sido todo idea vuestra? —dijo, atónito—. ¿Quién demonios sois, Derry Brewer?

—Soy un hombre con el que nunca querríais cruzaros, Tom. Jamás. Soy alguien a quien debéis escuchar, porque sé de lo que hablo y no perdono con facilidad. Os he dicho lo que sé. Si empezáis una guerra por unas pocas colinas y un puñado de ovejas... No lo hagáis, eso es todo. Os encontraré un capital para comprar otra finca

en el norte, por los viejos tiempos. Eso lo puedo hacer.

—¿Dádivas para los pobres? No quiero vuestra caridad —dijo Thomas, casi escupiendo la palabra—. Me he ganado esta tierra. Me la he ganado con sangre, dolor y matando. Me pertenece, Derry, sin deudas ni nada. Estáis sentado en mi casa y éstas son las manos que la levantaron.

—No es más que una finca arrendada más —le rugió Derry, otra vez furibundo—. Renunciad a ella.

—No. Debéis iros, Derry. Ya habéis dicho todo lo que había que decir.

—¿Me estáis echando? —preguntó Derry, incrédulo. Cerró los puños y Thomas agachó la cabeza, para mirarlo por entre sus imponentes cejas.

—Así es. Esperaba más de vos, pero habéis sido lo bastante claro.

—De acuerdo.

Derry se levantó y Thomas lo imitó, de modo que se quedaron cara a cara en la pequeña cocina, ahora llena de la furia de ambos. Derry cogió su abrigo encerado y se lo puso sobre los hombros con movimientos virulentos y rabiosos.

—El rey quería una tregua, Tom —dijo, mientras alcanzaba la puerta y la abría de golpe—. Ha renunciado a algunas de sus tierras por ella y ahora ya está hecho. No os quedéis en medio del camino como un ingenuo. Salvad a vuestra familia.

El viento ululaba dentro de la cocina, provocando que el fuego se agitara y chisporroteara. Derry dejó la puerta meciéndose y desapareció en la oscuridad de la noche. Al cabo de un rato, Thomas se acercó y la cerró contra el vendaval.

El barco se sumergió, cayendo sobre una ola con tanta precipitación que el estómago de Margarita pareció quedar suspendido. Gotas de agua rociaron toda la cubierta, añadiéndose a la costra de sal que hacía brillar las barandillas y toda la madera de la nave. Las velas chirriaban y se inflaban por encima de su cabeza, y Margarita era incapaz de recordar la última vez que había disfrutado tanto. El segundo de a bordo rugió unas órdenes y los marineros empezaron a jalar cabos gruesos como sus muñecas, haciendo girar las estacas de madera para mantener las velas tensas y totalmente desplegadas. Vio a William andando por cubierta, con una de sus manazas sujetándose a la barandilla mientras se le acercaba.

—A golpe de mar, pecho sereno —murmuró, encantada del dicho que había aprendido y de la sensación de conocimiento náutico que le daba. ¿Cómo podía haber cumplido catorce años sin haber navegado nunca? Estaba muy lejos del castillo de Saumur en todos los sentidos posibles. El capitán la trataba con un respeto que la hacía sonrojar, le hacía reverencias y escuchaba cada palabra que ella decía como si fuera un tesoro. Tan sólo deseaba que lo pudieran ver sus hermanos, o, mejor aún, Yolanda. Pensar en su hermana le provocó una punzada de dolor en el corazón, pero resistió, manteniendo la cabeza bien alta y respirando aquel aire tan frío y fresco que le dolían los pulmones. Su padre se había negado a mandar ni tan siquiera una

doncella con ella, lo que provocó que William se enrojeciera y se enfureciera tanto que ella pensó que acabaría golpeando a lord René de Anjou.

No había sido una despedida agradable, pero William dejó de lado su indignación y contrató a dos doncellas en Calais para que la atendieran, usando su propio dinero.

Margarita sonrió mientras Suffolk se tambaleaba y se aferraba a la barandilla. El barco surcaba el mar grisáceo, con los fríos vientos de otoño azotando por el oeste. El propio Calais había contenido tantas experiencias nuevas que la habían sobrecogido. El puerto de la fortaleza estaba abarrotado de ingleses dentro de sus murallas. Había visto a mendigos y comerciantes, y a cientos de toscos marineros por todas partes, apresurándose de un lado a otro con sus arcones y mercancías. Cuando hubieron pagado al último cochero, William la hizo pasar a toda prisa por entre un grupo de mujeres repintadas, como si Margarita no hubiera oído hablar nunca de las prostitutas. Se rió al recordar su apuro tan inglés mientras trataba de protegerla de aquella visión.

Una gaviota gritó por el cielo sobre sus cabezas y, para su gran deleite, se posó en una de las marañas de cabos que llevaban a todas partes, casi al alcance de su mano. La observó con sus ojitos como cuentas de collar, y Margarita lamentó no tener a mano unas migas de tarta o de pan para alimentarla.

La gaviota se sobresaltó y emprendió el vuelo con un penetrante graznido cuando William se le acercó. Sonrió al ver la expresión de ella.

—Milady, he pensado que os gustaría disfrutar de vuestra primera visión de Inglaterra. Si os mantenéis sujeta a la barandilla en todo momento, el capitán dice que podemos ir a proa..., la parte delantera de la nave.

Margarita se tambaleó al avanzar ilusionada, y él la sujetó con su brazo fuerte para equilibrarla.

—Disculpad la impertinencia, milady. ¿Vais lo bastante abrigada? —le preguntó—. ¿No os mareáis?

—De momento no —respondió Margarita—. ¡Tengo un estómago de hierro, lord Suffolk!

Él se rió ante la ocurrencia, acompañándola por la cubierta revestida. Margarita podía oír el rumor del mar que se deslizaba por debajo de ellos. ¡Qué velocidad! Era extraordinario y emocionante. Decidió que regresaría al mar cuando estuviera adecuadamente casada en Inglaterra. Seguramente, una reina podía tener su propio barco, se dijo.

—¿Puede una reina tener su propio barco? —preguntó, alzando la voz por encima del viento y de los graznidos de las gaviotas.

—Estoy seguro de que una reina puede tener su propia flota, si quiere —le rugió William como respuesta, riéndose por encima de su hombro.

El aire se estaba haciendo más fresco y los oficiales bramaban órdenes. Los marineros se trajinaban de nuevo con presteza, aflojando obenques y doblando grandes tramos húmedos de velas, para atarlas bien antes de volver a dejarlas bien

tensas.

Margarita llegó a la proa del barco, con la mano de William sujetándola fuerte por el hombro. Aparte de los trinquetes y del alto foque, sólo el bauprés de madera y parte de las redes sobresalían de la nave, casi golpeando las olas para luego volver a elevarse, una y otra vez. Margarita jadeó encantada al ver los acantilados blancuzcos que se asomaban a lo lejos, brillantes y limpios por entre la bruma marítima. Margarita tomó aire y lo aguantó en los pulmones, consciente de que respiraba aire inglés. No había salido nunca de Francia hasta ahora. Ni siquiera había salido de Anjou. Sus sentidos volaban con tantas experiencias y pensamientos nuevos.

—¡Son preciosos, monsieur! *Magnifique!*

Los marineros la oyeron. Sonrieron y la vitorearon, sintiendo ya cariño hacia aquella muchacha que sería reina y que ya amaba la mar tanto como ellos.

—Mirad allí abajo, milady —la avisó William.

Margarita bajó la vista y se asombró al ver los elegantes delfines grises corriendo por la superficie del mar, su ritmo perfectamente acompasado con el de la nave. Corrían y saltaban como si jugaran, retándose los unos a los otros para ver cuánto se atrevían a acercarse. Mientras los contemplaba, una percha y una cadena de la proa se hundió lo bastante como para tocar a uno de ellos. En un frenesí repentino, desaparecieron todos hacia las profundidades como si nunca hubieran existido. Margarita se quedó maravillada ante lo que acababa de ver. William se rió, encantado de poder enseñarle cosas así.

—Por eso se le llama punta de los delfines —le explicó, sonriendo—. No les hace daño. —Se levantó más viento, de modo que tuvo que inclinarse más hacia ella para gritarle al oído—. Ahora faltan todavía unas cuantas horas para que arribemos a puerto. ¿Llamo a vuestras doncellas para que os preparen ropa seca?

Margarita contempló los blancos acantilados, la tierra cuyo rey todavía no conocía pero con quien se casaría por segunda vez. Inglaterra, su Inglaterra.

—Todavía no, William —dijo—. Antes dejadme quedar un rato aquí.

## SEGUNDA PARTE



    Mi corazón está listo, y toda mi voluntad,  
para servir humildemente a esta flor con mis pensamientos  
            con la más sincera fidelidad,  
            sin fingir ni actuar en modo alguno;  
pues conocerla de veras es el paraíso,  
            ver una flor que empieza a abrirse,  
con sus colores frescos y nuevos, blanco y rojo.

                    WILLIAM DE LA POLE  
(escrito sobre Margarita de Anjou)



Con cálidas pieles en las manos y el cuello bien abrigado, Margarita entró en los jardines cubiertos de escarcha. Wetherby House era su primer hogar en Inglaterra, donde había pasado ya casi tres meses. Los árboles seguían austeros y desnudos, pero tenían campanillas de invierno alrededor de las raíces y la primavera ya estaba en camino. Casi podía ser Francia, y pasear por los senderos aliviaba la melancolía que sentía.

En todas las granjas locales estaban haciendo la matanza del cerdo y preparando salazones con la carne. Margarita percibía el olor a humo y sabía que los animales muertos eran apilados entre heno, que luego se encendía para quemarles el pelo. El olor amargo le trajo de pronto un recuerdo, tan vívido que se detuvo y se quedó mirando. Su boca recuperó el sabor de cuando su madre había dejado a los mozos del establo mezclar sangre fresca con azúcar hasta hacer una pasta, casi una espuma. Su hermana Yolanda y sus hermanos habían compartido un cuenco de aquella extraña delicia, peleando por la cuchara hasta que cayó al suelo, y luego siguieron comiendo con los dedos hasta que tuvieron la piel y los dientes manchados de rojo.

Margarita sintió que las lágrimas le inundaban los ojos. Ese verano, Saumur estaría más tranquilo sin ella. Resultaba difícil no echar de menos las sardinas rellenas o el pollo al hinojo de su madre cuando a Margarita le servían un codillo sólido de cerdo presentado como una roca en un mar de guisantes a la crema. Parecía que a los ingleses les gustaba hervir la comida. Era algo más a lo que tendría que acostumbrarse.

Lord William representaba un consuelo, casi el único rostro familiar desde que se marchó de casa. La había ayudado a mejorar su inglés, aunque se defendía en un francés correcto cuando quería, o cuando tenía que explicarle una palabra. Pero había estado más ausente que presente, y acudía a su casa de vez en cuando para darle más noticias de la boda.

Era una extraña interrupción en la vida de Margarita mientras grandes hombres y mujeres se dedicaban a organizar su segunda boda. Cuando había alcanzado la costa sur por Portchester Castle, tuvo la esperanza de que Enrique iría a recibirla. Había tenido la fantasía de un joven y guapo rey cabalgando hasta las magníficas ruinas de Londres, llegando tal vez aquella primera noche para tomarla entre sus brazos. En cambio, la habían llevado hasta Wetherby y, aparentemente, se habían olvidado de ella. Los días y las semanas habían transcurrido sin rastro del rey, sólo de Suffolk o de su amigo el conde de Somerset, un hombre bajo y enjuto que le hizo una reverencia tan profunda que temió que no pudiera incorporarse nunca más. Sonrió al recordarlo. Antes de que llegara Somerset, Derry Brewer lo había descrito como «un auténtico gallito noble». Había aprendido la frase encantada, y le divirtió todavía más cuando lo conoció y lo encontró vestido en azul y amarillo brillantes. Le gustaban los tres hombres por motivos distintos. Derry era encantador y educado y le pasó una

bolsa de caramelos cuando William no miraba. Ella se quedó entre indignada por ser tratada como una chiquilla y encantada por aquellas dulces gotas de limón ácido que le hacían torcer la boca cuando las chupaba.

La Navidad había llegado y se había marchado, con extraños y llamativos presentes llegando a su nombre de cien nobles desconocidos que aprovechaban la oportunidad para presentarse. Con William como su consorte y chaperón, Margarita había asistido a un baile que todavía recordaba como un torbellino de sidra áspera y baile. Había tenido la esperanza de ver a su marido allí, la mente llena de cuentos románticos en los que el rey aparecería y todos los asistentes se quedarían mudos. Pero Enrique no se había presentado. Se estaba empezando a preguntar si lo haría algún día.

Levantó la vista al oír un carruaje que hacía crujir la gravilla del sendero al otro lado de la casa. William estaba ausente y Margarita temió que sería otra mujer noble de las que acudían a inspeccionarla o a pedirle favores que claramente creían que podía concederles. Había aguantado incómodas reuniones con esposas de condes y barones, mordisqueando tarta de semillas mojada en vino especiado y esforzándose por decir algo en respuesta a sus preguntas. La duquesa Cecilia de York había sido la peor de todas, una mujer tan alta y segura de ella misma que hizo que Margarita se sintiera como una niña. El inglés de Margarita seguía siendo menos que fluido y la duquesa dijo no hablar francés, de modo que fue una de las tardes más difíciles de su vida, con muchos más silencios que conversación.

—Me volveré a poner enferma —murmuró Margarita para sus adentros ante la idea de otra reunión como aquella—. Estaré... indispuesta.

De hecho, había estado realmente enferma durante un tiempo después de su llegada. La alimentación fuerte y extraña, tal vez, o simplemente el cambio de aires, le habían provocado unos vómitos debilitadores, y los sabios doctores le habían prohibido abandonar la cama durante casi dos semanas. Entonces ella pensó que aquel exquisito aburrimiento la mataría, pero aquellos días de tranquilidad se habían transformado en un recuerdo extrañamente feliz, ahora ya medio olvidado.

Tenía una idea vaga de que una reina debía apoyar a su marido halagando y adulando a sus seguidores, pero si Cecilia de York era el perfil, no sería algo fácil de aprender. Margarita recordó el olor seco y agrio de la mujer y se estremeció.

Levantó la vista cuando una voz alta llamaba su nombre de lejos. ¡Dios mío, la buscaban otra vez! Veía a sirvientes moviéndose por la casa y trotó un poco más allá por los senderos del jardín para esconderse de las ventanas. William le había dicho que el matrimonio se celebraría al cabo de pocos días. Se lo veía sonrojado y divertido, con su mata de pelo gris oscuro cepillado y brillante cuando entró a comunicárselo. A su regreso, ella viajaría hasta la abadía de Titchfield, a menos de diez millas. Enrique estaría por fin allí, esperándola. Cuando se imaginaba la escena, tan sólo deseaba poder visualizar la cara del joven rey. En su cabeza, ya se había casado con él mil veces, con todos los detalles muy vívidos excepto este concreto.

—¡Margarita! —la llamó alguien.

Levantó la vista, de pronto más alerta. Cuando la voz la volvió a llamar, el corazón de Margarita dio un gran brinco de ilusión. Se recogió las faldas y corrió de regreso a la casa.

Su hermana Yolanda estaba junto a las puertas del jardín, mirando hacia fuera. Cuando vio a Margarita, su rostro se iluminó y corrió hacia ella. Se abrazaron en medio del jardín helado, rodeadas de césped blanco. Yolanda soltó un torrente de palabras en francés, saltando de alegría mientras abrazaba a su hermana pequeña.

—¡Estoy tan contenta de volverte a ver! Estás más alta, lo juro, y tienes las mejillas rosadas. Creo que estar en Inglaterra te sienta bien.

Como no veía señales de que fuera a callarse, Margarita le tapó la boca con la mano y las dos se echaron a reír.

—¿Cómo es que has venido, Yolanda? Estoy tan feliz de verte que casi no puedo ni respirar, pero ¿cómo has llegado? Tienes que contármelo todo.

—Para tu boda, Margarita, ¡por supuesto! Por un tiempo pensé que me la perdería, pero, al final, aquí estoy. Tu lord William me mandó la más bonita invitación a Saumur. Padre objetaba, por supuesto, pero estaba distraído con un nuevo viaje que está planeando. Nuestra querida madre dijo que nuestra familia tenía que estar representada y su opinión se impuso, Dios bendiga su corazón. Tu amigo inglés me mandó un barco, como quien manda un carruaje. ¡Oh! ¡Y no he venido sola! Frederick me acompaña. Se está dejando crecer unos bigotes ridículos. Tienes que decirle que le sientan fatal, porque me rascan y no me gustan nada.

Margarita desvió la mirada, consciente de pronto de lo extraño de su situación. Se había casado meses antes que su hermana, pero todavía no había visto nunca a su marido. Con una mirada escrutadora, observó más de cerca a Yolanda.

—Tienes un aspecto... espléndido, hermana. ¿Estás embarazada?

Yolanda se ruborizó y se sofocó.

—¡Eso espero! Lo hemos estado intentando y, oh, Margarita, ¡es maravilloso! La primera vez fue un poco desagradable, pero no peor que una picada de abeja, quizá. Y después, bueno...

—¡Yolanda! —la reprendió Margarita, sonrojándose casi tanto como ella—. No quiero oírlo. —Se detuvo a reflexionar, dándose cuenta de que sí, quería oírlo, y mucho—. Está bien, estoy segura de que Frederick rondará por ahí fuera buscándote en un ratito. Cuéntamelo todo, para que sepa qué debo esperarme. ¿Qué has querido decir con «un poco desagradable»?

Yolanda soltó una risotada gutural mientras tomaba a su hermana menor del brazo y la guiaba camino abajo, alejándose de la casa.

Todo era distinto, pero, al mismo tiempo, todo era igual. La sensación de *déjà vu* que Margarita tenía era intensa cuando ocupó su lugar en la carroza con el vestido de

novia que había llevado en Tours. Al menos hacía frío, una bendición con ese vestido que la aplastaba.

Yolanda se sentó delante de su hermana. A los ojos de Margarita, parecía más adulta, como si el matrimonio la hubiera transformado como una suerte de alquimia, o tal vez porque Yolanda era ahora una condesa por derecho propio. Su esposo Frederick se sentaba en la banqueta, con una postura severa en su túnica oscura y la espada sobre las rodillas. Margarita advirtió que seguía llevando los bigotes, que se extendían desde las patillas hasta la mandíbula. Había dicho que los bigotes de su padre eran muy admirados en su parroquia y Margarita se preguntó si su hermana conseguiría algún día que se los afeitara. Sin embargo, la severidad del cuñado se disipó cuando miró a Yolanda. El afecto que se profesaban resultaba conmovedor y evidente cuando se tomaban de las manos y se apoyaban el uno contra el otro aprovechando los movimientos de la carroza.

La mañana había transcurrido en medio de un torbellino de emociones, con William cabalgando entre la abadía y la casa para supervisar los últimos detalles, para luego lavarse y ponerse ropa limpia en una de las habitaciones de la planta superior. Margarita ya había sido presentada a una docena de hombres y mujeres a los que no conocía, mientras los invitados de la boda empezaban a llenar Wetherby House, sin parar de reír y de hablar. Su estado era un asunto delicado en el momento de presentarse ante los nobles y sus esposas. No siendo todavía reina, Margarita había tenido que hacerle una reverencia a la duquesa de York, como lo hubiera tenido que hacer con cualquier dama de la generación de su madre. Tal vez sólo imaginó el desdén de Cecilia York cuando le admiró el vestido como respuesta. Lord York fue escrupulosamente cortés y le había hecho una reverencia, diciéndole lo encantado que estaba de verla tanto en su primera boda como en esta segunda. Su esposa susurró unas cuantas palabras que Margarita no llegó a entender, pero que percibió que hacían sonreír a York mientras se inclinaba a besarle la mano. Algo de su diversión privada consiguió irritarla.

Hizo un esfuerzo por dejar estos pensamientos a un lado. Hoy conocería a su marido. Le vería la cara. Mientras la carroza se tambaleaba en un movimiento rítmico, rezó en silencio para que no fuera feo o deforme. William le había prometido que Enrique era guapo, pero ella sabía que no podía decirle nada más. El miedo y la esperanza se le mezclaban a partes iguales y sólo era capaz de contemplar pasar los setos y los cuervo negros volar. Le picaba la frente allí donde las doncellas la habían depilado, pero no osaba rascarse para no dejar marcas en el polvo blanco que le habían aplicado y se mordió el labio, irritada. Le habían trenzado flores en el pelo y sentía la tez tirante con todas las pinturas y perfumes que le habían aplicado desde que se había bañado aquella mañana. Intentó no respirar profundamente cubriéndose con el tejido del vestido por si se desmayaba.

Margarita supo que se estaban acercando a la abadía de Santa María y San Juan Evangelista porque las familias locales habían salido a verla pasar, apiñándose en el

camino que llevaba a los enormes terrenos propiedad de los monjes. En su honor, se había dado el día libre a los aprendices, y los hombres y mujeres del pueblo se habían puesto sus vestidos de ir a misa tan sólo para esperar y ver pasar a la mujer que sería reina de Inglaterra. Margarita pudo ver a la muchedumbre que la saludaba y la ovacionaba antes de que su carruaje enfilara por un camino que transcurría, durante varias millas, por entre bosques y campos de suelo oscuro.

Su público acogedor no superó aquella barrera invisible, y, cuando el camino empezaba a descender, Margarita advirtió carruajes más adelante y por detrás, catorce en total, que viajaban juntos hasta la iglesia de la abadía que se entreveía a lo lejos. El corazón le latía con fuerza dentro del vestido y se puso la mano en el pecho para sentirlo acelerado. Enrique, un rey de veintitrés años, estaría allí. Miró más allá de su hermana y de Frederick para intentar verlo, pero resultaba inútil y ella lo sabía. El rey Enrique estaría ya dentro, advertido por la presencia de los carruajes en el sendero. Probablemente estaba en el altar, acompañado de William.

Margarita sintió que la cabeza le daba vueltas y temió desmayarse antes de llegar a la iglesia. Al percibir su malestar, Yolanda sacó un abanico y le dio aire fresco mientras Margarita se reclinaba y respiraba con los ojos cerrados.

La iglesia de la abadía formaba parte de un complejo mucho mayor de edificios. Aquel día, los monjes no trabajaban en el campo, pero Margarita vio estanques con peces, huertos y viñedos amurallados, establos y una docena más de estructuras. Se encontró bajando del carruaje, ayudada por Frederick, que había corrido a su lado a darle la mano.

Los carruajes de delante se habían vaciado y, aunque muchos de los invitados ya estaban dentro, frente a las puertas de la iglesia seguía habiendo mucha gente que sonreía y charlaba. Distinguió a Derry Brewer aguardando cerca del duque de York. Derry la saludó con la mano mientras Margarita avanzaba con su hermana acompañada por un grupo de doncellas. Vio como le susurraba algo a York que hizo endurecer la expresión del duque. Cuando Margarita llegó a la puerta de la iglesia, todos se metieron en su interior oscuro, como ocas guiadas por una pastorcilla, de modo que se quedó sola con su hermana y sus doncellas.

—Dios te bendiga por estar aquí conmigo, Yolanda —le dijo, con sentimiento—. No me hubiera gustado nada estar aquí sola.

—¡Buf! Tendría que haber sido padre, pero está fuera otra vez buscando sus absurdos títulos. Nunca está satisfecho. Mi Frederick dice... No, eso hoy no importa. Ojalá madre hubiera podido estar hoy aquí con nosotras, pero padre insistió en que se quedara a dirigir Saumur. Te tiene en sus plegarias, Margarita, de eso puedes estar segura. ¿Estás lista para ver a tu rey? ¿Estás nerviosa?

—Estoy..., lo estoy, sí. Hasta estoy mareada de nervios. Quédate conmigo, aunque sólo sea mientras recupero el aliento, ¿quieres? Este vestido es demasiado estrecho.

—Has crecido desde el verano pasado, Margarita, eso es lo que ocurre. Antes no

te iba estrecho. Te están saliendo pechos y juro que estás más alta. A lo mejor es cierto que la carne inglesa te sienta bien.

Hizo una mueca pícaro y Margarita jadeó y movió la cabeza.

—Eres increíble, hermana mía. ¡Hacerme estas bromas cuando estoy a punto de casarme!

—No puede haber mejor ocasión, creo —dijo Yolanda alegremente. Pasó al inglés con una chispa en la mirada—. ¿Y, ahora, te decides a casarte, *bloody hell*?

—¡Eso no se dice! —dijo Margarita sonriendo. Tomó aire otra vez e inclinó la cabeza ante los monjes que estaban junto a la puerta. Dentro, se activaron los fuelles y la presión subió en el instrumento más complicado del mundo. Los primeros acordes sonaron por toda la nave y la congregación se volvió a contemplar la entrada de la novia.

El barón Jean de Roche era un hombre feliz, aunque ni siquiera el brandy podía protegerlo del viento gélido. La primavera estaba a punto de llegar, lo presentía. En invierno no luchaba nadie. Además de ser prácticamente imposible alimentar a un ejército en movimiento en los meses de frío, era un período brutal para ir a la guerra. Las manos se entumecían, la lluvia te empapaba, y siempre había la posibilidad de que tus hombres, simplemente, desaparecieran en medio de la noche. Miró a su alrededor, a su pequeña banda de caballeros rufianes, y mostró una amplia sonrisa que enseñaba su rosada encía superior, de la que le habían arrancado todos los dientes. Había odiado aquellos dientes; le habían dolido tanto que los odió hasta después de que se los hubieran arrancado. El día que accedió a que lo hicieran fue uno de los más felices de su vida adulta. La boca llena de sangre y tener que mojar el pan en lecho a partir de entonces era un precio pequeño por verse liberado de la agonía. Estaba convencido de que su vida había empezado a mejorar a partir de aquel día, como si los dientes le hubieran estado atormentando con todos sus venenos e inflamaciones. Siguió trotando mientras se recogía el labio superior sobre la encía y se lamía los bigotes. También le habían arrancado unos cuantos dientes de abajo, pero sólo los molares del fondo, que los tenía estropeados. Conservaba los dientes frontales inferiores y había perfeccionado la sonrisa de modo que sólo revelaba aquella fila amarillenta.

La vida era placentera para un hombre con buenos dientes, pensó, complaciente. Alargó la mano hacia atrás y dio unos golpecitos a las bolsas detrás de la silla de montar, orgulloso de lo abultadas que eran. Era también una buena vida para el hombre que tenía la iniciativa de cabalgar anticipándose al ejército hacia Maine. De Roche estaba sorprendido de los resultados de saquear las casas de Anjou. Parecía como si los ingleses no hubieran hecho nada más que amasar pilas de monedas, como los avariciosos comerciantes de medio pelo que eran. De Roche había visto a caballeros enriquecerse en un solo día, y los franceses habían aprendido rápidamente

que valía la pena registrar los carros que se dirigían hacia el norte. Las familias tendían a llevarse sus pertenencias más valiosas y a dejar atrás el resto. ¿Por qué dedicar tiempo a registrar una casa de arriba abajo, cuando los que sabían ya se habían llevado lo mejor? Los nobles entregaban una parte de todo lo que encontraban al rey, por supuesto, pero éste era exactamente el problema, al menos en lo que afectaba a De Roche. Podían permitirse. Esos hombres ya eran ricos, y lo serían mucho más cuando acabaran de saquear las fincas y aldeas inglesas.

Se le ensombreció la expresión al pensar en su propia finca comparada con la de ellos. Sus hombres podían casi ser descritos como caballeros errantes si no fuera porque llevaban los colores de su casa. Tan sólo un año antes se había estado planteando echarlos a todos, justo antes de empezar a ser conocido como caballero errante. Volvió a lamerse los labios ante los amargos recuerdos. Las granjas de su familia habían sido todas destinadas a pagar deudas, año tras año, hasta que no le quedó prácticamente nada. Entonces descubrió los juegos de naipes, a los que lo introdujo un amigo al que habían degollado hacía tiempo. De Roche pensó en las cartas coloridas y se preguntó si había alguien en Maine a quien pudiera convencer de jugar con él. Había tenido una racha de mala suerte, eso era cierto, pero ahora volvía a tener oro, y sabía que entendía de juego mucho mejor que la mayoría de la gente con la que se cruzaba. Le bastaría tan sólo un pequeño golpe de suerte para duplicar lo que sus hombres le habían hecho ganar, o incluso para triplicarlo. Sonrió, mostrando sólo los dientes inferiores. Recompraría el castillo de su padre y echaría al viejo y todas sus burlas a la nieve. Eso sería sólo el principio.

El camino que recorría el pequeño grupo cambió de tierra a adoquines de piedra, una señal inequívoca de que los que vivían más adelante eran ricos. De Roche dejó que su montura siguiera al paso, mientras se preguntaba si valdría la pena arriesgarse a entrar en un pueblo. Llevaba sólo una docena de hombres, suficientes para llevarse todo lo que quisieran de una granja solitaria o de una pequeña aldea. A veces los municipios podían permitirse emplear una milicia y De Roche no tenía ningunas ganas de meterse en una pelea de verdad. No obstante, no era un criminal en busca y captura, sino simplemente la punta de lanza del victorioso ejército francés. Le faltaban unas cuarenta millas más para impedir que el resto de sus paisanos se llevaran las mejores piezas. De Roche tomó una decisión rápida. Podía al menos echar una ojeada a los comerciantes ingleses locales y ver entonces si el asunto estaba demasiado difícil para sus hombres.

—Vayamos hacia el pueblo —les dijo a los otros—. Echaremos un vistazo, y si está tranquilo, veremos lo que podemos encontrar. Si hay vigilantes, o una milicia, encontraremos una buena posada para pasar la noche como cualquier otro grupo de viajeros cansados.

Sus hombres estaban cansados después de otro día de camino, pero conversaban y se reían mientras cabalgaban. Parte del oro y la plata acabaría en sus manos, y la noche antes habían encontrado una granja con tres hermanas. De Roche se rascó la

entrepiera al recordarlo, esperando no haber vuelto a pillar algún parásito. Odiaba tenerse que rasurar y desinfectar las partes. Había podido disfrutar el primero de las hermanas, por supuesto, como era su derecho. Sus hombres tenían anécdotas de aquel encuentro para distraerlos durante meses, y él se rió al oír cómo se envalentonaban al contarlas. De Roche había insistido en incendiar el lugar al abandonarlo por la mañana. Dejar testigos podía causarle algunos problemas, mientras que otra ruina quemada más sería ignorada por el ejército que llegara detrás de ellos. Dios sabía que ya había muchas como aquélla.

Vio a Albert que se acercaba a su montura. El viejo llevaba en la familia De Roche desde que él tenía uso de razón, habitualmente como vigilante y adiestrador de caballos, aunque De Roche recordaba a Albert haciendo recados especiales para su padre. Albert no llevaba armadura, pero sí un cuchillo que era casi tan largo como una espada y, como su padre antes de él, a De Roche siempre le había parecido muy útil en las zonas peligrosas.

—¿Qué ocurre, Albert? —preguntó.

—Cuando era chico tenía una tía que vivía por aquí. Había un castillo unas cuantas millas al oeste, con soldados.

—¿Y entonces? —inquirió De Roche, con el ceño fruncido. No era lo más correcto que un sirviente cuestionara su valor delante de los hombres.

—Os pido disculpas, milord. Tan sólo pensé que debíais saber que puede resultar un poco más complicado que una granja con mujeres.

De Roche miró al viejo y parpadeó. ¿Lo estaba insultando? No podía creerlo, pero Albert le estaba mirando fijamente.

—¿Tengo que recordarte que este pequeño periplo no es más de lo que los ingleses recibirán del rey y de su ejército? Se podrían haber marchado, Albert. De hecho, muchos de ellos ya lo han hecho. Los que se han quedado son ilegales; cualquier hombre, mujer y niño. ¡No! Teniendo en cuenta que se han rebelado contra los deseos de su propio rey, son traidores, Albert. Estamos haciendo justicia divina.

Mientras así hablaba, sus tropas pasaron por delante de un campesino que se mantenía con la cabeza gacha. El carro del hombre estaba lleno de chirivías y unos cuantos hombres alargaron la mano y se llevaron un par cada uno. El campesino pareció molestarse, pero sabía que no le convenía decir nada. Aquella imagen alivió en cierta manera la indignación de De Roche. Recordó que Albert no había podido gozar de las mujeres la noche anterior y decidió que el hombre le estaba criticando por despecho.

—Vete al fondo del grupo, Albert. No soy un niño para que me regañes con el dedo levantado.

Albert se encogió de hombros y llevó su montura a un lado para dejar pasar a los demás. De Roche se recompuso, todavía furioso por la insolencia del hombre. Ése no se beneficiaría de las riquezas de Maine, pensó. Cuando se reincorporaran al ejército, De Roche juró que dejaría a Albert atrás a suplicar su comida, y que se calentara



pensando en todos los años que había servido a su familia.

Llegaron a las afueras de la ciudad cuando el sol ya empezaba a ponerse por el oeste, en un día corto de invierno con una larga noche por delante antes de que volviera a asomarse. Para entonces, De Roche se encontraba cansado y sudoroso, aunque se animó un poco al ver el cartel pintado de una posada balanceándose al viento. Él y sus hombres entregaron sus caballos a los mozos del establo, y echaron a suerte cuáles de ellos dormirían con las monturas mientras los otros disfrutaban de una buena noche de sueño. De Roche los llevó dentro y pidió bebida y comida a gritos. No advirtió que el hijo del amo salía unos minutos después del local y corría calle abajo hacia el centro de la ciudad como si lo persiguiera el mismísimo diablo.

**M**argarita soltó una bocanada de aire que no era consciente de haber estado aguantándose. Dos niños pequeños se habían colocado delante de ella mientras entraba en la iglesia, hijos de alguna familia noble. Uno de ellos iba mirando hacia atrás mientras andaban acompasadamente con la música del órgano a través de la muchedumbre, por la puerta de roble del presbiterio. Los niños iban vestidos de rojo y llevaban espigas de romero seco atadas a los brazos. Margarita sentía el olor de las hierbas mientras los seguía. Toda la gente allí reunida parecía llevar flores secas o espigas de trigo doradas conservadas de la cosecha. Susurraban al pasar entre ellos, se volvían a mirarla y sonreían y hacían comentarios en voz baja.

Los niños y las doncellas se detuvieron en el presbiterio, de modo que sólo Yolanda entró con ella, y le dio un apretón en el brazo cuando ella también se apartó para buscar su asiento. Margarita vio a Enrique por primera vez. El alivio le provocó un poco de mareo. Incluso a través de la malla de su velo, pudo comprobar que no era deforme, ni siquiera tenía cicatrices. En cualquier caso, era guapo, con un rostro ovalado, los ojos oscuros y el pelo oscuro y rizado alrededor de las orejas. Enrique llevaba una sencilla corona de oro y su traje de novio tenía escasos adornos, una túnica roja ajustada con un cinturón y larga hasta las pantorrillas, donde unas mallas de lana color crema le cubrían la piel. Por encima llevaba una capa bordada con hilo de oro y sujeta con un broche grueso en el hombro. Ella vio que llevaba una espada en la cadera derecha, una vara de plata pulida decorada con oro. El efecto era de una elegancia discreta, y entonces lo vio sonreír. Se sonrojó, al darse cuenta de que lo había estado escrutando. Enrique se volvió de nuevo hacia el altar y ella siguió avanzando, obligándose a mantener un ritmo lento.

Las notas del órgano se levantaron y la gente allí reunida volvió a charlar, relajando la actitud mientras las grandes puertas abiertas al campo se cerraban a sus espaldas. Pocos de ellos alcanzaban a ver el altar, pero la habían visto entrar y ya estaban satisfechos.

Más allá de la partición, el presbiterio era un espacio mucho más pequeño. A diferencia de la nave principal, allí había sillas y Margarita pasó por filas de lords y damas ricamente engalanados. Algunos se abanicaban por pura costumbre, aunque el aire era frío.

Margarita se sintió estremecer al colocarse al lado de Enrique. Era más alto que ella, observó con satisfacción. Todos los miedos que ni siquiera se había confesado a ella misma se disiparon cuando el viejo abad empezó a hablar en un sonoro latín.

Casi se sobresaltó cuando Enrique se le acercó y le levantó el velo, doblándoselo por encima del pelo. Margarita alzó la vista y él también la miró, consciente de pronto de que nunca antes le había visto la cara en persona. El corazón le latía con fuerza y su temblor empeoró, aunque de alguna manera sentía que desprendía el calor suficiente para quitarle el frío a la iglesia entera. El rey le volvió a sonreír y alguna

parte oculta de su pecho y de su estómago se relajó. Los ojos se le inundaron de lágrimas y se le nubló la vista.

El abad era un hombre adusto, o al menos eso le pareció a Margarita. Su voz llenó la iglesia al preguntar si había impedimentos, ya fuera por compromisos anteriores o por cosanguinidad entre ellos. Margarita observó mientras William entregaba una dispensa papal, envuelta con una cinta dorada. El abad la aceptó con una reverencia, aunque la había leído mucho antes y sólo la miró de manera formal antes de entregársela a uno de sus monjes. Aunque eran primos, sabía que no había lazos sanguíneos entre ellos.

Margarita se arrodillaba cuando Enrique se arrodillaba, se levantaba cuando él se levantaba. El servicio en latín fue una cantinela rítmica y tranquila que parecía pasar por encima y a través de ella. Cuando levantaba la vista, veía la luz de colores que se filtraba por una ventana de coloridos vitrales, adornando el suelo junto al altar de brillantes verdes, rojos y azules. Abrió los ojos de par en par cuando oyó pronunciar su nombre. Enrique se había vuelto hacia ella, y ella lo miró con asombro mientras él le tomaba la mano, hablándole con voz cálida y tranquila.

—Yo os desposo, Margarita de Anjou, para teneros y sosteneros, desde este día en adelante, en la fortuna y en la desgracia, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe, en nombre de la Santa Iglesia. Ésta es mi promesa solemne.

Sintiendo algo muy parecido al pánico, Margarita notó que los ojos de todos los lords y las damas inglesas se centraban en ella mientras se esforzaba por recordar las palabras que debía pronunciar. Enrique le tomó la mano y se la besó.

—Es vuestro turno, Margarita —le susurró.

Ella sintió que la tensión se aligeraba y las palabras salieron por su boca:

—Yo os tomo, Enrique de Inglaterra, para teneros y sosteneros, desde este día en adelante, en la fortuna y en la desgracia, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, para ser vuestra dócil y sumisa esposa, en el lecho y en el hogar, hasta que la muerte nos separe, en nombre de la Santa Iglesia. Ésta es mi promesa solemne.

Las últimas palabras le brotaron apresuradamente y se sintió inmensamente aliviada al haber conseguido pronunciarlo todo sin equivocarse. Oyó a William reírse, y hasta el severo abad sonrió un poco.

Margarita permaneció absolutamente inmóvil mientras su nuevo esposo le tomaba la mano izquierda y le deslizaba un anillo de rubí en el cuarto dedo. Volvió a sentirse mareada, y se esforzó por respirar a fondo dentro de los confines de su vestido. Cuando el abad les pidió que se arrodillaran y se postraran, probablemente se hubiese caído de no ser por el brazo de Enrique que la sostuvo. Colocaron una tela blanca sobre la cabeza de ambos, que le caía por la espalda, de modo que por un momento casi sintió que estaba a solas con su esposo. Al empezar la misa, advirtió que Enrique se volvía hacia ella y lo miró, inclinando la cabeza con expresión intrigada.

—Sois muy bella —le susurró—. William me dijo que debía decíroslo, pero resulta que es cierto.

Margarita iba a responderle, pero cuando él alargó la mano y le tomó otra vez la suya, se sorprendió sollozando como reacción. Enrique la miró de reojo, atónito, mientras el abad proseguía con la parte final del servicio sobre sus cabezas inclinadas.

—Si lo hacemos, no habrá marcha atrás —dijo Thomas, acercándose al barón Strange—. Tan pronto como el rey francés sepa que hay combates en Maine, vendrá raudo como un rayo, con toda su furia. Ya no perderán más tiempo con las fincas y viñedos, catando los vinos y las muchachas de los pueblos. Con la primavera de camino, habrá muerte y destrucción, y la cosa no acabará hasta que estemos todos muertos o les rompamos el espinazo a sus hombres. ¿Lo comprendéis, milord barón? No bastará con matar a unos cuantos y desaparecer por los bosques como Robin Hood o cualquier forajido. Si atacamos esta noche, ninguno de nosotros podrá volver a casa hasta que todo haya acabado.

—No les puedo decir esto a los hombres, Thomas —replicó Strange, mientras se frotaba la cara con gesto fatigado—. No tendrían ninguna esperanza. Están conmigo para vengarse de los franceses, tal vez para cortar algunos cuellos. Pero ¿un ejército entero? La mayoría de ellos siguen esperando que el rey Enrique acabe cediendo, o lord York. Todavía confían en que habrá soldados ingleses que vendrán a salvarnos. Si eso no ocurre, se hundirán y se darán a la fuga.

Thomas Woodchurch movió la cabeza, sonriendo con ironía.

—No huirán, a menos que os vean marcharos, o a mí muerto, quizás. Conozco a estos hombres, barón. No son más fuertes que los franceses. No son capaces de luchar más tiempo que ellos sin perder las fuerzas. Pero son asesinos, barón, todos y cada uno de ellos. Disfrutan matando a otro hombre con una buena lanza, rodeados de sus amigos. Humillan al cobarde como el demonio... y no son de los que salen corriendo.

Un leve silbido interrumpió su conversación. Thomas se conformó con una última mirada significativa y luego se puso a esperar de pie en las sombras. Había luna y tenía una buena vista del camino delante de ellos.

Vio a un caballero con la cabeza descubierta que salía tambaleándose de la posada con el casco bajo el brazo y la mano que le quedaba libre manoseándose la entrepierna. Le siguieron dos más, y Thomas comprendió que buscaban un lugar en el que orinar. A los hombres les llevaba un tiempo sacarse la bragueta metálica. Thomas recordó el olor en plena batalla, cuando los hombres se orinaban y defecaban encima y dejaban que sus esbirros los limpiaran al acabar el combate.

Thomas procedió tranquilamente a colocar una flecha en la cuerda de su arco. Los quería ver salir a todos y su mente elucubraba sobre la mejor manera de hacerlo. Si dejaba que la compañía francesa se atrincherara dentro, podían estar días enteros allí,

con comida, bebida y toda la comodidad. Se volvió hacia el barón mientras suspiraba.

—Los haré salir —afirmó—. Sólo tenéis que llamar al ataque cuando sea el momento. Que nadie se mueva y que nadie vaya a buscarme, pase lo que pase. ¿Lo entendéis? Pasadlo. Ah, y decidles a los hombres que no me disparen por la espalda.

Mientras el barón Strange desaparecía en la oscuridad, Thomas volvió a guardar su flecha en la funda y apoyó el arco contra una pared. Se palpó la cadera para asegurarse de que seguía teniendo su cuchillo de caza. Con el corazón latiéndole con fuerza, salió a la luz de la luna y se dirigió hacia los caballeros franceses.

Uno de ellos ya gemía de alivio mientras orinaba a un lado del camino. Los otros se reían de él cuando Thomas se les acercó por detrás, de modo que no advirtieron su presencia hasta que se encontró a escasos pasos de ellos. El que estaba más cerca se sobresaltó y soltó un taco, y luego se rió de su propia reacción, al darse cuenta de que el intruso era un hombre solo.

—¡Otro campesino! Está claro que crían como conejos, esta gente. Largaos, monsieur, y dejad de molestar a vuestros superiores.

Thomas vio que el caballero se mantenía con dificultad sobre las piernas. Lanzó un grito y lo empujó, haciéndolo caer con un gran estrépito.

—¡Malditos franceses bastardos! —gritó—. ¡Iros a casa!

Otro de los tres lo miraba parpadeando, atónito, y Thomas se lanzó contra él y le lanzó una patada en la pierna. Ése también cayó al suelo y se empezó a agitar rabiosamente mientras trataba de levantarse.

—Esta noche has cometido un error, hijo —exclamó el tercer caballero. Parecía un poco más equilibrado y Thomas retrocedió al verlo sacar la espada.

—¿Qué? ¿Pensabas que podías atacar a un hombre de honor sin pagar las consecuencias?

El caballero avanzó hacia él.

—¡Ayuda! —gritó Thomas, y, luego, en un momento de inspiración, recurrió a la frase francesa que conocía igual de bien—. *Aidez-moi!*

El caballero lo amenazó, pero Thomas se apartó de su alcance con un movimiento rápido. Pudo oír resoplar al hombre, después de una larga noche bebiendo en la posada. Si todo salía mal, Thomas calculaba que todavía tendría la opción de salir corriendo.

El primer caballero al que había empujado se estaba intentando levantar ruidosamente cuando la puerta de la posada se abrió de golpe y una docena de hombres en cota de malla salieron empuñando sus espadas. Vieron a un campesino bailoteando alrededor de un caballero cada vez más frustrado y algunos de ellos se rieron y le gritaron.

—¿No puedes atrapar al diablo, Pierre? ¡Prueba con una estocada, hombre! ¡Sácale el hígado!

El caballero en cuestión no respondía, obsesionado como estaba en matar al campesino que le había enfurecido.

Thomas empezaba a sudar. Advirtió que uno de los tres primeros había sacado una daga estrecha e intentaba rodearlo, ya fuera para atacarle o para agarrarlo y que Pierre pudiera clavarle la daga más larga. Thomas oía la visita sofocada del hombre, casi demasiado borracho como para tenerse de pie, pero cada vez más cerca de él.

Oyó a Strange gritar una orden y Thomas se lanzó al suelo.

—¡Ha caído! —oyó que alguien decía, encantado, en francés—. ¿Se ha caído? ¿Pierre?

La voz se ahogó cuando el aire se llenó de flechas, con un sonido de ráfaga y carnoso a medida que iban alcanzando a los caballeros, empujados hacia atrás cuando las flechas los alcanzaban. Rugían y gritaban, pero las flechas seguían lloviendo, atravesando armaduras y cotas de malla para hacer brotar la sangre a borbotones.

Thomas levantó la vista y vio al caballero que lo había atacado mirando atónito las flechas emplumadas que le salían de la clavícula y de uno de los muslos. El hombre emitió un sonido de horror e intentó volverse para enfrentarse a sus atacantes invisibles. Thomas se levantó detrás de él mientras el caballero se tambaleaba y arrastraba la pierna herida. Con expresión seria, Thomas desenfundó el cuchillo y se le acercó, sujetando con fuerza el casco del guerrero. Le echó la cabeza hacia atrás mientras el hombre sufría espasmos de pánico, revelando los eslabones de metal que le protegían la garganta. Usando la pesada cuchilla a modo de martillo, Thomas golpeó con toda la fuerza de su brazo, pasando a través del hierro más fino y cortando profundamente antes de accionar el cuchillo hacia delante y hacia atrás. El caballero se puso rígido, asfixiándose y sollozando mientras Thomas se apartaba y lo dejaba caer.

La mayoría de caballeros yacían por el suelo, aunque algunos de los heridos se situaban alrededor del que debió de haber sido su cabecilla. De Roche contempló con terror a docenas de hombres con ropas oscuras y armados con largos arcos que emergían de las calles laterales y descendían como arañas de los tejados, agrupándose silenciosamente.

El posadero había salido a la puerta y se santiguó al ver la presencia de la muerte. Thomas le indicó con gesto rabioso que se volviera a meter dentro y el hombre desapareció hacia el interior cálido y alegre de la posada.

—¡Monsieur! —le gritó De Roche—. Me podéis retener y pedir un rescate. ¿Queréis oro?

—Oro ya tengo —respondió Thomas.

De Roche miró a su alrededor, y se dio cuenta de que él y los cuatro caballeros heridos estaban rodeados.

—¿Entendéis que el rey de Francia está a pocas millas de aquí, monsieur? Él y yo somos como hermanos. Dejadme vivir y no habrá represalias, no en esta ciudad.

—¿Me lo prometéis? ¿Por vuestro honor? —preguntó Thomas.

—¡Sí, por mi honor! Lo juro.

—¿Y qué hay del resto de Maine? ¿Dejaréis el territorio en paz? ¿Retirará vuestro

rey a sus hombres?

De Roche vaciló. Quería asentir, pero habría sido una mentira tan obvia que se quedó mudo. Su voz perdió su tono de desesperación.

—Monsieur, si estuviera en mis manos conseguir una cosa así, lo haría, pero no es posible.

—Muy bien. Que Dios os acompañe, milord.

Thomas murmuró una orden a los arqueros que lo rodeaban mientras el barón francés gritaba y levantaba las manos. Una de las flechas le cruzó la palma de la mano.

—Examinad los cadáveres —dijo Thomas, sintiéndose viejo y cansado—. Degolladles para estar seguros. No pueden quedar testigos.

Los hombres se pusieron manos a la obra como si se tratara de una matanza de cerdos o de patos. Un par de caballeros patearon un poco mientras acababan con ellos, pero no tardaron demasiado en hacerlo.

Rowan se dirigió hacia su padre con el arco en la mano. A la luz de la luna parecía muy pálido. Thomas le dio una palmadita en la espalda.

—Un trabajo feo —dijo.

Rowan levantó la vista hacia el camino lleno de hombres muertos.

—Sí. Se enfadarán cuando se enteren —dijo Rowan.

—Perfecto. Los quiero bien enfadados. Los quiero tan furiosos que apenas puedan pensar, y quiero que nos ataquen como lo hicieron en Agincourt. Entonces yo era sólo un niño, Rowan. Casi demasiado joven para acarrear los barriles de agua para el viejo sir Hew. Pero lo recuerdo todo. Ése fue el día en que empecé a entrenarme con el arco, y no he dejado de hacerlo hasta hoy.

Londres era sencillamente sobrecogedor, demasiado para ella. Margarita había cabalgado con su nuevo esposo desde la abadía de Titchfield hasta Blackheath, donde vio el Támesis por vez primera y, en aquel momento, su primer cadáver hinchado flotando en la superficie.

La celebración del rey había sido bendecida con un día espléndido, con el cielo de un tono azul claro y el aire muy frío. El alcalde y sus concejales la habían recibido allí, vestidos con levitas azules y capuchas escarlata. La procesión tenía un aire de alegría y fiesta mientras Margarita era guiada hasta una amplia carroza de ruedas tirada por caballos engalanados de satén blanco. A partir de este punto, fue hasta donde la llevaban, aunque miraba a su nuevo esposo que cabalgaba a su lado cada vez que podía. La comisión se abrió camino hasta que se detuvo cuando llegaron al enorme puente que cruzaba el río, uniendo la capital con los condados del sur y la costa. Margarita intentaba no quedarse boquiabierta como una niña pueblerina, pero el Puente de Londres era increíble, casi una ciudad por derecho propio que se extendía a lo ancho del agua formando arcos de ladrillos claros. Su carroza pasó por

docenas de talleres y casas construidos en el propio puente. Había incluso letrinas públicas, y se sonrojó al ver las tablas flotando en el agua, colocadas con asientos circulares. Su carroza siguió avanzando, mostrándole una maravilla tras otra, hasta detenerse en el centro del puente. Había edificios de tres plantas alineados a ambos lados, y una pequeña zona con un escenario donde habían cubierto la suciedad del suelo con unas tablas limpias. Dos mujeres esperaban allí, pintadas y ataviadas como diosas griegas. Margarita las miró mientras se acercaban y le pusieron guirnaldas de flores alrededor del cuello.

Una de ellas se puso a declamar unos versos por encima del barullo de la muchedumbre y Margarita sólo logró entender que hablaban en favor de la paz antes de que un golpe de fusta hizo que la carroza siguiera avanzando y la escena quedara atrás. Alargó el cuello y vio a Yolanda cabalgando de lado con su esposo Frederick. Al mirarse, las dos mujeres tuvieron que esforzarse por no echarse a reír de goce y maravilla.

Los hombres del alcalde siguieron desfilando con la comitiva por las calles, acompañados de más gente de la que Margarita nunca había sabido que existía. La ciudad entera parecía haberse detenido para verla pasar. Seguramente no podía haber más hombres y mujeres de los que ella veía. La gente se apiñaba los unos contra los otros, encaramados a edificios y sentados a los hombros de amigos para poder ver a Margarita de Inglaterra. Sentía el ruido de sus ovaciones en la piel, y los oídos le dolían.

Margarita llevaba horas sin comer, un pequeño detalle que había pasado desapercibido por la vasta organización de su paseo por la capital de su marido. El olor de las calles, de alguna manera, le quitaba el apetito, pero cuando alcanzó la abadía de Westminster se sentía débil por el hambre. Los caballos de su carruaje pudieron descansar y el propio Enrique la tomó de la mano para guiarla dentro.

Le resultaba extraño sentir el calor de su mano en la de ella. No había estado muy segura de lo que debía esperar después de su boda en Titchfield, pero en los días que siguieron no la habían dejado nunca sola con el joven rey. William y lord Somerset en particular parecían decididos a alejarlo de su lado en cada ocasión. De noche dormía sola, y cuando quiso saber, y luego exigió saber, dónde estaba el rey, los sirvientes le respondieron mansamente que había cabalgado hasta la capilla más cercana para pasar la noche rezando. Empezaba a preguntarse si lo que su padre decía de los ingleses era cierto. No había muchas mujeres francesas que conservaran la virginidad una semana entera después de su boda. Margarita tomó la mano de Enrique con firmeza, para que él la mirara. No vio más que felicidad en sus ojos mientras la escoltaba por los adoquines blancos hacia el interior de una de las abadías más antiguas de Inglaterra.

Margarita reprimió un grito al encontrarse ante un espacio más magnífico incluso que el de la catedral de Tours, con un techo abovedado que se elevaba al cielo mediante varas de piedra. Había gorriones que cruzaban el aire frío de la nave, y



pensó que seguramente podía sentir la presencia de Dios en aquel espacio abierto.

Bancos de madera repletos de gente que llenaban la antigua iglesia. Ante la visión de tantas personas juntas, las piernas le flaquearon unos instantes y Enrique tuvo que sujetarla por la cintura.

—Ya falta menos —la animó sonriendo.

Una plétera de obispos con báculos dorados se colocaron delante de ella y Margarita se dejó guiar hasta los tronos gemelos, donde ella y Enrique se postraron ante el altar y recibieron la bendición antes de sentarse frente a miles de caras desconocidas. Margarita las recorrió con la mirada y se detuvo ante la visión de su padre en primera fila, con actitud engreída y satisfecha. En aquel momento, el día perdió parte de su gloria, pero Margarita se esforzó por saludar con un gesto de la cabeza a la babosa. Supuso que a cualquier padre le gustaría ver a su hija convertida en reina, pero él ni siquiera había asistido a su boda, y ni se había molestado en informarla que iba a interrumpir sus viajes para cruzar a Inglaterra.

Entre los presentes había quien comía y bebía, disfrutando del ambiente de fiesta. A Margarita le rugió el estómago cuando vio circular pollo asado a lo largo de una fila. Le colocaron una larga capa blanca y dorada sobre los hombros y el arzobispo inició la ceremonia en latín.

Le pareció que pasaba una eternidad mientras esperaba a que terminara, intentando no moverse. Al menos ahora no tenía que recordar ningún voto, como esposa y reina; proteger la seguridad del reino no era su responsabilidad. El arzobispo hablaba y hablaba, llenando el espacio con sus palabras.

Margarita sintió el peso de una corona encima de la cabeza. De manera instintiva, alargó la mano y tocó el frío metal, justo cuando la congregación rompió en una gran ovación. Se mordió el labio, sintiendo que le fallaban los sentidos, pero consiguió no desvanecerse. Era reina de Inglaterra y Enrique la tomó del brazo y la guió por el pasillo hacia la salida del templo.

—Estoy tan encantado —dijo, por encima de las voces y los aplausos—. Necesitamos una tregua, Margarita. No puedo pasarme las noches rezando. De vez en cuando, tengo que dormir, y sin una tregua me temía lo peor. Ahora sois reina, y yo puedo detener mi vigilia.

Margarita miró a su marido sin entenderle, pero él sonreía, de modo que se limitó a asentir con la cabeza y a seguir andando hacia el sol de Londres para que la viera la muchedumbre.

Los árboles tenían ya brotes verdes, mecidos por ráfagas de viento frías de pleno invierno. Thomas anhelaba los días más cálidos, aunque sabía que con ellos entrarían los franceses en Maine. Había pasado un mes desde que él y sus hombres habían matado a los caballeros franceses y a su barón. Hasta Strange había tenido que admitir que su primera dosis de venganza había animado el reclutamiento. El

episodio por sí solo consiguió atraer a su grupo a hombres que ya estaban dispuestos a dejar Francia atrás. Se habían unido a su pequeña fuerza, duplicando sus filas.

Thomas miró a un lado a su hijo, que yacía boca abajo entre los matorrales, y sintió una punzada de orgullo por el hombre en que Rowan se había convertido, antes de que la idea lo amargara un poco. No quería ver cómo mataban a su chico, pero tampoco podía pedirle que se marchara, ahora no. Demasiados de ellos buscaban en Thomas la fe y la seguridad de lo que habían empezado, de modo que si mandaba a Rowan a Inglaterra para que estuviera a salvo con su madre y sus hermanas, sabía cómo se interpretaría. La mitad de ellos lo abandonarían, eligiendo salvarse.

Thomas percibió movimiento a lo lejos y se incorporó, consciente de que su cabeza levantada resultaba prácticamente invisible para quien fuera que se acercaba. Vio a unos jinetes que cabalgaban al paso como para no dejar atrás a los hombres que caminaban junto a ellos.

—¿Los ves, Rowan? Hoy Dios nos sonrío, muchacho, te lo digo. Realmente nos sonrío.

Rowan se rió en silencio, oculto todavía entre la maleza.

Juntos, observaron el grupo que avanzaba lentamente por el camino. Había quizá unos cuarenta jinetes, pero Thomas se fijó más en los hombres que iban a pie. Eran los que él había venido a ver y llevaban arcos muy parecidos al de él. El doble de los soldados a los que acompañaban, los arqueros valían su peso en oro, según los cálculos de Thomas.

Cuando el grupo se encontraba a tan sólo unos cientos de metros de distancia, Thomas se levantó y se puso a esperarlos. Se aseguró de que su arco resultara visible, aunque sin tensar la cuerda, consciente de que temerían sufrir una emboscada tan adentro de Maine. Advirtió el estremecimiento que recorrió al grupo cuando se fijaron en el par de desconocidos que había junto al camino, y a Thomas no le resultó difícil identificar al hombre que daba órdenes a los demás. Había dejado atrás al barón Strange, pero una parte de él deseaba que estuviera allí. Los nobles tenían su propio estilo y maneras, y este que se acercaba desconfiaba ciertamente lo bastante de los desconocidos.

—Si es una trampa —murmuró Thomas—, sal corriendo, Rowan, como una liebre por el bosque, ¿entendido?

—Entendido —asintió Rowan.

—Buen chico. Quédate aquí, entonces... y corre si me apresan.

Thomas se acercó un poco más al grupo, que se había detenido nada más verlo. Sintió la presión de más de cien hombres mirando hacia él y los ignoró, concentrándose en el que los encabezaba.

—¿Woodchurch? —lo llamó el hombre, todavía a veinte pasos de allí.

—Ése soy yo —contestó Thomas.

El lord pareció tranquilizarse.

—Soy el barón Highbury. Éstos son mis hombres. Me han dicho que organizaríais

una pequeña expedición de caza si os encontraba por aquí.

—Lo que os han dicho es correcto, milord.

Thomas llegó donde estaba el hombre y estrechó con firmeza la mano enguantada que le tendía. Highbury llevaba una enorme barba negra que acababa en una línea recta, cortada a lo ancho como si fuera una pala.

—El duque de York insistió mucho en que no hubiera expediciones privadas a Maine, maese Woodchurch. Mis hombres y yo no estamos aquí, ¿entendido? Sin embargo, si estamos cazando ciervos y nos cruzamos con una pandilla de violadores y asesinos franceses, no podré responder de la conducta de mis hombres, no en estas circunstancias.

Había rabia tras la sonrisa del hombre, y Thomas se preguntó si era uno de éstos cuya familia o amigos habían sufrido. Asintió, aceptando las reglas.

—¿Venís de muy lejos, milord? —le preguntó.

Highbury resopló.

—Estas últimas semanas, desde Normandía. Antes de eso, mi familia tenía una pequeña finca rural en Anjou. Espero quizá volver a verla algún día.

—Eso no os lo puedo asegurar, milord. Pero habrá una buena cacería en Maine, eso os lo prometo.

—Eso deberá bastar de momento, ¿no es cierto? Guiadnos, entonces, Woodchurch. Supongo que tenéis algún tipo de campamento, ¿no? Mis hombres necesitan descansar.

Thomas se rió, y sintió instintivamente aprecio por aquel hombre.

—Así es, milord. Acompañadme.

Emprendió el camino al trotecillo con los arqueros ingleses, sin advertir en su manera de correr ninguna señal de cansancio. Rowan los alcanzó y Thomas presentó a su hijo a los hombres que los rodeaban. Se fijaron más en su arco que en el hombre, lo que hizo reír a Thomas.

—Podéis mediros contra mi hijo en el campo de tiro, muchachos. Apuesto un *noble* de oro por él.

La idea animó a los hoscos arqueros mientras corrían con ellos.

—¿Os gusta apostar, no? —le dijo Highbury desde atrás—. Apuesto dos *nobles* por mis hombres.

Thomas se tocó la frente en señal de aceptación. El día había empezado bien y no haría más que mejorar. Intentó olvidarse del ejército francés que cruzaba los campos y los valles hacia Maine.

La sorpresa era cosa extraña, pensó Thomas para sus adentros. Podía sentirlo como si se tratara de monedas en su mano: pesadas y valiosas, pero algo que podía gastar una sola vez. Había visto ejércitos franceses en el pasado, pero nada como las filas ordenadas que marchaban por un camino principal en el sur de Maine. Los soldados que había visto en su juventud eran miserables pedigüños, muertos de hambre y vestidos con cualquier casaca raída que habían conseguido hurtar. En el aire apacible, pudo oír voces francesas cantando y movió la cabeza con irritación. Aquel sonido le ofendía en lo más profundo.

Los ingleses reclutaban a sus soldados de las partes más pobres de ciudades como Newcastle, York, Liverpool y Londres, de minas y campos, o entre los aprendices que habían abandonado a sus amos y no tenían donde caerse muertos. Él mismo había sido voluntario, pero había muchos más que estaban demasiado borrachos como para resistirse a un golpe en la cabeza cuando los reclutadores pasaban por sus pueblos. La manera en que ocurría no importaba. Una vez dentro ya no había marcha atrás, sin importar lo que tuvieran previsto para su vida. Para algunos resultaba excesivo, estaba claro, con castigos terribles para los que intentaban escapar. Aunque un desertor huyera en una noche sin luna, una vez en casa sería denunciado por sus propios parientes, deseosos de cobrar la recompensa por devolver a un hombre del rey.

Los pensamientos de Thomas eran oscuros cuando recordaba sus primeros meses de entrenamiento. Se había presentado voluntario después de darle a su padre la paliza que llevaba mucho tiempo mereciendo. Su única opción fue alistarse si no quería enfrentarse a la justicia cuando el viejo se despertara con los dientes rotos. Tantos años más tarde, Thomas tan sólo lamentaba no haberlo matado entonces. Su padre había muerto hacía tiempo, y no le dejó más que el mismo temperamento violento siempre a punto de aflorar.

Había conocido a Derry Brewer el primer día, cuando cuatrocientos muchachos intentaban aprender a marchar juntos y acompasadamente. Ni siquiera vieron una sola arma aquel mes, tan sólo ejercicios interminables para ponerse en forma. Derry había sido capaz de ganarlos a todos a la carrera e incluso de derribar a un hombre a puñetazos al final. Thomas movió la cabeza, como para alejar aquellos recuerdos que se habían hecho amargos. Él y Derry habían sido amigos en el pasado, pero fue Derry quien había entregado las tierras de Woodchurch, Derry el responsable del diabólico pacto que entregaba Anjou y Maine. Sin importar lo que pasara a partir de entonces, ellos dos ya no eran amigos.

Thomas contempló a sus hombres, que aguardaban a la entrada del bosque. Se rió al ver la lana teñida de verde que utilizaban, y exclamó que eso no había ayudado al viejo Robin Hood. Habían tenido que sacrificar tiempo de práctica con el arco para combinar azul añil con un tinte amarillo y fabricar aquel tono intenso. Y aun así,

Thomas tuvo que admitir que Strange tenía razón sobre este asunto al menos. Incluso cuando un hombre sabía dónde estaban, los arqueros resultaban muy difíciles de ver cuando estaban esperando agachados. Thomas trató de identificar a Rowan entre ellos. No había visto ningún síntoma de la rabia de su familia en su hijo, lo que tal vez era el resultado de la leche materna, comparado con el vinagre y la bilis de su linaje. O tal vez la vería aparecer en la matanza, como le había sucedido a él. Eso era otra cosa que Derry y él habían compartido. Ambos poseían una furia que sólo crecía ante la violencia. Por muy fuerte que atacaran, seguía allí, detrás de sus ojos, dando zarpazos y arañando para que la soltaran. Tan sólo hacía falta despertarla.

Lentamente, Thomas volvió hacia las filas de luchadores que caminaban o cabalgaban por el camino como si se dirigieran en romería a celebrar un santo. Los franceses no llevaban avanzadilla, y observó que iban bien abrigados y llevaban picas y espadas en buen estado. Hasta había una sección de arqueros, que avanzaba con sus armas enfundadas y apoyadas a los hombros. Thomas apretó la mandíbula, asqueado por todos ellos.

Más atrás, podía distinguir a la comitiva real francesa, trotando con bellos caballos grises con las cabezas adornadas con llamativos tocados rojos o azules. Era ya primavera y Anjou quedaba detrás de ellos. Todos aquellos hombres habían pasado meses emborrachándose y embobándose con vino robado. Thomas mostró los dientes, sabiendo que no lo veían. Sus dos docenas de flechas estaban listas y se había gastado parte del oro que había ganado con la lana y las ovejas en preparar todas las que pudo durante el largo invierno. Una cosa estaba clara: sus hombres no podrían recuperarlas después de usarlas.

Por unos instantes, se planteó dejar que el rey francés se le acercara antes del ataque. Su causa no podía más que verse favorecida si una flecha se clavaba en la garganta real, y la noticia recorrería Francia como una campanada, haciendo saber a todos los hombres que Maine presentaría batalla. Pero la guardia personal del rey podía permitirse protecciones de metal más grueso. Muchos de ellos llevaban capas adicionales de cuero y tejido acolchado bajo las armaduras. Eso representaba un peso enorme, pero todos ellos eran hombres altos y potentes, lo bastante fuertes para luchar bajo la carga añadida.

Thomas vaciló, sintiendo la responsabilidad y la ventaja que le daba de nuevo el efecto sorpresa. Una vez que hubiera pasado, él y sus hombres se enfrentarían a un ejército furioso despojado de su confort, un ejército con cientos de jinetes que los perseguirían como zorros por entre los árboles y los prados. Ya había visto algo semejante y conocía la amarga realidad de ver a arqueros atrapados a cielo abierto, incapaces de defenderse antes de ser degollados. No podía permitir que algo así le sucediera a Rowan, o a Strange, o a Highbury o a cualquiera de los otros que dependían de él. Thomas no estaba muy seguro de cuándo se había convertido en líder de su heterogéneo grupo, pero hasta Highbury había aceptado su mando, en especial después de que él y Strange hubieran casi llegado a los golpes en una

discusión sobre sus mutuos ancestros.

Thomas sonrió para sus adentros. Había sido una velada agradable, con sus hombres cantando y riendo alrededor de una hoguera en el bosque. Tal vez Robin Hood hubiera conocido noches como aquélla, con sus hombres vestidos de verde Lincoln.

Tomó su decisión. El rey tenía que ser un objetivo. Una flecha afortunada bastaría para acabar con todo, y no podía echar a perder aquella oportunidad. El ejército francés siguió avanzando, tan sólo doscientos metros más por entre arbustos y matorrales antes de que los árboles se abrieran a un inmenso bosque. En Agincourt, Inglaterra había movilizado a seis mil hombres capaces de hacer diana en un objetivo del tamaño de una cabeza desde aquella distancia y luego volver a hacerlo diez o hasta doce veces por minuto. Había tenido a los arqueros de Highbury y a sus propios veteranos practicando cada día hasta que fueron capaces de superar su prueba personal: cuando sus brazos derechos eran lo bastante fuertes y lo bastante fornidos como para romper dos nueces con el interior del codo.

Thomas se levantó lentamente en la penumbra, mientras hacía respiraciones largas y lentas. Durante un cuarto de milla, los hombres se fueron levantando a su vez, golpeando nerviosamente sus arcos con los dedos para darse suerte. Se llevó una corneta de caza a los labios e hizo sonar una nota áspera, para luego dejarla caer colgada de su cuello, y avistó a su primer objetivo.

Los soldados franceses que estaban más cerca se volvieron sorprendidos al oír el sonido de la corneta. Thomas apuntó con el arma a un caballero en armadura que cabalgaba a lo largo de la fila de picas para ver lo que estaba ocurriendo. Algunos de ellos señalaban en dirección a los árboles y el hombre hizo girar su caballo, levantó su visor y miró hacia la arboleda.

Thomas era incapaz de leer, ni siquiera aunque hubiera aprendido a hacerlo. Los libros, de cerca, le emborronaban la vista, pero de lejos conservaba una visión de arquero. Vio al caballero hacer un movimiento brusco al ver o presentir algo.

—Sorpresa —susurró Thomas. Disparó y el caballero recibió la flecha en el centro de la cara mientras iba a gritar, lo que le hizo desequilibrarse hacia atrás sobre las ancas de su montura y caer sobre los piqueros que lo rodeaban.

A lo largo de toda aquella fila, las flechas surgían por entre los árboles, una y otra vez con un ritmo que Thomas conocía tan bien como su propia respiración. Por eso los había hecho entrenar una y otra vez hasta que tenían los dedos hinchados como granos de uvas. Sus arqueros buscaban las flechas que habían caído sobre la tierra oscura y las recuperaban para volverlas a colocar en el arco con ágil suavidad. A Thomas le encantaba oír el ruido que hacían las flechas al salir disparadas. Un cuarto de milla y doscientos hombres disparando una y otra vez contra las filas armadas.

Los soldados franceses se amontonaban presas del pánico, gritando indefensos mientras eran destrozados por las flechas. Cientos de ellos caían o se tiraban al suelo y Thomas lanzó un grito de desafío al ver a la propia guardia del rey tambalearse y

caer.

Los caballeros que rodeaban al monarca se amontonaban y se apresuraban a levantar sus escudos alrededor del rey Carlos mientras gritaban órdenes. El sonido de las trompas resonó por todo el valle y Thomas pudo ver a mil hombres saliendo a la carga. Caballeros franceses y soldados a caballo espoleaban a sus caballos mientras desenfundaban sus espadas y galopaban hacia la pista que había quedado fuera de sus filas, la brecha ensangrentada que parecía la enorme huella de un gigante.

Thomas disparó tres de sus flechas de punzón en dirección al rey antes de volver a concentrarse en los hombres que había delante de él. La destrucción era incluso mayor de lo que él había esperado, pero eso significaba menos objetivos a los que apuntar y vio docenas de flechas errar el tiro.

—¡Apuntad a los caballeros y a los caballos! —rugió a sus filas.

Vio a un centenar de arqueros volviéndose casi al unísono, buscando los mismos objetivos. Más de un caballero galopando al rescate fue víctima de una lluvia de flechas, para caer muerto antes de llegar al suelo. Thomas maldijo al ver al rey agitándose en su silla, visiblemente vivo aunque los nobles que lo rodeaban tuvieran todos sus armaduras ensangrentadas. Empezaron a trasladar al rey hacia atrás a través de las filas de hombres que llegaban, mientras los arqueros seguían disparando sin cesar, hasta que al buscar sus flechas sus dedos ya no encontraban ninguna.

Thomas comprobó su propia bolsa, como lo hacía siempre, aunque consciente de que estaba vacía. Había gastado veinticuatro flechas en lo que pareció un instante y, para entonces, el ejército francés parecía como si un tonto hubiera pisoteado un nido de avispas. A medida que la lluvia de flechas empezaba a amainar, volvieron poco a poco a formar por encima de las pilas de muertos.

Era el momento de huir. Thomas había estado contemplando aquel caos con deleite, grabando la escena en su mente. Pero había llegado la hora y alejó su atención del enemigo. Una última mirada le confirmó que el rey francés seguía vivo y estaba siendo escoltado hacia la retaguardia por sus hombres. Thomas se dio cuenta de que resoplaba e hizo un esfuerzo por respirar hondo y hacer sonar la trompa.

Al oír la señal, su fila de arqueros se rompió al instante, dieron la espalda a los franceses y salieron corriendo por entre los árboles. Sonaron más trompas detrás de ellos y, una vez más, Thomas conoció el terror insoportable de ser cazado.

Respirando con dificultad, se apresuró por entre los arbustos y alrededor de los árboles, y se hirió un hombro con una rama cuando intentaba ocultarse bajo la misma y cayó, sólo para volver a levantarse y salir a toda velocidad. Oía resollar a los caballos que golpeaban el suelo mientras los caballeros alcanzaban el límite del bosque y se adentraban en él.

Por su izquierda vio a uno de sus hombres caer, mientras aparecía de la nada un caballero francés que apuntaba con una lanza a la espalda del hombre mientras se ponía de pie. Thomas retomó velocidad, horrorizado al ver lo rápido que los franceses se habían recuperado. Deseó con todas sus fuerzas que fuera sólo un caballero que se

había avanzado, porque si todos eran tan rápidos como él, perdería a la mitad de sus hombres antes de que pudieran alcanzar los prados de más allá.

Oyó las herraduras de los caballos que se acercaban cada vez más, con el tintineo de los arneses, y dio un bandazo de manera instintiva al oír una voz francesa que juraba cuando un caballero erraba el golpe. La punta de la lanza del hombre cayó y se clavó en la tierra, aunque el caballero fue lo bastante astuto como para no sujetarla. Thomas no se atrevió a mirar atrás, aunque oyó cómo desenfundaban una espada por encima del ruido de sus propios pasos. Se encogió, esperando el golpe mientras el bosque se aclaraba delante de él y era consciente que había recorrido media milla más rápido de lo que lo había hecho en su vida.

Thomas salió al sol de primavera y se encontró frente a una línea de arqueros con los arcos levantados hacia él. Se lanzó al suelo y ellos dispararon rápidamente por encima de su cabeza. Oyó los gritos de un caballo y, mientras yacía resoplando, volvió la vista atrás por primera vez para ver a su perseguidor caer al suelo a toda velocidad al tiempo que su caballo se derrumbaba con los pulmones perforados.

Thomas se forzó a levantarse y seguir andando, con el rostro enrojecido y resoplando mientras se tambaleaba hacia la fila y el segundo juego de flechas que le habían preparado. Dio gracias a Dios por que los hombres más jóvenes hubieran sido más rápidos que él por aquel terreno rocoso. El caballero caído estaba empezando a incorporarse cuando Thomas cargó una nueva flecha y le atravesó el cuello con ella.

El prado era más ancho que profundo, una franja abierta de helechos y arbustos de espinos, con unos cuantos robles tenaces alrededor de un pantano. Había sido un lugar lógico para que sus hombres se recogieran, fruto de la sabiduría local de unos chicos que habían jugado y cazado renacuajos en aquel paraje cuando eran niños.

Thomas buscó por la fila a Rowan y respiró aliviado al verlo junto a los demás. Habían perdido a unos cuantos hombres en la huida apresurada por los bosques, pero, antes de poder llamar a su hijo, de entre los árboles aparecieron un grupo de caballeros levantando una polvareda de ramas y hojas mientras cabalgaban hacia la luz del sol.

Murieron al instante, acribillados a medida que entraban en el espacio abierto. Entre ellos había algunos de los últimos arqueros de Thomas, algunos de los cuales murieron por las heridas recibidas. Un par de ellos cayeron víctimas de sus amigos, que dispararon a cualquier cosa que vieron moverse.

Thomas esperó, intentando controlar su corazón acelerado. Oía golpes y trompas sonando por el bosque, pero el número de hombres que los alcanzaba menguó hasta cero, y él se quedó allí, esperando. Sorpresa. Lo había agotado todo. Los franceses sabían que estaban luchando por Maine. Maldijo en voz alta ante la idea de que el rey francés siguiera todavía entre los vivos. Una flecha disparada en el lugar oportuno hubiera bastado para ganarlo todo en un día, tal vez incluso hubiera salvado sus tierras y a su familia.

Esperó un tiempo, pero no apareció ni un caballero más, y Thomas buscó su



trompa, pero no estaba, y se dio cuenta de que tenía una franja dolorosa en el cuello donde antes estuvo el instrumento. No recordaba habérsela arrancado y se frotó, confuso, el cuello enrojecido antes de llevarse los dedos a los labios para emitir un silbato agudo.

—¡Atrás! —gritó, haciendo un gesto con el brazo derecho dolorido. Se volvieron de inmediato y se pusieron a trotar a toda velocidad hacia la arboleda de atrás. Thomas vio a un par de hombres que acarreaban a un compañero, mientras que otros quedaban atrás, sangrando y gritando en vano. Cerró los oídos a las voces que gritaban a su espalda.

Margarita adoraba la Torre de Londres. No sólo por el hecho de que, a su lado, el castillo de Saumur parecía la cabaña de un carbonero. La Torre era un conjunto de edificaciones tan grande como un pueblo por derecho propio, delimitado por unas murallas inmensas y sus puertas de entrada. Era una antigua fortaleza que protegía la ciudad más poderosa de Inglaterra, y Margarita había empezado a explorar todos sus rincones, haciéndola suya mentalmente como había hecho con el Salón del Cuervo y los pasadizos secretos de Saumur.

Londres en primavera traía brisas frescas que no eran del todo capaces de llevarse el hedor de la ciudad. Incluso donde habían sobrevivido las canalizaciones romanas, las fuertes lluvias hacían aflorar la suciedad a la superficie, que fluía como una ola ladera abajo. En la mayoría de calles se echaban potes de orines y heces sobre la gruesa capa de excrementos humanos y animales, en la que se mezclaban vísceras de animales en descomposición y la sangre de los cerdos sacrificados. El hedor era indescriptible, y Margarita se había fijado en los zuecos de madera que los londinenses llevaban encima de los zapatos, elevándolos del suelo para poder desplazarse a su antojo por la ciudad.

Le habían explicado que si los planetas se alineaban de una determinada manera que no alcanzaba a entender, vapores venenosos se levantarían y provocarían plagas veraniegas que diezmarían la población. William dijo que cuando su padre era niño la población era más numerosa, pero que la guerra y la peste se habían encargado de diezmarla. A las afueras de la ciudad, pueblos enteros habían quedado reducidos a prados y hierbajos, cuando todos sus habitantes habían huido o se habían parapetado en sus casas para morir olvidados. Y sin embargo, Londres sobrevivía. Se decía que sus gentes se habían endurecido, de modo que eran capaces de respirar y comer casi cualquier cosa y sobrevivir.

Margarita se estremeció delicadamente al pensarlo. Aquel día de primavera en la Torre podía ver los cielos azul celeste y nubes blancas que flotaban en lo alto. Los pájaros surcaban el cielo y el aire parecía lo bastante limpio mientras ella recorría la ronda bajo la muralla, hablando con los soldados que se sonrojaban al encontrarse bajo el escrutinio de una reina de quince años.

Miró hacia el sur, imaginando el castillo de Saumur más allá del mar. La carta de su madre había dejado clara la situación financiera en que se encontraba su familia, pero eso era algo que Margarita había sido capaz de arreglar. Con tan sólo una indicación por su parte, Enrique había accedido a mandar doce mil libras en monedas de plata, lo bastante para mantener la finca durante dos años o más. Margarita frunció el ceño al pensarlo. Su esposo era bien dispuesto; accedía a todo lo que ella le pedía, pero ella presentía que había algo que fallaba. Yolanda había regresado a la finca de su marido y ella no osaba confiar en nadie más. Se planteó escribir una carta, pero sospechó que se las leerían, al menos los primeros años. Se preguntaba si podría encontrar una manera de hacer preguntas sobre los hombres sin que Derry Brewer lo entendiera. Movi6 la cabeza y se quedó allí, dudando de su capacidad de hacer nada sin el conocimiento de aquel hombre tan molesto.

El objeto de sus pensamientos apareció de pronto en ese momento, trepando al punto más alto de la muralla y sonriendo en el momento en que la vio.

—¡Su Alteza Real! —la llamó—. He oído que estabais aquí arriba. Os digo que no puedo vivir al pensar que os podéis caer y mataros. Creo que eso significaría una guerra en menos de un año, y todo por una piedra suelta o un simple resbalón. Me quedaría más tranquilo si me acompañarais hasta el patio. Y creo que a los guardias les ocurre lo mismo.

Se acercó a ella y la tomó delicadamente del brazo, tratando de conducirla hasta las escaleras de bajada más cercanas. Margarita sintió una punzada de irritación y se negó a moverse.

—¿Milady? —preguntó Derry con expresión herida.

—No me caeré, maese Brewer. Y no soy una niña a la que tengáis que vigilar para que no le ocurra nada.

—No creo que al rey le gustara saber que su esposa está aquí, encima de las murallas, milady.

—¿De veras? Creo que estaría perfectamente feliz. Creo que diría, «si Margarita así lo desea, Derry, yo estoy conforme», ¿no creéis?

Se quedaron mirando el uno al otro unos instantes, hasta que Derry le soltó el brazo, mientras se encogía de hombros.

—Como vos digáis, entonces. Estamos todos en manos de Dios, milady. He visto a vuestro esposo esta mañana, para comentar asuntos de Estado que no pueden ser ignorados. Tal vez haya malinterpretado algo que le dijisteis, pero me ha dicho que os buscara. ¿Hay alguna cosa que deseéis comentarme?

Margarita lo miró, deseando que William estuviera allí y preguntándose hasta qué punto podía confiar en Derry Brewer.

—Me alegra que se haya acordado, maese Brewer. Eso me da esperanza.

—Tengo documentos que debe sellar, milady, hoy si es posible. No puedo responder de las consecuencias si se produce otra demora.

Margarita controló su ira con dificultad.

—Maese Brewer, quiero que me escuchéis. ¿Me entendéis? Quiero que dejéis de hablar y os limitéis a escucharme.

Derry abrió los ojos con sorpresa.

—Por supuesto, milady. Os entiendo. Es sólo que...

Ella levantó una mano y Brewer se calló.

—He permanecido junto a mi esposo mientras se reunía con señores nobles y con hombres de su consejo, eso que llamáis el Parlamento. Los he contemplado presentar sus peticiones y comentar sus finanzas con gran detalle. Os he visto ir y venir, maese Brewer, con los brazos llenos de documentos. Os he visto guiar la mano de Enrique para colocar la cera y el sello real.

—No lo comprendo, milady. Estaba presente cuando dio órdenes de que mandaran una fortuna a vuestra madre. ¿Es éste el motivo de vuestra preocupación? El rey y yo...

Una vez más, Derry interrumpió su torrente de palabras ante el gesto de la mano de Margarita.

—Sí, maese Brewer. Yo también he apelado a la bolsa del rey. No necesitáis mencionarlo; al fin y al cabo, es mi esposo.

—Y es mi rey —replicó Derry, endureciendo sutilmente el tono—. Llevo tratando con él y ayudándolo tanto tiempo como vos habéis vivido.

Margarita sintió que empezaba a perder los nervios ante la mirada fría de aquel hombre. Le pareció que la respiración se le atravesaba en la garganta y que el corazón se le aceleraba, pero aquello era demasiado importante como para dejarlo.

—Enrique es un buen hombre —añadió—. No es desconfiado, no tiene mala fe. ¿Podéis negarlo? No lee nunca las peticiones, ni las leyes que tiene que firmar, y si lo hace, sólo les echa un vistazo. Confía, maese Brewer. Desea complacer a los que acuden a él con sus calamidades o sus asuntos de terrible urgencia. Hombres como vos.

El mensaje de Margarita había sido pronunciado y, por primera vez, Derry pareció sentirse incómodo, desvió la mirada y se puso a contemplar tras las murallas y el foso, el Támesis que transcurría más allá. Bajo la esclusa de la torre de Santo Tomás había embarcaciones que dragaban el fondo fluvial con unos palos largos. Derry sabía que la noche anterior, otra muchacha embarazada se había lanzado del Puente de Londres y se había ahogado. Un grupo de gente la había visto sujetándose el vientre abultado mientras se encaramaba a la barandilla. La habían aplaudido hasta que cayó y desapareció engullida por las aguas oscuras. Los barqueros buscaban el cadáver para poder venderlo al gremio de cirujanos, que pagaba especialmente bien los de mujeres embarazadas.

—Alteza, hay algo de razón en vuestras palabras. El rey es un hombre confiado, por lo cual con mayor motivo debe rodearse de hombres buenos. Creedme cuando os digo que juzgo cuidadosamente a aquellos que son autorizados a acercarse a él.

—¿Sois su protector, entonces? ¿Es así como os veis, maese Brewer? —Margarita

sintió que su tensión se aflojaba y su voz adquiría autoridad—. Si es el caso, *Quis custodiet ipsos custodes?* ¿Sabéis latín, maese Brewer? ¿Quién protege a los protectores?

Derry cerró los ojos un momento, dejando que la brisa secase el sudor que le había aparecido en la frente.

—No he oído mucho latín a mi alrededor, milady, ni siquiera de niño. Majestad, tan sólo tenéis quince años, mientras que yo llevo más de una década manteniendo el reino a salvo. ¿No creéis que ya he demostrado mi honor, a estas alturas?

—Es posible —concedió Margarita, pero sin llegar a ceder—. Aunque sería un hombre muy raro aquel que no se aprovechara de un rey que confía en él de manera tan absoluta.

—Soy ese hombre, milady, por mi honor que lo soy. No he perseguido nunca ni títulos ni riqueza. He dedicado todas mis fuerzas a su gloria y a la gloria de su padre.

Las palabras parecían haber sido arrancadas de Derry, que se mantenía con las manos extendidas, apoyadas en el muro de piedra. De pronto, Margarita se sintió avergonzada, aunque seguía sospechando que Derry Brewer intentaba manipularla a ella y no lograba hacerlo tan bien como lo hacía con el rey. Apuntó su decisión.

—Si lo que decís es cierto, no os opondréis a que lea los documentos que llegan a manos de Enrique, ¿no es así, maese Brewer? Si tenéis el honor del que hacéis gala, no puede haber ningún mal en eso. Le pedí permiso a Enrique y él me lo ha dado.

—Sí. Sí, por supuesto que os lo ha dado —dijo Derry amargamente—. ¿Lo leeréis todo? ¿Someteréis la suerte de un reino al criterio de una muchacha de quince años sin conocimientos de leyes y sin más experiencia que la gestión de un solo castillo, y ni siquiera eso? ¿Entendéis la importancia de lo que estáis pidiendo y las seguras consecuencias que tendrá?

—¡No he dicho que lo estuviera pidiendo, maese Brewer! —le soltó Margarita—. Os he dicho lo que ha dicho el rey de Inglaterra. Ahora podéis desobedecer o no sus órdenes, dependiendo de si queréis seguir con vuestro papel... ¡o no! Sea como sea, sí, lo pienso leer todo. Quiero ver todos los documentos, todas las leyes en los que mi esposo deba poner su sello. Los leeré todos.

Derry se volvió y ella vio la furia en sus ojos. La furia le estaba carcomiendo desde que el rey Enrique le había denegado su petición aquella mañana. ¡Denegado! Le había pedido al rey que revisara un fajo de documentos y el hombre negó con la cabeza, en un gesto que pareció de auténtica disculpa, y le pidió que se lo pidiera a su esposa. Derry seguía sin apenas creérselo. Al parecer, no se había tratado de un error, pensó gravemente.

Margarita lo miró desafiante, retándolo a que osara negarse. Al cabo de un momento, Derry agachó la cabeza.

—Muy bien, milady. Si me acompañáis, os enseñaré lo que eso significa.

Bajaron juntos las escaleras hasta el patio principal, que bullía de actividad con soldados y personal como si se tratara de un día de mercado en una ciudad grande.

Derry la guió por el césped lleno de gente y Margarita lo siguió, decidida a no renunciar ni un ápice de lo que acababa de ganar, sin importarle lo que representaba.

La Torre Blanca era la parte más antigua de la fortaleza, construida en piedra clara francesa de Caen por Guillermo el Conquistador casi cuatro siglos antes. Se levantaba delante de ellos mientras Derry le indicaba con la mano que lo siguiera por las escaleras de madera que llevaban hasta la única entrada. En tiempos de guerra, las escaleras podían retirarse, lo que convertía la torre en una fortaleza prácticamente inexpugnable. Dentro de las inmensas murallas exteriores, ella y Derry pasaron frente a centinelas y subieron más escaleras, cruzaron una docena de estancias y pasillos, hasta que Derry se detuvo ante una puerta imponente de roble e hizo girar el pomo.

La sala que había detrás estaba llena de escribas. En lo más alto de la fortaleza, bajo los travesaños de un techo a dos aguas oscurecido por el hollín de siglos, se sentaban y escribían en pergaminos o rollos encuadernados con cintas de distintos colores, que luego pasaban a sus superiores. Margarita abrió bien los ojos al ver pilas de pergaminos que llegaban hasta el techo en algunos rincones, o esperando a ser retiradas en carretones de madera.

—Todo esto es sólo el trabajo de unos cuantos días, milady —dijo Derry en voz baja—. Son los pergaminos los que gobiernan el país, entrando y saliendo de aquí hacia todos los nobles y mercaderes y arrendatarios y minifundios..., cientos de antiguas disputas y rentas, milady. Todos, desde el pago a una sirvienta, a las peticiones de soldados, a las deudas de un gran castillo..., todo pasa por aquí. Y ésta es sólo una sala. Hay otras en los palacios de Westminster y Windsor que están al menos igual de atareadas.

Se volvió hacia ella, consciente de que todo movimiento había cesado al darse cuenta los escribas de que la reina en persona había entrado en su apretujado y sofocante terreno.

—No hay ningún hombre que pueda leerlo todo, milady —prosiguió Derry, complaciente—. Ni tampoco ninguna mujer, si me lo permitís. Lo poco que llega a ojos del rey ya ha sido leído y entregado a los escribas más veteranos, para luego entregarse al chambelán y los ayudantes del rey. Hombres como lord Suffolk leen parte de la documentación, como chambelán de la casa del rey. Contesta algunas de las peticiones él personalmente, o dispone sobre ellas, pero él también delega una parte. ¿Querréis detener toda esta maquinaria, milady? ¿Haréis que se atasque el circuito que fluye por esta sala con tan sólo vuestras manos y ojos? No volveríais a ver la luz del día durante años. Ésa no sería una suerte que elegiría ni para mí mismo, sólo os diré esto.

Margarita vaciló, impresionada por el ambiente y el silencio absoluto que su presencia había provocado. Sentía las miradas de los escribas sobre ella como cucarachas que se paseaban por su piel, y se estremeció. Podía sentir el triunfo de Derry ante la montaña que le acababa de mostrar, la imposibilidad de leerlo todo. Tan sólo los documentos de aquella sala le llevarían toda la vida, ¿y le había dicho que era

sólo el producto de unos cuantos días? Era reticente a renunciar al privilegio que había obtenido tan sólo subiendo allí, y no respondió de inmediato. La solución consistía claramente en leer sólo las peticiones más urgentes e importantes, las que llegaban a las manos del propio Enrique. No obstante, si lo hacía, Derry Brewer seguiría controlando la enorme masa de comunicación al alcance del rey. Eso era lo que él le decía, apoyándose con la escena de los escribas. Empezó a hacerse una idea de lo peligrosamente poderoso que era aquel hombre en realidad.

Sonrió, más de cara a los escribas que al propio Derry. Posando una mano en su brazo, le habló con voz tranquila y amable.

—Veré y leeré los pergaminos que deba signar mi esposo, maese Brewer. Le pediré a William, lord Suffolk, que me describa el resto, si ve tantos en su nuevo cargo. Estoy convencida de que él podrá decirme cuáles son importantes y cuáles se pueden dejar tranquilamente en manos del chambelán y otros ayudantes del rey. ¿No es ésta una buena solución a esta montaña de trabajo? Agradezco que me hayáis enseñado esta sala y a todos los que aquí trabajan sin recompensa. Se los mencionaré a mi esposo, por su honor.

Sintió que a los escribas se les iluminaba el rostro ante sus palabras de elogio, mientras Derry se limitaba a aclararse la garganta.

—Como digáis, pues, milady.

Conservó su sonrisa, aunque echaba humo por dentro. Respecto a cualquier otra persona, sabía que podía convencer a Enrique de que cambiara de opinión, pero ¿respecto a la propia esposa? ¿La joven que lo tenía a solas cada noche en los aposentos reales? Se preguntó si seguía siendo virgen, lo que tal vez explicaría por qué sentía la necesidad de llenar su tiempo de aquella manera. Por desgracia, era un tema que no se atrevía a sacar.

Derry la volvió a guiar por la Torre Blanca. En el último tramo de escaleras que llevaba hasta el exterior, él levantó una mano para ponérsela en la parte baja de la espalda para guiarla, pero luego reconsideró el gesto, de modo que ella se recogió las faldas y salió sin la ayuda del hombre.

Jack Cade se tambaleó cuando intentaba bailar una giga sobre el césped. No había luna y la única luz existente provenía de la casa que acababa de incendiar. Al mover los brazos, se le cayó el jarrón que llevaba y casi se echó a llorar cuando se partió en dos mitades y su precioso contenido se perdió. Una mitad de la cerámica partida contenía todavía un resto del potente licor, y lo decantó y se lo bebió de un trago, sin ser apenas consciente de que se había cortado los labios con su canto afilado.

Se recostó y se puso a bramar con el rostro enrojecido hacia las ventanas que reflejaban ya las llamas que se levantaban hacia el techo.

—¡Soy un auténtico borrachín de Kent, galés mamaleches! ¡Soy todo lo que dijiste la última vez que me dejaste sin nada! ¡Soy un hombre violento y un hijo de la gran puta! ¡Ahora sal y mira lo que te traigo! ¿Estás ahí, magistrado? ¿Me ves ahí fuera, esperándote? ¿Hace calor, eh, maldito cobarde?

Jack lanzó su fragmento de cerámica a las llamas y se tambaleó por el esfuerzo. Las lágrimas le caían por las mejillas y cuando dos hombres se le acercaron por detrás corriendo, se volvió de un golpe, con los puños apretados y la cabeza gacha por su instinto de luchador.

El primer hombre que se le acercó era más o menos fortachón como él, de tez pálida y pecosa y una buena mata de pelo y barba pelirrojas.

—¡Tranquilo, Jack! —le dijo, tratando de sujetarlo por un brazo mientras apartaba la cabeza para esquivar el puñetazo—. Soy Patrick..., Paddy. Somos amigos, ¿te acuerdas? Por el amor de Dios, ven conmigo. Te colgarán a ti también si no lo haces.

Con un rugido, Jack se deshizo de él y se volvió de nuevo hacia la casa.

—Estaré aquí cuando el cobarde se vea obligado a salir. —Su voz se elevó hasta un tono casi incomprensible—. ¿Me oyes, capullo galés? Estoy aquí, esperándote.

El tercer hombre era flaco, parecía hecho todo él de nudillos y codos, con las mejillas chupadas y los brazos largos y desnudos. Robert Ecclestone iba tan harapiento y estaba tan pálido como los otros dos, y tenía unas manchas negras en las manos que parecían las sombras cambiantes de las llamas.

—Ya le has dado una lección, Jack —dijo Ecclestone—. Por Dios, ya le has dado una buena lección. Eso arderá toda la noche, pero Paddy tiene razón. Tienes que alejarte antes de que lleguen los alguaciles.

Jack se volvió hacia Ecclestone antes de que hubiera acabado de hablar, lo cogió por las solapas y lo levantó. Como reacción, Ecclestone sacó rápidamente una mano y puso un cuchillo largo en la garganta de Jack. Borracho como estaba, el tacto frío del metal bastó para paralizarlo.

—¿Me amenazas con un chuchillo, Rob Ecclestone? ¿A tu propio amigo?

—Tú me has puesto las manos encima primero, Jack. Suéltame lentamente y lo

esconderé. Somos amigos, Jack, y los amigos no se pelean.

Jack aflojó el puño con que lo sujetaba y, fiel a su palabra, Ecclestone dobló la navaja y se la guardó bajo el cinturón, a su espalda. Cuando Jack volvió a hablar, todos oyeron el mismo sonido y se volvieron al unísono hacia la casa. Por encima del crepitar y los zumbidos de las llamas, oyeron las voces de niños que gritaban.

—Ah, mierda, Jack. Sus hijos están ahí —exclamó Paddy, mientras se frotaba la mandíbula. Miró hacia la casa con expresión más grave, observando que toda la planta baja estaba en llamas. Las ventanas de arriba seguían enteras, pero nadie que entrara podría salir vivo.

—Yo ayer tenía un hijo —rugió Jack, con los ojos brillantes—. Antes de que lo colgara el maldito Alwyn Judgment. Antes de que el magistrado galés, que ni siquiera es de Kent, le ahorcara por prácticamente ningún motivo. Si llego a estar aquí, lo hubiera salvado.

Paddy movió la cabeza, preocupado, mirando a Robert Ecclestone.

—Es hora de marcharnos, Rob. Tómallo de un brazo. Ahora habrá que correr. Mañana vendrán a ver qué ha pasado, si no es que ya están de camino.

Ecclestone se frotó la barbilla.

—Si fueran mis chicos, yo habría roto las ventanas y los hubiera hecho saltar. ¿Por qué no lo ha hecho?

—Quizá porque estamos nosotros tres aquí, armados con cuchillos, Rob —aventuró Paddy—. Tal vez el magistrado prefiere verlos morir en el fuego que degollados por nosotros; no lo sé. Tómallo del brazo; si no, no vendrá.

De nuevo, Paddy agarró a Jack Cade del brazo y casi se cayó cuando el otro intentó liberarse de un tirón. Nuevas lágrimas resbalaron por encima de la capa de hollín y mugre que le cubría el rostro.

De pronto explotó una ventana en lo alto, lo que los forzó a agacharse y protegerse de los cristales que volaban. Los tres hombres pudieron ver al magistrado agitándose, vestido con una vieja camisa de dormir y con el pelo enmarañado. La ventana era demasiado pequeña para saltar por ella, pero asomó la cabeza.

—Tengo a tres niños aquí conmigo —les gritó Alwyn Judgment—. Son inocentes. ¿Los protegeréis si los hago saltar?

Ninguno de ellos respondió. Paddy desvió la mirada hacia el camino, deseando estar ya huyendo por él. Ecclestone observaba a Jack, que respiraba con fuerza, como un toro enorme con la mente embotada por la bebida. Miraba furiosamente la escena que le ofrecía su enemigo.

—¿Por qué no bajas, gales hijo de puta? —lo desafió Jack, tambaleándose.

—¡Porque mis escaleras están en llamas, hombre! ¿Os llevaréis a mis hijos, por misericordia?

—Se lo contarán a los alguaciles, Jack —masculló Paddy entre dientes—. Si estos chicos sobreviven, nos colgarán a todos.

Jack casi jadeaba mientras aguardaba con los puños apretados de rabia.



—¡Lánzalos! —gritó—. Les daré más misericordia de la que tú mostraste con mi hijo, jodido Alwyn Judgment.

—¿Me das tu palabra?

—Deberás fiarte de un hombre de Kent, ¿no crees, galés de mierda?

Cualquier duda que el magistrado podía haber tenido fue disipada por el torrente de humareda negra que la ventana despedía alrededor de su cabeza. Volvió a meterse dentro de la casa y le pudieron oír toser.

—¿Estás seguro, Jack? —dijo Ecclestone en voz baja—. Son lo bastante mayores para delatarnos. Tal vez Paddy y yo debamos esfumarnos.

—No sabía que esos malditos niños estaban en la casa. Me habían dicho que el hombre vivía solo, disfrutando de esta casa tan grande para él mientras hombres mejores han de cazar furtivamente para llevarse algo a la boca. Hombres como mi chico, mi hijo Stephen. ¡Dios mío, mi chico!

Jack se agachó, doblado por el dolor, y gimió hasta que un hilo de baba le cayó de los labios hasta el suelo. Tan sólo levantó la vista cuando el primer niño, asustado, fue levantado bruscamente y se agarró a la ventana rota bramando.

—¡Salta, mocoso! —gritó él—. Jack Cade te atraparé.

—¡Dios mío, Jack! —lo maldijo Paddy—. El nombre; ¡deja de usar tu maldito nombre!

Arriba de sus cabezas, el pequeño saltó todo lo lejos que pudo, volando por el aire como una sombra fugaz proyectada sobre la fuerte luz que tenía detrás. Borracho como estaba, Jack Cade lo atrapó con facilidad y lo posó sobre la hierba.

—Quédate aquí —le dijo Jack bruscamente—. No te muevas ni un centímetro o te arrancaré las malditas orejas.

Paddy atrapó al segundo chico, más pequeño que el primero. Lo dejó lloriqueando junto al primero y juntos todos levantaron la vista hacia la ventana. El hermano mayor lloraba agónicamente mientras era empujado a través de los cristales rotos. La ventana era casi demasiado estrecha y su padre lo empujaba desde dentro, dejando atrás piel y sangre mientras bloqueaba la salida con el cuerpo. Con un empujón, el chico salió disparado y cayó a trompicones con un alarido. Jack lo atrapó en el aire como si no pesara en absoluto.

De nuevo, los tres hombres vieron aparecer la cabeza del magistrado, que los miraba con una expresión de furia y esperanza entremezcladas.

—Te doy las gracias, Jack Cade, aunque arderás en el infierno por lo que has hecho esta noche, borracho estúpido.

—¿Cómo dices? ¿Qué es lo que me estás diciendo, galés apestoso...?

Con un rugido de buey degollado, Jack corrió hacia la casa. Paddy y Robert Ecclestone corrieron a detenerlo, pero escapó de sus manos y se precipitó con todo su peso contra la puerta, para luego caer encima de ella. Las llamas se avivaron por encima de su cabeza y sus amigos tuvieron que apartarse. Los dos hombres se miraron, y luego miraron a los niños, sentados sobre la hierba con la tristeza reflejada

en los ojos.

—No pienso meterme ahí dentro —dijo Paddy—. Ni por un pase al cielo ni por una maldita fortuna.

Él y Rob se apartaron del calor, mirando hacia aquel infierno.

—De ahí dentro ya no volverá a salir —dijo Paddy—. Por Dios, dijo siempre que quería tener un final espectacular y ya lo ha encontrado. Ha salvado a los chicos y luego ha entrado a matar al magistrado.

Podían oír a Jack dando trompicones por el interior de la casa, perdido entre las llamas. Al cabo de un rato, los ruidos cesaron y Ecclestone movió la cabeza.

—He oído que en Lincoln buscan mano de obra para construir un puente. Aquí hará demasiado calor para nosotros ahora. —Hizo una pausa, consciente de que había elegido las palabras equivocadas mientras su amigo moría abrasado.

—Tal vez vaya hacia el norte contigo, si es así —respondió Paddy. Se volvió hacia los tres muchachos, que miraban el fuego que envolvía su casa—. Vosotros tres nos delataréis a los alguaciles, ¿no es cierto? Os da igual si os hemos salvado el pellejo, ¿verdad, muchachos?

Dos de ellos negaron con la cabeza, en un gesto de confusión aterrorizada, pero el mayor lo miró con odio y se levantó.

—Yo se lo contaré todo —dijo. Tenía los ojos brillantes por las lágrimas y por un estado próximo a la locura mientras oía a su padre lanzar alaridos de terror en la parte de arriba de la vivienda—. Haré que os cuelguen por lo que habéis hecho.

—Ah, por Dios, ¿es eso lo que piensas hacer? —dijo Paddy moviendo la cabeza—. Si fuera un hombre más duro, muchacho, te cortaría la cabeza por esta amenaza tan estúpida. He hecho cosas peores, créeme. Oh, pero siéntate, hijo. No pienso matarte, esta noche no. No mientras mi amigo muere con todo su dolor auestas. ¿Sabes por qué ha venido, muchacho? Porque esta mañana vuestro padre colgó a su hijo; ¿lo sabíais? Por haber robado un par de ovejas de una manada de seiscientas cabezas. ¿Cómo le sienta esto a tu sed de justicia, eh? Su hijo está muerto, pero él te salvó cuando caíste de esa ventana.

El chico apartó la mirada, incapaz de sostener la furia que le lanzaban los ojos del irlandés. Un estruendo los sorprendió y se volvieron todos para mirar cómo una parte entera de la pared en llamas se desprendía y caía. Paddy se lanzó a proteger a los niños y lanzó al mayor al suelo con el impacto. Ecclestone se limitó a apartarse, dejando que el trozo de ladrillos, adobe y heno cayera sin sepultarlo. Miró hacia donde el cuerpo grandote del irlandés protegía a los hijos del magistrado.

—Eres demasiado blando, Paddy, ése es tu problema. Dios mío, no es posible...

Se paralizó y se quedó boquiabierto cuando, de pronto, Jack Cade apareció de la nada delante de ellos, acarreando un cuerpo entre los brazos. Los dos hombres cayeron con fuerza, mientras Jack soltaba un grito inmenso de dolor. Rodó por encima del pasto tan pronto como aterrizó y, a la luz de las llamas, todos ellos pudieron ver el humo que emanaban su pelo y sus ropas. El magistrado yacía como

una muñeca rota, totalmente inconsciente, mientras Jack se volvía sobre la espalda y bramaba a las estrellas.

Robert Ecclestone se le acercó, mirándolo con asombro. Vio las manos de su amigo en carne viva y cubiertas de hollín. Todas las partes expuestas parecían en carne viva o arañadas. Cade tosió, gimió y escupió con debilidad, todavía tumbado en el suelo.

—Dios mío, ¡qué dolor! —dijo—. Mi garganta...

Intentó incorporarse y gimió por el dolor de su piel quemada. Volvió la mirada al acordarse del estanque que había al otro lado del jardín y se empezó a alejar a rastras. Paddy se levantó y miró a los tres niños, que sólo tenían ojos para su padre.

—¿Está...? —susurró el mayor.

—Puedes ver como todavía respira, aunque puede que no vuelva a despertarse, después de todo el humo que ha tragado. En mi vida he visto a unos cuantos marcharse de esta manera.

A lo lejos, oyeron todos un chapuzón cuando Jack Cade cayó o se lanzó al agua fría del estanque. Los chicos se apiñaron alrededor de su padre, le pellizcaban las mejillas y le daban golpecitos en las manos. Los dos más pequeños volvieron a sollozar cuando el hombre gimió y abrió los ojos.

—¿Qué? —exclamó.

El magistrado empezó a toser antes de poder volver a decir nada, un paroxismo violento que siguió y siguió hasta que pareció que volvía a perder la consciencia y se empezó a amaratar. Tan sólo era capaz de susurrarles a sus hijos, mientras se frotaba la garganta con una mano en carne viva que sangraba, llena de hollín.

—¿Cómo...?

De pronto fue consciente de que junto a sus hijos todavía había dos hombres. Con un esfuerzo sobrehumano, Alwyn Judgment se impulsó para levantarse. No fue capaz de ponerse de pie y se apoyó sobre las manos y las rodillas.

—¿Dónde está Jack Cade? —les preguntó, resoplando.

—En vuestro estanque —respondió Ecclestone—. Os ha salvado, señoría. Atrapó a vuestros hijos y ha cumplido su palabra. Y eso no importará un carajo, ¿no es cierto? Nos mandará a los alguaciles y se nos llevarán a todos y nos clavarán la cabeza en una estaca.

\* \* \*

La casa en llamas seguía resoplando y escupiendo, pero todos ellos pudieron oír el rumor de pezuñas por el camino, acercándose a ellos a través de la noche. Alwyn Judgment lo oyó al mismo tiempo que Jack Cade salía del estanque con un gemido que llegó casi igual de lejos.

—Llévate a los chicos, Paddy —dijo de pronto Rob Ecclestone—. Llévatelos hacia el camino y déjalos allí para que los encuentren sus hombres.

—Debemos huir, ahora, Rob. Nuestra única escapatoria es salir corriendo como si nos fuera la vida.

Ecclestone se volvió hacia su viejo amigo y movió la cabeza.

—Llévatelos, anda.

El irlandés corpulento decidió no discutir con aquella mirada. Los reunió a los tres y cogió al mayor por el pescuezo cuando empezaba a pelear y gritar. Paddy le tapó la boca con fuerza para forzarlo a guardar silencio y los llevó a través del jardín medio a rastras.

El magistrado lo observó, inquieto.

—Podría prometeros la libertad —dijo.

Ecclestone negó con la cabeza, los ojos brillándole a la luz de las llamas.

—No os creería ni una sola palabra, señoría. He conocido a demasiados como vos, ¿sabéis? A mis compañeros y a mí nos acabarán colgando de todos modos, de manera que antes puedo hacer algo bueno.

Alwyn Judgment estaba abriendo la boca para replicar cuando Ecclestone se le acercó con una navaja que levantaba con la mano derecha. Con un corte limpio, abrió la garganta del hombre y esperó sólo un segundo para estar seguro, antes de largarse.

Jack Cade se tambaleaba por el jardín cuando vio cómo su amigo acababa con el magistrado. Intentó gritar, pero tenía la garganta tan irritada e inflamada que sólo le salió un siseo. Ecclestone lo alcanzó y Jack pudo descansar parte de su cuerpo empapado en él, mientras se alejaban de la casa en llamas.

—¿Paddy? —preguntó Jack, con un ronquido, tembloroso.

—Encontrará su camino, Jack; no te preocupes por ese cabrón. Es casi tan duro de pelar como tú. ¡Por Dios, Jack! Antes pensé que estabas acabado.

—Entonces... yo lo... —Jack Cade le lanzó un gruñido—. Me alegro... de que le mataras. Buen tipo.

—No soy un buen tipo, Jack, bien lo sabes. Pero soy un tipo furioso. No debería haber matado a tu chico y ha pagado por ello. ¿Adónde vamos ahora?

Jack Cade hizo un gran esfuerzo por respirar hondo antes de responder.

—A la casa... del verdugo. Vamos a... quemársela.

Los dos hombres se tambalearon, avanzando a trompicones por el camino a oscuras, dejando atrás la casa en llamas y el magistrado muerto.

Hacía una mañana fría y gris, con una llovizna que no conseguía llevarse el hollín aceitoso de sus manos. Cuando los tres hombres regresaron a la ciudad, a Jack le habría gustado mezclarse con la muchedumbre que llenaba la plaza mayor. Hizo falta que Paddy lo empujara con su manaza contra un muro para detenerlo.

—Entre este gentío están los alguaciles, Jack, buscándote. Tengo un par de monedas, encontraremos una posada o un establo y esperaremos a que se disperse esta reunión, sea lo que sea. Podrás volver cuando anochezca, para descolgar a tu chico.

El hombre que lo miraba había recobrado la sobriedad durante la larga noche.

Jack tenía la piel hinchada y rosada, y los ojos inyectados en sangre alrededor del azul del iris. Su pelo negro se había encrespado y recuperado el tono pardo claro en parte, mientras que su ropa estaba en un estado tan lamentable que hasta un mendigo se lo hubiera pensado dos veces antes de ponérsela.

Todavía resopló un poco al tomar aliento y encorvar la espalda. Apartó la mano de su pecho casi delicadamente.

—Escúchame con atención, Paddy. Ahora no tengo nada, ¿me entiendes? Me han robado a mi hijo. Tengo pensado bajarlo y colocarlo a salvo en el suelo, en la iglesia. Y quien me levante la mano, lo lamentará. No tengo nada más, pero me gustaría hacer eso último esta mañana, antes de caer. Si no os gusta, ya sabéis lo que podéis hacer, ¿no?

Se quedaron mirándose y Ecclestone se aclaró la garganta ruidosamente para interrumpirlos.

—Creo que te salvé la vida sacándote de allí anoche —dijo Ecclestone, mientras se frotaba los ojos y bostezaba—. No sé cómo te sigues teniendo de pie, Jack, hijo mío. Sea como sea, eso significa que estás en deuda conmigo, de modo que ven a tomarte una pinta conmigo y luego nos vamos a dormir. Por aquí cerca hay unos establos y conozco al jefe. Hará la vista gorda por un viejo amigo, ya lo ha hecho antes. No tenemos por qué mezclarnos con una muchedumbre que probablemente se ha reunido a hablar sobre las casas incendiadas anoche. No quiero decir perogrulladas, Jack, pero apestas a humo. Todos nosotros apestamos. Casi que podrías subir a la horca directamente y ahorrarles el trabajo.

—¿Te he pedido acaso que me acompañaras? —le respondió Jack, con un gruñido.

Miró más allá, por el callejón y hasta la plaza iluminada. La muchedumbre, ruidosa, era lo bastante numerosa como para ocultar el cuerpo que colgaba de la soga. Aun así, Jack lo veía. Veía cada detalle de aquel rostro que había cuidado, del chico que había huido cientos de veces con él de los alguaciles, con faisanes escondidos en los abrigos.

—No. No, Rob, no importa. Tú quédate aquí, si quieres, pero yo tengo mi cuchillo y voy a descolgarle.

Levantó la cabeza, con los ojos enrojecidos como si fuera el mismísimo diablo. Lentamente, Jack Cade levantó un dedo carnosos, un enorme apéndice de carne peluda con todos los nudillos hacia adentro, de modo que parecía un martillo que se agitaba frente al rostro de Ecclestone.

—No me lo impidas, te lo advierto.

—Dios —masculló Ecclestone—. ¿Vienes con nosotros, Paddy?

—¿Te has vuelto loco, como él? ¿Has visto alguna vez una masa enfurecida, Rob Ecclestone? Nos destrozarán, por miedo. ¡Por Dios, si parecemos los rufianes peligrosos que dicen que somos!

—¿Y...? ¿Vienes o no? —repitió Ecclestone.

—Voy. ¿Dije que no fuera a ir? No puedo confiar en que vosotros lo hagáis solos. Dios, protege a los locos como nosotros y a nuestras locuras.

Jack sonrió como un niño al oírlos. Les dio unas palmaditas a la espalda, con expresión satisfecha.

—Sois buenos compañeros cuando uno está en horas bajas, muchachos. Vamos, pues. Manos a la obra.

Enderezó la espalda y anduvo hacia la muchedumbre, intentando no cojear.

Thomas contempló con expresión casi atónita al barón Highbury tocando la trompa y a su tropa de caballeros cargando colina abajo. En la fría mañana, los caballos desprendían vapor y corrían a toda velocidad, como polvo de plata saliendo en tromba de los árboles. Los caballeros franceses que perseguían a su grupo de arqueros fueron alcanzados de lleno por las lanzas de Highbury. En tan sólo un momento, pasaron de cazadores apuntando a sus presas a hombres desesperados, acorralados entre el suelo y las lanzas de Highbury. Thomas gritó de puro placer al verlos caer, hombres y caballos atravesados por sus flechas afiladas. Sin embargo, los hombres de Highbury eran inferiores en número ya mientras atacaban, y Thomas veía cada vez a más caballeros franceses llegando a toda marcha. El ataque perdió velocidad y se convirtió en una violenta *mêlée* de espadas y hachas levantadas.

—Ataca y huye —susurró Thomas—. Vamos, Highbury. Ataca y huye.

Estas dos palabras los habían mantenido funcionando durante dos semanas de lucha casi constante, que provocaron muchas bajas en ambos bandos. En las filas francesas ya no se cantaban himnos. La columna del rey avanzaba sin piedad por Maine, quemando todo lo que encontraban. Dejaron a su paso pueblos y ciudades reducidos a humo, pero pagaron un precio por cada uno de ellos. Thomas y sus hombres se encargaron de que así fuera. Las represalias se habían hecho más brutales día a día y había auténtica rabia en ambos bandos.

Highbury le había proporcionado tiempo para salvarse y Thomas dio las gracias a Dios por aquel hombre que actuaba como él pensaba que debía actuar un lord. El noble barbudo actuaba movido por una causa, y eso era algo que Thomas había entendido. Fuera cual fuera el crimen o la atrocidad que estaba vengando, Highbury luchaba con un coraje maníaco, castigando a todo aquel que fuera lo bastante loco como para acercarse a su enorme espada. Los hombres lo adoraban por su valentía y el barón Strange lo odiaba con una fiera intensidad que Thomas no alcanzaba a comprender.

Cuando Thomas subía por el camino por entre los árboles que sus hombres habían señalado, se detuvo y tocó el resto de tela atada a una rama y luego miró hacia atrás. Conocía el terreno que lo rodeaba. Estaba a no más de una docena de millas de su granja y había recorrido todos aquellos caminos y riberas con su esposa e hijos en un momento u otro. Ese conocimiento local dificultaba todavía más que el ejército

francés pudiera localizarlos, pero, aun así, los franceses avanzaban unas cuantas millas cada día, soportando emboscadas y matando a todo aquel que podían apresar. Por un momento, Thomas sintió desesperación. Él y sus hombres llevaban cuarenta millas regando el terreno con sangre francesa, pero aquella historia parecía no tener fin.

—Huye ahora mismo —dijo Thomas, sabiendo que Highbury no podía oírle.

Los hombres del noble estaban defendiendo su posición a medida que los franceses se envalentonaban, llegando en grandes tropas a caballo, y trataban de rodear la pequeña fuerza inglesa. La única vía despejada era por la retaguardia, montaña arriba, y Highbury no daba señal de ni tan siquiera ver la línea de retirada. Su espada se agitaba incansable alrededor de su armadura, teñida del rojo de la sangre de otros hombres y la suya propia.

La lucha se convirtió en un amasijo de caballeros revoloteando alrededor de Highbury, con las mazas volando para aplastar cabezas en sus cascos. Estaban a tan sólo trescientos metros y Thomas vio el rostro de Highbury descubierto, después de que le quitaran el casco de un golpe seco y sonoro. La nariz le sangraba y tenía la melena suelta, golpeándolo en mechones empapados de sudor. A Thomas le pareció que podía oír a Highbury reírse mientras escupía sangre y se lanzaba contra el hombre que lo había atacado.

—Mierda. ¡Huye ahora mismo! —gritó Thomas.

Le pareció haber visto a Highbury volverse de golpe al oír su grito, que tal vez lo había conseguido sacar de su trance asesino, y el barón se puso a mirar a su alrededor. Una docena de sus caballeros habían descabalgado, algunos de ellos luchando todavía y tratando de derribar a todo caballero francés al que podían alcanzar.

Thomas maldijo en voz baja. Podía ver destellos de movimiento metálico en todos los árboles al otro lado del valle. El rey francés había dedicado una fuerza enorme de caballeros a aquella acción, y eso significaba que los arqueros que Thomas había dispuesto para emboscar a los franceses en la ciudad más próxima se enfrentarían a menos hombres, pero que aquí en el valle se libraba la batalla principal. Thomas agarró su arco y comprobó las flechas que le quedaban sin mirarlas. Sabía que si volvía a bajar lo matarían.

Al oír unos pasos que corrían se volvió, temiendo que hubiera algún enemigo acercándose a sus hombres. Thomas respiró aliviado al ver a Rowan deteniéndose de golpe con una extraña sonrisa. Una docena más de hombres esperaban a que Thomas los guiara hacia la montaña y lejos de allí.

Rowan vio la expresión de su padre mientras los dos contemplaban cómo Highbury daba rienda suelta al dolor y a la rabia, abatiendo a quien se le ponía delante con sus potentes movimientos de espada. El hombre sonreía, con la mirada desorbitada.

—No podéis salvarle, padre —dijo Rowan—. Si bajáis ahora a ayudarlo, os matarán por nada.

Thomas se volvió a mirar a su hijo, pero se limitó a mover la cabeza.

—Son demasiados, padre —dijo Rowan. Vio a su padre acariciar las flechas que le quedaban en la bolsa, con un gesto casi automático. Hacía un sonido duro y seco. Seis flechas afiladas y una de punta cuadrada, era lo único que le quedaba.

Thomas maldijo furiosamente, escupiendo palabras que su hijo nunca le había oído pronunciar. Highbury le gustaba, y merecía salvarse.

—Lleva a los demás a salvo, Rowan. Dame tus flechas y llévate a los chicos a lo alto de la colina. Busca a Strange para que te dé órdenes, pero usa también la lógica. —Sin mirar atrás, tendió la mano para recibir las flechas.

—No lo haré —dijo Rowan. Alargó su brazo y sujetó a su padre por el brazo derecho, sintiendo el músculo que lo hacía parecerse a una rama—. Vamos, venid conmigo, padre. No podéis salvarle.

Thomas se volvió y se lanzó contra el hijo, lo agarró por la solapa de la chaqueta verde y lo empujó hacia atrás. Aunque eran prácticamente de la misma talla, levantó al muchacho del suelo hasta que los pies le colgaron por encima de la hojarasca.

—Me obedecerás cuando yo te lo diga —le rugió—. ¡Dame tus flechas y lárgate!

Rowan se sonrojó de rabia. Sus manazas agarraron las de su padre por donde lo sujetaba. Los dos hombres se quedaron cara a cara, abrazados, midiendo sus fuerzas, mientras los otros los miraban con los ojos de par en par. Se soltaron al mismo tiempo y se quedaron con los puños apretados. Thomas no desvió la mirada, pero Rowan se desató la correa de su bolsa y la tiró al suelo.

—Lleváoslas todas, para lo que os vayan a servir.

Thomas tomó un puñado de las flechas de punta y las añadió a las de él.

—Te veré en la granja, si puedo. No sufras. —Se quedó inmóvil un buen rato, bajo la mirada de su hijo—. Dame tu palabra de que no me seguirás.

—No —dijo Rowan.

—Maldito seas, muchacho. ¡Dame tu palabra! No pienso dejar que te maten hoy.

Rowan bajó la cabeza, debatiéndose entre la rabia y el miedo por su padre. Thomas respiró aliviado.

—Búscame en la granja.



**T**homas Woodchurch salió del verde prado, con el arco preparado. Tenía una docena de flechas en la bolsa y una en el arco mientras se acercaba sigilosamente a los caballeros enzarzados en su propia forma de batalla. Cada paso parecía duplicar el ruido hasta que los choques y chirridos de metal contra metal retumbaron en sus oídos. Para él era una música antigua, una canción que conocía de sus recuerdos más lejanos, como la nana recordada a medias de una nodriza. Sonrió ante el pensamiento, distraído en sus propias fantasías mientras bajaba por la ladera. Qué cosa tan rara era la mente.

Los caballeros franceses iban a por Highbury y su pequeña tropa asediada. Había violencia y ellos eran los expertos, peleando contra hombres que defendían su honor. Todos los caballeros que surgían del bosque se lanzaban al desafío al ver la batalla desencadenada, lanzando a los caballos agotados hasta su último galope para atacar a los jinetes ingleses con armadura. Despuntaban las lanzas contra los soldados de Highbury si podían alcanzarlos, y luego levantaban sus hachas o sacaban sus espadas para dar la estocada final.

A doscientos metros de distancia, Thomas estaba solo, observando la lucha furibunda mientras colocaba las flechas en el suelo, espaciadas entre ellas. Esperó un momento más, moviendo los hombros y sintiendo el cansancio en su musculatura.

—Ahí vamos, pues —murmuró—. Ahora verás lo que te tengo preparado.

Sacó con cuidado la flecha larga que había elegido en primer lugar. Los hombres de Highbury estaban mezclados con los caballeros franceses y, con las armaduras salpicadas de barro y sangre, resultaban difíciles de diferenciar.

Thomas respiró larga y profundamente mientras tensaba el arco, satisfecho con la fuerza del brazo y el hombro mientras sus nudillos alcanzaban el mismo punto del pómulo. Había hombres que preferían aguantar la flecha entre dos dedos, pero a Thomas siempre le había parecido más natural sujetarla de más abajo, de modo que la punta de pluma tocara su dedo superior. Lo único que tenía que hacer era abrir la mano, algo tan fácil como respirar. A doscientos pasos de distancia, podía elegir sus objetivos con facilidad.

El arco crujió y Thomas lo soltó, mandando la flecha zumbando a la espalda de un caballero que se precipitaba contra Highbury. Las protecciones posteriores no eran nunca tan gruesas como la armadura que protegía el pecho del caballero. Thomas sabía que era casi cuestión de honor, puesto que si alguna vez un caballero se volvía para huir, resultaría más vulnerable, no menos. La fuerte punta de la flecha lo perforó a través, y las plumas volaron con un pequeño bufido blanco.

El caballero soltó un grito y cayó de lado, dejando un hueco por el que Highbury pudo ver a través de la *mêlée* hacia donde Thomas se encontraba. El barbudo lord se rió. Thomas oyó el sonido claramente mientras volvía a cargar su arco y recuperaba el ritmo asesino que había conocido toda su vida.

Contaba solamente con doce flechas, incluidas las que le había dado Rowan. Thomas se obligó a ir más lento, para asegurar cada tiro. Con las cuatro primeras, mató a hombres que rodeaban a Highbury, de modo que le daba al noble un poco de espacio vital. Thomas oía gritos furiosos de los caballeros franceses que estaban más lejos, mientras maniobraban sobre su silla, mirando por la rendija de sus cascos para saber de dónde venían las flechas. Sintió que se le secaba la boca y chocó los dientes mientras disparaba dos flechas más, para después observar cómo abatían a caballeros que no habían visto nunca la amenaza ni al hombre que los había matado.

Por el rabillo del ojo, Thomas advirtió armaduras plateadas que se le acercaban. Sabía que llegaban a toda velocidad, con las lanzas hacia abajo para hacerlo desequilibrar. Apuntaló bien las piernas, equilibrándose, colocando bien las flechas, disparándolas. Más hombres cayeron y Highbury estaba reaccionando usando el regalo que le estaban haciendo para gritar órdenes a los hombres que le quedaban. Uno de los caballeros franceses galopaba hacia Highbury con una maza levantada para aplastarle la cabeza. Thomas lo alcanzó con un disparo improvisado, apenas sin apuntar. La flecha se hundió bajo el brazo levantado del caballero y la maza cayó de sus dedos súbitamente inertes. Highbury sacó su espada y le cortó la cabeza con un regocijo feroz.

Desde la altura de su silla, Highbury podía distinguir la figura solitaria plantada sobre el prado, con tan sólo unas pocas flechas en la bolsa. Aunque de lejos Thomas se veía pequeño, por un instante Highbury tuvo la sensación de estar él mismo enfrentado a aquel arquero ceñudo. Tragó saliva. Un solo hombre había causado una carnicería terrible, pero Highbury veía ahora una fila de caballeros que se precipitaban hacia el arquero. Odiaban a los arqueros ingleses, los odiaban como al demonio. Odiaban el hecho de que hombres comunes pudieran manipular armas tan potentes y se atrevieran a usarlas de manera poco honrosa en el campo de batalla. Más que cualquier otro grupo, los franceses tenían antiguos recuerdos de aquellos arcos que los habían masacrado en distintos campos de batalla. Algunos de ellos hasta se apartaban de los caballeros de Highbury por la rabia y el deseo de matar primero al arquero.

Highbury hizo girar su montura con un tirón seco de las riendas y de pronto sintió las heridas y rasguños de los que hasta entonces no había sido consciente. El bosquecillo quedaba más arriba y golpeó con las espuelas, lo que provocó que manara sangre fresca de los flancos de su caballo.

—¡Atrás, muchachos! ¡Hacia el bosque, rápido! —gritó.

Cabalgó con fuerza pendiente arriba, tratando de mirar atrás para ser testigo del final de todo aquello. Sus hombres lo acompañaban, jadeando alocados, cayendo dentro de sus armaduras. Algunos de ellos estaban exhaustos e iban demasiado lentos. Estaban rodeados por los franceses y no se podían defender contra tantos enemigos. Las mazas golpeaban sus armaduras causándoles enormes abolladuras y rompiéndoles los huesos. Las hachas abrían ranuras impregnadas de rojo dentro del

metal, y las vidas se consumían sobre los caballos que resoplaban agotados.

Lejos, al otro lado del prado, Thomas fue a buscar una flecha y sus dedos maniobraron al aire. Levantó la vista y vio a dos caballeros franceses que galopaban hacia él, apuntándole al pecho con sus lanzas. No sabía si había hecho lo bastante. Levantó la cabeza lleno de rabia, tratando de tragarse el miedo mientras el rumor de los caballos que se aproximaban parecía cubrirlo y llenar el mundo entero.

El sol pareció hacerse más intenso mientras esperaba, lo que le permitió distinguir todos los detalles de las monturas y los hombres que se acercaban con tanta rapidez a matarlo. Se planteó lanzarle el arco al primero que lo alcanzara, lo que tal vez provocaría que el caballo retrocediera y girara. Su mano se resistía a soltar el arma y permaneció allí, a campo abierto, consciente de que le daba exactamente lo mismo que se quedara quieto o que huyera.

Rowan se quedó solo a la sombra de los robles, contemplando la escena que se desplegaba ante él. Los otros ya se habían marchado, pero él seguía allí, mirando a través de las hojas a los hombres que luchaban a lo lejos. Rowan había visto la triste aceptación en los ojos de su padre y no podía ni marcharse ni desviar la mirada. Contempló con orgullo fiero cómo su padre hacía caer a media docena de caballeros, derribándolos. El miedo creció dentro de él en el momento en que los vio localizar al arquero solitario e iniciar una intensa carrera para masacrarlo. Rowan respiró con fuerza al ver a su padre disparar las últimas flechas, que usó para salvar a Highbury antes que para salvarse él mismo.

—¡Corred, padre! —exclamó.

Su padre se quedó quieto mientras los demás aceleraban hacia él y las puntas de las lanzas empezaban a bajar.

Rowan levantó el puño derecho, y calculó la anchura horizontal desplazándolo tres veces. Movi6 la cabeza, intentando recordar cómo hacer los ajustes para disparar una flecha caída. De pura desesperación, inclinó su arco. Los otros arqueros le habían dado una flecha cada uno, de modo que ahora contaba con una docena. Le desearon suerte y corrieron colina arriba, dejándolo solo con el sonido de su aliento, justo un poco más fuerte que los golpes y los gritos de más abajo.

Había más de cuatrocientos pasos de distancia, un poco menos de quinientos. Era un poco más larga de lo que Rowan había disparado hasta entonces, desde luego. Soplab a una ligera brisa, la suficiente para que tuviera que hacer pequeños ajustes mientras la pluma de oca de la flecha le acariciaba la mejilla y la potencia del arco se le enroscaba por el pecho y el hombro. Se agachó desde la cintura, añadiendo el ancho de dos palmos al ángulo.

Casi había perdido la flecha, lanzada directa al aire, cuando oyó unos pasos que se le acercaban a la carrera. Aflojando el tiro, Rowan se volvió, mientras el est6mago y la vejiga se le agarrotaban ante la idea de tener que enfrentarse a soldados con

picas. Respiró, aliviado, al darse cuenta de que se trataba del mismo grupo de arqueros, que se rieron al ver el susto que le habían dado. El primero en alcanzarlo le dio una palmada en el hombro y miró hacia el valle.

—Tenemos un par de docenas de flechas entre todos y ya habremos acabado. A Bert ya sólo le queda una.

No había tiempo de darles las gracias por haber arriesgado la vida de nuevo en vez de salir corriendo. Rowan dobló su arco otra vez, con las manos bien quietas.

—Cuatrocientos cincuenta metros, más o menos. Tres palmos de terreno de pendiente.

Mientras lo decía disparó la primera flecha, consciente en el momento en que salió que erraría el tiro. Todos ellos observaron su trayectoria con los ojos de hombres expertos.

Durante los meses anteriores, Thomas había intentado explicarles los tiros triangulares y de caída a los arqueros de Highbury. El padre de Rowan había aprendido su arte de un instructor del ejército muy aficionado a las matemáticas. De noche, en los campamentos, Thomas había dibujado formas en el suelo para transmitir sus conocimientos: curvas y líneas, ángulos y letras griegas. Los arqueros de Highbury se habían mostrado educados, pero pocos de ellos le escuchaban con atención. Todos eran hombres en la flor de la vida, elegidos cuidadosamente para acompañar al barón. Habían disparado sus flechas a diario, incluso los domingos, durante dos o incluso tres décadas. Su técnica y su fuerza habían sido modeladas más allá de la competencia o el cálculo, algo parecido a la capacidad que tiene un niño para señalar un pájaro que vuela veloz. Rowan disparó su segunda flecha y ellos apuntaron sus arcos para imitarlo, de modo que diez o doce flechas salieron volando en cuestión de una fracción de segundo.

Rowan tuvo que ajustar rápidamente el tiro para afinarlo. Su segunda flecha no parecía haber acertado la trayectoria, pero disparó cuatro más que volaron cerca del camino que visualizaba mentalmente. Los arqueros de Highbury dispararon su segunda docena y Rowan disparó las suyas todo lo rápido que pudo, sintiendo que su puntería mejoraba. En un terreno plano no podría haber alcanzado a los hombres que cargaban contra su padre, pero desde lo alto de aquella pendiente podía apuntar más alto, alcanzarlos y derribarlos. Cuando salió su última flecha, la observó volar, de pronto indefenso.

—Y ahora corred, padre. ¡Corred! —murmuró mientras lo miraba.

Thomas oía las flechas antes de verlas. Zumbaban por el aire, vibrando mientras dibujaban su trayectoria. Miró hacia arriba por instinto, a tiempo de ver a un grupo de ellas cayendo como un rayo oscuro. Con un fuerte golpe, las dos primeras se hundieron en el suelo hasta las plumas, delante de los caballeros que lo atacaban. El grupo siguiente cayó mejor, teniendo en cuenta la distancia, tocando una armadura

por el hombro y alcanzando un caballo, en pleno flanco del animal. A escasos segundos cayeron tres flechas más. Una alcanzó la silla de un caballo y rebotó al suelo, mientras que las otras dos se clavaron en los caballos, casi verticalmente. Los potentes cabezales se hundieron profundamente, provocando los alaridos y la caída de las bestias. Thomas vio salpicar una lluvia de finas gotas rojas al caer un caballo, con los pulmones destrozados.

Dos de los caballeros que lo atacaban tiraron secamente de las riendas y miraron hacia los árboles. La fría sensación de paz se truncó cuando Thomas volvió en sí. Echó un vistazo rápido a su alrededor y su corazón latió con fuerza.

—¡A la mierda! —gritó. Salió disparado, dando bandazos a medida que subía por la pendiente. Se esperaba la agonía de una lanza clavada entre los omoplatos en cualquier momento, pero cuando se volvió, los caballeros franceses se habían detenido y lo contemplaban con aire amenazador. Se dio cuenta, con regocijo, que pensaban que se trataba de otra emboscada, con él como cebo, pero ya no le quedaba aliento para reírse mientras seguía corriendo.

Cuando la noche gris cubrió el valle, el rey Carlos salió a ver el brutal resultado de la batalla del día. Sus soldados rasos habían explorado la zona y la habían declarado lo bastante segura para la presencia real, aunque los guardias seguían vigilando y cabalgaban a su alrededor. Habían caído en demasiadas emboscadas durante las semanas anteriores. Cerca del rey sólo quedaban cadáveres y algunos heridos que gritaban hasta que eran silenciados. Los ingleses eran estrangulados o recibían la estocada final, mientras que los franceses mutilados eran transportados a un lugar seguro para recibir la atención de los médicos militares. En medio de aquel aire cada vez más oscuro, sus alaridos se dejaban oír como un coro miserable.

El rey tenía un aspecto pálido e irritable mientras recorría el campo de batalla, deteniéndose primero donde Highbury había llevado a cabo su ataque para luego aventurarse un poco más lejos, para ver el lugar en el que se había permitido que un arquero solitario disparara desde una distancia segura. El rey se rascó la cabeza mientras imaginaba la escena, convencido de que volvía a tener piojos. Los malditos bichos saltaban de las cabezas de los muertos, según le habían dicho. Y hombres muertos había muchos.

—Decidme, Le Farges —dijo—. Decidme otra vez que es un grupo reducido de hombres. Que será poco más que una cacería de jabalíes por los valles y prados de Maine para mis valientes caballeros.

El lord en cuestión no lo miró a la cara. Temeroso del castigo, se agachó sobre una rodilla y habló con la cabeza gacha.

—Tienen arqueros de primera categoría, Majestad, mucho mejores de lo que esperaba encontrar aquí. Tan sólo puedo imaginar que vienen de Normandía, y que han roto las condiciones de la tregua.

—Eso lo explicaría todo —respondió Carlos acariciándose el mentón—. Sí, eso explicaría por qué he perdido a cientos de caballeros y cómo he visto mi costosa tropa de ballesteros masacrada y reducida prácticamente a un hombre. Sin embargo, sean quienes sean esos hombres, vengan de donde vengan, por la información de que dispongo como mucho son unos pocos centenares. Hemos capturado y matado a... ¿cuántos? ¿Sesenta de ellos? ¿Sabéis cuantos de mis hombres han perdido la vida por esta pequeña cifra?

—Puedo hacer que os traigan la lista, Majestad. Yo... estoy...

—Mi padre luchó contra estos arqueros en Agincourt, Le Farges. He visto con mis propios ojos cómo masacraban a nobles y caballeros como si se tratara de ganado, hasta que los que quedaban vivos eran aplastados por el peso de sus propios muertos. He visto a sus tamborileros correr por entre hombres con armadura y apuñalarlos, mientras los arqueros se reían. De modo que, decidme, ¿cómo es que nosotros no disponemos de nuestros propios arqueros?

—¿Majestad? —titubeó Le Farges, confuso.

—Me hablan siempre de los pocos escrúpulos que tienen, de lo viles y poco de fiar que son, pero el caso es que matan, Le Farges. Cuando mando a mis ballesteros para que les respondan, los distinguen a una distancia demasiado grande como para que puedan responder. Cuando mando a mis caballeros, un solo arquero es capaz de matar a cuatro o cinco antes de caer... ¡si no es que se le permite huir para volver y matar de nuevo! De modo que, iluminad a vuestro rey, Le Farges. Por todos los santos, ¿por qué demonios no tenemos nuestros propios arqueros?

—Majestad, ningún caballero querría usar esa arma. Resultaría... *peu viril*, deshonrosa.

—¡Campesinos, entonces! ¡Qué me importa quién se enfrenta, siempre y cuando tenga a hombres que se enfrentan!

El rey se agachó a recoger un arco que había caído. Con expresión disgustada, intentó retirar la cuerda y falló. Soltó un gruñido por el esfuerzo, pero la enorme arma de tejo cedió apenas unos centímetros antes de que renunciara a manipularla.

—No soy un buey preparado para este trabajo, Le Farges. Pero he visto a campesinos muy fornidos y de talla enorme. ¿Por qué no los entrenamos para estas masacres, como hacen los ingleses?

—Majestad, creo que desarrollar la fuerza para manipular este tipo de arcos lleva años. No es posible sencillamente coger uno y disparar. Pero, Majestad, ¿os inclináis por este método? No es propio de caballeros utilizar un arma así.

Soltando una maldición, el rey lanzó el arma con fuerza y la mandó zumbando por encima de su cabeza.

—Es posible. Puede que la respuesta esté en tener armaduras mejores. Mis guardias personales son capaces de resistir a una tormenta de estos arqueros. El buen metal francés está hecho a prueba de ellos.

Para demostrarlo, golpeó con los nudillos su propia protección pectoral,

haciéndola tintinear. Le Farges guardó silencio en vez de señalar que la armadura ornada del rey no era en absoluto lo bastante gruesa como para detener una flecha inglesa.

—Los ballesteros utilizan escudos más gruesos, Le Farges. Sin embargo, ésa no es la solución para los caballeros que deben llevar espada y lanza. Armaduras mejores y hombres más fuertes, eso es lo que necesitamos. Entonces mis hombres podrán adentrarse entre ellos, cortando cabezas.

El rey Carlos se detuvo y se secó una gota de baba de la boca. Suspiró con fuerza y miró la puesta de sol.

—Sea como sea, han roto la tregua. He mandado aviso a mis señores, Le Farges. En estos precisos instantes, todo caballero y soldado de Francia se dirige al norte.

El barón Le Farges pareció complacido al incorporarse.

—Para mí será un honor guiarlos, Majestad, con vuestra bendición. Con los regimientos nobles y vuestras órdenes, destruiré a estos últimos resistentes y tomaremos todo Maine en un mes.

El rey Carlos lo miró con frialdad.

—¡Maine no, cabeza hueca! Han roto la tregua, ¿verdad? Lo quiero todo. Recuperaré Normandía y arrojaré a los últimos ingleses andrajosos al mar. Tengo a once mil hombres de camino al norte. ¡Llevan escudos y armaduras, Le Farges! No consentiré que los aniquilen. Con arqueros o sin ellos, ahora no pienso detenerme. Recuperaré Francia entera antes de que acabe el año. ¡Por la santa virgen, lo juro!

El barón tenía los ojos llenos de lágrimas mientras volvía a arrodillarse, superado por la situación. El rey puso una mano brevemente en la cabeza despeinada del hombre y, por un instante, tuvo ganas de arrancársela. Le tiró del pelo con fuerza, haciendo gruñir a Le Farges de asombro, pero luego el rey lo soltó.

—Pero todavía me hacéis falta, Le Farges. Os necesito a mi lado cuando echemos a los últimos ingleses de Francia. Ya he visto lo suficiente. La tregua se ha roto y pienso infligirles una derrota que durará toda una generación. Es mi país, Le Farges. ¡Mi país y mi venganza! ¡Míos!

Jack Cade tuvo que abrirse paso con fuerza entre la muchedumbre para poder avanzar. Sus dos compañeros lo seguían en el espacio que creaba con los codos y su ancha espalda. Más de un codo respondía a tiempo para golpear a Paddy o a Rob Ecclestone mientras pasaban y les hacían soltar una maldición. La gente ya estaba furiosa y los tres hombres se ganaban miradas de rabia y empujones mientras avanzaban hasta primera fila. Sólo aquellos que reconocían a Ecclestone o a su amigo irlandés se detenían. Los que los conocían bien se hacían a un lado, dispuestos a salir corriendo. Su fama les ganaba tanto espacio como sus codos y permitía a Jack Cade salir al aire libre.

Se puso frente a la masa, jadeando, impregnado de hollín y furioso como una

tormenta invernal. El hombre que había estado gritando a la gente se detuvo como si hubiera visto un fantasma. El resto se fue quedando en silencio al ver a los recién llegados.

—¿Sois vos, Cade? —preguntó el presidente de la Cámara—. Por los huesos de Dios, ¿qué os ha ocurrido?

El hombre era alto, y lo parecía todavía más por el efecto del sombrero marrón que le sobresalía un palmo de la cabeza. Jack conocía bien a Ben Cornish y nunca le había gustado. Se quedó en silencio, mirando con los ojos enrojecidos la figura que se balanceaba a un lado de la plaza.

La gente no se había fijado en el cadáver mientras se reían y charlaban y celebraban su reunión. Jack no tenía ni idea de por qué Cornish y los demás estaban allí, pero la visión de sus miradas atónitas lo hizo enfurecer otra vez. Deseó tener una jarra entera en la mano para poder bebérsela de un trago.

—He venido a descolgar a mi chico —dijo bruscamente—. Y no me lo impediréis.

—Por Dios, Jack, hay asuntos más importantes aquí —exclamó Cornish—. El magistrado...

Jack sacó chispas por los ojos.

—Es hombre muerto, Cornish. Y vos también lo seréis si no me dejáis pasar. Estoy harto de magistrados y alguaciles... y hasta de los hombres del sheriff como vos. Sois todos unos malditos lameculos, eso es lo que sois. ¿Me habéis oído, Cornish? Largaos de aquí antes de que me quite el cinturón. No, quedaos. Estoy decidido a hacerlo igualmente.

Para sorpresa de Jack y sus dos amigos, su discurso fue recibido por la gente con una sonora ovación. Cornish se puso colorado, y gesticulaba con la boca sin que le salieran las palabras. Jack bajó la mano hacia la ancha correa de piel que le sujetaba los pantalones y Cornish pegó un salto antes de abrirse paso por entre la muchedumbre y salir huyendo por la calle, alejándose de la plaza.

Bajo la mirada atenta de la gente, Jack se sonrojó casi tanto como él.

—Maldita sea, ¿qué clase de reunión es ésta? —exigió—. ¿Es que han subido los impuestos de las velas o de la cerveza? ¿Qué os lleva a todos a bloquear la calle?

—¡Te debes de acordar de mí, Jack! —gritó una voz. Una figura corpulenta con un delantal de cuero se adelantó hacia él—. Te conozco.

Jack miró al hombre.

—Dunbar, sí, te conozco. Pensaba que estabas en Francia amasando una fortuna.

—Lo estaba, hasta que me quitaron la tierra de debajo de los pies.

Jack levantó las cejas, secretamente complacido de enterarse del fracaso del hombre.

—Bueno, yo nunca he tenido tierras, Dunbar, de modo que no sé cómo te sientes. El herrero lo fulminó con la mirada, pero alzó la cabeza.

—Ahora me acuerdo de por qué no me gustabas, Jack Cade.



Por un instante, la tensión entre los dos hombres creció, pero, finalmente, el herrero se esforzó por ser amable.

—Está bien, Cade, si has matado al magistrado, te consideraré como un amigo y no veré ningún mal en esta acción. Le has dado su merecido y nada más.

—Yo no... —empezó a responder Jack, pero la gente ya gritaba su aprobación y se quedó titubeando.

—Necesitamos a un hombre que lleve nuestras reclamaciones a Maidstone, Jack —dijo Dunbar, tomándolo por el hombro—. Alguien que sea capaz de agarrar a esos bastardos por el pescuezo y sacudirlos hasta que recuerden el significado de la palabra justicia.

—Bueno, no soy el más indicado —respondió Jack, deshaciéndose de su brazo—. He venido a buscar a mi hijo y nada más. Ahora, sal de mi camino, Dunbar, o por Dios que me las pagarás.

Con mano firme, empujó al herrero a un lado y fue a colocarse bajo el cuerpo de su hijo que se balanceaba, mirándolo con una expresión terrible.

—Nosotros iremos de todos modos, Jack —dijo Dunbar levantando la voz—. Aquí hay sesenta hombres, pero hay miles que están regresando de Francia. Vamos a demostrarles que no pueden tomar el pelo a la gente de Kent, aquí no.

La muchedumbre aplaudió estas palabras, pero todo el mundo miraba a Jack mientras sacaba su cuchillo y cortaba la cuerda que sostenía a su hijo. Paddy y Ecclestone se acercaron para tomar el cuerpo cuando cayera, y lo bajaron con cuidado hasta el suelo. Jack miró el rostro hinchado y se enjugó las lágrimas de los ojos antes de levantar la vista.

—No he estado nunca en Maidstone —dijo en voz baja—. Habrá soldados. Lograrás que te maten, Dunbar, a ti y a los que te acompañen. Sean o no de Kent, os matarán. Os echarán a los perros y a los matarifes... y te encontrarás bajando la cabeza e implorando perdón, estoy seguro.

—No si somos mil, no lo harán, Jack. Nos escucharán. Haremos que nos escuchen.

—No, compañero, mandarán a hombres iguales que tú, eso es lo que harán. Ellos se quedarán tranquilamente en sus cómodas casas y mandarán a hombres duros de Londres a partiros los huesos. Hazme caso, Dunbar. Escucha a alguien que sabe lo que dice.

El herrero se frotó la nuca, pensando.

—Puede que así sea, o puede que se haga justicia. ¿Vendrás con nosotros?

—No lo haré, ¿no me has oído? ¿Me lo puedes pedir con mi hijo de cuerpo presente? ¿No he dado lo bastante de mí a los alguaciles y a los jueces? Haz tu camino, Dunbar. Tus problemas no son los míos. —Se arrodilló junto a su hijo, con la cabeza gacha por el agotamiento y el dolor.

—Ya has pagado un alto precio, Jack. Hasta Dios misericordioso puede verlo. Tal vez no está en tus manos acompañar a la gente de Kent para exigir a los hombres del

rey un poco de la justicia que sólo otorgan a los ricos.

El herrero observó cómo Jack se incorporaba, muy consciente de que el hombre quemado y ensombrecido que tenía delante seguía llevando un enorme cuchillo con una hoja tan grande como su antebrazo.

—Tranquilo, Jack —dijo levantando las manos—. Necesitamos a hombres que tengan experiencia. ¿Tú has sido soldado, no es cierto?

—He hecho mi parte.

Jack miró pensativo hacia la muchedumbre, observando cuántos hombres había fuertes y en forma. No eran hombres de ciudad, aquellos refugiados. Se veía que habían hecho trabajos duros. Sentía sus miradas y se rascó la nuca. Tenía la garganta seca y sus pensamientos parecían moverse como lentas naves por un ancho río.

—¿Un millar de hombres? —dijo finalmente.

—¡O más, Jack, o más! —dijo Dunbar—. Los suficientes como para provocar unos cuantos incendios y romper unas cuantas cabezas, ¿verdad? ¿Estás con nosotros, Jack? Podría ser tu oportunidad para darles un buen palo a los alguaciles del rey.

Jack miró a Ecclestone, que le devolvió la mirada sin revelar nada. Paddy sonreía como buen irlandés, encantado de la perspectiva del caos que les brindaba una mañana clara. Jack sintió su propia boca torcerse como respuesta.

—Supongo que sí podría ser el hombre indicado para este trabajo, Dunbar. Anoche incendié dos casas. Puede que me hayan quedado ganas de quemar más.

—¡Muy bien, Jack! —dijo Dunbar, encantado—. Primero pasaremos por los pueblos y recogeremos a todos esos que han regresado de Francia... y a todos los que opinen igual.

El herrero se interrumpió cuando sintió la manaza de Jack en el pecho por segunda vez aquella mañana.

—Un momento, Dunbar. Yo no obedezco órdenes de ti. ¿Querías un hombre con experiencia? Ni siquiera eres todavía de Kent. Puede que ahora vivas aquí, Dunbar, pero naciste en algún otro lugar, uno de esos pueblos en los que las ovejas huyen de los hombres —hizo una pausa para respirar y la gente se rió—. No, chicos. Os llevaré a Maidstone y romperé cabezas como se espera de mí. Tienes mi palabra, Dunbar.

El herrero volvió a sonrojarse y agachó la cabeza.

—De acuerdo, Jack, por supuesto.

Cade paseó la mirada por la gente, identificando las caras que conocía.

—Te veo, Ronald Pincher, viejo cabrón. ¿Tienes la posada cerrada, con toda esta gente sedienta? Estoy muerto de sed y tú eres el hombre indicado para saciarla, aunque la cerveza que sirves sea tan pálida como el orín. —Levantó las cejas mientras tenía una ocurrencia—: Y ahora que lo pienso... ¿cerveza gratis para los hombres de Kent en un día como hoy?

El posadero en cuestión no pareció alegrarse mucho, pero levantó la mirada y resopló, aceptando su suerte. Los hombres aplaudieron y se rieron, relamiéndose los bigotes ante la perspectiva. Mientras se empezaban a dispersar, Dunbar miró hacia

atrás y vio a Jack y a sus dos amigos todavía de pie junto a la horca.

—¿Vienes? —lo llamó Dunbar.

—Adelantaos. Ya os encontraré —respondió Jack, sin volverse. Su voz sonó ronca.

Mientras la muchedumbre se iba dispersando, sus hombros se hundieron de aflicción. Dunbar observó un momento cómo aquel hombretón levantaba el cuerpo de su hijo y se lo cargaba al hombro mientras le daba palmaditas cariñosas. Flanqueado por Paddy y Ecclestone, Jack emprendió la larga pendiente que llevaba hasta el cementerio de la iglesia para enterrar a su hijo.

**W**illiam de la Pole subió por las escaleras de madera en espiral hasta la sala de arriba. Era un lugar espartano para un hombre que tenía autoridad sobre la prestigiosa guarnición de Calais. Una mesa pequeña daba a un mar plomizo a través de las estrechas aberturas en los muros de piedra. William veía a lo lejos las olas de espuma blanca y oía los gritos incesantes de las gaviotas que giraban en círculos y planeaban en el viento sobre la costa. La sala estaba helada, a pesar del fuego que ardía en la chimenea.

El duque de York se levantó de su asiento cuando vio entrar a William, y los dos hombres se estrecharon brevemente las manos antes de que York le indicara una butaca y se volviera a sentar. Cuando juntó las manos sobre la hebilla del cinturón y se reclinó tenía una expresión sardónica.

—¿Cómo debo trataros ahora, William? Tenéis tantos títulos nuevos, otorgados por el rey. Almirante de la flota, ¿no? ¿Administrador del rey? ¿Conde de Pembroke? ¿O quizás *Duque* de Suffolk, ahora, como yo? ¡Cómo habéis subido! Como la masa del pan. Apenas alcanzo a comprender qué servicio prestado a la Corona puede haber sido tan valioso como para obtener todas estas recompensas.

William le miró tranquilamente, ignorando su tono burlón.

—Sospecho que sabéis que me mandan aquí para relevaros, York. ¿Os gustaría ver la orden real?

York negó con la mano, en un gesto lleno de condescendencia.

—Otra artimaña más de Derry Brewer, ¿verdad? Estoy seguro de que está todo correcto. Dejádselo a mi sirviente cuando salgáis, William, si es lo único que tenéis que decirme.

Con cuidado calculado, William sacó el rollo de pergamino de una desgastada bolsa de cuero y lo empujó per encima de la mesa.

A regañadientes, Ricardo de York observó el enorme sello con expresión arisca.

—El rey Enrique lo ha sellado de su propia mano, en mi presencia, señor. Es válido desde mi llegada a Calais. Elijáis o no leerlo ahora, desde este momento estáis relevado de vuestro cargo aquí.

William frunció el ceño al oír su propio tono. El duque de York estaba perdiendo su pertenencia más apreciada. Era, desde luego, un momento para comportarse con cordialidad. Miró por la ventana las gaviotas y el mar, las olas grises y blancas, con Inglaterra a tan sólo veinte millas de allí. En un día claro, William sabía que desde Calais era visible la costa, algo que servía como un recordatorio constante de la tierra de origen al hombre que permanecía en la torre y que gobernaba en nombre del rey.

—Lamento mucho... ser yo el portador de tales noticias —dijo.

Para su sorpresa, York estalló en una sonora carcajada y se puso a dar palmadas sobre la mesa con la mano extendida mientras se agitaba y jadeaba.

—¡Oh, William, lo siento, es sólo vuestra expresión tan grave, vuestras maneras

de funeral! ¿Creéis que me ha llegado el final?

—¡No sé qué pensar, York! —replicó William—. El ejército está acuartelado en Calais y no se mueve ni un ápice, mientras que los súbditos del rey son obligados a echarse a los caminos por todo Anjou y Maine. ¿Qué os esperabais, si no ser relevado de este puesto? Dios sabe que me hubiera gustado no veros humillado de esta manera, pero el rey manda y por eso estoy aquí. No entiendo vuestro júbilo. ¡Y todavía os reís! ¿Habéis perdido la razón?

York a duras penas era capaz de controlarse.

—Oh, William, siempre seréis el títere de algún otro hombre, ¿lo sabéis? Si alguna vez ha habido una copa envenenada, es ésta. ¿Qué haréis con mis soldados en Calais? ¿Los mandaréis a hacer de nodrizas de todos los rezagados ingleses que regresan a casa? Nunca os lo agradecerán. ¿Habéis oído hablar de los disturbios en Inglaterra, o es que tenéis los oídos taponados por todos estos nuevos títulos? Os aseguro que este documento no os favorece, diga lo que diga. Os deseo mucha suerte en Calais, William. La necesitaréis.

Con un gesto brusco, York rompió el sello de cera y desenrolló el pergamino para examinarlo. Se encogió de hombros mientras lo leía.

—¿Lugarteniente de Irlanda, el hombre del rey? Un lugar igual de bueno que cualquier otro para contemplar cómo todo esto se hunde, William, ¿no creéis? Tal vez hubiera preferido un lugar más cálido, supongo, pero tengo una pequeña finca allá en el norte. Sí, me parece bastante bien.

Se levantó al tiempo que se guardaba el rollo en su túnica y le tendía la mano derecha.

—He oído que hay luchas en Maine, William. Comprobaréis que tengo aquí a un hombre muy eficiente, Jenkins. Reparte alguna moneda para que me mantengan informado. Le diré que ahora sois su nuevo amo en Francia. Bueno, pues, salud a vuestra esposa de mi parte. Os deseo suerte.

William se levantó lentamente, tomando la mano que le ofrecía y estrechándosela. York tenía una mano firme y la palma seca.

William movió la cabeza, perplejo ante las volubles maneras del hombre.

—Mis respetos a la duquesa Cecilia, Ricardo. Tengo entendido que está encinta.

Ricardo sonrió.

—Sale de cuentas un día de éstos. Se ha aficionado a chupar trozos de carbón, ¿no os parece sorprendente? Tal vez el niño nacerá en plena travesía del Canal, ahora que nos marchamos. O en el mar de Irlanda, ¿quién sabe? Con sangre y hollín en las venas, con sangre Plantagenet. Sería un buen augurio, William. Dios quiera que los dos sobrevivan.

William agachó la cabeza ante aquella fugaz plegaria, sólo para sobresaltarse cuando York le dio una palmada en la espalda.

—Ahora querréis volver a vuestro trabajo, William. Tengo por costumbre tener una nave y una tripulación siempre a punto para el comandante de la guarnición de

Calais. Confío en que no os opondréis a que la lleve a casa. —Esperó mientras William de la Pole negaba con la cabeza—. Sois un buen hombre. Bueno, no os molesto más.

El duque se dirigió a los peldaños que conducían abajo y William se quedó solo en la torre, con las gaviotas graznando por el cielo.

El barón Highbury resoplaba mientras tiraba de las riendas, con la sensación de tener los pulmones vacíos e irritados por el frío. Cada respiración le dolía como si sangrara por dentro. Por encima de la barba tenía la pálida tez salpicada del barro que despedían los cascos de su montura.

Había dado el alto en un campo de cultivo todavía verde, con un viento gélido que se colaba por entre sus tropas. Se daba cuenta de que estaban tan cansados y enlodados como él, con los caballos en un estado todavía peor. Highbury se pasó la lengua seca por los labios, sintiendo la saliva pastosa que se le pegaba al paladar. Se les habían terminado las reservas de agua y, aunque aquella mañana habían cruzado un par de ríos, no se habían atrevido a detenerse. Los franceses eran incansables en su persecución y pararse a beber podía suponer ser atrapados y masacrados.

Highbury estaba de muy mal humor por los pocos hombres que habían conseguido llegar hasta allí. El invierno anterior había llevado a cuarenta caballeros hacia el sur, a Maine, los mejores de su familia. Eran conscientes de sus posibilidades, y aun así se habían ofrecido a acompañarlo. Ahora únicamente había dieciséis, mientras que el resto se habían quedado pudriéndose en los campos franceses. Justo aquella mañana todavía quedaban veinte, pero cuatro de las monturas cojeaban un poco y, al sonar las cornetas francesas, fueron abatidos.

Al acordarse, Highbury desmontó con un gemido y se quedó un momento con la cabeza apoyada en su silla mientras se le desentumecían las piernas. Caminó rápidamente alrededor de su caballo capón pardo, frotándose las piernas con las manos, buscando el calor. El problema estaba allí, en todas sus articulaciones hinchadas. Su caballo lo buscó para acariciarlo con el hocico y él deseó tener una manzana para darle, o cualquier otra cosa. Cuando volvió a montar en la silla, Highbury se rascó la barba y se sacó un enorme piojo que aplastó entre los dientes.

—Bueno, muchachos —dijo—. Creo que ya estamos. Los hemos hecho sangrar y a cambio hemos perdido a hombres buenos.

Sus soldados lo escuchaban con atención, conscientes de que sus vidas dependían de si el barón consideraba el honor de su familia satisfecho o no. Todos ellos habían visto a un gran número de efectivos ocupando la zona los días anteriores. Parecía como si el rey francés hubiera convocado a todos los campesinos, caballeros y señores de Francia en Maine, un ejército que hacía empequeñecer a la fuerza original.

—¿Ha visto alguien a Woodchurch? ¿O a ese dandy de Strange? ¿Nadie?

Highbury se rascó la barba con fuerza, casi con furia. Aquella mañana habían

cabalgado durante millas y millas, perseguidos por los franceses que les pisaban los talones. Ni siquiera estaba seguro de dónde había caído Woodchurch, ni de si seguía vivo. No obstante, a Highbury no le gustaba la idea de marcharse sin decir nada.

El honor le exigía volver, aunque sólo fuera para decir que se marchaba. Woodchurch no era ningún tonto, se dijo. Si seguía vivo, seguramente estaría avanzando hacia el norte, ahora que las ciudades y el campo de Maine estaban llenos de soldados franceses.

Highbury sonrió cansado para sus adentros. Había vengado con creces la muerte de su sobrino. Había desobedecido las órdenes de lord York de ir hacia el sur, hacia Maine, y sospechaba que habría represalias por ello. Y, aun así, había obligado al rey francés a huir de los arqueros y de los caballeros ingleses. Había visto degollar a los soldados del soberano a cientos, y a Highbury le había costado un total de seis caballeros. Con eso no bastaba, pero era algo... y era mucho mejor que haberse quedado quieto en Calais mientras el mundo a su alrededor se derrumbaba.

—Estamos treinta millas al sur de la frontera con Normandía, tal vez un poco menos. Nuestros caballos están agotados, y si alguno de vosotros se siente igual que yo, debéis estar a punto de echaros y morir aquí mismo. —Unos cuantos de sus hombres se rieron ante la ocurrencia y luego continuó—: Hay buena ruta unas cuatro millas al este. Si cortamos hasta allí, iremos directos hacia el norte.

Parte del pequeño grupo se volvió de golpe al oír el sonido de una corneta. Highbury juró entre dientes. Desde lo alto de su silla no alcanzaba a ver el seto más cercano, de modo que sacó los pies de los estribos y se puso de rodillas encima, lo que le hizo sentir el crujido de las caderas y las rodillas. Volvió a oír el sonido de la corneta, más cerca. Highbury maldijo en voz baja al ver a ochenta o noventa jinetes que aparecían por el camino que cruzaba la colina más cercana. Mientras los miraba, empezaron a cruzar por la tierra labrada en dirección a ellos, lo que requirió un esfuerzo adicional de los caballos para cabalgar por el barro pegajoso.

—Mierda, nos han visto —dijo con amargura—. En marcha, muchachos, y que el diablo se lleve al último... o lo harán los franceses.

Thomas Woodchurch yacía en el suelo. Tenía la mano en el brazo de Rowan, que le ayudaba a apuntarse pero también le proporcionaba un poco de consuelo.

—Ahora —dijo.

Los dos hombres se levantaron de la zanja tambaleándose y cruzaron el camino. Thomas miró a ambos lados mientras corrían y se dejaron caer al otro lado. Esperaron sin aliento a oír un grito, o la corneta que los delataría y provocaría la llegada de un grupo de jinetes en su búsqueda. Pasaron unos segundos hasta que Thomas soltó el aliento.

—Ayúdame a levantarme, chico —dijo, aceptando un brazo y cojeando por entre los árboles.

Thomas mantenía el sol a su derecha siempre que podía, dirigiéndose al norte por delante de los hombres que los buscaban. Sentía a cada paso los tirones y punzadas de la herida que se había hecho. La sangre le había empapado los pantalones en la pierna derecha y el dolor era incesante. Sabía que podría utilizar el hilo y la aguja que llevaba ocultos en una costura, si podían encontrar un lugar en el que descansar el resto del día. Si hubiera estado solo, se habría escondido en las profundidades del bosque y habría montado unas cuantas trampas para conejos con un poco de cordel. El estómago le rugió al pensarlo, sin embargo, debía mantener a Rowan a salvo y siguió avanzando a trompicones.

Alcanzaron el límite de un sembrado y miraron desde la arboleda la extensión que se abría ante ellos, donde correrían el riesgo de ser localizados y capturados. Thomas volvió a estudiar su posición. A lo lejos se veían hombres a caballo que, por suerte, se dirigían en dirección opuesta a ellos.

—Mantente oculto, Rowan. Aquí estamos protegidos, por eso es mejor que esperemos un rato.

Su hijo asintió con la cabeza, con aire preocupado y lleno de rasguños. Ninguno de los dos había dormido desde el asalto del día anterior. Una fuerza considerable de hombres con picas había atacado a los arqueros. Docenas de franceses habían muerto, pero, al parecer, los nobles franceses los habían asustado más de lo que lo habían hecho los arqueros ingleses. Si hubieran tenido la manera de conseguir flechas nuevas, Thomas creía que los habrían detenido en seco, pero los arcos servían de muy poco cuando no había flechas.

Se habían dispersado, corriendo por campos y fincas agrícolas que Thomas conocía bien. En un momento dado había cruzado incluso su propia tierra por el campo occidental, lo que le provocó un tipo de dolor distinto. Los franceses habían incendiado su casa, tal vez sin otro objetivo que el placer de la destrucción. El olor de la humareda pareció acompañarlo durante millas.

Se tumbó y levantó la vista hacia los grises nubarrones, jadeando. Rowan permaneció agachado, vigilando atentamente por si llegaba el enemigo. Los dos habían visto caer al barón Strange, aunque ninguno comentó nada. Thomas tenía que admitir que el hombre había muerto con dignidad, luchando hasta el final, cuando se encontró rodeado y fue derribado de su caballo con hachas. A Thomas le picaron los dedos, pero ya no disponía de flechas y se obligó a huir mientras al barón le cortaban la cabeza.

—¿Sabes coser un corte? —dijo Thomas en voz baja, sin mirar a su hijo—. Está en mi costado derecho, hacia la espalda. No creo que pueda llegar. Tengo una aguja en el cuello, si puedes alcanzarla.

Sentía los brazos y las piernas pesados como el plomo, y lo único que quería era tumbarse allí y dormir. Sintió que Rowan tiraba de su camisa para sacar los valiosos objetos de metal e hilo.

—Todavía no, chico. Primero déjame descansar un rato.



Thomas estaba agotado, lo sabía. La sola idea de examinar la herida lo superaba. Estaba demasiado exhausto y sin fuerzas para incorporarse, pero aun así su hijo no le hizo caso.

Rowan soltó un bufido al ver la profundidad del corte en la cadera de su padre.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Thomas.

—No muy bueno. Hay mucha sangre. Puedo cerrarlo, creo. He practicado con perros alguna vez.

—Esto me da... una gran tranquilidad. Gracias por decírmelo —respondió Thomas, mientras cerraba los ojos un momento.

Sentía el costado como si le ardiera y creía que tenía un par de costillas rotas. Ni siquiera había visto al soldado francés hasta que lo tuvo encima, y un poco más y lo destripa. Si la cuchilla no hubiera topado con el hueso de su cadera, ahora estaría muerto.

Tuvo de pronto una profunda sensación de mareo mientras yacía, jadeando.

—Hijo, puede que me desmaye un momento. Si me ocurre...

Su voz se apagó y Rowan se sentó a su lado, esperando a ver si su padre decía algo más. Miró por entre los arbustos y respiró hondo. Justo al otro lado del campo había soldados avanzando. Alcanzó a ver una compañía de piqueros por encima de los arbustos. Con una expresión de intensa concentración, Rowan procedió a coser la herida de su padre.

Highbury sabía que no estaba a más de unas pocas millas de la frontera de la Normandía inglesa. Los caminos estaban llenos de familias de refugiados, y correr por salvar el pellejo en medio de todas aquellas carretas y caravanas llenas de pertenencias personales, con sus propietarios avanzando al lado, le provocaba una extraña sensación. Algunos de ellos le pedían ayuda, pero él estaba al borde del colapso y los ignoró. Tras él, franceses a caballo lo perseguían acortando la distancia con cada paso.

Sus dieciséis hombres se habían reducido a ocho después de una larga jornada. Con tantos soldados siguiéndole los pasos, sabía que no podía volverse para luchar, pero tampoco estaba dispuesto a salir corriendo hasta agotarse, para que luego lo atraparan como a un niño. Tenía la barba empapada de sudor, y de vez en cuando su caballo se tambaleaba y resbalaba, una advertencia de que el animal pronto caería.

Highbury se detuvo en un cruce de caminos y miró atrás, al brillo de las armaduras de los hombres que lo seguían. No sabían quién era, de eso estaba casi seguro, sólo que huía de ellos hacia territorio inglés. Y eso les bastaba para darle caza.

Advirtió una piedra marcada que indicaba la distancia hasta Ruán. Faltaban solamente unas seis millas, pero era demasiado lejos. Estaba acabado, tenía las manos congeladas y entumecidas, el cuerpo reducido a una tos seca y un dolor que parecía

alcanzarle hasta la barba, cuyas raíces le dolían también.

—Creo que esto es el fin, muchachos —dijo respirando con dificultad.

—Debéis continuar, si os quedan fuerzas. Es sólo una hora de camino, no más, incluso tal vez menos. Intentaré distraerlos. Habéis conseguido que esté orgulloso de vos y no cambiaría ni un solo día.

Tres de sus hombres no se habían parado con él. Debilitados por las heridas, siguieron cabalgando con las cabezas colgando, con sus grandes caballos de guerra avanzando al trote. Los cinco restantes estaban sólo un poco más alerta y se miraban entre ellos y luego hacia atrás. El que andaba más cerca se quitó un guante de malla y se frotó la cara.

—Mi caballo está acabado, milord. Me quedaré con vos, si os parece.

—Yo puedo rendirme, Rummage —dijo Highbury—. Pero vos, no; os matarán. ¡Iros! Los retendré todo el tiempo que pueda. Dadme la satisfacción de saber que he salvado a unos pocos de mis hombres.

Rummage bajó la cabeza. Con su ofrecimiento de quedarse había cumplido con su deber, pero el territorio inglés estaba tentadoramente cerca. Clavó sus espuelas de nuevo y su agotado caballo inició un trote más allá de una caravana y de una familia mísera que avanzaba a trompicones.

—Id con Dios, milord —lo bendijo uno de los otros mientras se alejaban, dejando a Highbury solo en el cruce.

Él levantó una mano de despedida, y luego se volvió a esperar a sus perseguidores.

No tardaron mucho en alcanzarle. Los caballeros franceses llenaron el caminito y se colocaron a su alrededor, maldiciendo a otra familia que se había apartado hacia los lados para dejarles pasar, con el terror claramente estampado en sus caras.

—¡Me rindo! Soy lord Highbury. ¿Quién es mi captor?

Los caballeros franceses se levantaron los visores del casco para ver bien a aquel lord fortachón y con barba. El más próximo a él empuñaba la espada mientras se acercaba con su caballo y le posaba una mano en el hombro, para reclamar su captura.

—Sieur André de Maintagnes. Sois mi prisionero, milord. ¿Podéis pagar un rescate?

Highbury suspiró.

—Sí, puedo.

El caballero francés sonrió ante aquel golpe de fortuna. Prosiguió en un inglés entrecortado.

—¿Y vuestros hombres?

—No. Son sólo soldados.

El caballero se encogió de hombros.

—Pues entonces soy yo quien debe aceptar vuestra rendición, milord. Si me entregáis la espada y me dais la palabra, podéis cabalgar a mi lado hasta que

encuentre un lugar para vigilaros. ¿Sabéis escribir para pedir que os manden dinero?

—Pues claro que sé escribir —respondió Highbury.

Mascullando entre dientes, soltó la enorme espada y se la entregó. Cuando el caballero la agarró, Highbury la sostuvo.

—¿Dejaréis escapar a mis hombres a cambio de mi palabra?

Sieur André de Maintagnes se rió.

—Milord, no tienen adónde ir, ya no. ¿No lo habéis oído? El rey está de camino y no piensa detenerse hasta que os arroje a todos los ingleses al mar.

De un tirón, le quitó la funda de las manos.

—Manteneos cerca de mí, milord —le ordenó, mientras giraba su montura.

Sus compañeros estaban muy contentos ante la perspectiva de repartirse una buena recompensa.

Highbury se planteó por un momento pedir comida y agua. Como su captor, el caballero francés tenía la responsabilidad de proporcionarle alimentos, pero de momento, el orgullo lo mantuvo en silencio.

Cabalgaron de regreso por el camino que Highbury había recorrido toda la tarde y, a medida que avanzaban, vio a más y más caballeros y hombres a pie, hasta que se sintió confuso y sin aliento. Había cabalgado tan lejos y tan rápido que no había alcanzado a comprender que el ejército francés entero se dirigía al norte tras él. Los campos estaban llenos de ellos, avanzando todos hasta la nueva frontera de territorio inglés en Francia.

**W**illiam de la Pole caminaba arriba y abajo, con las manos temblorosas escondidas tras la espalda. Las gaviotas graznaban alrededor de la fortaleza, con un ruido que sonaba a burla. Se había pasado la mañana rugiendo órdenes a su desgraciado personal, pero, a medida que avanzaba la tarde, su voz se fue apagando y una calma peligrosa se había instalado en él. El último mensajero que se le había acercado estaba de rodillas en el suelo de madera, con la cabeza gacha como para protegerse.

—Milord, no me han dado ningún mensaje verbal para acompañar el paquete.

—Pues entonces, utiliza la cabeza —le gritó William—. Dime por qué no hay refuerzos para cruzar hasta Calais, cuando mis fuerzas están en minoría y hay un ejército francés atacando la Normandía inglesa.

—¿Deseáis especular, milord? —respondió el sirviente, confuso. William se limitó a mirarlo y el joven tragó saliva y siguió titubeando—. Creo que están siendo concentrados, milord, preparándose para marchar hacia el sur. Vi una flota de barcos en el puerto cuando salí de Dover. Oí que algunos de los soldados de la Corona han sido enviados a sofocar la agitación, milord. Ha habido asesinatos y disturbios en Maidstone. Puede ser que...

—Basta, ¡basta! —exclamó William, frotándose las sienes con una mano—. No me aportas nada más de lo que puedan decirme en cualquier taberna. Tengo cartas que hay que mandar a casa de inmediato. Recógelas y vete, por Dios.

El joven mensajero se alegró de ser despedido y se apresuró a desaparecer de la vista del duque lo más rápido que pudo. William se sentó a la mesa de York echando humo. Entendía un poco mejor las palabras de su predecesor, ahora que llevaba unas pocas semanas al mando. Francia se estaba desintegrando y no era de extrañar que Ricardo de York se hubiera mostrado tan alegre y enigmático cuando lo relevaron del cargo.

William deseó que Derry estuviera allí con él. A pesar de todo el sarcasmo que empleaba, le hubiera hecho sugerencias, o al menos lo hubiera informado mejor que sus sirvientes. Sin su consejo, William se sentía totalmente a la deriva, perdido bajo el peso de las expectativas depositadas en él. Como comandante de las fuerzas inglesas en Francia, se le pedía que repudiara cualquier interferencia de la corte francesa. Su mirada se extraviaba por los mapas que había sobre la mesa, llenos de pequeñas piezas de plomo. Era una imagen incompleta, lo sabía. Los soldados y la caballería avanzaban más rápido que las informaciones que le llegaban, de modo que aquellas pequeñas fichas metálicas estaban siempre en el lugar equivocado. Sin embargo, si tan sólo la mitad de las informaciones fueran ciertas, el rey francés ya habría entrado en Normandía, y la frágil y tan difícil de obtener tregua habría acabado por los suelos como si nunca hubiera sido pactada.

William apretó los puños y siguió caminando de un lado a otro. Tenía menos de

tres mil soldados en Normandía, y tal vez otro millar de arqueros. Era una fuerza enorme y cara para los tiempos de paz, pero ¿en plena guerra? Si hubiera tenido a un rey apto para dirigirlos en la batalla, podrían haber bastado. Con un Eduardo de Crécy, o un Enrique de Agincourt, William estaba casi convencido de que los franceses podían salir corriendo, humillados y vencidos. Miró con avidez los mapas como si pudieran contener el mismo secreto de la vida. Tenía que salir al campo de batalla, no había otro remedio. Tenía que luchar. Su única posibilidad estaba en detener el avance de los franceses antes de que llamaran a las puertas de Ruán o, Dios no lo quisiera, a la mismísima Calais.

Vaciló, mordiéndose el labio. Podía evacuar Ruán y salvar cientos de vidas inglesas antes del asalto francés. Si aceptaba la imposibilidad de enfrentarse a unas fuerzas tan numerosas, podía dedicarse, en cambio, a defender Calais. Al menos podría ganar el tiempo y el espacio suficientes para permitir a los súbditos del rey que escaparan al cerco que se estrechaba a su alrededor. Tragó saliva, nervioso ante la idea. Todas sus opciones resultaban aterradoras; todas ellas parecían conducir al desastre.

—Maldita sea —murmuró para sus adentros—. Necesito seis mil hombres.

Ladró una breve carcajada e hinchó las mejillas. Puesto que deseaba tener un ejército que no existía, tanto daba desear sesenta mil como seis mil. Había mandado sus súplicas tanto a Derry Brewer como al rey Enrique, pero, al parecer, los refugiados que volvían de Anjou y Maine habían traído con ellos su miedo contagioso. Las fuerzas del rey se habían desplegado para mantener la paz en el territorio. En Francia, William se había quedado con muy pocos efectivos. Era indignante. Cuando la corte inglesa empezó a entender la magnitud de la amenaza, pensó que Normandía se perdería.

William se secó el sudor de la frente. Calais era una magnífica fortaleza en la costa, con doble foso y unas murallas enormes de un grosor de seis metros en su base. Situada en la costa y abastecida por mar, jamás podría rendirse por falta de alimentos. Y sin embargo, el rey Eduardo la había invadido una vez, un siglo atrás. Podía volver a ser asaltada, con los hombres suficientes y con una imponente maquinaria de asalto para atacarla.

—¿Cómo puedo detenerlos? —exclamó William en voz alta.

Al oír su voz, dos sirvientes llegaron para ver si el comandante tenía nuevas órdenes. Iba a echarlos con un gesto de la mano pero, de pronto, cambió de opinión.

—Mandad órdenes al barón Alton. Que prepare la guarnición para marchar.

Los sirvientes desaparecieron corriendo y William se volvió a mirar el mar.

—Dios nos proteja —musitó—. Se ha hecho antes, y se puede volver a hacer.

Los números no lo eran todo, lo sabía. Los reyes ingleses habían liderado casi siempre una fuerza menor contra los franceses cuando se enfrentaron en el campo de batalla. Sacudió la cabeza, y la densa cabellera se le movió a ambos lados del cuello. Aquél era el problema al que se enfrentaba. El pueblo inglés esperaba que su ejército

derrotara al francés, sin tener en cuenta el número de soldados ni el lugar en que luchaban. Si no lograba proteger Normandía, después del caos de Maine y Anjou... William se estremeció.

Había solamente otro trozo de territorio inglés en Francia: Gascuña, en el suroeste. Sería absorbido en una temporada si los franceses ganaban su campaña. Apretó el puño y golpeó la mesa, haciendo saltar todas las fichas de plomo. Había perdido a su padre y a su hermano a manos de los franceses. Todas las casas nobles habían sufrido alguna pérdida, pero habían conservado y ampliado los territorios franceses. Todos despreciarían al hombre que no fuera capaz de mantener lo que habían obtenido con su sangre. William entendía ahora la «copa envenenada» que York le había descrito en su breve encuentro, pero creía que ni siquiera York había sido capaz de prever el avance de las fuerzas francesas en Normandía.

Suspiró desesperado, frotándose la cara con las dos manos. No tenía más opción que enfrentarse al rey francés en el campo de batalla y confiar a Dios el desenlace. No podía elegir el desastre, sólo aceptarlo por la fuerza.

Llamó a sus sirvientes personales, tres hombres jóvenes dedicados a su servicio.

—Traedme mi armadura, muchachos —les ordenó, sin levantar la vista de los mapas—. Parece que me marcho a la guerra.

Se alegraron, encantados, y se precipitaron hacia la armería a buscar su equipo personal. La armadura estaría bien engrasada y conservada, preparada para protegerlo con metal. William se quedó mirándolos y sonrió al ver cómo les gritaban la noticia a los demás y el alborozo se iba contagiando por toda la fortaleza de Calais. A pesar de su fúnebre humor, se alegraba de aquel entusiasmo y de que confiaran en él. No lo compartía, pero tampoco podía rechazar la copa que le habían ofrecido.

Thomas gimió y rápidamente empezó a sentir que se asfixiaba cuando una mano grande le tapó la boca y la nariz. Luchó contra aquel peso y le retorció los dedos hasta que su propietario hizo un bufido de dolor. Justo antes de que los dedos de la mano crujieran, la presión se aflojó y Thomas se quedó jadeando en busca de aire a la luz del amanecer. La mente se le despejó y sintió vergüenza al distinguir la figura de su hijo sentado a su lado en la penumbra. Rowan tenía una expresión furiosa mientras se frotaba la mano dolorida. Ahora Thomas estaba lo bastante consciente como para mantenerse en silencio. Vio a su hijo inclinar los ojos y la cabeza indicándole que se acercaba alguien.

Presas del pánico, Thomas sintió ganas de vomitar, un último síntoma de la fiebre que se había apoderado de él cruelmente y que lo había dejado debilitado como un trapo sucio. Lo último que recordaba era que su hijo lo había llevado a rastras por un campo, bajo la luz de la luna.

La fiebre le había bajado, Thomas lo podía percibir. El calor terrible que le secaba la boca y le provocaba dolor en todas las articulaciones había desaparecido. Sintió el

vómito en la garganta y tuvo que usar las dos manos para cerrar la boca, presionando con fuerza mientras el mundo le daba vueltas y se sentía al borde del desmayo. Sentía las manos como trozos de carne fría sobre la cara.

Rowan se puso tenso por sus gruñidos y toses. El joven espío a través de las rendijas del granero a quien fuera que anduviera merodeando en el exterior, pero no veía casi nada. En tiempos más pacíficos, no habría sido nada más raro que los chicos de la granja levantándose para la jornada de trabajo, pero ahora hacía muchos días desde la última vez que los arqueros encontraron una granja que no estuviera abandonada. Los caminos que llevaban al norte se habían llenado con una nueva oleada de refugiados, pero esta vez no había ninguna excusa, nada de conversaciones de tregua ni de tratos pactados en privado. Rowan sabía que él y su padre ya habían cruzado la frontera de Normandía, aunque ya hacía mucho que no se atrevían a cruzar un camino principal y a quitar el musgo de los mojones. Ruán quedaba en algún lugar del norte, eso era lo único que Rowan sabía. Más allá de esa ciudad, Calais, el puerto más dinámico de Francia, seguiría allí.

Con el polvo y los excrementos secos de los pollos, Thomas no podía evitar los espasmos en su estómago vacío. Intentaba reprimir el sonido con las manos sucias de tierra, pero le resultaba imposible guardar un silencio absoluto. Rowan se paralizó al oír una tabla que crujía por allí cerca. No había oído a nadie entrar en el granero y no parecía necesario ser prudente. Los soldados franceses que marchaban hacia el norte confiaban ruidosamente en la fuerza de su propio ejército; sin embargo, Thomas y Rowan seguían corriendo el riesgo de que los buscaran sus perseguidores originales. Sabían lo bastante de aquellos hombres testarudos y obstinados como para temerlos, unos hombres que los habían perseguido durante sesenta millas de cacerías nocturnas y silencio diurno.

En su imaginación, Rowan había visualizado más de una vez las leves sombras en movimiento que había visto a lo lejos. Su mente las había convertido en demonios vengadores, criaturas incansables que no se detendrían ante nada, por muy lejos que tuvieran que seguirlos. Miró impotente el cuerpo malherido de su padre, ahora mucho más delgado que cuando lucharon y perdieron. Habían tirado sus arcos días atrás, un gesto de supervivencia que les sentó como si les arrancaran los dientes sanos del maxilar. Aparte de librarse del peso de las armas, eso no les garantizaba que no serían capturados. Se sabía que los franceses perseguían con especial saña a los arqueros, a los que reservaban castigos impresionantes cuando los capturaban. Resultaba muy difícil esconder los callos de las manos de un arquero.

La mano de Rowan todavía sentía el dolor de la pérdida de su arma, y se aferraba imaginariamente a ella siempre que lo acechaba un peligro. Dios, ¡no podía soportarlo! Conservaba su cuchillo de empuñadura de cuerno. Deseó casi poderse lanzar sobre quienquiera que estaba merodeando fuera del granero. La tensión le estaba acelerando tanto el corazón que le parecía ver destellos de luz en su campo visual. Movi6 bruscamente la cabeza al oír un crujido y estuvo a punto de soltar una

maldición. En un granero había siempre algo que se movía por entre los fardos de heno. Ratones, por supuesto, y sin duda algún gato que los perseguía; y también insectos y pájaros que hacían sus nidos en primavera. Rowan se dijo que probablemente estaba rodeado de criaturas trepadoras, pero dudaba que ninguna de ellas pesara tanto como para hacer crujir las tablas de madera del suelo.

Oyó de pronto, en el exterior, un estrépito de platos que se estrellaban y giraban contra el suelo con un ruido que no podía ser de ninguna otra cosa. Se incorporó para volver a mirar a través de las rendijas y, al hacerlo, oyó un paso en la oscuridad. Miró rápidamente hacia el patio y alcanzó a ver a un soldado francés que se reía mientras intentaba recoger platos enteros de la pila que se le acababa de caer. No eran los oscuros perseguidores a los que temía, sino simples piqueros saqueadores franceses. Sin embargo, seguía oyendo aquellos pasos dentro del granero. Rowan bajó la mirada hacia su padre, a su ropa todavía humedecida por el sudor y empapada de su propia suciedad. Cuando volvió a levantar la vista, se encontró cara a cara con un joven asustado y vestido con ropa azul desgastada. Por un instante se miraron boquiabiertos, ambos con el corazón acelerado, y luego Rowan le saltó encima, clavándole el cuchillo en el pecho mientras lanzaba un grito ahogado.

Su peso hizo caer al desconocido de espaldas y el cuchillo se le hundió todavía más, y Rowan apretó hasta que sintió que las costillas se le partían bajo su mano. El joven francés expulsó una gran bocanada de aire. Lo que había tratado de decir se perdió con la agonía del cuchillo clavado en su pecho. Rowan miró aterrorizado la figura todavía en movimiento que había derribado.

Lo único que pudo hacer fue aplastarlo con su propio peso, inmovilizándole las piernas con las suyas propias.

En el patio, una voz articuló una pregunta o un nombre. La cara de Rowan se fundió en algo parecido a un sollozo mientras apoyaba la frente contra la mejilla del joven al que sujetaba, esperando a que acabaran sus sacudidas y jadeos para siempre. Rowan temblaba cuando finalmente levantó la cabeza y miró aquellos ojos llenos de polvo de su túnica, pero que se resistían a cerrarse.

La voz volvió a llamar, más cerca. Rowan se agachó y enseñó los dientes como un perro que defendiera su presa. Sacó el cuchillo de entre las costillas y lo levantó, preparado para un nuevo asalto. Allí cerca podía haber una docena de soldados, o un centenar, o sólo un par. No tenía manera de saberlo, y el terror y la rabia se apoderaron de él. No deseaba nada más que salir corriendo, simplemente huir del horror espeluznante que le invadió mientras robaba la vida de otro hombre. Lo que había sentido había sido repugnantemente íntimo y deseaba salir corriendo de aquel lugar.

Oyó un sonido suave a sus pies y bajó la vista, comprendiendo que las tripas del joven acababan de vaciarse, así como su vejiga. El pene del soldado estaba claramente erecto, visible en sus pantalones oscuros. Rowan sintió que le daba un vuelco el estómago y que los ojos se le llenaban de lágrimas involuntarias. Había



oído que estas cosas ocurrieran, pero la realidad era mucho, muchísimo peor. No tenía nada que ver con matar a un hombre desde la distancia con una flecha y un buen arco.

Un grito desde el exterior lo hizo sobresaltarse y correr a refugiarse al entarimado de madera. La voz se oía cada vez más cerca, a medida que el hombre de fuera iba perdiendo la paciencia por su compañero extraviado. Rowan miró por las estrechas rendijas y los agujeros de los clavos, intentando averiguar si había más hombres. No vio a nadie, aunque tenía la sensación de que aquel granero al amanecer estaba rodeado de hombres. Tenía que huir campo a través, pero su padre pesaba demasiado para arrastrarlo.

Movido por un impulso, Rowan se agachó junto a su padre y le dio unas palmaditas a la cara. El hombre abrió los ojos, con los iris oscuros teñidos de amarillo, mientras le apartaba las manos.

—¿Podéis andar, padre? —le susurró Rowan.

—Creo que sí —respondió Thomas, aunque no estaba seguro. Le vino a la cabeza una historia de cuando era pequeño, de Sansón perdiendo el pelo, y sonrió débilmente para sus adentros, mientras usaba el pomo de un viejo arado para impulsarse hacia arriba. Entonces descansó, mientras gotas gordas de sudor le resbalaban por la cara, arrastrando polvo y oscureciéndole la tez.

Rowan cruzó las líneas de luz dorada del sol que penetraban en el granero. Se detuvo junto a la puerta, espionando la mañana mientras le gesticulaba a su padre para que se le acercara. Thomas sacó fuerzas de flaqueza, sintiéndose como si la noche antes lo hubieran apaleado. Necesitaba dormir, o tal vez, simplemente, morir. La promesa de descanso lo acechaba con tanta fuerza que le hacía ver formas oscuras velándole la visión. Se tambaleó por el suelo lleno de polvo, tratando de no jadear mientras la mente se le emborronaba presa de la enfermedad.

Rowan casi se lanzó al suelo cuando una voz soltó un torrente de palabras en francés prácticamente a su lado.

—¿Te estás escondiendo de mí, Jacques? Si te pillo durmiendo, te juro que...

La puerta se abrió de golpe y Rowan apretó los ojos, viendo la sorpresa del hombre transformarse en terror al contemplar su cuchillo y su presencia en la sombra.

El hombre pegó un bote, resbaló y cayó mientras se volvía, presa del pánico. Su voz ya se empezaba a convertir en un grito mientras trataba de incorporarse, pero Rowan se le echó encima de un gran salto y lo apuñaló a través de su capa. Con una fuerza salvaje, pasó el brazo izquierdo alrededor del cuello del hombre y empezó a asfixiarlo, sofocando los gritos desesperados hasta que se convirtieron en gemidos; Rowan se sorprendió sollozando mientras lo apuñalaba una y otra vez, viendo la sangre roja que salpicaba por todo su alrededor. Dejó caer el cuerpo de bruces y se levantó, resoplando, con los sentidos de pronto entumecidos bajo el sol de la mañana.

El patio de la granja estaba desierto, con abundantes hierbas verdes que crecían entre las piedras agrietadas. Advirtió una cabaña medio en ruinas que la noche anterior le resultó invisible, cuya puerta colgaba abierta de una bisagra rota. Rowan

miró a su alrededor, y luego bajó la vista a las gotas de rojo intenso sobre el polvo y que manchaban su cuchillo. Eran sólo dos hombres en busca de algo que valiera la pena robar mientras sus mandos dormían. Rowan sabía que tenía que arrastrar el segundo cuerpo al interior del granero, pero permaneció allí en el patio, con los ojos cerrados y el rostro levantado hacia el sol.

Oyó salir a su padre y colocarse a su hombro. Rowan no le miró, prefirió seguir dejando que la calidez del sol le acariciara el rostro. Recordó que con su padre habían matado animales en la granja. Habían matado ciervos, cuando iban de caza, y luego habían desmembrado sus cuerpos en las laderas hasta quedar llenos de sangre, riéndose.

Thomas respiró profundamente, sin saber si su hijo quería oírlo hablar. Tenía retortijones de hambre en el estómago y se sorprendió preguntándose si los dos soldados llevaban algo de comer. Era otra señal de que su cuerpo había superado la enfermedad que lo había derribado.

—¿Te ha gustado? —preguntó.

Rowan abrió los ojos y lo miró.

—¿El qué?

—Matar. He conocido a hombres que disfrutaban haciéndolo. A mí nunca me ha gustado. Siempre me ha parecido algo extraño, querer hacerlo. Demasiado parecido a un trabajo, siempre he pensado. En caso de necesidad, de acuerdo, pero nunca perseguiré a otro hombre para matarlo, nunca por placer. Sin embargo, he conocido a hombres que les gustaba, eso es todo.

Rowan movió la cabeza, estupefacto.

—No..., no, Dios mío..., no me ha gustado.

Para su sorpresa, su padre le dio una palmada en la espalda.

—Bueno, eso es todo. Ahora me parece que tengo apetito. Sigo lo bastante débil como para que me asuste la visión de un niño con un palo, así que, ¿quieres mirar si hay algo de comer en la casa? Tenemos que encontrar un lugar en el que descansar y escondernos durante el día y no puedo hacerlo con hambre, no después de la enfermedad.

—¿Y si nos quedamos en el granero? —propuso Rowan, mirando temeroso hacia la entrada oscura.

—No con cadáveres de soldados y sangre en el suelo, hijo. ¡Despierta! Deberemos desplazarnos unas cuantas millas ocultándonos y me duele terriblemente el estómago. Necesito un poco de comida y no pienso comerme a un francés, al menos de momento.

Rowan soltó una carcajada débil, pero su mirada seguía reflejando preocupación. Thomas renunció a su sonrisa, que le costaba demasiado esfuerzo de mantener.

—¿Qué ocurre? —Vio la piel de su hijo contraerse como un caballo con moscas, y luego endurecerse mientras se le ponían los pelos de punta.

—El chico del granero... tenía la virilidad dura... Dios, padre, ha sido horrible.

—Ah —exclamó Thomas. Se quedó quieto, dejando que el sol los calentara a los dos—. A lo mejor le has gustado...

—¡Padre! ¡Por Dios! —Rowan se estremeció al recordarlo, frotándose los brazos, mientras su padre se reía.

—Una vez tuve que hacer una guardia después de una batalla —dijo—. Debía de tener doce años, creo. Me pasé toda la noche despierto, rodeado de soldados muertos. Al cabo de un rato, empecé a oírlos eructar y tirarse pedos como si estuvieran vivos. En dos ocasiones, uno de ellos se incorporó, de golpe, como si lo hubiera sorprendido una idea. La muerte súbita es algo muy extraño, querido. El cuerpo no siempre sabe que está muerto, no de entrada. He visto... lo mismo que tú en un colgado, cuando era chico. Había una mujer anciana junto a la horca, cuando ya todo el mundo se había marchado, que hurgaba el suelo a sus pies. Le pregunté qué estaba haciendo y me dijo que de las semillas de un colgado nace una raíz de mandrágora. Entonces salí corriendo, Rowan, no me importa contártelo. No paré de correr hasta llegar a casa.

Los dos hombres se quedaron quietos al oír un ruido de ramas que interrumpía la quietud del aire. Se volvieron poco a poco y vieron una oca vieja que salía de entre los árboles, junto a la cabaña, donde había una cuerda colgada de una rama que se balanceaba. El ave picoteó el suelo y miró a los dos hombres que ocupaban su patio.

—¿Rowan? —murmuró Thomas—. Si ves una piedra, recógela lentamente. Intenta romperle un ala.

La oca los ignoró mientras Rowan encontraba una piedra del tamaño de su puño y la levantaba.

—No nos teme, creo —dijo, dirigiéndose hacia el ave, que empezó a silbar y a desplegar las alas. La piedra salió disparada y derribó la oca con un graznido, dejando ver el plumaje sucio del vientre. Rowan la tuvo agarrada del cuello en un momento y la arrastró hasta su padre antes de silenciarla de un golpe seco.

—Puede que esta mañana me hayas vuelto a salvar la vida —dijo Thomas—. No podemos arriesgarnos a hacer fuego, de modo que trocéala y bebe mientras todavía esté caliente. Buen trabajo, muchacho. Creo que si se nos llega escapar me hubiera echado a llorar como un niño.

Su hijo sonrió, y empezó a sentir que se le pasaba aquel humor extraño y oscuro. Tuvo cuidado de limpiar bien el cuchillo con la ropa del hombre que yacía boca abajo en el patio, antes de utilizarlo con el ave.

—Ojalá pudiera estar aquí tu abuelo —dijo York, mientras se bebía el vino a sorbos—. El viejo siempre se alegraba tanto del nacimiento de un niño..., como es de esperar ¡habiendo tenido veintidós! De todos modos, los augurios son excelentes, me han dicho. Será niño, seguramente.

Estaba de pie en un patio interior, con el techo de roble y teja, y la piedra color crema por todos los lados. La rosa blanca de la casa de York resultaba muy visible,

tanto en los travesaños como tallada en la misma piedra. En las estancias de arriba se oyó un grito inhumano que hizo sobresaltar a su compañero.

Richard Neville era tan alto como su tío, aunque todavía no le había salido la barba. Con sus dos matrimonios, era cierto que su abuelo había sido padre de tantos niños que Richard estaba acostumbrado a tener tías que eran niñas, o sobrinos de su misma edad. El mayor de los Neville había sido un hombre muy potente, y el número de sus descendientes vivos era motivo de envidia para muchos. Antes de que Richard tuviera tiempo de responder, York volvió a hablar:

—Pero ¡se me olvidaba! Debo felicitarte por tu nuevo título, bien merecido. Tu padre debe de estar orgulloso de verte convertido en conde de Warwick.

—Sois demasiado amable, milord. Estoy todavía aprendiendo lo que eso supone. Mi padre está encantado de recibir el título y las tierras en la familia, como creo que sabéis. Me temo que no conocí nunca a mi abuelo.

York se rió, vació la copa y la levantó para que el sirviente se la volviera a llenar.

—Si eres la mitad de hombre que Ralph Neville serás del mismo modo doblemente bendecido. Él me adoptó cuando la desgracia me dejó huérfano, a la merced de todos los hombres. El viejo Neville conservó mis fincas y mis títulos intactos hasta que me hice mayor. Nunca me pidió nada a cambio, aunque yo sabía que deseaba que me casara con Cecilia. Pero, incluso en eso, dejó que yo lo decidiera. Era un hombre... de un enorme honor personal. No tengo nada más que decir de él. Espero que lo entiendas. Le debo más de lo que podría expresar con palabras, Richard. No... ¡conde de Warwick!

York le sonrió a su sobrino. De la sala de partos sonó otro grito, que hizo sobresaltar a los dos hombres.

—¿No estáis preocupado? —dijo Richard de Warwick, jugueteando con su vaso y levantando la vista, como si pudiera ver a través de las paredes los misterios femeninos que había en aquella estancia. York se encogió de hombros pensativamente.

—Han muerto cinco, es cierto, ¡pero seis han sobrevivido! Si fuera jugador, no apostaría contra otro bebé York lleno de salud. El duodécimo nacimiento, es el número de apóstoles, algo que a mi sabio doctor le gusta repetir. Él cree que es un número poderoso.

York se quedó en silencio, pensando un momento que el duodécimo apóstol había sido Judas. La mirada del más joven también se ensombreció al tener la misma idea, que eligió no expresar.

—El séptimo vivo, entonces —dijo Warwick para romper el silencio.

—Un número de mucha fortuna, estoy seguro.

York se relajó visiblemente al hablar. Había estado bebiendo abundantemente durante el confinamiento, a pesar de fingir no estar preocupado. Pidió que les llenaran las copas de nuevo y Warwick tuvo que apurar la suya rápidamente, sintiendo que el vino le empezaba a calentar la sangre. Era necesario, pensó. El castillo de

Fotheringhay podía estar bien fortificado, pero hasta en aquel patio cubierto hacía muchísimo frío. En una chimenea cercana ardía un fuego, preparado para quemar la membrana y el cordón umbilical del recién nacido, pero su calor parecía desvanecerse antes de poder alcanzar a los dos hombres que esperaban.

—No estoy seguro, milord, si yo debo también felicitaros —dijo Warwick. York le miró con expresión interrogativa, mientras proseguía—: Por lo de Irlanda, milord. Mi padre me ha dicho que habéis sido nombrado lugarteniente del rey allí.

York hizo un gesto para quitarle importancia.

—Tengo enemigos que preferirían tenerme lejos de Inglaterra unos cuantos años, Richard. Iré donde me mandan... ¡con el tiempo! Pero de momento, me conformo con quedarme aquí, mientras ellos se pelean como ratas. He ocupado mi sitio entre los lores temporalmente más de una vez, sólo para observar y escuchar. Te recomiendo que hagas lo mismo, para ver cuántos bobos se debaten y fanfarronean en Londres. —Sopesó sus palabras antes de proseguir—. Para aquellos que tienen ojos para ver, éste será un año de tormentas, Richard. Los que sobrevivan a ellas, bueno, sólo pueden ir hacia arriba.

—¡Milord York! —lo llamó una voz.

Los dos hombres se reclinaron para mirar hacia arriba, al pequeño pasillo elevado, separados por una generación pero unidos en su preocupación por Cecilia Neville y el bebé. Mientras esperaban, con el vino olvidado entre sus manos, apareció una comadrona entre los gruesos cortinajes que usaba una tela para retirar los restos de sangre del rostro de un bebé. El recién nacido estaba bien abrigado en paños azul oscuro, y permaneció sin llorar mientras la mujer lo sujetaba para que lo vieran el padre y el joven tío.

—Es un niño, milord, un varón —dijo.

York respiró aliviado, totalmente satisfecho.

—¿Tenéis un nombre para el niño? —le preguntó Warwick, sonriendo.

Podía ver el orgullo reflejado en el rostro de Ricardo de York. Por una vez, el hombre se mostraba casi como un chiquillo con su alegría.

—Tengo un hijo de diez años llamado Eduardo, otro llamado Edmundo, y un dulce muchachito llamado Jorge. No me arriesgaré a ofender a las pobres almas que perecieron, de modo que no puedo llamarle Henry, ni John, ni William, ni Thomas. No. Creo... Sí, creo que éste se llamará Ricardo.

Richard, el conde de Warwick, soltó una carcajada de sorpresa y de satisfacción sincera.

—Tres Richards, pues, entre nosotros. Richard como el rey Corazón de León. No, ¡tres leones, milord! Un buen presagio.

York pareció un poco sorprendido mientras seguía el razonamiento de la rápida mente de Warwick. Dos siglos antes, el rey Ricardo Corazón de León había adoptado tres leones como su escudo real. Más recientemente, ese emblema real había sido llevado a Agincourt por la casa de Lancaster y el padre del rey Enrique. Era una

asociación que no llenaba a York de alegría.

—Es un buen nombre —dijo, un poco reticente, mientras levantaba la copa para brindar—. Le irá bien.

La ciudad de Ruán se encontraba a cien millas al suroeste de Calais. En tiempos normales, William la hubiera considerado como una plaza fuerte. Como capital de la Normandía inglesa, había sido testigo de victorias inglesas, incluida la ejecución de Juana de Arco posterior a su rebelión. William había cabalgado al sur con el ejército, a través de tierras que podían haber sido fincas inglesas de Kent o de Sussex, por el aspecto que ofrecían. Había cruzado el Sena y llegado a Ruán una fría mañana tres días atrás, con la escarcha del amanecer crujendo bajo las pezuñas de su montura.

La ciudad fue testigo silencioso de su llegada, con sus puertas imponentes cerradas a cal y canto. William levantó la vista para mirar docenas de cuerpos que colgaban de las murallas por el cuello, mecidos por la brisa. Casi un centenar se balanceaban y crujían, muchos de ellos mostrando todavía signos de violencia o manchas oscuras de sangre seca. William se santiguó ante aquella visión y pronunció una breve plegaria por aquellas buenas almas, tan sólo culpables de su lugar de nacimiento.

La gente de Ruán sabía que el rey francés estaba de camino y se había envalentonado con la noticia. Consumido de rabia, William apenas podía soportar pensar en las terribles violaciones y asesinatos que habrían tenido lugar dentro de aquellas murallas. Había habido cientos de familias inglesas en Ruán. Había visto caer ciudades antes, y ese recuerdo estaba entre las cosas más horribles que había visto en su vida. Pensó que los ahorcados habían sido tal vez los más afortunados.

Privado de los recursos de la ciudad, se había visto obligado a abrir canales de abastecimiento hasta Calais, protegiendo los caminos y perdiendo a hombres vitales tan sólo para asegurar que las caravanas seguían llegando. Al menos había agua. Ruán estaba rodeada por el Sena, casi encerrada por una enorme curva del río que cruzaba el fértil suelo de la provincia. Su ejército cruzó el río por puentes de piedra y se instaló a campo abierto al sur de la ciudad. Volvieron la espalda a Ruán y se pusieron a plantar en el terreno afiladas estacas de madera para defender su posición de un ataque de caballería. Un gran número de sus hombres utilizó la protección de los pesados escudos de madera para acercarse a la ciudad silenciosa y bloquear sus puertas con enormes tablones que clavaban con clavos de hierro tan largos como el antebrazo de un hombre. No habría así un ataque repentino de la retaguardia. William sólo esperaba tener la oportunidad de ejercer sus represalias sobre los que estaban dentro, para hacerles pagar por lo que habían hecho.

Su avanzadilla le llevaba informes a diario, siempre peores que el día anterior. William estaba convencido de que el rey francés no podía haber ocultado la existencia de tantos hombres entrenados. La mitad del ejército al que se enfrentarían tenía que estar compuesto de campesinos entrenados para la ocasión, y en el pasado ese tipo de tropas no habían hecho un buen papel contra los ejércitos ingleses. Era un

hilo de esperanza más bien débil, pero no había mucho más que pudiera levantarle el ánimo, teniendo Ruán a sus espaldas.

El inmenso paisaje abierto empequeñecía hasta a los ejércitos, de modo que transcurrió casi un mes después de su llegada antes de que William percibiera por primera vez unos soldados maniobrando en la lejanía. Cabalgó hacia ellos con una docena de sus barones más veteranos para observar al enemigo, y lo que vieron no les gustó a ninguno de ellos.

Al parecer, los hombres que habían mandado en avanzadilla no habían exagerado. Miles y miles marchaban rumbo norte hacia la ciudad y el río. William pudo ver bloques de caballería y caballeros armados, además de las esperadas hordas de hombres portando las picas que tanto gustaban al rey francés. Desde lo alto de una pequeña colina, William los observó llegar, mientras los contaba y evaluaba, estudiando sus movimientos. Al poco tiempo, advirtió un segundo grupo de escudos de colores y banderas ondeando al viento. El cortejo real había llegado al frente. Desde una distancia de más de una milla, William observó a un joven estúpido que hacía levantarse a su caballo, que pateaba el aire con las pezuñas. Revisó su propia posición, consciente de que tendría que mantener abiertos los puentes del Sena o sus hombres quedarían atrapados frente a la ciudad, que los obligaba a combatir solos.

William se volvió sobre la montura y vio al barón Alton mirando a través de la distancia cada vez menor.

—¿Qué opinas, David? —le preguntó William.

Su comandante en jefe se encogió de hombros de manera visible.

—Creo que son muchos —respondió—. Puede que nos quedemos sin flechas antes de que los hayamos eliminado a todos.

William se rió como se esperaba que hiciera, aunque la broma no le hizo ninguna gracia. No había visto a tantos soldados franceses desde la batalla de Patay, veinte años atrás. Le hacía sentirse viejo ser consciente del tiempo que había pasado, pero todavía se acordaba de aquel desastre... y de la matanza de arqueros ingleses que le siguió. Se dijo que no volvería a cometer los mismos errores y no pudo evitar volver la vista hacia donde sus arqueros habían preparado su campo de tiro. Nada que estuviera vivo podría alcanzarlos siempre y cuando sus espadachines ocuparan el centro. Movié la cabeza, deseando tener más confianza en sus propias capacidades. Lucharía con una buena defensa, porque sabía cómo hacerlo. Podía, al menos, agradecer al rey francés que no les hubiera dado el alto para obligarlos a atacar. El rey Carlos se debía de sentir seguro, obviamente, con tales fuerzas tenía todo el derecho a hacerlo.

—Aquí ya he visto suficiente —dijo William con firmeza—. Creo que debemos volver con nuestros hombres. Señores, caballeros, seguidme.

Mientras hablaba, hizo girar su montura y regresaron al trote hacia las líneas inglesas. William se obligó a cabalgar sin mirar atrás, aunque sentía al enemigo siguiéndoles el rastro.



Cuando cruzaban la línea de estacas, William saludó a dos condes y a media docena de barones y les indicó sus posiciones. Cada uno de ellos dirigía a cientos de soldados armados, todos ellos hombres duros equipados con fuertes mallas metálicas bajo sus túnicas. Habían dejado sus caballos al otro lado del río, aunque William seguía sin verlo claro, puesto que lo consideraba una ruta de escape. Estas cosas no les sentaban bien a los arqueros, lo sabía. Ellos no tenían caballos. William volvió a recordar cómo los caballeros habían huido de Patay, dejando atrás a los desventurados arqueros para que los masacraran. Juró que no volvería a ocurrir, pero, igualmente, seguían estando los caballos, una enorme manada de miles preparados para salir al galope si la batalla se torcía.

A medida que el ejército francés se acercaba, William recorrió una vez más las líneas a caballo, intercambiando impresiones con los hombres más veteranos y comentando sus posiciones. En la defensa de la llanura fluvial no podían hacer más que esperar, y William bebió agua de una botella mientras los franceses se iban acercando. Al cabo de un rato ocupó su lugar en el centro, como uno de los pocos hombres montados entre todos los espadachines y escudos. Su caballería ocupaba el flanco derecho, pero no atacaría a menos que el mismísimo rey francés estuviera expuesto o los franceses en ruta. Tragó saliva al visualizar el tamaño del ejército que se acercaba para matarlo mientras dudaba que algo así se fuera a materializar, al menos aquel día.

A medida que la distancia se acortaba, William podía ver la masa de escudos levantados por los arqueros del soberano francés. Los pesados escudos de madera necesitaban tres hombres cada uno para ser movidos sobre ruedas, pero eran capaces de proteger hasta de la lluvia de flechas que podían lanzarles. William frunció el ceño al ver las columnas que avanzaban con los escudos al frente, como si fueran el casco de una armadura. Podía ver a los caballeros cabalgando junto a las columnas, rugiendo órdenes. Avanzaban con determinación hacia su objetivo, pensó, aunque él confiaba en las flechas de sus arqueros: ellos tenían sus propias protecciones de madera, que podían levantar o hacer caer para protegerse del daño de las flechas o las piedras disparadas con eslingas. Dio gracias a Dios de que no hubiera maquinaria de asedio ni cañones en el ejército francés. Todo lo que había oído lo hacía poco probable, pero igualmente se sintió aliviado. Los franceses avanzaban con rapidez, apresurándose a ocupar Normandía antes de que acabara el verano. La artillería pesada de guerra llegaría tras ellos, preparada para los asedios futuros. Hasta entonces, el armamento más potente en el campo de batalla era los arcos largos de los ingleses.

En el centro de los franceses, su caballería trotaba al unísono como una masa. William casi sonrió al verla, como alguien que había cabalgado hacia el campo de batalla más veces de las que alcanzaba a recordar. Resultaba fácil imaginar las charlas y las risas nerviosas a medida que se acercaban a las posiciones inglesas. Pronunció una breve plegaria a su santo patrón y a la virgen y luego se bajó el visor de su casco,

lo que redujo su campo de visión a una franja de luz.

—¡Arqueros preparados! —gritó campo a través.

William observó a los arqueros franceses haciendo rotar sus escudos para formar una línea escalonada, lo que les daba la máxima protección. No obstante, para alcanzar las líneas inglesas, los caballeros enemigos deberían salir de su sombra. Enseñó los dientes, al tiempo que oía su propia respiración sonando con fuerza dentro del casco. Cortaría el paso al rey francés antes de que llegara a Ruán. Tenía que hacerlo.

Oía órdenes gritadas a lo lejos, sonidos distantes que transportaba el viento. La masa de soldados armados con picas se detuvo y el centro de la caballería tiró de las riendas. Los dos ejércitos quedaron el uno frente al otro, el francés, un auténtico mar de hierro y escudos casi cinco veces mayor que el de ellos. William se santiguó al ver que las filas de arqueros se ponían en marcha. Era una suerte que no tuvieran el alcance de sus arqueros. Para acercarse lo bastante como para matar, tendrían que ponerse a tiro de sus arcos. Sus arqueros, con sus túnicas holgadas y sus mallas, se mostraban animados mientras esperaban a entrar en acción.

Los soldados franceses conocían los últimos doscientos metros como «la mano del diablo». William había oído aquel término años antes, y ahora lo recordó mientras contemplaba a sus ballesteros con sus armas al hombro, todavía demasiado lejos para alcanzar a las filas inglesas. No eran capaces de correr, con aquellos pesados escudos que hacían rodar con ellos. En anteriores batallas, los que se habían apresurado lo habían acabado pagando. En cambio, tenían que andar el último octavo de milla, sabiendo todo el tiempo que estaban a tiro del enemigo.

William levantó la mano y la dejó caer de golpe, provocando que miles de flechas salieran disparadas como una sola, y luego repitió el gesto una y otra vez. Jamás había dejado de sorprenderle la precisión de los hombres que llevaban veinte años entrenando en su arte. Sabía que eran despreciados por sus caballeros de armadura, que los consideraban hombres que mataban como cobardes. Sin embargo, aquellos arqueros dedicaban gran parte de sus vidas a depurar su técnica y su fuerza como cualquier soldado profesional. Principalmente galeses e ingleses, con unos cuantos escoceses e irlandeses añadidos, eran capaces de apuntar y derribar a un hombre a cuatrocientos metros de distancia. No había nadie en el mundo como ellos, y William se sintió invadido por el orgullo cuando los ballesteros empezaron a caer.

Los escudos protegían a muchos de los enemigos, cuyas columnas seguían avanzando. Los arcos largos lanzaban flechas por encima de los escudos de madera, dejando caer sus flechas sobre los hombres agazapados detrás, cien de golpe, atacando a sus filas cerradas. William podía oír los alaridos y vio la reacción en cadena entre la caballería francesa. Allí había hombres fuertes y orgullosos, caballeros y barones nobles que no estaban dispuestos a ver a los odiados arqueros ingleses provocando una masacre.

—Dejemos que carguen —murmuró William para sus adentros. Lo había visto

antes, cuando los caballeros presos de la rabia trataban de enfrentarse a la tormenta de flechas. Conocían el miedo ante las flechas veloces y sibilantes, y había hombres que reaccionaban al miedo con rabia.

—Por favor —volvió a murmurar William—. Por Jesús y por san Sebastián, que carguen.

La mano del diablo ya había sido cruzada y los ballesteros habían acercado sus escudos lo bastante para formar y responder. Por vez primera, el aire se llenó de dardos negros, no más largos que un dedo humano, pero letales. A lo largo de toda la línea inglesa se levantaron y unieron una masa de escudos. El sonido de los dardos chocando era como de granizo, un terrible rugido que a veces se llevaba a los hombres de los extremos, que caían gritando.

William levantó su escudo, aunque sabía que los dardos de hierro no perforarían su armadura a menos que fuera un golpe muy afortunado. Había visto batallas en las que el intercambio de dardos y flechas podía durar días antes de que los ejércitos se encontraran, pero contaba con la confianza de los franceses en su superioridad numérica. Estaba convencido de que ya había voces que reclamaban un ataque repentino, suplicando al rey de Francia que les permitiera tomar a sus arqueros por sorpresa. Lo había planeado así.

Flechas blancas con plumas de oca sobresalían como un extraño hierbajo alrededor de los escudos franceses. Los ballesteros habían sufrido por su falta de precisión y potencia. Cientos de hombres habían caído o regresaban cojeando por sus filas con heridas terribles. William volvió a ver la ola que recorría de nuevo a los caballeros franceses cuando se movían hacia delante, con los caballos pisando y resoplando.

Gritó la orden que había comentado con el barón Alton. Fue transmitida a los arqueros, que reaccionaron con un desprecio predecible. Algunos de ellos escupieron a suelo en dirección a él, pero a William no le importaba lo que pensaban de la táctica, siempre y cuando le obedecieran.

Cuando llegó la siguiente ola de dardos de hierro, cientos de arqueros se echaron al suelo, como si los hubieran alcanzado. De entre las filas de ballesteros se oyó una gran ovación, que fue respondida por su centro. El corazón de William se aceleró cuando vio a los caballeros fustigando a sus caballos y galopar hasta el centro, ignorando todas las órdenes de detenerse por el placer de ver a los arqueros masacrados. Tenían una enorme e impresionante ventaja numérica y luchaban con su rey en el campo de batalla, decididos a impresionarle y a hacerse un nombre.

William esperó a que se acercaran más, esperó con el corazón en la garganta, hasta que estuvieron totalmente en marcha y al alcance de las flechas. A pesar de sus celos, sus arqueros estaban disfrutando del subterfugio, mandando unas pocas flechas fortuitas como si la gran tormenta se hubiera reducido a la nada.

—¡Esperad! ¡Firmes! —rugió William.

Los hombres tumbados en el suelo sonreían como bobos, los podía ver. El barón

Alton tenía una expresión salvaje, con los ojos abiertos de par en par mientras esperaba que William diera la orden.

—¡Arriba! ¡Arqueros arriba! —gritó William.

Observó como los «muertos» se ponían de pie de un salto y cargaban nuevas flechas en los arcos. Para entonces, los franceses ya no podían dar marcha atrás con sus caballos. Ya no podían detenerse. Los caballeros habían superado los escudos, rodeándolos con su deseo de cercar y masacrar al enemigo. Se habían tragado sus propias posiciones de ballesteros, al igual que antaño lo habían hecho en Crécy. William apretó su puño de malla, haciendo crujir el metal y el cuero.

Los caballeros que cabalgaban miraban al frente, a la masa de espadachines que los esperaba. Aquellos soldados levantaron sus armas mientras les hacían gestos y muecas para que se acercaran. Con un ruido seco, cientos de flechas salieron disparadas de los arcos, cortando el aire de los franceses con un terror frenético.

Las primeras filas se desplomaron, cayendo a medida que los hombres y caballos más cercanos eran alcanzados una y otra vez. Era como si, a oscuras, hubieran tensado una cuerda a lo ancho del camino y los caballeros franceses estuvieran cayendo degollados por la misma.

Murieron a montones hasta que la masa creciente de cadáveres y hombres heridos hizo detener el ataque de golpe. William rugió una orden y el centro entero de su ejército se replegó. Cabalgó con los soldados de espada y de machete, con las armas alzadas para matar a medida que avanzaban a la máxima velocidad. Alcanzaron las líneas de los muertos en cien latidos, trepando por encima de caballos que todavía pateaban y de la pila de caballeros que todavía estaban montados tras ellos. Durante todo aquel tiempo, las flechas volaron por encima de sus cabezas, matando a hombres que nunca advirtieron siquiera lo que los derribaba.

William observó a un grupo de corpulentos ingleses armados con hachas que se abrían paso a machetazos por en medio de una docena de caballeros, haciéndolos caer de sus monturas. La gran ventaja de un caballo era su velocidad y agilidad, pero las filas se habían amontonado y los jinetes franceses apenas podían moverse para contraatacar.

William vio lanzas tiradas con disgusto y espadas desenfundadas para intentar derribar a los furiosos carniceros ingleses que iban matando cada vez más adentro de las filas francesas. Contemplaba exultante el daño que estaban causando, pero desde la altura de su propia montura podía ver más allá que los hombres que avanzaban a pie. Cuando levantó la vista, el corazón le dio un vuelco. El brutal ataque no había afectado al grueso del ejército francés. Se estaban reorganizando y moviéndose bajo nuevas órdenes, rodeando a las fuerzas inglesas para atacarlas desde los flancos. ¡Eran tantos que hacían que su astucia triunfante y su ataque repentino parecieran insignificantes! Se dirigió a los mensajeros que cabalgaban a su lado.

—Buscad al barón Alton y trasladadle mis saludos. Decidle que agradecería que utilizara a nuestros caballeros montados para impedir que el enemigo nos ataque por

los flancos.

Uno de ellos salió disparado y el tiempo pareció detenerse para William, mientras sus hombres luchaban y mataban para él. Esperó a que Alton respondiera. La caballería francesa se estaba replegando finalmente de la imposible batalla en el centro del campo. William podía ver a nuevos regimientos de piqueros marchando impasibles hasta el lugar de la matanza. Era una maniobra impresionante bajo presión y supuso que la orden había venido del propio rey, el único hombre en aquel campo con autoridad para ordenar la retirada de sus caballeros.

La línea de espadachines ingleses avanzó, matando a todo aquel al que podían alcanzar. Habían ido un poco demasiado lejos por el apoyo de los arqueros, y fue eso lo que hizo vacilar a William. Sus soldados habían avanzado formando una larga columna mientras perseguían al enemigo. No sólo estaban expuestos por los flancos, sino en peligro real de caer. Miró de nuevo a lo lejos y movió la cabeza al ver las fuerzas enemigas que todavía no habían entrado en lucha. Había esperado vanamente una derrota que hubiera hecho replegarse a las fuerzas francesas por miedo repentino a un ataque. Pero eso no había sucedido y sabía que debía retirarse. No obstante, la caballería armada de Alton se estaba posicionando hacia los flancos, y cuando miró hacia atrás, vio a cientos de arqueros que avanzaban, tratando de mantenerse a la altura del frente móvil, donde todavía podían causar estragos.

William estaba sudando. Su fuerza seguía siendo claramente inferior numéricamente, pero avanzaba a buen ritmo contra los regimientos de piqueros enemigos. Aquellas armas crueles eran casi imposibles de atacar con caballería, pero sus soldados de espada y de hacha podían literalmente cortar a través de ellos, esquivando los flancos y alcanzando a los hombres poco entrenados con facilidad. Sabía que tenía que haberse retirado en algún momento, pero no quería hacerlo todavía.

Las filas de piqueros bajaron sus armas pesadas de punta de hierro y cargaron al ataque, formando una fila de metal afilado que resultaba aterradora. Los ingleses prepararon sus escudos, conscientes de que tenían que desviar la punta de la pica más cercana con un cuchillo y luego clavarlo de un golpe limpio para matar al piquero. El movimiento resultaba difícil cuando se tenía el corazón acelerado y las manos resbaladizas por el sudor y la sangre. Muchos de ellos fallaron el golpe y murieron empalados. Otros cientos esquivaron las picas y clavaron sus puñales, pero la aceleración y la presión eran tales que también cayeron, desequilibrados por el peso de la carga. William maldijo en voz alta, llamando a sus hombres para que se replegaran y rehicieran la formación. Dio media vuelta con su caballo y trotó cien pasos hacia la retaguardia antes de volver a encontrarse cara a cara con el enemigo. Con todo, los piqueros continuaron avanzando, rugiendo animados a pesar de las pérdidas sufridas.

—¡Arqueros! —gritó William, esperando ante Dios que pudieran oírlo por encima del fragor de la batalla.

Oyó el ruido seco de los escudos chocando detrás de él y aparecieron huecos en la línea de picas. Aquellos hombres necesitaban las dos manos para equilibrar los pesados palos. Los campesinos iban sin escudo y sus casacas de cuero no los protegían de las flechas que los atacaban. La fuerza rasa se tambaleaba a medida que los arcos disparaban una descarga tras otra.

A pesar de la carnicería del ataque, era la visión de los odiados arqueros lo que provocaba la llegada constante de piqueros. Plantados en hileras espaciadas, vestidos con simples telas marrones como campesinos, los arqueros eran los temidos monstruos de mil historias y desastres. Las filas de piqueros avanzaban, desesperados por alcanzar a los hombres que tranquilamente mataban a sus compañeros. Era lo único que sabían, la única debilidad del arquero: en el combate cuerpo a cuerpo podían matarlo.

William se vio obligado a retroceder de nuevo. Sus filas de espadachines se replegaron con él al tiempo que las filas de piqueros se volvían a formar y dejaban atrás a los muertos. Paso a paso, las fuerzas inglesas perdieron el terreno que habían ganado en el primer avance, hasta que recuperaron sus posiciones originales. Allá, se plantaron y permanecieron con las espadas y los escudos levantados, a la espera de nuevas órdenes.

Algunos de los arqueros habían tardado demasiado en replegarse con ellos, de modo que desaparecieron en medio de una marea de hombres enfurecidos. No obstante, unos ochocientos lograron regresar a sus propios escudos y estacas, y desde aquella posición se volvieron de nuevo, con los ojos inyectados en sangre, hacia los piqueros.

Aquellas descargas de flechas no volaron alto. A medida que los regimientos de picas seguían atacando, las flechas salían disparadas en tiros bajos y cortos, provocando gritos y haciendo caer a los hombres de rodillas. En las líneas del frente se abrieron huecos y cayeron picas o se clavaban en el suelo. El frente francés entero intentó apaciguarse, en vez de precipitarse contra el fuego devastador. La retaguardia se comprimió, con sus picas densas como los pinchos de un puerco espín o como un bosque de madera y hierro.

Los piqueros hicieron un alto repentino y sangrante, y los arqueros aprovecharon para sacar flechas nuevas de las bolsas y disparar hasta que tuvieron las manos en carne viva, los hombros y las espaldas doloridos, y se desgarraban con cada flecha que disparaban. Contra el enemigo debilitado, fue una carnicería salvaje que los llenó de placer.

Los regimientos franceses se retiraron al fin, incapaces de acercarse más. Dieron media vuelta, invadidos por una sensación de terror que dio alas a sus pies y se alejaron corriendo. Tras ellos, los arqueros gritaban de alegría y lanzaban alaridos de lobo. William se sintió invadido por la satisfacción hasta que decidió revisar sus tropas. Había perdido una buena cantidad de hombres tan sólo en la primera acción, tal vez seiscientos, o incluso un poco más. Cerró los ojos y se sintió de pronto

mareado. Delante de él, los guerreros franceses volvían a agruparse y su rey había incluso mandado a pequeños grupos a mejorar la posición de los escudos. Sus arqueros respondieron con una docena de chicos que salieron corriendo y recogieron sus flechas en brazos, arrancándolas del suelo y guardándolas en grandes sacos. Mientras William los contemplaba, un ballestero solitario apuntó con cuidado y alcanzó a uno de los chicos cuando se volvía para regresar. Cayó con sus flechas desparramándose por el suelo y los arqueros rugieron furiosos.

Los franceses estaban a punto de volver a atacar, William estaba seguro. Podía ver a más de ochocientos hombres del bando enemigo que aquel día todavía no habían luchado. Sus soldados habían causado una enorme y sangrienta destrucción, pero el precio había sido alto y simplemente quedaban demasiados soldados enemigos todavía frescos y listos para atacar.

—¡Preparados para la segunda carga, Alton! —gritó William campo a través.

Mientras lo decía, su caballo resopló y se hundió de rodillas, lo que estuvo a punto de mandarle volando por encima de la cabeza del animal. Con su pesada armadura, William desmontó lenta y torpemente. Encontró dos orificios ensangrentados en el pecho del animal, donde había sido alcanzado por flechas. Advirtió las gotas rojas alrededor del morro y acarició el cuello potente de la bestia, entristecido, mientras buscaba ya otra montura que lo pudiera llevar.

—¡Aquí, un caballo! —gritó, esperando pacientemente mientras sus mensajeros le encontraban uno en la reserva y se lo llevaban. Era la primera vez aquella mañana que había visto el campo de batalla desde la altura de sus soldados y se desanimó al ver el ancho de las filas que todavía tenía por delante. Los franceses habían sufrido pérdidas devastadoras, tal vez dos mil hombres, contra cientos de los suyos. En cualquier otra circunstancia, la victoria habría sido de ellos, pero el rey seguía vivo y aquella matanza no habría hecho nada más que incrementar su furia y su bilis.

—Un ataque más —murmuró William mientras lo ayudaban a montar su caballo. En el secreto de sus pensamientos, sabía que después de aquella carga seguramente deberían retirarse. Les diría a los arqueros supervivientes que corrieran hacia los puentes, mientras sus caballeros y soldados protegían la retirada. Podía hacerlo, se dijo, recuperar el honor. Pero, hasta entonces, debería resistir a otro ataque masivo de un enemigo que percibía su debilidad.

—¡Preparados, arqueros! —gritó.

Pocos de los ballesteros habían sobrevivido a la *mêlée* alrededor de los escudos. Si aquel día los franceses querían la victoria, deberían tener que lanzarse a la carga contra los arqueros que tanto odiaban. Con un esfuerzo, William se levantó el casco, con el deseo de respirar y ver con claridad. Se estaban acercando y los arqueros ya tensaban sus arcos, esperándolos. Mantenía un resquicio de esperanza gracias a aquellos hombres..., sólo gracias a ellos.

**N**o entiendo lo que estáis diciendo —rebatío Margarita, enfurecida—. ¿Por qué este discurso sobre grados y arcos y sombras? ¿Es una enfermedad, o no? ¡Escuchadme! Hay momentos en los que Enrique habla con claridad, como si no hubiera ningún problema, pero otras veces dice cosas que no tienen sentido, como si fuera un niño. Entonces hay algo que cambia y se le enturbia la mirada, ¿me entendéis? Dura unos minutos, o unas horas, o hasta días, ¡pero luego se recupera y es mi esposo quien me vuelve a mirar! ¡Ésos son los síntomas, maese Allworthy! ¿Qué hierbas tenéis en vuestra despensa para ellos? Ese discurso sobre los flujos, y los... planetas no os hace ningún honor. ¿Debería hacer que mi esposo se alejara de Londres, si el aire aquí es tan nocivo? ¿Podéis, al menos, responder a esto, si no podéis tratar la enfermedad que le aqueja?

El médico del rey se había levantado, con la cara más ruborizada a cada palabra que ella le decía.

—Alteza —empezó a decir maese Allworthy, envarado—. Le he dado la dosis y la purga al rey. Le he administrado sulfuro y una tintura de opio en alcohol que considero lo más efectivo. He sangrado a su Majestad repetidas veces y le he aplicado mis mejores sanguijuelas en la lengua. Sin embargo, sus humores siguen desequilibrados. Intentaba explicaros que he temido la conjunción de Marte y Júpiter durante días, consciente de lo que podía provocar. Son malos tiempos, milady. Su alteza sufre como el representante de su pueblo que es, ¿lo entendéis? —El médico se acarició la barbita, enroscando los dedos entre los nudos de pelo a medida que reflexionaba—. Incluso puede ser que su nobleza, su santidad, sea lo que le esté perjudicando. La sangre real no es igual que la de los otros hombres, milady. Es un faro en la oscuridad, una hoguera encendida en una montaña que llama a las fuerzas de las tinieblas. En estos tiempos de agitación y de caos en los cielos, bueno... Si Dios está dispuesto a recibir con un abrazo a su Alteza Real, ningún hombre puede interponerse en el camino de esa voluntad divina.

—Oh, apartaos, maese Allworthy —exclamó Margarita—, si eso es lo único que tenéis que decir. No pienso seguir escuchando vuestras fantasías sobre los planetas mientras mi esposo está en este estado. Quedaos aquí pensando en vuestros preciosos Marte y Júpiter. Que os aprovechen.

El doctor se quedó boquiabierto y se ruborizó todavía más. Lo que fuera que iba a decir quedó en el aire mientras Margarita lo dejaba plantado y entraba en los apartamentos del rey.

Cuando entró, Enrique estaba sentado en la cama. La habitación estaba en penumbra y, cuando se le acercó, Margarita chocó con parte del material del sabio doctor, que cayó al suelo con un gran estrépito y la hizo tropezar. Molesta, le dio una patada y una complicada masa de latón, hierro y cristal salió rodando por el suelo. Estaba tan furiosa con el médico que estuvo tentada de seguir aquel objeto como si



fuera una rata y hacerlo añicos.

Su marido volvió lentamente la cabeza hacia el estruendo, parpadeando. Levantó las manos vendadas y Margarita tragó saliva al ver sangre fresca en las vendas. Había lavado y vendado las manos del rey muchas veces, pero sabía que se mordía las heridas siempre que se quedaba solo, preocupado por ellas como un niño.

Se sentó en la cama con delicadeza, miró a los ojos de su esposo, y en ellos encontró reflejados sólo pena y dolor. En los brazos desnudos de su marido había costras, por donde las finas cuchillas del médico le habían abierto las venas. Estaba flaco, con bolsas oscuras bajo los ojos y líneas azules en su tez clara.

—¿Estáis bien, Enrique? —preguntó—. ¿Os podéis levantar? Creo que en este lugar se respira la enfermedad en el aire. ¿Preferiríais que os trasladaran por el río hasta Windsor, tal vez? Allí el aire es más dulce, lejos del hedor de Londres. Podríais cabalgar y salir a cazar, comer buenas carnes y recuperar la fuerza.

Para su consternación, su marido se echó a llorar, aunque intentaba evitarlo, y todo su rostro se contrajo. Cuando ella se inclinó para abrazarlo, él levantó las manos entre los dos, como para impedirse. Los dedos le temblaban como si tuviera fiebre, calambres, aunque la habitación estaba caliente y la cara le brillaba de sudor.

—Las pociones y los medicamentos me aturden, Margarita, ¡pero, en cambio, no puedo dormir! Llevo despierto... más tiempo del que soy capaz de recordar. No debo descansar hasta que tenga la garantía de que el reino está a salvo.

—¡Lo está! —dijo Margarita, desesperada por tranquilizarlo.

Enrique negó con la cabeza, como reprobándola.

—Mi pueblo está inquieto, sin saber qué hago por él. Se han levantado en armas contra hombres consagrados y los han asesinado. ¿Sigue mi ejército en pie? ¿Me lo podéis confirmar, o me traéis noticias que no sería capaz de soportar? ¿Me han abandonado todos, Margarita?

—¡Nadie os ha abandonado! *Nadie*, ¿lo entendéis? Vuestros soldados permanecerían fieles a vuestro lado hasta el día del Juicio Final, si se lo pidierais. Londres está a salvo, Enrique, os lo juro. Inglaterra está a salvo. Quedaos en paz y, por favor, os lo ruego, intentad dormir.

—No puedo, Margarita. Aunque quisiera, sigo despierto, siempre, consumiéndome poco a poco como una vela. —Miró vagamente por la estancia en la penumbra—. ¿Dónde está mi ropa? Tengo que vestirme y ocuparme de mis obligaciones.

Hizo ademán de levantarse y Margarita le puso una mano en el pecho, pero la retiró de inmediato al sentir el calor de su piel en la palma desnuda. En aquel momento experimentó un dolor distinto, por el hombre con el que se había casado pero que todavía no la había poseído. Él no se resistió a su contacto y ella le acarició la cara, tranquilizándolo, aunque aquella situación encendiera un fuego dentro de ella. Enrique cerró los ojos y se recostó sobre las almohadas. Ella se sintió más valiente, sin preocuparse de que el médico estuviera todavía esperando fuera.

Margarita se inclinó hacia delante y besó a su esposo en el cuello, donde la garganta quedaba expuesta por la abertura de la camisa de dormir. Tenía el pecho blanco y sin vello como un niño, y los brazos delgados. Olía a polvos acres, a sulfuro y lima ácida. Sintió la piel caliente en los labios, casi como si se los hubiera quemado.

Aguantando la respiración, dejó caer la mano en su regazo y se acercó más a la cama para poder inclinarse sobre él y besarle la boca con más firmeza. Enrique sintió que le temblaban los labios y abrió los ojos, mirando a los de ella con asombro. Jadeó contra su boca mientras ella lo acariciaba. Margarita sintió músculos que se contraían y los masajeó para relajarlos.

—Descansad y dejad que me ocupe de vos —le susurró al oído—. Dejad que os traiga la serenidad que os puedo dar.

Sintió que su voz se convertía en un gemido mientras se le tensaba la garganta y la cara y el cuello se le llenaban de rubor. Sus caricias parecían calmar a Enrique, de modo que no osó separarse para desnudarse. En vez de ello, mantuvo los labios pegados a los de él mientras sus manos peleaban con lazos y hebillas, y arrancaban la ropa de sus hombros, desnudándolos. Era imposible. Tenía miedo de que él la detuviera, o se levantara y la rechazara. Además, ¡su vestido no quería desabrocharse! Apoyó la cabeza contra el cuello de él mientras lo seguía intentando, de modo que su melena le tapó la cara.

—Yo... —empezó a decir Enrique, pero ella le tapó la boca con sus besos. Sentía el sabor de la sangre que le habían provocado las sanguijuelas, un sabor metálico.

Con una mano se levantó las faldas y se arrancó la tela de debajo, de modo que le quedaron las nalgas al aire. Una imagen fugaz del médico abriendo la puerta le cruzó la mente y reprimió una risita mientras colocaba la pierna a través del cuerpo de su esposo y trataba de acoplarse a él bajo la masa de ropa. Cuando se atrevió a mirar a Enrique, él había vuelto a cerrar los ojos, pero ella sintió la prueba de que su cuerpo, al menos, estaba dispuesto. ¡Por Dios, a su edad había visto suficientes animales haciendo aquella misma cosa! La comicidad de la situación casi le dio ganas de reír mientras se movía y se ajustaba a él, tratando de encontrar la postura más indicada.

Ocurrió de manera repentina e inesperada, de modo que ambos soltaron un jadeo y Enrique abrió los ojos de pronto. Parecía ausente incluso entonces, como si pensara que estaba soñando. Margarita se sorprendió gimiendo mientras sujetaba la cabeza de Enrique entre las manos y notaba la mano de él intentando agarrarle el muslo desnudo. La aspereza de los vendajes rozando su piel le provocó un estremecimiento. Cerró los ojos y se ruborizó cuando le vino a la cabeza una imagen de William. ¡William, que era tan mayor! Intentó ahuyentar la visión, pero podía verlo en el patio de Saumur, fuerte y riéndose, con sus manos duras y potentes.

Con los ojos cerrados, se agitaba sobre su esposo con el movimiento rítmico que Yolanda le había descrito en el jardín de Wetherby House, compartiendo aliento, calor y transpiración, y olvidándose por un momento de la impaciencia del médico

que aguardaba al otro lado de la puerta. Cuando Enrique soltó un gemido, Margarita sintió que todo su cuerpo temblaba como reacción, con pequeñas contracciones de placer en medio de la incomodidad de aquella situación que prometía mucho más. Sintió que su esposo se levantaba de las almohadas, con los brazos y la espalda endureciéndose mientras la abrazaba, hasta que de pronto se relajó, cayendo sobre la cama como un muerto. Respiraba rápidamente, allí tendido, y Margarita sintió las extremidades invadidas por un gran calor.

Apoyó la cabeza contra el pecho de su esposo hasta que la respiración se le calmó, y sintió el dolor que, por otro lado, no era mayor de lo que había imaginado. Las imágenes frenéticas de William se disiparon con vagas punzadas de culpabilidad.

Sonrió cuando oyó a Enrique empezar a roncar suavemente, y cuando se abrió la puerta y el doctor miró dentro de la habitación, esperó a abrir los ojos hasta que se hubo marchado, para no ver ni siquiera su expresión alarmada.

Jack Cade miró a su alrededor a los hombres que aguardaban sus órdenes. Naturalmente estaban Paddy y Rob Ecclestone, sus fieles lugartenientes, que apenas eran capaces de ocultar su satisfacción por cómo estaban evolucionando las cosas. Se había dado cuenta mucho antes de que una mera reyerta de campesinos rabiosos no tenía ninguna posibilidad cuando el sheriff de Kent mandaba a soldados profesionales. La respuesta había consistido en entrenar a los refugiados de Francia hasta que pudieran formar y matar en combate, y desfilar, y hacer lo que les ordenaban los que sabían.

—¿Alguien piensa traerme una jarra de vino, o tendré que hablar con la garganta seca? —dijo Jack.

Había aprendido que era una buena idea empezar pronto a beber en las tabernas que frecuentaban de noche. Sus hombres tenían sed y los barriles siempre acababan vacíos después de su paso. Todas las mañanas los sorprendía lamentándose de una jaqueca que les partía el cráneo, pero eso a Jack no le importaba. Si algo había aprendido combatiendo en Francia años antes, era que los hombres de Kent luchan mejor con un poco de licor dentro, mucho mejor con una buena turca.

A la viuda que atendía el bar no le hacía ninguna gracia que los hombres bebieran gratis. Flora llevaba bien su taberna, Jack debía reconocerlo. Tenía el suelo bien limpio y las mesas y los barriles bien lustrosos por los años de restregarlos. Ciertamente no era ninguna belleza, pero había una determinación en su mandíbula cuadrada que a Jack siempre le había gustado. En tiempos más felices, hasta se habría planteado cortejarla. Al fin y al cabo, la mujer no había huido, ni siquiera cuando dos mil hombres llegaron avanzando por el camino hacia su taberna. Aquél era realmente el carácter de Kent. Jack esperó pacientemente mientras ella llenaba una copa de peltre y se la alcanzaba para que soplara la espuma.

—Gracias, amor —le dijo, agradecido.

Ella le miró con amargura, mientras cruzaba los brazos a la manera de los patronos de todas las tabernas en las que Jack había estado a lo largo de los años. Esa idea le levantó el ánimo. Ya no podían echar al viejo Cade a la calle, ya no. A tragos enormes, se tomó la cerveza entera y eructó antes de secarse el denso rastro de espuma alrededor de la boca.

El local estaba atiborrado con los ochenta hombres que había elegido a lo largo de las últimas semanas. La mayoría eran hombres como él: de espaldas fuertes, piernas robustas y manos grandes. No hacía falta decir que todos ellos habían nacido en Kent. Con la excepción de Paddy, Jack se sentía más cómodo entre ellos: conocía su manera de razonar, de pensar y de hablar. El resultado era que con ellos podía hablar, algo que no estaba acostumbrado a hacer, al menos en público.

Jack miró satisfecho a su alrededor, con todos pendientes de sus palabras.

—Bueno, sé que algunos de vosotros, muchachos, no me conocéis bien, de modo que os estaréis preguntando por qué demonios Jack Cade os dio una palmadita. Sabréis que no me gusta hablar como hacen algunos, de modo que entenderéis que esto no es sólo cháchara.

Los hombres lo miraban y Paddy se rió entre dientes. El irlandés fortachón llevaba ropa y botas nuevas, tomadas de una de las ciudades por las que habían pasado y mejores que nada de lo que había tenido antes. Jack paseó la mirada por entre la muchedumbre hasta que identificó a Rob Ecclestone al fondo. Era un hombre más partidario de quedarse en la sombra, desde donde podía vigilar al resto. Ecclestone parecía incomodar a los demás cuando lo veían afilando su cuchilla todas las mañanas: y, en opinión de Jack, eso era bueno.

—Ponme otra, ¿quieres, Flora? —pidió Jack, devolviéndole la copa—. ¿Vale?

Volvió a dirigirse hacia el grupo, disfrutando del momento.

—Os he hecho correr y marchar; os he hecho sudar con hachas y picas, con cualquier arma que os hemos podido conseguir. Y lo he hecho porque cuando el sheriff de Kent nos venga a buscar, vendrá acompañado de soldados, todos los que pueda conseguir. Y no he llegado hasta aquí para perderlo todo ahora.

Se levantó un murmullo entre el grupo, cuando los que se conocían entre ellos comentaron la situación. Jack se sonrojó un poco.

—He oído vuestras historias, muchachos. He oído lo que esos bastardos hicieron en Francia, cómo os quitaron las tierras y luego se quedaron de brazos cruzados mientras los soldados franceses se aprovechaban de vuestras mujeres y mataban a vuestros mayores. He oído hablar de los impuestos, del modo en que un hombre puede matarse a trabajar toda su vida y seguir sin tener nada, porque abusan de él y se llevan su dinero. Bueno, chicos, ahora tenéis la oportunidad de que os escuchen, si queréis. Os quedaréis en un campo empantanado con los hombres que tenéis a vuestro lado... y con los que están fuera. Contemplaréis a los soldados del sheriff marchando con sus espadas y sus arcos y querréis olvidar lo jodidamente furiosos que estáis con ellos. Desearéis salir corriendo y dejarlos ganar, mientras os meáis en los

pantalones.

Las paredes de la taberna atiborrada de hombres parecían casi temblar con el rugido de las voces que gritaban que algo así no sucedería. Jack se reía divertido mientras se tomaba la segunda jarra de cerveza tan rápido como se había terminado la primera.

—He experimentado este miedo, chicos, de modo que no me vengáis a contar lo valientes que sois mientras os quedáis a salvo y calentitos. Os dolerán las tripas y se os acelerará el corazón y querréis estar en otro lugar. —La voz se le endureció y los ojos le brillaban con la vieja furia que se le despertaba por efecto del alcohol—. Pero, si escapáis, no me vengáis a contar que sois hombres dignos de Kent. Ni siquiera os podréis llamar hombres. Tendréis una oportunidad de partirles los dientes, sólo una, en la que ellos esperarán que huyáis y os caguéis encima. Pero si resistís, no tendrán ni siquiera el tiempo de ver quién los ha atacado y les segaremos los pies como si fueran un campo de trigo, os lo juro por Dios. ¡Clavaremos la cabeza de ese sheriff en una estaca y la pasaremos como un maldito estandarte! Marcharemos sobre Londres, muchachos, si no os rendís. Sólo una vez, y luego sabréis que tenéis las agallas para hacerlo.

Miró a su alrededor, satisfecho de lo que veía en sus rostros.

—Cuando salgáis de aquí, quiero que cada uno de vosotros elija a doce hombres. Serán vuestros, de modo que aprended sus nombres y haced que se los aprendan entre ellos. Quiero que sepan que si se marchan, dejarán atrás a sus compañeros, ¿entendido? No a unos desconocidos, ¡a sus compañeros! Ocupaos de que beban juntos y se entrenen juntos cada día hasta que se sientan tan hermanos como podáis. Así tendremos una posibilidad.

Agachó la cabeza un momento, casi como si estuviera rezando. Cuando volvió a hablar, su voz sonó áspera.

—Entonces, cuando me oigáis gritar a mí, o a Paddy o a Rob, me seguís. Acataréis mis órdenes y veréis caer a los soldados del sheriff. Os indicaré el buen camino; sé cómo hacerlo. Aprovechad vuestra única oportunidad y cortad cabezas. Aplastaréis a los hombres que están contra nosotros.

Paddy y Rob lo aplaudieron y los otros se sumaron a la ovación. Jack le hizo un gesto a Flora y ella escupió en el suelo, asqueada, pero se puso a servir más jarras de cerveza. Jack volvió a levantar la voz por encima del bullicio, aunque la vista se le empezaba a nublar. Aquella cerveza negra bien valía su precio, si hubiera tenido que pagar por ella.

—Cada día hay más hombres de Kent que se unen a nosotros, muchachos. A estas alturas todo el país ya sabe lo que nos proponemos, y todos los días llegan también refuerzos de Francia. Dicen que Normandía está cayendo y que nuestro buen rey nos ha vuelto a traicionar. Pues bien, ¡yo tengo una respuesta a ello!

Levantó un hacha de mano que tenía junto a las botas y la clavó de un golpe en la barra de madera. En un momento de silencio, Flora soltó un taco. La palabra que usó

levantó una carcajada entre los hombres, que aclamaban a Jack y bebían. Jack levantó su jarra hacia ellos.

Thomas cojeaba ligeramente, un recuerdo de la herida que había sufrido. Los puntos de sutura se habían transformado en una línea inflamada que le recorría la cadera y le tiraba dolorosamente a cada paso. Después de una semana entera avanzando campo a través y ocultándose en zanjas, resultaba extraño volver a usar los caminos. Él y Rowan se confundían bien con la masa miserable y desordenada de refugiados que se dirigían hacia Calais. En la mayoría de caravanas no había sitio, repletas y crujiendo bajo el peso de cualquiera que tuviera unas pocas monedas para gastar. Thomas y Rowan no tenían absolutamente nada, de modo que avanzaban a rastras y cabizbajos, acumulando cada día todas las millas que podían bajo sus pies. Thomas intentaba mantenerse alerta, pero el hambre y la sed lo volvían apático y a veces llegaba a la noche sin recordar apenas los caminos que habían recorrido. Le ponía nervioso viajar a cielo abierto, pero tanto él como su hijo llevaban varios días sin ver ni un solo soldado francés. Se habían marchado a algún otro lugar, donde tal vez tenían mejores cosas que hacer que acosar y robar a las familias inglesas que huían de Francia.

El crepúsculo daba paso a la noche cuando Thomas cayó. Soltó un gruñido y, simplemente, se tendió en el suelo del camino, mientras los refugiados se tropezaban con él. Rowan lo levantó y luego le ofreció su cuchillo de cuerno a un carretero dispuesto a llevar a dos personas más en su carro. Aquella noche, el hombre compartió incluso una sopa clara con ellos, que Rowan le dio a su padre a cucharadas. No estaban peor que muchos que los rodeaban, pero no tener que andar era una ventaja.

Transcurrió un día más con el mundo reducido al cuadrado de cielo visible por la parte trasera del carro. Rowan dejó de mirar cuando vio a tres hombres pegando y robando a un alma indefensa. Nadie acudió en defensa del hombre y el carro siguió avanzando, dejando atrás aquella escena.

Cuando el carro se detuvo de golpe todavía no se habían dormido, pero estaban en aquel estado de aturdimiento que desdibuja el paso de los días. Rowan se incorporó sobresaltado al oír al carretero golpear con fuerza los laterales de la caravana. Con ellos viajaban tres personas más, dos ancianos y una mujer que Rowan entendió que estaba casada con uno de ellos, aunque no sabía con cuál. Los dos viejos se movieron un poco mientras el carretero seguía golpeando y despertándolos a todos.

—¿Por qué nos hemos detenido? —murmuró Thomas sin levantarse de su sitio contra el lateral de madera.

Rowan bajó del carro y se quedó mirando a lo lejos. Después de tanto tiempo, se le hacía extraño estar contemplando las murallas de una fortaleza a menos de una milla de allí. Los caminos estaban tan llenos de gente que el carro sólo podía avanzar al ritmo de los caminantes, a la velocidad de los más lentos. Rowan volvió a

inclinarse en el interior del vehículo y sacudió a su padre por el hombro.

—Hora de apearse, creo —dijo—. Siento finalmente el olor del mar.

Las gaviotas graznaban a lo lejos y Rowan se sintió animado, a pesar de que no tenía más dinero que un mendigo, y ni siquiera disponía de un cuchillo para defenderse. Ayudó a su padre a bajar del carro y le dio las gracias al carretero, quien los despidió mientras atendía a sus padres y a su tío.

—Que Dios os acompañe, muchachos —dijo.

Rowan rodeó a su padre con el brazo y sintió los huesos que sobresalían por donde la carne se había consumido.

Los muros de Calais parecían crecer a medida que avanzaban y se abrían paso por entre la masa de peregrinos. Los arqueros viajaban, al menos, ligeros, sin equipaje que acarrear. Más de una vez oyeron gritos de indignación cuando alguien robaba algo y trataba de escapar. Rowan movió la cabeza al ver a dos hombres patear a otro en el suelo. Uno de ellos miró con aire desafiante cuando pasó Rowan, que le aguantó la mirada, pero cuando dejó de mirarlo, el otro volvió a patear a la figura yacente.

Thomas gemía, con la cabeza cayéndosele mientras Rowan se esforzaba por sostenerlo. ¡Había tanta gente! Siendo un hombre criado en una granja solitaria de ovejas, Rowan se sentía agobiado entre aquella masa de gente, todos ellos dirigiéndose a los muelles. Casi los arrastraba la muchedumbre, incapaces de parar o echarse a un lado por el movimiento de la gente.

La masa se hizo todavía más densa cuando Rowan y su padre entraron tambaleándose por las enormes puertas de la ciudad y se adentraron por la calle principal que llevaba hasta el puerto. Percibió los altos mástiles de los buques y levantó la cabeza, esperanzado.

Llegar a los muelles les llevó toda la mañana y buena parte de la tarde. Rowan se había visto obligado a detenerse a descansar en más de una ocasión, cuando veía un peldaño, o incluso una pared en la que apoyarse. Se sentía mareado y fatigado, pero la visión de los barcos le dio fuerza. Su padre perdía la conciencia a ratos, y en algunos momentos estaba totalmente alerta y hablaba, sólo para volver a caer en un estado de somnolencia.

Un día más el sol empezaba a ponerse sin que hubieran tenido una comida decente. Se habían encontrado a unos monjes que repartían raciones de pan duro y cucharones de agua entre la muchedumbre. Rowan los bendijo por su amabilidad, aunque de eso hacía horas. Sentía la lengua seca y áspera, y su padre no había pronunciado ni una palabra desde entonces. Cuando el sol se arrastraba ya por el horizonte, se incorporaron a una cola que se movía lentamente entre la muchedumbre, siempre en dirección a un grupo de hombres fornidos que vigilaban la entrada de una nave. Mientras la luz se iba tiñendo de rojo y oro, Rowan ayudó a su padre a recorrer los últimos pasos, consciente de que debían de parecer un par de mendigos o condenados, incluso en medio de aquella compañía.

Uno de los hombres levantó la vista e hizo una mueca al ver a aquel par de

espantapájaros que esperaban y se tambaleaban delante de él.

—¿Nombres? —preguntó.

—Rowan y Thomas Woodchurch —respondió Rowan—. ¿Tenéis un sitio para nosotros?

—¿Tenéis dinero? —les preguntó el hombre. Su voz era monótona, acostumbrada a hacer las mismas preguntas una y otra vez.

—Mi madre tiene, en Inglaterra —dijo Rowan, con el corazón encogido.

Su padre se agitó entre sus brazos y levantó la cabeza. El marinero se encogió de hombros, buscando ya con la mirada quién era el siguiente de la fila.

—Hoy no os puedo ayudar, hijo. Otros barcos zarparán mañana o pasado. Alguno os llevará.

Thomas Woodchurch se inclinó hacia él, haciendo casi caer a su hijo.

—Derry Brewer —susurró, aunque le irritara usar aquel nombre—. Derry Brewer o John Gilpin. Ellos responderán por mí. Responderán por un arquero.

El marinero congeló su gesto de hacer avanzar al grupo siguiente. Pareció sentirse incómodo al mirar su rampa de madera.

—De acuerdo, señor. Adelante. Todavía queda sitio en cubierta. Estarán bien siempre y cuando el viento se mantenga moderado. Zarparemos en breve.

Mientras Rowan los miraba boquiabierto, el hombre usó su cuchillo para marcar dos almas más en su tabla de madera.

—Gracias —dijo, mientras ayudaba a su padre a subir a la pasarela.

El marinero se tocó la frente a modo de saludo. Rowan empujó y peleó hasta encontrar un lugar en cubierta, cerca de proa. Aliviados, él y su padre se tumbaron y esperaron a que los llevaran a Inglaterra.



**D**erry prefirió mirar por la ventana de la Torre del Tesoro que enfrentarse a la expresión amenazadora del presidente del Parlamento, William Tresham. Al otro lado de la calle veía el imponente palacio de Westminster, con su torre del reloj y su famosa campana Edward. Cuatro guardias parlamentarios lo habían tenido esperando toda la mañana, sin poder marcharse hasta que el gran hombre lo honrara con su presencia.

Derry suspiró para sus adentros, mientras miraba a través de los gruesos cristales tintados de verde que distorsionaban la imagen del mundo que había al otro lado. Sabía que Westminster Hall bullía de actividad, con todas las tiendas en su interior comerciando con pelucas, plumas y papel, cualquier cosa que pudieran necesitar los comunes o los tribunales para administrar las tierras del rey. En conjunto, Derry hubiera deseado estar allí. La Torre del Tesoro estaba rodeada por murallas y foso propios, originariamente contruidos para proteger las valiosas pertenencias del rey Eduardo, pero, con unos cuantos centinelas, funcionaba también para mantener a un hombre prisionero.

Después de sentarse cómodamente frente a un enorme escritorio de madera de roble, Tresham se aclaró la garganta con énfasis deliberado. Derry se volvió a mirarlo con reticencia y los dos hombres se observaron con desconfianza mutua. El presidente de la Cámara de los Comunes no tenía todavía cincuenta años, aunque había servido a una docena de parlamentos desde su primera elección, a la edad de diecinueve años. Ahora que tenía cuarenta y seis, se decía que Tresham estaba en la cima de su poder, y su reputada inteligencia hacía que Derry se comportara con algo más que prudencia. Tresham lo observó en silencio, escrutando todos sus detalles con mirada fría, desde las botas salpicadas de barro hasta los bordes desgastados de su capa. Era difícil permanecer impertérrito ante aquellos ojos que lo captaban todo.

—Maese Brewer —dijo Tresham después de unos instantes—. Creo que debo disculparme por haberos hecho esperar tanto tiempo. El Parlamento es una amante exigente, como suele decirse. Pero no os entretendré mucho más, ahora que estamos reunidos. Os recuerdo que vuestra presencia es una cortesía hacia mí que os agradezco. No puedo más que esperar que entendáis la seriedad de mi misión, para que no tengáis la sensación de que hago perder el tiempo a un servidor del rey.

Tresham hablaba con una sonrisa, totalmente consciente de que Derry había sido llevado hasta él por los mismos soldados armados que ahora protegían la puerta de la torre dos pisos más abajo. El cabeza de los espías del rey no había tenido alternativa, ni había sido advertido, quizá porque Tresham sabía muy bien que habría desaparecido sin dejar rastro al primer rumor de convocatoria.

Derry siguió mirando fijamente al hombre que se sentaba delante de él. Sabía que, antes de entrar en política, sir William Tresham se había formado como abogado. Derry sabía íntimamente que debía proceder con cuidado ante aquel demonio con

cara de caballo y pequeños dientes cuadrados.

—¿No me dais ninguna respuesta, maese Brewer? —continuó Tresham—. Sé de buena fuente que no sois mudo, pero no os he oído decir ni una sola palabra desde que habéis llegado. ¿No tenéis nada que decirme?

Derry sonrió, pero se refugió en el silencio antes que darle a aquel hombre cualquier cosa que pudiera usar contra él. Se decía que Tresham era capaz de tejer una trama lo bastante gruesa como para llevar a un hombre a la horca por poco más que un cuchillo y un guante dejado caer. Derry se limitaba a mirar cómo Tresham se aclaraba la garganta y arreglaba una pila de documentos que había colocado encima del escritorio.

—Vuestro nombre no aparece en ninguno de estos documentos, maese Brewer. Esto no es una investigación, al menos en lo relativo a vos. En cambio, tenía la esperanza de que estaríais dispuesto a ayudar al presidente del Parlamento en sus pesquisas. Al fin y al cabo, los cargos que se presentarán pertenecen al dominio de la alta traición. Creo que se puede argumentar que es vuestro deber, señor, ayudarme en cualquier modo que me pueda resultar útil.

Tresham hizo una pausa, levantando sus enormes cejas a la espera de un comentario. Derry hizo chirriar los dientes pero permaneció en silencio, prefiriendo que aquel hombre mayor que él revelara lo que sabía. Al ver que Tresham se limitaba a retarlo con la mirada, Derry sintió que su paciencia se agotaba de la manera más irritante.

—Si eso es todo, Sir William, debo seguir ocupándome de los asuntos del rey. Estoy, como habéis dicho, a su servicio. No debería entretenerme más, puesto que tengo un deber más importante al que atender.

—¡Maese Brewer! Sois libre de marcharos en cualquier momento, por supuesto...

Derry se volvió inmediatamente hacia la puerta y Tresham levantó un solo y huesudo dedo a modo de advertencia.

—Pero..., ah, sí, maese Brewer, siempre hay un «pero», ¿no es cierto? Os he convocado para que me ayudéis en mis investigaciones legales. Si optáis por marcharos, ¡me veré obligado a suponer que sois precisamente uno de los hombres a los que estoy buscando! Ningún hombre inocente huiría de mí, maese Brewer. No cuando me propongo impartir justicia en el nombre del rey.

Sin poderlo evitar, Derry explotó y no supo callarse, tal vez confiado por tener la puerta tan cerca del alcance de su mano. No era más que la ilusión de la huida, con los guardias que había más abajo dispuestos a cerrarle el paso, pero, aun así, osó hablar a pesar de ser consciente de que era un error.

—Buscáis un chivo expiatorio, Sir William. Dios sabe que no podéis implicar al rey Enrique en estas falsas acusaciones de traición, de modo que deseáis encontrar a un hombre de menor rango al que colgar y destripar para el placer del populacho londinense. A mí no me engañáis, Sir William, ¡sé lo que intentáis hacer!

El mayor de los dos se acomodó en su butaca, confiado en que Derry no querría,

o, mejor dicho, no podría marcharse. Apoyó las manos entrelazadas sobre los botones de su abrigo desgastado y levantó la vista al techo.

—Veo que puedo ser sincero con vos. No me sorprende, teniendo en cuenta que me han hecho entender vuestra influencia en la corte. Es cierto que vuestro nombre no aparece en ningún documento, aunque es, desde luego, pronunciado por muchos. No mentía cuando os he dicho que no corríais peligro, maese Brewer. No sois más que un servidor del rey, aunque vuestros servicios son amplios y asombrosamente variados, me parece. Sin embargo, dejadme ser franco, de hombre a hombre. Los desastres de Francia han de ser atribuidos a quienquiera que sea su responsable. Hemos perdido Maine, Anjou, y ahora Normandía; no, ¡han sido arrancadas de las manos de sus lícitos propietarios a sangre, hierro y fuego! ¿Tanto os sorprende que haya que pagar un precio por un caos y un error tan grandes?

Con una sensación desesperante de inevitabilidad, Derry se dio cuenta de adónde quería llevarlo, y decidió intervenir rápidamente para pararle los pies.

—La boda en Francia se celebró a petición del propio rey, y sus términos fueron acordados por Su Alteza Real hasta el último detalle. El sello real está estampado claramente en todos los documentos, Sir William. ¿Seréis vos quien lance estas acusaciones contra el rey? Que tengáis suerte. La aprobación real representa una inmunidad suficiente, creo, por los desastres que mencionáis. No niego que se han perdido territorios y lamento la pérdida de cada una de las fincas y propiedades, pero esta búsqueda de un culpable, de un cabeza de turco, es indigna de un Parlamento o de su presidente. Sir William, hay momentos en los que Inglaterra triunfa, y otros en los que... fracasa. Resistimos y salimos adelante. No nos es propio mirar atrás y señalar con el dedo, diciendo: «Ah, debería haber sucedido eso; no debería haberse permitido lo otro». Esa actitud sólo es propia de los hombres que miran atrás, Sir William. Para aquellos de nosotros que tenemos la voluntad de avanzar, es como si entráramos con los ojos tapados en un cuarto oscuro. No todos los pasos en falso ni todos los errores pueden ser juzgados una vez ha pasado el momento, ni debería hacerse.

Sir William Tresham tenía una expresión divertida mientras dejaba hablar a Derry. El viejo abogado dejó caer su mirada hacia él desde las alturas y Derry se sentía atravesado por unos ojos que veían y entendían demasiado.

—Según vuestro razonamiento, maese Brewer, ¡no habría jamás castigo por ninguna fechoría! Nos cruzaríamos todos de brazos y atribuiríamos todos nuestros errores a la mala suerte o al destino. Es un punto de vista curioso y, debo añadir, una información interesante de cómo funciona vuestra mente. Casi me hace desear que el mundo pudiera funcionar así, maese Brewer. Pero, por desgracia, no puede. ¡Aquellos que han provocado la ruina y la muerte de miles de personas han de ser llevados ante la justicia! ¡Tiene que haber justicia y debemos ocuparnos de que se aplique!

Derry se sorprendió respirando con dificultad, con los puños apretados e invadido por la frustración.

—¿Y la protección del rey? —preguntó con tono desafiante.

—Bueno, llega hasta donde llega, maese Brewer. Cuando los disturbios y el asesinato más vil se extienden por todo el país, sospecho que hasta la protección real tiene sus límites. ¿Queréis que salgan impunes los responsables de tal destrucción? ¿De la pérdida de territorios de la Corona en Francia? ¿De la masacre de hombres de alto rango? Si es así, vos y yo discrepamos.

Derry apretó los ojos, mientras se preguntaba otra vez por el momento peculiar de aquella convocatoria que le había hecho dejarlo todo y cruzar Londres hasta Westminster.

—Si mi nombre no se menciona en ninguna parte, ¿por qué estoy aquí? —preguntó.

Para su irritación, Tresham se rió con lo que parecía placer genuino.

—Me sorprende que no lo preguntarais al llegar, maese Brewer. Un hombre desconfiado podría preguntarse cómo os ha llevado tanto tiempo llegar hasta aquí.

Tresham se levantó y miró por la ventana. Junto al río, la gran campana tocaba en aquel preciso instante, dos campanadas para anunciar a todos los hombres que pasaban dos horas del mediodía. Tresham juntó las manos tras la espalda como si aleccionara a sus estudiantes de leyes y a Derry se le encogió el estómago ante la enervante seguridad de aquel hombre.

—Sois un tipo fascinante, maese Brewer. Luchasteis al servicio del rey en Francia, hace unos dieciséis años, y, según cuentan, con cierta distinción. Luego os procurasteis un puesto de correo y de informador para el viejo Saul Bertleman. ¡Ocupaciones arriesgadas todas ellas, maese Brewer! Hasta me han hablado de vuestra participación en torneos de lucha, como si no pudierais vivir sin la violencia y el peligro. Traté a Saul Bertleman durante muchos años, ¿lo sabéis? No diría que éramos amigos, exactamente, pero sí aprendí a admirar la calidad de la información que era capaz de proporcionar. Sin embargo, el aspecto de él que más me ha quedado grabado en la memoria es tal vez su mejor virtud: la prudencia. Vuestro predecesor era un hombre cauto, maese Brewer. Por qué un hombre así os escogió a vos como discípulo es algo que se me escapa.

Tresham hizo una pausa para observar el efecto de sus palabras. Su placer al tener un oyente cautivo resultaba de lo más irritante, pero a Derry no le quedaba más remedio que soportarlo.

—Imagino que vio cosas que vos no veis —replicó Derry—. O tal vez no lo conocíais tan bien como os pensáis.

—Sí, supongo que es posible —admitió Tresham—. Desde el primer momento en que empecé a examinar este embrollo, esa indescriptible maraña de vanidades, treguas y arrogancia, vuestro nombre me ha sido susurrado al oído. Hombres honestos me lo han musitado con disimulo, maese Brewer, como si temieran que os enterarais que me lo habían dicho, a mí o a mis hombres. Sea cual sea la verdad de vuestra implicación, parece una medida de simple sentido común teneros vigilado

mientras envió a mis hombres a detener a un amigo vuestro.

Derry sintió como si una mano fría lo agarrara por dentro. Abrió la boca, pero no fue capaz de pronunciar ni una palabra. Tresham podía contener apenas su satisfacción mientras sonreía en dirección a la torre del reloj.

—Lord Suffolk tiene que llegar hoy a Portsmouth, maese Brewer, mientras los andrajosos supervivientes de su ejército se lamen las heridas en Calais. Las noticias no son buenas, aunque me atrevo a decir que no hay ninguna necesidad de que yo os lo cuente.

Tresham señaló con un gesto los documentos que tenía encima de la mesa, mientras los extremos de su boca dibujaban algo parecido a la pena.

—Puede que vuestro nombre no se mencione aquí, maese Brewer, pero el de William de la Pole, lord Suffolk, está en casi todos ellos. ¿Me preguntáis por qué estáis aquí? Es por causa de estas voces susurrantes, maese Brewer. Me advertían que si iba a tender mis redes, antes debía asegurarme de que vos no estabais por allí para cortarlas. Y creo que esta misión ya ha sido cumplida. Os podéis ir, a menos, por supuesto, que tengáis alguna pregunta más. ¿No? Pues entonces, decid la contraseña «pescador» a los guardias de abajo. —Tresham se rió—. Una ocurrencia tonta, lo sé, pero si les dais la contraseña, os dejarán pasar.

Pronunció las últimas palabras al aire, puesto que Derry ya estaba a medio camino escaleras abajo. Había perdido la mejor parte del día retenido por antojo de Tresham. Los pensamientos se le desbocaban en la mente mientras cruzaba el camino a grandes zancadas por el límite externo del palacio, en dirección a los transbordadores del río. La Torre de Londres estaba a tres millas de distancia, al otro lado de la curva del Támesis. Allí disponía de hombres que podría mandar a la costa al galope. Mientras corría, se reía nerviosamente para sus adentros, con los ojos brillantes. El maldito Sir William Tresham era un enemigo peligroso, sin duda, pero, a pesar de su enorme inteligencia, se equivocaba en una cosa: William de la Pole no estaba de camino a Portsmouth, a dos días a caballo al suroeste de Londres. Se dirigía a Folkestone, en Kent, y Derry era el único que estaba al corriente.

Cuando llegó al muelle donde estaban atracados los transbordadores que esperaban noche y día a los miembros del Parlamento se sentía sin aliento. Derry avanzó apartando a un anciano caballero al que estaban ayudando a embarcar, saltando a bordo de la estrecha cubierta y haciendo maldecir a su propietario porque la embarcación se tambaleó y estuvo a punto de volcar.

—Llevadme a la torre —dijo, por encima de las protestas del marinero—. Un noble de oro si remáis como si se os quemara la casa.

El hombre se calló de golpe. Dejó al anciano al que estaba ayudando y se tocó fugazmente la frente a modo de saludo antes de saltar a la nave y alejarla surcando las oscuras aguas.

—Maldita sea, odio combatir en medio de la niebla y de la lluvia —dijo Jack Cade sin dejar de andar—. Te resbalan las manos, te resbalan los pies, se pudren las cuerdas del arco y no puedes ver al enemigo hasta que lo tienes encima.

Paddy gruñó a su lado, encorvado y tembloroso mientras avanzaban en fila. A pesar de la irritación de Jack por el chaparrón, supuso que era algún tipo de bendición. Dudaba que el sheriff de Kent tuviera a muchos arqueros a su disposición. Era un talento muy valorado, y aquellos que lo poseían se encontraban en Francia en busca de una paga mejor y estaban siendo masacrados. Si los representantes del rey en Kent conseguían reunir a una docena de arqueros podían considerarse afortunados; pero, bajo el aguacero, las cuerdas se tensaban y el alcance se reducía. Si Jack no hubiera estado tan desanimado, calado hasta los huesos y congelado, podía haber dado las gracias a Dios por la lluvia. Pero no lo hizo.

La previsión de Paddy era, en cualquier caso, peor. Siempre había desconfiado de cualquier forma de buena suerte. No le parecía que fuera el orden natural de las cosas y acostumbraba a sentirse más cómodo cuando tenía mala suerte. Sin embargo, habían pasado por Kent desde Maidstone casi sin incidentes. El sheriff del rey no se encontraba en la sede del condado cuando fueron a buscarlo. El ejército de Cade había sorprendido a unos cuantos de sus alguaciles cerca de la cárcel y se divirtieron ahorcándolos antes de liberar a los presos y quemar el lugar. Desde entonces, habían andado como niños por el jardín del edén, sin ver ni oír a los soldados del rey. Con cada día de paz, el humor de Paddy se iba hundiendo un poco más. Pasar el día practicando con herramientas agrícolas estaba muy bien, pero tenía el convencimiento de que llegaría el momento de las represalias. El rey y sus grandes señores no podían permitirles que vagaran por el campo a su antojo, llevándose e incendiando todo lo que les apetecía. La idea de que no estaban solos era lo único que mantenía el humor de Paddy.

Habían oído noticias de disturbios en Londres y otros condados, todos ellos provocados por las justas protestas de las familias que regresaban a casa desde Francia. Paddy rezaba cada noche para que los soldados del rey se mantuvieran ocupados en otro lugar, pero en lo más íntimo de su corazón sabía que en breve aparecerían. Habían pasado unas semanas magníficas con los Hombres Libres de Kent, pero preveía lágrimas y el tiempo desapacible se adecuaba a su humor.

La lluvia se había transformado en una llovizna constante, pero la neblina era densa cuando oyeron una voz aguda que gritaba cerca de allí. Jack había insistido en mandar a una avanzadilla, aunque sólo habían robado caballos de arado para cabalgar. Uno de los voluntarios era un escocés bajo y fornido llamado James Tanter. La visión del hombrecito montado en aquel caballo enorme provocó en Paddy tal ataque de risa que le hizo saltar las lágrimas. Todos reconocieron el denso acento de Tanter gritando su advertencia a través de la lluvia.

Jack rugió órdenes instantáneas de preparar las armas. Tanter podía ser un enano chupatripas, como Jack solía llamarlo, pero no era hombre de malgastar palabras inútilmente. Siguieron caminando, empuñando ganchos de podar y hoces, palas y hasta viejas espadas que se habían encontrado, o robadas a los pobres alguaciles. Todos ellos buscaban a través de la niebla, tratando de identificar formas que pudieran parecerse a un enemigo. Todos los ruidos parecían en sordina, pero oyeron a Tanter soltar una maldición y relinchar a su caballo más adelante. Paddy se volvía a un lado y a otro mientras avanzaba, esforzándose por prestar atención. Soltó pequeños sonidos y tragó saliva, nervioso.

—Dios nos proteja, ¡ahí están! —dijo Jack levantando la voz hasta un alarido—. ¿Los veis? A matarlos. Vamos a cobrarnos parte de lo que nos deben. ¡Al ataque!

Los hombres rompieron filas y se lanzaron por el fango espeso, con los de la retaguardia viendo cómo sus compañeros desaparecían en medio de la niebla. No podían ver a más de treinta pasos, pero para Jack Cade y Paddy ese pequeño espacio se estaba llenando de soldados con buenas espadas y cotas de malla. Ellos también habían sido advertidos por los gritos desesperados de Tanter, pero entre las filas del sheriff seguía reinando la confusión. Algunos de ellos se habían quedado paralizados al ver a los hombres de Cade aparecer como fantasmas por la tierra que tenían delante.

Con un rugido, Cade se lanzó a la carga con un hacha levantada. Fue de los primeros en alcanzar a los soldados del sheriff y hundió la hoja blanca de su arma en el cuello del primer hombre con quien se encontró. El golpe cortó la malla y se clavó en cuña, de modo que tuvo que arrancarla con fuerza para liberarla. A su alrededor, sus hombres se lanzaban hacia delante. Rob Ecclestone iba sin armadura y empuñaba sólo su cuchillo, pero hizo una buena carnicería con él, circulando por entre hombres con armadura con un movimiento rápido que los dejaba sin respiración y aguantándose la garganta. Paddy tenía un gancho de podar con una hoja de media luna que llevaba levantada. Con ella enganchaba la cabeza de los enemigos y tiraba hasta arrancársela. El resto eran casi todos hombres de Kent, furiosos desde que los franceses los habían desahuciado. Y todavía estaban más furiosos contra los señores ingleses que se habían conchabado con los franceses. En aquel campo encharcado cerca de Sevenoaks tenían por fin la oportunidad de actuar, y todos los discursos de Jack no eran nada al lado de aquello. Eran hombres furiosos armados con hierros afilados que se abalanzaban contra los soldados.

Jack se tambaleó, maldiciendo por el dolor seco en una pierna. No se atrevía a bajar la vista y arriesgarse a que le abrieran la cabeza en un momento de descuido. Ni siquiera estaba seguro de que lo hubieran herido y no tenía recuerdo de una herida, pero aquel maldito dolor le doblaba la pierna y cojeaba y saltaba entre la fila de hombres, balanceando el hacha a su paso. Se quedó atrás a pesar de todo su esfuerzo, avanzando a trompicones mientras los ruidos de la batalla se iban alejando de él.

Tropezó con los muertos y trató de esquivar a los heridos que gritaban. Le pareció

que pasaba una eternidad mientras avanzaba cojeando, perdido en medio de aquella lluvia que hacía que la sangre de su hacha corriera por su brazo y su pecho. Envuelto en la niebla, le llevó cierto tiempo comprender que nadie más iba a atacarlo. El sheriff había mandado a cuatrocientos hombres armados, un auténtico ejército, dadas las circunstancias. Probablemente bastaban para sofocar una rebelión de campesinos... a menos que fueran cinco mil, armados y furiosos. Los soldados habían hecho una auténtica carnicería con algunos de los Hombres Libres de Cade pero, con la lluvia y la niebla, ninguno de los dos bandos había visto a los números que se enfrentaba hasta que no quedaron más soldados para matar.

Jack tenía las botas tan llenas de barro que se sentía un palmo más alto. Jadeaba y estaba empapado en sudor, lo que empeoraba su peste. Aun así, nadie se le acercó. Poco a poco, una sonrisa se le dibujó en la cara.

—¿Eso es todo? —gritó—. ¿Puede alguien ver a alguno más? Dios mío, no pueden haber muerto todos. ¿Rob?

—Aquí no hay nadie vivo —gritó su amigo, a su derecha.

Jack se volvió hacia la voz y a través de la niebla vio a Ecclestone, solo, y ni siquiera los Hombres Libres de Kent osaban acercarse a él. Estaba empapado en sangre de otros hombres, como una figura roja en medio del vapor. Jack se estremeció y sintió como si unas manos frías le recorrieran la espalda.

—¿No tenía el sheriff un caballo blanco bajo el escudo? —gritó Paddy desde algún punto a la izquierda de Jack.

—No tenía derecho a ello, pero lo he oído decir.

—Pues entonces está aquí.

—¿Vivo? —preguntó Jack, esperanzado.

—Si lo estuviera estaría pegando alaridos, con una herida así. Está muerto, Jack.

—Córtale la cabeza. La clavaremos en una estaca.

—¡No se la pienso cortar, Jack! —protestó Paddy—. Coge su escudo para tu maldita estaca. Lleva el caballo de Kent, ¿no? Irá igual de bien.

Jack suspiró, recordando otra vez que el irlandés tenía extraños reparos para un hombre con su historial.

—Una cabeza da un mensaje más claro, Paddy. Lo haré yo. Tú busca una buena estaca y afílale la punta. También nos llevaremos su escudo.

Su andrajoso ejército estaba empezando a darse cuenta de que ya no tenían enemigo, de modo que empezaron a proferir ovaciones por grupos, que resonaban extrañamente por los campos y sonaban débiles y agotadas, a pesar de lo numerosos que eran. Jack pasó por encima de docenas de cuerpos hasta llegar donde estaba Paddy. Bajó la vista hasta la cara pálida de un hombre al que no había conocido y levantó el hacha con satisfacción, para luego dar un golpe seco.

—¿Y ahora qué, Jack? —dijo Paddy, asombrado, mirando a todos aquellos cadáveres que los rodeaban. Tenía las botas empapadas de sangre, que se mezclaba con el agua de lluvia y el barro.



—Creo que tenemos un ejército como Dios —dijo Jack, pensativo—. Un ejército que ha sido ensangrentado y ha resistido. Tenemos espadas, cotas de malla y escudos para llevarnos.

Paddy levantó la vista de la figura decapitada que había sido el sheriff de Kent. Justo el día antes, el sheriff había sido un hombre temible en todo el país. El irlandés miró a Jack con un asombro incrédulo, con los ojos abiertos de par en par.

—¿No estarás pensando en Londres? Pensé que sólo habían sido palabras para animar a la lucha. ¡Una cosa es haber vencido a unos cuantos centenares de hombres del sheriff, Jack...!

—Bueno, lo hemos hecho, ¿no? ¿Por qué no Londres, Paddy? Estamos a treinta o cuarenta millas de distancia, con un auténtico ejército. Mandaremos a unos cuantos hombres a inspeccionar el terreno, para que nos digan cuántos soldados tienen para proteger la ciudad. Te aseguro que no volveremos a tener nunca más una oportunidad como ésta. Los podemos hacer salir directamente de los tribunales, o que nos entreguen a los magistrados para que los ahorquemos, como ahorcaron a mi hijo. ¡Mi hijo, Paddy! ¿Crees que ya he terminado? Si les ponemos el hacha en el cuello, podemos obligarlos a cambiar las leyes que se lo llevaron. Te convertiré en un hombre libre, Paddy Moran. No, qué demonios, ¡te convertiré en un maldito conde!

William de la Pole subió cautelosamente al muelle, sintiendo la incomodidad de las cicatrices y los años. Le dolía todo, aunque no lo hubieran herido. Todavía se acordaba de la época en que era capaz de luchar todo el día y luego dormir como un niño, para luego volverse a levantar y volver a combatir. Entonces no le dolían las articulaciones, ni aquellas punzadas en el brazo derecho que le llegaban hasta el hombro, de modo que cada movimiento le hacía estremecer. Recordaba también que una victoria era capaz de hacérselo olvidar todo. De alguna manera, ver a tus enemigos muertos o huyendo tenía el poder de hacer cicatrizar las heridas y de atenuar el dolor. Movié la cabeza mientras se detenía en el muelle a mirar el pueblo pescador de Folkestone, gris y frío con la brisa marina. Era más difícil cuando venías de una derrota, todo lo era.

La llegada de su barco no había pasado desapercibida por los grupos de pescadores del pueblo. Se habían agrupado a docenas por las calles cenagosas y gritaban su nombre. William percibió la rabia de aquella gente y la entendía: lo consideraban responsable de los desastres al otro lado del Canal. No los culpaba; él sentía lo mismo.

A la luz de la fría mañana, el mar estaba cubierto de bruma. Francia no se veía, aunque William presentía Calais acechando a su espalda como si la ciudad fortificada estuviera tan sólo a un paso por encima del agua salada. Era lo único que quedaba, la última posesión inglesa en Francia aparte de algunas tierras llenas de matorrales en Gascuña que no durarían más de un año. Había vuelto a casa para organizar las naves

que se llevarían a sus heridos, además de para llevar a cabo la triste misión de informar de la victoria francesa a su rey. William se frotó la cara, sintiendo la barba y el frío. Las gaviotas volaban en círculos y el aire se le clavaba como alfileres mientras esperaba. Veía pescadores que lo señalaban y se volvió hacia el pequeño grupo de seis guardias que se había llevado con él, todos tan maltrechos y agotados como él.

—Tres de vosotros, sacad los caballos de las bodegas. El resto, mantened vuestras espadas a mano. No estoy de humor para enfrentarme a hombres furiosos, hoy no.

Mientras hablaba, pequeños grupos de personas iban creciendo, y la gente salía de las posadas y de los almacenes náuticos del puerto, al oír la noticia de que lord Suffolk en persona había llegado a la ciudad. Entre los presentes había un número considerable que había regresado de Francia en las semanas previas, y que luego se había quedado en la costa sin dinero para seguir viajando. Tenían el aspecto de los mendigos en los que se habían convertido, sucios y harapientos. Sus brazos escuálidos gesticulaban al aire, y el mal humor aumentaba por minutos. Los guardias de William se movían incómodos y se intercambiaban miradas de preocupación. Uno de ellos les gritó a los demás que vigilaran la bodega, mientras los otros dos agarraron sus espadas y rogaron a Dios no acabar pereciendo en un puerto inglés después de haber sobrevivido a la guerra en Francia.

Tardaron un tiempo en desmontar los establos en la bodega de la nave, y luego en tapar los ojos de los caballos y llevarlos con cuidado por la pasarela hasta el muelle de piedra. La tensión se calmó entre los hombres de William cuando todas las monturas estuvieran ensilladas y listas.

Más allá de las gaviotas y de los pescadores, un hombre salió corriendo de la taberna, pasando con rapidez por entre la gente y dirigiéndose directamente hacia los muelles. Dos de los guardias de William le cerraron el paso con sus espadas y el hombre se detuvo en los adoquines, levantando las dos manos.

—¡Paz, hombres, paz! No voy armado. ¿Lord Suffolk?

—Soy yo —respondió William, desconfiado.

El hombre suspiró aliviado.

—Os esperaba hace dos días, milord.

—Me he retrasado —dijo William, irritado.

Su retirada a Calais había sido una de las peores experiencias de su vida, siempre perseguido por piqueros franceses que le pisaban los talones. La mitad de su ejército había sido masacrada, pero él no había abandonado a sus arqueros, ni siquiera cuando parecía que no llegarían jamás a la fortaleza. Algunos de ellos habían tomado caballos sin jinete, otros habían recorrido el camino a su lado, agarrados a los estribos sueltos. Había sido una pequeña muestra de consuelo contra la derrota, pero William no permitió que fueran torturados y desmembrados por los triunfantes caballeros franceses.

—Traigo un mensaje, milord, de Derihew Brewer.

William cerró los ojos un momento y se masajeó el puente de la nariz con una mano.

—De acuerdo, dádmelo.

Como el hombre se quedó callado, William abrió los ojos inyectados en sangre y lo miró fijamente:

—¿Y entonces?

—Milord, creo que es un mensaje privado.

—Vamos, hablad —dijo, harto de tanta espera.

—Debo advertiros que hay cargos de traición contra vos esperando en Londres, milord. Sir William Tresham ha mandado a hombres a Portsmouth para arrestaros. Lo que os debo decir es «Es hora de salir corriendo, William Pole». Lo siento, milord, pero éstas han sido las palabras exactas.

William se volvió hacia su caballo y comprobó la correa con expresión arisca, le dio una palmada al animal en el anca y luego la ajustó cuidadosamente. El sirviente y sus guardias esperaban que dijera algo, pero él puso un pie en el estribo y montó, mientras dedicaba una mirada a la gente, que todavía no se había atrevido a acercársele y amenazarlo. Colocó la funda de su espada con cuidado paralela a su pierna y tomó las riendas antes de mirar a sus guardias.

—¿Qué ocurre? —les preguntó.

Los guardias lo miraron, indefensos. El que estaba más cerca se aclaró la garganta.

—Nos preguntábamos qué os proponéis, milord Suffolk. Las noticias son graves.

—¡Tengo intención de honrar mi misión! —dijo William, secamente—. Pienso regresar a Londres. Y ahora, montad, antes de que estos pescadores se envalentonen.

El mensajero lo miraba embobado, pero William lo ignoraba.

Aquella noticia lo había puesto enfermo, pero en realidad no cambiaba nada, fuera cual fuera la idea de Derry. William apretó la mandíbula y sus hombres montaron sus caballos. No sería cobarde. Mantuvo la espalda tensa mientras hacía avanzar a su caballo más allá de los pescadores. Le lanzaron algunas piedras, pero ninguna lo tocó.

Thomas Woodchurch contempló pasar al duque de Suffolk. Había visto antes a William de la Pole de lejos y conocía aquel pelo plateado y su porte erguido, aunque el noble había perdido mucho peso desde entonces. Thomas regañó a un bobo que lanzaba una piedra. Su expresión ceñuda fue advertida por unos cuantos pescadores que había por ahí cerca, observando todo el proceso.

—No te preocupes, muchacho —le dijo uno de ellos—. El viejo Jack Cade lo atraparé, con Dios como testigo.

Thomas se volvió de golpe hacia el que había hablado, un viejo de pelo gris con las manos nervudas y los brazos llenos de cicatrices.

—¿Jack *Cade*? —le preguntó, incrédulo, mientras se acercaba a él.

—El mismo que tiene un ejército de hombres libres. Ellos darán su merecido a vuestro estirado señor, que mira por encima del hombro mientras hombres mejores se mueren de hambre.

—¿Quién es Jack *Cade*? —preguntó Rowan.

Su padre le ignoró, acercándose y tomando al pescador por las solapas.

—¿Qué queréis decir con un ejército? ¿Jack *Cade* de Kent? Yo conocía a un hombre llamado así.

El barquero levantó sus espesas cejas y sonrió, mostrando su único par de dientes que colgaban de sus encías parduzcas.

—Hemos visto a unos cuantos unirse a él en el último mes o así. Algunos de nosotros tenemos que pescar, tío, pero si te gusta cortar cabezas, *Cade* te llevará con él.

—¿Dónde está? —le exigió Thomas, apretándole más el brazo mientras el tipo trataba de alejarse sin conseguirlo.

—Es un fantasma, tío. Si no quiere, no le encuentras. Id hacia el oeste y al norte, eso es lo que se dice. Está por los bosques de por ahí, matando a alguaciles y a los hombres del sheriff.

Thomas tragó saliva. Todavía le dolía la herida de la cadera, que cicatrizaba con lentitud por el hambre y la falta de descanso bajo el viento y la lluvia. Él y Rowan habían estado alimentándose a base de restos de pescado que cocían en hogueras improvisadas, o lo que alcanzaban a encontrar. Ni siquiera tenía una moneda para mandarles una carta a su esposa y sus hijas —y, si la hubiera tenido, se la hubiera gastado en comida—. De pronto le empezaron a brillar los ojos como si le hubiera vuelto a subir la fiebre.

—Ese mensajero, Rowan, llegó a caballo, ¿verdad?

Rowan iba a responderle pero su padre ya se estaba encaminando hacia la taberna donde habían visto llegar al hombre. Thomas tuvo que golpear a un mozo de establo para obtener el caballo, pero él y su hijo eran flacos y el animal había sido alimentado con grano y era capaz de aguantarlos a los dos. Adelantaron al atónito mensajero que caminaba de vuelta sólo un poco más tarde. Los pescadores se murieron de risa al ver la expresión patidifusa del hombre mientras veía a su caballo largarse, y se golpeaban las rodillas y se sujetaban entre ellos para no caer al suelo.

**E**n sus apartamentos de la Torre Blanca, Derry se despertó aferrando la mano que lo había tocado en el hombro. Todavía no estaba del todo consciente y ya sostenía un cuchillo contra la cara atónita de su sirviente, apuntándole en la mejilla, debajo del ojo. A pesar de la rapidez con que se había movido, le llevó unos instantes comprender que no lo estaban atacando y depuso el arma mientras murmuraba una disculpa. A su sirviente le temblaban las manos mientras encendía una vela y la colocaba bajo un tubo de cristal para iluminar la habitación.

—Lo siento, Hallerton, últimamente... no estoy muy centrado y veo asesinos por todas partes.

—Lo comprendo, señor —le respondió Hallerton, todavía pálido del susto—. No os habría despertado, pero me dijisteis que entrara si había noticias de lord Suffolk.

El sirviente, mayor que él, se interrumpió mientras Derry sacaba las piernas de la cama y se ponía de pie. Iba totalmente vestido, puesto que había caído rendido sobre las mantas unas pocas horas antes.

—¿Y entonces? Suéltalo todo, hombre; ¿qué noticias hay?

—Le han arrestado, señor. Los hombres del cardenal Beaufort lo detuvieron cuando intentaba ir a informar al Parlamento.

Derry parpadeó, todavía un poco espeso por el sueño.

—Oh, por el amor de Dios. ¡Le mandé una advertencia, Hallerton! ¿Qué demonios esperaba presentándose ahora en Londres? —Se frotó la cara, mirando al vacío mientras reflexionaba—. ¿Sabemos adónde lo han llevado?

Su sirviente negó con la cabeza y frunció el ceño, mientras trataba de concentrarse.

—Tráeme un cuenco con agua y el orinal, ¿quieres?

—Sí, señor. ¿Me necesitaréis para que os afeite esta mañana?

—¿Tal como te tiemblan las manos? No, gracias. Me afeitaré yo mismo, me arreglaré para el presidente Tresham. Mándale un mensajero a sus oficinas de Westminster para que anuncie mi visita. Sin duda, el viejo zorro ya debe de estar en marcha esta mañana. ¿Es todavía la mañana?

—Así es, señor —le confirmó Hallerton, mientras buscaba debajo de la cama el orinal de porcelana, lleno ya hasta un cuarto de orina oscura. Derry gruñó para sus adentros. Se había acostado con la primera luz del día. Tenía la sensación de no haber dormido en absoluto; sin embargo, debía mantenerse alerta si no quería que Tresham y Beaufort se hicieran con su chivo expiatorio. ¿En qué debió de pensar William para caer en sus manos de aquella manera tan ingenua? El problema era que Derry conocía perfectamente el orgullo del hombre. Suffolk no huiría, ni siquiera si lo acusaban de alta traición. A su manera, William era tan corderito inocente como el propio rey, pero ahora estaba rodeado de lobos. Derry no se hacía ilusiones respecto de la gravedad de los cargos; a su amigo lo harían trizas a menos que él pudiera salvarle.

—¡Basta de toquetear el maldito orinal, Hallerton! Y olvídate de Tresham. ¿Dónde está el rey esta mañana?

—Aquí, en sus apartamentos, señor —respondió el sirviente, preocupado por la confusión espesa de su amo—. Sigue en cama y sus sirvientes dicen que todavía tiene fiebre. Creo que su esposa está con él, o cerca.

—Bien. Anúnciame allí, entonces. Necesitaré acudir a la fuente, si quiero encontrar una salida para William. ¡Vamos, hombre! No hace falta que me vigiles mientras meo.

Derry colocó el orinal sobre las mantas y suspiró aliviado mientras orinaba en él. Hallerton salió rápidamente, mientras llamaba a otros sirvientes para que atendieran al jefe de los espías. Corrió escaleras abajo de la Torre Blanca y salió al prado abierto, ralentizando un poco el paso cuando se cruzó con unas filas de soldados fuertemente armados. La Torre de Londres era un laberinto de edificaciones y senderos, y Hallerton sudaba cuando alcanzó los apartamentos personales del rey para anunciar la llegada inminente de su amo a los sirvientes reales. Todavía discutía con el mayordomo de las habitaciones reales cuando Derry llegó resoplando detrás de él.

—¡Maese Brewer! —dijo el mayordomo del rey en voz alta—. Le estaba explicando a vuestro sirviente que su Alteza Real el rey Enrique no se encuentra bien y no puede ser molestado.

Derry pasó por delante de ambos y se limitó a poner la mano en el pecho del mayordomo y empujarlo contra la pared. Dos soldados con actitud severa observaron su maniobra y le cortaron deliberadamente el paso. Derry recordó de pronto a lord York intentando acercarse al rey en Windsor y casi se le escapó una carcajada.

—Apartaos, muchachos. Tengo órdenes estrictas de que se me permita el acceso al rey, de día y de noche. Ya sabéis quién soy y sabéis que digo la verdad.

Los soldados parecieron incómodos y miraron al mayordomo del rey, detrás de Derry, que permanecía con los brazos cruzados en clara señal de rechazo. La situación quedó estancada hasta que Derry se volvió, aliviado, al oír una voz de mujer que procedía del piso de arriba.

—¿Qué sucede? ¿Es maese Brewer? —llamó Margarita mientras bajaba por unas escaleras de roble y asomaba la cabeza al grupo de hombres allí reunidos. Iba descalza, ataviada con un camisón largo y con el pelo alborotado. Después de un momento inicial de sorpresa, los cuatro hombres se quedaron mirando al suelo por no mirar a la reina de aquella guisa.

—Alteza, no quería... —empezó a disculparse el mayordomo del rey, todavía mirando al suelo.

Derry lo interrumpió, sintiendo de pronto que el tiempo se les echaba encima.

—Suffolk ha sido arrestado, milady. Necesito hablar con el rey.

Margarita se quedó boquiabierta y el mayordomo se calló. La reina advirtió la preocupación en la expresión de Derry y tomó una decisión rápida.

—Gracias, caballeros —dijo, claramente despidiéndolos—. Acompañadme, maese Brewer. Despertaré a mi esposo.

Derry estaba demasiado preocupado hasta para disfrutar de su pequeña victoria sobre el mayordomo y subió rápidamente los peldaños detrás de Margarita. Mientras recorrían un largo pasillo, pasó a través de habitaciones que apestaban a productos químicos amargos. Derry se estremeció al sentir que el aire se iba haciendo cada vez más denso. Las habitaciones del rey olían a enfermedad e intentó contener el aliento para evitar absorber demasiado de aquel aire maligno.

—Esperad aquí, maese Brewer —le pidió Margarita—. Veré si está despierto.

La reina entró en las habitaciones personales del rey y Derry se quedó impaciente en el pasillo. Advirtió a dos soldados más que lo vigilaban con desconfianza desde un extremo, pero el permiso de Margarita lo puso fuera de su alcance y él los ignoró mientras esperaba.

Cuando la puerta volvió a abrirse, Derry ya tenía a punto sus argumentos, pero se le atragantaron al ver la figura pálida del rey sentado en la cama, con su flaco pecho envuelto en una capa. Derry todavía recordaba la corpulencia de toro del padre del monarca y lo invadió la tristeza mientras cerraba la puerta y se acercaba al rey Enrique.

Derry se arrodilló y agachó la cabeza. Margarita lo observaba, frotándose las manos mientras esperaba a que Enrique reconociera a su jefe de espionaje. Cuando se rompió el silencio, fue ella quien habló.

—Levantaos, por favor, maese Brewer. Habéis dicho que lord William ha sido arrestado. ¿De qué se le acusa?

Derry se levantó lentamente y osó acercarse un poco. Sin apartar la mirada del rey, respondió, buscando alguna chispa de vida que demostrara que Enrique estaba consciente y le entendía.

—De alta traición, milady. Los hombres del cardenal Beaufort lo arrestaron anoche, recién llegado de Kent. Estoy seguro de que Tresham está detrás. Me lo dijo hace unos días. Le dije que era una acusación que sólo podía llevar al desastre. —Se acercó todavía un poco más, hasta quedar en el campo de visión del rey—. ¿Alteza? No podemos dejar que juzguen a William de la Pole. Veo la mano de York en ello. Tresham y Beaufort pondrán en cuestión a lord Suffolk. Ante tal acusación no hay quien lo proteja. Insistirán en demostrar la verdad bajo tortura.

Esperó unos instantes, pero los ojos de Enrique seguían extraviados y cándidos. Por un instante, a Derry le pareció percibir algo parecido a la compasión, aunque también podía haberlo imaginado.

—¿Alteza? —insistió—. Temo que se trate de un complot contra la misma dinastía real. Si obligan a lord Suffolk a revelar los detalles de la tregua en Francia, dirá la verdad, que obedecía órdenes reales. Y después de las pérdidas sufridas, tal reconocimiento reforzará su causa, Majestad. —Respiró lentamente, reuniendo el valor para plantearle una pregunta que le avergonzaba—. ¿Comprendéis lo que os

digo, Alteza?

Por unos instantes pensó que el rey no respondería, pero luego Enrique suspiró y habló, sin vocalizar demasiado.

—William no me traicionaría, maese Brewer. Si la acusación es falsa, han de ponerlo en libertad. ¿Es cierto eso?

—¡Lo es, Majestad! Se proponen culpar y matar a lord Suffolk, tan sólo para aplacar a las masas en Londres. Os lo ruego. Vos sabéis que William no puede ser llevado a juicio.

—¿No queremos juicio? Muy bien, maese Brewer. Sé que...

La voz del rey se apagó y se quedó con la mirada perdida. Derry se aclaró la garganta, pero aquella cara permaneció inmóvil y adusta, como si su espíritu se hubiera esfumado.

—¿Majestad? —insistió Derry mientras levantaba la mirada hacia Margarita, confundido.

Ella movió la cabeza, con los ojos brillantes de lágrimas.

El momento pasó y Enrique pareció volver en sí, parpadeando y sonriendo como si nada hubiese ocurrido.

—Estoy cansado, ahora, maese Brewer. Me gustaría dormir. El médico dice que debo dormir, si quiero recuperarme.

Derry miró a Margarita y vio su angustia mientras miraba a su esposo. Fue un momento de asombrosa intimidad y se quedó sorprendido de percibir algo parecido al amor en los ojos de la reina. Por unos instantes, se miraron.

—¿Qué necesitáis del rey, maese Brewer? —le pidió Margarita, con voz tranquila—. ¿Puede ordenar la liberación de William?

—Podría, si ellos la acataran —dijo Derry, frotándose los ojos—. No dudo que la orden será pospuesta, o que William será trasladado a algún lugar oscuro en donde yo no pueda encontrarlo. En Westminster, Tresham y Beaufort tienen mucho poder, aunque sólo sea porque el Parlamento paga a los guardias. Os lo ruego, milady, dejadme reflexionar un momento. No basta con que mandemos una orden escrita para liberarlo.

Odiaba hablar de Enrique mientras él mismo estaba allí y lo miraba como un niño confiado, pero resultaba inevitable.

—¿Se siente su Alteza Real con fuerzas para viajar? Si el rey tomara una gabarra hasta Westminster, podría entrar en las celdas y nadie se atrevería a impedirselo. Podría liberar a William hoy mismo, antes de que le hagan demasiado daño.

Para su disgusto, Margarita hizo un gesto con la cabeza y tocó a Derry en el hombro para apartarlo a un lado. Enrique volvió la cabeza para mirarlos, con una sonrisa inocente.

—Lleva varios días... sufriendo... esta especie de ausencia. Ahora está mejor que en ningún otro momento durante los últimos días —susurró Margarita—. Tiene que haber otra manera de liberar a William de sus garras. ¿Qué hay de lord Somerset?



¿No está en Londres? William y él son amigos. Somerset no permitiría que torturaran a William, por muchos cargos que haya sobre él.

—Ojalá fuera tan fácil. ¡Lo tienen en sus manos, Alteza! Me cuesta creer que haya sido tan ingenuo como para entregarse, pero ya conocéis a William. Su sentido del honor y su orgullo. Le di la oportunidad de huir, pero, en cambio, se entregó dócilmente, confiando en que sus captores son hombres de honor. Pero no lo son, milady. Son capaces de cargarse a un noble poderoso que ha apoyado al rey, o... al propio rey. Todavía no sé exactamente lo que se proponen, pero William...

Su voz se trucó mientras ideas nuevas surgían en su mente.

—¡Hay una manera de evitar el juicio, creo! Esperad..., sí. No podrán interrogarlo si se declara inmediatamente culpable de todos los cargos.

Margarita frunció el ceño mientras lo escuchaba.

—¿Pero no está eso en sus manos, maese Brewer? ¡Esto es seguramente lo que quieren Tresham y el cardenal Beaufort!

Para su confusión, vio sonreír a Derry, con los ojos llenos de brillo. No era una expresión agradable.

—Por ahora bastará. Me dará un poco más de tiempo y eso es lo que más necesito ahora. Tengo que descubrir adónde lo han llevado. Tengo que encontrarle. Alteza, gracias. Iré a buscar a Lord Somerset a su casa. Sé que él me ayudará y que tiene a sus propios soldados. Rezad sólo para que William todavía no haya sido torturado, por su honor y por su maldito orgullo.

Volvió a hacer una genuflexión frente a la cama de su soberano, y agachó la cabeza para volver a dirigirse a Enrique.

—¿Majestad? Vuestro palacio en Westminster está a un breve desplazamiento en barca. Ayudaría mucho a William que vos estuvierais allá. Y me ayudaría también a mí.

Enrique parpadeó.

—¡Nada de cerveza, Brewer! ¿Eh? El doctor Allworthy dice que debo descansar.

Derry cerró los ojos, frustrado.

—Como vos digáis, Alteza. Con vuestro permiso, me marcho.

El rey Enrique lo despidió con la mano y Margarita advirtió que Derry se había quedado pálido y tenso mientras la saludaba con una reverencia y luego salía apresuradamente de la habitación.

En la Torre del Tesoro, frente al palacio de Westminster, William andaba arriba y abajo de la sala, haciendo crujir el suelo de tablas de roble a cada paso. La estancia era fría y sin más mobiliario que una mesa y una silla colocadas de manera que la luz las iluminaba. Alguna parte perversa de él se sentía como si mereciera estar confinado de aquella manera. Había sido incapaz de detener al ejército francés. Aunque sus hombres habían masacrado o herido a miles de ellos, los ingleses habían

sido obligados a retroceder hasta Calais, un maldito paso tras paso. Antes de marcharse, había visto a sus hombres alzando las puertas de Calais, cerrando las viejas puertas levadizas mientras los arqueros se alineaban a lo largo de las murallas. William sonrió con expresión cansada para sus adentros. Al menos había salvado a los arqueros. Todo lo demás era su culpa. No se resistió cuando los hombres de Tresham fueron a arrestarlo. Sus guardias se habían llevado la mano a la espada esperando órdenes, pero él había negado con la cabeza y se había entregado en silencio. Un duque contaba con la protección del propio rey y William sabía que tendría la oportunidad de negar las acusaciones que se levantaban contra él.

Por la ventana podía ver el palacio del rey y la antigua abadía, con su Sala del Capítulo octogonal. Los comunes se reunían allí, o en la Sala Pintada del palacio. William había oído hablar del plan de designarles algún lugar permanente para sus debates, pero había siempre asuntos más urgentes que encontrar un lugar confortable para los hombres de los condados. Se frotó las sienes, sintiendo la tensión pero nada temeroso. Sólo un ciego habría quedado al margen de la rabia y la violencia potencial que había visto desde que puso los pies en su tierra natal. Había cabalgado rápidamente a través de Kent, en algunos momentos siguiendo el mismo camino que grandes grupos de soldados. Cuando se detuvo a pasar la noche en la posada de un cruce de caminos, lo único que oyó fueron anécdotas de Jack Cade y su ejército. Los propietarios habían lanzado miradas hostiles a William toda la noche, pero, lo reconocieran o no, nadie había osado interrumpir su viaje de regreso a la capital.

Desviando la vista de la ventana, William volvió a caminar, con las manos entrelazadas detrás de la espalda. Las acusaciones eran una farsa para cualquiera que supiera lo que realmente había sucedido durante aquel año y el anterior. Estaba seguro de que serían retiradas tan pronto como el rey fuera informado. William se preguntó si Derry Brewer estaba al tanto de su confinamiento. Después de la advertencia que había lanzado, a William le divertía pensar en el disgusto de Derry ante su decisión de volver a casa de todos modos, pero, en realidad, no había tenido alternativa. William enderezó la espalda. Había sido el comandante de las fuerzas inglesas en Francia y era duque de la Corona. A pesar de todos los desastres que había presenciado, nada cambiaba este hecho. Se sorprendió pensando en su esposa, Alice. No debía de saber nada excepto los peores rumores. Se preguntó si sus captores le dejarían mandarle una carta y otra a su hijo, John. No quería que se preocuparan.

William se detuvo al oír voces de hombres en el piso de abajo. Apretó los labios y sus puños se cerraron hasta tener los nudillos blancos. Se quedó esperando arriba de las escaleras, casi como si estuviera protegiendo la habitación. De manera inconsciente, su mano derecha quiso aferrar el lugar vacío donde antes solía llevar la espada.

Ricardo de York precedía a otros dos hombres escaleras arriba con energía juvenil. Hizo una pausa con la mano en la barandilla al ver a Suffolk de pie,

mirándolos, como si fuera a atacar en cualquier momento.

—Tranquilizaos, William —dijo York con calma al entrar en la sala—. Os dije en Francia que os habían dado una copa envenenada. ¿Pensasteis que me esfumaría tranquilamente a Irlanda mientras los grandes acontecimientos sucedían en mi ausencia? No era probable. Estos últimos meses he estado ocupado, pero creo que vos lo habéis estado todavía más, aunque tal vez con resultados poco satisfactorios.

York cruzó la sala para mirar el sol naciente y la bruma que se levantaba alrededor de Westminster. Detrás de él, Sir William Tresham y el cardenal Beaufort entraron en el espacio de la torre. York los señaló con dos dedos sin volverse a mirar.

—Ya conocéis a Tresham y a Beaufort, por supuesto. Sugiero que escuchéis lo que tienen que deciros, William. Es el mejor consejo que os puedo dar.

York sonrió sin convicción, disfrutando de la vista. Había algo en los lugares altos que siempre le había gustado, como si tuviera a Dios más cerca que los hombres que estaban a ras del suelo.

William se había fijado en la espada de York, por supuesto, y también en el puñal que llevaba en el cinturón, adornado con un par de testículos de madera pulida que lo sujetaban. Era un puñal de matar, largo y fino. William dudó que York fuera lo bastante inocente como para dejarlo acercarse a ninguna de las dos armas, pero, de todos modos, calculó la distancia. Le pareció que ni Tresham ni el cardenal Beaufort iban armados, pero William sabía que era igual de prisionero que cualquier desdichado de los que llenaban las celdas de Westminster o de la torre. Esta idea le hizo levantar la vista de su reflexión.

—¿Por qué no me han llevado a la Torre de Londres? ¿Con cargos de alta traición? Me pregunto, si es porque sabéis que estas acusaciones se apoyan en una base muy débil. No he hecho nada por mi cuenta. Nunca ha sido posible que un solo hombre pactara una tregua con Francia, por muy mal que saliera. —Su mente voló hacia Derry Brewer y movió la cabeza, harto de todos los juegos y promesas.

Nadie le respondió. Los tres hombres aguardaron pacientemente hasta que dos soldados corpulentos subieron las escaleras. Llevaban cota de malla y unos tabardos mugrientos, como si los hubieran llamado de otras misiones. William advirtió con disgusto que llevaban un saco de tela manchado, que colocaron en el suelo con un tintineo metálico y luego aguardaron atentos.

El cardenal Beaufort se aclaró la garganta y William se volvió hacia él, disimulando su disgusto. El tío abuelo del rey hacía bien su papel, con su cabeza afeitada y sus dedos largos y blancos juntos como si rezara. No obstante, el hombre había sido lord canciller de dos reyes y era descendiente de Eduardo III, a través de Juan de Gante. Beaufort había sido el responsable de sentenciar a Juana de Arco a morir en la hoguera y William sabía que era un viejo sin compasión. Sospechaba que, de los tres, Beaufort era su auténtico captor. La presencia de York era una afirmación clara de las lealtades del cardenal. William no pudo evitar la mueca de burla en sus labios mientras Beaufort hablaba con una voz que las décadas de plegaria y de vino

con miel habían suavizado.

—Estáis acusado de los peores crímenes, lord William. Pensaba que un aspecto de humildad y arrepentimiento serían más propios de vos que esta pretendida indignación. Si os juzgan, siento deciros que no dudo del desenlace. Hay demasiados testigos dispuestos a hablar contra vos.

William frunció el ceño mientras los tres hombres intercambiaban miradas, antes de que Beaufort prosiguiera. Habían discutido su suerte antes.

Eso resultaba evidente. Tensó la mandíbula, decidido a resistir a su conspiración.

—Vuestro nombre aparece en todos los papeles del Estado, milord —dijo Beaufort—. En la tregua fracasada, en los documentos originales del matrimonio en Tours, en las órdenes de defender Normandía contra la incursión francesa. El pueblo de Inglaterra clama justicia, lord Suffolk, y debéis responder con vuestra vida por vuestras traiciones.

El cardenal tenía aquella blancura de piel que William ya había visto antes, por su vida de claustros y de misas. Sin embargo, los ojos negros que lo sopesaban eran duros. Le devolvió la mirada, mostrándole su odio. Beaufort negó con la cabeza con tristeza.

—¡Qué año tan malo ha sido, William! Os tengo por un buen hombre, un hombre piadoso. Desearía no haber llegado hasta aquí. No obstante, debemos observar las formas. Os pediré que confeséis vuestros crímenes. Es obvio que os negaréis y entonces, me temo que mis colegas y yo nos retiraremos. Os atarán a esta silla y estos dos hombres os convencerán de que firméis con vuestro nombre el pecado mortal de la traición.

Mientras escuchaba aquella voz suave con su discurso, William tragó saliva y sintió que el corazón se le aceleraba. Sus convicciones empezaban a flaquear. York sonreía irónico, sin mirarlo. Tresham, al menos, parecía incómodo, pero no había duda de que estaban decididos. William no pudo evitar mirar el saco de tela que había en el suelo, temiendo las terribles herramientas que había dentro.

—Exijo hablar con el rey —dijo William, satisfecho de oír que su voz sonaba tranquila y aparentemente sin temor.

Cuando Tresham respondió, la voz del viejo abogado sonó seca como si estuviera comentando un punto difícil de unos estatutos.

—Me temo que un cargo de alta traición no os lo permite, milord —explicó—. Entenderéis que un hombre que ha conspirado contra la Corona no puede ser autorizado a acercarse al soberano. Antes deberéis someteros a un interrogatorio. Cuando todos los detalles... y todos vuestros cómplices hayan sido nombrados, firmaréis la confesión. Luego os llevarán a juicio, aunque, como sabéis, no será más que una formalidad. El rey no intervendrá en ninguna de las etapas, milord, a menos, por supuesto, que pida asistir a vuestra ejecución.

—A menos... —dijo York. Hizo una pausa y se quedó mirando por la ventana hacia Westminster—. A menos que la pérdida de Francia pueda ser atribuida al propio

rey, William. Vos y yo conocemos la verdad del asunto. Decidme, ¿a cuántos hombres os mandaron para reforzar vuestros efectivos en Normandía? ¿Cuántos estuvieron a vuestro lado para hacer frente al rey de Francia? En cambio, en los condados de los alrededores de Londres hay ocho mil soldados, William, todos ellos para tranquilizar el miedo del rey a la rebelión. Si se hubiera permitido a estos hombres cruzar a Francia cuando los necesitabais, ¿creéis que hoy estaríamos aquí? ¿Habríamos perdido Normandía si hubiéramos tenido a doce mil en el campo de batalla?

William miró a York con indignación; la rabia crecía en su interior mientras veía adónde quería llevarlo aquel hombre.

—Enrique es mi rey consagrado, milord York —dijo lentamente y con fuerza—. No escucharéis acusaciones miserables de mí, si eso es lo que buscáis. No soy yo quien debe juzgar las acciones del rey de Inglaterra, ni las vuestras, ni las de este cardenal, su tío, ni las de Tresham, con todos sus trucos de abogado. ¿Lo entendéis?

—Sí, lo entiendo —dijo York, volviéndose hacia él con una sonrisa torcida—. Entiendo que hay sólo dos caminos, William. O el rey os pierde a vos, su más poderoso seguidor, o... lo pierde todo. Sea como sea, el reino y mi causa saldrán enormemente reforzados. ¡Sed realistas, Suffolk! El rey es un muchacho demasiado débil y enfermizo para gobernar. No soy el primero que lo dice, creedme, es lo que se dice en todos los pueblos, aldeas y ciudades de toda Inglaterra. Las pérdidas en Francia no han hecho más que confirmar lo que algunos de nosotros ya sabíamos desde que el rey era niño. ¡Hemos esperado, William! Por respeto y lealtad a su padre y a la Corona, hemos esperado. ¡Y mirad adónde nos ha llevado! —York hizo una pausa, recuperando la calma—. Nos ha llevado a esta sala, William, y hasta vos. Asumid la culpa y morid, o nombrad a vuestro rey como el arquitecto de esta derrota. Es vuestra elección y a mí no me importa.

Frente al triunfo envenenado de York, William flaqueó, apoyando una mano sobre la mesa para soportar su peso.

—Ya veo —dijo William, con la voz desolada. Con todo lo que había dicho York, no le quedaba elección. Se sentó a la mesa. Las manos le temblaban, apoyadas en la madera pulida—. No pienso confesar traiciones que no he cometido. No pienso nombrar a mi rey ni a ningún otro nombre. Torturadme, si tenéis que hacerlo; no cambiaré nada. Y que Dios os perdone, porque yo no lo haré.

Exasperado, York dio indicaciones a los dos soldados. Uno de ellos se agachó junto a la bolsa y se puso a desenrollarla, revelando las siluetas claras de las pinzas, los punzones y los serruchos que contenía.

**M**ás de treinta de los treinta y cinco pares de Inglaterra tenían propiedades alrededor del centro de Inglaterra, y Derry lo sabía. Si le dieran un par de horas, sería capaz de hacer una lista de cada casa, y también de los hombres y mujeres que había en ellas, trabajando para él. No obstante, Somerset era amigo personal de William. Y, lo más importante, Derry sabía que aquel día se encontraba en Londres, no en sus haciendas del suroeste. Por poco hizo que el barquero del Támesis perdiera sus pulmones de fatiga para llevarlo a la casa de Somerset junto al río, y dejarlo en el amplio embarcadero. Derry casi arriesgó el físico con los guardas de Somerset antes de identificarse y correr con ellos por los jardines. Somerset había estado escribiendo cartas y se levantó para escuchar con la pluma entre los dedos. Aunque cada momento que pasaba resultaba agónico, Derry hizo un esfuerzo por explicarle con claridad lo que necesitaba. A media explicación, el pequeño conde le dio una palmada en la espalda y llamó a sus mayordomos.

—Contadme el resto de camino, Brewer —dijo Somerset decidido, mientras avanzaba ya por el embarcadero.

El conde tenía cuarenta y cuatro años, era muy flaco y tenía la energía de un chaval de veinte. Derry tuvo que corretear para mantener su paso y, a pesar de la falta de estatura del conde y de su aspecto amable, se fijó en cómo se sobresaltaban sus guardas cuando les daba órdenes. La barcaza personal del conde estaba siendo impulsada río abajo menos de una hora después de la llegada de Derry.

La atracaron en el muelle de Westminster y Derry se sorprendió resoplando mientras contaba los hombres que Somerset había convocado. Se diría que era toda su guardia personal. En la barcaza los acompañaron seis hombres, mientras a una docena más se les había dicho que se apresuraran a acudir a Westminster por tierra. Éstos recorrieron unas buenas dos millas rodeando el meandro del Támesis, adentrándose por calles apestosas hasta llegar, sucios y resoplando, sólo unos instantes antes de que arribara la barcaza de su amo.

Derry estaba impresionado, aunque le costara reconocerlo. Somerset estaba absolutamente indignado ante la idea de la amenaza a su amigo, y mientras se dirigían a la puerta fluvial del palacio volvió a dirigirse a Derry con una mirada inquisidora.

—Manteneos cerca de mí, milord, os lo ruego —le pidió Derry—. Necesitaré de vuestra autoridad.

Llevar a dieciocho hombres armados detrás le producía tanta satisfacción como preocupación. No era descartable que el Parlamento reaccionara mal ante una ocupación armada de su sede. Derry sintió que el corazón se le aceleraba al acercarse a los primeros guardias, que ya gritaban a sus superiores y preparaban sus picas y espadas. Somerset se tensó para el encuentro, con una expresión que mezclaba la seguridad con la ansiedad. Los dos hombres provenían de mundos muy distintos,

pero con William de la Pole en peligro, compartían las mismas ganas de luchar.

Margarita oyó pronunciar su nombre mientras se encontraba en medio de otra conversación furiosa con el médico del rey. Se interrumpió al instante y corrió de vuelta a las estancias de su esposo. Se quedó atónita al ver a Enrique con las piernas en el suelo y un par de botas esperando a calzarlo. Se había puesto una camisa blanca larga sobre el pecho huesudo y había encontrado unas mallas de lana.

—¿Margarita? ¿Podéis ayudarme con las botas? Me cuesta ponérmelas solo.

Se arrodilló rápidamente, subiéndole la tupida lana por las piernas antes de tomar una de las botas y empezar a calzarle un pie.

—¿Os sentís mejor? —le preguntó levantando la mirada hacia él. Enrique tenía círculos oscuros bajo los ojos, pero parecía más alerta de lo que había estado en varios días.

—Un poco, creo. Derry ha estado aquí, Margarita. Quería que fuera a Westminster.

Margarita no pudo evitar el llanto, pero ocultó su expresión bajando la cabeza y concentrándose en la segunda bota.

—Lo sé, Enrique. Yo estaba cuando ha venido a veros. ¿Estáis lo bastante bien como para levantaros?

—Creo que sí. Puedo ir en barca y eso no me supondrá un gran esfuerzo, aunque en el río hace frío. ¿Podéis pedirles a mis sirvientes que me traigan mantas? Necesitaré protegerme bien del viento.

Margarita acabó de ponerle la segunda bota y se secó las lágrimas. Su esposo alargó un brazo y ella lo ayudó a levantarse, le tensó las mallas y le abrochó el cinturón. Tenía un aspecto flaco y pálido, pero tenía la mirada clara y ella sintió ganas de llorar de emoción por el mero hecho de verlo de pie. Vio una capa que colgaba de un gancho en la pared y se la colocó sobre los hombros. Él le dio unas palmaditas en la mano.

—Gracias, Margarita. Sois muy buena conmigo.

—Es un honor para mí. Sé que no estáis bien, y veros levantar por vuestro amigo...

Se interrumpió antes de que la mezcla de tristeza y alegría la volviera a superar. Del brazo de su esposo salió al pasillo, lo que sorprendió a los guardias, que se pusieron firmes.

Maese Allworthy oyó el ruido y salió de la habitación contigua, llevando una pieza torcida del aparato que Margarita había descartado poco antes. La expresión furiosa del médico se suavizó en una especie de asombro al ver al rey. El doctor se arrodilló sobre el suelo de piedra.

—¡Alteza! Estoy tan contento de ver la mejora que experimentáis... ¿Habéis tenido algún movimiento intestinal, Alteza, si me permitís una pregunta tan osada?

Un hecho así consigue a veces aclarar una mente confusa. Ha sido gracias al licor verde, estoy seguro, y también a las virutas de ajeno. ¿Vais a pasear por los jardines? No me gustaría que os cansarais demasiado. La salud de su Alteza pende de un hilo. Si puedo hacer os una sugerencia...

Enrique parecía dispuesto a escuchar todo el día las bobadas del médico, pero a Margarita se le acabó la paciencia y lo interrumpió.

—El rey Enrique se dirige a la puerta fluvial, maese Allworthy. Si nos dejáis pasar, en vez de cerrarnos el camino, podremos avanzar.

Como respuesta, el médico trató de hacer una reverencia y de apartarse contra la pared al mismo tiempo. No pudo evitar mirar fijamente al rey mientras Margarita ayudaba a su esposo a recorrer el pasillo, y ella se estremeció al sentir aquella inspección profesional.

Tal vez su mirada contribuyó a que el hombre permaneciera en silencio; ni lo sabía ni le importaba. Ella y Enrique bajaron por las escaleras y el mayordomo del rey corrió a atenderlos.

—Preparad la barcaza —le ordenó Margarita con firmeza antes de que el hombre pudiera objetar—. Y que traigan mantas, todas las que puedan encontrar.

Por una vez, el mayordomo no respondió, sólo hizo una reverencia y se retiró rápidamente. La noticia de que el rey se había levantado corrió como la pólvora, y el ala de la torre pareció llenarse de sirvientes atareados que llevaban fardos de gruesas telas. Enrique miró fijamente a su esposa mientras salían al aire libre. Ella lo vio temblar y tomó una manta de las manos de una mujer que se dirigía a la barcaza y abrigó a Enrique con ella. Él se la apretó contra el pecho, con gesto enfermizo y frágil.

Margarita lo tomó de la mano mientras subía a la barcaza y se instalaba sobre el asiento ornamentado de la cubierta, ignorando a la gente que empezaba a acumularse en las márgenes. Margarita percibió a los hombres que saludaban con el sombrero, y el ruido de las ovaciones fue subiendo de volumen a medida que los vecinos se daban cuenta de que la familia real había salido y podía ser vista. Los sirvientes apilaron más mantas alrededor del rey para que no se enfriara y Margarita se dio cuenta de que ella también temblaba, por lo que agradeció disponer de aquellas mantas tan tupidas.

Los barqueros se pusieron a remar y sus remos se hundían en la corriente, adentrándolos en las aguas rápidas del Támesis.

El trayecto fue extrañamente apacible, tan sólo acompañado del rumor de los remos y de los gritos de los chiquillos y los jóvenes de las orillas que corrían para verlos. Cuando doblaron por un gran meandro y empezaron a ver el palacio de Westminster y sus muelles, Margarita sintió que Enrique le apretaba la mano con fuerza. Se volvió hacia ella, envuelto en varias capas de mantas.

—Siento haber estado... enfermo, Margarita. Hay momentos en los que me siento como si me hubiera hundido; todavía me estoy hundiendo. No sé cómo describirlo; ojalá supiera. Intentaré ser fuerte para ti, pero, si la enfermedad me vuelve a poseer...



no sé si podré superarla.

Margarita se encontró de nuevo sollozando y se frotó los ojos, disgustada consigo misma. Su esposo era una buena persona, lo sabía. Levantó su mano vendada y se la besó dulcemente, entrelazando sus dedos con los de él. Eso pareció reconfortarlo.

Derry avanzaba todo lo rápido que podía, usando su linterna para guiarse por los espacios vacíos. Sospechaba que Tresham ordenaría a sus hombres detener la búsqueda tan pronto como se lo dijeran. Ni siquiera la presencia del conde de Somerset podía bastar para impedir el arresto de Derry si se negaba a obedecer al presidente de la Cámara, o tal vez al cardenal Beaufort. Tampoco ayudaba que hubiera dejado atrás a Somerset una docena de salas antes.

A Derry todavía le impresionaba el tamaño del laberinto bajo el palacio de Westminster. Había revisado las celdas principales con cierta facilidad, pero no encontró ni rastro de William. La hilera de celdas con barrotes metálicos era tan sólo una pequeña parte de las plantas y sótanos de debajo del palacio, algunas tan por debajo del nivel del río que apestaban a moho y las paredes rezumaban esporas negras y un líquido verde y espeso.

Derry esperaba oír gritos que le indicaran detenerse en cualquier momento y empezaba a pensar que se había impuesto una tarea imposible. De haber dispuesto de cien hombres y de una semana, habría registrado todos los rincones de los almacenes y las entradas de las cloacas, de las que emanaban vapores fétidos cuando abría las puertas. William podía encontrarse en cualquier rincón, y Derry empezaba a preguntarse si Tresham no había supuesto que trataría de encontrarlo y había trasladado al duque a algún otro lugar.

Derry gesticulaba con la cabeza mientras corría, discutiendo consigo mismo en silencio. Fuera del palacio de Westminster, la Cámara de los Comunes tenía poco poder, y todavía tenía menos fuera de Londres. Fuera de la Sala Pintada, o de la Sala del Capítulo, no tenían ninguna autoridad más allá de las gestiones en el nombre del rey. En un conflicto con el propio monarca, apenas osarían utilizar una propiedad real. Derry se detuvo de golpe y levantó su linterna metálica para iluminar un largo y bajo corredor subterráneo que se perdía a lo lejos, más allá de lo que alcanzaba su lamparita.

Tresham era un tipo listo, Derry lo sabía. Si retenía a William el tiempo suficiente para asegurarse su confesión, el lugar donde lo retenían no era tan importante. Derry no se hacía ilusiones sobre la capacidad de William de resistir. El duque era un hombre fuerte en todos los sentidos, tal vez demasiado fuerte. Derry había presenciado torturas antes, y su miedo era que su amigo quedara permanentemente inválido o que lo hicieran volver loco antes de que su voluntad acabara cediendo. Había recorrido la mitad del corredor, agachando la cabeza para esquivar un antiguo arco, cuando volvió a detenerse y volvió hacia dos de los guardias de Somerset.

—Acompañadme, muchachos. Quiero probar otro sitio.

Empezó a retroceder por el camino por el que habían venido, sopesando sus posibilidades. Una vez fuera del palacio principal, no le permitirían volver a entrar en el Parlamento. Seguro que Tresham se encargaría de ello. El viejo zorro debía de estar organizando a sus hombres para que lo arrestaran nada más saliera de allí, y Derry caería directamente en sus redes.

Derry empezó a subir por una escalerilla y resbaló y cayó al romperse uno de los peldaños. ¡Dios, todo aquel sitio estaba podrido y lleno de humedad! Uno de los hombres que lo acompañaban maldijo y pegó un aullido al meter el pie por el agujero. Derry no se paró a ayudarlo y se lanzó por el piso de arriba y volvió a encaramarse otro medio piso, hasta unos pasadizos mejor iluminados que transcurrían junto a las celdas. Oyó voces furiosas antes de poder ver quién era el que hacía ruido, aunque se le encogió el corazón.

Tresham fue el primero en ver a Derry, puesto que estaba mirando en su dirección. El abogado se ruborizó de rabia y levantó una mano para señalarlo.

—¡Allí está! ¡Detenedle! —gritó.

Los soldados empezaron a moverse y Derry miró a Somerset con desesperación. Habría bendecido al conde cuando éste habló sin vacilar más que un instante, aunque su reputación y su vida corrían peligro.

—¡No os acerquéis a él! —rugió Somerset a los guardias parlamentarios—. Maese Brewer está bajo mi custodia. Estoy en misión real y no podéis detenerle ni cerrarle el paso.

Los guardias de Tresham vacilaron, incapaces de decidir quién tenía la autoridad. Derry no había dejado de moverse y sorteó a los guardias hasta colocarse junto a Tresham, aprovechando el momento de confusión.

—William, lord Suffolk —dijo Derry, observando con atención al otro hombre—. ¿Está en la Sala del Capítulo? ¿Debo registrar la mismísima abadía, o sería sacrilegio torturar a un hombre en suelo consagrado? —Vigilaba atentamente a Tresham mientras el hombre se relajaba y las arrugas alrededor de los ojos se le destensaban—. ¿O está en la Torre del Tesoro? ¿Habéis tenido el descaro de encerrarlo donde me retuvisteis a mí?

—¡Aquí no tenéis ninguna autoridad, Brewer! ¿Cómo os atrevéis a hacerme preguntas? —le espetó Tresham, indignado. Derry sonrió, satisfecho.

—Creo que está allá, lord Somerset. Cruzaré la calle e iré a verlo.

—¡Guardias! —rugió Tresham—. Arrestadle ahora mismo o juro por Dios que os haré colgar a todos.

Esta amenaza bastó para hacerlos decidirse. Se lanzaron hacia Derry, pero los hombres de Somerset les cortaron el paso con sus espadas. Derry corrió y los dejó atrás a todos. Al salir a los salones principales y ver la luz de la tarde, oyó cornetas que sonaban por el río. Los pregones sonaban sólo en ocasiones estatales o para anunciar una visita real. Derry se detuvo, incapaz de creer que podía tratarse de

Enrique. ¿Podía Margarita haber venido sola? Casi no tenía ninguna autoridad formal, pero había poquísimos hombres que osarían ofender a la reina de Inglaterra y, a través de ella, al rey. Derry movió la cabeza, atrapado en la indecisión. Se esperó y casi temblaba, debatiéndose en las dos direcciones. No: tenía que seguir avanzando.

Se acercó hacia la luz del sol y cruzó a toda velocidad el palacio entero, adentrándose en el enorme espacio abierto de Westminster Hall. Derry no se detuvo ante la muchedumbre agitada que se concentraba allí.

Avanzó por entre la gente, y luego cruzó la calle con la sombra de la abadía cerniéndose sobre él mientras se acercaba. Pasó por en medio de vendedores ambulantes y hombres ricos que tomaban el sol, por entre carruajes y paseantes, dejando atrás el olor del río.

Mientras avanzaba, tuvo miedo: estaba solo. Aunque lo acompañara la razón, sabía que William estaría vigilado. La mente le corría tan rápido como los pies, y cuando llegó al foso de la Torre del Tesoro resoplaba con fuerza. Al menos, el puente levadizo estaba abajo. Al verlo, casi dudó de su convencimiento inicial de que William se encontraba dentro. Pero Tresham era demasiado astuto como para revelar la ubicación de su prisionero convirtiendo el lugar en una fortaleza.

Derry pasó corriendo por delante de un guardia solitario y luego se detuvo. En la puerta principal se encontró ante dos hombres. Dos soldados fortachones que lo habían observado cruzar la calle a la carrera desde el palacio, y que lo esperaban con las espadas preparadas. Al ver sus expresiones, Derry supo que estaba acabado, al menos por unos instantes. Debería volver atrás y traer a Somerset. Sin duda, para entonces Tresham ya habría convocado a más soldados, los suficientes para echarlos a todos del palacio o encerrarlos directamente en sus calabozos. Gracias a la rapidez y a la sorpresa había conseguido llegar hasta allí... pero no lo bastante lejos. Derry soltó una maldición y uno de los guardias levantó la cabeza en un gesto lleno de desprecio, asintiendo a su evaluación.

Derry se llenó los pulmones de aire y gritó, haciendo bocina con las manos.

—¡William Pole! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Confesad! ¡Implorad la misericordia del rey, y dadme tiempo, viejo cabrón!

Los guardias lo miraban boquiabiertos mientras Derry resoplaba y seguía gritando, una y otra vez. La Torre del Tesoro tenía sólo una altura de tres plantas y estaba convencido de que si William se encontraba dentro, lo oiría.

Derry cayó cuando una tropa de guardias llegó corriendo del otro lado del camino. No eran hombres de Somerset y no protestó cuando se lo llevaron custodiado y medio a rastras de vuelta al palacio.

William se había mordido el labio inferior y le sangraba a chorro, dejando hilillos de sangre sobre la mesa de madera que uno de los hombres limpiaba de vez en cuando, y tenía el rostro pálido y demacrado, aunque con cierto rastro de irritación. Tresham,

Beaufort y York habían esperado a que estuviera bien atado a una silla, y luego lo dejaron solo con el par de hombres. York había salido el primero, levantando una mano a modo de despedida y con una expresión parecida al arrepentimiento.

William estaba horrorizado al ver a los dos soldados ponerse manos a la obra con una actitud relajada y desenfadada que todavía le costaba creer. No estaban en silencio ni tampoco lo amenazaban, sino que charlaban tranquilamente mientras sacaban las distintas herramientas, cada una diseñada para arrebatar la dignidad y la voluntad de un hombre. Se enteró de que el mayor de los dos hombres se llamaba Ted y el otro, James. James era algo así como el aprendiz de Ted, al parecer, un estudiante del oficio. El mayor hacía pausas de vez en cuando para explicarle lo que estaba haciendo y por qué funcionaba, mientras que William sólo deseaba gritar. De una manera extraña, era casi un observador, un objeto sobre el que trabajar, más que un tercer hombre.

Al principio sólo le preguntaron si era diestro o zurdo. William les dijo la verdad y Ted sacó una serie terrible de tornillos que se podían enroscar hasta que provocaban la rotura de un dedo. Le cortaron el anillo de casado con un par de tenazas y se lo guardaron en el bolsillo. Habían elegido aquel dedo para pegarle el primer tornillo y apretarlo, ignorando su aliento sibilante.

William había empezado a rezar en latín mientras el dedo explotó en toda su longitud, como si se le hubiera abierto una costura. Sintió que aquello ya suponía una agonía lo bastante intensa hasta que el hueso se partió con un par de vueltas más de la rosca, hasta que las dos placas se juntaron con la carne aplastada en medio. Los dos hombres se tomaron su tiempo colocando los siguientes pernos, e iban apretándolos a intervalos mientras comentaban acerca de una puta de los muelles y lo que estaba dispuesta a hacer por unas cuantas monedas. James alardeaba de haberle enseñado cosas que nunca había visto, y Ted le decía que no malgastara el aliento en mentiras, ni el dinero en contraer la sífilis. Aquello desencadenó un furioso argumento, con William como testigo involuntario, atado e indefenso entre los dos.

Podía sentir cómo la mano izquierda le palpitaba acompasada con el corazón. Lo habían sentado a la mesa con las manos sobre la madera, y le pasaron las cuerdas por el pecho. Al principio intentó apartar las manos, pero lo sujetaban con demasiada fuerza. Ahora se miraba la carne hinchada y amoratada, y una esquirla de hueso que asomaba de su dedo meñique. En su vida había disfrutado masticando los huesos de pollo, y la imagen de aquel trozo de hueso le dio una sensación casi irreal, como si no fuera en absoluto su mano.

William movió la cabeza con fuerza, mascullando el padrenuestro, el avemaría, el credo niceno, murmurando los versos que había aprendido de niño, con su maestro pegándole con la regla si se equivocaba en una sola sílaba.

—*Credo in unum Deum!* —decía, jadeando—. *Patrem omni... potentem! Factorem caeli... et terrae.*

Había sufrido heridas en la batalla que no le habían dolido tanto. Intentó

recordarlas mentalmente, y también recordar cómo habían ocurrido. Una vez le tuvieron que cauterizar una herida con un hierro candente y, aunque no lo entendía, su nariz se llenó con aquel olor de carne quemada que pensaba que había olvidado, lo que le provocó náuseas y acabó vomitando sobre las cuerdas.

Los dos hombres hicieron una pausa, y Ted levantó una mano para interrumpir a su compañero cuando le hizo una pregunta. Los sentidos de William empezaban a aniquilarse por el dolor, pero le pareció oír una voz conocida. En el pasado había visto a hombres moribundos sufriendo alucinaciones terribles y al principio trató de cerrar los oídos contra aquel sonido, creyendo aterrorizado que estaba oyendo los primeros susurros de un ángel que había venido a llevárselo.

—¡Confesad! —oyó que decía con claridad una voz amortiguada por las piedras que lo rodeaban.

William levantó la cabeza y estuvo tentado de preguntarles a sus torturadores si también lo habían oído. Aquellas palabras las pronunciaba alguien con todas sus fuerzas, y a cada repetición se perdía alguna parte. William consiguió ordenar el mensaje, gritando de sorpresa y dolor cuando Ted perdió su mirada extraviada de incompreensión y recordó volver a apretar los tornillos.

Se quebró otro hueso, provocando una explosión de sangre por toda la superficie de madera. William sintió los ojos llenos de lágrimas, aunque todavía sentía más rabia ante la idea de que aquellos hombres lo vieran llorar. Respiró profundamente, tembloroso. Reconoció la voz de Derry. Era el único que lo llamaba William Pole. Le partía el corazón ceder ante aquellos dos hombres, pero aquella idea abría la puerta y su determinación se disolvió como la cera en un horno.

—Está bien..., caballeros —dijo jadeando—. Lo confieso todo. Traedme el pergamino y firmaré con mi nombre.

El más joven se quedó atónito, pero Ted se encogió de hombros y empezó a aflojar los pernos, mientras limpiaba cada uno de ellos con gran cuidado y aplicaba aceite a los mecanismos, para que no se oxidaran en la bolsa. William miró el rollo abierto de tela y se estremeció al ver las cosas que contenía. Su tortura sólo había sido el principio.

Ted se aclaró la garganta, limpió la sangre de encima de la mesa y, levantando la mano aplastada de William, la puso sobre un trapo a un lado. Con cuidado, el hombre colocó una hoja de pergamino de piel de cuero de becerro al alcance de William. De su bolsa de material sacó un tintero y una pluma, mojó la punta en él y se dio cuenta de que la mano derecha de William temblaba demasiado y podía emborronar la tinta.

William leyó las acusaciones de alta traición con una sensación nauseabunda. Su hijo John se enteraría. Su esposa debería vivir el resto de su vida a la sombra de una confesión tan vergonzosa. Era mucho pedir confiar su honor en Derry Brewer, pero lo hizo, y firmó el documento.

—¡Te dije que lo haría! —dijo James, con aire de triunfo—. Has dicho que un duque resistiría un día o dos, ¡incluso más!

Ted ponía cara de disgusto, pero le entregó una moneda de plata a su joven compañero.

—Había apostado por ti, viejo amigo —le dijo a William, negando con la cabeza.

—Quitadme estas cuerdas —respondió William.

Ted se rió entre dientes.

—Calma, milord. Una vez tuvimos a un prisionero que lanzó su propia confesión al mismo fuego que le teníamos preparado. ¡Tuvimos que volver a empezar desde el principio! No, amigo. Os esperaréis mientras James se la lleva a los hombres que la pidieron. Después de eso me dejaré de ocupar de vos.

Fingiendo seguir un ceremonial, le entregó el pergamino firmado a James, que lo enrolló y lo colocó en un tubo, y luego ató los cabos con una cinta negra.

—¡Y ahora no te demores, chico! —le gritó Ted cuando ya había salido—. Todavía es de día y estoy seco... ¡y hoy pagas tú!

Forzado a adoptar un ritmo más lento, Derry se quedó de nuevo impresionado ante las dimensiones inmensas del palacio de Westminster. Los guardias que lo custodiaban de vuelta al interior estaban decididos a hacerle cruzar el edificio rápidamente, pero se trataba de una ruta diferente de la que había seguido antes. Derry cruzó por salas y cámaras de techos abovedados como catedrales. Para cuando pasaron por la sala en la que se reunían los lores, se sentía profundamente abatido. No había conseguido encontrar a Suffolk en el tiempo que se había propuesto. Lo único que sabía era lo que había visto en el rostro furioso de Tresham y no estaba seguro, no podía estarlo. Un ejército entero podía registrar el enorme palacio sin encontrar nunca ni un solo hombre.

Más allá de su pequeño grupo de guardias, Derry vio otro grupo de gente que se movía agitada. Lo habían llevado al otro lado del palacio y, a medida que se acercaba, vio para su sorpresa que la puerta del río estaba abierta, con una esplendorosa franja de luz del sol que brillaba como si fuera la puerta del cielo. Derry tropezó por el suelo desigual, con la atención fijada en las dos figuras que entraban en palacio. Uno de los guardias que lo escoltaban juró mientras lo empujaban hacia delante, y luego un murmullo de asombro se apoderó de todos.

Dejaron a Derry detrás de un grupo que miraba hacia la puerta exterior. Todos los hombres estaban agachados sobre una rodilla o haciendo una reverencia mientras el rey y la reina de Inglaterra hacían su entrada. Derry sonrió y buscó con la mirada a Tresham y al cardenal Beaufort entre los presentes. Su mirada se detuvo de golpe al identificar a lord York a un lado. No le sorprendía descubrir que el duque todavía no se había marchado a Irlanda, pero eso confirmó alguna de sus sospechas sobre el complot contra William Pole.

El rey Enrique tenía un aspecto flaco y desmejorado. Derry lo vio quitarse una manta gruesa y dársela a un sirviente, lo que reveló la sencillez con que iba vestido,

sin ningún adorno. La reina parecía sujetarlo del brazo para ayudarlo, y el corazón de Derry se puso inmediatamente a su lado, bendiciéndola por haber llevado a su marido. Su mente volvió a acelerarse, sopesando las posibilidades.

Derry se volvió hacia el guardia que lo custodiaba, que trataba de inclinarse en presencia del rey sin dejar de sujetar al acusado que acababa de capturar.

—En el ajedrez no hay cardenales, pero el rey se come al alfil, si me queréis entender. Dicho esto, estoy en misión real, de modo que sacadme la mano de encima.

El guardia retrocedió, inquieto por la presencia del rey, y deseando simplemente pasar desapercibido entre tantos hombres poderosos. Derry hizo crujir el cuello y enderezó la espalda, siendo el único que no la tenía inclinada. Otros hombres empezaban a levantarse, Tresham y el cardenal Beaufort entre ellos.

—Alteza Real, es un gran honor veros tan recuperado —dijo Tresham.

Enrique parpadeó en su dirección y Derry estaba seguro de haber visto a Margarita agarrarlo con más fuerza.

—¿Dónde está William de la Pole, lord Suffolk? —preguntó Enrique con claridad.

Derry tuvo ganas de besarlo mientras una ola de emoción recorría el grupo. Algunos de ellos se quedaron claramente atónitos, pero las expresiones de Beaufort, York y Tresham le revelaron a Derry lo único que necesitaba saber.

—¡Alteza! —lo llamó Derry.

Docenas de hombres se volvieron a ver quién hablaba y Derry aprovechó la oportunidad para abrirse paso entre la gente. Sus guardias se quedaron boquiabiertos detrás de él, furiosos porque había atraído tanta atención hacia ellos.

—¡Alteza, lord Suffolk ha sido acusado de traición contra la Corona! —explicó Derry.

Tresham masculaba instrucciones a otro hombre y Derry prosiguió rápidamente antes de que el presidente de la Cámara pudiera retomar la iniciativa. Mentalmente, tenía claro cómo debía proceder, si era capaz de encontrar las palabras.

—Lord Suffolk se ha entregado a vuestra misericordia, Alteza. Se somete a la voluntad del rey, en ésta y en todas las demás cosas.

Derry no vio más que una expresión vacía en el rostro de Enrique, y tuvo la impresión terrible de que no había oído nada. Miró a Margarita con desesperación, implorándole su ayuda en silencio mientras seguía hablando.

—Si convocarais a sus pares, Alteza, podríais decidir vos mismo su suerte.

El cardenal Beaufort decidió entonces intervenir, alzando la voz.

—Lord Suffolk será juzgado, Alteza. Es un asunto de los tribunales del Parlamento.

Mientras hablaba, Derry advirtió a un joven mugriento que se abría paso entre la muchedumbre desde atrás. Llevaba un tubo atado con cinta negra y le susurró algo a Tresham antes de hacer una reverencia y volver a retirarse. Tresham lanzó una mirada triunfante hacia Derry y levantó lo que le acababan de entregar.

—Lord Suffolk ha confesado, Alteza. Tiene que...

—¡Se ha librado a vuestra misericordia! ¡Se somete a la voluntad real! —dijo Derry con una voz firme y clara que atronó sobre los presentes.

Las frases que había pronunciado eran tan antiguas como el edificio que los acogía, una llamada al propio rey para que decidiera la suerte de uno de sus nobles. Derry estaba desesperado, pero no podía dejar que Tresham y Beaufort hicieran valer su autoridad. El rey estaba a su favor. Y la reina también lo estaba, como advirtió cuando Margarita se decidió a hablar.

Margarita temblaba por el esfuerzo de aguantarse las lágrimas. Jamás había pasado tanto temor en su vida, frente aquella reunión de hombres poderosos. Había visto cómo la luz se apagaba en los ojos de su esposo. El trayecto por el río había dejado exhaustos el cuerpo y la mente aññados del soberano. Él se había esforzado, con sus flacos músculos de los brazos y la espalda contraídos al bajar de la barcaza y entrar en el palacio. Había llamado a William con los últimos susurros de voluntad, y ella lo sentía tambalearse a su lado mientras los hombres tomaban posiciones en el juego. Había escuchado atentamente las palabras de Derry, sabiendo que al menos él protegería a William.

Durante lo que le pareció una eternidad, Margarita esperó a que Enrique volviera a hablar. No dijo nada, se limitó a parpadear lentamente. Margarita tenía la garganta seca, el corazón le latía con fuerza, pero sentía la frialdad del cuerpo de su esposo a través de la tela y que estaba sola ante el peligro.

—Mi marido... —empezó. La voz le salió como una puerta que rechinaba e hizo una pausa para aclararse la garganta. En una ocasión u otra, la mitad de aquellos hombres habían tratado de manipular a su esposo. Rogó a Dios que la perdonara, pero ahora ella tenía que hacer lo mismo.

—Ahora el rey Enrique se retirará a sus aposentos —dijo con claridad—. Es su voluntad que William, lord Suffolk, sea llevado ante él. Lord Suffolk se ha sometido a la voluntad del rey. El rey será el único responsable de decidir su suerte.

Esperó, mientras todos los hombres la miraban atentos, sin saber cómo tomarse la declaración de la joven francesa. Nadie parecía capaz de responderle y se le acabó la paciencia.

—¡Mayordomo! Su Alteza Real se está recuperando de su enfermedad. Ayudadlo.

Los sirvientes del rey estaban más habituados a la autoridad de ella y se apresuraron a obedecer al instante, guiando a Enrique en dirección a las estancias personales del rey en palacio. El grupo de hombres se liberó de una gran tensión y Derry soltó la respiración que había contenido en un largo suspiro. Le hizo una mueca a Treshamm y el abogado de rostro equino lo fulminó con la mirada mientras Derry se alejaba tranquilamente tras la comitiva real. Nadie osó impedirle el paso. La presencia del rey había cambiado las cartas del juego y ellos todavía no lo habían



asumido.

**P**or una estrecha ventana, Derry miraba un claustro del palacio de Westminster. Fuera hacía frío, y al otro lado del cristal ya había oscurecido. Veía poco más que su abultado reflejo, una imagen de oro y sombra que le devolvía la mirada. Sorbió y se frotó la nariz, temiendo estar a punto de pillar un resfriado. Dando órdenes de parte del rey, le llevó dos días convocar a todos los nobles de cerca de Londres a los aposentos reales de Enrique.

Detrás de Derry, hasta la mayor de las salas privadas estaba desagradablemente cargada y recalentada. Gruesas velas blancas iluminaban las paredes del salón, lo que añadía una humareda aceitosa al aire viciado de calor y sudor. En total, veinticuatro hombres de alto rango habían acudido a dar fe del juicio del rey a uno de sus pares. Derry había dormido unas pocas horas mientras iban llegando, y el cuerpo le dolía por el cansancio. Hizo todo lo que pudo. Cuando vio finalmente la mano destrozada de William, juró no detenerse hasta que el corazón le dijera basta.

Lord York estaba presente, por supuesto, en medio de un grupo de seis nobles más conectados con la familia Neville. Richard, conde de Salisbury, estaba a la derecha de York, ataviado con un grueso tejido escocés que tal vez fuera apropiado para el norte, pero lo estaba haciendo sudar abundantemente en aquella sala tan atiborrada. Derry descubrió que podía vigilar al grupo a través del reflejo de la ventana y escrutó al hijo del hombre, Richard de Warwick. El joven conde pareció advertir su escrutinio y de pronto se volvió hacia él, lo señaló y le susurró algo a York. Derry no se inmutó, para no revelar que lo había estado observando. Aquellos seis hombres siguieron hablando entre ellos y Derry siguió observándolos. Juntos representaban una facción al menos tan poderosa como el propio rey. Tres de ellos se llamaban Richard, pensó, irónico: York, Salisbury y Warwick. Uno casado con una Neville, los otros, el hijo y el nieto del viejo Ralph Neville. Era un pequeño y poderoso triunvirato, aunque el clan Neville había casado a sus hijas e hijos con todos los descendientes del rey Eduardo III. Derry sonrió al pensar que York le había dado a su hijo pequeño el mismo nombre, con una asombrosa falta de imaginación.

En el bando contrario —y ya no tenía ninguna duda de ello—, Derry tenía a Somerset entre los aliados del rey, junto con los lores Scales, Grey, Oxford, Dudley y una docena más de hombres de poder e influencia. Todos los que pudieron ser convocados a tiempo estaban presentes en aquella velada, algunos de ellos todavía mostrando signos del viaje reciente y cansados de la cabalgata apresurada hasta Londres. Era algo más que el destino de un duque lo que los había llevado hasta allá. Los mismísimos poderes del rey habían sido puestos en duda y el país seguía en llamas más allá de las calles de la capital.

Derry se frotó los ojos, pensando en los informes que se le acumulaban encima de la mesa para leer. Recordó la promesa de Margaret de echar un vistazo a todos los documentos importantes y sonrió cansinamente. Para él eran demasiados..., pero

sabía cómo separar el grano de la paja.

Se volvió hacia la sala con ganas de que todo aquello acabara. La vida de su amigo estaba en juego, pero mientras aquellos altos nobles jugaban a la venganza y a impartir justicia, el país que gobernaban estaba sumiéndose en el caos. Derry se irritaba al pensar que había conocido a Jack Cade de su época en el ejército. Si pudiera volver atrás y clavarle un puñal entre las costillas, se habría tranquilizado considerablemente.

—Maldito Jack Cade —murmuró para sus adentros.

El hombre al que recordaba había sido un borracho quejica, un terror con el hacha en la mano y un abusón, aunque no tenía ningún rango especial. La tendencia de Cade a pelearse con sus sargentos lo había excluido de cualquier posibilidad de promoción y, por lo que Derry era capaz de recordar, el hombre había prestado sus servicios y se había marchado a casa con tan sólo un puñado de cicatrices en la espalda como condecoración. Costaba de creer que Cade hubiera reunido un ejército por sí solo y revolucionara los pueblecitos y aldeas de los alrededores de Londres, a medida que se iban envalentonando con sus victorias. Le habían cortado la cabeza al mismísimo sheriff del rey y Derry sabía que había que pararle los pies rápido y con contundencia. Resultaba casi un pecado tener al rey y a sus nobles distraídos en un momento así. Derry se prometió venganza contra todos los responsables, apaciguando así sus pensamientos acelerados. Cade, York, Beaufort, los Neville y el maldito Tresham. Les haría pagar a todos haber osado atacar al corderito.

Se hizo el silencio cuando William, lord Suffolk, fue escoltado dentro de la sala. Caminaba recto, aunque tenía las manos atadas tras la espalda. Derry lo había podido ver una sola vez en la Torre del Tesoro y todavía sentía rabia por las crueles injurias e indignidades que su amigo había sufrido. Suffolk era inocente en muchos aspectos; no merecía el odio que se dirigía contra él.

Derry era en buena parte responsable de lo sucedido, y la culpa era una carga pesada mientras veía a William soportando el escrutinio de los Neville. El antebrazo izquierdo de William parecía una pata de cerdo, gordo y rosado con tablillas en los dedos y todo envuelto en un vendaje. Derry sabía que habían tenido que cortar la manga de la chaqueta de William por la costura para poder ponérsela.

El canciller del rey, un hombre bajo de frente ancha aumentada por su calva incipiente, entró detrás del prisionero. El canciller miró a su alrededor y apretó los labios, satisfecho al ver cómo estaban distribuidos los nobles.

En el centro de la sala habían dejado un pequeño espacio para que William se colocara ante sus pares. Cuando ocupó su lugar, todos murmuraron, mirándolo fascinados y haciendo comentarios. Suffolk aguardó con dignidad a que entrara el rey, aunque su mirada se posó brevemente en Derry mientras cruzaba la sala. Alguna sirvienta anónima había cepillado el pelo de William. Aquel pequeño detalle cariñoso, por algún motivo, provocó en Derry un estremecimiento de dolor. En medio de enemigos y complots, una sirvienta anónima había caído en limpiar con un trapo la

ropa manchada del duque y en peinarlo un poco.

El rey fue anunciado sin fanfarria alguna, por encontrarse en sus estancias privadas. No hubo ni el sonido de una corneta. Derry vio a un sirviente que entraba como un ratoncito en una jaula de leones y que le susurraba algo al canciller del rey, para luego retirarse apresuradamente. El canciller se aclaró la garganta para anunciar la presencia real y Derry cerró los ojos brevemente, elevando una plegaria. Los últimos dos días había visto a menudo al rey Enrique y lo encontró igual de ausente que la mañana en que Derry corrió a encontrar a William. La sorpresa fue ver a Margarita reaccionar tan bien ante la presión. Por William, para salvarle, había dejado sus temores de lado, y había dado órdenes en nombre de su esposo, tal y como Derry le había instruido, confiando en él. En la misión del salvar el cuello a William, eran aliados hasta el final. Sólo lamentaba que Margarita no pudiera asistir a la convocatoria. Con los Neville y York presentes, tener a la reina guiando a su esposo habría sido una muestra de debilidad. No obstante, la alternativa era igual de mala, o peor. Derry se mordió el labio al imaginar la escena de Enrique dirigiéndose a ellos. Él mismo había corrido el riesgo de ser acusado de traición al decirle al rey que no podría hablar, al menos aquella noche. Enrique había asentido, por supuesto, sonriendo y con aire de no entender una palabra. No obstante, había habido momentos durante los días anteriores en los que la mirada del rey se había agudizado, como si cierta parte de su alma todavía se esforzara por elevarse por encima de los mares que lo mantenían empantanado. Cuando el rey hizo su entrada, Derry cruzó los dedos y se puso a sudar profusamente.

Habían colocado una butaca acolchada a pocos pasos a la derecha de William, lord Suffolk, de modo que Enrique tuviera toda la sala ante él y pudiera ver a todos los que habían atendido a su llamada real. Derry observó con el corazón en la boca cómo el rey se sentaba y luego levantaba la vista con una expresión amable e interesada. Los nobles dejaron de susurrar y la sala quedó en silencio hasta que el canciller del rey hizo sonar su voz:

—Su graciosa Majestad el rey Enrique, por linaje, título y gracia de Dios, rey de Inglaterra y Francia, rey de Irlanda, duque de Cornualles y duque de Lancaster.

Enrique asintió con gesto apacible y el hombre se hinchó como un pavo mientras desenrollaba un pergamino con gesto solemne y leía:

—Señores míos, os habéis reunido hoy aquí a petición del rey para escuchar los cargos de alta traición contra William de la Pole, duque de Suffolk.

Hizo una pausa y William se arrodilló sobre el suelo de piedra con dificultad, y agachó la cabeza. Derry vio a York hacer una sonrisita y habría dado un ojo de la cara para que le dejaran a solas con aquel hombre durante una hora.

El canciller leyó la lista de acusaciones. La mitad de ellas tenían relación con la tregua fallida y con la responsabilidad por la pérdida de los territorios ingleses en Francia. Derry había intentado que eliminaran algunas de las acusaciones más graves del registro, pero en esa área tenía poca influencia. El rollo había sido preparado por

Tresham y Beaufort, sin duda mientras York miraba por encima de sus hombros y ofrecía sus sugerencias. Era una lista incriminatoria, incluso antes de que el canciller recitara cargos de reuniones secretas con el rey y los nobles franceses con la intención de usurpar el trono inglés.

Sólo el lento rubor que iba invadiendo el rostro de William mientras permanecía de rodillas demostraba que escuchaba atentamente cada palabra. Derry apretó la mandíbula mientras el canciller leía las sumas de oro que se suponía que William se había llevado a cambio de su apoyo. Cualquiera que lo conociese bien se hubiera reído ante la idea de Suffolk aceptando cualquier tipo de soborno. La misma idea de que tales cantidades hubieran pasado a formar parte del trato resultaba absurda. Pero Derry miró a su alrededor y vio a hombres con expresión seria que movían la cabeza al oír cada artículo, cada calumnia vil.

—Hay que saber que el 20 de julio del año de nuestro Señor mil cuatrocientos cuarenta y siete, el acusado conspiró en la parroquia del Santo Sepulcro, en el condado de Farringdon, para facilitar una invasión francesa de estas costas, con el objetivo de usurpar el trono legítimo de Inglaterra. Tómese también nota...

No era un juicio; era el único rayo de luz en la oscuridad, en lo que concernía a Derry. Había dedicado horas a consultar con abogados del Parlamento y la Corona, pero el rey tenía derecho a dictar sentencia sobre un par si el noble se sometía a la misericordia del monarca. No obstante, la confesión de William se tendría en cuenta, aunque todos los presentes supieran cómo se había obtenido. Los cargos no podían ser retirados en su totalidad —ése había sido el trato pactado a altas horas—. Derry había tenido que aceptar hasta cierto punto la teoría de Tresham de que el país se levantaría si no presentaban a un chivo expiatorio por la pérdida de Francia.

El ejército chusquero de Cade estaba a punto de entrar en Londres, sin duda a la espera de oír la suerte de Suffolk con tanto interés como el resto del reino. Muchos de los reclutas de Cade habían conocido a William en Francia. A Derry le rechinaban los dientes al pensar que ninguno de ellos parecía culpar a York de la pérdida de Maine y Anjou, aunque en aquel momento había estado al mando. Ricardo de York se había apresurado a acusar a los seguidores del rey y, al hacerlo, se había ahorrado las críticas.

—Lord Suffolk ha aceptado la culpa de todas estas acusaciones —acabó el canciller, disfrutando claramente de su papel protagonista en la función de aquella noche. Levantó un rollo atado con una cinta negra con su otra mano. A Derry le sorprendió que el objeto no estuviera salpicado de sangre después de las heridas que había visto.

—¡Niego todos los cargos, toda traición! —gritó de pronto William.

El silencio era absoluto cuando todos los ojos se volvieron hacia el hombre arrodillado. A Derry se le secó la boca. Había preparado aquello con William, y la retractación de su confesión no estaba prevista.

—Vos, eh... ¿Vos denegáis las acusaciones? —preguntó el canciller con voz

incrédula.

Hasta de rodillas, hasta maniatado, al levantar la cabeza y replicar, William resultaba una figura imponente.

—Estas acusaciones son ridículas, y son el producto de mentes retorcidas. Las niego absolutamente; soy inocente de traición. Sin embargo, me veo arrastrado por los suelos por parte de canallas que actúan contra mi rey y contra mi patria.

Derry deseó gritarle a William que cerrara la boca antes de arruinarlos a todos, y se dio cuenta de que York sonreía ante aquel ataque, con los ojos brillantes.

—Milord Suffolk, ¿reclamáis ahora vuestro derecho a ser juzgado? —le preguntó el canciller.

Derry vio a York inclinarse con ansiedad. Tenía ganas de gritar, pero no tenía ni siquiera el derecho real de estar en aquella sala. No osó decir nada y se limitó a cerrar los ojos, esperando a que William respondiera.

William paseó la vista por todos los presentes, y luego agachó su enorme cabeza y suspiró:

—No. Me someto a la voluntad y al juicio del rey. Confío en la gracia de Dios y en el honor del rey Enrique.

El canciller se secó el sudor de la frente con un pañuelo verde.

—Muy bien, milord. Es entonces mi deber leer el juicio del rey.

Muchos de los presentes se volvieron entonces sorprendidos hacia Enrique, comprendiendo que no hablaría y que el veredicto había sido preparado de antemano. York frunció el ceño y Derry contuvo la respiración por si Enrique sentía la mirada escrutadora de todos los reunidos y decidía responder.

El rey observó a su alrededor, dibujando una pequeña sonrisa con la comisura de los labios. Totalmente perdido, inclinó la cabeza y el canciller interpretó su gesto como una indicación de que procediera, de modo que levantó el tercero de sus rollos y lo desenrolló con un gesto gracioso.

—Sed testigos del veredicto del rey sobre William de la Pole, duque de Suffolk, en el año del Señor mil cuatrocientos cincuenta. —Hizo una pausa para tomar aire y volver a secarse la frente—. Por los servicios prestados en el pasado, las ocho acusaciones principales quedan desestimadas por orden y a voluntad del rey.

Del grupo de nobles reunidos se levantó una oleada de protesta, encabezada por York y el cardenal Beaufort, que vociferaban respuestas furiosas. El canciller vaciló un poco, pero siguió leyendo por encima del ruido y con las manos visiblemente temblorosas.

—Los once cargos restantes, omisiones no criminales, se consideran demostrados, puesto que el prisionero ha confesado.

Otra ola de protesta, todavía más alta, sonó entre los presentes, y el canciller los miró impotente, incapaz de seguir. No tenía la autoridad de ordenar silencio y, aunque miró implorante hacia el rey, Enrique calló.

Al ver la situación de punto muerto, fue Somerset, el conde bajito y nervudo,

quien tomó la palabra, sacando pecho y levantando la cabeza con gesto agresivo.

—Señores, esto no es un juicio. ¡No estamos en una taberna! ¿Desean faltar al respeto al rey en sus propios aposentos? Guarden silencio.

Animados por el furioso murmullo de York, algunos de ellos siguieron gritando y discutiendo, aunque la mayoría aceptó la reprimenda y cerró la boca. El canciller lanzó una mirada agradecida hacia lord Somerset, mientras volvía a sacar el pañuelo y se secaba el brillo de la cara.

—La sentencia por estas omisiones es el exilio de estas costas durante un período de cinco años a contar a partir de hoy. Tenéis nuestra bendición por vuestra paciencia. Estos documentos están firmados y sellados en el año del Señor mil cuatrocientos cincuenta, Enrique Rex.

El tumulto se apagó a la velocidad de una vela soplada, quedando en nada cuando los nobles entendieron que habían estado escuchando las palabras y las órdenes del propio rey. En aquel momento de sorpresa, Derry se levantó y usó una pesada llave para abrir las esposas que sujetaban las muñecas de William. Su amigo pareció marearse de alivio. Se levantó lentamente, frotándose su mano hinchada y recordando a los que estaban más cerca que era un hombre de una fortaleza prodigiosa. El brazo con el que manejaba la espada estaba ileso y lo flexionó delante de él, sin poder evitar apretar el puño cuando miró a York, Tresham y Beaufort.

Derry alargó la mano para tomar a William del brazo. Sin advertencia previa, su amigo se volvió hacia el rey y tal tensión repentina se apoderó de la sala, que hasta York levantó la mirada. Por crímenes y acusaciones de este mismo nivel, en el pasado no hubo juicios, sino ejecuciones. Y sin embargo, el hombre que había confesado traición estaba ahora al alcance del rey. William no estaba armado, pero una vez más fueron conscientes de la fuerza de oso que aparentaba y de la fragilidad del rey. Antes de que nadie osara moverse, William dio un paso al frente, se arrodilló y agachó la cabeza hasta el pecho.

—Lamento haberos provocado dolor, Alteza. Si Dios lo quiere, regresaré para servirlos de nuevo.

Enrique frunció el ceño, con la mirada extraviada. Por un instante levantó la mano, pero luego la volvió a bajar. Todos los nobles se arrodillaron cuando Enrique se levantó de su butaca para marcharse, guiado por el canciller y por sus sirvientes personales. No había pronunciado ni una sola palabra.

William permaneció arrodillado hasta que la puerta se cerró detrás del rey. Cuando volvió a levantarse tenía los ojos llenos de lágrimas y aceptó la mano de Derry en el hombro para que lo guiara al exterior. Cuando se alejaban por los pasillos los adelantaron mensajeros que corrían a dar la noticia a todos aquellos que les habían pagado unas monedas por la información. El aspecto de William era el de alguien que hubieran apaleado, pálido y aturdido por la sentencia que acababa de escuchar.

—He dispuesto caballos que os aguardan para atravesar Londres hasta la costa,

William —le informó Derry, buscando la mirada de su amigo mientras caminaban—. Hay un buque mercante que os espera en Dover, el *Bernice*. Os llevará hasta Borgoña, donde el duque Philip se ha ofrecido a acogeros durante vuestro período de exilio. ¿Lo comprendéis, William? Disponéis de casa propia y podréis llevaros a Alice una vez que os hayáis instalado. Vuestro hijo podrá ir a veros y os escribiré cada mes para manteneros informado de todo lo que sucede aquí. Son sólo cinco años.

Derry estaba impresionado por la expresión desesperada de William al mirarlo. Parecía deshecho y la mano de Derry permanecía en su hombro dándole apoyo, aunque tenía cuidado de no tocar la mano y el antebrazo hinchados.

—Lo siento, William. Si el rey hubiera desestimado todos los cargos, se hubieran producido disturbios, ¿lo comprendéis? Es el mejor trato que os he podido conseguir. Tan sólo ayer colgaron a un viticultor por amenazar con la rebelión si os dejaban en libertad.

—Lo comprendo, Derry. Gracias por todo lo que habéis hecho. Tal vez debería haberme escapado cuando me lo dijisteis; pero no pensé que llegarían tan lejos.

Derry sintió el dolor de su amigo como el suyo propio.

—Les daré su merecido, William, lo juro. Dentro de cinco años volveréis a Inglaterra y los cazaremos como liebres, si no he acabado con ellos. Ya lo veréis.

Anduvieron juntos por el enorme espacio de Westminster Hall, ignorando las miradas de los comerciantes y de los miembros del Parlamento. La noticia corría rápidamente y algunos osaban silbar y abuchear al traidor condenado que andaba entre ellos. William levantaba la cabeza al oírlos y un ápice de rabia reemplazaba el aire mortecino de sus ojos.

—Como decís, Derry, son sólo cinco años —susurró, mientras enderezaba la espalda y miraba a su alrededor.

Salieron al exterior y se dirigieron hacia los dos hombres que los esperaban con las monturas. Derry tragó saliva nerviosamente cuando la muchedumbre empezó a acumularse, con una sensación creciente de violencia en el aire a cada momento que pasaba.

—Id con Dios, amigo —le dijo Derry con cariño.

Con su mano en ese estado, a William no le resultaba fácil montar solo, y Derry lo aupó a la silla y luego le alargó la espada con el cinturón y la funda. La visión de aquella larga cuchilla ayudó a atenuar a los más envalentonados de entre la muchedumbre, pero cada vez eran más los que empujaban silbando y abucheándolos. William los miró desde la altura de su caballo, con los labios apretados. Le hizo un gesto a Derry con la cabeza, luego chascó la lengua y clavó los talones, trotando tan cerca de un minero alborotador que lo mandó de un salto a los brazos de sus compañeros. Derry había pedido a dos de los hombres de lord Somerset que lo escoltaran, y ambos sacaron sus espadas y espolearon a sus caballos para marchar.

Derry esperó un momento para verlos partir, hasta que sintió la rabia de la gente



que se alejaba de ellos, en busca de otro objetivo. Con unos pocos pasos apresurados, desapareció de nuevo por el gran vestíbulo del palacio y la oscuridad que allí reinaba. Allí, en medio de las sombras, fuera de su vista, apoyó la cabeza en la escayola fría de la pared, con el único deseo de dormir.

\* \* \*

Aunque fuera estaba oscuro, el palacio de Westminster estaba bañado en una luz dorada, con todas sus ventanas brillando con la luz de cientos de velas. Los nobles que se habían reunido para escuchar el juicio del rey a William de la Pole no se apresuraron a marcharse. Sus sirvientes iban y venían, llevando mensajes entre ellos por los pasillos, y muchos pedían vino y se sentaban a comentar los acontecimientos de aquella velada. Al poco rato de retirarse el rey, se formaron dos facciones claramente diferenciadas. Alrededor de lord Somerset y lord Scales, una docena de barones y condes se reunieron a comentar la velada y a expresar su consternación por la suerte de Suffolk.

York se había dirigido con los Neville a una sala vacía no muy lejos de los aposentos del rey. Tresham y el cardenal Beaufort los acompañaban, enfrascados en la conversación. Los sirvientes se apresuraban a atender al grupo de ocho hombres, encendiendo velas y un fuego en la chimenea, mientras otros iban a buscar vino y comida. A medida que avanzaba la noche, una serie de nobles se fueron acercando a la puerta abierta y brindaron a la salud de York. No decían nada importante, pero le mostraban su apoyo.

Tresham había salido y vuelto un par de veces hasta que se instaló cerca del fuego, aceptó una taza de vino caliente y murmuró las gracias. Estaba helado de caminar por el exterior y temblaba mientras se relajaba y seguía el hilo de la conversación. El viejo Richard Neville estaba hablando.

Tresham no sabía mucho de él, aparte de que era conde de Salisbury. Salisbury tenía fincas y obligaciones que lo mantenían alejado, en la frontera con Escocia, y se lo veía poco en el Parlamento. Tresham sorbió su vino agradecido, percibiendo la cantidad de hombres que tenían conexiones con la familia Neville. Cuando York entró en el clan por vía matrimonial, había obtenido el apoyo de uno de los grupos más poderosos del país. Desde luego, contar con los Neville no le había hecho ningún daño.

—Sólo estoy diciendo que deberían tener un heredero —decía Salisbury—. Ya habéis visto a la reina, flaca como un palo. No digo que no vayan a tener hijos, sólo que si es estéril, con el tiempo eso sumirá al país otra vez en el caos. Con ese ejército de Cade amenazando incluso a Londres, no nos haría ningún mal proponer que se nombrara un heredero.

Tresham aguzó el oído y se inclinó hacia delante para acabarse su trago. Había visto a los amigos de York pasar de la alegría a la desesperación en las dos horas que los había acompañado. Habían encontrado a un chivo expiatorio para la derrota en Francia, aunque el rey y Derry Brewer habían salvado a Suffolk del hacha del

verdugo. En aquella sala, el nombre de Brewer era pronunciado con especial desagrado y rabia, aunque en realidad él sólo había parado en parte el golpe que York le había preparado. Suffolk había sido desterrado durante cinco años, apartado del lado del rey en el momento álgido de su poder. Se trataba de una victoria parcial, a pesar de la rapidez y de la astucia de Brewer. Sin embargo, el tema del heredero era nuevo y Tresham escuchaba atentamente mientras los nobles Neville asentían con sus copas en la mano. Ellos tenían claras sus lealtades, y si el mayor de los Richard Neville hablaba, sería en nombre de todos y de algo que ya tenían decidido.

—En eso podríamos consultar a Tresham, aquí presente —prosiguió Salisbury—. Él debe de conocer los documentos y las leyes que hay que proponer. ¿Qué opináis, sir William? ¿Podemos nombrar a otro heredero mientras no haya nacido todavía un hijo del rey y la reina? ¿Hay algún precedente?

Un sirviente le llenó la copa, dándole tiempo para beber un poco de vino y reflexionar.

—Haría falta aprobar una ley en el Parlamento, por supuesto. Una votación que podría ser... discutida, sospecho.

—¿Pero posible? —le ladró Salisbury.

Tresham inclinó la cabeza.

—Todo es posible, milord..., con los votos suficientes.

Su respuesta provocó unas risitas, mientras York permanecía en el centro, sonriendo para sus adentros. De convocarse aquella votación en la sede del Parlamento, no tenía duda de quién sería el heredero. Ricardo de York era descendiente de un hijo del rey Eduardo, como lo era el propio Enrique. El abuelo de Cecilia de York había sido Juan de Gante, otro de esos hijos.

Entre ellos dos, pues, los York tenían un derecho al trono tan válido como el del propio rey... y, además, tenían seis hijos. Tresham se corrigió mentalmente, recordando el reciente nacimiento de otro hijo. Siete hijos, todos ellos descendientes de hijos del rey guerrero.

—Tal propuesta sería una declaración de intenciones, señores —dijo Tresham, con voz grave y firme—. No habría manera de ocultar su objetivo, ni la identidad de sus seguidores. Lo comento para asegurarme de que entendéis las posibles consecuencias, en el caso de que esta votación no prosperara.

Para su sorpresa, York se rió amargamente mientras seguía mirando al fuego.

—Sir William, mi padre fue ejecutado por traición al padre de este rey. Fui criado como huérfano, dependiendo de la amabilidad del viejo Ralph Neville. Creo que sé algo de las consecuencias, y los riesgos, de la ambición. Aunque quizá no deberíamos temer hablar de traición, después de lo que hemos visto esta noche. Parece como si ya no fuera tan grave como en otros tiempos.

Sonrieron ante su tono irónico, observándolo y observándose entre ellos.

—¡Sin embargo, yo no hablo en voz baja, sir William! Esto no es ningún complot, ni ninguna cábala secreta, tan sólo una discusión. Mi sangre es buena, mi linaje es

bueno. El rey ya lleva años casado y todavía no ha sido capaz de engendrar un heredero. En estos tiempos de disturbios, creo que el país necesita saber que tiene a un linaje fuerte esperando, si su semilla es débil. Sí, eso creo, Tresham. Preparad vuestros documentos, vuestra ley, y yo permitiré que mi nombre sea propuesto como heredero al trono. Lo que he visto esta noche me ha convencido de que es lo que se debe hacer.

Tresham vio en la sonrisa satisfecha de Salisbury que no era la primera vez que habían comentado el asunto. Tenía la sensación de que todos los hombres presentes habían estado esperando su llegada sólo para sacar esa conversación y evaluar su reacción.

—Milord York, estoy de acuerdo. Por el bien del país, debe haber un heredero. Pero, por supuesto, tal acuerdo sería nulo si la reina concibiera.

—Por supuesto —respondió York mostrando los dientes—. No obstante, debemos estar preparados para todas las circunstancias, sir William. Como he descubierto esta noche, es bueno tener planes preparados, sin importar cómo se desarrollen los acontecimientos.

**W**illiam, lord Suffolk, estaba en los blancos acantilados sobre el puerto de Dover. Los hombres de Somerset lo esperaban respetuosamente un poco alejados, comprendiendo que tal vez un inglés precisaba un momento de reflexión silenciosa antes de abandonar su patria hacia un destierro de cinco años.

El aire era limpio comparado con la fetidez de Londres. Había un toque de calidez primaveral, incluso a aquella altitud. William estaba contento de haberse detenido allí. Podía distinguir el buque mercante que esperaba en el puerto, pero permaneció allí y miró a través del mar, y respiró. A su derecha se veía la enorme fortificación del castillo de Dover. Sabía que Guillermo el Conquistador la había quemado, y luego había pagado su reconstrucción, una combinación de terror y generosidad típica de aquel personaje. Los franceses habían incendiado la ciudad entera justo un siglo antes. Aquel tramo de costa estaba lleno de recuerdos. William sonrió al pensarlo, reconfortándose con aquella sensación. Las gentes del lugar habían reconstruido su ciudad después de desastres mucho peores que el que le había afectado a él. Se habían levantado de las cenizas y se habían puesto a construir nuevas casas a partir de cero. Tal vez él haría lo mismo.

Se sorprendió al ver que su humor mejoraba a medida que respiraba aquel aire tan agradable. Tantos años de responsabilidad no le habían pesado, pero perderla le hacía sentirse liberado por primera vez desde que era capaz de recordar. Ahora ya no podía cambiar nada. El rey Enrique tenía a otros hombres que lo apoyaban y lo guiaban. Mientras Derry Brewer estuviera vivo y conspirando seguiría habiendo esperanza.

William sabía que estaba poniendo al mal tiempo buena cara, una característica que compartía con las gentes flemáticas del pueblo de allí abajo. La vida no era un paseo por el jardín del edén pero, de haberlo sido, William sabía que era de los que miran a su alrededor y se construyen una maldita casa. Nunca había estado ocioso y la idea de ocupar su tiempo durante los años que pasaría en la Borgoña le resultaba preocupante. El duque Philip había sido muy amable con su oferta, y al menos no era amigo del rey francés. La ironía que había en la acusación de traición era que William tenía muchos más amigos en Francia que en Inglaterra, al menos en aquel momento. Viajando con papeles que le garantizaban la protección personal del duque Philip, atravesaría el corazón de Francia y se detendría un tiempo en París antes de llegar a su nuevo hogar.

William levantó un poco de césped con la punta de la bota para descubrir el yeso de debajo. Con todo, él tenía allí sus raíces, su alma estaba en aquel yeso. Se frotó ligeramente los ojos, esperando que los hombres no se hubieran dado cuenta de la emoción que lo embargaba.

William respiró profundamente, ventilando los pulmones.

—Vamos, muchachos —dijo, mientras se dirigía de nuevo hacia su caballo—. La marea no espera a nadie.

Había descubierto una manera de cabalgar sin que le doliera demasiado el brazo y consiguió subir sin ayuda a la silla, tomando las riendas con su mano buena. Bajaron por senderos y un camino más sólido hasta el puerto. William volvió a sentir miradas hostiles sobre él, gente que susurraba su nombre, aunque pensaba que se habría adelantado un día a la noticia. Mantuvo la cabeza bien erguida mientras era presentado al capitán del buque mercante y supervisaba la descarga de provisiones que Derry le había proporcionado. Era sólo lo suficiente para mantener a un hombre de su rango durante unas cuantas semanas, como máximo. William sabía que debería recurrir a su esposa para que le mandara fondos y ropa. La Borgoña se encontraba en el interior de Francia, un mundo totalmente distinto pero, al mismo tiempo, dolorosamente cerca de casa. Despidió a los hombres de Somerset, les entregó unas cuantas monedas de plata y les dio las gracias por su protección y cortesía. Al menos lo habían tratado con el respeto debido a un lord, un hecho que no se le había escapado al capitán del barco.

William estaba acostumbrado a las naves de la marina, y el aspecto de aquel buque mercante se le antojaba negligente. Los cabos no estaban bien enrollados y la cubierta pedía a gritos que la lustraran a fondo con piedra pómez. Suspiró para sus adentros mientras se apoyaba en la barandilla a mirar a la gente que se movía apresuradamente por los muelles. Derry había untado las manos necesarias para facilitarle el viaje y logró maravillas en muy poco tiempo. Aparte de su esposa y su hijo, William sabía que dejaba atrás a buenos amigos. Permaneció en cubierta mientras el buque zarpaba y el primero y el segundo oficial de a bordo gritaban de popa a proa sus indicaciones. La tripulación izó la vela mayor, aupándose rítmicamente a cada tirón. Levantó la vista mientras la vela se hinchaba y la nave adquiría velocidad.

William vio alejarse la tierra y se impregnó de las vistas, tratando de atrapar cada pequeño detalle y aunar fuerzas. Sabía que cuando volviera a ver aquellos acantilados tendría casi sesenta años. Su padre había muerto con sólo cuarenta y siete años, víctima del campo de batalla. Aquel pensamiento le resultaba inquietante y se preguntó si aquélla sería su última visión de la tierra que lo había visto nacer, mientras temblaba por el viento cada vez más fuerte a medida que dejaban atrás el puerto.

Una vez fuera del refugio de la costa, el mar abierto susurraba bajo la proa y hacía avanzar la nave. William recordó su travesía del Canal con Margarita, cuando la reina era todavía poco más que una niña. Su goce le había resultado contagioso, y el recuerdo le arrancó una sonrisa.

Perdido en el recuerdo de tiempos mejores, al principio no advirtió el frenesí de los marineros descalzos que corrían de un lado al otro de cubierta. El primer oficial rugía nuevas órdenes y el barco viró a un rumbo distinto, con los cabos y las velas cambiando a manos de aquellos expertos. Desconcertado, William miró primero a la tripulación, luego se volvió a ver hacia dónde miraban todos.

Ante la visión de otra nave que asomaba de otra bahía, más abajo en la costa, se sujetó fuerte a la barandilla. Era un buque de guerra, con la proa y la popa altas y un puente de cubierta más bajo para facilitar el abordaje —no era ningún buque mercante—. Lo invadió una sensación de náusea mientras sentía que todos sus planes, toda la paz que había conseguido reunir, se iban de pronto por la borda. Los barcos llenos de carga como el *Bernice* eran un premio muy deseado por los piratas. En el canal entre Francia e Inglaterra había mucha circulación en todas las épocas del año, y los piratas solían abordar barcos y pueblos costeros, asaltándolos desde Francia, o incluso desde Cornualles, para atacar a sus propios paisanos. Si los atrapaban, las penas eran brutales, y en los grandes puertos era raro ver jaulas vacías.

La sensación de desaliento de William no hizo más que intensificarse cuando el otro barco se acercó con la vela extendida. A pesar de sus poco manejables torres de proa y de popa, tenía menos manga que el *Bernice* y claramente corría más. Se aproximaba a ellos como un halcón lanzándose sobre su presa, intentando abordarlos.

Francia estaba lo bastante cerca como para intentar alcanzar la costa. William ya podía verla, aunque el viento seguía levantándose y el continente se veía borroso a lo lejos. De todos los que iban a bordo, William era el único que sabía que en Francia quedaban unos cuantos santuarios. Aferró por el brazo a un marinero que corría por cubierta y casi lo hizo tambalearse.

—Poned rumbo a Calais —le ordenó William—. Díselo al capitán. Es el único puerto con buques ingleses.

El hombre lo miró atónito y luego hizo un gesto a modo de saludo antes de alejarse para volver a sus quehaceres.

Empezaba a oscurecer y el tiempo empeoraba. A través de la niebla y la humedad, William divisaba todavía partes de Francia delante y de Inglaterra detrás, con los blancos acantilados de Dover que ahora se veían como una fina línea. El *Bernice* avanzaba bajo el peso de las velas y el viento, pero se dio cuenta de que eso no bastaría. Los mercantes se construían para transportar carga, eran grandes buques que constituían la sangre vital que alimentaba el comercio. En comparación, el barco que los perseguía era un auténtico galgo, cada vez más cerca a medida que las olas iban creciendo en altura y el mar salpicaba las cubiertas de las dos naves. William sentía la sal en sus labios a medida que el *Bernice* avanzaba y el capitán rugía órdenes de poner rumbo a Calais.

Una docena de miembros de la tripulación manipulaban los gruesos cabos para virar, mientras los otros hacían contrapeso para forzar la nave hacia el nuevo rumbo. La vela se soltó violentamente al aflojar los cabos y el barco que los seguía pareció acortar distancias. Si hubiesen podido seguir recto, habría sido una persecución mucho más larga, pero habría terminado con el *Bernice* enrocándose contra la costa francesa. Tenían que intentar entrar en Calais, aunque el giro les robó casi toda su velocidad.

William sintió el corazón acelerado mientras el *Bernice* perdió velocidad con un

crujido de las velas. Ahora ya podía ver todos los detalles del buque que los perseguía, surcando las olas a tan sólo media milla y acortando distancias. Se fijó mejor y leyó el nombre rotulado en enormes letras doradas. El *Tower* era un buque excepcionalmente preparado para estar pilotado por un pirata.

La vela se hinchó de nuevo y los marineros gritaron de alegría cuando acabaron de atar los cabos y pudieron descansar, entre jadeos. Los más veteranos debían de tener participaciones en el buque y su carga. Su medio de vida, y también sus vidas, dependían de que el *Bernice* lograra escapar. Las olas se encaramaban de nuevo bajo la proa mientras avanzaban, surcando aguas oscuras. Francia quedaba tan sólo a unas cuantas millas de distancia y William mantenía las esperanzas. La otra nave estaba todavía en popa y seguramente habría barcos ingleses más cerca de Francia, dispuestos a largarse cuando avistaban un mercante valioso que era perseguido.

Transcurrió una hora, y luego otra, y el viento era cada vez más intenso a la par que las nubes se hundían hacia el mar revuelto. Las olas se cubrieron de espuma blanca y la brisa estaba impregnada de salitre. William sabía que el Canal tendía a ser caprichoso, con borrascas que podían venir de cualquier parte. No obstante, el *Bernice* era un buque sólido y pensó que seguramente era capaz de mantener su vela mayor más tiempo que el *Tower*. Empezó a susurrar una plegaria, invocando una tormenta, mientras observaba al capitán plantado bajo el mástil principal, mirando hacia arriba, esperando el primer síntoma de daños en la mayor. El viento se convirtió en temporal y los nubarrones se hicieron más oscuros, del color de las naves que luchaban contra las olas. La luz del sol se fue apagando rápidamente y William sintió las primeras gotas de lluvia mientras las oía caer sobre la cubierta. Temblaba, viendo el barco que los acosaba surcando las aguas verdes y la espuma blanca.

Para entonces, sus acosadores estaban a menos de cien metros de su popa. William pudo ver a hombres en cota de malla y tabardos de pie en la cubierta. Eran quizá dos docenas, no más, aunque llevaban las suficientes espadas y hachas como para abordar y atacar el buque mercante. Tragó saliva al percibir que unos arqueros se encaramaban a la torre levantada bajo la proa. Con los dos buques hundiéndose y levantándose y el viento racheado, les deseó suerte antes de ver, consternado, como tres arcos largos se doblaban y disparaban flechas hacia la cubierta del *Bernice*, que golpearon como martillos.

William se aferró a la barandilla con la mano buena, frunciendo el ceño con fuerza. Los piratas solían encontrar a sus tripulaciones en las poblaciones costeras, pero no había visto nunca a un arquero francés capaz de tanta precisión. Sabía que se encontraba frente a arqueros ingleses, traidores y canallas que preferían robar y matar que dedicar su vida a trabajos más honestos. El capitán pasó corriendo por su lado cuando se dirigía a la proa para ver lo que sucedía. William intentó acompañarlo, pero al tener sólo una mano útil, resbaló y estuvo a punto de caerse nada más soltarse de la barandilla. Instintivamente, el capitán se agarró a él antes de que cayera al mar. Por desgracia, lo aferró por la mano herida, lo que le hizo soltar un alarido de dolor.

El capitán le estaba gritando una disculpa cuando una flecha lo atravesó por la espalda, de modo que William pudo ver el punzón sobresaliendo claramente con astillas de costilla rodeando el hierro afilado. Los dos hombres se miraron boquiabiertos y el capitán intentó hablar antes de que sus ojos se apagarán para siempre. William intentó sujetarlo, pero el peso era excesivo y el cuerpo del capitán se deslizó por la barandilla mar adentro, hundiéndose al instante.

Otras flechas siguieron cayendo a su alrededor y William oyó a un marinero gritar de dolor y sorpresa al ser víctima de una de ellas. La vela mayor había empezado a aletear. Vio a los hombres al mando del timón que abandonaban su tarea bajo el fuego de flechas. El *Bernice* avanzaba torpemente sin manos que lo guiaran, con el rumbo totalmente extraviado. William se mantenía todo lo agachado que podía y les bramaba que volvieran a tomar el control, pero el mal ya estaba hecho. El barco que los perseguía se estrelló de pronto por babor, lanzando un áspero rugido de madera astillada mientras la lluvia caía como martillazos.

William perdió el equilibrio y trataba de levantarse cuando el barco fue asaltado por hombres armados, gritando horrorizados mientras cruzaban el puente en medio de enormes olas plomizas. William vio a uno de ellos resbalar y ser tragado por el temporal, pero inmediatamente apareció otro que se plantó ante de él con la espada en alto y amenazante.

—¡Paz! —gritó William, jadeando mientras intentaba levantarse—. ¡Soy lord Suffolk! Podéis pedir una recompensa por mí.

El hombre que lo amenazaba le pisó con fuerza la mano herida y a William le pareció perder el sentido durante unos segundos. Gruñó y renunció a cualquier posibilidad de levantarse, empapado y congelado en cubierta mientras la lluvia repiqueteaba sobre la madera a su alrededor.

Los asaltantes usaron el efecto sorpresa y la violencia para hacerse con el *Bernice*. Su desprevenida tripulación fue o lanzada por la borda o destripada a espada al primer choque, puesto que la mayoría iban desarmados. William miró a su captor, medio sorprendido de que todavía no lo hubieran matado. Sabía que vaciarían la mercancía y probablemente hundirían la nave con todos los testigos a bordo. Había visto las olas arrastrando cadáveres hasta la costa tantas veces que había llegado a comprender cómo funcionaban, e incluso la perspectiva de una recompensa podía que no les compensara el riesgo añadido. Esperó el golpe de gracia, mareado por las olas de dolor agónico de su mano aplastada.

El viento seguía ululando alrededor de los cabos y la extraña bestia que constituían los dos buques que se revolcaban juntos en medio de un mar enfurecido.

Jack Cade fulminó con la mirada a los hombres que osaban discutirle los planes. No ayudaba que fueran aquellos a los que había entrenado para mandar a otros. Eran los mismos que había reclutado en su reunión de la taberna, donde los había organizado



en grupos de doce para que se formaran. Bajo su mando, habían luchado y vencido al sheriff de Kent. La cabeza atónita de aquel hombre colgaba todavía de una estaca junto a la hoguera de Jack, con el escudo del caballo blanco descansando a sus pies. El sheriff había sido un hombre bajito pero, como indicó Paddy, al final parecía más alto que todos ellos.

Aunque Jack no sabía decir exactamente por qué, lo que más le molestaba era que fuera a Ecclestone a quien le hubieran pedido que afeitara al león en su tienda, o como fuera la frase que utilizaron. Su amigo encabezó un pequeño grupo de hombres y habló lenta y calmadamente, como si hablara con un loco.

—Nadie dice que tengan miedo, Jack. No es eso. Es sólo que Londres... Bueno, es muy grande, Jack. Dios sabe cuánta gente hay, todos embutidos entre el río y las antiguas murallas. Ni el rey debe de saberlo, seguramente, pero son muchísimos..., muchos más de los que tenemos nosotros.

—De modo que crees que ya hemos terminado —dijo Jack, cabizbajo y con un brillo peligroso en los ojos entrecerrados. Esperaba y contemplaba la hoguera que habían encendido, sintiendo un agradable calor por fuera y por dentro, con una botella de licor blanco que le habían regalado aquella mañana en la mano—. ¿Es eso, Rob Ecclestone? Me sorprende oírlo de ti. ¿Crees que hablas por los hombres?

—No hablo por ninguno de ellos, Jack. Ahora estoy hablando por mí. Pero, ya me entiendes, tienen cientos de soldados y cien veces más hombres vigilando la ciudad. La mitad de ellos son duros, Jack. Tendremos a carniceros y barberos frente a nosotros, hombres que conocen perfectamente cómo usar un cuchillo, sólo digo esto. Puede que sea ir un poco lejos ir a buscar al mismísimo rey. Puede que sea el tipo de gesto que nos mande a todos directos a las horcas de Tyburn. He oído que tienen tres, con capacidad para ocho hombres cada una. Pueden colgarnos a dos docenas cada vez, Jack, es lo único que digo. Es una ciudad dura.

Jack gruñó molesto e inclinó la cabeza para acabarse el último trago del ardiente licor. Se quedó mirándolo fijamente un rato más y luego se levantó con torpeza, por encima de Ecclestone y los demás.

—Aunque nos detengamos ahora —dijo a media voz—, igualmente nos vendrán a buscar. ¿Creíais que os podíais limitar a marcharos a casa? Chicos, hemos robado y hemos matado. Hemos asesinado a hombres del rey. No nos dejarán escapar, ahora ya no, no desde que empezamos. O echamos los dados por Londres, o... —Encogió sus grandes hombros—. Bueno, supongo que podríamos tratar de recular hacia Francia, aunque no creo que allí seamos muy bienvenidos.

—Te colgarían en Maine, Jack Cade. Conocen a un sinvergüenza de Kent nada más verlo.

La voz procedía del fondo del grupo. Jack se puso tenso, cegado por la luz del fuego mientras trataba de ver a través de la oscuridad.

—¿Quién ha sido? Si me hablas da la cara.

Apretó los ojos hacia las llamas amarillas y azules. Los hombres se volvían

nerviosos entre las sombras para tratar de identificar al autor de aquellas palabras. Jack reconoció la silueta de su amigo irlandés, que empujaba a otros dos hombres hacia él.

—Ha dicho que te conoce, Jack —dijo Paddy jadeando—. Dijo que tú recordarías a un arquero. No creía que estuviera tan loco como para hablarte así.

—Ha oído cosas peores de mí en el pasado, irlandés de los cojones —respondió Thomas Woodchurch tratando de liberarse de las manazas de hierro—. Dios mío, ¿qué os dan de comer?

Paddy, con las dos manos ocupadas aferrando a los dos hombres, sólo podía sacudirlos con exasperación, y lo hizo hasta que las cabezas les colgaban del mareo.

—¿Habéis tenido bastante? —dijo.

—¿Woodchurch? —dijo Jack, lleno de asombro, avanzando a paso decidido desde la luz de la hoguera—. ¿Tom?

—Soy yo. Y ahora, ¿puedes decirle a este perro que me suelte antes de que le patee los cojones hasta que los escupa por la boca?

Con un gruñido, Paddy soltó a Rowan y levantó un puño para dejarlo de rodillas, pero Rowan se anticipó y lo agarró con fuerza, lo que los hizo caer a los tres en una maraña de golpes y patadas.

Jack Cade se agachó y apartó al joven, que seguía agitando los puños, de un tirón.

—¿Y ése quién es? —preguntó Jack.

Rowan lo miraba con furia, sujetado por el cuello con tanta fuerza que empezaba a asfixiarse y ponerse colorado.

—Mi hijo —dijo Thomas, mientras se incorporaba y se protegía de las patadas de Paddy.

Thomas se levantó primero y tendió la mano para ayudar al irlandés. Paddy seguía dispuesto a pelear, pero se apartó jurando entre dientes mientras Jack levantaba las manos y ayudaba a Rowan con una sonrisita en los labios.

—Lo recuerdo, Tom, de cuando era un chiquillo tan rojo de cara como ahora. ¿Qué fue de aquella muchacha de los bajos fondos? Siempre me pareció una chica lista.

Jack sintió que el humor de Paddy estaba a punto de llegar a un punto crítico y le puso una mano en el hombro.

—Está bien, Paddy. Tom y yo nos conocemos desde hace muchísimo tiempo. Escucharé lo que tenga que decirme y, si no me gusta, tal vez puedas tentarle a probar unos puñetazos, para alegrar a los chicos.

—Eso me encantaría —masculló Paddy, mirándolo todavía con mala cara.

Thomas apretó los ojos hacia él y evaluó el tamaño y el peso del irlandés antes de soltar una risita.

—Si estuviera en forma lo retaría, pero me hirieron viniendo de Francia. Para mí y para el muchacho ha sido un año muy duro, y luego me enteré de que Jack Cade tenía su propio ejército y pensé que me acercaría para ver si era el mismo hombre que

recordaba.

—¿Habéis venido a uniros a los Hombres Libres de Kent? Un arquero siempre nos puede ir bien, si conservas el mismo brazo de siempre.

—Estaba pensando en ello, Jack, pero tus hombres me han dicho que tienes el ojo puesto en Londres y en el propio rey. ¿Cuántos hombres tienes?, ¿tres mil?

—Cinco mil —dijo Jack al instante—. Casi seis mil.

—Si lo saben con la antelación suficiente, ellos pueden colocar al doble en los caminos, Jack. Es una vieja ciudad muy cruel, lo sé muy bien.

Los ojos de Cade brillaban con furia mientras escrutaba al hombre que tenía delante.

—¿Y cómo lo harías, pues, Tom? Recuerdo que antaño tenías las ideas muy claras.

Thomas suspiró, sintiendo el peso de la edad y de su cuerpo debilitado.

Él y Rowan se habían comido parte de la carne del caballo robado y disfrutaron de unos cuantos días de rica carne para poder seguir andando el último tramo del viaje. Aun así, sabía que tardaría todavía un poco antes de poder vaciar una bolsa de flechas a una velocidad aceptable. Se demoró un poco en responder, con la mirada velada mientras recordaba la granja que había visto incendiar y los cadáveres de familias enteras que habían dejado atrás en el camino. Toda su vida había sido un hombre irascible, pero eso no era lo mismo. Esta rabia se había ido acumulando lentamente, a lo largo de meses de pérdidas y de sufrir persecuciones. Culpaba al rey Enrique y a sus nobles de todo lo que había visto, eso era cierto. Culpaba a los franceses, aunque los había hecho pagar por cada palmo de su tierra. Y también culpaba a Derry Brewer, y sabía que lo encontraría en Londres.

—Yo atacaría al corazón, Jack. El rey estará en la torre o en el palacio de Westminster. Mandaría a unos cuantos hombres que conozcan la ciudad, el tiempo suficiente para saber dónde encontrarle. Yo apostaría por la torre, por la Casa de la Moneda y por todo el oro que contiene. Luego haría la incursión de noche, me llenaría los bolsillos y le cortaría su negro corazón. Ya no quiero saber nada de reyes y barones, Jack. Me han robado demasiado. Ya es hora de que les robe yo a ellos, por los servicios prestados.

Jack Cade se rió y le dio una palmada en la espalda.

—Es un placer verte, Tom. Y también escucharte. Siéntate conmigo y cuéntame qué ruta tomarías. Estos nenazas debiluchos me dicen que no se puede hacer.

—Oh, claro que se puede, Jack. No sé si podemos someter a Londres, pero les podemos enseñar a esos nobles cuál es el precio de lo que nos robaron. Quizá, de paso, nos podemos hacer ricos. Hay ideas peores, y yo las conozco casi todas.

El estómago de William empezaba a rebelarse y el ácido le quemaba el esófago hasta la boca, mientras permanecía arrodillado con las manos atadas a la espalda. Su vieja

herida en la pierna le tiraba toda la musculatura, pero cada vez que trataba de moverse uno de los piratas le daba una patada, o le sacudía la cabeza hasta que escupía sangre. Se sentía furioso e indefenso, incapaz de hacer nada excepto contemplar cómo mataban hasta el último integrante de la tripulación sin más ceremonial y los iban echando por la borda hasta que desaparecían en el mar.

Oía a sus captores hurgando por las bodegas, pillando y gritando de alegría ante todo lo que encontraban. Su propio equipaje ya había sido abierto, y los hombres se abalanzaron sobre la bolsa de monedas que Derry le había dado. William no dijo ni una palabra mientras lo insultaban y se burlaban de él, esperando a que el que mandaba se dejara ver.

Supo que estaba a punto de aparecer cuando la alegría salvaje de la banda de piratas se apagó de golpe. Se quedaron mirando todos al suelo o a sus pies, como perros en presencia del jefe de la jauría. William levantó el cuello para ver quién era y luego soltó un grito de sorpresa y dolor cuando, de pronto, lo arrastraron a la parte delantera de la cubierta, con las piernas colgando detrás de él. Dos piratas lo sujetaban por las axilas y se quejaban de su peso cada vez que se les escapaba o se tropezaban. Supuso que lo llevarían a su barco como una oveja atada y sólo esperaba que no lo dejaran caer a medio camino, con el oleaje que echaba espuma al aire y constituyendo cada paso un reto para mantenerse de pie.

No comprendía por qué lo llevaban hasta el extremo de la proa del *Bernice*, y William contempló el movimiento del agua más abajo. El hombre al que todos obedecían se colocó delante de él y William levantó la vista, confuso.

El capitán de los piratas, de tez cetrina y lleno de cicatrices, era del estilo de los hombres a los que William había visto matando cerdos en los mataderos de Londres. El rostro del hombre estaba picado de viruela, y cuando sonreía mostraba unos dientes marrones y con manchas negras, como si máscara carbón. El capitán miró al prisionero con ojos llenos de satisfacción.

—¿William de la Pole? ¿Lord Suffolk? —dijo, encantado.

William se hundió y la cabeza se le despejó de golpe, al tiempo que las náuseas se convertían en una molestia distante. No se había presentado y aquéllos no eran el tipo de hombres que pudieran haberlo identificado, a menos que hubieran estado buscando su barco desde el principio.

—Sabéis mi nombre, pues —dijo—. ¿Quién os lo ha dicho?

El capitán sonrió y chasqueó la lengua en señal de reprobación.

—Hombres que esperaban justicia de un rey débil, lord Suffolk. Hombres que la exigían, y a los que se la negaron.

William observó con angustia fascinada cómo el hombre desenfundaba una lama con aspecto oxidado y la acariciaba con el dedo.

—¡Me he rendido para ser intercambiado por un rescate! —dijo William, desesperado, con la voz entrecortada por el miedo. A pesar de su mano rota, se esforzaba por quitarse las cuerdas, pero los marineros sabían cómo hacer un buen

nudo y no tenía ninguna posibilidad. El capitán volvió a sonreír.

—Y yo no he aceptado vuestra rendición. Sois un traidor convicto, William de la Pole. Hay quien dice que no se os debería permitir andar libre, no con la traición pendiendo de vuestro cuello.

William sentía que se estaba poniendo pálido a medida que la sangre se le retiraba del rostro. El corazón le latía con fuerza al comprender. Cerró los ojos un momento, esforzándose por encontrar la dignidad mientras la cubierta subía y bajaba bajo sus pies. Abrió los ojos al sentir una mano tosca en el pelo, sujetándolo y obligándolo a mantener la cabeza erguida.

—¡No! —gritó—. ¡Estoy en libertad condicional!

El capitán ignoró su protesta, tomó un buen puñado de su pelo gris y lo levantó para revelar el cuello arrugado debajo, más pálido que el resto. Con seria determinación, el hombre empezó a cortar musculatura. El grito encolerizado de William se convirtió en un gruñido de agonía mientras la sangre salpicaba y ensuciaba la cubierta en todas direcciones. William se sacudía y temblaba, pero lo sujetaron con firmeza hasta que se derrumbó hacia delante, cayendo con fuerza sobre los tablones de madera.

El capitán destrozó del todo la cuchilla cortando el denso músculo y el hueso. Tiró el arma a un lado con dejadez y luego se agachó a recoger la cabeza cortada. La tripulación aclamó su gesto mientras la cabeza era colocada en un saco de tela y el cuerpo de William era abandonado sobre el puente.

El *Bernice* fue liberado de los cabos que lo ataban y abandonado a la deriva, mientras el barco pirata ponía rumbo de regreso a las costas de Inglaterra.

## TERCERA PARTE



En Inglaterra se conseguirán siete panes de medio penique por un penique; la jarra de tres medidas tendrá diez; y se considerará felonía beber poca cerveza. Todo en el reino será común, y mi palafrenero irá a pastar a Cheapside.

Jack Cade de Shakespeare: *Enrique VI*,  
Segunda parte, acto 4, escena 2

Lo primero que tenemos que hacer es matar a todos los abogados.

*Enrique VI*, Segunda parte, acto 4, escena 2

— Las puertas de Londres están cerradas por la noche, Jack —dijo Thomas señalando al suelo.

Los dos hombres estaban solos en el piso superior de un mesón de la ciudad de Southwark, al otro lado del río. Con una alfombra apartada a un lado que dejaba ver un viejo suelo de madera, Thomas había arañado un rugoso mapa, marcando el Támesis y la línea de la muralla romana que encerraba el corazón de la ciudad antigua.

—¿Qué? ¿Todas? —respondió Jack.

Nunca había estado en la capital y todavía estaba convencido de que Woodchurch sin duda exageraba. Hablar de sesenta u ochenta mil personas parecía imposible y, ahora, ¿se suponía que debía creer que había enormes puertas a su alrededor?

—Ésa es la función de las puertas de las ciudades, Jack, sí. De cualquier modo, si intentamos alcanzar la torre, está dentro de la muralla. Cripplegate y Moorgate están fuera. Deberíamos caminar alrededor de la ciudad y los habitantes deberían salir a toda prisa para alcanzar a los soldados del rey mientras lo hiciéramos. Aldgate está hacia el este, ¿la ves, allí? Ésa tiene su propia guarnición. Yo acostumbraba a pasear por aquellas calles cuando cortejaba a Joan. Quizá podríamos cruzar el río Fleet hacia el oeste y entrar por la catedral pero, entremos por donde entremos, tenemos que cruzar el Támesis, y solamente hay un puente.

Jack miró con el ceño fruncido los garabatos que había en el suelo, intentando encontrarles un sentido.

—No me gusta demasiado la idea de acabar muerto en una calle por la que ellos saben que debemos pasar, Tom. Antes has hablado de transbordadores. ¿Qué tal si usamos uno, quizá a un lugar más lejano, donde todo esté más tranquilo?

—Para una docena de hombres serviría. Pero ¿a cuántos tienes que cruzar desde Blackheath?

Cade se encogió de hombros.

—¡Continúan uniéndose a nosotros, Tom! Hombres de Essex, sin embargo. Incluso algunos de Londres. Ochocientos o novecientos, quizá. Nadie los cuenta.

—Demasiados para los transbordadores, de todos modos. No hay suficientes barcos y necesitaríamos demasiado tiempo. Tenemos que entrar y salir otra vez, antes del alba. Eso, si quieres llegar a viejo. Naturalmente, todavía existe la posibilidad de que el rey y sus nobles den respuesta a nuestra petición, ¿no crees?

Los dos hombres se miraron el uno al otro y se echaron a reír cínicamente, chocando las copas que sostenían, en un brindis silencioso por sus enemigos. A instancias de Thomas, Jack había autorizado una lista de demandas al Ayuntamiento de Londres en nombre del «Capitán de la Gran Asamblea de Kent». Algunos de los hombres habían sugerido muchachas vírgenes y coronas para su uso personal, naturalmente, pero la discusión se había centrado finalmente en auténticas quejas.

Todos estaban hastiados de los altos impuestos y las crueles leyes que regían solamente para aquellos que no podían ganarse la vida. La petición que habían transmitido al alcalde de Londres y a sus concejales cambiaría el país si el rey accedía a ella. Ni Jack ni Thomas esperaban que llegara al rey Enrique.

—No nos contestarán —dijo Thomas—. No perjudicarán los intereses de todos los que cobran sobornos y mantienen a las familias bajo sus botas. No tienen ningún interés en tratarnos con equidad; por tanto, sólo tenemos que hacerles entrar en razón. Mira allí, la torre está al lado del Puente de Londres, a media milla como máximo. Si tomamos cualquier otro camino tendremos que movernos en un laberinto de calles que ni los locales conocen bien. Me has pedido consejo y aquí lo tienes. Venimos de Southwark y cruzamos el puente al anochecer, cortamos al este por la torre antes de que los hombres del rey se den cuenta de que estamos entre ellos. Tendremos que golpear unas cuantas cabezas a lo largo del camino pero, si nos movemos, no hay suficientes soldados en Londres para detenernos. Siempre y cuando no nos hacinemos en un pequeño espacio, Jack.

—Hay más gente de la que nunca había visto, sin embargo —murmuró Jack, incómodo. Todavía no podía imaginar aquella gran cantidad de hombres, mujeres y niños apiñados en las asquerosas callejuelas—. Parece como si pudieran detenernos solamente con tomarse de las manos y permaneciendo de pie.

Thomas Woodchurch rió al imaginar la escena.

—Quizá podrían, pero no lo harán. Ya oíste al hombre que enviaste a explorar. Si la mitad de lo que dijo es verdad, los londinenses están tan hartos del rey y de sus nobles como nosotros. Apenas pueden moverse ni cagar sin que un gordo loco les ponga una multa que irá a parar a sus bolsillos o a los del noble que lo emplea. Si puedes evitar el pillaje de tus hombres, Jack, nos *darán la bienvenida* y nos aclamarán todo el camino.

Vio al gran hombre de Kent mirar furioso el mapa con ojos enrojecidos. Cade estaba bebiendo mucho por las noches y Thomas sospechaba que habría estado en Blackheath o en el límite de Kent hasta el Día del Juicio. Cade era bastante bueno en la lucha contra alguaciles u hombres del sheriff, pero se había perdido al hacerse cargo de Londres. Estaba en las manos de Woodchurch como un ahogado, preparado para escuchar. Después de la mala suerte que Thomas había tenido, sentía que en esta ocasión estaba sucediendo algo distinto. Por una vez, sentía que estaba en el lugar correcto y en el momento adecuado.

—¿Crees que podemos lograrlo? —murmuró Jack, arrastrando las palabras—. Hay muchos hombres que esperan de mí que les mantenga con vida, Tom. No quiero verlos hundidos. No estoy en esto para fracasar.

—No lo haremos —respondió Woodchurch suavemente—. El país se ha levantado en armas por una razón. Este rey nuestro es un loco y un cobarde. He perdido mucho por su culpa y tú también, así que llevemos a todos los hombres con nosotros. Ellos estarán allí cuando se les necesite, ya lo has visto. Estarán allí y



caminarán directos hacia la Torre de Londres.

Jack movió la cabeza.

—Es una *fortaleza*, Tom —dijo sin levantar la vista—. No podemos estar fuera de ella cuando los soldados del rey nos alcancen.

—Allí hay puertas y tenemos hombres con hachas y martillos. No digo que vaya a ser fácil, pero tú tienes a ocho o nueve mil ingleses y, con esa multitud, no hay mucho que nos pueda ir en contra durante demasiado tiempo.

—La mayoría son de Kent, Tom Woodchurch —dijo Jack, con ojos brillantes.

—Mejor todavía, Jack. Mejor todavía —rió entre dientes, mientras Cade le palmoteaba la espalda haciendo que se tambaleara.

Estaba amaneciendo cuando los dos hombres salieron abruptamente de la posada y permanecieron en la puerta, parpadeando ante la luz. La banda de los Hombres Libres había asaltado cada granja y pueblo a lo largo de cinco millas y muchos de ellos yacían en estado de shock sobre el suelo, inconscientes sobre barriles de licor o vino robados. Jack empujó a un hombre con el pie y lo vio desplomarse gruñendo sin despertarse. El hombre sostenía una gran pata de cerdo, sus brazos la rodeaban como si fuera un enamorado. Habían caminado mucho durante los días anteriores y Jack no les envidiaba la posibilidad de descansar.

—De acuerdo, Tom —dijo—. Los hombres pueden recobrar la sobriedad hoy. Yo podré dormir un poco. Entraremos esta noche a través del puente.

Thomas Woodchurch miró al norte, imaginando el encendido de los fuegos matinales de Londres, que creaban aquella niebla grasienta, y los olores que recordaba vívidamente desde su juventud. Su mujer había regresado a la casa familiar con sus hijas y se preguntaba si sabían siquiera que él y Rowan estaban vivos. El recuerdo de sus mujeres le hizo fruncir el ceño, pensativo.

—Tendrás que decir a los hombres que nada de violaciones ni pillajes, Jack. Tampoco nada de beber hasta que hayamos terminado y estemos de nuevo aquí, a salvo. Si el pueblo se vuelve contra nosotros, nunca saldremos vivos de la ciudad.

—Se lo diré —dijo Jack agriamente, escrutándolo.

Thomas se dio cuenta de que casi había dado una orden al hombretón e intentó suavizar el momento de tensión.

—Te escucharán, Jack. Eres quien los trajo aquí, del primero al último. Te seguirán.

—Duerme un poco, Woodchurch —replicó Jack—. Será una larga noche para los dos.

Derry Brewer estaba de mal humor. Repiqueteando con las botas sobre el suelo de madera, paseaba por la habitación situada sobre la puerta de agua de la torre, mirando sobre las tejas el tumultuoso Támesis. Margarita lo miraba sentada en un banco, con las manos juntas sobre el regazo.

—No estoy diciendo que puedan acercarse más de lo que ya están, milady, pero hay un ejército en el límite de Londres y la ciudad entera, o está aterrorizada o dispuesta a unirse a ellos. Tengo a lord Scales y a lord Grey todos los días conmigo enviando a soldados reales para dispersar a los hombres de Cade, como si fueran todos campesinos que correrán en cuanto vean unos pocos caballos.

—¿No son campesinos, Derihew? —preguntó ella con torpeza, usando su nombre de pila. Desde que se habían aliado, le había pedido a Derry que la llamase Margarita, pero él todavía se resistía. Levantó la mirada cuando él se detuvo y se dio la vuelta, preguntándose dónde veía él fortaleza y debilidad.

—Milady, tengo hombres dirigiéndose directamente hacia su campo. Ese loco de Cade no sabe nada de contraseñas o guardias. En esa multitud borracha, todos pueden ir y venir como les plazca y, sí, la mayoría de ellos son trabajadores, aprendices, hombres duros. Sin embargo, también hay caballeros con amigos en Londres. Tienen gente que los apoya en todas partes y me huelo que hay dinero de York tras ellos.

Respiró profundamente y se rozó la nariz.

—Conocí a Jack Cade cuando sólo era un gran... humm... demonio, en formación contra los franceses. He oído que incluso llegó a luchar con ellos, cuando pagaban mejor que nosotros. Tiene tanto odio en su interior que es capaz de dejar Londres hecha cenizas, si tiene la ocasión, milady.

Calló, mientras se preguntaba si podría pedir a uno de sus espías que clavara una daga en un ojo de Cade. Eso significaría la muerte del hombre, naturalmente, pero Derry disponía del dinero del rey. Podía pagar una fortuna a una viuda con hijos, suficiente para tentarla, por lo menos.

—No importa quiénes son ni por qué se han unido, son una auténtica multitud, señora, gritando y haciendo proclamas y trabajando para una gran agitación. Con una chispa se podría saquear Londres. Yo sería más feliz si no tuviera que velar por la seguridad del rey, además de todo el resto. Si se marchase de la ciudad, tendría las manos libres para actuar.

Margarita bajó la mirada, antes de ser sorprendida mirando al cabecilla de los espías de su marido. No se fiaba del todo de Derry Brewer o no lo comprendía. Sabía que había estado de su parte en lo referente al destino de William de la Pole, pero ya hacía semanas desde que el mar había transportado su cadáver decapitado hasta Dover, junto con otros doce. Sintió una punzada de dolor en su corazón al pensar en su amigo y cerró los ojos brevemente, apretando con fuerza una mano sobre la otra.

Con independencia de su confianza en Derry Brewer, sabía que tenía pocos aliados en la corte. Parecía que los disturbios se extendían y que los nobles que apoyaban al duque de York no hacían lo suficiente para atajarlos. A su facción de nobles le convenía tener al país levantado en armas, dando rienda suelta a su descontento. Había aprendido a odiar a Ricardo de York, pero su odio no lo habría disuadido de su intento. Ante todo, había que poner a salvo Londres y a su esposo.

Mientras Derry se volvía de nuevo hacia la ventana, Margarita se acarició

suavemente el vientre, rezando por la vida que llevaba dentro. Enrique no parecía recordar su primera intimidad robada, de lo enfermo y drogado que había estado entonces. Ella había sido lo suficientemente audaz como para estar con él media docena de veces hasta que se cercioró de que sus flujos llegaban con retraso, aquel mes. Intentó no esperar con demasiada ansia.

—Señora, ¿no os sentís bien?

Margarita volvió a abrir los ojos y enrojeció, sin darse cuenta de que esto la hacía más atractiva. Desvió la mirada de Derry, que la miraba ansioso.

—Estoy un poco cansada, Derry, eso es todo. Sé que mi esposo no quiere abandonar Londres. Dice que debe quedarse para hacer que se avergüencen de su traición.

—Quiera lo que quiera, Señora, no lo ayudará el hecho de que miles de hombres sitien Londres. No puedo afirmar con rotundidad que esté seguro aquí, ¿me entendéis? York tiene quien susurra por él a tantos oídos como tengo yo, además de una bolsa repleta para corromper a los débiles. Si el ejército de Cade entra, será muy fácil organizar un ataque contra el rey y demasiado difícil protegerlo con la ciudad sitiada.

Se le acercó y levantó la mano por un momento, como si fuera a tomar las de ella, pero se lo repensó y la dejó caer.

—Os lo ruego, Alteza. Pedí veros por esta razón. El rey Enrique tiene un castillo en Kenilworth, a menos de ochenta millas de Londres, por buenos caminos. Si se encuentra lo bastante bien para viajar, podría estar allí en pocos días. Yo sabría que mi rey está a salvo y para mí sería más fácil aplastar a aquella chusma de Cade —vaciló y continuó hablando en voz baja—. Margarita, deberíais ir con él. Tenemos soldados leales pero con Cade tan cerca, la misma gente de la ciudad se abandona al pillaje y a los saqueos. Bloquean las calles y hay grupos de facinerosos por todo Londres. La llegada de Cade será la gota que colme el vaso, la chispa. Podría acabar mal para nosotros y no tengo duda de que los seguidores de York os tienen ya en el punto de mira. Después de todo, vuestros buenos y leales miembros del Parlamento han declarado a York heredero del trono *en el caso de una desgracia* —Derry pareció escupir aquellas palabras—. Sería una locura allanarles el camino. Quedarse aquí sería ponerlos un cuchillo en el cuello.

Margarita le miró a los ojos con firmeza, preguntándose una vez más hasta qué punto confiaba en aquel hombre. ¿Qué ventaja obtenía con el rey y la reina lejos de Londres? A aquellas alturas, ella ya sabía que Derry Brewer no era un hombre simple. Raramente existía una única razón para que hiciera algo. Además, había visto su dolor y su rabia cuando tuvo noticia del asesinato de William. Había desaparecido en Londres durante dos días, emborrachándose hasta la inconsciencia, taberna tras taberna. En aquello había sido sincero, ciertamente. Margarita se decidió.

—Muy bien, Derry. Le pediré a mi esposo que vaya a Kenilworth. Yo permaneceré en Londres.

—Estaríais más segura fuera —respondió él inmediatamente.

Margarita no vaciló.

—No hay lugar seguro para mí, Derry, tal y como están las cosas. Ya no soy una niña para que me escondan la realidad. No estaré segura mientras haya quien codicie el trono del rey. ¡No estaré segura mientras mi útero esté vacío! ¡Al diablo con todo! Permaneceré aquí y observaré cómo los nobles y soldados de mi marido defienden la capital. Quién sabe, puede que me necesitéis antes de que todo acabe.

Cade se enderezó, contemplando la horda de hombres que se extendía mucho más allá de la luz chisporroteante de las antorchas. Se sentía fuerte, a pesar de tener la garganta seca y de que le hubiera gustado otra bebida para calentarse el estómago. El crepúsculo veraniego se había desvanecido lentamente y ahora la oscuridad caía sobre ellos, y un ejército esperaba una palabra suya. ¡Dios santo, se había batido con muchos menos hombres contra los franceses! Miró a su alrededor asombrado, consciente del extraordinario número de hombres que había reunido. Sabía que al menos la mitad de ellos se había unido a él tras alguna injusticia. Había escuchado más de un centenar de historias terroríficas. Hombres que lo habían perdido todo en Francia o habían visto sus vidas y familias rotas por la sentencia de un tribunal. A aquella gente se le había arrebatado todo y por eso se había unido a Jack Cade.

El escaso centenar de hombres de Kent iniciales había sido engullido por la masa de recién llegados de Essex y del mismo Londres. Sacudió la cabeza, preguntándose sobre ello. Los había que vivían en el interior de las murallas de Londres y estaban dispuestos a marchar armados con podadoras y espadas contra su propia ciudad. No los entendía, pero no eran de Kent, así que no le preocupó.

Sus lugartenientes habían estado ocupados todo el día, tomando nombres y preparando al ejército para la marcha. En las semanas anteriores, los recién llegados habían alcanzado tal número que lo único que había podido hacer era asignarlos a sus oficiales y dejar que ellos mismos les encontraran armas. A Paddy parecía gustarle aquel trabajo y Jack pensó que hubiera sido un buen sargento en un auténtico ejército. Había intentado, con Ecclestone y Woodchurch, poner orden en la masa humana, especialmente en aquellos que no tenían ningún adiestramiento. La gran mayoría tenía algún tipo de hierro en la mano y solamente había un modo de utilizarlo. Jack no tenía ni idea de cómo se habían enfrentado a las tropas reales, en cota de malla y forja, pero al menos las estrechas callejuelas de Londres alejaban el peligro de caballeros a la carga. Sus hombres *marchaban*, todos ellos eran soldados a pie, pero entendía que no podía ser de otro modo y no sufría demasiado por la falta de cabalgaduras.

A su izquierda veía al pequeño escocés, Tanter, sobre el enorme caballo de tiro que le habían proporcionado. Jack pensó que el hombre parecía una mosca sentada en un buey, con las piernas dobladas bajo sí mismo. Tanter estaba observando un par de

tordos que volaban alto en el cielo vacío del atardecer. El aire era ya denso y al oeste se estaba formando un banco de nubes oscuras. Cade se acordó repentinamente de que su madre le decía que los tordos eran los últimos pájaros que volaban antes de una gran tormenta. Cuando la gente del campo los veía volar solos sabía que se acercaba una tormenta. Jack sonrió al recordarlo. Él *estaba llevando* la tormenta a la ciudad, aquella noche, caminando junto a ella, en los rostros y en el metal frío de aquellos hombres enfurecidos.

Una docena de los más grandes gigantes de Kent rodeaba a Cade, sonriendo ferozmente a la luz de las antorchas que sostenían en alto formando un círculo de luz en torno a él, de manera que todos pudieran ver a su líder y la bandera de Kent a la que seguían. Jack bajó la mirada hacia el muchacho que llevaba el palo, uno de los centenares de chicos que habían recogido a lo largo del camino. Algunos eran hijos de aquellos hombres, otros, simplemente, chicos de la calle sin familia que los habían seguido hasta allí, peleándose por los restos de comida y contemplando con los ojos abiertos a unos hombres que parecían muy feroces, armados con espadas y otras armas.

Jack vio que el muchacho lo miraba y le guiñó un ojo.

—¿Cómo te llamas, chico?

—Jonas, capitán —replicó éste, intimidado porque Cade le había hablado.

—Bien, mantenla en alto, Jonas —dijo Cade—. Con ambas manos firmes, chico. Es una bonita enseña de Kent... una advertencia.

Jonas se enderezó y mantuvo el palo a modo de bandera pero no tenía fuerza suficiente para mantenerla en alto a la luz dorada y se balanceó bajo el peso del escudo con el caballo blanco y la cabeza del sheriff.

—Mantenla derecha mientras caminamos. Los hombres tienen que verla para saber dónde estoy yo, ¿de acuerdo?

—Sí, capitán —respondió Jonas, orgulloso y concentrado, fijando el extremo del palo por encima de su cabeza.

—¡Preparados, capitán! —rugió Paddy a su derecha.

—¡Preparados, Jack! —gritó Woodchurch desde atrás.

Cade sonrió mientras aquel grito resonaba en torno a él, hasta que fueron centenares, y después miles, los que lo repitieron como un rugido. Estaban listos.

Jack cogió aire para dar la orden de marchar pero vio a alguien abriéndose camino para llegar hasta él y esperó, intentando averiguar de quién se trataba. Las cabezas se volvieron para seguir a aquel individuo que llegó jadeando junto a Jack. Era un hombre pequeño, de aspecto enfermizo, pálido, de brazos escuálidos y mejillas hundidas en la miseria que sólo podía ser producto de décadas de pobreza. Jack le hizo señas para que se acercara.

—¿Qué sucede? ¿Tienes miedo? —le preguntó, intentando que su voz sonara amable al darse cuenta de la angustia y el miedo que el hombre llevaba escritos en el rostro.

—Yo..., lo siento, Jack —dijo el hombre, casi tartamudeando. Miró a su alrededor, vio a aquellos hombres de aspecto feroz, armados con hachas, y echó una ojeada a la bandera de Kent. Para sorpresa de Jack, se santiguó como si hubiera visto una reliquia sagrada.

—¿Te conozco, hijo? —preguntó Jack, confundido—. ¿Qué te trae a mí?

Cade se agachó hacia él para escuchar la respuesta cuando el hombre se abalanzó sobre su cuello con un puñal en la mano. Maldiciéndolo, lo apartó con facilidad levantando el brazo, y lanzó un gemido de dolor cuando la hoja le hizo un corte en el dorso de la mano. El cuchillo se escurrió de la mano del hombre y voló lejos. Jack apretó la mandíbula y con las dos manos cogió la cabeza del hombre, la retorció hasta que se escuchó un ruido seco y dejó caer el cuerpo abatido.

—Jódete, chico, seas quien seas... —dijo al cadáver. Se dio cuenta de que jadeaba cuando alzó la mirada hacia los rostros sorprendidos de los hombres que estaban a su alrededor.

—¿Y bien? ¿Creíais que no teníamos enemigos? En Londres hay mala gente, no lo olvidéis. Sea lo que sea que le prometieran, yo estoy todavía en pie y él está acabado.

Tras un repentino movimiento de la muchedumbre, Cade se volvió de golpe, convencido de que iba a ser atacado de nuevo. Vio a Ecclestone abrirse paso entre el gentío manteniendo alto el machete, preparado para matar. Jack se le encaró, alzando los hombros, lleno de rabia.

—¿Tú también? —rugió, dispuesto a combatir.

Ecclestone lo miró de abajo arriba hasta fijar la mirada en los ojos de Jack.

—¿Qué? Por Dios, no, Jack. Lo estaba siguiendo. Me pareció nervioso y he visto que intentaba acercarse a ti.

Jack observó como su amigo guardaba el estrecho cuchillo y lo hacía desaparecer.

—Un poco tarde, ¿no? —preguntó.

Ecclestone, incómodo, hizo un gesto señalando la sangre que brotaba de las manos de Jack.

—¿Te ha herido? —inquirió.

—No es nada.

—Me quedaré cerca, Jack, si no te importa. No conoces a la mitad de los hombres, ahora. Puede haber otros.

Jack desechó la idea, ya de buen humor.

—Han disparado sus flechas, pero quédate si eso te hace feliz. ¿Estáis listos, muchachos?

Los hombres que había a su alrededor estaban todavía pálidos e impresionados por lo que acababan de presenciar pero murmuraron una afirmación.

—Vigila mi espalda mientras cabalgamos, si te parece —dijo Jack—. ¡A Londres! Saben que vamos hacia allí y están asustados. Y hacen bien en estarlo. ¡Mantén alto el palo, Jonas! ¡Ya te lo dije! Dejemos que nos vean llegar.

Entre aclamaciones, Jack se movió y con él miles de hombres caminaron a oscuras hacia la capital. Empezaron a caer grandes gotas de agua tibia de tormenta veraniega, haciendo temblar la llama de las antorchas. Los hombres hablaban y reían mientras marchaban, como si se dirigieran al mercado o a una feria.

Cripplegate permanecía abierta, iluminada por las luces de braseros en palos de hierro. En el carruaje real, cerrado debido al frío, Enrique estaba bien abrigado. Alrededor del rey, sesenta caballeros formaban su escolta hacia el norte, alejándolo de la capital. Enrique miró hacia la puerta iluminada, intentando darse la vuelta para ver cómo se cerraba tras él. La antigua muralla romana corría en dos direcciones, dejando en su interior la ciudad y a su esposa. Las manos le temblaban y, confuso, movió la cabeza buscando la portezuela e intentando abrirla. El movimiento llamó inmediatamente la atención de lord Grey, que retrocedió sobre su caballo hacia el carruaje real.

Enrique, pensativo, sentía que debía desentrañar un cúmulo de amenazas. Recordaba haber hablado con Margarita y haberle pedido que fuera con él a Kenilworth, donde estaría a salvo. Sin embargo, ella no estaba allí. Había dicho que maese Brewer le había pedido que se quedase.

—¿Dónde está mi esposa, lord Grey? —preguntó—. ¿Vendrá pronto?

Para sorpresa de Enrique, el hombre no respondió. Lord Grey, sonrojado, desmontó y se acercó al carruaje. Enrique parpadeó, confundido.

—Lord Grey, ¿me habéis oído? ¿Dónde está mi esposa Margarita...?

Se interrumpió al darse cuenta de que era una pregunta que ya había formulado muchas veces. Sabía que había estado soñando durante un rato. Los brebajes de los doctores hacían parecer reales las cosas falsas y los sueños tan vívidos como la realidad. Enrique advirtió una suave presión sobre la portezuela mientras lord Grey volvía a cerrarla, al tiempo que miraba hacia otra parte para eludir los ojos abiertos como platos del rey y su expresión angustiada.

La portezuela se cerró con un suave golpe, dejando a Enrique mirando a través del pequeño recuadro de cristal. Cuando su aliento lo nubló intentó limpiarlo, a tiempo de ver a Grey bajar la cabeza y dirigirse a uno de sus caballeros:

—Lo siento, sir Rolfe, el rey no está bien, no está en su sano juicio.

El caballero pareció incómodo cuando lanzó una mirada hacia atrás, al pálido rostro que lo contemplaba. Bajó la cabeza.

—Entiendo, señor.

—Eso espero. Creer que he cerrado la puerta en la cara a mi soberano no sería adecuado por vuestra parte, sir Rolfe. No sé si nos entendemos...

—Naturalmente, lord Grey. No he visto nada digno de ser reseñado.

—Muy bien. ¡Cochoero! ¡Adelante!

Se escuchó un largo chasquido en el aire y el carruaje empezó a desplazarse,

oscilando y temblando entre los baches del camino. Mientras avanzaba, las ráfagas de viento aumentaron de intensidad y las gotas comenzaron a golpear el techo del vehículo y a caer sobre el suelo polvoriento.



**D**erry se controló con un gran esfuerzo. La medianoche estaba cercana y se sentía agotado y harto.

—Milord Warwick, si retiráis a vuestros hombres del norte de la ciudad, no tendremos a nadie para controlar a los amotinados.

Richard Neville era alto y delgado y demasiado joven todavía para dejarse crecer la barba. Sin embargo, era conde e hijo y nieto de hombres poderosos. Miraba hacia atrás con la clase de arrogancia que necesitaba generaciones para ser perfeccionada.

—¿Quién sois vos para decirme dónde disponer a mis hombres, maese Brewer? Veo que tenéis a los soldados de lord Somerset corriendo de acá para allá a una palabra vuestra pero ¿me querriais lejos del ejército que se acerca a Londres? ¿Habéis perdido el juicio? Dejadme ser claro. Vos no dais órdenes aquí, Brewer. No lo olvidéis.

Derry se enervó, pero provocar una confrontación con Neville mientras Londres estaba en auténtico peligro no serviría a nadie.

—Señor, coincido con vos en que la gentuza de Cade es la peor amenaza con que se enfrenta la ciudad, pero para cuando él llegue, nosotros ya estaremos allí para mantener el orden en las calles. La presencia de un ejército en las puertas de la ciudad ha puesto nerviosos a todos los agitadores de Londres. Esta noche hay motines en Saint Paul que claman la detención del rey para que sea procesado. En Smithfield, cerca de la torre, se han reunido cientos de hombres alrededor de un maldito originario de Sussex que encrespaba los ánimos. Esos lugares requieren presencia armada, señor. Necesitamos que se vean soldados en *cada* calle, desde Shambles hasta los mercados, desde Aldgate a Cripplegate. Sólo os pido...

—Creo que ya os he respondido, Brewer —respondió fríamente Richard Neville, sin esperar a que terminase—. Mis hombres y yo defenderemos el Puente de Londres y la torre. Ése es el puesto en el que he elegido estar. ¿O me diréis que el rey tiene otras órdenes? ¿Órdenes *escritas*, que yo pueda leer? ¿No? ¡Debo creer que no, ya que su Majestad ha abandonado la ciudad! Os excedéis, Brewer. Estoy seguro de que preferiríais que un Neville vigilase las esquinas mientras la verdadera batalla tiene lugar sin mí. ¡Pero aquí no tenéis ninguna autoridad! Os sugiero que os marchéis o, por lo menos, que permanezcáis en silencio mientras alguien más importante que vos piensa en planes para hacer frente a lo peor.

Algo en la peligrosa inmovilidad de Derry Brewer hizo que Warwick callase. Había cinco hombres en la sala, en el recientemente construido ayuntamiento, la sede de la autoridad municipal en Londres. Lord Somerset había seguido de cerca la discusión, formándose su propia opinión. Cuando observó que Derry estaba a punto de intervenir enfurecido, se aclaró la garganta.

—Señores, no es hora de discusiones —dijo secamente—. ¿Lord Scales? ¿Ha hablado de vigilar otras puertas?

Scales, que había cumplido ya los cincuenta, era un veterano de la guerra en Francia que había permanecido en Londres tras el proceso de lord Suffolk. Aceptó la oportunidad que le brindaba Somerset y habló con la suavidad de un barítono para relajar la tensión del ambiente.

—Sabemos que ese Cade tiene un gran número de seguidores. El simple sentido común sugiere reforzar las puertas de Londres.

—¡Siete puertas, lord Scales! —puntualizó Derry, frustrado hasta el punto de mostrar su irritación—. Aunque pongamos solamente cuarenta hombres en cada una, perderemos a un número vital que puede poner orden en las calles. Señor, tengo hombres en pueblos cercanos a la ciudad que nos informarán de un ataque. Cade no se ha movido todavía de Southwark. Si viene, lo hará como un toro lanzándose contra una sola puerta. Si sólo se tratase de eso, estaría de acuerdo con el joven conde en que deberíamos concentrarnos todos en el Puente de Londres, pero en la ciudad hay decenas de miles de hombres que se aprovecharían de la situación para incendiar, matar, violar y ajustar viejas cuentas. Estamos demasiado dispersados, pero Cade es solamente uno de los problemas. El ataque de Cade no será más que la señal de cuerno que destruirá la ciudad.

Derry se detuvo, mirando a su alrededor a los hombres que debían defender Londres cuando Cade se acercase, asumiendo que lo hiciese. Por lo menos, Derry podía contar con Somerset, aunque el hombre era tan quisquilloso como Richard Neville cuando se le denegaba el honor de una posición preeminente. Scales se había sumergido ya en un silencio ofendido por la misma razón. Casi no conocía al barón Rivers excepto por el hecho de que había llevado a doscientos hombres tras una orden de Derry a instancias del rey. En comparación, el joven conde de Warwick, el rostro que el clan Neville había elegido para representar su poder, era tan hostil como un amotinado. Derry lo miró con amargura sabiendo que, aunque no se le viera, York estaba detrás de él. La facción de Neville sólo podía salir ganando si se producía un ataque a Londres, y Derry se desesperaba ante la idea de que aquellos hombres aprovecharan el caos que seguiría para conseguir sus objetivos. ¡Necesitaba más soldados!

Margarita estaba bastante segura en la torre, pensó Derry. Hubiera preferido no tener que dejar a cuatrocientos hombres protegiéndola, pero cuando ella se negó a trasladarse, no tuvo demasiadas opciones. Derry conocía los pecados de los hombres como el que más. Si Londres se salvaba pero Margarita se perdía, sabía que la causa de York saldría inmensamente reforzada. El duque de York se convertiría en rey en menos de un año, de eso estaba seguro. Por una vez le hubiera gustado tener un solo enemigo ante él, como en los viejos tiempos. En cambio, se sentía como si caminase por una habitación llena de serpientes, sin saber nunca cuál de ellas lo atacaría.

Uno de los consejeros del alcalde, vestido de seda y terciopelo, entró en la sala jadeando tras subir las escaleras. Tenía el rostro sonrojado y sudaba, a pesar de que los escalones eran pocos. Los cuatro nobles y Derry se volvieron hacia él con

expresiones sombrías, haciendo que se quedara inmóvil.

—Señores —dijo entrecortadamente—, los hombres de Cade están llegando. Ahora, señores. Esta noche.

Warwick habló tan suavemente que costaba oírle.

—Yo voy al puente. El resto, haced lo que creáis.

El consejero se hizo a un lado para dejarlo pasar, intentando inclinarse y respirar al mismo tiempo. Warwick desapareció escaleras abajo. Derry le siguió un instante con la mirada y se volvió rápidamente hacia lord Scales.

—Señor, hablo en nombre del rey. Por favor, dejad a una parte de vuestros hombres para defender la ciudad desde el interior.

Lord Scales miró hacia abajo, al hombrecillo, sopesando sus palabras.

—No, maese Brewer. Mi respuesta es no. Yo también defenderé el puente.

—¡Santo cielo, Scales! —dijo—. Estamos en el mismo lado. Enviaré sesenta hombres a las calles por vos, Derry. Los tendré aquí, en el ayuntamiento, para que los mandéis donde sean necesarios. ¿De acuerdo? Es todo lo que puedo hacer.

—No bastará. Si los hombres de Cade entran en la ciudad, necesitaremos centenares de soldados para contenerlos, lleguen por donde lleguen.

Tenía los puños cerrados y Somerset se encogió de hombros, contrariado.

—Entonces, rezad para que no entren en la ciudad —dijo. Señaló las escaleras. Fuera, pudieron oír el ruido creciente del temporal que se abatía sobre Londres.

—Parece que será una noche pasada por agua. ¿Vamos, señores?

En el Puente de Londres había antorchas, desde la entrada y en toda su longitud había pilares que sostenían cuencos llenos de aceite que quemaba. El puente brillaba con luz dorada en la oscuridad y podía ser visto desde lejos, al sur. Jack Cade, curvado bajo la lluvia, marchaba hacia ese punto resplandeciente con sus Hombres Libres sujetando con los dientes el vendaje que llevaba en la mano herida. Tras las nubes oscuras que se desplazaban rápidamente en el cielo, se podía ver una luna casi llena. Jack podía ver la masa plateada que constituían sus tropas avanzando hacia la ciudad.

El Támesis parecía una pista reluciente que se cruzaba en su camino, a medida que se aproximaba al puente. Jack oyó a Woodchurch gritar a los hombres para que formasen una columna. El puente era ancho, pero la mayor parte de su amplitud estaba ocupada por las casas a lo largo de cada orilla. La calzada central no admitía más de cuatro o seis hombres apostados y Jack podía ver que el puente no estaba vacío. El Puente de Londres estaba lleno de gente, animales y carros que, cada vez en mayor número, miraban fijamente a los hombres armados. Jack se sintió como un lobo que acecha a un rebaño de corderos y sonrió ante la idea, colocando el mango del hacha sobre el hombro, como si fuera un campesino cualquiera. Ecclestone reía ante una idea parecida, si bien el sonido de su risa no era agradable.

—¡No matéis corderos! —rugió Jack a los que tenía alrededor—. ¡Nada de

saqueos ni tocar a las mujeres! ¿Entendido? Si veis a un hombre con una espada o una armadura, podéis cortarle el cuello. A nadie más.

Sus hombres balbucieron palabras de asentimiento.

Las piedras temblaban, pero probablemente fue fruto de su imaginación cuando Jack dio los primeros pasos por el puente. Sus hombres iban delante, pero él había insistido en ir en las primeras filas, para dar las órdenes que fueran necesarias. A pesar de los esfuerzos de Woodchurch, habían formado una columna demasiado ancha y los hombres que iban detrás quedaron embotellados formando una larguísima cola bajo la lluvia torrencial, que les impidió seguir. Pero la serpiente de hombres de Kent armados empujaba más y más, apartando a la gente que estaba ante ellos como a animales en un día de mercado. Para sorpresa de Jack, muchos de los londinenses aplaudían y gritaban su nombre, señalándole como si llegase para liberarlos de un asedio. No parecían tener miedo y Jack Cade no podía entenderlo.

Se inquietó cuando comenzó a desfilar entre los edificios de cada lado, tan altos sobre su cabeza que amortiguaban la caída de la lluvia en todas partes excepto en el centro. No le gustaba ser visto desde arriba y miró fijamente hacia las ventanas abiertas.

—¡Cuidado con los arqueros! —gritó Woodchurch tras él.

Jack pudo ver a Ecclestone observando a su alrededor, alargando el cuello y secándose los ojos bañados por la lluvia e intentando mirar en todas direcciones. Si en las ventanas aparecieran arqueros, Jack sabía que sus hombres buscarían sus sombras en los mismos edificios, llenando las aceras para descubrirlos. Podían ser una presa fácil para cualquiera que estuviera al otro lado del puente y tuviera un arco, como las gallinas en un corral. Jack cruzó los dedos pero oía ya el ruido de los soldados moviéndose para bloquear el otro extremo del puente. Se cambió el hacha de hombro, forzándose a seguir marchando con paso firme tras la bandera de Kent que el pequeño Jonas mantenía en alto.

Jack miró atrás por encima de su hombro, intentando averiguar cuántos hombres habían llegado al puente. Woodchurch se había comportado como una vieja nerviosa durante todo el día, preocupado por el hecho de que el ejército quedase atascado. A la luz centelleante de las antorchas del puente consiguió ver a Thomas y a su hijo, ambos arqueros, mirando hacia las ventanas. Estaban vacías, espacios vacíos sin luces en el interior. Había algo en ello que preocupaba a Jack, pero no podía decir qué era.

Delante de él el gentío se había transformado en una auténtica muchedumbre y parecía que los hombres tendrían que detenerse.

—¡Mostradles vuestras armas, muchachos! —gritó Jack—. ¡Haced que las ovejas se muevan!

Ecclestone sostuvo su navaja un poco más alta, rozándola contra el pulgar. Por todas partes, los hombres de Cade mostraron espadas y cuchillos mientras los que llevaban escudos los usaban con rudeza para apartar a los más lentos de su camino.

Siguieron la marcha, y cuando hubieron pasado la mitad del puente, Jack pudo ver a lo lejos destellos de armaduras brillantes y a una multitud que huía cruzando la línea de soldados apostados. Le pareció que los soldados del rey tenían tantos obstáculos como ellos. No podían formar barreras sólidas mientras hubiera inocentes que intentaban ponerse a salvo.

Levantó la cabeza y lanzó un grito enorme, creyendo que sus hombres le obedecerían.

—¡Por Kent! ¡Al ataque!

Solamente podía avanzar, sin correr, porque los hombres que tenía delante se tambaleaban sobre el suelo resbaladizo. Jack vio a Ecclestone golpeando en el pecho a un londinense entusiasta, apartándole a un lado cuando empezaron a correr. Todos rugían y parecía un muro de ruido sobre el goteo de la lluvia que resonaba en el espacio cerrado. Nadie hablaba, todo eran rugidos de cientos de gargantas.

Jack resbaló y se tambaleó. Por fin pudo verlo. Las luces del puente, que oscilaban por el viento, lo iluminaban entero. Estaba a no más de doscientas yardas de los fornidos hombres que lo esperaban.

Algunos se pegaban a las paredes de las casas antes que intentar escapar del ejército armado. Otros no eran tan rápidos y chillaban cuando caían arrollados. Jack entrevió rostros aterrorizados y cuerpos caídos mientras corría más y más deprisa creyendo que la velocidad y su propio peso le abrirían camino.

Las ventanas de los pisos superiores, en el último tramo del puente, se llenaron de hombres que surgían de la oscuridad. Jack maldijo horrorizado cuando vio las ballestas. Con aquellas armas, el estrecho puente era una trampa brutal y la magnitud de la matanza solamente dependería del número de soldados y de su velocidad de recarga. Jack no se atrevía a volverse para ver hasta dónde presionaban, pero su corazón latía desbocado deseoso de buscar cobijo. Su única oportunidad de sobrevivir estaba delante de él: a través de los soldados, salir del puente y entrar en la propia ciudad.

—¡Acabad con ellos! —rugió.

Corrió más deprisa y los hombres que estaban junto a él se lanzaron hacia delante presas del pánico. El pequeño Jonas no consiguió seguirles el paso, y cuando lo vieron tambalearse, uno de los guardias de Jack consiguió asir el palo con una mano, manteniéndolo bajo como si fuese una lanza, y avanzó.

Los primeros proyectiles golpearon a los hombres que corrían desde pocos pies por encima de sus cabezas. Jack se cobijó bajo un escudo sostenido por un hombre que estaba justo a su lado, encogiéndose mientras corría. Oyó gritos de pánico y de dolor a lo largo de todo el puente, y sabía que sería el principal objetivo si permanecía junto a la bandera. Jack levantó la vista a tiempo de ver al joven Jonas estremecerse y caer hacia delante cuando fue golpeado. Otro dardo dio de pleno en el hombre que había cogido la bandera y también cayó al suelo. El escudo de Kent y la cabeza del sheriff cayeron en el lodo y la inmundicia, y nadie de los que corrían en

aquel terror sin sentido trató de levantarlos.

Thomas había sentido el mismo desasosiego que Jack al ver las ventanas vacías y oscuras, cuando todos los hombres y mujeres de Londres querían ver entrar a los Hombres Libres de Cade. Se dieron cuenta de la trampa y gritaron a todos los que tenían un hacha que hundieran cada puerta por la que pasaran. Cuando empezaron a caer los primeros dardos, las puertas fueron destrozadas a patadas. Algunos hombres con ballestas habían pensado en bloquear los pisos superiores y fueron necesarios golpes fuertes para echar abajo las puertas y barricadas.

Thomas trotaba despacio, con Rowan a su izquierda, por el centro del puente. Arrastraban largos arcos todavía verdes y que no tenían la potencia de los que habían perdido en Francia. La mitad de la habilidad de un arquero proviene del conocimiento de su propia arma, con todas sus particularidades y sus fortalezas. Thomas hubiera dado un año de su vida por los arcos que él y Rowan habían dejado atrás.

Los Hombres Libres empujaban y se movían sin cesar, presas del pánico y con las ropas empapadas de lluvia. Sabían que detenerse era morir y que *debían* llegar al final del puente. Era imposible apuntar en el fragor de arcos y empujones. Todo lo que Thomas y su hijo podían hacer era dar patadas en el aire confiando en que el instinto y el entrenamiento les guiarían. Al comienzo los disparos no eran gran cosa, pero después Thomas vio a Jack gritar y correr hacia delante, forzado por los proyectiles que caían y que causaban bajas entre sus hombres. No había hombres provistos de hachas capaces de hundir las puertas más allá de aquella primera línea y la multitud había corrido, dejando las últimas cien yardas vacías ante una fila de soldados del rey. Thomas reflexionó a toda prisa. Aquello era un matadero y sabía que Jack no sobreviviría. Levantó la mirada cuando un arquero cayó de lo alto con un aullido. Alguien le había alcanzado en el interior.

—¡Por Dios! —vociferó Thomas—. ¡Las ventanas de delante, Rowan! Afina el tiro. Tenemos pocas flechas.

Agarró a dos hombres que intentaban adelantarse corriendo y los dejó con fuerza detrás de él mientras les ordenaba que le dejaran espacio. Lo miraron con los ojos como platos en cuanto lo reconocieron, pero permanecieron en sus posiciones, unos pasos atrás, tal vez agradecidos de caminar a su sombra mientras los proyectiles zumbaban y cruzaban el aire. Su presencia facilitó al padre y al hijo el espacio que necesitaban porque vigilaban el puente.

Thomas sintió un creciente dolor en la cadera después de que alguien le hiriera. El instinto le hizo llevarse una mano al costado y comprobar si sangraba, pero eran solamente rasguños. Entonces enseñó los dientes, lleno de ira. Volvía a ser fuerte. Lo suficiente para esto.

Tensó el arco y disparó la flecha hacia una ventana. No estaba a más de cincuenta yardas y supo que había acertado aun antes de que el hombre cayese abatido. Rowan

erró el primer disparo por pocas pulgadas, haciendo que el ballestero cayera hacia atrás. El joven disparó de nuevo casi al mismo punto, mirando hacia delante y hacia arriba mientras tensaba el arco. Un soldado que estaba a punto de disparar recibió la flecha en el cuello, retorciéndose en su agonía porque había quedado clavado en el marco de una ventana.

Padre e hijo continuaron caminando juntos con la mirada fija, a través de la lluvia, en las ventanas que tenían delante. Aquellos que habían creído que podrían disparar sobre el gentío indefenso, no supieron que eran vulnerables hasta que no recibieron un flechazo. Mientras marchaban, los dos arqueros continuaron matando mientras mantenían sano y salvo a Cade, que corría a ver qué más habían preparado los nobles de Londres para su llegada.

Jack oyó el choque de los arcos tras de sí y su primera reacción fue retirarse. Había escuchado aquel sonido en los campos de batalla y le horrorizó la idea de que los arqueros ingleses le preparasen una emboscada en el puente. Pero quienes caían de sus oscuras posiciones eran los ballesteros apostados en las ventanas. El bombardeo de proyectiles disminuyó sobre sus cabezas mientras los muertos y moribundos caían tras él.

Jack resoplaba cuando vio que casi había llegado al final del puente. Le pesaba la ropa, que le entumecía el cuerpo. Había soldados en cota de malla esperándolo, preparados para su ataque. A pesar del frío, sus ojos lo percibieron aun cuando la distancia se reducía con demasiada rapidez como para distinguir detalles. Solamente pudo dar gracias a Dios por que hubiesen decidido situar a sus hombres a lo largo del puente en lugar de organizar una línea de fuego. En sus primeras filas había pocos escudos, pero no existía nada en el mundo más terrorífico que adentrarse en una marea de hierros y flechas.

Dejó de pensar cuando se precipitó sobre dos hombres del rey completamente inclinado y con el hacha en alto para abatirla con un golpe de carnicero. Los hombres de Kent que tenía alrededor levantaron sus propias armas completamente enfurecidos, conducidos casi hasta la locura por su carrera bajo las flechas y la pérdida de sus amigos muertos. Cayeron sobre las primeras filas como una manada de sabuesos aullando, atacando frenéticamente y sin sentir las heridas que recibían a cambio.

Jack golpeó más fuerte que en toda su vida, sin pensar en defenderse. La rabia le inundaba y casi sin pensarlo se deshizo de un hombrecillo que intentaba impedirle el paso, con el borde pesado de la hoja o golpeando con el mango. No se sintió solo ni cuando atacó a la primera línea ni a la segunda. Algunos de sus guardias habían caído abatidos pero los supervivientes, incluso aquellos que habían sido heridos, se balanceaban con abandono, constituyendo tanto peligro a su alrededor como los hombres que había delante. Era salvaje y terrible. Daban bandazos sobre el suelo resbaladizo mientras empujaban, presionados a su vez por aquellos que iban detrás de

ellos y que querían abandonar el puente.

Jack pudo ver más allá de los soldados las estrechas calles. Tuvo la sensación de que allí solamente había unos centenares de hombres esperándolo. Hubieran sido suficientes para mantener a los Hombres Libres en el puente para siempre, a menos que fueran forzados a retroceder hasta calles más anchas. Jack actuó en cuanto se dio cuenta, empujando hacia delante con el mango de su espada contra su pecho, como si fuera una barra. Con fuerza golpeó a dos hombres en la espalda cuando levantaron los escudos contra él. Se estremeció, imaginando una cuchilla subiendo de abajo arriba. Los dos soldados caídos fueron presas del pánico cuando los Hombres Libres los pisotearon tras él. Tan pronto se veían líneas nítidas de espadas y escudos como un enorme barullo y los Hombres Libres se abalanzaban sobre los caídos y heridos, noqueando a la siguiente línea con terribles golpes y aplastando a los demás bajo sus pies.

Los que todavía estaban en el puente sintieron que el bloqueo de aquellos hombres les abría el paso. Gritaron salvajemente en cuanto tuvieron espacio para continuar adelante, eufóricos de adentrarse en las callejuelas de Londres bañadas por la lluvia. No dejaban títere con cabeza y se detenían solamente para rematar a los soldados, apuñalándolos y golpeándolos con las botas hasta que los hombres del rey caían al suelo formando una masa ensangrentada.

Cien yardas pasado el puente, Jack se detuvo jadeando, con las manos apoyadas en la empuñadura de su espada, que estaba medio enterrada en el lodo de la calle. La tormenta arreció y la lluvia golpeaba con fuerza. Respiraba entrecortadamente y se sentía mareado cuando miró hacia atrás, mostrando una violenta expresión de triunfo. El puente no les había detenido. Se sentía exultante de estar allí, con los hombres dándole palmaditas en la espalda y riendo sin parar. Ya estaban en Londres.

—¡Vienen los soldados! —gritó Ecclestone desde algún lugar cercano.

Jack levantó la cabeza, pero no consiguió saber de dónde venían a causa de la intensa lluvia y de los truenos que resonaban.

—¿De dónde? —aulló Jack hacia atrás.

Ecclestone señaló al este, hacia la torre, cuando Paddy apareció a la espalda de Jack. La mitad de su ejército se hallaba o bien en el puente o todavía cruzando el río, esperando con impaciencia para unírseles en la ciudad.

—Tenemos que ir más adentro, Jack —dijo Paddy—, y buscar algún lugar donde descansar.

—Lo sé —respondió Cade—. Déjame que piense un momento.

Deseó tener una bebida a mano para entrar en calor. Y acto seguido se preguntó sobre qué había caminado en su nauseabundo camino. A lo largo de las calles se habían formado unos riachuelos que brillaban cuando la luna aparecía entre las nubes. Algunos de sus hombres llegaron jadeantes junto a él. A pesar de que su oído no era tan bueno como el de Ecclestone, Cade creyó oír el sonido de hombres armados que se aproximaban. Repentinamente tuvo la visión del Ayuntamiento de Londres, que



Woodchurch había descrito, y tomó su decisión. Necesitaba tener a todos sus seguidores en el interior de la ciudad y Dios sabía que la torre esperaba un poco más.

—¡Woodchurch! ¿Dónde estás?

—¡Aquí, Jack! Detrás de ti, como siempre —replicó Thomas animadamente. También se sentía ebrio de éxito.

—Enséñame el camino hacia el ayuntamiento, pues. Hablaré con el alcalde. ¡Tengo un par de cosas que decirle! ¡En marcha, Hombres Libres! ¡En marcha, conmigo! —vociferó Jack, de nuevo en plena forma.

Los hombres rieron, todavía incrédulos de haber sobrevivido a la brutal carrera sobre el puente. Jack se dijo que los mejores planes podían cambiar. El ayuntamiento sería la base para planear el resto de la noche.

A medida que avanzaban, Jack agradecía la tenue luz de la luna. Las casas parecían cerrarse a ambos lados cuando aparecía entre las nubes. En aquellos momentos no podía ver casi nada de la ciudad. Todo era negro y laberíntico, un nudo de calles y callejones en todas direcciones. Tembló ante la idea, con la sensación de ser engullido.

Llegó con alivio a un pequeño cruce situado a un cuarto de milla de puente. Como una bendición, la luna brilló libre de nubes y pudo ver con claridad. Había una roca en el centro, un gran peñasco cuyo propósito parecía no ser más que separar las calles. Jack descansó con las manos apoyadas en él y miró hacia atrás, calle abajo, a los hombres que llegaban tras él. Había pensado reunirlos en alguna plaza abierta y animarlos un poco por lo que habían conseguido. Pero aquél no era el lugar adecuado y meneó la cabeza. Todas las puertas que alcanzaban estaban cerradas, todas las casas estaban llenas de cabezas que susurraban mirando desde los pisos más altos. Ignoró a la gente asustada que miraba a pie de calle.

Rowan había encontrado una antorcha en algún lugar, un manojo de harapos atado al extremo de un palo de madera y mojado en aceite, quizá de las lámparas de aceite del Puente de Londres. Agradeció la luz amarillenta cuando Woodchurch y su hijo lo alcanzaron.

Thomas rió por lo bajo ante la imagen de Jack Cade descansando en la roca.

—¿Sabes lo que es eso, Jack? —preguntó.

Su voz sonó extraña y Jack miró de nuevo hacia la roca bajo sus manos. Parecía muy normal, a pesar de que se volvió a quedar estupefacto ante el hecho de que un elemento natural tan grande marcara un cruce de calles urbano.

—Es la Piedra de Londres, Jack —prosiguió Thomas, en tono de sorpresa. Debía de ser cosa del destino que Jack Cade anduviese por las calles sin conocer aquel lugar emblemático.

—Eso ya puedo verlo, Tom. Es una piedra y está en Londres. ¿Qué pasa con ella?

Woodchurch rió, estirando el brazo y acariciando la roca para tener suerte.

—Es más antigua que la ciudad, Jack. Hay quien dice que es un fragmento de la piedra del rey Arturo, la que se partió cuando él desclavó la espada. Otros dicen que

fue traída de Troya para fundar aquí una ciudad, junto al río —movió la cabeza, divertido—, o quizá sea la piedra con la que miden los mojones desde toda Inglaterra. De cualquier manera, tienes la mano sobre el frío corazón de Londres, Jack.

—¿De verdad? —preguntó Jack, volviendo a mirar la roca con más interés. Se apartó hacia atrás de un impulso y blandió su espada, haciendo que la hoja se deslizase sobre la superficie—. ¡Entonces es un buen lugar para declarar que Jack Cade ha entrado en Londres con sus Hombres Libres! —rió con estruendo—. ¡El hombre que será rey!

Los hombres que tenía alrededor se pusieron serios y callaron.

—Bien, de acuerdo, Jack —murmuró Woodchurch—. Si sobrevivimos hasta mañana, ¿por qué no?

—¡Dios mío, qué ideas! —exclamó Jack sacudiendo su enorme cabeza—. Enséñame qué calle lleva más directamente al ayuntamiento, Tom. Eso es lo que importa.

**R**ichard Neville empezaba a apreciar la precisión de las advertencias de Brewer. Su apresurada carrera por la ciudad había sido obstaculizada por multitudes de borrachos, hombres violentos e incluso mujeres, que chillaban y se burlaban de sus soldados. Calles enteras habían sido bloqueadas con barricadas improvisadas, por lo que había tenido que desviarse una y otra vez, guiado por sus capitanes nacidos en Londres, hacia los Hombres Libres de Kent.

No podía entender el buen humor en las calles, además de sentir un frío desprecio por aquellos oportunistas y descerebrados. El ejército de Cade representaba una amenaza para Londres y allí estaba Warwick, corriendo en su defensa y siendo apedreado con porquería, piedras y desechos cada vez que una muchedumbre se arremolinaba en su camino. Era exasperante pero no eran suficientes como para bloquearle completamente el camino. Estaba preparado para dar la orden de desenvainar espadas sobre los amotinados y vagos pero, por el momento, sus capitanes le conducían en un recorrido tortuoso hacia el sur, para ponerse a la cabeza de seiscientos hombres.

Los caballeros y hombres armados que había llevado a Londres no eran suficientes para enfrentarse a Cade, eso lo sabía. Además, sus capitanes le habían asegurado que la gente de Cade se expandiría a lo largo de muchas calles y caminos. El joven conde sabía que su mejor oportunidad pasaba por romper la línea de una docena de lugares y entonces retirarse con rapidez para golpear en otra parte. Sabía que debería evitar un gran choque porque los que invadían la ciudad eran muchos.

Su primera oportunidad llegó tal como había imaginado, cuando Warwick dobló una esquina y observó hacia abajo desde una pequeña colina que llevaba hasta una intersección, dejando correr la mirada hasta detenerse en un grupo de hombres armados que corrían a toda velocidad. Permaneció bajo el aguacero relativamente a salvo, a menos de veinte yardas del núcleo duro de las fuerzas de Cade, que seguían su ruta sin sospecharlo. Algunos de ellos incluso miraban hacia la izquierda cuando pasaban por la desembocadura del camino, entreviendo a los soldados de Warwick, que los miraban, en el lado oscuro de la calle. Inmersos en aquella serpiente de hombres furiosos, fueron sobrepasados antes de que pudieran detenerse.

—¡Mantened una línea de retirada! —ordenó Warwick. Para su disgusto, le tembló la voz y se aclaró fuertemente la garganta antes de proseguir con sus órdenes —: Son todos unos traidores. Ataquemos, matemos a cuantos podamos por sorpresa y volvamos a... —Miró a su alrededor, viendo un pequeño indicador de madera. Se inclinó para poder leerlo y, por un instante, levantó la mirada hacia el cielo—. Volvamos a Shiteburn Lane<sup>[2]</sup>.

Por lo menos, eso ayudaba a explicar dónde había hundido el pie hasta la cadera. Deseó tener unos zuecos altos de madera que lo levantasen por encima de la

porquería, aunque a duras penas hubiese podido luchar con aquello en los pies. Simplemente, habría que quemar sus botas después.

Desenvainó su espada, cuya empuñadura, todavía nueva, tenía esmaltado sobre plata el escudo de armas de Warwick. La lluvia corría a lo largo de la hoja cayendo sobre la inmundicia, a sus pies. Colocó su escudo contra su antebrazo izquierdo y se tocó un instante la visera de hierro, en la frente. Sin darse cuenta sacudió la cabeza, casi estremeciéndose ante la idea de desaparecer entre aquella cantidad de hombres armados y pudiendo ver sólo a través de un resquicio. Se dejó la visera levantada y se volvió hacia sus hombres.

—¡Adelante, caballeros! Veamos si podemos hacernos con una calle. Seguidme.

Blandiendo su espada, Warwick dio zancadas hacia la calle que cruzaba, con sus hombres formando a su alrededor, preparados para el primer ataque.

Thomas trotó por las calles que recordaba de su juventud embargado por la nostalgia, contrapuesta a la insana realidad de seguir a Jack Cade y a su chusma sanguinaria por el corazón de Londres. Mientras avanzaban mantuvo a Rowan cerca, ambos con los arcos en la espalda, que resultaban inútiles debido a las cuerdas mojadas y a la falta de flechas. Tenían pocas espadas y Thomas disponía sólo de un enorme garrote de madera de roble que había tomado de un moribundo. Rowan estaba armado con un puñal que había arrebatado a uno de los ingenuos soldados que se habían interpuesto en su camino.

Los hombres de Jack tomaban las mejores armas de cada grupo con que se cruzaban, arrollaban las líneas de soldados y después robaban a los cadáveres, cambiando puñales por espadas, escudos por armaduras, sin tener en cuenta los escudos que llevasen. Aun así, no eran suficientes para todos aquellos que los seguían y que clamaban por un buen pedazo de hierro punzante.

La tormenta se iba debilitando y la luna brillaba sobre sus cabezas, iluminando las calles que estaban justo debajo. La violencia que Thomas había visto en las horas previas había sido simplemente impresionante, cuando los hombres de Cade despedazaban a todos los que se les ponían delante mientras caminaban sobre los muertos. Los soldados que defendían la ciudad estaban desordenados, apareciendo en calles laterales o entrando en pánico cuando se daban cuenta de que se encontraban en territorio de Cade. Simplemente, los hombres del rey debían cubrir demasiado territorio. Aunque hubiesen adivinado la intención de Cade de dirigirse al ayuntamiento, no hubiesen podido comunicarlo a los soldados en las calles. Las tropas de soldados itinerantes o construían barricadas en lugares equivocados o seguían los sonidos de la lucha lo mejor que podían en aquel laberinto.

Las primeras filas de Cade habían cruzado a través de un grupo de unos ochenta hombres en cota de malla que estaban en una calle vacía, bajo la luz de la luna, anonadados por el ruido nocturno de la ciudad. Habían sido divididos y sufrían la

indignidad de llevar sus cotas de malla destrozadas.

La serpiente de hombres de Kent y Essex se había dispersado cuando las calles divergían, añadiendo nuevas colas y rutas cuando los hombres perdían el rastro de los demás en la oscuridad. La dirección general, dentro de la ciudad, era el norte, con Cannon Street y la Piedra de Londres muy lejos por detrás.

Thomas intentó recordar, repasando cada cruce para encontrar alguna señal que le indicara que estaba en el camino correcto. Sabía que Jack lo miraba para seguirlo, pero la verdad era que no había pisado la ciudad en veinte años y las calles de noche siempre parecían diferentes. Se rió por lo bajo ante la idea de cómo reaccionaría Jack si entraban en un gran círculo y volvían a ver el Támesis.

Una calle más ancha que las demás permitió a Thomas comprobar su posición bajo la luz de la luna y en cuanto estuvo seguro de que iban bien, urgió a los demás a continuar. Sentía que debían moverse, que las fuerzas del rey se agrupaban en algún lugar cercano. Thomas quería ver el ayuntamiento, ese símbolo de la riqueza y fuerza de la ciudad. Quería que el rey y sus señores supieran que se encontraban en una auténtica guerra, y no en pequeñas escaramuzas con comerciantes enfadados que chillaban y daban golpes.

Ecclestone balbució algo y se precipitó sobre él. Thomas levantó la mirada justo a tiempo para ver una sombra oscura corriendo entre los pies de Ecclestone, aullando de terror antes de que nadie pudiera apuñalarlo.

—¡Un cerdo! ¡Sólo un maldito cerdo! —murmuró Ecclestone para sus adentros, bajando su navaja.

Nadie rió por el modo en que había saltado y maldecido. Había algo terrible y aterrador en Ecclestone y su navaja sangrienta. No era en absoluto la clase de hombre sobre el que se podía bromear. Thomas se dio cuenta de que Ecclestone no quitaba el ojo de Jack, mirando a su espalda. Esa idea le hizo buscar al gran irlandés pero, por una vez, Paddy no estaba a la vista.

Cuando pasaban por una calle lateral, Thomas miró en su interior automáticamente, casi deteniéndose, cuando vio renglones de hombres armados esperando, sólo a veinte pasos. Vio un destello de hierro y soldados de barba oscura, antes de ser empujado a continuar.

—¡Vigilad a la izquierda! —advirtió a los que le seguían, intentando mantenerse en medio de la masa durante un instante, antes de ser empujado hacia delante. Thomas aceleró el paso para unirse a Rowan y al grupo que rodeaba a Jack.

—¡Soldados! ¡Detrás nuestro, Jack! —gritó Thomas.

Vio como el gigante miraba tras de sí, pero también él estaba demasiado inmerso en la muchedumbre y continuaron avanzando, incapaces de reducir el paso ni de detenerse.

Las calles estaban tan llenas de espeso barro como cuando entraron en Londres, pero Thomas se percató de que algunas de las casas eran de piedra y que los canales de desagüe a los bordes de la calle principal eran más profundos, así que los hombres

daban tumbos cuando ponían el pie en ellos. Un resquicio en su memoria le recordó dónde estaba y tuvo tiempo para gritar una advertencia antes de que las primeras líneas de hombres se dieran de bruces contra un pedregal.

El Ayuntamiento de Londres se erguía bajo la lluvia delante de ellos, majestuoso, a pesar de que se había construido menos de doce años antes. Thomas vio que Jack levantaba la cabeza con gesto de rabia en cuanto lo vio, sabiendo que representaba la riqueza y el poder y todo aquello que él nunca había conocido. Aceleró el paso y pudo contemplar a los soldados del rey corriendo hacia las puertas de roble, gritando órdenes desesperadamente cuando vieron a centenares de hombres salir de la oscuridad y dirigirse hacia ellos.

Al otro lado, aparecieron soldados marchando en filas que se rompieron cuando vieron al ejército de Cade aparecer en el espacio abierto como una burbuja que explota. En los dos extremos de la pequeña plaza, los capitanes mascullaban órdenes y los hombres empezaron a correr unos contra otros, levantando armas y gritando. La lluvia caía con fuerza a través de los anchos adoquines, y el eco del sonido se propagaba por todos lados desde los edificios, magnificado y espantoso.

Derry se hallaba cuatro calles al este del ayuntamiento cuando escuchó el sonido de una ardua lucha. Estaba todavía mareado por el golpe que había recibido de algún campesino soez en un callejón cuando atravesaba la ciudad. Derry sacudió la cabeza sintiendo que la mejilla y el ojo se le hinchaban de tal modo que casi no podía ver. Había golpeado al bastardo, pero lo había dejado lamentándose de dolor cuando se acercaron más hombres de Cade.

A su derecha pudo oír a lord Scales jadeando. El barón había dejado su resentimiento un rato antes, después de que Derry hubiera evitado a sus soldados una emboscada, llevándoles sin equivocarse por callejuelas por las que apenas pasaba una persona. Corrieron por el lodo hediondo, que en algunos lugares llegaba casi hasta la rodilla, dando vueltas a menudo y limpiándose a manotazos cuando les llegaba a la cara. Finalmente, aparecieron al otro lado de una barricada improvisada y mataron a una docena de sublevados, antes incluso de que supieran que los flanqueaban.

Debería haber sido más que una ventaja, se dijo Derry. Conocía la ciudad tan bien como un pilluelo acostumbrado a escapar de los tenderos y de las bandas de ladronzuelos. Los defensores del rey deberían haber sido capaces de usar esa información para rodear a la gente de Cade. El problema era que la mayoría de ellos habían sido citados en Londres desde los condados o incluso desde más lejos. Muy pocos conocían las calles por las que pasaban. Más de una vez, aquella misma noche, Derry y Scales habían sido detenidos por hombres armados sólo para descubrir que pertenecían al mismo bando.

Hacía frío, reinaba el caos y Derry no dudaba que Cade se aprovechaba de la debilidad de sus defensas. Si hubieran tenido a un hombre al mando, habría sido más

fácil, pero con el rey fuera de la ciudad, la máxima autoridad estaba constituida por once o doce nobles. Derry maldijo intensamente, pero dudó de, que, incluso en el caso de que el rey Enrique hubiera estado allí en persona, los nobles de York hubiesen aceptado cualquier otra autoridad que no fueran ellos mismos. Por lo menos, aquella noche.

—¡La próxima a la izquierda! —gritó Scales a los que tenía alrededor—. ¡Dirigíos al ayuntamiento!

Derry calculó. Acababan de pasar dos calles laterales y estaba seguro de que no había más.

—El ayuntamiento está dos calles más arriba —dijo Derry con una especie de graznido.

No podía ver con claridad la expresión del barón, pero los soldados que marchaban con ellos no tenían ninguna intención de desobedecer las órdenes de sus nobles. Giraron ordenadamente hacia la izquierda, sorteando carretas abandonadas y un montón de cuerpos que habían quedado allí aquella misma noche. Derry creyó que sus pulmones iban a estallar cuando atravesó una masa de cadáveres, apenado al oír el crujir de huesos bajo el peso de sus botas.

—Que Dios me perdone —murmuró, cuando de repente sintió que uno se movía y se quejaba bajo su peso.

Delante de ellos se veían antorchas en movimiento y se escuchó el grito de una mujer. A Derry le quemaba el rostro y sentía la boca pastosa, pero apretó la mandíbula y permaneció junto a los demás. Se dijo que saldría perdiendo si dejaba que los soldados jóvenes se alejasen, pero no estaba en condiciones y se le empezaba a notar.

—¡Chicos, el que saquee o viole será abatido! —gritó Derry.

Vio que lord Scales giraba la cabeza, pero aquello no había sido una verdadera orden. Los gruñidos de conformidad de los soldados hicieron que se tranquilizase, pero Scales se tomó un momento para replicar, haciendo caso omiso de su cansancio y frustración.

—La prioridad son los hombres de Cade —dijo con firmeza—. Cualquier otra cosa, *cualquiera*, puede esperar a mañana.

Derry se preguntó qué pensaba Scales que podían hacer sus ochenta hombres contra otros miles, pero calló cuando la luz que tenían delante se hizo más intensa y vieron hombres que corrían. Fuera lo que fuera, Scales no tenía miedo. No aminoró la marcha cuando llegó al cruce y Derry se vio obligado a tomar aire mientras el resto de hombres tras él embestían a la multitud, y se escuchaban instantáneamente los primeros gritos. Los soldados de Scales vestían cotas de malla y corazas. Irrumpieron en la muchedumbre como una lanza, abatiendo a todo aquel que se les cruzaba por delante. Los hombres de Cade que tenían alrededor se hicieron atrás, huyendo de los soldados, que hacían de sus armaduras auténticas armas, golpeándoles los dientes con las rodillas cubiertas de metal.

Derry se encontró en medio del flujo de gente como si se hubiera sumergido en un río. Bloqueó un espadazo y arremetió contra todo con un buen estilete que tenía más de un siglo. Los hombres de Scales blandían sus espadas y martillos de mango largo como en una matanza incontrolada, cortando en dos a la muchedumbre que continuaba afluyendo hacia las antorchas. Se colocaron en el centro de la calle, bloqueando el paso de todos aquellos que iban detrás.

Derry miró a derecha e izquierda y vio la serpiente humana hasta el ayuntamiento en una dirección, y cómo se perdía por una esquina en la otra. Aquellos hombres de Kent de rostro encarnado parecían multiplicarse y se dio cuenta de que Scales se había infiltrado en la cabeza de la serpiente. Por lo que Derry sabía, aquel gentío abarcaba todo el camino de vuelta hacia el río. En la primera estampida Scales y sus hombres se lo habían llevado todo por delante y bloquearon el camino. Ahora estaban juntos, amenazaban con las armas y desafiaban a la masa a recuperar el terreno perdido.

Derry rió por lo bajo cuando vio la falta de empuje en los hombres de Cade. Habían seguido alegremente a las primeras filas, pero no estaban preparados para tomar la iniciativa. La cabeza de la serpiente circulaba con las últimas filas mirando hacia atrás y soltando mofas e insultos, pero preferían seguir andando que darse la vuelta y luchar. Con apenas ochenta hombres, Scales había detenido a la tropa sigilosamente, pero Derry los vio moverse hacia las callejuelas laterales.

—¡Vigilad a los lados! —gritó.

Para llegar al ayuntamiento había más de una ruta y los hombres de Cade, por instinto o conocimiento de la ciudad, vigilaban a su alrededor, llevando consigo sus antorchas porque la luz comenzaba a apagarse. Derry miró a Scales, pero el noble dudaba, con la indecisión reflejada claramente en su rostro. Podían llegar al objetivo o perseguir a los enemigos. Derry intentó pensar. Sólo ochenta soldados no podían vencer a las fuerzas de Cade aun cuando las estrechas calles impidieran que fueran aplastados por una ingente cantidad de hombres. Derry sabía que el ayuntamiento no estaba bien defendido, con la mitad de los nobles en Londres imaginando que Cade se dirigiría hacia la torre. Para cuando supieran la verdad, el ayuntamiento ya estaría destruido y la muchedumbre ya se habría disuelto.

Mientras se acariciaba el rostro hinchado, Derry vio como las tropas de Cade empezaban a correr, desapareciendo por las calles laterales. Estiró el cuello, deseando más luz, pero le llegaron gritos de dolor y rabia de un lugar que parecía cercano.

—¿Qué está pasando? —preguntó Scales.

Derry sacudió la cabeza, confundido, y frunció el ceño. Una fila de caballeros y hombres armados, comandados por un hombre que llevaba el escudo decorado de la familia Warwick, daba la vuelta por la esquina y marchaba calle arriba. La calle continuaba vaciándose entre los dos grupos, mientras los últimos que quedaban escupían a las espadas cuando intentaban huir sin éxito. Derry vio, con el corazón acelerado, cómo una docena de hombres era descuartizada antes de que los dos



grupos se enfrentaran jadeando.

—Bien hallado, Warwick —dijo Scales, complacido, a su joven líder—. ¿Cuántos tenéis?

Richard Neville pudo ver como Derry le miraba y levantaba una ceja. También él había recibido golpes en su reluciente armadura pero, joven como era, parecía más excitado que exhausto. Observó sólo a Scales cuando respondió, ignorando la mirada taciturna de Derry.

—Tengo a mis seiscientos, lord Scales. Suficientes para limpiar las calles de esta chusma. ¿Tenéis intención de permanecer aquí hasta la salida del sol o podemos pasar?

Incluso en la oscuridad y a la luz de la luna, Derry pudo ver que Scales se ruborizaba. El hombre tenía su orgullo e irguió la cabeza. No había habido oferta de unir sus fuerzas y Scales no lo habría pedido después del comentario del joven.

—El ayuntamiento está más adelante —respondió Scales fríamente—. Manteneos alejados. Atrás. Dejad que pase lord Warwick.

Derry permaneció a un lado con los demás, mirando cómo marchaban los jóvenes nobles con la cabeza alta. Warwick guiaba a sus seiscientos hombres armados sin mirar a su alrededor, siguiendo a la desaparecida retaguardia de los Hombres Libres de Cade.

—Dios nos libre de jóvenes locos —oyó Derry decir a Scales para sí mismo cuando pasaban, mientras le sonreía.

—¿Qué hacemos, señor? —preguntó Derry, tranquilizado al comprobar que respiraba con más facilidad.

Scales lo miró. Ambos pudieron oír el ruido de hombres que se movían a ambos lados, rodeando a sus escasas fuerzas como ratas en un granero. Scales frunció el ceño.

—Si el propio Cade se dirige al ayuntamiento, la cosa está clara, aunque no pienso ir a la cola de ese gallito de Neville. ¿Estáis seguro de que la torre y la reina están a salvo?

Derry reflexionó.

—No puedo asegurarlo, señor, aunque allí hay hombres del rey para protegerlas. Tengo mis correos y sé que me buscan. Hasta que no llegue a algún punto de los que ellos conocen estoy tan ciego como el joven Neville, con la gente de Cade rondando por Londres. No sé cuándo atacarán de nuevo.

Scales mostró cansancio cuando se pasó la mano por la cara.

—Por muy tentador que sea imaginar a lord Warwick entre los matones de Cade, debería apoyarle. No puedo dividir una fuerza tan pequeña. ¡Joder, Brewer, son demasiados! ¿Tenemos que perseguirles toda la noche?

Derry miró a su alrededor justo a tiempo de ver como una avalancha humana se dirigía hacia ellos. Dando un alarido cargaron contra el grupo de soldados con espadas y podaderas.

—¡Parece que vienen hacia nosotros, señor! —gritó Derry mientras se preparaba—. ¡Muy amable por su parte!

Paddy blandía un martillo como si le fuera la vida en ello, cosa que, tenía que admitirlo, era cierta. Se había sorprendido cuando Jack le cogió a su lado, en Southwark, la noche anterior, pero tenía sentido. Jack llevaría a los hombres del rey de caza a través de la ciudad, pero conseguir entrar en la torre requeriría un tiempo precioso. Ir directos al asalto de la torre y martillar la puerta mientras todos los soldados de Londres convergían en aquel punto, sería un modo rápido de llegar hasta la horca de Tyburn, a la mañana siguiente, y de que a la mayoría le cortasen la garganta.

Se detuvo un instante para secarse el sudor que le entraba en los ojos y le escocía. —¡Jesús, construyeron esta puerta como si fuera una montaña! —dijo.

Los hombres que tenía alrededor daban hachazos con fuerza a la vieja puerta de madera, arrancándola de las piedras y haciéndola astillas del tamaño de un antebrazo. Estuvieron trabajando intensamente durante una hora, relevándose cuando un grupo se cansaba. Era el tercer turno de Paddy con el martillo y los hombres que tenía alrededor habían aprendido a estar lejos de él después de que le hubiera roto a uno las costillas de un golpe.

Cuando empezaba a moverse otra vez, Paddy retrocedió e intentó escuchar pisadas apresuradas más allá de la puerta. Sabía que estarían esperando y no tenían modo de saber si había unas pocas docenas o un millar de hombres preparados para atacar. La puerta tenía un punto débil y él dio las gracias a Dios por ello. Separada de las paredes principales, la misma masa de piedra de la puerta protegía a sus hombres de las flechas y hierros. Ya había oído el ruido del descenso de un rastrillo, un poco más allá, pero unos pocos jóvenes se habían dejado caer en el foso y metían barras de hierro entre las cadenas del puente levadizo. Quedaría atrancado y, a juzgar por el daño sufrido por la puerta exterior, Woodchurch había tenido razón en una cosa. Una cantidad suficiente de hombres con martillos y mazas podían interrumpirles el camino. Paddy comprobó que la puerta cedía al asestarle otro golpe con toda su fuerza. Los fornidos hacheros habían hecho un largo orificio en uno de los travesaños enganchados al hierro. En el foso había luces que se movían y Paddy intentó no pensar en el daño que los arqueros podían infligirle si le disparaban mientras golpeaba con el martillo una reja de hierro. Sería un trabajo arduo y había llamado a unos cuantos escuderos para que disparasen lo mejor posible. No era mucho, pero podía salvar algunas vidas, la suya entre ellas.

Uno de los goznes cedió, con un gran chirrido, pero la cerradura central permanecía en su sitio y la puerta se inclinó hacia dentro por la parte superior. Ayudado por otros dos hombres, Paddy golpeó el hierro con más fuerza todavía, sintiendo que le temblaban los brazos y perdía estabilidad.

—Vamos, muchacho —se dijo. Vio brillar el corte limpio en la cerradura de hierro y casi cayó sobre el puente levadizo por el impulso de su último balanceo.

—¡Madre de Dios! —murmuró, intimidado cuando miró al otro lado del puente, donde había una reja que le doblaba la altura. Del patio que había más allá llegaban algunas flechas. Sólo unas pocas la atravesaban, pero los hombres de Paddy se agolparon alrededor de la puerta rota y dos de ellos cayeron, jurando y gritando de dolor.

—¡Los escudos! ¡Aquí! —ordenó Paddy—. Debemos movernos con orden. Los chicos se moverán y vosotros los detendréis con los escudos para protegernos entre golpe y golpe. Echaremos abajo esa belleza de hierro en un abrir y cerrar de ojos.

Corrieron hacia delante, aullando para asustar a los defensores mientras se dirigían hacia la fría reja. Estaba hecha de barras de hierro negro cruzadas y unidas con bulones de cabeza redonda. Paddy mantenía las manos sobre el metal. Creía que haciendo la fuerza suficiente sobre las uniones podría romper las barras.

A través del rastrillo, Paddy pudo ver las torres internas de la fortaleza. La más alta de todas, la Torre Blanca, se erguía alta y clara a la luz de la luna, con sombras negras que se agitaban en torno a ella. Le brillaron los ojos al pensar en la violencia que le esperaba y en la cercanía de la fábrica de moneda real. Aunque viviera cien años, nunca volvería a estar tan cerca de la riqueza.

Margarita sintió en sus brazos la piel de gallina mientras se estremecía al mirar hacia abajo. La lluvia había cesado por fin, convirtiendo el terreno en un cenagal bajo sus pies. Cuatrocientos hombres del rey, sacudían las piernas y soplaban en el frío mientras esperaban a los sitiadores para interceptar su camino. Desde la altura de la entrada de la Torre Blanca, podía ver las sombras de los soldados alineados a la luz de las antorchas. Había visto cómo se preparaban, asombrada por su calma. Quizá se debía a que el ejército inglés había aplastado a muchos ejércitos franceses, pensó. No sentían pánico, ni siquiera cuando tenían en contra las probabilidades y el número de efectivos.

El oficial a cargo era un alto capitán de la guardia llamado Brown. Vestido con un tabardo blanco sobre una cota de malla y con una espada colgada de la cadera, tenía un aspecto gallardo fácilmente visible. Se había presentado a ella ese mismo día, con un elaborado arco, un hombre joven para la autoridad que tenía y que incluso parecía pensar que las posibilidades de Cade de llegar a la torre eran escasas. Margarita se había conmovido por los intentos del joven para tranquilizarla. Se dio cuenta de que el capitán Brown tenía un gran bigote negro casi tan fino como el de su cuñado Frederick. Cada vez que miraba al capitán recordaba aquel bigote erizándose cuando movía los labios y le entraban ganas de reír. Incluso cuando había llegado la noticia de que las fuerzas estaban más cerca, Brown seguía confiando, al menos cuando se presentó a ella. En un instante valoró los breves momentos cuando él regresó a la

parte inferior de las escaleras, con el rostro enrojecido tras la comprobación de todos los puestos. Con la cabeza inclinada, levantó la vista para ver si ella aún estaba allí y sonrió cuando ella salió. Si se sumasen todos esos breves momentos, habrían sido menos de una hora, pero aun así, sentía que lo conocía.

Margarita había visto la frustración del capitán cuando sus arqueros situados en los muros vieron que tenían pocos objetivos. La turba fuera había enviado sólo a un pequeño grupo para derribar la puerta de entrada y después romper el rastrillo, mientras que el resto había permanecido detrás como una mancha oscura, esperando para llegar rugiendo en cuanto se les diera la oportunidad. Cuando salió la luna, Margarita pudo oír el ruido ocasional de una flecha que daba en el blanco, pero era difícil acertar en la oscuridad y con el martilleo que seguía y seguía, primero contra la madera y después, en un tono más alto, cuando golpeaban el hierro.

El capitán Brown había gritado a un grupo de ballesteros que bajase de la muralla e hiciese su trabajo abajo. Margarita se dio cuenta de que estaba temblando cuando él los envió hasta el rastrillo para que sus armas estuviesen casi en la celosía de hierro antes de apretar el gatillo. El martilleo había ido disminuyendo durante un tiempo hasta desaparecer, porque los que estaban fuera se dedicaban a arreglar sus escudos contra la plancha. La velocidad de los golpes seguramente había disminuido pero, aun así, continuaba. Uno tras otro, los tornillos y las soldaduras eran cortados con un fuerte ruido, distinto de los impresionantes golpes. Margarita se sobresaltaba con cada uno de ellos y se obligaba a sonreír y a permanecer inmóvil en los escalones.

Cuando las filas de los hombres del rey tomaron sus posiciones para soportar el primer ataque, Margarita vio el tabardo blanco del capitán Brown al retroceder a grandes zancadas, mirando a su reina desde el exterior. Ella le esperaba, con las manos agarradas con fuerza en la barandilla de madera.

—Su Alteza Real —dijo en voz alta—. He esperado refuerzos, pero sin un milagro, creo que estos hombres se nos echarán encima en cualquier momento.

—¿Qué queréis que haga? —respondió Margarita, complacida de poder mostrarse tranquila y de que no le temblase la voz.

—Si lo permitís, milady, voy a traer algunos hombres para que destruyan estas escaleras. Si no os importa ponerlos atrás, las echaremos abajo en un instante. He dejado a seis hombres dispuestos para mantener la puerta de la Torre Blanca. Os doy mi palabra de que estaréis a salvo, siempre y cuando permanezcáis ahí arriba.

Margarita se mordió el labio, viendo en la seriedad del rostro del joven oficial la esperanza de resistir el ataque.

—¿No podéis uniros a vuestros hombres aquí en la torre, capitán? Yo... —Se sonrojó, dudando de cómo ofrecerle refugio sin ofenderle. Para su sorpresa, él le sonrió, encantado.

—Podrías ordenármelo, milady, pero humm..., si no os importa, preferiría que no lo hicierais. Mi lugar está aquí y, quién sabe, quizá aún podemos vencerles.

Antes de que Margarita pudiera volver a hablar, una docena de hombres armados

con hachas y martillos había acabado y el capitán Brown dio instrucciones.

—Con vuestro permiso, Alteza, ahora retiraos —le indicó desde abajo.

Margarita dio un paso atrás, cruzando por las escaleras de madera a la puerta de piedra abierta de la torre, incluso cuando los escalones comenzaron a estremecerse y a temblar. No pasó mucho tiempo antes de que toda la estructura se derrumbase, y Margarita vio desde lo alto cómo los hombres se dedicaban a la reducción de cada pieza para convertirla en leña. Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando el capitán Brown la saludó, antes de regresar con sus hombres a esperar a que cayese el rastrillo y la lucha comenzase.

Jack Cade salió del ayuntamiento jugueteando con una soga de cáñamo en las manos. Había dado vítores con Ecclestone y los demás cuando el mismo tesorero del rey, ya colgado, bailaba con el rostro cada vez más morado, mientras ellos miraban y reían. Lord Say había sido uno de los responsables de los impuestos del rey y Jack no sentía ningún remordimiento. De hecho, había cortado el trozo de cuerda como recuerdo y sólo lamentaba no haber podido encontrar a algunos de los que dirigían a los oficiales de justicia y sheriffs de todo el país.

Cuando dejó de lado sus pensamientos, abrió los ojos. Todavía entraban hombres en la plaza del ayuntamiento. Los que habían permanecido allí durante algún tiempo habían encontrado barriles de cerveza o licores, eso estaba claro. Ya borrachos de violencia y éxito, habían empleado el tiempo que habían estado dentro para saquear todas las casas de alrededor. Algunos de ellos cantaban, otros estaban tumbados completamente inconscientes o dormitaban abrazados a botellas de arcilla con tapón de corcho. Algunos otros sentían crecer su desprecio hacia los supervivientes del último grupo para atacarlos. Los pocos soldados del rey que quedaban con vida habían sido desarmados y estaban siendo empujados hacia atrás y adelante en una anilla humana, golpeados con pies y manos dondequiera que se volvían.

Jack miró a Ecclestone con incredulidad al ver pasar hombres con los brazos llenos de bienes robados. Dos de ellos estaban luchando con un pedazo de tela brillante, y se pegaban y golpeaban cuando les miraban. Jack frunció el ceño cuando una mujer comenzó a gritar cerca, con un sonido que parecía un graznido mientras alguien la ahogaba.

Thomas Woodchurch salió detrás de Cade, con expresión endurecida cuando contempló el caos y las piedras salpicadas de sangre.

—Sodoma y Gomorra, Jack —murmuró—. Si esto sigue así, de madrugada estarán durmiendo y serán degollados. ¿Puedes volver a ponerlos a buen recaudo? Aquí somos vulnerables y los tontos borrachos no pueden luchar.

Cade estaba un poco cansado de que Woodchurch creyera saber lo que era mejor en cada momento. Permaneció en silencio, pensando. Él mismo suspiraba por tomar una copa, pero esperaría, se dijo. La tormenta había pasado, pero Londres seguía tambaleándose. Sintió que su única oportunidad corría el riesgo de desaparecer. Había inclinado la cabeza ante los hombres del rey toda su vida, había sido obligado a bajar la mirada ante la dureza de los jueces, cuando se ponían la toga roja o verde y pronunciaban sus juicios. Durante un breve tiempo podría romperles los dientes, pero sabía que no duraría.

—Venga, mañana van a designar a nuevos hombres para que nos persigan —gruñó—. ¿Y qué, si lo hacen? He puesto el temor de Dios en ellos, esta noche. Lo recordarán.

Woodchurch miró al capitán de Kent, que mostraba su irritación. Esperaba algo

más que una noche de derramamiento de sangre y saqueo. Con un buen número de hombres, esperaba cambiar la ciudad, tal vez incluso arrancar algún tipo de libertad de las manos de los hombres del rey. Todos sabían que el rey Enrique se encontraba lejos de allí, por entonces, pero no era como para terminar en la locura de ebriedad, no si Cade continuaba al mando. Algunos nobles muertos, unos jirones de tela y bolsas de oro. No bastaba ni de lejos para pagar lo que se había tomado.

—No tardará en amanecer —dijo Woodchurch—. Estoy cerca de la torre. Si el rey se ha ido como dicen, por lo menos podré salir de Londres como un hombre rico. ¿Estás preparado, Jack?

Cade sonrió, mirando el paso de la luna por encima de ellos.

—Envié a Paddy allí en el primer ataque. O ha muerto o todavía está allí. Iré contigo, Tom Woodchurch, si caminas a mi lado.

Rieron como niños, mientras Ecclestone observaba agriamente aquella muestra de camaradería. Un momento después, Jack comenzó a ordenar a sus hombres que volviesen a las calles. Su voz era un rugido profundo que resonó como un eco de vuelta de las casas de los ediles de alrededor.

Derry estaba exhausto. Sabía que era doce años más joven que lord Scales y sólo podía maravillarse de la fuente de energía frenética del hombre cuando llegaron a otro callejón y trotaron hacia abajo, en una total oscuridad. Por lo menos la lluvia había cesado. Tenían cuatro hombres por delante y por detrás, haciendo advertencias y anunciando las oportunidades que se les presentaban. Habían estado luchando en las calles durante horas y Derry había perdido la cuenta de los hombres a los que había matado en la negra noche, con pequeños momentos de horror y miedo, mientras acuchillaba a extraños o sentía el dolor de los cuchillos y palos que le llegaban a su vez.

Se había vendado la pierna en la que un campesino desconocido de Kent le había clavado una lanza. ¡Una lanza! Derry apenas podía creer que había sido herido por algo que tenía decorativas cintas en el eje. Agarraba su base con la mano izquierda, después de haberle arrancado la vida al último propietario. Llevaba un grueso cuchillo cruzado en la cintura. Derry no era el único que había recogido las armas de los muertos. Después de tanto tiempo luchando con extraños en el viento y la oscuridad, estaba simplemente desesperado por ver el sol de nuevo.

Los hombres de Scales habían quedado reducidos a apenas tres docenas, de los ochenta originales. Habían perdido sólo unos pocos antes de ir directamente a por un par de cientos de saqueadores. Aquellos hombres estaban apestosamente borrachos, lo cual era una bendición, porque se habían venido abajo. Sin embargo, también había dejado casi a la mitad de los hombres de Scales muriendo en la inmundicia y en su propia sangre.

Derry podía sentir que todo se caía a pedazos. Los hombres de Cade habían

llegado al corazón de la ciudad y toda la rabia que habían traído había estallado en un deseo de saquear, violar y asesinar mientras pudieron. Era algo que Derry conocía bien, desde batallas que había visto, algo acerca de matar y sobrevivir que brillaba en la sangre y convertía al hombre en salvaje. Quizá había sido un ejército de Hombres Libres de Kent el que entró, pero se habían convertido en una turba salvaje y aterradora. Los londinenses se agachaban detrás de sus propias puertas por toda la ciudad, murmurando rezos para que nadie intentase entrar.

—¡Al este de nuevo! —ordenó Scales desde arriba—. Mis exploradores dicen que hay cincuenta o más por delante, por Cockspur Inn. Podemos golpearles mientras todavía están trajinando barriles.

Derry sacudió la cabeza para despejarse, suspirando por una bebida. Londres tenía más de trescientas tabernas y tascas. Ya había pasado por delante de una docena de ellas que conocía de su juventud, edificios cerrados y oscuros, con los propietarios parapetados en el interior. Lamiéndose los labios secos, Derry habría dado una moneda de oro por una pinta en aquel momento, especialmente cuando había tirado su frasco de agua cuando se había dado cuenta de que lo habían traspasado. Eso probablemente salvó su vida, pero su pérdida le dejó seco como un perro que jadea.

—Al este de nuevo —acordó.

Cade parecía estar guiando de nuevo a través de la ciudad y, en la condición en que se encontraban, lo único que Scales y Derry podían hacer era permanecer a una distancia y dedicarse a algunos de los grupos más pequeños que iban en esa ola, preferiblemente a los borrachos, si podían elegir. Derry levantó la cabeza. Conocía esa parte de la ciudad. Se orientó y se frotó la cara con las dos manos para espabilarse. Estaban en Three Needle Street, uno de sus lugares favoritos cuando era un chiquillo. La sala de libreas de Merchant Taylors estaba cerca.

—Esperad un momento, lord Scales, si sois tan gentil —pidió Derry—. Dejadme ver si hay alguien que me espera.

Scales hizo un gesto de irritación y Derry retrocedió corriendo calle abajo, con los pies chapoteando hasta los tobillos. Había estado perdido sin sus informantes, pero con la ciudad llena de tumultos luchando había sido incapaz de encontrarlos. Llegó a la casa de libreas y no vio nada. Con una maldición suave, se disponía a regresar al grupo cuando alguien salió de una puerta en sombras. Derry agarró la punta de la lanza, sobresaltado por el ruido, convencido de que estaba a punto de ser atacado.

—¿Maese Brewer? Lo siento, señor. No estaba seguro de que fuerais vos.

Derry se recompuso, aclarándose la garganta para disimular su vergüenza.

—¿Quién sois? —preguntó, con la mano que le quedaba libre apoyada en el cuchillo que llevaba en la cintura, por si acaso. La lealtad era escasa esa noche.

—John Burroughs, señor —respondió la sombra. Bajo los aleros de las casas de arriba, casi no había luz.

—¿Bien? Ya me has encontrado —espetó Derry—. Si me preguntas la contraseña, puede que sólo te entregue tus propias entrañas. Sólo dime lo que sabes.



—Bien, señor, lo siento. Yo venía de la torre, señor. Cuando me fui, habían derrumbado la puerta exterior.

Derry abrió los ojos, invisibles en la oscuridad.

—¿Algo más? ¿Has oído hablar de Jim o los Kelly?

—No desde que el grupo de Cade entró, señor, lo siento.

—Entonces, corre y diles que yo voy con mil hombres.

Derry se dio cuenta de que su informante miraba con escepticismo calle arriba al grupo irregular que permanecía con lord Scales.

—Tendré más para entonces, no lo dudes. La reina está en la torre, Burroughs. Lleva a todos cuantos puedas encontrar.

Vio como el hombre se iba corriendo tan rápido como podía a través de la hedionda porquería de la calle.

—Por Cristo, Cade, cómo nos tomas el pelo —respiró Derry en voz alta.

Empezó a correr en dirección opuesta, donde lord Scales esperaba noticias impaciente.

—Están atacando la torre, mi señor. Mi hombre dijo que ya estaban dentro de los muros exteriores.

Scales miró el cielo nocturno. Por fin empezaba a amanecer. Su ánimo mejoró, ahora que comenzaba a poder ver las calles a su alrededor.

—Ya casi amanece, gracias al Señor. Gracias a vos también, maese Brewer. Dejaremos ese grupo en Cockspur para otros. ¿Podéis trazar un rumbo a la torre desde aquí?

—Es tan fácil como guiñar un ojo, mi señor. Conozco estas calles.

—Entonces guiadnos, Brewer. Sin detenernos por nada. La seguridad de la reina es lo primero.

Paddy miró a la Torre Blanca, extrañamente tentado de levantar la mano para saludar a los que estaban dentro, aunque no fueran capaces de verle. Sus hombres habían luchado contra los soldados del rey en una última sangrienta resistencia, trotando a lo largo de la parte superior de las paredes exteriores y cogiéndoles uno por uno o en pequeños grupos, sin cuartel. A pesar de sus bonitas armas y cotas de malla, las tropas reales habían sido derrotadas y él tenía lo mejor de dos mil hombres para asaltar la fortaleza, echar abajo las puertas y hacerse con todo lo que tuviera valor. Sabía que las mejores piezas, casi seguro, se encontraban dentro de los espesos muros de la Torre Blanca pero, simplemente, no había modo de llegar a ellos.

Estaba intacta, brillante, a la luz de la luna. La única entrada estaba en el primer piso, cuyas escaleras habían sido reducidas a astillas durante el tiempo que él había dedicado a romper el rastrillo. Era muy fácil oponerse a su asalto. Con un día entero, Paddy pensó que conseguiría maquinar algo, pero los soldados que esperaban tras aquella puerta podían defenderla fácilmente y el tiempo pasaba.

Miró a su alrededor mordiéndose el labio. Pudo ver a través del patio interior las gruesas paredes. Empezaba a amanecer y tenía la fuerte sensación de que no debía quedar atrapado dentro del complejo de torres y muros con la luz del día. Cuando se puso en pie a esperar la salida del sol, vio a dos de sus hombres tambaleándose por el peso de un cofre de hierro con ruedas.

—¿Qué tenéis ahí, muchachos? —preguntó.

—Monedas —respondió gritando uno de ellos—. ¡Más plata y oro de lo que creería!

Paddy movió la cabeza.

—Es demasiado pesado, imbéciles. Llenaos los bolsillos, hombre. ¡Jesús! ¿Hasta dónde llegarás con un baúl?

El hombre respondió con una maldición y Paddy consideró ir tras él para introducir algo de sentido en su cabeza, antes de dominar el temperamento. Jack y Woodchurch habían estado en lo cierto sobre la Real Casa de la Moneda, por lo menos. Incluso sin tocar la Torre Blanca, en el centro, habían encontrado oro suficiente para vivir como reyes, si pudieran sacarlo de la ciudad. Brillantes monedas de oro cubrían las piedras y Paddy cogió una y la miró con más luz. Nunca antes de aquella noche había tocado oro, y sin embargo sus bolsillos ahora rebosaban de monedas. Había descubierto que era un metal pesado, con una gran cantidad de ellas apoyada en el hombro, en un saco hecho con una capa.

Se preguntó si podrían encontrar carros para llevar su nueva riqueza al otro lado del Puente de Londres. Sin embargo, la luz iba aumentando paulatinamente y temía que se hiciese de día. Los hombres del rey habían sido descuartizados durante toda la noche, pero seguramente volverían para vengarse cuando descubriesen el daño hecho a la ciudad.

Uno de los hombres que Paddy había colocado en lo alto de los muros exteriores levantó el brazo y gritó. Paddy se acercó corriendo para oír, tintineando a cada paso y temiendo la noticia de que un ejército venía a hacer el relevo en la torre.

—¡Es Cade! —gritaba el hombre, ayudándose con las manos ahuecadas—. ¡Cade!

Paddy se relajó. Mejor que filas de soldados del rey enfurecidos, por lo menos. Dentro de los muros de la torre, todavía no podía ver el sol, pero éste se levantaba de igual modo, revelando nieblas arremolinadas y cadáveres por todos lados. Paddy comenzó a trotar hacia la puerta de entrada destruida para saludar a su amigo. Detrás de él, los soldados que estaban en la Torre Blanca gritaban insultos y amenazas desde las ventanas. Los ignoró. Podrían haber sido intocables, tras las paredes de quince pies de espesor, pero ese truco con la alta puerta significaba que tampoco podían salir a molestarle. Les saludó alegremente antes de atravesar la puerta hacia la calle.

Jack Cade estaba exhausto tras una noche de combates y caminatas. Tenía congeladas

las piernas y las manos y estaba salpicado de mugre y sangre. Había cruzado la ciudad dos veces en la oscuridad y la salida del sol reveló cuán maltrechos y harapientos habían acabado sus hombres. Como si hubieran pasado por una guerra en lugar de una sola noche en Londres. No ayudaba el hecho de que la mitad de ellos estuvieran todavía borrachos, mirando con ojos legañosos a los que los rodeaban y tratando de mantenerse en pie y no vomitar. Había dado órdenes estrictas de no pisar las tabernas, pero la mayoría del daño ya estaba hecho.

Cuando llegaron a las paredes exteriores de la torre, Jack sintió la preocupación en el intestino, así como el agotamiento. Se animó cuando vio cofres rotos de nuevas monedas de oro y plata en el suelo, pero cuando sus hombres se abalanzaban con gritos estridentes para hacerse con su parte, pudo ver que algunos habían perdido o tirado sus armas. La mayoría de los que todavía estaban con él estaban demasiado cansados y con los ojos enrojecidos como para empujar a un niño pequeño, no digamos ya al soldado de un rey. Unos pocos cientos de soldados dispuestos los sacrificarían en cantidad. Levantó la vista para ver que Woodchurch tenía la misma expresión de preocupación.

—Creo que deberíamos volver a través del río, Jack —dijo Thomas. Él se balanceaba mientras permanecía allí, aunque su hijo Rowan estaba tan ocupado como el resto, recogiendo puñados de oro y guardándoselos encima donde podía.

Jack miró la Torre Blanca, de cientos de años de antigüedad y aún en pie tras la noche que habían vivido. Suspiró para sus adentros, frotándose la barba con una mano. Londres estaba despertando a su alrededor y la mitad de los hombres que había traído estaban muertos o durmiendo la borrachera.

—Les hicimos bailar un poco, ¿no? Ha sido la mejor noche de mi vida, Tom Woodchurch. Tengo intención de venir mañana y pasar otra igual.

Woodchurch rió con el sonido seco de una afonía después de tanto gritar. Habría respondido, pero en ese momento llegó Paddy trotando, abrazó a Jack y casi lo levantó del suelo. Woodchurch oyó el tintineo de las monedas y se rió, viendo cómo al irlandés se le había hinchado todo el cuerpo. Era lo suficientemente grande como para soportar el peso.

—¡Es bueno verte entre los vivos, Jack! —dijo Paddy—. Hay más oro aquí de lo que puedo creer. Te he guardado una parte, pero creo que ahora deberíamos marcharnos, antes que los hombres del rey regresen con la sangre en los ojos.

Jack suspiró, con una mezcla de satisfacción y decepción a partes iguales. Había sido una gran noche, con algunos momentos sorprendentes, pero sabía que no debía tentar a la suerte.

—Muy bien, muchachos. Pasad la orden. Volvemos al puente.

El sol estaba alto en el momento en que los hombres de Jack fueron conminados a alejarse de la búsqueda de unas últimas monedas en la torre. Paddy había encontrado la carreta de un limpiador de alcantarillas unas cuantas calles más abajo, con un hedor tan fuerte que hacía llorar. Aun así, la cubrió con una tela bordada y la llenó de sacos

y cofres y cualquier cosa que pudiera ser trasladada. No había ningún buey para tirar de ella, por lo que una docena de hombres agarró los ejes con muy buen humor y se dirigió hacia el río.

Salieron cientos más de cada calle lateral que pasaban, algunos exultantes con el botín o con los objetos robados que todavía llevaban, otros sintiéndose culpables o avergonzados o, simplemente, lívidos por el horror ante las cosas que habían visto y hecho. Muchos más llevaban jarras de licores y rugían o cantaban, por parejas o tríos, todavía salpicados de sangre seca.

Los habitantes de Londres habían dormido poco, en cualquier caso. Cuando quitaron los muebles de detrás de las puertas y abrieron las persianas, descubrieron mil escenas de destrucción, desde casas destrozadas a montones de muertos por toda la ciudad. No hubo alegría entonces para el ejército de los Hombres Libres de Jack Cade. Sin una sola voz o señal, los hombres de la ciudad salieron con palos y cuchillos y se reunieron, primero a docenas y después a centenares, para bloquear las calles que conducían de nuevo a la ciudad. Los hombres de Cade que no habían llegado al río fueron despertados por zuecos de madera o cabezas de familia enfurecidos que los maltrataban o les cortaban la garganta. Habían sufrido una noche de terror y no tenían misericordia.

Algunos de los hombres de Kent borrachos se revolvían y corrían como conejos ante los perros, perseguidos por furiosos londinenses que veían, cada vez con mayor claridad, lo que la invasión de Cade había costado a la ciudad. Al salir el sol se reunieron varios grupos de hombres de Cade, para mantener a la gente a raya con espadas y hachas mientras retrocedían. Algunos de esos grupos quedaron atrapados entre multitudes delante y detrás y fueron desarmados rápidamente y llevados a la horca o golpeados hasta la muerte en la clase de frenesí salvaje que habían conocido apenas unas horas antes.

La rabia de la ciudad enfurecida alcanzó incluso a los que habían llegado al Puente de Londres. Jack se encontró mirando hacia atrás, por encima del hombro, hacia las líneas de londinenses que lo miraban fijamente, lo insultaban y le gritaban. Algunos de ellos incluso le hacían señas para que volviera y él sólo pudo ver, boquiabierto, la cantidad de gente que la ciudad era capaz de alinear en su contra. No miró a Thomas, aunque sabía que el hombre estaría pensando de nuevo en su advertencia sobre la violación y el saqueo. Londres había sido lenta en despertar, pero la idea de repetir la noche siguiente se hacía cada vez menos probable.

Jack mantuvo la cabeza alta mientras caminaba de regreso a través del puente. Cerca del punto medio, vio el poste con la cabeza y el escudo del caballo blanco todavía atados. Estaba salpicada de barro y su visión hizo que Jack se estremeciera al recordar la loca carrera de la noche anterior bajo la lluvia torrencial y las flechas. Aun así, se detuvo y la recogió, entregando su hacha a Ecclestone, que estaba a su lado. Cerca yacía el cuerpo del chico, Jonas, que la había llevado durante un tiempo. Jack bajó la cabeza, lleno de dolor, y la sensación de agotamiento le golpeó como un

martillo.

De un tirón levantó el asta de la bandera. Los hombres que estaban a su alrededor en el puente, detrás de todo, se alegraron ante aquella visión, mientras se alejaban de la ciudad y los tenebrosos recuerdos que habían dejado.

**R**ichard Neville sentía que la sangre salpicaba su bota blindada con cada paso. Pensó que la herida de su muslo no era demasiado seria, pero al verse obligado a caminar la sangre seguía goteando, empapándole las medias y manchando el grasiento metal de rojo y negro. Se hirió cuando sus hombres irrumpieron en la plaza del ayuntamiento, matando a los juerguistas borrachos. Warwick se había dado cuenta de su falta de resistencia y se maldijo por haber bajado la guardia el tiempo suficiente para que uno de los rebeldes que yacía en el suelo le asestase un navajazo mientras permanecía de pie sobre él. Por entonces, Cade ya no estaba, por supuesto. Warwick había visto los resultados del «juicio» en las facciones grisáceas de lord Say, tendido bajo la viga donde lo habían ahorcado.

Se sentía como si hubiera estado luchando desde siempre en la lluvia y la oscuridad, y cuando el sol se levantó, sintió la tentación de encontrar un lugar para dormir. Sus hombres se tambaleaban por el cansancio y él no podía recordar haberse sentido tan exhausto en toda su joven vida. Simplemente, no podía mantener el ritmo, a pesar de seguir a las huestes de Cade, que aprovechaban la última luz de la noche antes de que llegase el alba para cruzar de nuevo la ciudad.

Warwick maldijo para sus adentros mientras se acercaba a la boca de otra calle silenciosa. Después de la lluvia, la humedad que provenía del río había llenado algunas de las calles de una niebla densa. Confiaba solamente en su oído para adivinar si la calle estaba vacía, pero si había hombres que esperaban en otra silenciosa emboscada, sabía que volvería a caminar directo a ella.

Sus soldados formaban todavía la mayor parte de las fuerzas del rey en la ciudad. Las armaduras y mallas de hierro que llevaban habían salvado a muchos de ellos. Aun así, Warwick se estremeció ante el desagradable recuerdo de los locos de Kent corriendo en tres o cuatro direcciones a la vez. Había perdido a ciento ochenta hombres que murieron en el acto y otra docena habían quedado demasiado malheridos para continuar con él. Permitió que los hombres más gravemente heridos entrasen en las casas, diciendo su rango y el nombre del rey y dando una patada en las puertas cuando nadie se atrevía a contestar.

Londres estaba aterrorizada; lo sentía, igual que sentía cómo la humedad se colaba por debajo de su armadura y se mezclaba con la sangre y el sudor tras una noche en pie. Había visto muchos cadáveres, era casi extraño pasar por una calle donde no hubieran cuerpos. Demasiados de ellos llevaban los colores de su señor sobre el escudo o sobre las libreas, cubiertas por las cotas de malla sangrientas. El rocío de la noche se había congelado en algunos de ellos, por lo que brillaban y relucían como si estuvieran encerrados en hielo.

Mientras seguía caminando, Warwick estaba furioso: consigo mismo y con el rey Enrique por no haberse quedado para organizar la defensa. Dios, parecía que York tenía razón, después de todo. Los guerreros del padre del rey se habrían presentado

antes y habrían golpeado con fuerza. Enrique de Agincourt habría tenido a Cade colgado al amanecer, en el caso de que los rebeldes hubieran logrado entrar en la ciudad. El viejo rey hubiera hecho de Londres una fortaleza.

La idea hizo que Warwick se detuviera en medio de una calle de carniceros. La hedionda inmundicia bajo los pies era en su mayoría de color rojo, con restos de carne podrida y huesos. Su olfato empezaba a acostumbrarse a la pestilencia, pero aquélla en particular tenía un punto agrio que casi lo ayudó a despejarse.

Los hombres de Cade corrían al este y al sur. Era cierto que el puente estaba en esa dirección, pero también lo estaba la torre y la joven reina se refugiaba dentro de sus muros. Warwick cerró los ojos un instante, lamentando no encontrar un lugar para sentarse. Se imaginaba el gran alivio que sentiría en muñecas y rodillas si consiguiese detenerse. La idea hizo que le cedieran las piernas, por lo que tuvo que mantener las rodillas en tensión usando toda su fuerza.

Cada vez con más luz, los hombres que tenía más cerca le miraban desde delante, con los ojos hinchados y las heridas cubiertas con trozos de tela. Muchos de ellos llevaban las manos vendadas porque se habían roto huesos de las muñecas o de los dedos. Estaban demacrados y tenían un aspecto miserable, pero aún estaban con él, fieles a su casa y a su nombre. Warwick se enderezó, convocando a su fuerza de voluntad con enorme esfuerzo.

—Señores, la reina está en la torre. Quiero verla a salvo antes de descansar. Empieza el día. Esta mañana llegarán refuerzos con flechas y espadas para todos. Entonces se hará justicia.

Los soldados bajaron la cabeza cuando se dieron cuenta de que su joven señor no quería que se detuvieran. Ninguno de ellos se atrevió a quejarse y continuaron entre la niebla, mirándola con ojos inyectados en sangre, ya que se arremolinaba cerca de ellos.

\* \* \*

Margarita se estremeció de frío, mirando por la puerta de entrada de la Torre Blanca. Su campo de visión estaba bloqueado por las paredes exteriores, por lo que no podía ver gran cosa más que los resultados de las batallas de la noche. La niebla había comenzado a deslizarse intermitentemente a través de los cuerpos tendidos en el suelo. Se desvanecería al llegar el día pero, durante un tiempo, la palidez se arrastró sobre los muertos, tocándolos íntimamente y convirtiéndolos en simples montículos y colinas blancuzcas.

Había sido una noche de terror, esperando a los rudos hombres de Cade para impedir que entrasen. Había hecho todo lo posible para mostrar valor y mantener la dignidad, pero en la torre los soldados habían estado muy nerviosos cuando se asomaban y también abajo, tratando de entender cada sonido.

Margarita bajó la cabeza, diciendo una oración por el capitán Brown, inmóvil en el suelo, en el mismo lugar donde había caído defendiéndola. Había visto la batalla a retazos, según la luz de la luna. Había visto sombras chillando, gente corriendo y un

constante chasquido de metal que parecía una voz susurrante.

Esa voz se había ido apagando a medida que pasaban las horas y había sido reemplazada por la conversación en voz alta y la risa estruendosa de los hombres de Cade. Cuando salió el sol, vio a sus seguidores irrumpir en la Casa de la Moneda, tambaleándose bajo el peso de todo lo que podían llevar. Había oído a la multitud aullando de alegría al ver monedas de oro y plata derramadas tan descuidadamente como las vidas, rodando y girando sobre las piedras.

Hubo un momento en que uno de ellos, en pie, miró hacia la torre, como si pudiera verla retrocediendo a la sombra de la puerta. Quienquiera que fuese, el hombre era más alto que los que lo rodeaban. Se preguntó si sería el propio Cade, pero el nombre que escupió en su pensamiento fue pronunciado desde la muralla y el hombre salió al trote para encontrarse con su señor. El sol brillaba y la torre estaba entera. Y ella daba las gracias por ello.

Después llegaron otros y miraron hacia la Torre Blanca. Margarita podía sentir su mirada arrastrándose sobre la torre y sobre ella. Si hubiera tenido ballestas, habría sido el momento de utilizarlas, pero aquellas armas yacían en las manos muertas de los cuerpos que había en la planta de abajo. Era extraño menospreciar a los enemigos que habían asaltado la ciudad y no poder hacer nada, a pesar de que estaban a su alcance y se movían como si fueran los dueños del terreno que los rodeaba.

En el momento en que el sol iluminó las paredes exteriores, llenando de luz dorada la Torre Blanca, se marchaban con su botín y abandonaban a sus muertos detrás, para los cuervos. La niebla fue desapareciendo y Margarita se dejó caer contra la puerta congelada, por lo que uno de los guardias, nervioso, se le acercó por si caía. Se contuvo antes de tocarla y ella no se dio cuenta del movimiento, pues su atención estaba puesta en el tintineo de los hombres armados que llegaban a través de la puerta destrozada.

Reconoció a Derry Brewer, caminando al frente de un pequeño grupo, con una profunda sensación de alivio. Cuando él vio los cuerpos y echó a correr dando bandazos, ella se dio cuenta de lo sucio que iba, salpicado hasta los muslos de toda clase de porquería. Llegó justo a los pies de la torre, se detuvo en la madera rota de las escaleras y miró hacia la puerta. Margarita se adelantó a la luz del sol y podría haberlo bendecido al comprobar la expresión de alivio en su rostro cuando la vio.

—Gracias a Dios —dijo en voz baja—. Los hombres de Cade ya se van de la ciudad, milady. Es un placer ver que estáis bien. —Derry miró a su alrededor—. Es difícil pensar en un lugar más seguro en Londres en este momento, pero me imagino que estáis cansada de esta torre, al menos por hoy. Si me lo permitís, enviaré hombres a buscar escaleras o a que construyan otra.

—Acercadle una cuerda —ordenó Margarita a los soldados que estaban agrupados tras ella—. Mientras me encuentran un modo de bajar, Derry, podéis subir.

Él no cuestionó la orden y sólo se quejó en voz baja para sí mismo, preguntándose si tenía la fuerza suficiente. Al final se necesitaron tres hombres



tirando de la cuerda desde lo alto para que él pudiera llegar al borde y ellos lo izasen. Derry permaneció jadeando en el suelo de piedra, incapaz de levantarse hasta que los guardias le ayudaron. Intentó inclinarse y casi se cayó.

—Estáis agotado —dijo Margarita tomándole el brazo—. Venid. Hay suficiente comida y vino.

—¡Ah! Os lo agradecería mucho, milady. He de admitir que no estoy en mi mejor momento.

Media hora más tarde estaba sentado en el interior de la torre, envuelto en una manta junto al fuego, y masticaba trozos de grasa de jamón mientras luchaba contra el deseo de dormir. Fuera, el ruido de los martillos le indicó que lord Scales se afanaba en la construcción de una escalera. Algunos de los hombres que había en el interior ya habían bajado para ayudar en la tarea. Derry se quedó solo con la joven reina, que lo miraba con sus grandes ojos marrones sin perder detalle.

Margarita se mordió el labio con impaciencia, obligándose a esperar hasta que él hubo satisfecho su hambre y eructado en el interior de su puño, con el plato de jamón totalmente limpio. Necesitaba saber lo que Derry había presenciado aquella noche. Quizá, antes, él tenía que saber lo que se había hecho por ella.

—El capitán Brown era un hombre bueno y valiente —dijo ella.

Derry se levantó bruscamente al verle una palidez poco natural en su rostro, su miedo y el cansancio que aún conservaba.

—Yo lo conocía bien, milady. Me entristecí cuando no pudo venir. Fue una noche difícil para todos nosotros.

—Lo fue. Hay hombres buenos que han muerto en mi defensa, Derry. Y yo todavía estoy viva. Los dos hemos sobrevivido. Y ha salido el sol.

Su voz se hacía más firme a medida que iba hablando, y dejaba de lado su dolor y su cansancio.

—¿Qué buenas noticias tenéis hoy, maese Brewer? —preguntó.

Se enderezó en la silla, golpeado por la formalidad y entendiendo que se trataba de una llamada al deber. Se reprimió para no gemir cuando cada hueso y cada músculo le enviaban agudas advertencias al moverse.

—No tan buenas como me gustaría, milady. Sé que Cade ha regresado al puente. Tengo a hombres vigilándolo, listos para venir a toda prisa a contármelo corriendo si se produce algún cambio. Imagino que hoy se quedará en Southwark para descansar y contar sus efectivos. —Su voz se hacía más amarga a medida que hablaba—. Pero regresará esta noche, de eso no tengo duda. Ésa es la puntilla, milady. Ésa es la espina. No llevo la cuenta de los hombres que hemos perdido, pero por lo que he visto y oído, quedan muy pocos soldados en Londres. No tenemos más que unos centenares, tal vez un millar, a lo sumo, de aquí a la muralla oeste. Con vuestro permiso, hoy voy a enviar jinetes para convocar a todos los caballeros y hombres armados para esta noche.

—¿Será suficiente? —preguntó ella mirando las llamas del fuego.

Consideró la posibilidad de mentir para que el ánimo no decayera, pero no era posible. Negó con la cabeza.

—Los señores del norte tienen ejércitos para aplastar a Cade y a media docena como él, pero no podemos llegar hasta ellos a tiempo. Aquellos que puedan..., bien, no son suficientes, no si él regresa esta noche.

Margarita sintió que sus temores afloraban cuando vio la desesperación en él. Sabía que Derry nunca se abatía del todo. Siempre sacaba fuerzas de flaqueza. Ver su desesperanza era casi más aterrador que los oscuros asesinatos de la noche anterior.

—¿Cómo es posible? —susurró. Pudo haber sido una pregunta que se hiciese ella misma, pero Derry se encogió de hombros.

—O nos desplegamos demasiado poco o los disturbios fueron demasiados para contenerlos. Milady, no importa lo que haya pasado antes. Hoy estamos aquí y esta noche defenderemos Londres. Creo que debéis abandonar la ciudad, ya sea para ir a Kenilworth o al palacio de Greenwich. Puedo tener barcos antes del mediodía para que os lleven. Sabiendo que estáis a salvo no importa lo que suceda.

Margarita vaciló un instante antes de negar con la cabeza.

—No. Todavía no es necesario. Si huyo de la ciudad, este Cade se coronará a sí mismo rey antes de mañana, o quizá lord York al día siguiente, si está detrás de todo esto.

Derry miró fijamente a la joven reina, preguntándose hasta qué punto comprendía las amenazas que pesaban sobre su familia.

—Si la mano de York está en todo esto, ha sido mucho más sutil que otras veces, milady. No me sorprendería que hubiera agentes trabajando para él pero, por lo que sé, él se encuentra en Irlanda.

Su voz era grave y urgente cuando respondió, inclinándose más cerca para que no pudieran oírles.

—Soy consciente de la amenaza, Derry. York es el «heredero» real, después de todo. —Sin darse cuenta, se acarició el vientre con la mano mientras continuaba—. Es un hombre sutil, Derry. No me sorprendería que intentase permanecer limpio y sin mancha, mientras son sus leales quienes derriben a mi marido.

Derry parpadeó al mirarla, luchando contra el cansancio y la calidez que inducían al sueño, justo cuando más necesitaba estar despierto. La vio pensativa, a una distancia suficiente como para observar que las pupilas se le contraían y ensanchaban.

—Vi cómo se llevaban el oro recién acuñado —dijo ella, con la mirada perdida— ayer por la noche y esta mañana. Los hombres de Cade han encontrado mucho más de lo que nunca habían soñado. Hoy estarán contándolo y regodeándose, conscientes de que nunca más volverán a ver tanta riqueza.

—¿Cómo? —preguntó Derry, confundido. Se sentó y se acarició la mejilla, notando los callos que tenía en las manos.

—Ellos no saben lo débiles que somos, cuán débil ha quedado la defensa. No pueden saberlo. —Inspiró profundamente mientras decidía—. Les perdonaré los

crímenes cometidos, a condición de que se dispersen.

—¿Qué? —dijo Derry, en estado de shock.

Empezó a levantarse de la silla, pero la reina le retuvo poniéndole una mano en el hombro. Derry miró con incredulidad. ¿Él había estado luchando contra los hombres de Cade durante toda una noche que le había parecido una eternidad, y ahora ella quería perdonarlos a todos, dejando que huyeran a sus casas con el oro real en los bolsillos? Era una locura, y buscó la forma menos ofensiva de decírselo.

—El perdón, Derry —repitió con voz firme—. Total, por escrito, entregado a Jack Cade en su campamento en Southwark. Su oportunidad de coger lo que han ganado e irse. Decidme si conocéis otra opción que permita lograr el mismo resultado. ¿Se les puede retener?

Derry la miró.

—¡Podríamos destruir el puente! —dijo—. Hay pólvora en la armería, a menos de cincuenta pies de donde estamos ahora. Con suficientes barriles, podría bajarla. ¿Cómo cruzarían, entonces?

La joven reina francesa palideció por un momento, cuando se dio cuenta de la suerte que había tenido porque los sublevados no habían entrado en los almacenes de explosivos. Lo agradeció en silencio y, después de un tiempo, negó con la cabeza.

—Sólo provocaréis otro ataque. Si tuviéramos un día libre quizá podríais bajarlos, pero Cade cruzará de nuevo a la ciudad en cuanto vea barriles rodando por las calles. *Escuchadme*, Derry. Todos los hombres que entraron en Londres merecen ser colgados, pero ¿cuántos de ellos murieron la noche pasada? ¿Miles? El resto creará que será una noche igual y pensarán en la riqueza que ya han ganado. Algunos de ellos, Dios quiera que sea la mayoría, solamente querrán volver a casa. Les daré la oportunidad hacerlo. Si se niegan, no habremos perdido nada. Si toman lo que ofrezco, habremos salvado Londres.

Se detuvo, buscando la aprobación, pero sólo vio inexpresividad.

—¿O vais a dejar que regresen para otra noche de violaciones y masacre? Escuché lo que decían, Derry. Sé lo que han hecho. Monsieur, deseo con todo mi corazón verlos castigados pero, si no hay otra respuesta, no será posible. Así que me obedeceréis en esto, maese Brewer.

Derry continuaba mirando asombrado la furia colérica que tenía delante cuando unos gritos en el exterior de la torre captaron su atención. Margarita también miró con una súbita expresión de temor. Al verla en aquel estado, a él se le rompió el corazón y se levantó.

—Dejadme ver qué ocurre, señora. Lord Scales es un buen hombre, no os preocupéis.

Derry echó la manta a un lado para no aparecer en la puerta de la torre como una anciana asustada con un chal. Se acercó a la luz del sol, miró hacia abajo y vio que Scales discutía con Warwick y que ambos señalaban hacia la torre. Derry sintió que la cabeza le hervía. Se apoyó en la puerta y miró hacia abajo por encima de ellos con

toda la indiferencia de que fue capaz.

—Buenos días, lord Warwick. Veo que estáis bien, gracias a Dios. Más vale tarde que nunca, ¿verdad?

Warwick levantó la vista y su expresión se oscureció en cuanto vio a Derry saludándole desde arriba.

—Voy a ver a la reina, maese Brewer. Comprobaré por mí mismo que está sana y salva.

—Como queráis, señor. ¿Os dejo una cuerda para subir o esperaréis a que llegue la escalera?

—Eso es *exactamente* lo que yo estaba diciendo... —comenzó a decir lord Scales, indignado.

Warwick los fulminó a los dos, pero era joven y se encogió de hombros ante lo que podría haber sido una vergüenza para un hombre mayor.

—Cuerda, Brewer. Ahora mismo, por favor.

Derry desenrolló la que había usado él mismo. Vio a Warwick llegar junto a él a una velocidad sorprendente, y de pronto se sintió contento de que el joven conde no hubiera estado presente cuando los soldados lo habían izado como un saco de carbón. Cuando Warwick llegó al quicio de la puerta, Derry desapareció de nuevo en las estancias cálidas del interior. Llegó junto a la reina unos pocos pies por delante conde.

—Alteza Real, es un placer para mí anunciaros a Richard Neville, conde de Warwick —dijo Derry, haciendo que Warwick tuviera que ceder y detenerse en seco—. Sobre la cuestión que estábamos discutiendo, por supuesto, soy su obediente servidor. —Se quedó mirando a media distancia y añadió—: Me ocuparé de ello inmediatamente, señora.

Margarita lo despidió con un gesto. El significado del nombre de Neville no había pasado desapercibido para ella, pero había guardias en el interior y no sentía miedo ante aquel joven maltrecho y agotado. Derry se batió en retirada, seguido por la mirada desconfiada de Warwick.

—Como ve, estoy bien, lord Warwick. ¿Queréis permanecer de pie o preferiríais una silla y algo de comer y beber? Esta mañana parezco una enfermera, para usted y tal vez para Londres.

Warwick aceptó agradecido, contento de encontrar a la joven reina todavía en posesión de su ingenio y de su dignidad después de aquella noche. En general, no se sentía demasiado cómodo en presencia de mujeres, y prefería las charlas con hombres de su propia condición. Sin embargo, esta vez estaba demasiado cansado incluso para sentirse avergonzado. Con un gemido ahogado, tomó asiento y empezó a relatar los hechos de la noche mientras los criados preparaban lonchas frescas de jamón y cerveza fría para saciar su sed. Margarita escuchó atentamente, interrogándole sólo cuando él vacilaba o no se explicaba con claridad. Apenas se dio cuenta de hasta qué punto sus modales la reconfortaban, mientras el sol continuaba brillando sobre la

torre.

**E**l sol de la tarde caía sobre el ejército en Southwark, al sur de la ciudad. Para los que habían llegado incólumes tras cabalgar toda la noche, aquello era una bendición, un calor que aliviaba los calambres de los músculos y que les hacía sudar los venenos del licor y de la violencia. Para los heridos, el sol era una tortura. El ejército de Cade no disponía de tiendas de campaña para protegerlos y los peores casos eran asistidos por un número penoso de curanderas. La mayoría tenía poco que ofrecer más allá de un sorbo de agua y algunas vendas, que llevaban en grandes fardos con cintas sobre sus hombros que parecían jorobas cuando se mostraban a contraluz. Una o dos de las mujeres más ancianas acarreaban botes de unguento, aceite de clavo o una bolsa de hojas de mirto que molían obteniendo una pasta verde contra el dolor. Estas existencias se terminaron pronto, y lo único que podían hacer los hombres era darse la vuelta y esperar al fresco de la noche.

Jack sabía que él era uno de los afortunados. Se había examinado él mismo en una habitación del piso superior de su posada, quitándose la camisa y observando detenidamente el alcance de los golpes recibidos. Su piel era un mosaico de marcas, cicatrices y heridas, pero estas últimas eran pocas y superficiales, y la sangre ya estaba coagulada. Con una mueca de dolor, comprobó que todavía podía mover el brazo derecho.

En lugar de dejar que otro hombre lo viera desnudo, se puso de nuevo su camisa apestosa cuando oyó pasos en las escaleras, se alisó el cabello mojándolo con el agua de un cubo y permaneció de pie para hacer frente a quienquiera que fuese. En la pequeña habitación faltaba el aire, y sintió que el nuevo sudor se liberaba sobre el viejo. Pensó con nostalgia en el abrevadero que había en el patio de la posada, pero aquella agua se usaba para los heridos y probablemente ya se habría terminado. Había enviado hombres de vuelta al Támesis para que llenasen botas de agua, aunque nunca bastarían para tanta gente, con aquel calor de julio.

Cuando la puerta se abrió de golpe, Jack miró con aire de culpabilidad la jarra de cerveza, ya medio vacía, sobre la cómoda. Ser líder tenía ventajas y él no estaba dispuesto a compartir su buena suerte.

Woodchurch se plantó allí de pie, con aspecto pálido y con el contorno de los ojos oscurecido por la falta de sueño. La mayoría de los hombres a los que había hecho volver a Londres habían llegado al campamento y simplemente se echaron al suelo tan pronto como encontraron un buen lugar. Woodchurch y su hijo habían continuado la marcha, organizando a los herbolarios y médicos, enviando hombres a buscar agua y pagando por los alimentos que les traían. Los hombres estaban muertos de hambre después de la noche que habían pasado, pero en eso iban a poder satisfacerlos. Con el oro del rey, Woodchurch había comprado una docena de becerros a un granjero local. Había bastantes carniceros entre los hombres de Kent y Essex que pronto se pusieron a trabajar, preparando la carne y organizando enormes fuegos para guisarla. Jack

pudo oler el humo de leña en el arquero mientras estuvo allí. Sonrió ante la idea. Oro en el bolsillo y la perspectiva de carne de vacuno cocido en su sangre. Dios lo sabía, había tenido días peores.

—¿Qué sucede, Tom? —preguntó—. Estoy orinando sangre y no tengo fuerzas para hablar si no como algo.

—Te gustará ver esto, Jack —respondió Thomas. Todavía estaba afónico de tanto gritar y su voz sonó un poco más que un áspero gruñido. Levantó un pergamino en la mano y la mirada de Jack se fijó en él. Una vitela limpia y un sello de color rojo sangre. Los ojos de Jack empequeñecieron y se preguntó si Woodchurch sabía que no podía leer.

—¿Qué es eso? —pregunto inquieto.

La palabra escrita siempre había sido su enemigo. Todas las veces en que había sido azotado, o multado o puesto en la picota del pueblo, había habido algún escriba de cara blancuzca de por medio, garabateando con su pluma de ganso y tinta. Jack pudo ver que Thomas estaba nervioso por algo. Respiraba con dificultad y Jack sabía perfectamente que el arquero no era de los que se ponían nerviosos por nada.

—¡Nos están ofreciendo un perdón, Jack! ¡Un perdón ensangrentado! Todos los crímenes y denuncias olvidados, con la condición de que nos dispersemos. —Vio que Cade empezaba a fruncir el ceño y continuó, rápidamente, antes de que el obstinado hombre pudiera empezar a discutir—. ¡Es la victoria, Jack! ¡Les hemos noqueado con sangre y no quieren más! Dios, Jack. ¡Lo hemos conseguido!

—¿Dicen que van a despedir a los jueces, entonces? —preguntó Jack en voz baja—. ¿Dicen que van a derogar las leyes de caza furtiva o que bajarán los impuestos sobre los trabajadores? ¿Puedes leer esas palabras en el pergamino, Tom?

Thomas movió la cabeza con incredulidad.

—El mensajero me lo leyó abajo. Y no empieces con eso, Jack, ahora no. Es un perdón por todos los delitos cometidos hasta el día de hoy. Los hombres pueden ir a casa con el oro y su libertad y nadie los perseguirá. Serás el héroe que tomó Londres y venció. ¿No es eso lo que querías? Vamos, Jack. Es auténtico. La tinta todavía mancha, Jack, y tiene la firma de la reina. Lo han decidido en una mañana.

Cade se llevó la mano al cuello y lo giró a izquierda y derecha, aliviando su rigidez. La mitad de él quería gritar y dar voces para responder con el mismo placer salvaje que veía en Woodchurch. Pero dio un gruñido y se mantuvo en silencio mientras pensaba.

—Anoche los asustamos —dijo, después de un tiempo—. Éste es el motivo.

—Lo hicimos, Jack —respondió Thomas de inmediato—. Demostramos qué sucede si abusan demasiado de hombres como nosotros. Les hicimos temer a Dios y a Jack Cade y éste es el resultado.

Cade se acercó a la puerta y gritó para que Ecclestone y Paddy subieran. Ambos dormían profundamente en la planta baja de la posada. Necesitaron un tiempo para despertarse, pero finalmente subieron los escalones, medio dormidos y bostezando.

Paddy había encontrado una jarra de licor con tapón y la acunaba como si fuera su hijo favorito.

—Explícaselo, Tom —dijo Jack mientras volvía a sentarse en el camastro—. Explícales lo que me has contado.

Esperó a que Thomas repitiera lo mismo, mirando las caras de sus amigos de cerca cuando comenzaron a entender. La de Ecclestone no cambió un ápice, ni siquiera cuando sintió el escrutinio silencioso y miró a Jack. Paddy, asombrado, sacudió la cabeza.

—Nunca, en toda mi vida, pensé que viviría para ver algo como esto —dijo—. Los alguaciles y sheriffs y los bastardos terratenientes, todos temblando de miedo ante nosotros. Los he tenido encima desde que era un niño. Nunca los he visto echarse atrás, Jack, ni una sola vez.

—Sin embargo, siguen siendo los mismos —dijo Jack—. Matamos a sus soldados y colgamos a algunos de los oficiales del rey. Incluso le cortamos la cabeza al sheriff de Kent. Pero van a encontrar nuevos hombres. Si aceptamos este perdón, continuarán como siempre y no habremos cambiado nada.

Thomas entendió la mezcla de miedo y anhelo de aquel hombre grande, que estaba sentado con sus poderosas manos apoyadas en los muslos. Thomas sentía la misma prevención pero también había visto las multitudes de Londres alineadas en las calles mientras se iban. Nadie en la posada lo admitiría, pero los Hombres Libres de Kent no estaban preparados para otro ataque aunque pudiesen cruzar el puente de nuevo frente a la fuerte resistencia. Las multitudes de Londres estaban llenas de ira y ellos no eran suficientes. Sin embargo, cuando Paddy y Ecclestone se miraron el uno al otro, Thomas supo que los dos le seguirían, aunque los condujese de nuevo a la ciudad.

—Nosotros hicimos nuestra parte, Jack —dijo Thomas antes de que pudieran decir nada—. Nadie puede pedir más. Y ellos no continuarán igual. No después de esto. Irán con cuidado, al menos durante unos años. Sabrán que pueden hacer leyes solamente mientras la gente lo quiera. Seguirán gobernando, de acuerdo, pero con nuestro condenado *permiso*. Ahora ya lo saben. Eso es lo que saben hoy y que no sabían ayer. Y, si abusan demasiado, saben que nos volveremos a unir y saldremos de entre las sombras para recordárselo de nuevo.

Jack sonrió ante aquellas palabras, disfrutando con el fervor y la seguridad de Woodchurch. También él había visto la multitud reunida cuando había cruzado el puente por la mañana. La idea de volver le hacía feliz, aunque Jack habría muerto antes que admitirlo ante ellos. Quería que le convencieran y Thomas lo había hecho. Miró hacia arriba lentamente.

—¿De acuerdo, Paddy? ¿Rob?

Ambos asintieron y Ecclestone incluso sonrió, arrugando su pálida frente de un modo desacostumbrado.

Jack se levantó, aplaudió y extendió ambos brazos alrededor del grupo de tres



hombres, abrazándolos.

—¿Todavía está aquí el mensajero, Tom? —preguntó.

—Espera fuera —respondió Thomas con una sensación creciente de alivio.

—Dile que aceptamos, entonces. Envíalo de vuelta y deja que los hombres lo sepan. Vamos a disfrutar de un poco de carne y cerveza esta noche, y mañana volveré a casa. Creo que me compraré la casa de aquel magistrado y me beberé un vaso a la salud del jodido Alwyn Judgment en su propia casa.

—La quemaste, Jack —murmuró Ecclestone.

Cade parpadeó, recordando.

—Lo hice, ¿no? Bueno, puedo construir una nueva. Voy a tener a mis compañeros cerca y nos sentaremos al sol a beber de un barril y a brindar por el querido viejo rey de Inglaterra, que lo pagó todo.

Al final del día, Margarita se puso de pie sobre el ancho muro que rodeaba la Torre de Londres, mirando hacia abajo, a una ciudad que había sufrido. La puesta del sol daba al horizonte el color de los morados y la sangre, prometiendo un día claro y cálido a la mañana siguiente. En realidad, desde aquel punto no había demasiadas señales de la destrucción de la noche anterior. El largo día de verano había visto los primeros movimientos para poner orden en la capital, con hombres como lord Warwick organizando equipos de carros para recoger a los muertos. Ella suspiró decepcionada, una vez más, de que un joven tan impresionante como aquél fuera partidario de York. La sangre de los Neville corría por muchas de las casas nobles de su marido, pensó. La familia continuaría siendo un peligro para ella, al menos hasta que naciera su primer hijo.

Se tocó el vientre suavemente con la mano, sintiendo el dolor de sus movimientos y toda la pena y la frustración que significaban. No sería este mes. Se sonrojó al recordar el escaso número de encuentros íntimos con su marido. Quizá llegaría un momento en que serían tantos que no sería capaz de recordarlos todos con gran detalle, pero entonces todavía eran acontecimientos de su vida, tan importantes como el día de su boda o el asalto a la torre.

Rezó en voz baja y las dulces palabras se perdieron en la brisa y la ciudad.

—María, madre de Dios, por favor, deja que en mi interior crezca un hijo. Ya no soy una niña, llena de sueños absurdos y de fantasías. Haz que sea fértil, haz que quede encinta. —Cerró los ojos por un momento, sintiendo el gran peso de la ciudad a su alrededor—. Dame un niño y yo te bendeciré todos mis días. Dame un hijo y levantaré capillas en tu honor.

Cuando abrió de nuevo los ojos, vio una lenta línea de carros que rodaban por una carretera en la distancia, llenos de cuerpos cubiertos con telas blancas. Sabía que se habían cavado grandes fosas, que colocaban con cuidado a cada hombre o a cada mujer y que un sacerdote los bendecía antes de que los enterradores hicieran su

trabajo y los cubriesen con tierra y arcilla fría. Los parientes seguían los carros llorando, pero era vital trabajar rápido en el caluroso verano. Las plagas y las enfermedades amenazaban. Margarita se estremeció ante la idea.

Al otro lado del río, el anfitrión de Cade había comenzado una gran fiesta, con visibles hogueras como excelentes puntos de luz. Habían enviado su respuesta, pero ella no sabía aún si iban a cumplir su palabra, si se irían. Sabía que Derry había convertido el puente en una fortaleza en caso que no lo hicieran, y había formado equipos de hombres de Londres que construían grandes barricadas en de toda su longitud.

Margarita sonrió al pensar en su expresión traviesa, aquel día, mientras se llenaba la torre de armas y barriles de pólvora. Nunca se le había permitido tanta iniciativa pero ahora nadie lo detendría, no después de la noche anterior. Sabía que no debería depender de que Cade se fuera a casa, pero era difícil ver la malicia llena de entusiasmo de Derry y no confiar en todo lo que se había planificado, si se lanzaban al puente una vez más. Los hombres de Londres habían trabajado todo el día para estar preparados, afilando el hierro y cerrando caminos cercanos al puente. La noticia del perdón de Cade no se había extendido todavía entre ellos y no sabía cómo iban a reaccionar cuando lo supiesen. No se arrepentía de la oferta, y menos ahora, que había sido aceptada. El rey Enrique no estaba a su lado y por un tiempo la ciudad era su responsabilidad, su joya, el corazón palpitante del país que la había adoptado. Su padre, René, jamás imaginó que su hija menor tendría que hacer frente a aquellas pruebas.

Margarita se quedó en la pared hasta que el sol se puso y pudo ver más claramente los fuegos en la distancia, en el gran campamento del otro lado del Támesis. Cade tenía allí a miles de sus hombres de Kent y ella aún no sabía si iba a volver. El aire de la noche era frío y silencioso, y Londres contenía el aliento y esperaba. El cielo estaba despejado y la luna brillaba alta, dejando que comenzaran a verse las estrellas de Orión.

Durante su vigilia, Margarita rezó rosarios, cantando los avemarías y los padrenuestros perdida en un trance tan perfecto que ni siquiera sintió molestias. Caminaba a la deriva, solamente consciente de sus pálidas manos sobre la pared de piedra que constituía su anclaje a la ciudad. Se preguntó si ésta era la paz que Enrique encontraba cuando rezaba desde el amanecer hasta el atardecer, o incluso más tarde, en la noche, hasta que no podía levantarse sin ayuda. Eso la ayudó a entender a su esposo y también rezó por él.

Las estrellas se volvieron hacia el norte y Cade no vino. A medida que la luna cruzaba la ciudad, sintió que casi podía ver el movimiento de las constelaciones. Su corazón se tranquilizó y en el silencio que la presionaba se llenó de un sentido de paz y presencia. Bajó la cabeza y dio gracias a Dios por liberar su ciudad.

Con cuidado, bajó los escalones de la pared cuando el sol comenzó a levantarse, sintiendo un dolor sordo en todas las articulaciones. Pasó por piedras que seguían

marcadas con restos de sangre oxidada, aunque los cuerpos y las monedas habían sido retirados. Levantó la cabeza cuando los guardias se pegaron a su espalda, siguiéndola desde las sombras de la pared a la Torre Blanca. Habían estado esperando con la reina en las horas oscuras, velando a su manera para garantizar su seguridad.

En la Torre Blanca, caminó por un pasillo hacia donde un grupo más pequeño había pasado la noche. Su llegada fue anunciada por el estandarte y el ruido de hombres armados que prestaban atención. Si aquellos hombres habían dormido, sus rostros no lo reflejaban cuando formaron y se arrodillaron ante la joven reina. Margarita pasó por delante de ellos y fue a sentarse en un trono dispuesto en el extremo de la sala, ocultando el alivio que sintió en sus rodillas y caderas.

—Acercaos, Alexander Iden —dijo.

El más alto de los hombres, que estaba arrodillado, se levantó y se acercó unos pasos hacia ella para volver a arrodillarse. Al igual que sus guardias, había pasado la noche esperándola, pero parecía suficientemente descansado, calentado por el fuego encendido en la rejilla. Margarita lo miró desde arriba, y vio a un hombre duro, de rasgos fuertes y una barba recortada.

—Me habéis sido recomendado, maese Iden —comenzó—. Me han dicho que sois un hombre de honor y buena persona.

—Con la gracia de Dios, Alteza —resonó su voz profunda y fuerte en la habitación, aunque mantuvo la cabeza gacha.

—Derihew Brewer habla bien de vuestro talento, maese Iden, y yo tengo intención de confiar en sus opiniones.

—Os estoy muy agradecido, Alteza —dijo, visiblemente satisfecho.

Margarita pensó un momento más, luego decidió.

—Os nombro sheriff de Kent. Mis empleados tienen los documentos para sellar.

Para su sorpresa, el gran hombre arrodillado a sus pies se ruborizó de placer, incapaz, al parecer, de mirar hacia arriba.

—Gracias, Alteza. Su... Mi... Su Alteza me hace un gran honor.

Margarita se encontró reprimiendo el deseo de sonreír.

—Maese Brewer ha reunido sesenta hombres que os acompañarán a vuestro nuevo hogar en Maidstone. A la luz de los últimos problemas, debéis manteneros a salvo. La autoridad de la Corona no debe ser burlada otra vez en Kent. ¿Entendido?

—Sí, Alteza.

—Por la gracia del Señor, la rebelión de los hombres de Kent ha terminado. Se les han concedido indultos y están regresando a sus granjas y pueblos con la riqueza que se han llevado de Londres. Los crímenes que han cometido han sido perdonados y no pueden ser llevados ante los tribunales. —Hizo una pausa y sus ojos brillaron sobre la cabeza inclinada del hombre—. Pero vos habéis sido nombrado por *mí*, maese Iden. Sólo por mí. Lo que he dado puedo quitarlo. Cuando yo os dé órdenes, las llevaréis a cabo con rapidez, como la ley del rey, como la espada del rey en Kent. ¿Entendido?

—Sí, Alteza —respondió Iden inmediatamente—. Comprometo mi honor y mi

obediencia a vos. —Bendijo a Derry Brewer por haber dado su nombre. Era una recompensa por una vida dedicada a la paz y a la guerra, e Iden apenas podía comprender del todo lo que se le ofrecía.

—Id con Dios, sheriff Iden. Tendréis noticias mías.

Iden se sonrojó de placer al escuchar su nuevo título. Se levantó y se inclinó profundamente una vez más.

—Soy vuestro fiel sirviente, Alteza.

Margarita sonrió.

—Eso es todo lo que os pido.

Thomas Woodchurch caminó en silencio a través del eco de las calles de Londres con su hijo, manteniendo una estrecha vigilancia ante cualquiera que pudiera señalarlos o reconocerlos. Se habían deshecho de los arcos verdes, y tenían un único cuchillo cada uno para proteger las bolsas de oro que ambos llevaban. Jack Cade había sido más que generoso con el botín, permitiendo triplicar su parte a los que habían guiado a los hombres de Kent. Con la pequeña bolsa que Rowan llevaba escondida bajo su cinturón y su camisa tenían suficiente para arrendar una granja de tamaño decente, si la encontraban.

Cruzaron el Támesis en ferry, en lugar de poner a prueba la fuerza del perdón de la reina entre los defensores del Puente de Londres. Thomas y Rowan desembarcaron en un lugar más abajo en el río y luego Thomas llevó a su hijo a través de las densas y sinuosas calles. Poco a poco fueron recordando las callejuelas, hasta que llegaron a las colonias, los barrios bajos que Thomas conoció por primera vez cuando su padre arrancó a su pequeña familia de Kent y se establecieron en la ciudad para buscarse la vida.

Para Rowan, fue su primera vista de Londres a la luz del día. Se quedó cerca de su padre, ya que la multitud se afanó en torno a ellos, comerciando y hablando, en cuanto salió el sol. Las señales de los combates y la destrucción fueron desapareciendo, engullidas por una ciudad que siempre iba hacia delante, sin tener en cuenta el sufrimiento de las personas. Había funerales que bloqueaban algunas de las calles, pero los dos arqueros se abrieron camino a través del laberinto, hasta que Thomas llegó a una pequeña puerta negra, en el centro de la colonia. Esa parte de Londres era una de las más pobres, pero los dos hombres no parecían tener nada que pudiera ser robado y Thomas se aseguró de que su mano estuviera cerca del cuchillo. Respiró profundamente y golpeó la madera, dando un paso atrás en el barro mientras esperaba.

Ambos sonrieron cuando Joan Woodchurch abrió la puerta y se quedó allí, mirando con recelo a las descomunales figuras de su esposo e hijo.

—Pensé que habíais muerto —dijo rotundamente.

Thomas le sonrió.

—También estoy contento de verte, mi más querido ángel.

Ella resopló, pero cuando la abrazó, su dureza se derritió.

—Entonces, entra —dijo—. Querréis desayunar.

Padre e hijo entraron en la pequeña casa, seguidos enseguida por los gritos excitados de las hijas cuando dieron la bienvenida a los hombres Woodchurch.

Jack dio un paso atrás, mirando con los ojos entrecerrados la línea de mortero que había presionado contra el ladrillo. Con la mano firme, pasó la paleta puntiaguda a lo largo de la línea, satisfecho de cómo se iba levantando la pared. Cuando los largos días de verano empezaron a acortarse, persuadió a Paddy y a Ecclestone para que se unieran a él en el trabajo. Ninguno de ellos necesitaba trabajar, pero le gustó que hubieran ido igualmente. Paddy estaba arriba, en el techo, golpeando los clavos a través de las pizarras con más entusiasmo que habilidad. Jack sabía que su amigo había enviado algunas de sus monedas a Irlanda, a una familia a la que no veía desde hacía muchos años. Paddy se había bebido una gran parte del resto en cada posada y taberna que había en millas alrededor. Era una bendición que el irlandés fuera un borracho razonable, más dado a cantar y a veces a llorar, que no a romper mesas. Jack sabía que su viejo amigo se sentía incómodo teniendo cualquier tipo de riqueza. Por razones que no podía explicar por completo, Paddy parecía decidido a quemar su fortuna y a quedarse de nuevo sin un penique. Había engordado y alrededor de sus ojos inyectados en sangre su piel era flácida. Jack sacudió la cabeza con tristeza ante la perspectiva. Algunos hombres no podían ser felices, eso era todo. Llegaría un día en que Paddy lo habría perdido todo y se vería obligado a la mendicidad, eso era lo que ocurriría. Jack no le había dicho nada, pero siempre habría una cama para Paddy en la casa que estaban construyendo o tal vez un granero caliente donde pudiera dormir. Era mejor preverlo en lugar de ver a su amigo congelado hasta la muerte en una cuneta.

Ecclestone estaba mezclando más cal, pelo de caballo, arena y agua, con un paño envuelto alrededor de la cara para protegerse de los humos acres. Había comprado una tienda de sebo en la ciudad y aprendido sobre el comercio de velas y jabón áspero, con un pequeño equipo compuesto por dos muchachas locales y un anciano. Por lo que parecía, a Ecclestone le iba bien. Jack sabía que utilizaba su famosa navaja para cortar los bloques de jabón blanco moteado, mientras las chicas le miraban horrorizadas. A veces, una multitud se reunía en el umbral de la tienda, hombres y mujeres que sabían de sus hazañas, que iban sólo para ver la terrible pulcritud de sus cortes.

El trabajo podría haber ido más rápido si no hubieran pasado tanto tiempo riendo y hablando, pero a Jack no le importaba. Había empleado a tres hombres locales para levantar la estructura de madera, cortar las juntas y las clavijas con la habilidad y la velocidad de una larga experiencia. Otro hombre de la localidad había suministrado los ladrillos, cada uno con la huella digital del fabricante hundida en la arcilla. Jack pensó que él y sus dos amigos tendrían el resto terminado antes del invierno, con la casa tan cómoda como una mansión.

El nuevo edificio no era ni mucho menos tan grande como el que había incendiado. La tierra del magistrado había resultado bastante barata, con maderas

ennegrecidas en los jardines, pero no había querido construirse otra mansión. En su lugar, Jack había proyectado un lugar para una familia pequeña, con dos grandes habitaciones en la planta baja y tres dormitorios encima. No les había dicho nada a los otros dos por miedo a su risa, pero la noticia de sus hazañas en Londres había atraído el interés de más de una mujer soltera. Él sólo tenía ojos para la hija de un panadero de la aldea. Pensaba que no era mala idea que un hombre tuviera pan fresco toda su vida. Jack podía imaginar a un par de chicos corriendo a su alrededor y nadando en el estanque, sin que nadie pudiera echarlos de aquella tierra. Era una bonita idea. Kent era un hermoso condado, ciertamente. Incluso había considerado el alquiler de unos pocos campos locales para cultivar lúpulo. Algunas de las casas de huéspedes de la ciudad habían comenzado a vender diversas cervezas como de Jack Cade. Tenía mucho sentido considerar el hecho de proporcionarles la auténtica.

Jack se rió entre dientes mientras cogía otro ladrillo y le echaba encima el cemento húmedo. Sería un auténtico hombre de negocios, con buena ropa y un caballo para cabalgar hasta la ciudad. No era una mala cosa para un luchador y sus compañeros.

Oyó el ruido de unos hombres marchando antes de verlos subir por el largo camino. Paddy silbó en señal de advertencia y empezó a bajar. La reacción de Cade fue sentir un viejo temblor en el estómago antes de recordar que ya no tenía nada que temer. Había vivido toda su vida con el pensamiento de que un día los oficiales de justicia podrían ir a por él. De algún modo era difícil recordar que había sido indultado por todos sus crímenes y que debía tener cuidado de no cometer otro. Ahora Jack se quitaba el sombrero ante los hombres del rey, viendo que sabían quién era por sus agrias expresiones. Sin embargo, ellos no podían hacer nada al respecto.

Jack puso su paleta hacia abajo en la hilera de ladrillos, y, por la costumbre, acarició el cuchillo que llevaba en el cinturón para tranquilizarse. Él estaba en su propia tierra, legalmente comprada. Fueran quienes fueran, él era un hombre libre, se dijo, y tenía un perdón real por escrito que lo demostraba. Había un hacha de madera no muy lejos, con la hoja enterrada en un tocón para evitar que se oxidase. Jack la miró, sabiendo que sería más feliz aún con un arma decente en la mano. Era un pensamiento propio del hombre que había sido, no del respetable terrateniente Jack Cade, medio dispuesto a casarse o, al menos, a pensar en ello.

Paddy llegó a su lado, soplando levemente después de su rápido descenso del tejado. Sostenía un martillo, una corta porra de hierro y roble. Señaló a los soldados.

—Parecen un par de docenas, tal vez más, Jack. ¿Quieres atacar?

—No —dijo Jack secamente. Sacó el hacha del tocón, y la sostuvo con la mano derecha por el extremo del mango—. ¿Habéis oído que ha venido un nuevo sheriff de Londres? No tengo ninguna duda de que le gustaría vernos correr por los campos, pero ahora somos hombres libres, Paddy. Los hombres libres no corren.

Ecclestone llegó junto a ellos, limpiándose una mancha de cal de color amarillento que tenía en la mejilla. Jack vio que tenía la navaja oculta en una mano,

un viejo hábito que no había podido abandonar durante los meses anteriores.

—No hagáis nada estúpido, muchachos —murmuró Jack cuando la línea de soldados que marchaban se acercaba. Podía ver la bandera del sheriff ondeando en un asta en medio de ellos y no pudo evitar sonreír, al recordar otro.

Los tres amigos permanecieron de pie cuando los soldados se desplegaron hacia fuera, formando una media circunferencia alrededor de ellos. El hombre que desmontó en el centro llevaba una barba corta y negra y era casi tan grande como Jack y Paddy.

—Buenas tardes —dijo sonriendo—. Mi nombre es Alexander Iden. Tengo el honor de ser el sheriff de este condado.

—Os conocemos —dijo Jack—. También recordamos al último.

Una sombra cruzó el rostro de Iden al oír la respuesta.

—Sí, pobre hombre. ¿Entonces sois Jack Cade?

—Así es. Éstas son mis tierras, así que os agradeceré que me digáis qué queréis y sigáis vuestro camino. Como podéis ver, tengo trabajo que terminar.

—No lo creo —respondió Iden. Jack lo miró y vio que llevaba una larga espada en la cintura—. Estáis bajo arresto, Jack Cade, por orden de la Corona. Los cargos son asociación ilícita, traición y asesinato de los oficiales del rey. Ahora bien, ¿queréis ir tranquilamente a Londres, o me lo pondréis difícil? Decídmelo ahora; el resultado será el mismo en cualquier caso.

Jack sintió que una gran calma se apoderaba de él, una frialdad que salía de su intestino y hacía que sus brazos y piernas estuvieran entumecidos. Sintió una oleada de ira por la forma en que había confiado en que los señores y los nobles de Londres mantendrían su palabra. ¡Habían escrito el perdón y lo habían sellado! Palabras *escritas*; palabras con autoridad. Un empleado local se las había leído media docena de veces, tan sólidas y reales como nada en el mundo. Después de su regreso a Kent, Jack se había presentado a un prestamista en la ciudad y le había pedido verlo dos veces desde entonces, sólo para pasar la mano por encima de las letras y saber que eran ciertas. A pesar de que el corazón latía en su pecho y de que tenía la cara enrojecida, se aferró a ese clavo ardiendo.

—He sido perdonado, Iden. Hay un documento de la propia reina con su firma y sello en una caja fuerte en la ciudad. Mi nombre está en él y eso significa que no se puede tocar un pelo de mi cabeza.

Mientras hablaba, Jack levantó el hacha, agarró el mango con ambas manos y señaló con la gran hoja hacia el sheriff.

—Tengo mis órdenes —dijo Iden con un encogimiento de hombros. Miró casi divertido por la indignación que vio en el rebelde—. ¿Así que no vendréis pacíficamente, entonces?

Jack podía sentir la tensión en sus dos amigos. Miró a Paddy y vio que el hombretón estaba empapado de sudor. Ecclestone, inmóvil como una estatua, miraba amenazadoramente la garganta del sheriff.



—Marchaos —murmuró Jack—. Sea lo que sea que quiera este idiota traidor, no sois vosotros. Marchaos.

Paddy miró a su amigo como si le hubieran golpeado, con los ojos muy abiertos.

—Estoy cansado de correr, Jack —dijo en voz baja.

A lo largo de los últimos tres meses, habían imaginado una vida diferente, una vida en la que no tenían que ir con miedo a los funcionarios del rey y a los hombres del condado, quienes los obligaban a suplicar por algunas migajas. Habían luchado en Londres y ese episodio los había cambiado. Ecclestone y Paddy se miraron y ambos negaron con la cabeza.

—Muy bien, muchachos —dijo Jack. Sonrió a sus dos amigos, haciendo caso omiso de los soldados desde lo alto de sus caballos.

El sheriff había estado observando el intercambio con atención. Como los tres hombres no mostraron ninguna señal de rendición, hizo un movimiento con la mano. Sus soldados se lanzaron hacia delante preparados con escudos y espadas. No había habido ninguna advertencia, pero Jack había estado esperando una carga y giró violentamente con su hacha, golpeando en las costillas al aplastar el escudo del primero que intentó ponerle las manos encima. El hombre gritó, un repentino y sorprendente sonido en el jardín.

Ecclestone se movió rápido, girando los hombros y deslizándose entre dos hombres que llevaban malla, mientras trataba de llegar al sheriff. Jack gritó de dolor al ver a su amigo caído de un solo golpe, con la espada del sheriff cortándole profundamente el cuello. Paddy rugía al tiempo que con la mano izquierda asía el jubón de alguien mientras con su martillo aplastaba la cara y la cabeza de un soldado.

Jack continuó tambaleándose y dando golpes, sabiendo ya que era inútil, que siempre había sido inútil. Le costaba respirar. Se dio cuenta de que los soldados que lo rodeaban intentaban no asestarle un golpe fatal, pero uno de ellos le alcanzó en la espalda con un cuchillo, apuñalándolo salvajemente. Oyó gruñir a Paddy cuando el irlandés fue derribado por un golpe lateral.

Otro cuchillo pasó entre las costillas de Jack, que se contorsionó de dolor. Con un estupor traumático se dio cuenta de que se desvanecía. Cayó bajo una nube de patadas y puñetazos, con los dedos rotos y sin su hacha.

Jack sólo fue medio consciente de que lo arrastraron para que lo viera el sheriff Iden. Tenía el rostro y la boca ensangrentados. Escupió débilmente mientras los extraños lo agarraban con una fuerza desmesurada. Sus amigos habían sido abatidos, abandonados donde habían caído. Jack juró al ver sus cuerpos, y maldijo a los hombres del rey que tenía alrededor.

—¿Quién ha sido el estúpido que lo ha apuñalado? —oyó Jack que Iden preguntaba. El sheriff estaba furioso y los soldados bajaron la vista, jadeando y con la cara roja—. ¡Maldita sea! No llegará a Londres con esa herida.

Jack sonrió al oírle, a pesar de que le dolía. Sentía que la vida se le escapaba en aquel suelo polvoriento y sólo lamentó que Ecclestone no le hubiese cortado la

garganta al nuevo sheriff.

—Ata a este traidor a un caballo —continuó Iden, furioso—. ¡Dios! ¿No dije que había que cogerlo con vida?

Jack negó con la cabeza, sintiéndose extrañamente frío a pesar del calor del sol. Por un instante, le pareció oír las vocecitas de los niños, pero luego se desvaneció y se hundió en los brazos de los hombres que lo sujetaban.

**E**l rocío del amanecer mojaba el gran parque de Windsor con frías y racheadas lloviznas de abril, que no conseguían amortiguar el entusiasmo de los señores, reunidos por orden del rey. Ligeramente temblorosa, Margarita tuvo que admitir que Derry Brewer había tenido razón en gran parte. Todavía bostezando por lo poco que había conseguido dormir, miró hacia los vastos campos, con la mancha de oscuros bosques en la lejanía. Durante el reinado del padre de su esposo, se habían organizado cacerías reales cada año, con cientos de nobles y sus siervos marchando por los terrenos reales para cazar ciervos o demostrar su habilidad con halcones y perros. Las fiestas que seguían eran todavía famosas, y cuando ella había preguntado a Derry qué habrían podido llevar a Windsor los Neville, su respuesta había sido inmediata y espontánea. Ella sospechaba que una cacería normal también les habría hecho ir, después de ver tantas caras sonrojadas y el orgullo que se observaba en hombres como el conde de Salisbury al regresar con sus siervos cargados con liebres y faisanes, o el ciervo macho que lord Oxford había cazado. Su marido no había montado en una cacería durante una década y las tierras reales rebosaban de presas. Las dos primeras noches habían transcurrido en medio de fiestas fastuosas, con músicos y baile para mantener felices a las esposas, mientras los hombres devoraban la carne succulenta que habían cazado, jactándose y riéndose de los acontecimientos de la jornada. Había sido un éxito en todos los sentidos y lo mejor estaba aún por llegar.

Margarita había bajado hasta los establos del castillo para ver los dos jabalíes cautivos que liberarían aquella mañana. El duque Felipe de Borgoña había enviado las bestias como obsequio, tal vez en parte como muestra de su pesar por la muerte de William de la Pole. Sólo por eso, ella bendijo su nombre, aunque su oferta de un santuario para William significaba que siempre pensaría en él como un amigo. Los jabalíes machos eran los reyes de la selva profunda, los únicos animales en Inglaterra capaces de matar a los hombres que les daban caza. Se estremeció ante la masiva recolección de cuerpos y la ira ardiente en los pequeños ojos que apestaban. En su infancia, había visto una vez el baile de osos en Saumur, cuando una feria itinerante llegó a Anjou. Los cerdos de los establos eran el doble de grandes que aquellos animales, con unas cerdas gruesas como la piel marrón de un oso y la parte trasera tan ancha como una mesa de cocina. Tenía sentido que entre las casas nobles se obsequiaran buenos ejemplares de raza, y la habían advertido del gran tamaño de aquellos animales que gruñían y daban coces y golpeaban las paredes haciendo caer el polvo del techo. A los ojos de Margarita se parecían tanto al succulento cerdo de un carnicero como un león a un gato doméstico. El maestro de caza había hablado de ellos con temor, diciendo que cada uno de ellos debía pesar unas cuatrocientas libras y que tenían un par de colmillos tan largos como el antebrazo de un hombre. Margarita había visto de cerca la amenaza sin sentido de los animales, que clavaban

sus colmillos en las paredes del establo, furiosos por no poder llegar a sus captores.

Ella sabía que el conde de Warwick los llamaba Castor y Pólux, guerreros gemelos de antiguas leyendas griegas. Todo el mundo sabía que el joven Richard Neville tenía la intención de llevarse una de las cabezas a su casa, aunque había muchos otros que miraban el gran tamaño de los colmillos con deleite y anhelo. Los verdaderos jabalíes habían sido cazados hasta casi extinguirse en Inglaterra, y había pocos en la cacería de Windsor que hubiesen abatido uno. Margarita había tenido dificultades para no reírse de los interminables consejos que se daban mutuamente los hombres sobre el tema, si era mejor utilizar los perros de presa para mantenerlos en pie y después apuntar a su corazón con una flecha, o si dispararles una lanza entre las costillas era más eficaz.

Se pasó la mano por la curva del vientre, sintiendo de nuevo la intensa satisfacción de estar embarazada. Había soportado la amargura de ver a York nombrado heredero real, sin decir nada durante todo el tiempo en que parecía que el Parlamento hacía bien preparándose para lo peor. Fue entonces cuando notó los primeros síntomas y empezó a mirarse de frente y de perfil en los espejos, convencida de que eran imaginaciones suyas. El vientre iba creciendo cada semana, una maravilla para ella y una respuesta a miles de fervientes oraciones. Incluso las molestias le resultaban una delicia mientras el niño crecía. Todo lo que necesitó entonces fue que los condes de Inglaterra empezasen a ver las señales, la curva de su vientre, que significaba el fin de los juegos de York.

—Sé un niño —murmuró para sí, como hacía una docena de veces al día. Había deseado hijas durante mucho tiempo, pero un hijo aseguraría el trono para su marido y su línea. Un hijo dejaría a Ricardo y Cecilia de York en la oscuridad, desmontando todos sus complots. La idea le daba más placer del que podía expresar y se encontró asiendo su taza con tanta fuerza que las piedras preciosas del borde izquierdo quedaron marcadas en su palma.

Ricardo de York no había sido invitado a la cacería de Windsor. A pesar de que había heredado el título de conde de March, fue el único de los doce condes ingleses y «compañeros del rey» que no fue invitado a Windsor. Sin duda, sus partidarios lo considerarían otro insulto a una familia de rancio abolengo pero, aun así, ella había tomado la decisión. Podían decir y pensar lo que quisieran. No quería ni a aquel hombre ni a su gélida esposa cerca de ella o de su marido. Margarita todavía culpaba a York de la muerte de lord Suffolk y, a pesar de que nunca se había demostrado, sospechaba que tenía alguna relación con la rebelión de Cade y con todo el daño y el dolor que había causado. La cabeza de Cade se exhibía en lo alto de una pica, en el mismo puente que había cruzado luchando, y Margarita había ido a verlo.

Uno de los sirvientes se le acercó para volver a llenar su copa, pero ella lo despidió con un gesto. Llevaba meses con el estómago cerrado y protestaba por nada. Incluso debía beber el vino aguado a pequeños sorbos y tenía que ingerir la mayoría de alimentos en forma de caldos que a menudo vomitaba. No importaba. Lo único

que importaba era que los señores Neville habían visto su estado de gravidez, la prueba de que el linaje del rey Enrique continuaría y no se perdería. El momento en que, durante su primer encuentro en el castillo, el conde Warwick se quedó de piedra al verla, fue uno de los más felices de su vida. Ahora se lo diría a York, lo sabía. Su marido podía haber perdido Francia, pero había sobrevivido. El rey Enrique no había sido aplastado por rebeliones, motines o conspiraciones, ni siquiera por el ataque contra el mismo Londres. Su marido estaba vivo y todos los planes y maniobras de York, todos sus sobornos y la adulación de sus partidarios, habían quedado en nada ante su gravidez.

Margarita se sobresaltó cuando en el exterior se oyó un fuerte grito, y se dio cuenta de que los nobles reunidos habían salido a buscar a los cerdos liberados en el bosque real. Los maestros de caza del rey perseguirían a los animales entre los árboles y luego los vigilarían mientras los cazadores montaban y preparaban sus perros y armas. Ya podía oír en la planta baja el estrépito de las botas con espuelas. Era fácil imaginar la escena de los nobles excitados hablando y bromeando unos con otros, mientras tomaban carne fría para desayunar lo más rápidamente posible.

A causa del ruido en el exterior, Margarita no oyó entrar a su marido en la habitación. Volvió a la realidad cuando el mayordomo lo anunció y se puso en pie con un leve gemido de esfuerzo. Enrique estaba tan pálido como siempre, aunque le pareció que no estaba tan delgado. Le agradó ver que ya no tenía vendada la mano izquierda y que, finalmente, la herida había sanado. Continuaba teniendo la marca de una quemadura, más rígida en comparación con el resto de la piel. Sin embargo, todavía llevaba vendada la mano derecha, con una tela blanca que le cambiaban cada mañana. A pesar de ello, Margarita estaba contenta con cualquier pequeña mejora.

El rey Enrique sonrió al ver a su esposa. Le besó la frente y después la boca, con los labios secos y calientes.

—Buenos días, Margarita —preguntó—. ¿Habéis dormido? ¡Yo tuve unos sueños! El maestro Allworthy me dio una nueva poción que me ha provocado visiones muy extrañas.

—Me gustaría oírlas, esposo mío —respondió Margarita—. Pero la gran cacería empieza. Vuestros hombres han soltado a los jabalíes y vuestros nobles se preparan para salir.

—¿Ya? Me acabo de levantar, Margarita. No he comido nada. Me haré ensillar el caballo. ¿Dónde está el caballero mayor?

Al ver que Enrique se agitaba cada vez más, Margarita le tocó la frente con la mano, un toque fresco que siempre parecía tranquilizarle. Él se calmó y su mirada se perdió.

—No estáis lo suficientemente bien como para cabalgar con ellos, Enrique. Os arriesgaríais a una caída o una lesión si repentinamente os sintierais débil. Ellos lo entienden. Los jabalíes son vuestro regalo para ellos y os están agradecidos por el deporte.

—Bien..., bien, Margarita. Tenía la esperanza de orar hoy en la capilla pero no sé de dónde voy a sacar el tiempo.

Se dejó guiar por ella a una silla, en una larga mesa. Un sirviente la sostuvo para que se sentara y se encontró delante de un humeante plato de sopa. Cogió una cuchara y miró la sopa dubitativamente mientras el mismo criado ayudaba a Margarita a tomar asiento a su lado.

En los pisos inferiores todavía se podían oír las altas voces de los nobles, haciendo sus preparativos.

Fuera lloviznaba y el ladrido de los perros iba aumentando en intensidad a medida que los animales sentían que pronto serían liberados a la carrera tras los jabalíes. Durante la noche, la mitad de los condes invitados habían llevado sus mejores perros de caza a los establos para que olieran a Cástor y Pólux. Por el ruido que hicieron se diría que los perros habían llegado casi a enloquecer por la cercanía de los monstruosos animales. Margarita apenas había dormido, pero había sonreído en medio de aquel duermevela.

Vio cómo su marido se llevaba la cuchara de sopa a la boca con los ojos completamente en blanco, como si contemplara alguna otra imagen entre los cubiertos y platos de madera cuadrados. Los terrores que casi lo habían destruido habían disminuido un año después de la rebelión de Cade. Ella se había asegurado de que entendiera que la ciudad de Londres estaba a salvo y en paz de nuevo, al menos durante un tiempo.

Enrique dejó la cuchara de repente, levantándose.

—Debo ir con ellos, Margarita. Como anfitrión, debería desearles buena suerte y buena caza. ¿Han sacado a los jabalíes?

—Sí, esposo mío. Sentaos. Todo está bien.

Se sentó de nuevo, pero la severidad de Margarita se desvaneció al verle jugar con sus cubiertos, como un niño al que han negado la oportunidad de correr al aire libre. Margarita levantó la mirada, divertida e indulgente.

—Entonces, id, si pensáis que debéis hacerlo. ¡Mayordomo! El rey necesitará una capa. Aseguraos de que se la pone antes de salir bajo la lluvia.

Enrique se levantó rápidamente, inclinándose hacia delante para besarla antes de abandonar la habitación en algo parecido a una carrera. Ella sonrió, dedicándose a su propia sopa antes de que se enfriase demasiado.

La reunión de condes y sirvientes en la entrada del castillo podría haber parecido la preparación para una batalla, si no fuera por las risas y el buen ambiente general. Bajo un gran arco de piedra resguardado de la lluvia, Richard Neville, conde de Warwick, estaba discutiendo tácticas con su cazador y su padre, mientras otros tres de sus hombres preparaban cuatro caballos y una rehala de perros salvajes atados que se gruñían y ladraban unos a otros, nerviosos. Los halcones de Warwick no estaban

presentes aquella mañana. Todas sus valiosas aves estaban encapuchadas y vigiladas en sus habitaciones. No tenía ningún interés en las aves de corral o en cualquier otro animal, sólo en los dos jabalíes nobles hurgando en algún lugar de los cinco mil acres de prados y profundos bosques del rey. Los escuderos de ambos, padre e hijo, tenían listas las armas, y los perros mantendrían a raya a los jabalíes, agarrándoles y sujetándoles para que ellos los matasen.

El conde de Salisbury miró a su hijo, y vio que estaba ruborizado a pesar del frío.

—¿Es necesario que os diga que tengáis cuidado? —preguntó.

Su hijo se echó a reír, sacudiendo la cabeza mientras revisaba que las cinchas de su montura estuvieran lo bastante apretadas.

—Ya las habéis visto, señor. Aquellas cabezas estarían mejor en las paredes de mi castillo, ¿no os parece?

El hombre mayor sonrió con tristeza, sabiendo que para su hijo la consecución de los jabalíes estaba en primer lugar, sin importarle el riesgo. Cuando los heraldos del rey hicieron sonar las trompas, todos salieron a la carga a través de los campos abiertos y entre los árboles.

—No quitéis el ojo de los jóvenes Tudor —dijo su padre repentinamente. Hizo un gesto a uno de los cazadores para que se alejase y juntó las manos para ayudar a montar a su hijo—. Son jóvenes y ese Edmund sigue siendo un conde novato e inmaduro. Hará todo lo posible para complacer al rey, no lo dudo. Y cuidado con Somerset. Ese hombre no tiene miedo a la estupidez. —Muy a su pesar no pudo evitar otra advertencia—. No os interpongáis entre ningún favorito del rey y un jabalí si sostienen una lanza o están a punto de disparar una flecha, muchacho, eso es todo. ¿Habéis entendido?

—Sí, señor, pero regresaré con la cabeza de uno de esos dos. No hay caballo aquí que pueda con ellos. Llegaré a esos jabalíes antes que los demás. ¡Que se preocupen, pues!

Algunos de los condes mayores contarían como propia la matanza, aunque hubieran sido sus ayudantes quienes derribasen al jabalí. Warwick pretendía hacerlo personalmente, si era posible, con una de las tres lanzas que había traído para la ocasión. Eran más largas que él, con afiladas cuchillas. Su padre se las alcanzó mientras sacudía la cabeza distraídamente, para ocultar sus preocupaciones.

—Os seguiré con Westmorland. Quién sabe, quizá podría disparar un tiro con mi arco cuando los jóvenes estéis exhaustos —sonrió mientras hablaba, y su hijo rió.

Los dos Neville volvieron la cabeza cuando las conversaciones se detuvieron a su alrededor y los sirvientes se arrodillaron sobre los adoquines.

El rey Enrique salió al patio con su mayordomo en los talones, tratando de cubrir al rey con una gruesa capa.

Enrique permaneció en pie y miró a su alrededor a los doce condes reunidos junto a sus sirvientes, cuarenta o cincuenta hombres en total, y otros tantos caballos y perros haciendo un ruido terrible. Uno por uno, los nobles vieron al rey y se

inclinaron, bajando la cabeza. Enrique les sonrió mientras la lluvia caía con más fuerza, de modo que le aplastaba el pelo en la cabeza. Aceptó la capa, por fin, a pesar de que ya estaba completamente empapada.

—Adelante. Os deseo lo mejor, señores. Sólo siento no poder unirme a vosotros hoy.

Miró con nostalgia a los caballos que tenía cerca pero Margarita había sido muy clara.

—Buena suerte a todos, y espero que al menos una de las cabezas sea traída por uno de mis hermanos.

Los hombres se rieron, mirando hacia donde estaban de pie Edmund y Jasper Tudor, orgullosos de haber sido mencionados. Cuando llegaron a la corte desde Gales, Enrique había querido hacerles condes, honrando a los hijos del breve segundo matrimonio de su madre. Sin embargo, medio-franceses medio-galeses como eran, no tenían ni una gota de sangre inglesa. Su reacio Parlamento había sido obligado a concederles los derechos de un inglés por estatuto, antes de que Enrique pudiera adjudicarles fincas a los hermanastros Tudor. Al verlos recordó el rostro de su madre y se le llenaron los ojos de lágrimas, que cayeron al instante bajo la lluvia.

—Sólo lamento que nuestra madre no esté viva para veros, pero sí que estará pendiente de vosotros.

Se hizo un silencio incómodo para los doce condes, que no podían salir a cazar hasta que no hubieran sido despedidos. El rey los miraba sin verlos, frotándose la frente como si empezase a sufrir de nuevo dolor de cabeza. Lentamente volvió a la realidad y miró hacia arriba.

—Os veré a todos en la fiesta de esta noche, para brindar por el vencedor de la cacería.

Los condes y sus hombres aclamaron al rey con entusiasmo por aquellas palabras y Enrique sonrió con deleite antes de volver al castillo. Estaba temblando y tenía los labios morados a causa del frío. El mayordomo que había llevado la capa estaba pálido de frustración, sabiendo que todos le recriminarían por haber dejado al rey bajo la lluvia.

A la luz de la lámpara, Enrique se estremeció de frío. Tenía una manta sobre las piernas para mantener el calor y trataba de leer, moviéndose incómodo en el sillón. Desde su discurso de la mañana, la cabeza le estallaba de dolor. Había bebido un poco de vino en la fiesta y había comido un poco de la gran pierna de cerdo que humeaba en la bandeja. Richard de Warwick había acabado completamente borracho después de su éxito en la cacería. A pesar del dolor de cabeza, Enrique sonrió al recordarlo mientras se frotaba el puente de la nariz. Edmund Tudor se había hecho con *Cástor* y Warwick con *Pólux*. Tres perros habían muerto, abiertos en canal por los colmillos del jabalí. Dos de los hombres Warwick también habían sido



acuchillados. Estaban siendo atendidos por Allworthy, que suturaba sus heridas y los medicaba para el dolor.

Enrique había concedido igualdad de honores en el banquete, brindando desde la cabecera de la mesa a la salud de Warwick y de Edmundo Tudor. Margarita le había apretado la rodilla bajo la mesa y su felicidad era completa. Durante un largo rato le había preocupado el hecho de que los condes pudieran llegar a discutir o incluso a pelear entre ellos, puesto que, durante un año o más, habían estado enemistados. Sin embargo, habían bebido y bromeado con buen humor, cantando junto a los músicos y silbando a los actores y juglares que había traído para entretenerles. La cacería había sido un éxito, Enrique lo sabía. Margarita estaba contenta e incluso el viejo Richard Neville había suavizado su rostro adusto orgulloso de ver honrado a su hijo.

Enrique apartó la vista de la página y prefirió descansar contemplando los oscuros bosques tras los cristales. Mucho después de la medianoche, continuaba sin poder dormir a causa del dolor de cabeza y de la presión que sentía en el ojo derecho. Lo único que podía hacer era resistir hasta que saliera el sol y pudiera abandonar sus habitaciones. Pensó por un momento en llamar a Margarita, pero recordó que ya hacía rato que dormía. Las mujeres embarazadas necesitan dormir, se dijo. Enrique sonrió para sus adentros ante la idea, mirando de nuevo a la página, que veía borrosa.

En el silencio, el rey dio un pequeño gemido. Reconoció los pasos que se acercaban decididamente sobre el brillante suelo de madera. Vio consternado cómo entraba maese Allworthy, con su maletín de piel abultado. Con su abrigo negro y sus zapatos negros brillantes, el médico parecía más un sacerdote de un médico.

—No os he mandado llamar, doctor —dijo Enrique, no del todo seguro—. Como veis, estoy descansando. No puede ser hora de tomar más medicinas.

—Vamos, vamos, Majestad. Vuestro mayordomo me dijo que podríais tener fiebre, después de caminar bajo la lluvia. Vuestra salud es cosa mía y no es ningún problema para mí venir a veros.

Allworthy extendió la mano y apretó la palma contra la frente de Enrique, chasqueando la lengua para sí.

—Demasiada temperatura, como sospechaba.

Sacudiendo la cabeza en señal de desaprobación, el doctor abrió el maletín y extrajo el instrumental y los viales necesarios, comprobando cada uno con cuidado y ajustando su posición hasta que estuvo plenamente satisfecho.

—Creo que me gustaría ver a mi esposa, Allworthy. Quiero verla.

—Por supuesto, excelencia —respondió el médico descuidadamente—. En cuanto os haya extraído sangre. ¿Qué brazo preferís?

A pesar de su creciente indignación, Enrique se encontró sosteniendo el brazo derecho. Hizo un gran esfuerzo para resistir la charla de Allworthy pero encontró fuerzas. Dejó que el brazo colgase flácido cuando Allworthy le subió la manga de la camisa y le buscó las venas. Con cuidado, el médico le puso el brazo sobre el regazo y se volvió hacia sus preparativos. Cuando Enrique no miraba, Allworthy colocó

sobre una pequeña bandeja de plata, unas cuantas píldoras prensadas a mano.

—Son muchas —murmuró Enrique—. ¿Para qué son, hoy?

El médico hizo apenas una pausa mientras revisaba el borde de su cureta, lista para ser introducida en una vena.

—¿Por qué? ¡Son para el dolor, excelencia! Os gustaría que el dolor se fuera, ¿verdad?

Una intensa expresión de irritación cruzó el rostro de Enrique al oír la respuesta. Una parte profunda de él odiaba que le trataran como a un niño pero, aun así, abrió la boca y dejó que el médico le colocase las amargas píldoras en la lengua para que las tragara. Allworthy tendió al rey una taza de arcilla que contenía uno de sus viles brebajes. Enrique tragó un pequeño sorbo antes de hacer una mueca y deshacerse de él.

—Un poco más —insistió Allworthy, empujándola contra los dientes del rey y haciéndola tintinear.

Por la barbilla de Enrique se deslizó un poco del líquido, y tosió, ahogándose. Su brazo desnudo se levantó e hizo saltar la taza, que se rompió en el suelo con un gran ruido.

Allworthy frunció el ceño, de pie, completamente inmóvil por un momento, antes de llegar a dominar su indignación.

—Voy a traeros otro caldo, Excelencia. Queréis estar bien de nuevo, ¿verdad? ¡Naturalmente!

Limpió la boca el rey con un paño con más dureza de la debida, haciendo que se le enrojeciera la piel del contorno de los labios.

—Margarita —dijo Enrique con claridad.

Allworthy percibió con irritación el movimiento de un sirviente que estaba junto a la pared más lejana. No se había dado cuenta de que el hombre estaba allí de pie, en posición de firmes, en silencio.

—¡Su Excelencia no puede ser molestada! —espetó el médico.

El criado se detuvo, pero sólo por un momento. En un conflicto de autoridad, lo mejor era seguir las órdenes del rey antes que las del médico. Allworthy chasqueó la lengua de nuevo para sí cuando el hombre desapareció, repiqueteando al andar por los pasillos del ala este.

—Ahora la mitad de la casa se despertará, no lo dudo. Me quedaré y hablaré con la reina, no os preocupéis. Dadme de nuevo vuestro brazo.

Enrique miró hacia otro lado cuando Allworthy cortó una vena en el hueso del codo, apretando la carne hasta que corrió un buen flujo de sangre. El médico miró de cerca su color, sosteniendo bajo el codo del rey un plato que se llenó poco a poco.

Margarita llegó antes de que la hemorragia hubiera terminado, con sólo una camisa de dormir y una capa gruesa sobre los hombros. El doctor Allworthy hizo una reverencia cuando entró, consciente de su autoridad pero, al mismo tiempo, seguro de la suya propia.

—Alteza Real, lamento *profundamente* haberos perturbado a estas horas. El rey Enrique continúa mal. Su Excelencia dice vuestro nombre y temo que el criado...

Allworthy se interrumpió cuando Margarita se arrodilló al lado de su marido, sin dar muestras de haberlo escuchado. En cambio, miró con disgusto el tazón medio lleno.

—¿Os sentís mal, Enrique? Estoy aquí con vos, ahora.

Enrique le acarició la mano, sintiendo consuelo mientras luchaba contra un cansancio que le había robado casi toda la fuerza.

—Siento despertaros, Margarita —murmuró—. Estaba sentado tan tranquilo cuando entró Allworthy y he querido que estuvierais conmigo. Tal vez debería dormir.

—¡Por supuesto que deberíais, Excelencia! —dijo Allworthy con severidad—. ¿Cómo podréis curaros, si no? —Se volvió hacia Margarita diciéndole—: El criado no debería haberos dicho nada, milady. Se lo advertí, pero no me escuchó.

—Os equivocáis —respondió Margarita al instante—. ¡Si mi esposo os dice que me llaméis, debéis olvidar vuestro maletín y correr, maese Allworthy!

Nunca le había gustado aquel médico pomposo. A Margarita le parecía que aquel hombre trataba a Enrique como al tonto del pueblo.

—No puedo decirlo —respondió Enrique a una pregunta que nadie le había hecho. Abrió los ojos, pero la habitación parecía moverse a su alrededor mientras sus sentidos nadaban en los ácidos de la sangre. De repente se atragantó, con la boca llena de bilis verde. Margarita jadeó horrorizada cuando el líquido de olor amargo se derramó por sus labios.

—Estáis fatigando al rey, milady —dijo Allworthy, sin apenas ocultar su satisfacción. Utilizó un paño para recoger el delgado hilo de baba que caía de la boca del rey—. Como médico real...

Margarita le lanzó una mirada tan envenenada que Allworthy se sonrojó y permaneció en silencio. Enrique continuaba ahogándose y gimiendo cuando su estómago se contrajo y se vació. La manta y la camisa se salpicaron del líquido que le salía de la boca. La sangre continuaba manando de su brazo y goteaba en los bordes de la jofaina, o era absorbida inmediatamente por la manta. Allworthy se quejaba, nervioso, alrededor del rey, secando y taponando.

Cuando Margarita le cogió la mano, Enrique se tambaleó en su asiento, mostrando los tendones tensos en la garganta. El tazón de sangre cayó con un ruido terrible mientras el contenido se filtraba y formaba un charco rojo en el suelo. Los músculos de Enrique se volvieron rígidos y el rey perdió la mirada, mostrando el blanco de la córnea.

—¿Su Excelencia? —preguntó Allworthy, preocupado. No hubo respuesta. El joven rey colgaba a un lado, sin sentido.

—¿Enrique? ¿Puedes oírme? ¿Qué habéis *hecho* con él? —exigió Margarita.

El doctor Allworthy, confuso, movió la cabeza.

—Milady, nada de lo que le he dado puede provocar ataques —dijo—. La causa es el desequilibrio de humores que ha sufrido siempre y que yo hasta ahora había podido controlar.

Ocultando su pánico, el médico pisó la sangre derramada para inclinarse sobre el rey. Le pellizcó las mejillas, primero suavemente y después tan fuerte que le dejó marcas rojas.

—¿Su Excelencia? —preguntó.

No hubo respuesta. El pecho del rey subía y bajaba como antes, pero Enrique parecía ausente, perdido.

La mirada de Margarita iba de la cara exangüe de su marido al médico, de pie a su lado, con las manchas de sangre y vómito en el abrigo negro. Alargó su mano y sujetó con fuerza el brazo del doctor.

—Basta de pócimas desagradables, basta de sangrías y de píldoras. ¡*Nunca más!* Una sola protesta y os haré detener e interrogar. Yo me ocuparé de mi marido.

Le dio la espalda al médico para alcanzar una venda, con la que cubrir la herida aún sangrante en el brazo de Enrique. Apretó fuertemente el nudo con los dientes y después intentó alzar a su marido sosteniéndolo por debajo de los brazos. Su cabeza se desplomó hacia delante, y escupió por la boca.

Allworthy miró pasmado a la joven reina, que se mordía el labio, indecisa, y que después levantó la mano manteniéndola abierta y temblando visiblemente. Tomó aire lentamente y abofeteó al rey en la mejilla, haciendo que la cabeza se le fuera hacia atrás. Ningún sonido salió por la boca del rey, a pesar de que en la mejilla tenía la marca roja del bofetón. Margarita dejó que se hundiera de nuevo en la silla, sollozando de frustración y de miedo. El doctor abría y cerraba la boca, pero no tenía nada más que decir.

## EPÍLOGO

**L**ondres podía ser bella en primavera. El sol provocaba destellos en el indolente río y había productos frescos en todos los mercados. Todavía había algunos que iban a ver la marca que Cade había hecho con su espada en la Piedra de Londres, pero incluso esa marca se había borrado con el tiempo y con el roce de las manos.

Al palacio de Westminster llegaban señores desde todo el país, viajando en coche o a caballo, o transportados por el río en barcas de remos. Llegaban solos o en multitudes, animando los pasillos y salas de reuniones. El presidente Tresham había sido enviado por el Parlamento para saludar al duque de York cuando éste regresó de Irlanda, pero cualquier cosa que el hombre tuviera pensada fue olvidada cuando fue asesinado en la calle, aparentemente confundido con un bandido. El chambelán personal de York era ahora sir William Oldhall. Fue él quien había fijado el lugar para el regreso de su señor y enviado las solicitudes formales de asistencia. Treinta y dos de las cincuenta y cinco casas nobles estuvieron representadas en la reunión de Londres, apenas suficiente para la tarea que tenían por delante.

Cuando la campana de la torre del reloj tañó a mediodía, Oldhall miró a los señores reunidos, separados uno de otro por un ancho pasillo. La luz del sol brillaba a través de las altas ventanas de la Sala Blanca, dejando a la vista terciopelos y sedas, una masa de brillantes colores. York no estaba todavía presente y difícilmente se podía empezar sin él. Oldhall se secó el sudor de la frente, mirando hacia la puerta.

Ricardo de York caminó tranquilamente por los pasillos que conducían a la Sala Blanca. Había una docena de hombres con él, todos vestidos con la librea de su casa y luciendo ya fuera la rosa blanca de York o su símbolo personal, un halcón con las garras extendidas. No esperaba ser amenazado en el palacio real, pero tampoco iba a entrar en la fortaleza de sus enemigos sin buenos espadachines a su lado. Oyó sonar la campana del reloj a mediodía y apretó el paso, sabiendo que los demás nobles estarían esperándole. Sus lacayos iban pegados a él, comprobando cada pasillo lateral y cada sala por donde pasaban, para evitar problemas. Las salas estaban completamente desiertas y York dobló la última esquina a gran velocidad.

De repente llamó al alto cuando avistó a un grupo apostado junto a la puerta por la que tendría que entrar en la sala que hacía eco. York pudo oír el murmullo de la conversación en el interior, pero él sólo tenía ojos para la joven que estaba rodeada de pajes y camareras que lo miraba como si fuera a prenderle fuego con la única fuerza de su desagrado. Ricardo vaciló tan sólo, un instante antes de adelantar la pierna derecha e inclinarse por completo, junto a sus hombres, ante la reina de Inglaterra.

—Alteza Real —dijo, mientras se levantaba. Sin pensarlo, York se adelantó solo, levantando una mano abierta a sus hombres para que su visión no amenazase a

Margarita—. No esperaba veros hoy aquí...

Bajó los ojos mientras hablaba, sin poder evitar mirar fijamente el bulto de su vestido. Su boca se tensó cuando vio el embarazo por primera vez. Cuando levantó la vista, notó que ella se había dado cuenta de su reacción.

—Lord York, ¿creíais que no vendría? —preguntó en voz baja y firme—. ¿Hoy, precisamente hoy, cuando hay que tratar de asuntos tan importantes?

York tuvo que hacer un esfuerzo para no mostrar su triunfo, pero sabía que era innecesario.

—Alteza, ¿ha habido algún cambio en el estado del rey? ¿Se ha levantado? Voy a dar gracias en cada iglesia de mis tierras si es así.

Margarita apretó los labios. Durante cinco meses, su esposo había estado totalmente ausente ahogándose prácticamente todos los días cuando se le forzaba para que tomase el alimento suficiente para mantenerlo con vida. No podía hablar, ni siquiera reaccionaba al dolor. Su hijo crecería dentro de ella hasta que sintiese que no podía soportar otro día de pesadez y malestar. El triunfo de la gran cacería en Windsor parecía haber terminado y ahora ella era su enemiga, la enemiga de su casa y de su línea, una casa de Irlanda, una vez más. El país entero hablaba del regreso de York y de lo que significaba para Inglaterra y el frágil rey.

Margarita tenía las manos hinchadas por el embarazo y le dolían. Aun así, las retorció deseando poder tener, por una vez, la fuerza de un hombre para degollar a otro. El duque permaneció de pie ante ella, mostrando diversión en la mirada. Ella había querido que él viese su embarazo, que supiera que finalmente habría un heredero. Había querido mirarle a los ojos cuando traicionara a su rey pero, en aquel momento, todo se había venido abajo y ella deseaba no tener que ir.

—El rey Enrique mejora de día en día, lord York. No dudo de que volverá a tomar las riendas del gobierno.

—Por supuesto, por supuesto —respondió York—. Todos rezamos para que así sea. Hoy me siento honrado de que hayáis venido a mi encuentro, milady. Sin embargo, me llaman. Si lo permitís, debería ir a presenciar la votación.

Se inclinó de nuevo antes de que Margarita pudiera responder. Vio cómo entraba en la Sala Blanca, languideciendo del mismo modo que su voluntad se había desvanecido delante de él. Sin embargo, sus hombres todavía la observaban cuando levantó la cabeza, llevándose a su séquito. Ella sabía lo que pretendían aquellos señores que hablaban a menudo de la necesidad de un gobierno fuerte, mientras que su marido luchaba y se ahogaba en su sueño despierto.

Cuando York entró, Oldhall hinchó las mejillas, profundamente aliviado al ver a su señor, el duque, sano y salvo. Cuando York se sentó en el antiguo banco de roble, Oldhall empezó a hablar, aclarándose la garganta.

—Señores, un poco de orden, por favor —gritó Oldhall por encima de sus

cabezas. Se puso de pie ante un atril frente a una silla dorada, elevada por encima de los bancos para que pudiera dirigirse a todos ellos.

Se hizo el silencio.

—Señores, es un honor agradeceros vuestra presencia en este día. Os pido que inclinéis la cabeza para rezar.

Todos los allí presentes bajaron la cabeza o se arrodillaron a los pies de su asiento.

—Señor, Dios de la justicia y la verdad, concede al rey y a sus príncipes la guía de su espíritu. Que nunca dirijan la nación por el camino equivocado, a través del ansia de poder o del deseo de agradar, sino que dejen a un lado los intereses privados y tengan en cuenta su responsabilidad con la humanidad y con el rey, que venga a nosotros tu reino y tu nombre sea santificado. Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo estén con todos nosotros. Amén.

La última palabra se hizo eco entre los presentes. Se sentaron atrás, conociendo cada detalle de lo que iba a suceder, pero todavía atentos y alerta. La reunión era simplemente el colofón tras meses de negociación y discusión. El resultado ya era definitivo y debía ser redactado.

—El estado del rey Enrique se ha mantenido sin cambios durante cinco meses, señores —continuó Oldhall con la voz temblorosa por la tensión—. No puede ser despertado y, en su enfermedad, el rey no tiene la capacidad ni el juicio para gobernar. Por tanto, por el bien del reino, propongo que uno de nosotros sea reconocido como protector y defensor del reino, para ser árbitro y última autoridad hasta que el rey Enrique se recupere, o se establezca la sucesión.

Oldhall tragó saliva nerviosamente cuando vio que lord York se disponía a hablar. El embarazo de la reina era la única cosa que enturbiaba su placer aquel día. Los acuerdos y alianzas estaban concretados. Eran consecuencia del estado del rey y de su incapacidad para hablar. Oldhall se aclaró la garganta para continuar y sus manos temblaban tanto que se aferró al atril para mantenerlas quietas.

—Antes de proceder a una votación sobre este asunto, ¿quién de vos se ofrece como protector y defensor del reino durante la enfermedad del rey?

Todas las miradas se volvieron hacia York, que se levantó lentamente de su asiento.

—Con gran reticencia ofrezco mi servicio a mis señores y a mi rey.

—¿Alguien más? —preguntó Oldhall. Miró ostensiblemente a su alrededor, aunque sabía que nadie más se presentaría. Los condes y duques que todavía se mantenían firmes apoyando al rey Enrique no estaban presentes en los bancos. Somerset había desaparecido, igual que los medio hermanos del rey, Edmund y Jasper Tudor. Oldhall asintió, satisfecho.

—Señores, os llamo a votar. Por favor, levantaos y pasad por la sala de votantes.

Las dos estrechas salas se encontraban a ambos lados de la Sala Blanca. Todos,

del primero al último, se levantaron de sus bancos y entraron en la sala «Aceptación», dejando vacía la sala «Descontento». York fue el único de ellos que se quedó en su sitio, sonriendo levemente. Clerks tomó los nombres, pero fue una mera formalidad. Cuando regresaron, estaban más animados y York sonreía y recibía las felicitaciones de Warwick, Salisbury y el resto de sus partidarios.

Oldhall esperó a que se sentasen de nuevo delante de él antes de dictar sentencia.

—Ricardo Plantagenet, duque de York, es la voluntad de los Honorables Lores espirituales y temporales que seáis nombrado Protector y Defensor del Reino. ¿Aceptáis el nombramiento?

—Sí, acepto —respondió York.

La alegría estalló en los bancos que tenía a cada lado y Oldhall se sentó, aliviado, y se secó la frente. Lo habían hecho. A partir de ese momento, York era rey en todo menos en el nombre. Ricardo de York inclinó la cabeza a sus compañeros. Permaneció en pie en medio de la asamblea de nobles, mostrando su orgullo sin reservas.



## NOTA HISTÓRICA

Eduardo III nombró sólo a tres duques en su largo reinado. Los condes eran compañeros del rey, partidarios cercanos que proporcionaron ejércitos de caballeros, arqueros y hombres de armas a cambio de grandes extensiones de tierra y del «Third Penny»<sup>[3]</sup> de las rentas de acompañamiento. El título de «Duque» era nuevo para Eduardo III y se desconocían los límites de su poder. Dos de los hijos de Eduardo murieron antes que él, así que el único que estuvo presente en su lecho de muerte fue Juan de Gante, duque de Lancaster. Los otros dos hijos fueron, y son todavía, conocidos por sus títulos anteriores. Edmundo de Langley, conde de Cambridge, sería nombrado duque de York más tarde por su sobrino, el rey Ricardo II. Tomás de Woodstock era conde de Buckingham en el momento de la muerte de su padre. También fue nombrado duque por Ricardo II. Esos cinco hijos de Eduardo III serían las semillas del conflicto entre casas que se conoció como Guerra de las Dos Rosas.

El hijo mayor de Eduardo III pudo haber muerto antes que el rey, pero el Príncipe Negro seguía siendo el heredero real y su hijo se convirtió en el rey Ricardo II en 1377, con tan sólo diez años de edad. Durante su minoría de edad, su tío Juan de Gante fue el regente. En 1399, cuando el regente murió, el rey Ricardo tenía treinta y dos años y había sido un monarca sin éxito e impopular. Para proteger el trono de las amenazas de la línea de Gante, Ricardo exilió y luego desheredó a un tal Enrique de Bolingbroke, hijo de Juan de Gante. Enrique volvió del exilio con un ejército, invadió Inglaterra y, depuso a Ricardo, coronándose como rey Enrique IV. Su hijo sería quizá el más famoso de los reyes de la batalla de Inglaterra.

Enrique V triunfaría contra todo pronóstico en Agincourt, en Francia. Si hubiera vivido un poco más, el éxito, tanto en casa como en el extranjero, habría inscrito en piedra para la historia a la línea de Lancaster de Juan de Gante. En cambio, Enrique V murió en 1422 de enfermedad, a la edad de tan sólo treinta y cinco años. Dejó un hijo de nueve meses de edad, que debería ser el rey Enrique VI, con regentes para gobernar hasta que el niño alcanzase la edad adulta. Por desgracia para la línea de Lancaster, Enrique VI no se parecía a su padre en lo marcial. Él fue el último monarca inglés que podía ser considerado rey de Francia, aunque el título fue usado todavía por los reyes ingleses y después británicos, hasta 1801. Como ya he descrito aquí, durante el reinado de Enrique VI se perdió todo el territorio francés, salvo la fortaleza de Calais.

Cuando investigaba los detalles del plan para renunciar a Maine y Anjou, a cambio de una tregua de veinte años y de una esposa para Enrique VI, me di cuenta de que tenía

que haber una mente que guiase un esquema tan indignante. Aunque ignoramos el nombre de esa persona, alguien tuvo que haber conocido la aristocracia francesa y la casa de Anjou al detalle, además de estar lo suficientemente cerca del rey Enrique VI como para influir en los grandes eventos. De este modo nació Derry Brewer. Un hombre parecido a él tuvo que haber existido.

El rey de Francia Carlos VII no renunciaría a la hija de un rey inglés. Había visto enviar a dos hermanas al otro lado del Canal y el resultado era un fortalecimiento de la reivindicación inglesa en su propio reino. Sin embargo, las únicas otras princesas en suelo francés estaban en Anjou, una familia no estimada por los ingleses. René de Anjou fue conducido a la mesa de negociaciones motivado por la única cosa que le importaba: la devolución de sus tierras ancestrales.

Como punto de interés, el cronista francés Bourdigné ofrece el relato desgarrador de la acusación y condena por blasfemia de un anciano judío, en la zona controlada por René de Anjou. Aunque la comunidad judía apeló al duque René personalmente, la ejecución siguió adelante y el hombre fue desollado vivo.

Nota sobre el «matrimonio» francés de Margarita: es cierto que Enrique VI no estuvo presente en la primera ceremonia, que presumiblemente debe llamarse un «compromiso», ya que no estaba en el edificio. William de la Pole, lord Suffolk, pronunció los votos en nombre de Enrique y colocó el anillo en el dedo de Margarita, que tenía catorce años. William de la Pole ya estaba casado con Alice Chaucer, nieta del escritor Geoffrey Chaucer. La ceremonia en realidad tuvo lugar en la iglesia de Saint Martin, en Tours, y no en la catedral. No sabemos por qué Enrique VI no estaba presente, aunque parece razonable sospechar que sus señores no le querían en ningún lugar cerca del rey de Francia, de territorio francés o de soldados franceses. Durante los cuatro años posteriores al matrimonio, cortesanos y señores ingleses prometieron una reunión entre los dos reyes, pero la retrasaron una y otra vez.

Ha sido un problema para la ficción histórica el hecho de que los acontecimientos reales a menudo tuvieran lugar durante un plazo de tiempo mucho más largo de lo que a mí me convenía. Por ejemplo, la reconquista de la Normandía inglesa por los franceses duró un año entero. La boda entre Margarita y el rey Enrique tuvo lugar en abril de 1445. A pesar de que todas las reclamaciones de Enrique sobre Anjou y Maine se dejaron de lado como parte del acuerdo matrimonial, Maine fue finalmente recuperada tras una tregua de cinco años, en 1450. En ocasiones he comprimido o alterado la línea de tiempo porque años de negociación tortuosa o de «no sucede demasiado» no eran adecuados para hacer interesantes los capítulos. Durante la tregua, William de la Pole era el jefe negociador y viajaba a Francia una y otra vez. El período del duque de York como lugarteniente del rey en Francia terminó en 1445.

Edmund Beaufort, lord Somerset, fue nombrado para sucederle en 1447, a pesar de que en realidad no llegó hasta febrero de 1448. En los años siguientes asigné este rol a Suffolk.

Del mismo modo, sentí la necesidad de reducir el tiempo entre la rebelión de Cade y la conversión de York en Defensor del Reino. La realidad era que pasaron tres largos años, con el empeoramiento de la salud del rey Enrique y el aumento de la fuerza y la audacia de los partidarios de York.

No he podido encontrar ningún registro de los votos reales entre Enrique VI y Margarita de Anjou, así que me he basado en detalles de bodas nobles del siglo XV bien documentadas. Lo que sí sabemos es que Enrique llevaba ropas de oro y que el anillo de rubí que puso en el dedo de Margarita era el que había llevado en su coronación. Los votos se han reproducido según la forma utilizada en el momento, con una ligera modernización de la ortografía. El cubrimiento de la novia y del novio con un chal atado con un cordón es un detalle preciso. También es cierto que no habría habido ni sillas en la iglesia principal y que el altar se habría ocultado a la congregación con una pantalla. La distancia del altar en que se situaban dependía de su estatus. De hecho, Enrique y Margarita se casaron en la abadía de Titchfield, que fue destruida en el siglo XVI y reconstruida como una mansión Tudor. Parte de la antigua abadía sobrevive como una puerta de entrada. Margarita partió de allí a Blackheath, en Londres, entrando en la ciudad con una comitiva que atravesó el Puente de Londres y se detuvo allí para presenciar los desfiles en su honor. Finalmente fue coronada en la abadía de Westminster. No hay registro de que Enrique estuviese a su lado durante la ceremonia.

No pude resistirme a utilizar el nombre de barón Strange. El resto de la historia francesa es ficticia, aunque basada en hechos reales. Los colonos ingleses en Maine se resistieron a la ocupación francesa y dio paso a un conflicto desastroso que terminó con la pérdida de toda la Normandía hasta Calais. El título de barón Strange existía en aquel momento, aunque luego quedase en suspenso durante tres siglos. De hecho, actualmente existe un barón Strange. Una de las cosas extrañas sobre la ambientación de una novela en Inglaterra ha sido que todos los personajes principales tienen descendientes que todavía están vivos hoy. No obstante, el nombre era demasiado bueno para que fuera omitido. Lord Scales también participó en la defensa de Londres.

Hay que tener en cuenta que el azúcar estaba disponible en Inglaterra desde las cruzadas del siglo XII. En el siglo XIV, entraba en Europa e Inglaterra desde Oriente

Medio, en concreto desde el Líbano. Hubiera sido un lujo caro en comparación con la miel. La referencia a la sangre y el azúcar que se daba a los niños es un viejo capricho continental, pasado de moda hoy en día, pero continuaba siendo popular hace sólo unas pocas generaciones.

Nota sobre braguetas: aunque por lo general se asocia con la más tardía era isabelina, las primeras braguetas se pusieron de moda en los siglos XIV y XV. Hay un cuento de Eduardo III que explica que tenía una de gran tamaño hecha durante la Guerra de los Cien Años y luego ordenó a sus caballeros que hicieran lo mismo. Cuenta la leyenda que los franceses estaban aterrorizados por «la equipación» de estos caballeros.

También vale la pena señalar que el actual palacio de Westminster habría sido muy diferente en el siglo XV. En la época de Enrique VI, era todavía una residencia importante de monarcas. Los Comunes y los Lores existían como entidades políticas, aunque en su mayor parte para controlar la recaudación de impuestos y asesorar al rey. Los Comunes eran 280 miembros en 1450, entre caballeros de los condados (dos de cada uno de los treinta y siete condados) y 190 ciudadanos (dos de cada ciudad o municipio y cuatro de Londres). Sin un lugar permanente que pudiesen considerar suyo, se reunían con mayor frecuencia en la Sala Capitular octogonal adjunta a la abadía de Westminster, cruzando la calle desde el palacio de Westminster. El Salón Pintado, en el palacio, también fue utilizado y he situado aquí el centro de la actividad administrativa que se estaba desarrollando lentamente. Me he tomado alguna libertad con las oraciones cristianas descritas al comienzo de una reunión parlamentaria. La oración formal se introdujo más tarde y he mezclado la redacción moderna de Comunes y Lores. Es cierto que en el siglo XV se decía una oración, pero creo que se desconoce el texto exacto.

La Cámara de los Lores era mucho más reducida y constaba de cincuenta y cinco representantes temporales: duques, vizcondes, condes y barones, y los señores espirituales: los obispos. Se reunían en la Sala Blanca del palacio de Westminster en reuniones supervisadas por el lord canciller. Westminster era también el sitio de los tribunales de justicia, el del Banco del Rey y de la Sala de lo Penal en el siglo XV, y debía de haber sido un lugar bullicioso de jueces, abogados y multitud de tiendas.

El cardenal Henry Beaufort fue el primer ministro *de facto* durante la última parte de su vida, aunque no existía tal puesto oficial en aquel momento. Con esto quiero decir que él era el hombre de más alto rango en las áreas comunes, con un enlace con la Iglesia en Roma, así como un alto estatus secular. Beaufort no sólo era el segundo hijo de Juan de Gante, sino que había sido canciller de Enrique IV y Enrique V, presidiendo tanto los tribunales como el conjunto de señores. Es cierto que Beaufort

se pronunció sobre el destino de Juana de Arco y es una extraña coincidencia que en realidad naciera en Anjou, en Francia. No podía omitir a un personaje con este fascinante papel en la historia, aunque me tomé la libertad de mantenerlo con vida después de 1447. El verdadero Beaufort no pudo haber estado involucrado en la acusación de traición contra William, lord Suffolk, en 1450.

Sir William Tresham fue el presidente de la Cámara de los Comunes y en 1450 había servido ya en doce parlamentos. La Torre del Tesoro donde situé su reunión con Derry Brewer sigue en pie hoy en día. El edificio fue construido para albergar los objetos de valor del rey Eduardo III, y ya contaba con foso, altos muros y guardias. Es cierto que William, lord Suffolk, fue retenido allí durante su juicio por traición. El texto de una carta que escribió a su hijo John se conserva y es fascinante como ejemplo de los consejos de un hombre que pensó que iba a ser ejecutado.

La ficción histórica a veces consiste en llenar los huecos y partes inexplicables de la historia. ¿Cómo es que Inglaterra pudo desplegar cincuenta mil hombres en la batalla de Towton en 1461, pero sólo fue capaz de enviar a cuatro mil para evitar la pérdida de Normandía, doce años antes? Mi suposición es que los disturbios y motines en Inglaterra aterrorizaron tanto a las autoridades que los principales ejércitos se quedaban en casa. La rebelión de Jack Cade fue sólo una de las revueltas más graves, después de todo. En aquel momento, la rabia por la pérdida de Francia, junto con los elevados impuestos y la sensación de que el rey era débil, llevaron a Inglaterra prácticamente al desastre. Dado que Cade violó la Torre de Londres, tal vez la corte y el Parlamento tenían razón para mantener en el país a los soldados, que podrían haber sido utilizados para llevar a cabo una buena intervención en Francia.

La enfermedad del rey Enrique VI es difícil de precisar a cinco siglos y medio de distancia. Dado su eventual colapso, es razonable suponer que había tenido algunos avisos y síntomas antes de ese evento desastroso. Sus descripciones de la época indican que era de voluntad débil, «simple» y dócil. Cualquier hombre puede ser de voluntad débil, por supuesto, pero su largo estado casi catatónico sugiere algún tipo de daño físico. No importa la causa, él no era el hijo que su padre, Enrique V, debería haber tenido. Mientras la Guerra de las Dos Rosas tuvo muchos padres, uno de ellos fue la debilidad absoluta de Enrique como rey.

Es cierto que Enrique estaba presente en Westminster cuando William de la Pole fue acusado de traición por la pérdida de Francia. Como era común en la época, se preparó y se leyó una larga lista de crímenes. Lord Suffolk los negó todos. Es interesante notar que el rey Enrique no emitió verbalmente su juicio. No fue un juicio

formal, aunque cuarenta y cinco señores (es decir, la práctica totalidad de los nobles de Inglaterra) estaban presentes en sus cámaras personales en Westminster. La sentencia fue leída por el canciller del rey y Suffolk fue desterrado durante cinco años. Una lectura de los acontecimientos es que William de la Pole era un chivo expiatorio perfecto para ocultar la participación del rey en la tregua fallida. El hecho de que recibiera una sentencia tan leve sugiere que Enrique estuvo de su parte hasta el final.

Pero no fue suficiente para los acusadores de William de la Pole. El Parlamento quería que lord Suffolk fuera el único responsable. En la siguiente sesión formal, se sugirió un proyecto de ley para declararle formalmente un traidor, pero fue derrotado en una votación cerrada. A lord Suffolk se le permitió huir de noche, evitando a duras penas a una multitud enfurecida.

No tengo ninguna duda de que el barco «pirata» que alcanzó a Suffolk en cuanto salió de Inglaterra estaba a sueldo de otra facción, si no del culpable más probable, el propio York. Suffolk fue decapitado en la cubierta, cuando los verdaderos piratas lo habrían mantenido con vida para pedir un rescate, como era práctica común. Fue un final trágico para un hombre decente que había dado todo por el rey y el país.

La rebelión dirigida por Jack Cade fue una de las muchas que comenzaron alrededor de 1450. En parte se trataba de una explosión de ira y tristeza por la pérdida de los territorios franceses, con el resultado de brutales ataques franceses a lo largo de la costa de Kent. La lista de agravios de Cade incluía también la acusación de ser el asesino en el mar de William de la Pole, así como injusticias y corrupción. Es asombroso que Cade lograra reunir a tantos miles de hombres enojados para marchar hacia Londres, lo que obligó al rey a huir de la capital a Kenilworth. Algunas fuentes cifran sus seguidores en 20.000.

Poco se sabe de cierto sobre Cade. Pudo haber sido irlandés o inglés, y John o Jack Cade seguramente no era su verdadero nombre. En aquel momento, «Jack» se usaba comúnmente cuando el nombre de un hijo era igual al de su padre. Cuando Cade golpeó con la espada la piedra de Londres en Cannon Street, se identificó como Mortimer y utilizó este nombre o John Amendall. Sus hombres, efectivamente, asaltaron la Torre de Londres, llegando a través de las defensas exteriores y no sólo para romper el centro de la Torre Blanca. En un ensayo semiformal en el ayuntamiento, Cade y sus hombres ejecutaron al tesorero del rey, lord Say, así como a su yerno, William Crowmer. Es cierto que Cade colocó la cabeza del sheriff de Kent en un poste. Sin embargo, fue más que otra rebelión campesina. La demanda más famosa de Cade era que el rey se deshiciera de sus favoritos porque «sus señores se han perdido, su mercancía se ha perdido, sus bienes comunes han sido destruidos, el mar se ha perdido y Francia se ha perdido».

La debilidad de Enrique no facilitaba el equilibrio. A veces desempeñó un papel

más activo del que yo le he asignado, tanto antes, como durante y después de la rebelión de Cade. Es cierto, sin embargo, que la reina Margarita fue la que se quedó en Londres y fue ella quien negoció la tregua y el perdón. En aras de la precisión histórica, debo decir que no estaba en la Torre de Londres cuando ésta fue asaltada. Se quedó en Greenwich, entonces conocido como palacio de Pleasance. También es cierto que fue ella quien concibió la idea de perdonar a los hombres de Cade y quien dio la orden. Cade acordó los indultos. Se escabulló cuando las fuerzas realistas se reagruparon y fue unos meses después cuando el sheriff recién nombrado de Kent finalmente se encontró con él. Cade fue herido de gravedad en su última pelea y murió en el viaje de regreso a Londres. Su cadáver fue colgado, arrastrado y descuartizado antes de que su propia cabeza pendiera un poste, en el Puente de Londres. Muchos de los otros rebeldes fueron localizados y asesinados durante el año siguiente.

Nota sobre las rosas: uno de los símbolos de la casa de York es una rosa blanca. Ricardo de York también utilizó un halcón y un jabalí. Tanto Enrique VI como Margarita utilizaron un cisne como símbolo.

La rosa roja era uno de los muchos símbolos heráldicos de la casa de Lancaster (de Juan de Gante, duque de Lancaster). El concepto de una guerra entre las rosas es una invención Tudor y el blanco frente al rojo no tenía ningún sentido en aquel momento. La lucha real se dio entre las diferentes líneas masculinas de Eduardo III: hombres de gran poder, con pretensiones de alcanzar el trono. Sin embargo, fue la debilidad del rey Enrique VI la que hizo audaces a sus enemigos y sumió al país en una guerra civil.

Conn Iggulden  
Londres, 2013

## **AGRADECIMIENTOS**

Agradezco a Victoria Hobbs, Alex Clarke y Tim Waller, hábiles guías para cada etapa del proceso de creación del libro. Cualquier error restante es mío. Gracias también a Clive Room, quien me acompañó a los castillos y catedrales demostrando un vasto conocimiento de la época. Simplemente no pude detenerlo.



# Notas

[1] Brewer, en inglés, significa fabricante de cerveza (*N. de la T.*) <<

[2] La traducción de la palabra inglesa *shit* es mierda. (N. de la T.) <<

[3] Ley británica, obsoleta, según la cual un tercio de los beneficios que ingresaba la Corona en concepto de multas y sanciones iba a parar a los condes. <<